JORGE LUIS BORGES

ADOLFO BIOY CASARES

ALIAS

OBRA COMPLETA EN COLABORACIÓN

Lumen

Alias

Obra completa en colaboración

Jorge Luis Borges - Adolfo Bioy Casares

Lumen

narrativa

Prólogo

Como se sabe, Borges y Bioy Casares compartieron cincuenta años de amistad literaria, buena parte de los cuales los pasaron encerrados, escribiendo juntos. La dinámica de esos cónclaves era más bien misteriosa. Se sabía que Borges, quince años mayor, solía engolosinarse: se cebaba fácil, perdía el hilo y se iba por las ramas. Bioy, secuaz fiel, compartía esos entusiasmos y los acompañaba, hasta que veía lo lejos que habían quedado de la costa y procedía a frenarlo. Borges era pura inspiración y brillantez verbal; Bioy defendía cierta sensatez narrativa, la eficacia de un contar natural, seco, cuanto más invisible mejor. A fines de los años sesenta, mientras trabajan en el guión de *Los otros*, Hugo Santiago, el director, les pide que escriban como si el film fuera mudo, sin mucha conversación. Bioy observa que no es la instrucción que Borges quería oír. «Ve la proposición del *dire* como si lo condenara a renunciar al teatro para pasar al mimo. Su pasión por la palabra lo pierde. Para cualquier situación, en el acto suministra comentarios inteligentes; le proponemos que los reprima, que se los trague. Ahora comprendo por qué nadie se animó a representar *El paraíso de los creyentes* ni *Los orilleros*». El diferendo no es nuevo. Bioy ya lo había notado antes, cuando redactaban los primeros cuentos de Isidro Parodi y veía cómo le gustaba a Borges amontonar bromas: «Yo sabía que arruinaba el texto», escribe Bioy, «pero el agrado de las bromas, el gusto de reír, allanaba el camino». Es en todo caso la risa, más que las desinteligencias, lo que mejor ha sobrevivido de esas sesiones de trabajo a puertas cerradas. Según una escena ya mítica, la escritora Silvina Ocampo, mujer de Bioy, pegaba la oreja contra la

puerta del cuarto donde escribían y oía sus carcajadas con envidiosa incredulidad: «¿De qué se reirán éstos?».

La pregunta era retórica, pero se contesta fácil: de todo. De Shakespeare a Manucho Mujica Lainez, de Sabato a Goethe, de James Joyce a la señora Bibiloni de Bullrich, Borges y Bioy se reían absolutamente de todo y de todos, como dos cuadros de honor que, hartos de hacer buena letra, ceden a la impunidad que les promete alguna autoridad suprema, se arrancan las máscaras y prenden el ventilador. Durante las miles de noches en que Bioy invita a comer a Borges a su casa —un ritual que los rige como una superstición o un vicio—, los dos tótems de la respetabilidad literaria argentina se transforman en verdaderos artistas de la irrisión, y la conversación que mantienen no tarda en derivar en géneros menores como el chisme o la lista negra. Portento de inteligencia y malicia, la de Borges y Bioy es una amistad literaria particularmente sarcástica, cuyos perdigonazos contradicen el manual de discreción y buenos modales que ambos escritores acataban en la escena pública. Pero es también un laboratorio, un espacio de producción y puesta a prueba de ideas, razones, hipótesis, *modus operandi* artísticos. De ese *darkroom* cotidiano, festivo y sin freno, nacerá una obra a cuatro manos polimorfa, bastante infatigable, que no dejará esfera de la industria literaria y cultural sin tocar. La complicidad entre Borges y Bioy Casares engendró libros de relatos, argumentos y guiones de cine (*Los orilleros*, *El paraíso de los creyentes*, *Invasión*, *Los otros*), artículos periodísticos, ediciones anotadas, traducciones, algunas de las antologías más influyentes del siglo XX (*Antología de la literatura fantástica*, *Los mejores cuentos policiales*, *Cuentos breves y extraordinarios*, *El libro del cielo y del infierno*, *Poesía gauchesca*), colecciones editoriales (El Séptimo Círculo, La Puerta de Marfil), juradurías literarias. Y hasta un libro *à deux* a la manera de Boswell y Samuel Johnson, el *Borges* de Bioy —diario de 1.100 páginas donde éste consigna medio siglo de conversaciones con Borges—, cierre monumental de un ciclo iniciado en 1935, cuando, amigos incipientes, escriben juntos el folleto comercial «Leche cuajada» para La Martona, la empresa láctea de la familia de Bioy.

Pocas piezas publicitarias tan desatinadas y fértiles. Ni Borges ni Bioy necesitan ceder su fuerza de trabajo por dinero; saben poco y nada del producto que deben vender («un alimento más o menos búlgaro», según palabras de Bioy) y decididamente nada sobre el arte de venderlo («un folleto comercial, aparentemente científico...»). Apuntalada por la adversidad del *setting* —estancia en ruinas, el frío del campo, dieta de cocoa, una chimenea ávida de quebrachos—, la experiencia quedará como un hito del diletantismo criollo. Aunque (o porque) saquea la divulgación científica de la época, inventa longevas dinastías balcánicas y cita a Bernard Shaw, el folleto es un resonante fracaso. «Nadie nos creyó una sola línea», recordaba Bioy. Camino al desastre, sin embargo, el dúo encuentra lo que no sabía que buscaba: una manera compartida de delirar. De la leche cuajada saltan, ateridos, a «un soneto enumerativo, en cuyos tercetos no recuerdo cómo justificamos el verso *los molinos, los ángeles, las eles*», y de ahí —más cocoa, otro leño al fuego— a «un cuento policial —las ideas eran de Borges— que trataba de un doctor Preetorius, un alemán vasto y suave, director de un colegio, donde por medios hedónicos (juegos obligatorios, música a toda hora) torturaba y mataba a niños».

Se podría decir que ahí está todo. Los escritores a solas, lejos del mundo; el desafío filisteo que no quieren ni consiguen llevar a cabo y del que no tardan en desviarse, llamados por una fruición traviesa, hostil a toda obligación; el devenir narrativo (un «argumento») de esa fruición, primer avatar de un imaginario extremo, teñido de euforia y violencia, que nada en sus obras individuales hacía prever. Algo ha comenzado para ambos, y es algo nuevo. Borges y Bioy siempre ponderaron el valor pedagógico de esa semana en Pardo. Para Bioy, aquel folleto significó «un valioso aprendizaje: después de su redacción yo era otro escritor». Borges descubrió lo que ganaba su virtuosismo si lo sometía al principio de naturalidad de Bioy. Sólo que el valor pedagógico presupone otro, la complementariedad: cada uno le daba al otro lo que el otro no tenía. Por idílica que suene, esa fórmula de compensación recíproca y equilibrio no es exactamente la que despunta triunfal tras el exigente *séjour* en la estancia de los Casares. Bioy era

otro escritor, en efecto; Borges también. Pero «otro» en sentido literal: no «mejores» sino alienados. Borges y Bioy eran *el mismo otro*: un tercer escritor, inasimilable a uno tanto como al otro, profundamente excéntrico. Borges: «Empezamos a escribir de un modo que no se parecía ni a Bioy ni a Borges. Creamos de algún modo entre los dos un tercer personaje [...] Ese personaje existe, de algún modo. Pero sólo existe cuando estamos conversando».

De ahí que Bustos Domecq y Suárez Lynch —los alias con que Borges y Bioy formalizan la existencia del Tercer Escritor— sean algo más que seudónimos. Son escritores de derecho, tan autores como los autores que los inventaron. Bustos Domecq, famoso por firmar en 1942 el debut oficial de esta otra obra completa de Borges y Bioy, los *Seis problemas para don Isidro Parodi*, tiene la densidad propia de los heterónimos de Pessoa. Tiene hasta biografía propia, cuya redacción —otra delegación de un tándem al que siempre le gustó tercerizar— corre por cuenta de una cierta «educadora Adelma Badoglio»: nacido en Pujato (provincia de Santa Fe) en 1893, crecido en Rosario, poeta precoz, autor (entre otros títulos) de una *Oda a la «Elegía a la muerte de su padre» de Jorge Manrique* (1915), *Fata Morgana* (1919), *El aporte santafecino a los ejércitos de independencia* y los cuentos policiales de don Isidro Parodi, con los que quería, sigue Badoglio, «combatir el frío intelectualismo en que han sumido este género Sir Conan Doyle, Ottolenghi, etc.».

¿Firmar con el propio nombre? ¿Firmar con seudónimo? Nace Bustos Domecq y la disyuntiva dividirá la obra de manera tajante a cuatro manos. Por un lado están —*grosso modo*— los «encargos» del mundo literario, editorial, cultural, cinematográfico, que el dúo empieza a recibir cada vez más a menudo y que acepta y firma «Borges y Bioy Casares». Son, digamos, intervenciones «serias» en el campo de la cultura. Nunca son inocuas, todas lucen una marca inconfundible y muchas —las antologías, la colección El Séptimo Círculo— llegan a tener un valor verdaderamente inaugural: reivindican y fundan tradiciones, usos, maneras de leer; reordenan el paisaje literario; cuestionan jerarquías establecidas y promueven nuevas. Pero responden a demandas externas, y ni Borges ni Bioy están demasiado entrenados

para la negociación con el mundo (instituciones, mercado, dinero, etc.) que implican. Quizá trabajar a cuatro manos hiciera menos evidente esa insolvencia. Los guiones de cine (*Los orilleros*, *El paraíso de los creyentes*) integran esta categoría. Son ante todo ejercicios de una cinefilia compartida, cuyas devociones pueden variar (los gustos de Bioy eran más modernos, pero también más eclécticos, que los de Borges) pero que profesa una fe ciega, casi idolátrica, en esa impasible máquina narrativa que es el cine. Pero son también experimentos con las convenciones y los géneros —experimentos paradójicos, porque lo que ambos buscan es el placer de ejecutarlas al pie de la letra, borrarse de algún modo como autores ante ellas, mucho más que el de renovarlas o pervertirlas—. «Es muy posible que tales convenciones sean deleznables», se atajan Borges y Bioy en el prólogo a la edición de *Los orilleros* y *El paraíso...*; «en cuanto a nosotros, hemos observado que los films que recordamos con más emoción —los de Sternberg, los de Lubitsch— las respetan sin mayor desventaja». Muchas otras tentativas quedan en el camino; *Los orilleros* y *El paraíso...*, en cambio, se terminan, se publican y, en algún caso, hasta se filman. Ni la crítica ni el público —ni ellos mismos— aprecian demasiado lo que la pantalla ha conservado de aquello que escribieron. Salvo *Invasión* y *Les autres*, los dos largometrajes que escriben para y con Hugo Santiago, las relaciones entre Borges/Bioy guionistas y el cine están lastradas por tensiones y malentendidos. Pero basta reconocer el hilo de oro que liga *Los orilleros* y *El paraíso...* con el mundo mítico de *Invasión*, ese fantástico herido de anacronismo que tiñe el film de melancolía y anticipación, para justificar su existencia. Cada gesto presente repite un gesto ejecutado en el pasado, pero los valores de los que estaba preñado entonces, exclusivos de un mundo extinguido, ahora no son nada. El gesto deja de ser significativo y se vuelve automatismo sonámbulo, como de muerto vivo o de demente, un poco como los visteos ciegos de ese viejo que en *Los orilleros* pelea solo contra un árbol, remedando una y otra vez la escena de violencia que lo hizo existir. «Está viejo, está medio loco», dice alguien en el guión, «pero nunca pierde ese día en que demostró que era un hombre».

Cuando aparece firmada con sus nombres, la obra de Borges y Bioy repite para no perder, porque admira lo que repite (el mundo de los cuchilleros, todo valor y coraje) y sabe que no volverá, o que sólo volverá en el ritual de esos *reenactments* espectrales. Delegada en el Tercer Escritor, en Bustos Domecq o Suárez Lynch, en cambio, repite otra cosa, hablas antes que gestos: tonos, jergas, maneras verbales de pavonearse, pechar e injuriar, como si la acción del cuchillero se hubiera oralizado y, hecha dicho, *performance* verbal, ya no expresara un valor extinto y estimable (el coraje, la lealtad, el apego al destino) sino su distorsión oscura, su conversión en una violencia nueva, desconocida, temible. Es como si la escena inaugural de la redacción del folleto sobre la leche cuajada diera lugar al formidable *partnership* literario de Borges y Bioy pero también, al mismo tiempo, a las dos vertientes en las que se escindirá: una vertiente decorosa, digna, evocativa, fundada en la nostalgia de una experiencia perdida y el desafío, quizás el alivio, de respetar las normas; la otra, inestable, desbocada, tentada por fuerzas y pulsiones extremas, fascinada con el delirio.

Basta atender al modo en que Bustos Domecq entra en escena en el *Borges* de Bioy para comprender hasta qué punto el espacio que autoriza la seudonimia es otro, tiene otras reglas y otras derivaciones. «Escribimos el nuevo cuento de Bustos Domecq», anota Bioy. «[Borges] Me dijo: “Es un Bustos Domecq débil”». «Bustos Domecq puede ser fatigoso y hasta ilegible; creo que es competente». «Caemos en el estilo burlesco de Bustos Domecq». «“Señora, señora, me mató el tren”, dice el hombre [...] Bustos Domecq lo hubiera arruinado así: “Señora, señora, me mató el convoy ferroviario”». «Le propongo, en broma, un absurdo argumento policial, para Bustos Domecq». «Bustos Domecq debería publicar una nota sobre alguien, con ese sistema». Bustos Domecq es un autor, un autor otro, y los dos polos que definen su horizonte de posibilidades son igualmente perturbadores: por un lado, la *amenaza*: el bochorno (de estilo, de composición, de mundo) en el que corren peligro de caer sus escrituras oficiales si no extreman la vigilancia; por otro, una forma extraña de la *potencia*: Bustos Domecq es

el emisario, el agente especial, el matón a quien se confían las misiones más escabrosas, cruentas, demenciales; un brazo armado más o menos secreto, ideal para ejecutar los trabajos sucios que Borges y Bioy juzgan necesario ejecutar pero en los que no quieren ver involucrados sus nombres propios.

Lo curioso —lo que hace de la obra seudonímica de Borges y Bioy un caso singular— es que el primer blanco de la agresividad de ese Tercer Escritor no es externo sino endógeno: son ellos mismos, Borges y Bioy, y la integridad de su identidad de escritores, la literatura tal como la practican y reivindican, la poética más o menos cómplice que defienden. Al amparo de una identidad apócrifa, Borges y Bioy no escriben algo distinto de lo que escriben y firman con sus propios nombres; escriben *lo contrario*, suerte de literatura negativa que desconoce y corrompe el credo oficial que profesan. Economía, precisión narrativa, necesidad de tramas sólidas, falta de énfasis, naturalidad lingüística, sobriedad: en manos del Tercer Escritor, todos los valores del buen escribir parecen desquiciarse y capitular ante una escritura que ha renunciado a todo decoro. Las tramas se complican, se deshacen o se olvidan, desechadas por distracciones o encaprichamientos superfluos. La digresión es la ley: interrumpe el relato y lo desguaza sin moderación, abriéndolo en ramales que no llevan a ninguna parte. Voraz, una pulsión barroca se apodera y lo arrastra todo: intriga, temas, personajes, ambientes.

Apenas nacido el Tercer Escritor, sus personajes se multiplican como hongos. Parodi («antiguo peluquero del barrio Sur» puesto a detective) es el primero, el más popular de una galería que incluye además a Gervasio Montenegro («caballero argentino»), Mario Bonfanti («gramático y purista argentino»), Marcelo Frogman (redactor y responsable de *El Malón*, «factótum de la Asociación Aborigenista Argentina»), Tulio Savastano («compadrito de Buenos Aires»), Lumbeira, Mascarenhas (periodista de *Última Hora*), Simón Fainberg («el Gran Perfil»), Baulito Pérez («el mejor partido de la temporada», plantado al pie del altar por Hortensia Montenegro), Goliadkin («israelita» que trafica diamantes). Son figuras simples, básicas, meros

portadores de apodos o apellidos étnicos y del tendal de estereotipos que les corresponden. «Bustos Domecq maniobra como un caricaturista», escribe Montenegro en el prólogo de *Seis problemas para don Isidro Parodi*, «pero sus deformaciones rozan apenas el físico de sus fantoches y se obstinan con feliz encarnizamiento en los modos de hablar».

Loops borgeanos aparte (el personaje prologa el libro del autor que lo inventó como personaje), Montenegro da en la tecla y saca a la luz el descubrimiento clave que Borges y Bioy hacen al tercerizarse en Bustos Domecq: la idea de que «los personajes se definen por la manera de hablar». Funcionan de algún modo como informantes, *samplers* frenéticos de retóricas, estilos y modos de expresión sociales: cocoliche, lunfardo, hipercorrección, particularismos comunitarios, infatuaciones de advenedizo, el *kitsch* del hablante acomplejado por un origen forastero, que imposta con manierismos chillones el capital lingüístico del que carece. Payasescas e inquietantes, ridículas y ominosas, esas voces desconocen y atentan contra la naturalidad, que es la norma a la que Borges y Bioy se apegan sobre todo a partir de los años treinta. El que está en la lengua desde siempre es natural y no tiene más remedio que serlo. La afectación, el amaneramiento y el énfasis son señales de alarma, indicios de que algo no cierra. Una ley se resquebraja: ya no hablan los que están en la lengua; hablan los otros, los nuevos, los que quieren apoderarse de ella. La ficción pasa a ser el imperio del exceso, primero y principal del exceso lingüístico. La homogeneidad de estilo —piedra de toque de la prosa de Borges y de Bioy— suena a milagro de otro mundo y otra era: aquí y ahora, el estilo es la arena donde payasean las fraseologías étnicas, los dialectos sociales, los lenguajes encriptados, los *pidgins* de gremios, cofradías, submundos. Ha muerto la voz única, controlada, estable y soberana: en su lugar, en un trance de gozosa incontinencia, braman y blasfeman las voces de los pretenciosos, los ignorantes, los impostores, los advenedizos, los abyectos, los monstruos. Así, el Tercer Escritor no escribe para contar historias. Escribe para mostrar cómo naufraga una historia en el estrépito de una cacofonía sin control. Escribe para hacer oír la

efervescencia de acentos, ataques e inflexiones *fuera de lugar* que copa el espacio íntimo de la lengua, «el idioma de nuestra pasión, de nuestra casa, el de la confianza, el de la conversada amistad» (Borges), el estilo que suscribe todo aquel «que dice lo que se propone de manera eficaz y natural, con el lenguaje corriente de su país y de su tiempo» (Bioy).

En *Seis problemas para don Isidro Parodi* las formas todavía se mantienen. Hay un detective y un caso: resolver el enigma implica interrogatorios, testigos, versiones y esa cabriola racional, lucidísima e inesperada, que Parodi pega sin moverse de su celda y pone las cosas en su lugar. Pero entre el relato y las «maneras de hablar» que congrega casi no hay aire. La lógica sigue teniendo los derechos que le da el género, pero aparece intimidada, como acorralada por ese hablar hasta por los codos que reduce a Parodi a un «nervio auditivo» y lo convierte en su primera víctima. «Yo que usted me dejaba de caligrafías y adornos», reclama una y otra vez el detective. Quiere sinopsis, resúmenes, cosas concretas; sus interrogados le contestan con portentos de elocuencia, fervor literario, «metáforas adiposas», erudición de pacotilla, sobrantes, rebarbas. Parodi pide economía y lo que le dan es un abismo fatal: la desproporción que hay entre lo que debe ser dicho y el modo aberrante, siempre excesivo, en que se lo dicen los otros.

Parodi, criollo astuto y lacónico en su celda de marfil, es de algún modo el primer y último emisario de Borges y Bioy que Bustos Domecq aceptará alojar en sus ficciones. Todo lo que lo rodea, por pintoresco y absurdo que sea, ya empieza a inquietar: el aluvión lingüístico, con su impertinencia, su falta de legitimidad y de modales, su tendencia a la invasión y el exceso, pero también los mundos sociales que representan, las identidades opacas que se multiplican y los *tipos* que reaparecen, familiares y perturbadores —con la figura del judío en primer plano, pintada siempre desde la perspectiva de un antisemitismo callejero, a la vez sarcástico y confianzudo, a mitad de camino entre la cachada y la imputación, intoxicado de estereotipos racistas—. Está Fainberg, apodado «el Gran Perfil»; Goliadkin, «un ruso, un judío, cuya impronta en la placa fotográfica de mi memoria es decididamente débil» y que, «judío al fin», está «destinado a las persecuciones»; Nemirovsky, «el

extranjero, el judío, que acecha en el oscuro fondo de mi relato [habla Montenegro] como acecha y acechará, si una legislación prudente no lo fulmina, en todos los *carrefours* de la Historia».

El tono crece, como se puede ver, y seguirá creciendo hasta lo intolerable cuando en «La fiesta del monstruo» —el relato de Bustos Domecq que Borges y Bioy escriben en 1947, bajo el primer peronismo —, «un sinagoga» sea apedreado hasta la muerte en un terreno baldío por una turba de fanáticos que salen a la calle a aclamar a su líder, el Monstruo. Pero ya en 1942 se insinúa lo que vendrá. El judío, en rigor, es la cabeza visible de una comunidad vasta y dispar. Tiene la ventaja de estar ya clasificado, tabulado por la grilla del estereotipo, que lo contiene y lo identifica, lo vuelve visible y lo delata. Tras él se encolumnan otros, extranjeros, inmigrantes, recién llegados —incluso, de manera precursora, ese «aluvión zoológico» que «La fiesta del monstruo» pone en la picota como antes Echeverría con «El matadero» y Ascasubi con «La refalosa» a la mazorca rosista—. Sátira y costumbrismo se articulan en un fresco social, una galería de tipos («Esa columna era un muestrario de las napas sociales: el misántropo se codeaba con el bufón, el 0,95 con el 0,60, el vivillo con Paja Brava...») que, agrupados en ecosistemas (el hotel de pasajeros, el tren), se vuelven objeto de identificación, clasificación y fichaje, especímenes de un manual de zoología (entradas de un diccionario del argentino exquisito) que tiene poco de fantástica. Después de todo, quizá la referencia crucial de Isidro Parodi no sea tanto el género policial como ese arte lombrosiano de antologar en el que Borges y Bioy tanto brillaron.

Todo termina de desmadrarse en el 46, con *Dos fantasías memorables* (Bustos Domecq) y *Un modelo para la muerte* (Suárez Lynch), dos libros pequeños, publicados en tiradas modestas por una editorial apócrifa, «*not for sale*» —como dice Borges, destituido ese año de su cargo en la Biblioteca Municipal Miguel Cané— sino casi para circular de boca en boca, en esa clandestinidad a la que ambos escritores se sienten condenados por el peronismo en el poder. (Hasta 1955, tras la caída de Perón, cuando lo publica la revista uruguaya *Marcha*, «La fiesta del

monstruo» circulará en la Argentina como *samizdat*.) Las dos «fantasías» llevan la voluntad blasfema del Tercer Escritor al límite: ambos relatos narran portentos sobrenaturales, pero el milagro del primero («El testigo») y la visión del segundo («El signo») tienen lugar en contextos bajos, corporales, cuya materialidad extrema desublima de manera radical cualquier esperanza de espiritualidad. Contar la *reprise* de un «Gran Interrogante» como la Sagrada Trinidad entre piojicidas y chanchos muertos ya es una temeridad; lo mismo con el calvario del héroe de «El signo», imprentero cándido que pierde su imprenta (Oportet & Haereses, el mismo nombre de la editorial que publica el libro) a manos de unos estafadores que lo involucran en un *affaire* de pornografía y en la cárcel («Se le espesó el menjunje al pornografista»), vecino de Isidro Parodi, ve ascender al cielo —inspiración divina— berenjenas rellenas, pasteles de fuente, pucheros a la española con morcilla y tocino, risotti, albóndigas, dulce de zapallo, leche asada. Rabelais entra a sangre y fuego en el idioma de los argentinos.

Pero el golpe más audaz es el que los dos libros asestan al cuerpo mismo de la narración, que se distrae antes de haber empezado, alucinada por un lirismo bastardo que no tolera restricciones. En cuanto a *Un modelo para la muerte*, la novedad es el pase de testigo que pone en escena: jubilado, Bustos Domecq prologa y patrocina a su discípulo y heredero, Suárez Lynch, que firma un policial inspirado en Isidro Parodi. Vuelve el «factor sinagoga», el semita, el «Jacoibos», pero la tensión se crispa y la lengua argentina hocica ante el imperio del barbarismo. «Cosecha de esos años que ya pasaron», dice Pescadas Frogman, rapero glosolálico, «son las palabras autóctonas: gilastrún, gil a drocuas, gil a cuadros, gil, otario, leproso, amarrete, colibrillo o colo. ¡La flauta! ¡Qué estrilo cacha la que limpia y pule si me oye! Mire que somos ladinazos los indios: puestos a escarbar el idioma, un sistema, por bueno que fuera, nos quedaba chico; cuando el prójimo se cansaba de amenazarnos, le prometíamos figuritas a un nene de tercer grado, que son el diablo, para que nos enseñara palabras no aptas para menores. Así copiamos una porción que ya no me acuerdo ni haciendo nono».

Tiempo después, a principios de los años sesenta, con vistas a reeditarlas, Borges y Bioy releen estas dos aventuras y dudan. Bioy reconoce en *Un modelo para la muerte* «la decadencia de Bustos Domecq». Vuelven a sopesar los textos diez años más tarde, tentados por otra posibilidad de reedición. «Qué rara es la carrera literaria», le dice Borges a Bioy, enterado de los veinte mil pesos que les ofrece un editor: «Esas obras de nuestros descuidos que siguen trabajando solas. Mientras uno haraganea o se dedica a actividades reales, lo que hizo por juego, por locura o por descuido le trae toda clase de premios». En 1971, cuando le proponen publicar a Bustos Domecq en versión completa, Borges abjura de ambos libros y también de «La fiesta del monstruo», y le pide a Bioy que prohíba la reimpresión de *Un modelo para la muerte*, esa «serie de bromas sobre bromas sobre otras bromas» cuyo «humorismo ridículo» lo avergüenza. Si Borges y Bioy son tan severos con el Bustos Domecq de los cuarenta —belicoso, equívoco y radical— es porque lo leen desde el Bustos Domecq del 67, el que aparece en las *Crónicas de Bustos Domecq*, ya no como seudónimo sino como autor de ficción (el libro está firmado por Borges y Bioy). Degradado a personaje, quizá la única manera de controlarlo, Bustos Domecq es un escritor aplomado, sereno, que de algún modo ha aprendido la lección. Sabe del peligro que acecha detrás de las «maneras de hablar», y ya no tiene oídos para ellas. La energía satírica que en los cuarenta había empleado para intervenir en una coyuntura política extremadamente conflictiva la invierte ahora en retratar con sorna un tipo social de la cultura contemporánea: el artista de vanguardia.

La fascinación por la ambivalencia —una de las formidables debilidades del Tercer Escritor— sigue allí, intacta, y no es difícil ni forzado asociar a Ramón Bonavena, César Paladión o Tafas, héroes irrisorios de la innovación artística, con Pierre Menard, Funes o muchas de las figuras anómalas que en Borges flirtean a la vez con la genialidad y la impostura, la clarividencia y la estafa. A ese goce de lo doble, capaz de exaltarse al mismo tiempo con la monstruosidad y la fobia a la monstruosidad, se deba quizá la posteridad exitosa del libro, tan clara

en el J. R. Wilcock de *La sinagoga de los iconoclastas* o en *La literatura nazi en América* de Roberto Bolaño (uno de los pocos buenos lectores de Borges que había leído en serio, y admiraba, a Bustos Domecq y Suárez Lynch).

Puede que Bustos Domecq y Suárez Lynch fueran hijos de la locura, el juego y el descuido. (A la lista de padres, en todo caso, habría que agregar, nobleza obliga, al peronismo.) Pero el desdén con que Borges los trata pide ser tomado con pinzas, más como síntoma que como juicio justo, desde el momento en que lo que engendran esas tres fuerzas negativas, enemigas de la seriedad y el trabajo literario «real», es algo tan radical, tan sin retorno, como «La fiesta del monstruo», un texto que es al mismo tiempo la expresión menos filtrada del «pensamiento» de Borges y Bioy (un panfleto antiperonista), la puesta en escena de un goce inconfesable (la identificación con el otro monstruoso) y un *statement* literario que violenta todas las cláusulas de su poética oficial (la literatura como celebración de una lengua baja, impura). «Qué raro que nos dediquemos a escribir mal», le comenta Borges a Bioy a principios de los años setenta, ante otra de las revisiones de los cuentos con las que el espectro de Bustos Domecq se divierte martirizándolos periódicamente.

Escribir mal. O, como anota Bioy que dice Borges: escribir «libros imposibles». O también: escribir «la muerte de la literatura». ¿Hay acaso ambición más vertiginosa? ¿No es ése el confín más audaz al que podían aspirar dos escritores célebres, canonizados y ejemplares como Borges y Bioy? ¿Y no es ése el confín al que sólo podían acceder renunciando a sus nombres propios y entregándose al alias, salvoconducto hacia un horizonte nuevo donde todo, aun el goce de lo monstruoso, sería posible? Cuando Borges, un poco asombrado, dice «escribir mal», quizá lo que hace es jugar con uno de esos juicios de los que él mismo supo ser objeto a menudo, que buscaban condenarlo y él, de manera inesperada, daba vuelta como un guante y transformaba en lo contrario: una fuerza, una singularidad única, una promesa de potencia. Escribir mal a la manera de Bustos Domecq/Suárez Lynch es escribir mal, con «barroca vulgaridad», pero al mismo tiempo es *escribir*

el Mal sin comillas, sin miedo, hasta confundirse con él y abrazar la aberración de su voz, su cuerpo, su imaginación, sus deseos.

Releída muchos años después, esa escritura fuera de sí sorprende a Borges y Bioy como lo que siempre fue: una obra alienada, a la vez festiva y extrema, compuesta en un trance de júbilo. *Escribir el Mal riéndose*: es eso lo que Borges no puede creer haber hecho, y es eso lo que Borges y Bioy no podrían haber imaginado siquiera hacer si no hubieran procedido al acto de *outsourcing* primordial de entregarse a un seudónimo. En ese otro llamado Bustos Domecq o Suárez Lynch descubrieron la posibilidad prematura, y por eso doblemente fascinante, de esa experiencia de balbuceo, inestabilidad y desequilibrio que Adorno llamó «estilo tardío», y que los artistas, según Adorno, sólo alcanzaban una vez que eran dueños absolutos de sus medios artísticos. Suerte de crisis de autismo, el estilo tardío es una instancia paradójica: en la cima de su dominio, el artista enloquece, se desorienta, pierde el control; «abandona la comunicación con el orden social establecido del que forma parte y alcanza una relación contradictoria y alienada con él». Una especie de putrefacción, de desvarío orgánico, de enfermedad autoinmune. Todo empieza a sonar mal, pero todo es nuevo. Nada cierra, pero cuántas promesas acechan en esas costuras a la vista. El estilo tardío es el malestar hecho estilo, una suerte de implosión que sacude la obra y la vuelve contra sí misma, al precio incluso de liquidarla. Esa obra maestra enferma, irreconocible para sí misma, Adorno decía que sólo podía aparecer al final de algo. Con la obra del Tercer Escritor, Borges y Bioy demostraron que también podía aparecer en el medio, en una zona de pasaje, que la pasión política podía ser su motor activo, el chiste al cuadrado su lógica de vértigo y la risa —las carcajadas del otro lado de la puerta que intrigaban a Silvina Ocampo — su signo, su huella digital y su música.

ALAN PAULS

H. BUSTOS DOMECQ

Seis problemas para don Isidro Parodi (1942)

H. Bustos Domecq

Transcribimos a continuación la silueta de la educadora, señorita Adelma Badoglio:

«El doctor Honorio Bustos Domecq nació en la localidad de Pujato (provincia de Santa Fe), en el año 1893. Después de interesantes estudios primarios, se trasladó con toda su familia a la Chicago argentina. En 1907, las columnas de la prensa de Rosario acogían las primeras producciones de aquel modesto amigo de las musas, sin sospechar acaso su edad. De aquella época son las composiciones: *Vanitas*, *Los Adelantos del Progreso*, *La Patria Azul y Blanca*, *A Ella*, *Nocturnos.* En 1915 leyó ante una selecta concurrencia, en el Centro Balear, su *Oda a la "Elegía a la muerte de su padre", de Jorge Manrique*, proeza que le valiera una notoriedad ruidosa pero efímera. Ese mismo año publicó: *¡Ciudadano!*, obra de vuelo sostenido, desgraciadamente afeada por ciertos galicismos, imputables a la juventud del autor y a las pocas luces de la época. En 1919 lanza *Fata Morgana*, fina obrilla de circunstancias, cuyos cantos finales ya anuncian al vigoroso prosista de *¡Hablemos con más propiedad!* (1932) y de *Entre libros y papeles* (1934). Durante la intervención de Labruna fue nombrado, primero, Inspector de enseñanza, y después Defensor de pobres. Lejos de las blanduras del hogar, el áspero contacto de la realidad le dio esa experiencia que es tal vez la más alta enseñanza de su obra. Entre sus libros citaremos: *El Congreso Eucarístico: órgano de la propaganda argentina*; *Vida y muerte de don Chicho Grande*; *¡Ya sé leer!* (aprobado por la Inspección de Enseñanza de la ciudad de Rosario); *El aporte santafecino a los Ejércitos de la Independencia*; *Astros nuevos: Azorín, Gabriel Miró, Bontempelli.* Sus

cuentos policiales descubren una veta nueva del fecundo polígrafo: en ellos quiere combatir el frío intelectualismo en que han sumido este género Sir Conan Doyle, Ottolenghi, etc. *Los cuentos de Pujato*, como cariñosamente los llama el autor, no son la filigrana de un bizantino encerrado en la torre de marfil; son la voz de un contemporáneo, atento a los latidos humanos y que derrama a vuela pluma los raudales de su verdad».

Palabra liminar

Good! It shall be! Revealment of myself!
But listen, for we must co-operate;
I don't drink tea: permit me the cigar!

ROBERT BROWNING

¡Fatal e interesante idiosincrasia del homme de lettres*! El Buenos Aires literario no habrá olvidado, y me atrevo a sugerir que no olvidará, mi franca decisión de no conceder un prólogo más a los reclamos; tan legítimos desde luego, de la irrecusable amistad o de la meritoria valía. Reconozcamos, sin embargo, que este socrático «Bicho Feo»*[1] *es irresistible. ¡Diablo de hombre! Con una carcajada que me desarma, admite la rotunda validez de mis argumentos; con una carcajada contagiosa, reitera, persuasivo y tenaz, que su libro y nuestra vieja camaradería exigen mi prólogo. Toda protesta es vana.* De guerre lasse*, me resigno a encarar mi certera Remington, cómplice y muda confidente de tantas escapadas por el azul…*

Los modernos apremios de la banca, de la bolsa y del turf*, no han sido óbice para que yo pagara tributo, arrellanado en las butacas del* pullman *o cliente escéptico de baños de fango en casinos más o menos termales, a los escalofríos y truculencias del* roman policier*. Me arriesgo, sin embargo, a confesar que no soy un esclavo de la moda: noche tras noche, en la soledad central de mi dormitorio, postergo al ingenioso Sherlock Holmes y me engolfo en las aventuras inmarcesibles del vagabundo Ulises, hijo de Laertes*

de la simiente de Zeus... Pero el cultor de la severa epopeya mediterránea liba en todo jardín: tonificado por M. Lecoq, he removido polvorientos legajos; he aguzado el oído, en inmensos hoteles imaginarios, para captar los sigilosos pasos del gentleman-cambrioleur*; en el horror del páramo de Dartmoor, bajo la neblina británica, el gran mastín fosforescente me ha devorado. Fuera de pésimo gusto insistir. El lector conoce mis credenciales: yo también he estado en Beocia...*

Antes de abordar el fecundo análisis de las grandes directivas de este recueil*, pido la venia del lector para congratularme de que por fin, en el abigarrado Musée Grevin de las bellas letras... criminológicas, haga su aparición un héroe argentino, en escenarios netamente argentinos. ¡Insólito placer el de paladear entre dos bocanadas aromáticas, y a la vera de un irrefragable coñac del Primer Imperio, un libro policial que no obedece a las torvas consignas de un mercado anglosajón, extranjero, y que no hesito en parangonar con las mejores firmas que recomienda a los buenos* amateurs *londinenses el incorruptible Crime Club! También subrayaré por lo bajo mi satisfacción de porteño, al constatar que nuestro folletinista, aunque provinciano, se ha mostrado insensible a los reclamos de un localismo estrecho y ha sabido elegir para sus típicas aguafuertes el marco natural: Buenos Aires. Tampoco dejaré de aplaudir el coraje, el buen gusto, de que hace gala nuestro popular «Bicho Feo»*[2] *al dar la espalda a la crapulosa y turbia figura del «punzón» rosarino. Empero, en esta paleta metropolitana faltan dos notas, que me atrevo a solicitar de libros futuros: nuestra sedosa y femenina calle Florida, en supremo desfile ante los ávidos ojos de los escaparates; la melancólica barriada boquense, que dormita junto a los docks, cuando el último cafetín de la noche ha cerrado sus párpados de metal, y un acordeón, invicto en la sombra, saluda a las constelaciones ya pálidas...*

Encuadremos ahora la característica más saliente y a la vez más profunda del autor de Seis problemas para don Isidro Parodi. *He aludido, no lo dudéis, a la concisión, al arte de* brûler les étapes. *H. Bustos Domecq es, a toda hora, un atento servidor de su público. En sus cuentos no hay planos que olvidar ni horarios que confundir. Nos ahorra todo tropezón intermedio. Nuevo retoño de la tradición de Edgard Poë, el patético, del principesco M.*

P. Shiel y de la baronesa Orczy, se atiene a los momentos capitales de sus problemas: el planteo enigmático y la solución iluminadora. Meros títeres de la curiosidad, cuando no presionados por la policía, los personajes acuden en pintoresco tropel a la celda 273, ya proverbial. En la primera consulta exponen el misterio que los abruma: en la segunda, oyen la solución que pasma por igual a niños y ancianos. El autor, mediante un artificio no menos condensado que artístico, simplifica la prismática realidad y agolpa todos los laureles del caso en la única frente de Parodi. El lector menos avisado sonríe: adivina la omisión oportuna de algún tedioso interrogatorio y la omisión involuntaria de más de un atisbo genial, expedido por un caballero sobre cuyas señas particulares resultaría indelicado insistir…

Examinemos ponderadamente el volumen. Seis relatos lo integran. No ocultaré, por cierto, mi penchant *por* La víctima de Tadeo Limardo*, pieza de corte eslavo, que une al escalofrío de la trama el estudio sincero de más de una psicología dostoievskiana, morbosa, todo ello sin desechar los atractivos de la revelación de un mundo sui generis, al margen de nuestro barniz europeo y de nuestro refinado egoísmo. También recuerdo sin desapego* La prolongada busca de Tai An*, que renueva a su modo el problema clásico del objeto escondido. Poë inicia la marcha en* The purloined letter*; Lynn Brock ensaya una variación parisina en* The two of diamonds*, obra de gallardos contornos, afeada por un perro embalsamado; Carter Dickson, menos feliz, recurre al radiador de la calefacción… Fuera a todas luces injusto dejar en el tintero* Las previsiones de Sangiácomo*, enigma cuya solución impecable confundirá,* parole de gentilhomme*, al más entonado de los lectores.*

Una de las tareas que ponen a prueba la garra del escritor de fuste es, a no dudarlo, la diestra y elegante diferenciación de los personajes. El ingenuo titiritero napolitano que ilusionara los domingos de nuestra niñez, resolvía el dilema con un expediente casero: dotaba de una giba a Polichinela, de un almidonado cuello a Pierrot, de la sonrisa más traviesa del mundo a Colombina, de un traje de arlequín… a Arlequín. H. Bustos Domecq maniobra, mutatis mutandis*, de modo análogo. Recurre, en suma, a los gruesos trazos del caricaturista, si bien, bajo esta pluma regocijada, las inevitables deformaciones que de suyo comporta el género rozan apenas el*

físico de los fantoches y se obstinan, con feliz encarnizamiento, en los modos de hablar. A trueque de algún abuso de la buena sal de cocina criolla, el panorama que nos brinda el incontenible satírico es toda una galería de nuestro tiempo, donde no faltan la gran dama católica, de poderosa sensibilidad; el periodista de lápiz afilado, que despacha, quizás con menos ponderación que soltura, los más diversos menesteres; el tarambana decididamente simpático, de familia pudiente, calavera con dejos de noctámbulo, reconocible por el brillante cráneo engominado y los inevitables petizos de polo; el chino cortesano y melifluo de la vieja convención literaria, en quien veo más que un hombre viviente, un pasticcio *de orden retórico; el caballero de arte y de pasión atento por igual a las fiestas del espíritu y de la carne, a los estudiosos infolios de la Biblioteca del Jockey Club y a la concurrencia pedana del mismo establecimiento... Rasgo que augura el más sombrío de los diagnósticos sociológicos: en este fresco de lo que no vacilo en llamar la Argentina contemporánea, falta la silueta ecuestre del gaucho y en su lugar campea el judío, el israelita, para denunciar el fenómeno en toda su repugnante crudeza... La gallarda figura de nuestro «compadre orillero» acusa análoga* capitis diminutio*: el vigoroso mestizo que impusiera otrora la lubricidad de sus «cortes y medias lunas» en la inolvidable pista de Hansen, donde la daga sólo se refrenaba ante nuestro* upper cut*, hoy se llama Tulio Savastano y dilapida sus dotes nada vulgares en el más insubstancial de los comadreos... De esta enervante laxitud apenas logra redimirnos, tal vez, el Pardo Salivazo, enérgica viñeta lateral que es una prueba más de los quilates estilísticos de H. Bustos.*

Pero no todas han de ser flores. El ático censor que hay en mí condena sin apelación el fatigante derroche de pinceladas coloridas pero episódicas: vegetación viciosa que recarga y escamotea las severas líneas del Parthenon...

El bisturí que hace las veces de pluma en la mano de nuestro satírico, prestamente depone todos sus filos cuando trabaja en carne viva de don Isidro Parodi. Burla burlando, el autor nos presenta el más impagable de los criollos viejos, retrato que ya ocupa su sitial junto a los no menos famosos que nos legaran «Del Campo», «Hernández» y otros supremos sacerdotes de nuestra guitarra folklórica, entre los que sobresale el autor de Martín

Fierro.

En la movida crónica de la investigación policial, cabe a don Isidro el honor de ser el primer detective encarcelado. El crítico de olfato reconocido puede subrayar, sin embargo, más de una sugerente aproximación. Sin evadirse de su gabinete nocturno del Faubourg St. Germain, el Caballero Augusto Dupin captura el inquietante simio que motivara las tragedias de la rue Morgue: el príncipe Zaleski, desde el retiro del remoto palacio donde suntuosamente se confunden la gema con la caja de música, las ánforas con el sarcófago, el ídolo con el toro alado, resuelve los enigmas de Londres; Max Carrados, not least*, lleva consigo por doquier la portátil cárcel de la ceguera... Tales pesquisidores estáticos, tales curiosos* voyageurs autour de la chambre*, presagian, siquiera parcialmente, a nuestro Parodi: figura acaso inevitable en el curso de las letras policiales, pero cuya revelación, cuya* trouvaille*, es una proeza argentina, realizada, conviene proclamarlo, bajo la presidencia del doctor Castillo. La inmovilidad de Parodi es todo un símbolo intelectual y representa el más rotundo de los mentís a la vana y febril agitación norteamericana, que algún espíritu implacable, pero certero, comparará, tal vez, con la célebre ardilla de la fábula...*

Pero creo advertir una velada impaciencia en el rostro de mi lector. Hoy por hoy, los prestigios de la aventura priman sobre el pensativo coloquio. Suena la hora del adiós. Hasta aquí, hemos marchado de la mano; ahora estás solo, frente al libro.

GERVASIO MONTENEGRO
De la Academia Argentina de Letras

Buenos Aires, 20 de noviembre de 1942

Las doce figuras del mundo

A la memoria de José S. Álvarez

I

El Capricornio, el Acuario, los Peces, el Carnero, el Toro, pensaba Aquiles Molinari, dormido. Después, tuvo un momento de incertidumbre. Vio la Balanza, el Escorpión. Comprendió que se había equivocado; se despertó temblando.

El sol le había calentado la cara. En la mesa de luz, encima del Almanaque Bristol y de algunos números de *La Fija*, el reloj despertador Tic Tac marcaba las diez menos veinte. Siempre repitiendo los signos, Molinari se levantó. Miró por la ventana. En la esquina estaba el desconocido.

Sonrió astutamente. Se fue a los fondos; volvió con la máquina de afeitar, la brocha, los restos del jabón amarillo y una taza de agua hirviendo. Abrió de par en par la ventana, con enfática serenidad miró al desconocido y lentamente se afeitó, silbando el tango *Naipe marcado.*

Diez minutos después estaba en la calle, con el traje marrón cuyas últimas dos mensualidades aún les debía a las Grandes Sastrerías Inglesas Rabuffi. Fue hasta la esquina; el desconocido bruscamente se interesó en un extracto de la lotería. Molinari, habituado ya a esos monótonos disimulos, se dirigió a la esquina de Humberto I. El ómnibus llegó en seguida; Molinari subió. Para facilitar el trabajo a su perseguidor, ocupó uno de los asientos de adelante. A las dos o tres

cuadras se dio vuelta; el desconocido, fácilmente reconocible por sus anteojos negros, leía el diario. Antes de llegar al Centro, el ómnibus estaba completo; Molinari hubiera podido bajar sin que el desconocido lo notara, pero su plan era mejor. Siguió hasta la Cervecería Palermo. Después, sin darse vuelta, dobló hacia el Norte, siguió el paredón de la Penitenciaría, entró en los jardines; creía proceder con tranquilidad, pero antes de llegar al puesto de guardia, arrojó un cigarrillo que había encendido poco antes. Tuvo un diálogo nada memorable con un empleado en mangas de camisa. Un guardiacárceles lo acompañó hasta la celda 273.

Hace catorce años, el carnicero Agustín R. Bonorino, que había asistido al corso de Belgrano disfrazado de cocoliche, recibió un mortal botellazo en la sien. Nadie ignoraba que la botella de Bilz que lo derribó había sido esgrimida por uno de los muchachos de la barra de Pata Santa. Pero como Pata Santa era un precioso elemento electoral, la policía resolvió que el culpable era Isidro Parodi, de quien algunos afirmaban que era ácrata, queriendo decir que era espiritista. En realidad, Isidro Parodi no era ninguna de las dos cosas: era dueño de una barbería en el barrio Sur y había cometido la imprudencia de alquilar una pieza a un escribiente de la comisaría 8, que ya le debía de un año. Esa conjunción de circunstancias adversas selló la suerte de Parodi: las declaraciones de los testigos (que pertenecían a la barra de Pata Santa) fueron unánimes: el juez lo condenó a veintiún años de reclusión. La vida sedentaria había influido en el homicida de 1919: hoy era un hombre cuarentón, sentencioso, obeso, con la cabeza afeitada y ojos singularmente sabios. Esos ojos, ahora, miraban al joven Molinari.

—¿Qué se le ofrece, amigo?

Su voz no era excesivamente cordial, pero Molinari sabía que las visitas no le desagradaban. Además, la posible reacción de Parodi le importaba menos que la necesidad de encontrar un confidente y un consejero. Lento y eficaz, el viejo Parodi cebaba un mate en un jarrito celeste. Se lo ofreció a Molinari. Éste, aunque muy impaciente por explicar la aventura irrevocable que había trastornado su vida, sabía

que era inútil querer apresurar a Isidro Parodi; con una tranquilidad que lo asombró, inició un diálogo trivial sobre las carreras, que son pura trampa y nadie sabe quién va a ganar. Don Isidro no le hizo caso; volvió a su rencor predilecto: se despachó contra los italianos, que se habían metido en todas partes, no respetando tan siquiera la Penitenciaría Nacional.

—Ahora está llena de extranjeros de antecedentes de lo más dudosos y nadie sabe de dónde vienen.

Molinari, fácilmente nacionalista, colaboró en esas quejas y dijo que él ya estaba harto de italianos y drusos, sin contar los capitalistas ingleses que habían llenado el país de ferrocarriles y frigoríficos. Ayer no más entró en la Gran Pizzería Los Hinchas y lo primero que vio fue un italiano.

—¿Es un italiano o una italiana lo que lo tiene mal?

—Ni un italiano ni una italiana —dijo sencillamente Molinari—. Don Isidro, he matado a un hombre.

—Dicen que yo también maté a uno, y sin embargo aquí me tiene. No se ponga nervioso; el asunto ese de los drusos es complicado, pero si no lo tiene entre ojos algún escribiente de la 8, tal vez pueda salvar el cuero.

Molinari lo miró atónito. Luego recordó que su nombre había sido vinculado al misterio de la quinta de Abenjaldún, por un diario inescrupuloso —muy distinto, por cierto, del dinámico diario de Cordone, donde él hacía los deportes elegantes y el *football*—. Recordó que Parodi mantenía su agilidad espiritual y, gracias a su viveza y a la generosa distracción del subcomisario Grondona, sometía a lúcido examen los diarios de la tarde. En efecto, don Isidro no ignoraba la reciente desaparición de Abenjaldún; sin embargo, le pidió a Molinari que le contara los hechos, pero que no hablara tan rápido, porque él ya estaba medio duro de oído. Molinari, casi tranquilo, narró la historia:

—Créame, yo soy un muchacho moderno, un hombre de mi época; he vivido, pero también me gusta meditar. Comprendo que ya hemos superado la etapa del materialismo; las comuniones y la aglomeración de gente del Congreso Eucarístico me han dejado un rastro imborrable.

Como usted decía vez pasada, y, créame, la sentencia no ha caído en saco roto, hay que despejar la incógnita. Mire, los faquires y los yoguis, con sus ejercicios respiratorios y sus macanas, saben una porción de cosas. Yo, como católico, renuncié al centro espiritista Honor y Patria, pero he comprendido que los drusos forman una colectividad progresista y están más cerca del misterio que muchos que van a misa todos los domingos. Por lo pronto, el doctor Abenjaldún tenía una quinta papal en Villa Mazzini, con una biblioteca fenómeno. Lo conocí en Radio Fénix, el Día del Árbol. Pronunció un discurso muy conceptuoso, y le gustó un sueltito que yo hice y que alguien le mandó. Me llevó a su casa, me prestó libros serios y me invitó a la fiesta que daba en la quinta; falta elemento femenino, pero son torneos de cultura, yo le prometo. Algunos dicen que creen en ídolos, pero en la sala de actos hay un toro de metal que vale más que un *tramway*. Todos los viernes se reúnen alrededor del toro los akils, que son, como quien dice, los iniciados. Hace tiempo que el doctor Abenjaldún quería que me iniciaran; yo no podía negarme, me convenía estar bien con el viejo y no sólo de pan vive el hombre. Los drusos son gente muy cerrada y algunos no creían que un occidental fuera digno de entrar en la cofradía. Sin ir más lejos, Abul Hasán, el dueño de la flota de camiones para carne en tránsito, había recordado que el número de electos es fijo y que es ilícito hacer conversos; también se opuso el tesorero Izedín; pero es un infeliz que se pasa el día escribiendo y el doctor Abenjaldún se reía de él y de sus libritos. Sin embargo, esos reaccionarios, con sus anticuados prejuicios, siguieron el trabajo de zapa y no trepido en afirmar que, indirectamente, ellos tienen la culpa de todo.

»El 11 de agosto recibí una carta de Abenjaldún, anunciándome que el 14 me someterían a una prueba un poco difícil, para la cual tenía que prepararme.

—¿Y cómo tenía que prepararse? —inquirió Parodi.

—Y, como usted sabe, tres días a té solo, aprendiendo los signos del zodíaco, en orden, como están en el Almanaque Bristol. Di parte de enfermo a las Obras Sanitarias donde trabajo por la mañana. Al principio, me asombró que la ceremonia se efectuara un domingo y no

un viernes, pero la carta explicaba que para un examen tan importante convenía más el día del Señor. Yo tenía que presentarme en la quinta, antes de medianoche. El viernes y el sábado los pasé de lo más tranquilo, pero el domingo amanecí nervioso. Mire, don Isidro, ahora que pienso, estoy seguro de que ya presentía lo que iba a suceder. Pero no aflojé, estuve todo el día con el libro. Era cómico, miraba cada cinco minutos el reloj a ver si ya podía tomar otro vaso de té; no sé para qué miraba, de todos modos tenía que tomarlo: la garganta estaba reseca y pedía líquido. Tanto esperar la hora del examen y sin embargo llegué tarde a Retiro y tuve que tomar el tren carreta de las 23 y 18 en vez del anterior.

»Aunque estaba preparadísimo, seguí estudiando el almanaque en el tren. Me tenían fastidiado unos imbéciles que discutían el triunfo de los Millonarios *versus* Chacarita Juniors y, créame, no sabían ni medio de *football.* Bajé en Belgrano R. La quinta viene a quedar a trece cuadras de la estación. Yo pensé que la caminata iba a refrescarme, pero me dejó medio muerto. Cumpliendo las instrucciones de Abenjaldún, lo llamé por teléfono desde el almacén de la calle Roseti.

»Frente a la quinta había una fila de coches; la casa tenía más luces que un velorio y desde lejos se oía el rumorear de la gente. Abenjaldún estaba esperándome en el portón. Lo noté envejecido. Yo lo había visto muchas veces de día; recién esa noche me di cuenta de que se parecía un poco a Repetto, pero con barba. Ironías de la suerte, como quien dice: esa noche, que me tenía loco el examen, voy y me fijo en ese disparate. Fuimos por el camino de ladrillos que rodea la casa, y entramos por los fondos. En la secretaría estaba Izedín, del lado del archivo.

—Hace catorce años que estoy archivado —observó dulcemente don Isidro—. Pero ese archivo no lo conozco. Descríbame un poco el lugar.

—Mire, es muy sencillo. La secretaría está en el piso alto: una escalera baja directamente a la sala de actos. Ahí estaban los drusos, unos ciento cincuenta, todos velados y con túnicas blancas, alrededor del toro de metal. El archivo es una piecita pegada a la secretaría: es un cuarto interior. Yo siempre digo que un recinto sin una ventana como

la gente a la larga resulta insalubre. ¿Usted no comparte mi criterio?

—No me hable. Desde que me establecí en el Norte me tienen cansado los recintos. Descríbame la secretaría.

—Es una pieza grande. Hay un escritorio de roble, donde está la Olivetti, unos sillones comodísimos, en los que usted se hunde hasta el cogote, una pipa turca medio podrida, que vale un dineral, una araña de caireles, una alfombra persa, futurista, un busto de Napoleón, una biblioteca de libros serios: la *Historia universal*, de César Cantú, *Las maravillas del mundo y del hombre*, la *Biblioteca Internacional de Obras Famosas*, el *Anuario* de *"La Razón"*, *El jardinero ilustrado*, de Peluffo, *El Tesoro de la Juventud*, *La Donna Delinquente*, de Lombroso, y qué sé yo.

»Izedín estaba nervioso. Yo descubrí en seguida el porqué: había vuelto a la carga con su literatura. En la mesa había un enorme paquete de libros. El doctor, preocupado con mi examen, quería zafarse de Izedín, y le dijo: "Pierda cuidado. Esta noche leeré sus libros".

»No sé si el otro le creyó; fue a ponerse la túnica para entrar en la sala de actos; ni siquiera me echó una mirada. No bien quedamos solos, el doctor Abenjaldún me dijo: "¿Has ayunado con fidelidad, has aprendido las doce figuras del mundo?".

»Le aseguré que desde el jueves a las diez (esa noche, en compañía de algunos tigres de la nueva sensibilidad, había cenado una buseca liviana y un pesceto al horno, en el Mercado de Abasto) estaba a té solo.

»Después Abenjaldún me pidió que le recitara los nombres de las doce figuras. Los recité sin un solo error; me hizo repetir esa lista cinco o seis veces. Al fin me dijo: "Veo que has acatado las instrucciones. De nada te valdrían, sin embargo, si no fueras aplicado y valiente. Me consta que lo eres; he resuelto desoír a los que niegan tu capacidad: te someteré a una sola prueba, la más desamparada y la más difícil. Hace treinta años, en las cumbres del Líbano, yo la ejecuté con felicidad; pero antes los maestros me concedieron otras pruebas más fáciles: yo descubrí una moneda en el fondo del mar, una selva hecha de aire, un cáliz en el centro de la tierra, un alfanje condenado al Infierno. Tú no buscarás cuatro objetos mágicos; buscarás a los cuatro maestros que

forman el velado tetrágono de la Divinidad. Ahora, entregados a piadosas tareas, rodean el toro de metal; rezan con sus hermanos, los akils, velados como ellos; ningún indicio los distingue, pero tu corazón los reconocerá. Yo te ordenaré que traigas a Yusuf; tú bajarás a la sala de actos, imaginando en su orden preciso las figuras del cielo; cuando llegues a la última figura, la de los Peces, volverás a la primera, que es Aries, y así, continuamente; darás tres vueltas alrededor de los akils y tus pasos te llevarán a Yusuf, si no has alterado el orden de las figuras. Le dirás: 'Abenjaldún te llama' y lo traerás aquí. Después te ordenaré que traigas al segundo maestro; luego al tercero, luego al cuarto".

»Felizmente, de tanto leer y releer el Almanaque Bristol, las doce figuras se me habían quedado grabadas; pero basta que a uno le digan que no se equivoque, para que tema equivocarse. No me acobardé, le aseguro, pero tuve un presentimiento. Abenjaldún me estrechó la mano, me dijo que sus plegarias me acompañarían, y bajé la escalera que da a la sala de actos. Yo estaba muy atareado con las figuras; además esas espaldas blancas, esas cabezas agachadas, esas máscaras lisas y ese toro sagrado que yo no había visto nunca de cerca, me tenían inquieto. Sin embargo, di mis tres vueltas como la gente, y me encontré detrás de un ensabanado, que me pareció igual a todos los otros; pero como estaba imaginando las figuras del zodíaco, no tuve tiempo de pensar, y le dije: "Abenjaldún lo llama". El hombre me siguió; siempre imaginándome las figuras, subimos la escalera, y entramos en la secretaría. Abenjaldún estaba rezando; lo hizo entrar a Yusuf al archivo, y casi en seguida volvió y me dijo: "Trae ahora a Ibrahim". Volví a la sala de actos, di mis tres vueltas, me paré detrás de otro ensabanado y le dije: "Abenjaldún lo llama". Con él volví a la secretaría.

—Pare el carro, amigo —dijo Parodi—. ¿Está seguro de que mientras usted daba sus vueltas nadie salió de la secretaría?

—Mire, le aseguro que no. Yo estaba muy atento a las figuras y todo lo que quiera, pero no soy tan sonso. No le quitaba el ojo a esa puerta. Pierda cuidado: nadie entró ni salió.

»Abenjaldún tomó del brazo a Ibrahim y lo llevó al archivo; después

me dijo: “Trae ahora a Izedín”. Cosa rara, don Isidro, las dos primeras veces había tenido confianza en mí; esta vuelta estaba acobardado. Bajé, caminé tres veces alrededor de los drusos y volví con Izedín. Yo estaba cansadísimo: en la escalera se me nubló la vista, cosas del riñón; todo me pareció distinto, hasta mi compañero. El mismo Abenjaldún, que ya me tenía tanta fe que en lugar de rezar se había puesto a jugar al solitario, se lo llevó a Izedín al archivo, y me dijo, hablándome como un padre: “Este ejercicio te ha rendido. Yo buscaré al cuarto iniciado, que es Jalil”.

»La fatiga es el enemigo de la atención, pero en cuanto salió Abenjaldún me prendí a los barrotes de la galería y me puse a espiarlo. El hombre dio sus tres vueltas lo más chato, agarró de un brazo a Jalil y se lo trajo para arriba. Ya le dije que el archivo no tiene más puerta que la que da a la secretaría. Por esa puerta entró Abenjaldún con Jalil; en seguida salió con los cuatro drusos velados; me hizo la señal de la cruz, porque son gente muy devota; después les dijo en criollo que se quitaran los velos; usted dirá que es pura fábula, pero ahí estaban Izedín, con su cara de extranjero, y Jalil, el subgerente de La Formal, y Yusuf, el cuñado del que es gangoso, e Ibrahim, pálido como un muerto y barbudo, el socio de Abenjaldún, usted sabe. ¡Ciento cincuenta drusos iguales y ahí estaban los cuatro maestros! El doctor Abenjaldún casi me abrazó; pero los otros, que son personas refractarias a la evidencia, y llenas de supersticiones y agüerías, no dieron su brazo a torcer y se le enojaron en druso. El pobre Abenjaldún quiso convencerlos, pero al fin tuvo que ceder. Dijo que me sometería a otra prueba, dificilísima, pero que en esa prueba se jugaría la vida de todos ellos y tal vez la suerte del mundo. Continuó: “Te vendaremos los ojos con este velo, pondremos en tu mano derecha esta larga caña, y cada uno de nosotros se ocultará en algún rincón de la casa o de los jardines. Esperarás aquí hasta que el reloj dé las doce; después nos encontrarás sucesivamente, guiado por las figuras. Esas figuras rigen el mundo; mientras dure el examen, te confiamos el curso de las figuras: el cosmos estará en tu poder. Si no alteras el orden del zodíaco, nuestros destinos y el destino del mundo seguirán el curso prefijado; si tu imaginación se equivoca, si

después de la Balanza imaginas el León y no el Escorpión, el maestro a quien buscas perecerá y el mundo conocerá la amenaza del aire, del agua y del fuego".

»Todos dijeron que sí, menos Izedín, que había ingerido tanto salame que ya se le cerraban los ojos y que estaba tan distraído que al irse nos dio la mano a todos, uno por uno, cosa que no hace nunca.

»Me dieron una caña de bambú, me pusieron la venda y se fueron. Me quedé solo. Qué ansiedad la mía: imaginarme las figuras, sin alterar el orden; esperar las campanadas que no sonaban nunca; el miedo que sonaran y echar a andar por esa casa, que de golpe me pareció interminable y desconocida. Sin querer pensé en la escalera, en los descansos, en los muebles que habría en mi camino, en los sótanos, en el patio, en las claraboyas, qué sé yo. Empecé a oír de todo: las ramas de los árboles del jardín, unos pasos arriba, los drusos que se iban de la quinta, el arranque del viejo Issota de Ab-el-Melek: usted sabe, el que se ganó la rifa del aceite Raggio. En fin, todos se iban y yo me quedaba solo en el caserón, con esos drusos escondidos quién sabe dónde. Ahí tiene, cuando sonó el reloj me llevé un susto. Salí con mi cañita, yo, un muchacho joven, pletórico de vida, caminando como inválido, como un ciego, si usted me interpreta; agarré en seguida para la izquierda, porque el cuñado del gangoso tiene mucho *savoir faire* y yo pensé que iba a encontrarlo bajo de la mesa; todo el tiempo veía patente la Balanza, el Escorpión, el Sagitario y todas esas ilustraciones; me olvidé del primer descanso de la escalera y seguí bajando en falso; después me entré en el jardín de invierno. De golpe me perdí. No encontraba ni la puerta ni las paredes. También, hay que ver: tres días a puro té solo y el gran desgaste mental que yo me exigía. Dominé, con todo, la situación, y agarré por el lado del montaplatos; yo malicié que alguno se habría introducido en la carbonera; pero esos drusos, por instruidos que sean, no tienen nuestra viveza criolla. Entonces me volví para la sala. Tropecé con una mesita de tres patas, que usan algunos drusos que todavía creen en el espiritismo, como si estuvieran en la Edad Media. Me pareció que me miraban todos los ojos de los cuadros al óleo. Usted se reirá, tal vez; mi hermanita siempre dice que tengo algo de loco y de

poeta. Pero no me dormí y en seguida lo descubrí a Abenjaldún: estiré el brazo y ahí estaba. Sin mayor dificultad, encontramos la escalera, que estaba mucho más cerca de lo que yo imaginaba, y ganamos la secretaría. En el trayecto no dijimos ni una sola palabra. Yo estaba ocupado con las figuras. Lo dejé y salí a buscar otro druso. En eso oí como una risa ahogada. Por primera vez tuve una duda: llegué a pensar que se reían de mí. En seguida oí un grito. Yo juraría que no me equivoqué en las imágenes; pero primero con la rabia y después con la sorpresa, tal vez me haya confundido. Yo nunca niego la evidencia. Me di vuelta y tanteando con la caña entré en la secretaría. Tropecé con algo en el suelo. Me agaché. Toqué el pelo con la mano. Toqué una nariz, unos ojos. Sin darme cuenta de lo que hacía, me arranqué la venda.

»Abenjaldún estaba tirado en la alfombra, tenía la boca toda babosa y con sangre; lo palpé; estaba calentito todavía, pero ya era cadáver. En el cuarto no había nadie. Vi la caña, que se me había caído de la mano: tenía sangre en la punta. Recién entonces comprendí que yo lo había matado. Sin duda, cuando oí la risa y el grito, me confundí un momento y cambié el orden de las figuras: esa confusión había costado la vida de un hombre. Tal vez la de los cuatro maestros... Me asomé a la galería y los llamé. Nadie me contestó. Aterrado, huí por los fondos, repitiendo en voz baja el Carnero, el Toro, los Gemelos, para que el mundo no se viniera abajo. En seguida llegué a la tapia y eso que la quinta tiene tres cuartos de manzana; siempre el Tullido Ferrarotti me sabía decir que mi porvenir estaba en las carreras de medio fondo. Pero esa noche fui una revelación en salto en alto. De un saque salvé la tapia, que tiene casi dos metros; cuando estaba levantándome de la zanja y sacándome una porción de cascos de botella que se me habían incrustado por todos lados, empecé a toser con el humo. De la quinta salía un humo negro y espeso como lana de colchón. Aunque no estaba entrenado, corrí como en mis buenos tiempos; al llegar a Rosetti me di vuelta: había una luz como de 25 de Mayo en el cielo, la casa estaba ardiendo. ¡Ahí tiene lo que puede significar un cambio en las figuras! De pensarlo, la boca se me puso más seca que lengua de loro. Divisé un

agente en la esquina, y di marcha atrás; después me metí en unos andurriales que es una vergüenza que haya todavía en la Capital; yo sufría como argentino, le aseguro, y me tenían mareado unos perros, que bastó que uno solo ladrara para que todos se pusieran a ensordecerme desde muy cerca, y en esos barriales del Oeste no hay seguridad para el peatón ni vigilancia de ninguna especie. De pronto me tranquilicé, porque vi que estaba en la calle Charlone; unos infelices que estaban de patota en un almacén se pusieron a decir "el Carnero, el Toro" y a hacer ruidos que están mal en una boca; pero yo no les llevé el apunte y pasé de largo. ¿Quiere creer que sólo al rato me di cuenta de que yo había estado repitiendo las figuras, en voz alta? Volví a perderme. Usted sabe que en esos barrios ignoran los rudimentos del urbanismo y las calles están perdidas en un laberinto. Ni se me pasó por la cabeza tomar algún vehículo: llegué a casa con el calzado hecho una miseria, a la hora en que salen los basureros. Yo estaba enfermo de cansancio esa madrugada. Creo que hasta tenía temperatura. Me tiré en la cama, pero resolví no dormir, para no distraerme de las figuras.

»A las doce del día mandé parte de enfermo a la redacción y a las Obras Sanitarias. En eso entró mi vecino, el viajante de la Brancato, y se hizo firme y me llevó a su pieza a tomar una tallarinada. Le hablo con el corazón en la mano: al principio me sentí un poco mejor. Mi amigo tiene mucho mundo y destapó un moscato del país. Pero yo no estaba para diálogos finos y, aprovechando que el tuco me había caído como un plomo, me fui a mi pieza. No salí en todo el día. Sin embargo, como no soy un ermitaño y me tenía preocupado lo de la víspera, le pedí a la patrona que me trajera las *Noticias.* Sin tan siquiera examinar la página de los deportes, me engolfé en la crónica policial y vi la fotografía del siniestro: a las 0:23 de la madrugada había estallado un incendio de vastas proporciones en la casa-quinta del doctor Abenjaldún, sita en Villa Mazzini. A pesar de la encomiable intervención de la Seccional de Bomberos, el inmueble fue pasto de las llamas, habiendo perecido en la combustión su propietario, el distinguido miembro de la colectividad siriolibanesa, doctor Abenjaldún, uno de los grandes *pioneers* de la importación de

substitutos del linoleum. Quedé horrorizado. Baudizzone, que siempre descuida su página, había cometido algunos errores: por ejemplo, no había mencionado para nada la ceremonia religiosa y decía que esa noche se habían reunido para leer la Memoria y renovar autoridades. Poco antes del siniestro habían abandonado la quinta los señores Jalil, Yusuf e Ibrahim. Éstos declararon que hasta las 24 estuvieron departiendo amigablemente con el extinto que, lejos de presentir la tragedia que pondría un punto final a sus días y convertiría en cenizas una residencia tradicional de la zona del Oeste, hizo gala de su habitual *esprit*. El origen de la magna conflagración quedaba por aclarar.

»A mí no me asusta el trabajo, pero desde entonces no he vuelto al diario ni a las Obras, y ando con el ánimo por el suelo. A los dos días me vino a visitar un señor muy afable, que me interrogó sobre mi participación en la compra de escobillones y trapos de rejilla para la cantina del personal del corralón de la calle Bucarelli; después cambió de tema y habló de las colectividades extranjeras y se interesó especialmente en la siriolibanesa. Prometió, sin mayor seguridad, repetir la visita. Pero no volvió. En cambio, un desconocido se instaló en la esquina y me sigue con sumo disimulo por todos lados. Yo sé que usted no es hombre de dejarse enredar por la policía ni por nadie. Sálveme, don Isidro, ¡estoy desesperado!

—Yo no soy brujo ni ayunador para andar resolviendo adivinanzas. Pero no te voy a negar una manito. Eso sí, con una condición. Prometeme que me vas a hacer caso en todo.

—Como usted diga, don Isidro.

—Muy bien. Vamos a empezar en seguida. Decí en orden las figuras del almanaque.

—El Carnero, el Toro, los Gemelos, el Cangrejo, el León, la Virgen, la Balanza, el Escorpión, el Sagitario, el Capricornio, el Acuario, los Peces.

—Muy bien. Ahora decilos al revés.

Molinari, pálido, balbuceó:

—El Ronecar, el Roto...

—Salí de ahí con esas compadradas. Te digo que cambies el orden, que digas de cualquier modo las figuras.

—¿Que cambie el orden? Usted no me ha entendido, don Isidro, eso no se puede...

—¿No? Decí la primera, la última y la penúltima.

Molinari, aterrado, obedeció. Después miró a su alrededor.

—Bueno, ahora que te has sacado de la cabeza esas fantasías, te vas para el diario. No te hagás mala sangre.

Mudo, redimido, aturdido, Molinari salió de la cárcel. Afuera, estaba esperándolo el otro.

II

A la semana, Molinari admitió que no podía postergar una segunda visita a la Penitenciaría. Sin embargo, le molestaba encararse con Parodi, que había penetrado su presunción y su miserable credulidad. ¡Un hombre moderno, como él, haberse dejado embaucar por unos extranjeros fanáticos! Las apariciones del señor afable se hicieron más frecuentes y más siniestras: no sólo hablaba de los siriolibaneses, sino de los drusos del Líbano; su diálogo se había enriquecido de temas nuevos: por ejemplo: la abolición de la tortura en 1813, las ventajas de una picana eléctrica recién importada de Bremen por la Sección Investigaciones, etc.

Una mañana de lluvia, Molinari tomó el ómnibus en la esquina de Humberto I. Cuando bajó en Palermo, bajó también el desconocido, que había pasado de los anteojos a la barba rubia...

Parodi, como siempre, lo recibió con cierta sequedad; tuvo el tino de no aludir al misterio de Villa Mazzini: habló, tema habitual en él, de lo que puede hacer el hombre que tiene un sólido conocimiento de la baraja. Evocó la memoria tutelar del Lince Rivarola, que recibió un sillazo en el momento mismo de extraer un segundo as de espadas de un dispositivo especial que tenía en la manga. Para complementar esa anécdota, extrajo de un cajón un mazo grasiento, lo hizo barajar por Molinari y le pidió que extendiera los naipes sobre la mesa, con las figuras para abajo. Le dijo:

—Amiguito, usted que es brujo, le va a dar a este pobre anciano el cuatro de copas.

Molinari balbuceó:

—Yo nunca he pretendido ser brujo, señor... Usted sabe que yo he cortado toda relación con esos fanáticos.

—Has cortado y has barajado; dame en seguidita el cuatro de copas. No tengás miedo; es la primera carta que vas a agarrar.

Trémulo, Molinari extendió la mano, tomó una carta cualquiera y se la dio a Parodi. Éste la miró y dijo:

—Sos un tigre. Ahora me vas a dar la sota de espadas.

Molinari sacó otra carta y se la entregó.

—Ahora el siete de bastos.

Molinari le dio una carta.

—El ejercicio te ha cansado. Yo sacaré por vos la última carta, que es el rey de copas.

Tomó, casi con negligencia, una carta y la agregó a las tres anteriores. Después le dijo a Molinari que las diera vuelta. Eran el rey de copas, el siete de bastos, la sota de espadas y el cuatro de copas.

—No abrás tanto los ojos —dijo Parodi—. Entre todos esos naipes iguales hay uno marcado; el primero que te pedí pero no el primero que me diste. Te pedí el cuatro de copas, me diste la sota de espadas; te pedí la sota de espadas, me diste el siete de bastos; te pedí el siete de bastos y me diste el rey de copas; dije que estabas cansado y que yo mismo iba a sacar el cuarto naipe, el rey de copas. Saqué el cuatro de copas, que tiene estas pintitas negras.

»Abenjaldún hizo lo mismo. Te dijo que buscaras el druso número 1, vos le trajiste el número 2; te dijo que trajeras el 2, vos le trajiste el 3; te dijo que trajeras el 3, vos le trajiste el 4; te dijo que iba a buscar el 4 y trajo el 1. El 1 era Ibrahim, su amigo íntimo. Abenjaldún podía reconocerlo entre muchos... Esto les pasa a los que se meten con extranjeros. Vos mismo me dijiste que los drusos son una gente muy cerrada. Decías bien, y el más cerrado de todos era Abenjaldún, el decano de la colectividad. A los otros les bastaba desairar a un criollo; él quiso tomarlo para risa. Te dijo que fueras un domingo y vos mismo

me dijiste que el viernes era el día de sus misas; para que estuvieras nervioso, te hizo tres días a puro té y Almanaque Bristol; encima te hizo caminar no sé cuántas cuadras; te largó a una función de drusos ensabanados y como si el miedo fuera poco para confundirte, inventó el asunto de las figuras del almanaque. El hombre estaba de bromas; todavía no había revisado (ni revisaría nunca) los libros de contabilidad de Izedín; de esos libros hablaban cuando vos entraste; vos creíste que hablaban de novelitas y de versos. Quién sabe qué manejos había hecho el tesorero; lo cierto es que mató a Abenjaldún y quemó la casa, para que nadie viera los libros. Se despidió de ustedes, les dio la mano —cosa que no hacía nunca—, para que dieran por sentado que se había ido. Se escondió por ahí cerca, esperó que se fueran los otros, que ya estaban hartos de la broma, y cuando vos, con la caña y la venda, estabas buscándolo a Abenjaldún, volvió a la secretaría. Cuando volviste con el viejo, los dos se rieron de verte caminando como un cieguito. Saliste a buscar un segundo druso; Abenjaldún te siguió para que volvieras a encontrarlo y te hicieras cuatro viajes a puro golpe, trayendo siempre la misma persona. El tesorero, entonces, le dio una puñalada en la espalda: vos oíste su grito. Mientras volvías a la pieza, tanteando, Izedín huyó, prendió fuego a los libros. Luego, para justificar que hubieran desaparecido los libros, prendió fuego a la casa.

Pujato, 27 de diciembre de 1941

Las noches de Goliadkin

A la memoria del Buen Ladrón

I

Con una fatigada elegancia, Gervasio Montenegro —alto, distinguido, borroso, de perfil romántico y de bigote lacio y teñido— subió al coche celular y se dejó *voiturer* a la Penitenciaría. Se hallaba en una situación paradójica: los cuantiosos lectores de los diarios de la tarde se indignaban, en todas las catorce provincias, de que tan conocido actor fuera acusado de robo y asesinato; los cuantiosos lectores de los diarios de la tarde sabían que Gervasio Montenegro era un conocido actor, porque estaba acusado de robo y asesinato. Esta admirable confusión era obra exclusiva de Aquiles Molinari, el ágil periodista a quien había dado tanto prestigio el esclarecimiento del misterio de Abenjaldún. También se debía a Molinari que la policía permitiera a Gervasio Montenegro esa irregular visita a la cárcel: en la celda 273 estaba recluido Isidro Parodi, el detective sedentario, a quien Molinari (con una generosidad que a nadie engañaba) atribuía todos sus triunfos. Montenegro, fundamentalmente escéptico, dudaba de un detective que hoy era un presidiario numerado y ayer había sido peluquero en la calle Méjico; por otra parte, su espíritu, sensible como un Stradivarius, se crispaba ante esa visita de mal augurio. Sin embargo, se había dejado persuadir; comprendía que no debía enemistarse con Aquiles Molinari que, según su vigorosa expresión, representaba el cuarto

poder.

Parodi recibió al aclamado actor, sin levantar los ojos. Cebaba, lento y eficaz, un mate en un jarrito celeste. Montenegro ya se disponía a aceptarlo; Parodi, sin duda coartado por la timidez, no se lo ofreció; Montenegro, para darle valor, le palmeó el hombro y encendió un cigarrillo de un atado de Sublimes que había en un banquito.

—Viene antes de hora, don Montenegro; ya sé lo que lo trae. Es el asunto ese del brillante.

—Veo que estos sólidos muros no son obstáculo para mi fama —se apresuró a observar Montenegro.

—Qué van a ser. No hay como este recinto para saber lo que sucede en la República: desde las pillerías de todo un general de división hasta la obra cultural que realiza el último infeliz de la radio.

—Comparto su aversión a la radio. Como siempre me decía Margarita —Margarita Xirgu, usted sabe— los artistas, los que llevamos las tablas en la sangre, necesitamos el calor del público. El micrófono es frío, contra natura. Yo mismo, ante ese artefacto indeseable, he sentido que perdía la comunión con mi público.

—Yo que usted me dejaba de artefactos y comuniones. He leído los sueltitos de Molinari. El muchacho es habilidoso con la pluma, pero tanta literatura y tanto retrato acaban por marear. ¿Por qué no me cuenta las cosas a su modo, sin arte ninguno? A mí me gusta que me hablen claro.

—Estamos de acuerdo. Por lo demás, estoy capacitado para complacerlo. La claridad es privilegio de los latinos. Sin embargo, usted me permitirá arrojar un velo sobre cierto suceso que compromete a una dama de la mejor sociedad de La Quiaca —allí, como usted sabe, todavía queda gente bien—. *Laissez faire, laissez passer*. La necesidad impostergable de no empañar el nombre de esa dama que para el mundo es un hada de salón —y para mí, un hada y un ángel— me obligó a interrumpir mi gira triunfal por las Repúblicas indoamericanas. Porteño al fin, yo había esperado no sin nostalgia la hora del regreso y no creí jamás que la enturbiarían circunstancias que bien pueden calificarse de policiales. En efecto, en cuanto llegué a

Retiro, me arrestaron; ahora se me acusa de un robo y dos asesinatos. Para coronar el *accueil*, los polizontes me despojaron de una joya tradicional que yo había adquirido horas antes, en circunstancias muy pintorescas, al atravesar el Río Tercero. *Bref*, aborrezco los vanos circunloquios y contaré la historia *ab initio*, sin excluir, por cierto, la vigorosa ironía que invenciblemente sugiere el espectáculo moderno. También me permitiré algún toque de paisajista, alguna nota de color.

»El 7 de enero, a las cuatro y catorce a. m., sobriamente caracterizado de tape boliviano, abordé el Panamericano, en Mococo, eludiendo hábilmente —cuestión de *savoir faire*, mi querido amigo— a mis torpes y numerosos perseguidores. La generosa distribución de algunos autorretratos autografiados logró mitigar, ya que no abolir, la desconfianza de los empleados del expreso. Me destinaron un camarote que me resigné a compartir con un desconocido, de notorio aspecto israelita, a quien despertó mi llegada. Supe después que ese intruso se llamaba Goliadkin y que traficaba en diamantes. ¡Quién diría que el malhumorado israelita que el azar ferroviario me deparara iba a envolverme en una indescifrable tragedia!

»Al día siguiente, ante el peligroso *capo lavoro* de algún *chef* calchaquí, pude examinar con bonhomía la fauna humana que poblaba ese angosto universo que es un tren en marcha. Mi riguroso examen comenzó —*cherchez la femme*— por una interesante silueta que aun en Florida, a las ocho p. m., hubiera merecido el masculino homenaje de una ojeada. En esta materia no me equivoco: constaté poco después que se trataba de una mujer exótica, excepcional: la *baronne* Puffendorf-Duvernois: una mujer ya hecha, sin la fatal insipidez de las colegialas, curioso espécimen de nuestro tiempo, de cuerpo estricto, modelado por el *lawn-tennis*, una cara tal vez *basée*, pero sutilmente comentada por cremas y cosméticos, una mujer, para decirlo todo en una palabra, a quien la esbeltez daba altura y el mutismo elegancia. Tenía, sin embargo, el *faible*, imperdonable en una auténtica Duvernois, de flirtear con el comunismo. Al principio logró interesarme, pero después comprendí que su barniz atractivo ocultaba un espíritu banal y le pedí a ese pobre señor Goliadkin que me relevara; ella, rasgo típico de

mujer, fingió no percibir el cambio. Sin embargo, sorprendí una conversación de la *baronne* con otro pasajero —un tal coronel Harrap, de Texas— en la que usó el calificativo de "imbécil" aludiendo sin duda a *ce pauvre M. Goliadkin.* Vuelvo a mencionar a Goliadkin: se trata de un ruso, de un judío, cuya impronta en la placa fotográfica de mi memoria es decididamente débil. Era más bien rubio, fornido, de ojos atónitos; se daba su lugar: se precipitaba siempre a abrirme las puertas. En cambio es imposible, aunque deseable, olvidar al barbudo y apopléjico coronel Harrap, típico ejemplar de la vigorosa vulgaridad de un país que ha logrado el gigantismo, pero que ignora los matices, las *nuances*, que no desconoce el último pillete de una *trattoria* de Nápoles y que son la marca de fábrica de la raza latina.

—No sé dónde queda Nápoles, pero si alguien no le arregla este asunto, a usted se le va a armar un Vesubio que no le digo nada.

—Envidio su reclusión de benedictino, señor Parodi, pero mi vida ha sido errátil. He buscado la luz en las Baleares, el color en Brindisi, el pecado elegante en París. También, como Renan, he dicho mi plegaria en la Acrópolis. En todas partes he estrujado el jugoso racimo de la vida... Retomo el hilo de mi relato. En el pullman, mientras ese pobre Goliadkin —judío, al fin, predestinado a las persecuciones— sobrellevaba con resignación la incansable, y cansadora, esgrima verbal de la baronesa, yo, con Bibiloni, un joven poeta catamarqueño, me solazaba como un ateniense, platicando sobre la poesía y las provincias. Ahora confieso que al principio el aspecto oscuro, más bien renegrido, del joven laureado por las cocinas Volcán, no me predispuso en su favor. Los lentes bicicleta, la corbata de moño y elástico, los guantes color crema, me hicieron creer que me hallaba ante uno de los innumerables pedagogos que nos ha deparado Sarmiento —genial profeta a quien es absurdo exigir las pedestres virtudes de la previsión —. Sin embargo, la viva complacencia con que escuchó una corona de *triolets* que yo había burilado a vuela pluma en el tren carreta que une el moderno ingenio azucarero de Jaramí con la ciclópea estatua a la Bandera que ha cincelado Fioravanti, me demostró que era uno de los valores sólidos de nuestra joven literatura. No era uno de esos

rimadores intolerables que aprovechan el primer *tête-à-tête* para infligirnos los abortos de su pluma: era un estudioso, un discreto, que no malgastaba la oportunidad de callar ante los maestros. Lo deleité, después, con la primera de mis odas a José Martí; poco antes de la undécima, tuve que privarlo de ese placer: el tedio que la incesante baronesa impartía al joven Goliadkin había contagiado a mi catamarqueño, mediante un interesante fenómeno de *simpatía psicológica* que muchas veces he observado en otros pacientes. Con mi proverbial llaneza, que es el *apanage* del hombre de mundo, no vacilé ante un procedimiento radical: lo sacudí hasta que abrió los ojos. El diálogo, después de esa *mésaventure*, había decaído; para darle altura, hablé de tabacos finos. Estuve atinado: Bibiloni fue todo animación e interés. Después de explorar los bolsillos interiores de su cazadora, extrajo un habano de Hamburgo y, no atreviéndose a ofrecérmelo, dijo que lo había adquirido para fumarlo esa misma noche en el camarote. Comprendí el inocente subterfugio. Acepté el cigarro, con un rápido movimiento, y no tardé en encenderlo. Algún doloroso recuerdo atravesó la mente del joven; por lo menos, así lo entendí yo, seguro catador de fisonomías, y arrellanado en la butaca y exhalando azules bocanadas de humo, le pedí que me hablara de sus triunfos. El interesante rostro moreno se iluminó. Escuché la vieja historia del hombre de pluma, que lucha contra la incomprensión del burgués y atraviesa las ondas de la vida llevando a cuestas su quimera. La familia de Bibiloni, después de varios lustros consagrados a la farmacopea serrana, logró trasponer los confines de Catamarca y progresar hasta Bancalari. Ahí nació el poeta. Su primera maestra fue la Naturaleza: por un lado, las legumbres de la quinta paterna; por otro, los gallineros limítrofes, que el niño visitara más de una vez, en noches sin luna, munido de una larga caña de pescar... gallinas. Después de sólidos estudios primarios en Km 24, el poeta volvió a la gleba; conoció las proficuas y viriles fatigas de la agricultura, que valen más que todos los huecos aplausos, hasta que lo rescató el buen juicio de las cocinas Volcán, que premiaron su libro *Catamarqueñas (recuerdos de provincia)*. El importe del lauro le permitió conocer la provincia que con tanto

cariño había cantado. Ahora, enriquecido de romances y de villancicos, regresaba al Bancalari natal.

»Pasamos al salón comedor. Ese pobre Goliadkin tuvo que sentarse junto a la *baronne*; del otro lado de la misma mesa, nos sentamos el padre Brown y yo. El aspecto de este eclesiástico no era interesante: tenía el pelo castaño y la cara vacua y redonda. Yo, sin embargo, lo miraba con cierta envidia. Los que tenemos la desgracia de haber perdido la fe del carbonero y del niño no hallamos en la fría inteligencia el bálsamo reconfortante que brinda a su rebaño la Iglesia. Al fin de cuentas, ¿qué aporte debe nuestro siglo, niño *blasé* y canoso, al escepticismo profundo de Anatole France y de Julio Dantas? A todos nosotros, mi estimado Parodi, nos convendría una dosis de inocencia y de sencillez.

»Recuerdo muy confusamente la conversación de esa tarde. La *baronne*, pretextando el rigor de la canícula, dilataba incesantemente su escote y se apretaba contra Goliadkin —todo para provocarme—. El judío, poco avezado a esas lides, rehuía en vano el contacto y, consciente del desairado rol que jugaba, hablaba nerviosamente de temas que a nadie podían interesar, tales como la futura baja de los diamantes, la imposibilidad de substituir un diamante falso por uno verdadero y otras minucias de *boutique*. El padre Brown, que parecía olvidar la diferencia que hay entre el salón comedor de un *express* de lujo y un auditorio de beatos indefensos, repetía no sé qué paradoja, sobre la necesidad de perder el alma para salvarla: necios bizantinismos de teólogos, que han oscurecido la claridad de los Evangelios.

»*Noblesse oblige*: desoír los envites afrodisíacos de la *baronne* hubiera sido cubrirme de ridículo; esa misma noche me deslicé en puntas de pie hasta su camarote y, en cuclillas, apoyada la soñadora testa en la puerta, y el ojo en la cerradura, me puse a tararear confidencialmente *Mon ami Pierrot*. De esa apacible tregua que el luchador lograra en plena batalla de la vida, me despertó el anticuado puritanismo del coronel Harrap. En efecto, este barbudo anciano, reliquia de la pirática guerra de Cuba, me tomó de los hombros, me elevó a una altura considerable, y me depositó frente al baño para caballeros. Mi reacción

fue inmediata: entré y le cerré la puerta en las narices. Allí permanecí dos horas escasas, prestando oídos de mercader a sus amenazas confusas, emitidas en un castellano incorrecto. Cuando abandoné mi retiro, el camino estaba expedito. ¡Vía libre!, exclamé para mi coleto, y fui en el acto a mi camarote. Decididamente, la diosa Aventura me acompañaba. En el camarote estaba la *baronne*, esperándome. Saltó a mi encuentro. En la retaguardia, Goliadkin se ponía el saco. La *baronne*, con rápida intuición femenina, comprendió que la intromisión de Goliadkin abolía ese clima de intimidad que exigen las parejas enamoradas. Se fue, sin dirigirle una sola palabra. Conozco mi temperamento: si me encontraba con el coronel, nos batiríamos en duelo. Esto es incómodo en un ferrocarril. Además, aunque sea duro confesarlo, ya ha pasado la época de los duelos. Opté por dormir.

»¡Extraño servilismo el de los hebreos! Mi entrada había frustrado quién sabe qué infundados propósitos de Goliadkin; sin embargo, desde ese momento, se mostró cordialísimo conmigo, me obligó a aceptar un habano Avanti y me colmó de atenciones.

»Al otro día, todos estaban de mal humor. Yo, sensible al clima psicológico, quise animar a mis compañeros de mesa, refiriendo unas anécdotas de Roberto Payró y algún acerado epigrama de Marcos Sastre. La señora de Puffendorf-Duvernois, despechada por el percance de la noche anterior, estaba atufada; sin duda, algún eco de su *mésaventure* había llegado a oídos del padre Brown; este párroco la trató con una sequedad que no condice con la tonsura eclesiástica.

»Después del almuerzo le di una lección al coronel Harrap. Para probarle que su *faux pas* no había afectado la invariable cordialidad de nuestras relaciones, le ofrecí uno de los Avanti de Goliadkin y me di el gusto de encendérselo. ¡Una bofetada con guante blanco!

»Esa noche, la tercera de nuestro viaje, el joven Bibiloni me defraudó. Yo había pensado referirle algunas aventuras galantes, de esas que no suelo confiar al primer venido; pero no estaba en su camarote. Me incomodaba que un catamarqueño mulato pudiera introducirse en el compartimento de la *baronne* Puffendorf. A veces me parezco a Sherlock Holmes: sorteando astutamente al guarda, a quien

soborné con un interesante ejemplar de la numismática paraguaya, traté, frío sabueso de Baskerville, de oír, más aún, de espiar lo que sucedía en ese recinto ferroviario. (El coronel se había retirado temprano.) El silencio total y la oscuridad fueron el fruto de mi examen. Pero la ansiedad duró poco. Cuál no sería mi sorpresa al ver salir a la *baronne* del compartimento del padre Brown. Tuve un momento de brutal rebeldía, perdonable en un hombre por cuyas venas corre la abrasadora sangre de los Montenegro. Después comprendí. La *baronne* venía de confesarse. Estaba despeinada y su ropa era ascética —un batón carmesí, con bailarinas de plata y payasos de oro—. Estaba sin maquillar y, mujer al fin, huyó a su camarote para que yo no la sorprendiera sin su coraza facial. Encendí uno de los pésimos cigarros del joven Bibiloni y, filosóficamente, me batí en retirada.

»Gran sorpresa en mi compartimento: a pesar de lo avanzado de la hora, Goliadkin estaba levantado. Sonreí: dos días de convivencia ferroviaria habían bastado para que el opaco israelita imitara el noctambulismo del hombre de teatro y de club. Por supuesto, llevaba mal su nueva costumbre. Estaba descentrado, nervioso. Sin respetar mis cabezadas y mis bostezos, me infligió todas las circunstancias de su autobiografía insignificante y, tal vez, apócrifa. Pretendió haber sido caballerizo, y después amante, de la princesa Clavdia Fiodorovna; con un cinismo que me recordó las páginas más atrevidas de *Gil Blas de Santillana*, declaró que, burlando la confianza de la princesa y de su confesor, el padre Abramowicz, le había substraído un gran diamante de roca antigua, un *non-pareil* que, por un simple defecto de talla, no era el más valioso del mundo. Veinte años lo separaban de esa noche de pasión, de robo y de fuga; en el ínterin, la ola roja había expulsado del Imperio de los Zares a la gran dama despojada y al caballerizo infidente. En la frontera misma empezó la triple odisea: la de la princesa, en busca del pan cotidiano; la de Goliadkin, en busca de la princesa, para restituirle el diamante; la de una banda de ladrones internacionales en busca del diamante robado —en implacable persecución de Goliadkin. Éste, en las minas del África del Sur, en los laboratorios del Brasil y en los bazares de Bolivia, había conocido los

rigores de la aventura y de la miseria; pero jamás quiso vender el diamante, que era su remordimiento y su esperanza. Con el tiempo, la princesa Clavdia fue para Goliadkin el símbolo de esa Rusia amable y fastuosa, pisoteada por los palafreneros y los utopistas. A fuerza de no encontrar a la princesa, cada día la quería más; hace poco supo que estaba en la República Argentina, regenteando, sin abdicar su *morgue* de aristócrata, un sólido establecimiento en Avellaneda. Sólo a último momento, sacó el diamante del secreto rincón donde yacía escondido; ahora, que sabía el paradero de la princesa, hubiera preferido morir a perderlo.

»Naturalmente, esa larga historia en boca de un hombre que, por confesión propia, era caballerizo y ladrón, me incomodó. Con la franqueza que me caracteriza, me permití expresar una duda elegante sobre la existencia de la joya. Mi estocada a fondo lo traspasó. De una valija de imitación cocodrilo, Goliadkin sacó dos estuches iguales y abrió uno de ellos. Imposible dudar. Ahí, en su nido de terciopelo, refulgía un hermano legítimo del Koh-i-nur. Nada humano me es extraño. Me apiadó ese pobre Goliadkin que antaño compartiera el lecho fugaz de una Fiodorovna y que hogaño, en un crujiente vagón, confiaba sus cuitas a un caballero argentino que no le negaría sus buenos oficios para llegar a la princesa. Para entonarlo, afirmé que la persecución de una banda de ladrones era menos grave que la persecución de la policía; improvisé, fraterno y magnánimo, que una batida policial en el *Salón Doré* había deparado la inclusión de mi nombre —uno de los más antiguos de la República— en no sé qué prontuario infamante.

»¡Bizarra psicología la de mi amigo! Veinte años sin ver el rostro amado, y ahora, casi en vísperas de la dicha, su espíritu se debatía y dudaba.

»A pesar de mi fama de bohemio, *d'ailleurs* justificada, soy hombre de hábitos regulares; era tarde y ya no logré conciliar el sueño. Revolví en la mente la historia del diamante inmediato y de la princesa lejana. Goliadkin (sin duda emocionado por la noble franqueza de mis palabras) tampoco pudo dormir. Por lo menos, durante toda la noche,

estuvo moviéndose en la litera superior.

»La mañana me reservaba dos satisfacciones. Primero, un lejano anticipo de la pampa, que habló a mi alma de argentino y de artista. Un rayo de sol cayó sobre el campo. Bajo el benéfico derroche solar, los postes, los alambrados, los cardos, lloraron de alegría. El cielo se hizo inmenso y la luz se calcó fuertemente sobre el llano. Los novillos parecían haber vestido ropas nuevas... Mi segunda satisfacción fue de orden psicológico. Ante los cordiales tazones del desayuno, el padre Brown nos demostró palmariamente que la cruz no está reñida con la espada: con la autoridad y el prestigio que da la tonsura, reprendió el coronel Harrap, a quien calificó (muy certeramente, según mis luces) de asno y de animal. Le dijo también que sólo valía para meterse con infelices, pero que ante un hombre de temple sabía guardar distancia. Harrap ni chistó.

»Sólo después alcancé el pleno significado de la reprimenda del párroco. Supe que Bibiloni había desaparecido esa noche; ese hombre de pluma era el infeliz a quien había agredido el soldadote.

—Deme calce, amigo Montenegro —dijo Parodi—. Ese tren tan raro de ustedes ¿no para en ninguna parte?

—¿Pero dónde vive, amigo Parodi? ¿Usted ignora que el Panamericano hace el viaje directo desde Bolivia hasta Buenos Aires? Prosigo. Esa tarde, el diálogo fue monótono. Nadie quería hablar de otra cosa que de la desaparición de Bibiloni. Por cierto, algún pasajero observó que la tan cacareada seguridad que los capitalistas sajones atribuyen al convoy ferroviario quedaba en tela de juicio después de este suceso. Yo, sin disentir, anoté que la actitud de Bibiloni bien podía ser el fruto de una distracción propia del temperamento poético, y que yo mismo, atenaceado por la quimera, solía estar en las nubes. Estas hipótesis, aceptables en el día ebrio de colores y de luz, se desvanecieron con la última pirueta solar. Al caer de la tarde, todo se tornó melancólico. A intervalos de la noche el quejido fatídico de un búho oscuro, que remeda la tos cascada de un enfermo. Era el momento en que cada viajero revolvía en su mente los lejanos recuerdos o sentía la vaga y tenebrosa aprensión de la vida sombría; al unísono, todas las

ruedas del convoy parecían deletrear las palabras: *Bi-bi-lo-ni-ha-si-do-a-se-si-na-do, Bi-bi-lo-ni-ha-si-do-a-se-si-na-do, Bi-bi-lo-ni-ha-si-do-a-se-si-na-do*...

»Esa noche, después de cenar, Goliadkin (sin duda para mitigar el clima de angustia que había sentado sus reales en el salón comedor) cometió la ligereza de desafiarme al póker, mano a mano. Tal era su deseo de medirse conmigo que rechazó, con una obstinación sorprendente, las proposiciones de la baronesa y del coronel, de jugar un cuatro. Naturalmente, las esperanzas de Goliadkin recibieron un rudo golpe. El *clubman* del *Salón Doré* no defraudó a su público. Al principio, no me favorecieron las cartas, pero después, a pesar de mis admoniciones paternas, Goliadkin perdió todo su dinero: trescientos quince pesos y cuarenta centavos, que los polizontes me han substraído arbitrariamente. No olvidaré ese duelo: el plebeyo contra el hombre de mundo, el codicioso contra el indiferente, el judío contra el ario. Valioso cuadro para mi galería interior. Goliadkin, en busca de un desquite supremo, abandona de pronto el salón comedor. No tarda en regresar, con la valija de imitación cocodrilo. Extrae uno de los estuches y lo pone sobre la mesa. Me propone jugar los trescientos pesos perdidos contra el diamante. No le niego esa última chance. Doy las cartas; tengo en la mano un póker de ases; mostramos el juego; el diamante de la princesa Fiodorovna pasa a mi poder. El israelita se retira, *navré*. ¡Interesante momento!

»*A tout seigneur, tout honneur*. Los enguantados aplausos de la *baronne* Puffendorf, que había seguido con mal reprimido interés la victoria de su campeón, coronaron la escena. Como siempre dicen en el *Salón Doré*, yo no hago las cosas a medias. Mi decisión estaba tomada: llamé al mozo y le pedí *ipso facto* la carta de vinos. Un rápido examen me aconsejó la conveniencia de un Champagne El Gaitero, media botella. Brindé con la *baronne*.

»El hombre de club se reconoce en todos los momentos. Después de tamaña aventura, otro que yo no hubiera conciliado el sueño en toda la noche. Yo, bruscamente, insensible a los encantos del *tête-à-tête*, ansié la soledad de mi camarote. Bostecé una excusa y me retiré. Era

prodigioso mi cansancio. Recuerdo haber caminado entre sueños por los interminables corredores del tren; sin dárseme un ardite de los reglamentos que las compañías sajonas inventaban para coartar la libertad del viajero argentino, entré por fin en un compartimento cualquiera y, fiel guardián de *mi* joya, me encerré con pasador.

»Le declaro sin ruborizarme, estimado Parodi, que esa noche dormí vestido. Caí como un trompo en la litera.

»Todo esfuerzo mental tiene su castigo. Esa noche una pesadilla angustiosa me sojuzgó. El *ritornello* de esa pesadilla era la burlona voz de Goliadkin, que repetía: *No diré dónde está el diamante.* Me desperté sobresaltado. Mi primer movimiento se dirigió al bolsillo interior; ahí estaba el estuche; adentro, el auténtico *non pareil.*

»Aliviado, abrí la ventanilla.

»Claridad. Frescura. Loco bullicio madruguero de pajarillos. Mañanita nebulosa de principios de enero. Mañanita soñolienta, arrebujada todavía en las sábanas de un vapor blanquecino.

»De esa poesía matinal pasé en el acto a la prosa de la vida, que golpeó a mi puerta. Abrí. Era el subcomisario Grondona. Me preguntó qué hacía yo en ese camarote y, sin esperar contestación, me dijo que fuéramos al mío. Yo siempre he sido como las golondrinas para la orientación. Por increíble que parezca, mi camarote estaba al lado. Lo hallé todo revuelto. Grondona me sugirió que no fingiera asombro. Supe después lo que usted habrá leído en los diarios. Goliadkin había sido arrojado del tren. Un guarda oyó su grito y tocó la campana de alarma. En San Martín subió la policía. Todos me acusaron, hasta la *baronne*, sin duda por despecho. Rasgo que denota al observador que hay en mí: en medio del trajín policíaco observé que el coronel se había afeitado la barba.

II

A la semana, Montenegro se presentó de nuevo en la Penitenciaría. En el apacible retiro del coche celular, había premeditado no menos de

catorce cuentos baturros y de siete acrósticos de García Lorca, para edificar a su nuevo protegido, el *habitué* de la celda 273, Isidro Parodi; pero este peluquero obstinado extrajo una baraja mugrienta de su birrete reglamentario y le propuso, mejor dicho le impuso, un truco mano a mano.

—Todo juego es mi juego —replicó Montenegro—. En la estancia de mis mayores, en el almenado castillo que duplica sus torres en el Paraná transeúnte, he condescendido a la tonificante sociedad y al rústico pasatiempo del gaucho. Por cierto que mi *a ley de juego todo está dicho* era el pavor de los truqueros más canosos del Delta.

Muy pronto, Montenegro (que no salió de malas en los dos partidos que jugaron) reconoció que el truco, en razón de su misma sencillez, no podía cautivar la atención de un devoto del *chemin de fer* y del *bridge* con remate.

Parodi, sin hacerle caso, le dijo:

—Mire, para retribuir la lección de truco que usted le ha dado a este hombre anciano, que ya no sirve ni para jugar con un infeliz, le voy a contar un cuento. Es la historia de un hombre muy valiente aunque muy desdichado, un hombre a quien yo respeto muchísimo.

—Penetro su intención, querido Parodi —dijo Montenegro, sirviéndose con naturalidad un Sublime—. Ese respeto lo honra.

—No, no me refiero a usted. Hablo de un finado a quien no conozco, de un extranjero de Rusia, que supo ser cochero o caballerizo de una señora que tenía un brillante valioso; esa señora era una princesa en su tierra, pero no hay ley para el amor... El joven, mareado por tanta suerte, tuvo una debilidad —cualquiera la tiene— y se alzó con el brillante. Ya era tarde, cuando se arrepintió. La revolución maximalista los había desparramado por el mundo. Primero en una localidad de África del Sur, después en otra del Brasil, una pandilla de ladrones quiso arrebatarle esa alhaja. No la consiguieron: el hombre se daba maña para esconderla: no la quería para él; la quería para devolvérsela a la señora. Después de muchos años de aflicciones supo que la señora estaba en Buenos Aires; el viaje con el brillante era peligroso, pero el hombre no se echó atrás. En el tren lo siguieron los ladrones: uno se

había disfrazado de fraile, otro de militar, otro de provinciano, otra se había pintarrajeado la cara. Entre los pasajeros había un paisano nuestro, medio botarate, un actor. Este mozo, como se había pasado la vida entre disfrazados, no vio nada raro en esa gente... Sin embargo, era evidente la farsa. Era demasiado surtido el grupo. Un cura que saca el nombre de las revistas de Nick Carter, un catamarqueño de Bancalari, una señora que tiene la idea de ser baronesa porque hay una princesa en el asunto, un anciano que de la noche a la mañana pierde la barba y que se muestra capaz de elevarlo a usted, que debe pesar unos ochenta kilos "a una altura considerable" y guardarlo en un excusado. Eran gente resuelta; tenían cuatro noches para trabajar. La primera, cayó usted en la celda de Goliadkin y les arruinó el pastel. La segunda, usted volvió a salvarlo sin querer: la señora se le había metido en la pieza con el cuento del amor, pero a su llegada tuvo que retirarse. La tercera, mientras usted estaba pegado como un engrudo en la puerta de la baronesa, el catamarqueño asaltó a Goliadkin. Le fue mal: Goliadkin lo tiró del tren. Por eso el ruso andaba nervioso y se revolvía en la cama. Pensaba en lo que había ocurrido y en lo que iba a ocurrir; pensaba tal vez en la cuarta noche, la más peligrosa, la última. Recordó una frase del cura sobre los que pierden el alma para salvarla. Resolvió dejarse matar y perder el brillante para salvarlo. Usted le había contado lo del prontuario: comprendió que si lo mataban, usted sería el primer sospechoso. La cuarta noche exhibió dos estuches, para que los ladrones pensaran que había dos brillantes, uno de veras y uno falso. A la vista de todos lo perdió, a manos de un negado para el naipe; los ladrones creyeron que les quería hacer creer que había perdido la alhaja verdadera; a usted lo durmieron, con algún menjunje en la sidra. Se metieron después en el compartimento del ruso y le ordenaron que les entregara la alhaja. Usted le oyó en sueños repetir que no sabía dónde estaba; a lo mejor también les dijo que usted la tenía, para engañarlos. La combinación le salió bien a ese hombre valiente: al alba lo mataron los desalmados, pero el brillante estaba seguro, en poder de usted. Efectivamente, en cuanto llegaron a Buenos Aires, la policía le echó el guante y se encargó de entregar la alhaja a su dueño.

»Tal vez pensó que no le valía mucho vivir: veinte años crueles habían caído sobre la princesa, que ahora dirigía una casa mala. También yo, en su lugar, hubiera sido un miedoso.

Montenegro encendió un segundo Sublime.

—Es la vieja historia —observó—. La rezagada inteligencia confirma la intuición genial del artista. Yo siempre desconfié de la señora Puffendorf-Duvernois, de Bibiloni, del padre Brown y, muy especialmente, del coronel Harrap. Pierda cuidado, mi querido Parodi: no tardaré en comunicar mi solución a las autoridades.

Quequén, 5 de febrero de 1942

El dios de los toros

A la memoria del poeta Alexander Pope

I

Con la franqueza viril que lo distinguía, el poeta José Formento no vacilaba en repetir a las señoras y caballeros que concurrían a *La Casa de Arte* (Florida y Tucumán): «No hay fiesta para mi espíritu como los torneos verbales de mi maestro Carlos Anglada con ese dieciochesco Montenegro. Marinetti contra Lord Byron, el cuarenta caballos contra el aristocrático *tilbury*, la ametralladora contra el estoque». Estos torneos complacían también a los protagonistas, que, por lo demás, se apreciaban mucho. En cuanto supo el robo de las cartas, Montenegro (que desde su casamiento con la princesa Fiodorovna se había retirado del teatro y dedicaba su ocio a la redacción de una vasta novela histórica y a las investigaciones policiales) ofreció a Carlos Anglada su perspicacia y su prestigio, pero le señaló la conveniencia de una visita a la celda 273, donde estaba recluido por el momento su colaborador, Isidro Parodi.

Éste, a diferencia del lector, no conocía a Carlos Anglada: no había examinado los sonetos de *Las pagodas seniles* (1912), ni las odas panteístas de *Yo soy los otros* (1921), ni las mayúsculas de *Veo y meo* (1928), ni la novela nativista *El carnet de un gaucho* (1931), ni uno solo de los *Himnos para millonarios* (quinientos ejemplares numerados y la edición popular de la imprenta de los Expedicionarios de Don Bosco,

1934), ni el *Antifonario de los panes y los peces* (1935), ni por escandaloso que parezca, los doctos colofones de la Editorial Probeta (*Carillas del Buzo, impresas bajo los cuidados del Minotauro*, 1939).[3] Nos duele confesar que en veinte años de cárcel, Parodi no había tenido tiempo de estudiar el *Itinerario de Carlos Anglada (trayectoria de un lírico)*. En este indispensable tratado, José Formento, asesorado por el mismo maestro, historia sus diversas etapas: la iniciación modernista; la comprensión (a veces la transcripción) de Joaquín Belda; el fervor panteísta de 1921, cuando el poeta, ávido de una plena comunión con la naturaleza, negaba toda suerte de calzado y deambulaba, rengo y sangriento, entre los canteros de su coqueto chalet de Vicente López; la negación del frío intelectualismo: años ya celebérrimos en que Anglada, acompañado de una institutriz y de una versión chilena de Lawrence, no trepidaba en frecuentar los lagos de Palermo, puerilmente trajeado de marinero y munido de un aro y de un monopatín; el despertar nietzscheano que germinó en *Himnos para millonarios*, obra de afirmación aristocrática, basada en un artículo de Azorín, de la que se arrepentiría muy luego el popular catecúmeno del Congreso Eucarístico; finalmente, el altruismo y buceo en las provincias, donde el maestro somete al escalpelo crítico a las novísimas promociones de poetas mudos, a quienes dota del megáfono de la Editorial Probeta, que ya cuenta con menos de cien suscriptores y algunas *plaquette*s en preparación.

Carlos Anglada no era tan alarmante como su bibliografía y su retrato; don Isidro, que estaba cebándose un mate en su jarrita celeste, alzó los ojos y vio al hombre: sanguíneo, alto, macizo, prematuramente calvo, de ojos fruncidos y obstinados, de enérgico mostacho teñido. Usaba, como decía festivamente José Formento, un *traje a cuadros*. Lo seguía un señor que, de cerca, parecía el mismo Anglada visto de lejos; la calvicie, los ojos, el mostacho, la reciedumbre, el traje de cuadros, se repetían, pero en un formato menor. El astuto lector ya habrá adivinado que este joven era José Formento, el apóstol, el evangelista de Anglada. Su tarea no era monótona. La versatilidad de Anglada, ese moderno Frégoli del espíritu, hubiera confundido a discípulos menos

infatigables y abnegados que el autor de *Pis-cuna* (1929), *Apuntaciones de un acopiador de aves y huevos* (1932), *Odas para gerentes* (1934) y *Domingo en el cielo* (1936). Como nadie ignora, Formento veneraba al maestro; éste le correspondía con una condescendencia cordial, que no excluía, a veces, la amistosa reprimenda. Formento no era sólo el discípulo, sino también el secretario —esa *bonne à tout faire* que tienen los grandes escritores para puntuar el manuscrito genial y para extirpar una hache intrusa.

Anglada embistió inmediatamente el asunto:

—Usted me disculpará: yo hablo con la franqueza de una motocicleta. Estoy aquí por indicación de Gervasio Montenegro. Dejo constancia. No creo, y no creeré, que un encarcelado es persona indicada para resolver enigmas policiales. El asunto en sí no es complejo. Vivo, como es fama, en Vicente López. En mi escritorio, en mi usina de metáforas, para ser más claro, hay una caja de fierro; ese prisma con cerradura encierra —mejor dicho encerraba— un paquete de cartas. No hay misterio. Mi corresponsal y admiradora es Mariana Ruiz Villalba de Muñagorri, «Moncha» para sus íntimos. Juego a cartas vistas. A pesar de las imposturas de la calumnia, no ha habido comercio carnal. Planeamos en un plano más alto —emocional, mental—. En fin, un argentino no comprenderá nunca estas afinidades. Mariana es un espíritu hermoso; más: una hembra hermosa. Este pletórico organismo está provisto de una antena sensible a toda vibración moderna. Mi obra primigenia, *Las pagadas seniles*, la indujo a la elaboración de sonetos. Yo corregí esos endecasílabos. La presencia de algún alejandrino denunciaba una genuina vocación para el versolibrismo. En efecto, ahora cultiva el ensayo en prosa. Ya ha escrito: *Un día de lluvia*, *Mi perro Bob*, *El primer día de primavera*, *La batalla de Chacabuco*, *Por qué me gusta Picasso*, *Por qué me gusta el jardín*, etc., etc. En fin, desciendo como un buzo a la minucia policial, más accesible a usted. Como nadie ignora, soy esencialmente multitudinario; el 14 de agosto abrí las fauces de mi chalet a un grupo interesante: escritores y suscriptores de Probeta. Los primeros exigían la publicación de sus manuscritos; los segundos, la devolución de las cuotas que habían perdido. En tales

circunstancias estoy feliz, como el submarino en el agua. La vivaz reunión se prolongó hasta las dos a. m. Soy ante todo un combatiente: improvisé una casamata de butacas y taburetes y logré salvar buena parte de la vajilla. Formento, más parecido a Ulises que a Diómedes, trató de aplacar a los polemistas mediante una bandeja de madera provista de facturas surtidas y de Naranja-Bilz. ¡Pobre Formento! Sólo consiguió aumentar las reservas de proyectiles que emitían mis detractores. Cuando el último *pompier* se hubo retirado, Formento, con una devoción que no olvidaré, me echó un balde de agua en la cara y me restituyó a mi lucidez de tres mil bujías. Durante el colapso erigí un poema acrobático. Su título, *De pie sobre el impulso*; el verso final, *Yo fusilé a la Muerte a quemarropa.* Hubiera sido peligroso perder ese metal del subconsciente. Sin solución de continuidad, despedí a mi discípulo. Éste, en la logomaquia, había perdido el portamonedas. Con toda franqueza, requirió mi apoyo para su traslado a Saavedra. La llave de mi inviolable Vetere tiene su reducto en mi bolsillo; la extraje, la esgrimí, la utilicé. Encontré las monedas solicitadas; no encontré las cartas de Moncha —perdón, de Mariana Ruiz Villalba de Muñagorri—. El golpe no derribó mi energía; siempre de pie en el cabo Pensamiento, revisé la casa y las dependencias, desde el calefón hasta el pozo negro. El resultado de mi operación fue negativo.

—Afirmo que las cartas no están en el *chalet* —dijo la espesa voz de Formento—. El 15 por la mañana volví con un dato del Campano Ilustrado, que mi maestro requería para sus investigaciones. Me ofrecí para un segundo registro de la casa. No encontré nada. Miento. Descubrí algo valioso para el señor Anglada y para la República. Un tesoro que la distracción del poeta arrumbara en el sótano: cuatrocientos noventa y siete ejemplares de la obra agotada *El carnet de un gaucho.*

—Usted disculpará el fervor literario de mi discípulo —dijo rápidamente Carlos Anglada—. Estos hallazgos eruditos no pueden interesar a un espíritu como el suyo, rápidamente confinado en lo policial. He aquí el hecho: las cartas han desaparecido; en manos de una persona inescrupulosa estas vibraciones de una gran dama, estos

archivos de materia gris y materia sentimental pueden ser una piedra de escándalo. Se trata de un documento humano que une al impacto del estilo —modelado en rojo por el mío— la frágil intimidad de una mujer de mundo. *Bref*: gran carnada para editores piratas y trasandinos.

II

Una semana después, un largo Cadillac se detuvo en la calle Las Heras, ante la Penitenciaría Nacional. Se abrió la portezuela. Un caballero, de saco gris, pantalón de fantasía, guantes claros y bastón con empuñadura en cabeza de perro, descendió con una elegancia algo *surannée* y entró con paso firme, por los jardines.

El subcomisario Grondona lo recibió con servilismo. El caballero aceptó un habano de Bahía y se dejó conducir a la celda 273. Don Isidro, en cuanto lo vio, ocultó un atado de Sublimes bajo su birrete reglamentario, y dijo con dulzura:

—Pucha que la carne se vende bien en Avellaneda. Ese trabajo enflaquece a más de uno; a usted lo engorda.

—*Touché*, mi querido Parodi, *touché*. Confieso mi *enbonpoint*. La princesa me encarga que le bese la mano —replicó Montenegro entre dos bocanadas azules—. También nuestro común amigo Carlos Anglada —espíritu chispeante, si los hay, pero carente de la disciplina mediterránea— lo recuerda. Lo recuerda demasiado, *inter nos*. Ayer no más irrumpió en mi bufete. Bastaron dos portazos y una respiración casi asmática, para que el catador de fisonomías descubriera en un abrir y cerrar de ojos que Carlos Anglada estaba nervioso. Comprendí en seguida: la congestión del tráfico es adversa a la serenidad del espíritu. Usted, más sabio, ha elegido bien: la reclusión, la vida metódica, la falta de excitantes. En el corazón de la ciudad, su pequeño oasis parece de otro mundo. Nuestro amigo es más débil: basta una quimera para aterrarlo. Francamente, lo creí de temple más recio. Al principio afrontó la pérdida de las cartas con el estoicismo de un *clubman*; ayer he constatado que esa fachada no era más que una

máscara. El hombre ha sido herido, *blessé*. En mi bufete, ante un Maraschino 1934, entre el humo tonificante de los habanos, el hombre se despojó de todo antifaz. Comprendo su alarma. La publicación del epistolario de Moncha sería un rudo golpe para nuestra sociedad. Una mujer *hors concours*, mi querido amigo: belleza física, fortuna, linaje, figuración: espíritu moderno en vaso de Murano. Carlos Anglada, lastimero, insiste en que la publicación de esas cartas comportaría su ruina y la *besogne*, decididamente antihigiénica, de ultimar a ese colérico Muñagorri en un lance de honor. Con todo, mi estimable Parodi, le ruego que no pierda su sangre fría. Ya he dado el primer paso: invité a Carlos Anglada y a Formento a pasar unos días en la cabaña *La Moncha*, de Muñagorri. *Noblesse oblige*: reconozcamos que la obra de Muñagorri ha llevado el progreso a toda una zona del Pilar. Usted debiera resolverse a examinar de cerca esa maravilla. Es una de las pocas estancias donde el acervo nacional de la tradición se mantiene vivo y pujante. Pese a la intromisión del dueño de casa, hombre tiránico y chapado a la antigua, ninguna nube empañará esa reunión de amigos. Mariana hará los honores, deliciosamente, por cierto. Le aseguro que este viaje no es un capricho de artista: nuestro médico de cabecera, el doctor Mugica, aconseja tratar enérgicamente mi *surmenage*. Pese a la cordial insistencia de Mariana, la Princesa no podrá acompañarnos. La retienen sus múltiples tareas en Avellaneda. Yo, en cambio, prolongaré la *villegiature* hasta el Día de la Primavera. Como usted acaba de comprobar, no he vacilado ante el remedio heroico. Dejo en sus manos la minucia policial, la obtención de las cartas. Mañana mismo, a las diez, la alegre caravana automovilística parte del cenotafio de Rivadavia, rumbo a *La Moncha*, ebria de ilimitados horizontes, de libertad.

Con un ademán preciso, Gervasio Montenegro interrogó su áureo *Vacheron et Constantin*.

—El tiempo es oro —exclamó—. He prometido visitar al coronel Harrap y al reverendo Brown, sus *confrères* de establecimiento penal. Hace poco visité en la calle San Juan a la *baronne* Puffendorf-Duvernois, *née* Pratolongo. Su dignidad no ha sufrido, pero su tabaco

abisinio es abominable.

III

El 5 de septiembre, al atardecer, un visitante con brazal y paraguas entró en la celda 273. Habló en seguida; habló con funeraria vivacidad; pero don Isidro notó que estaba preocupado.

—Aquí me tiene, crucificado como el sol en la hora del ocaso —José Formento indicó vagamente un tragaluz que daba al lavadero—. Usted dirá que soy un Judas, entregado a tareas sociales, mientras el Maestro sufre persecuciones. Pero mi motor es muy otro. Vengo a exigirle, más aún a solicitarle, que mueva las influencias acumuladas en tantos años de convivencia con la autoridad. Sin el amor, la caridad es imposible. Como dijo Carlos Anglada en su llamado a las Juventudes Agrarias: Para inteligir el tractor, es menester amar el tractor; para inteligir a Carlos Anglada, es menester amar a Carlos Anglada. Quizá los libros del maestro no sirvan para la investigación policial; le traigo un ejemplar de mi *Itinerario de Carlos Anglada.* Ahí, el hombre que despista a los críticos e interesa aún a la policía se revela como un impulsivo, un niño casi.

Abrió al azar el volumen y lo puso en manos de Parodi. Éste, efectivamente, vio una fotografía de Carlos Anglada, calvo y enérgico, vestido de marinero.

—Usted como fotografista será una eminencia, no le discuto; pero lo que yo necesito es que me refieran el sucedido desde el 29 a la noche; también me gustaría saber cómo se llevaba esa gente. He leído los sueltitos de Molinari; no tiene basura en la cabeza, pero uno acaba por marearse con tanta fotografía. No se altere, joven, y cuénteme las cosas en orden.

—Le daré una instantánea de los hechos. El 24 llegamos a la estancia. Gran cordialidad y armonía. La señora Mariana —traje de montar de Redfern, ponchillo de Patou, botas de Hermès, maquillaje *plein-air* de Elizabeth Arden— nos recibió con su sencillez habitual. El dúo

Anglada-Montenegro discutió la puesta de sol hasta muy entrada la noche. Anglada la reputó inferior a los faroles de un automóvil que devora el *macadam*; Montenegro, a un soneto del mantuano. Por fin, ambos beligerantes ahogaron el espíritu polémico en un *vermouth* con *bitter*. El señor Manuel Muñagorri, aplacado por el tacto de Montenegro, se mostraba resignado a nuestra visita. A las ocho en punto, la institutriz —una rubia de lo más grosera, créame usted— trajo al Pampa, único fruto de una pareja feliz. La señora Mariana, en lo alto de la escalinata, extendió los brazos al niño y éste, de facón y chiripá, corrió a ocultarse en la caricia materna. Escena inolvidable, por lo demás repetida todas las noches, que nos demuestra la perduración de los vínculos familiares en pleno clima de mundaneidad y bohemia. Inmediatamente, la institutriz se llevó al Pampa. Muñagorri explicó que toda la pedagogía estaba cifrada en el precepto salomónico: escatima el palo y estropearás al niño. Me consta que para obligarlo a usar facón y chiripá tenía que poner en práctica ese precepto.

»El 29 al atardecer presenciamos, desde la terraza, un desfile de toros, grave y espléndido. A la señora Mariana debimos ese cuadro rural. Si no fuera por ella, esa y otras impresiones gratísimas serían imposibles. Con franqueza viril debo confesar que el señor Muñagorri (apreciable como cabañero, sin duda) era un anfitrión huraño y desatento. Casi no nos dirigía la palabra, prefería el diálogo de capataces y de peones; le interesaba más la futura exposición de Palermo que esa maravillosa coincidencia de la Naturaleza con el Arte, de la pampa con Carlos Anglada, que vuelta a vuelta se operaba en su propiedad. Mientras abajo desfilaban las bestias, oscuras en la muerte del sol, arriba, en la terraza, el grupo humano se afirmaba más conversador y locuaz. Bastó una interjección de Montenegro sobre la majestad de los toros para despertar el cerebro de Anglada. El maestro, de pie sobre sí mismo, improvisó una de esas fecundas tiradas líricas que pasman por igual al historiador y al gramático, al frío razonador y al gran corazón. Dijo que en otras épocas los toros eran animales sagrados; antes, sacerdotes y reyes; antes, dioses. Dijo que el mismo sol que iluminaba ese desfile de toros, había visto, en las galerías de Creta,

desfiles de hombres condenados a muerte por haber blasfemado del toro. Habló de hombres a quienes la inmersión en la caliente sangre de un toro había hecho inmortales. Montenegro quiso evocar una sangrienta función de toros embolados que él presenciara en las arenas de Nîmes (bajo el crepitante sol provenzal); pero Muñagorri, enemigo de toda expansión del espíritu, dijo que, en materia de toros, Anglada no era más que un tendero. Entronizado en un enorme sillón de paja, afirmó, cosa evidente, que él se había educado entre toros y que eran animales pacíficos y hasta cobardes, pero muy botadores. Fíjese que para convencer a Anglada, trataba de hipnotizarlo —no le quitaba los ojos de encima—. Dejamos al maestro y a Muñagorri en pleno deleite polémico; guiados por esa incomparable dueña de casa que es la señora Mariana, Montenegro y yo pudimos apreciar en todos los detalles el motor de la luz. Sonó el gong, nos sentamos a comer y acabamos la carne de vaca, antes que regresaran los polemistas. Era evidente que había triunfado el maestro; Muñagorri, hosco y vencido, no dijo una sola palabra durante la comida.

»Al día siguiente me invitó a conocer el pueblo del Pilar. Fuimos los dos solos, en su americanita. Como argentino gocé a pleno pulmón en nuestra escapada por la pampa típica y polvorienta. El padre sol derrochaba sus benéficos rayos sobre nuestras cabezas. Los servicios de la Unión Postal se extienden a esos andurriales sin pavimentos. Mientras Muñagorri absorbía líquidos inflamables en el almacén, yo confié a la boca de un buzón un saludo filial a mi editor, al dorso de mi fotografía en traje de gaucho. La etapa del retorno fue desagradable. A los barquinazos de la *vía crucis*, ahora se agregaban las torpezas del borracho; confieso hidalgamente que me apiadó ese esclavo del alcohol y le perdoné el feo espectáculo que me brindaba; castigaba el caballo como si fuera su hijo; la americana zozobraba continuamente y más de una vez temí por mi vida.

»En la estancia, unas compresas de lino y la lectura de un antiguo manifiesto de Marinetti restituyeron mi equilibrio.

»Ahora llegamos, don Isidro, a la tarde del crimen. Lo presagió un incidente desagradable: Muñagorri, siempre fiel a Salomón, asestó una

tunda de palos a las asentaderas del Pampa que, seducido por los falaces reclamos del exotismo, se negaba a la portación de cuchillo y rebenquito. Miss Bilham, la institutriz, no supo guardar su lugar y prolongó ese episodio tan poco grato recriminando acerbamente a Muñagorri. No trepido en afirmar que la pedagoga intervino de ese modo tan destemplado, porque tenía en vista otra colocación: Montenegro, que es un lince para descubrir bellas almas, le había propuesto no sé qué destino en Avellaneda. Todos nos retiramos contrariados. La dueña de casa, el maestro y yo nos encaminamos al tanque australiano; Montenegro se retiró a la casa con la institutriz. Muñagorri, obsesionado con la próxima exposición y de espaldas a la naturaleza, se fue a ver otro desfile de toros. La soledad y el trabajo son los dos báculos en que se apoya el verdadero hombre de letras; aproveché un recodo del camino para dejar a mis amigos; fui a mi dormitorio, verdadero refugio sin ventanas donde no llega el eco más remoto del mundo externo. Prendí la luz y entré en el surco de mi traducción popular de *La soirée avec M. Teste.* Imposible trabajar. En el cuarto de al lado conversaban Montenegro y Miss Bilham. No cerré la puerta por temor de ofender a Miss Bilham y para no asfixiarme. La otra puerta de mi habitación da, como usted sabe, al vaporoso patio de la cocina.

»Oí un grito; no procedía del cuarto de Miss Bilham; creí reconocer la incomparable voz de la señora Mariana. Por corredores y escaleras llegué a la terraza.

»Allí, sobre el poniente, con la sobriedad natural de la gran actriz que hay en ella, la señora Mariana indicaba el cuadro terrible que, por desdicha mía, no olvidaré. Abajo, como ayer, habían desfilado los toros; arriba, como ayer, el amo había presidido el lento desfile; pero esta vez, habían desfilado para un solo hombre; ese hombre estaba muerto. Por los dibujos del respaldo de paja había entrado un puñal.

»Sostenido por los brazos del alto sillón seguía erecto el cadáver. Anglada comprobó con horror que el increíble asesino había utilizado el cuchillito del niño.

—Dígame, don Formento, ¿cómo se habrá agenciado esa arma el

forajido?

—Misterio. El chico, después de agredir a su padre, tuvo un ataque de furia y tiró sus enseres de gaucho detrás de las hortensias.

—Ya lo sabía. ¿Y cómo explica la presencia del rebenquito en la pieza de Anglada?

—Muy fácilmente, pero con razones vedadas a un pesquisa. Como lo demuestra la fotografía que usted ha visto, en la proteiforme vida de Anglada hubo el período que llamaremos *pueril.* Aún hoy, el campeón de los derechos de autor y del arte por el arte siente el invencible imán que ejercen los juguetes sobre el adulto.

IV

El 9 de septiembre entraron dos damas de luto en la celda 273. Una era rubia, de poderosas caderas y labios llenos; la otra, que vestía con mayor discreción, era baja, delgada, el pecho escolar y de piernas finas y cortas.

Don Isidro se dirigió a la primera:

—Por las mentas, usted debe ser la viuda de Muñagorri.

—¡Qué *gaffe*! —dijo la otra con un hilo de voz—. Ya dijo lo que no era. Qué va a ser ella, si vino para acompañarme. Es la *fraülein*, Miss Bilham. La señora de Muñagorri soy yo.

Parodi les ofreció dos bancos y se sentó en el catre. Mariana prosiguió sin apuro.

—Qué amor de cuartito, y tan distinto al *living* de mi cuñada, que es un horror de biombos. Usted se ha adelantado al cubismo, señor Parodi, aunque ya no se usa. Con todo yo que usted le hacía dar a esa puerta una mano de Duco por Gauweloose. Me fascina el hierro pintado de blanco. Mickey Montenegro —¿a usted no le parece que es muy genial?— nos dijo de venir a molestarlo. Qué volada haberlo encontrado. Yo quería hablar con usted, porque es una droga estar repitiendo esta historia a comisarios que la aturden a una a preguntas y a mis cuñadas que son un opio.

»Le voy a contar el día 30 desde por la mañana. Estábamos Formento, Montenegro, Anglada, yo y mi marido y nadie más. La Princesa, lástima que no pudo venir, porque tiene un *charme* que se acabó con los comunistas. Mire lo que son las cosas de la intuición femenina y de madre. Cuando Consuelo me trajo el jugo de ciruelas, yo tenía un dolor de cabeza que volaba. Lo que son los hombres para la incomprensión. Lo primero fui al dormitorio de Manuel y ni quiso oírme porque le interesaba más su dolor de cabeza que no era para tanto. Las mujeres, como tenemos la escuela de la maternidad, no somos tan flojas. También la culpa la tenía él, por acostarse tarde. La víspera estuvo hasta las mil y quinientas hablando con Formento sobre un libro. Qué se mete a hablar de lo que no sabe. Llegué al final de la discusión pero en el acto pesqué de qué se trataba. Pepe —Formento, quiero decir— está por imprimir una traducción popular de *La soirée avec M. Teste.* Para llegar a las masas, que al fin y al cabo es lo único, le ha puesto como nombre en español *La serata con don Cacumen.* Manuel, que no quiso nunca entender que sin el amor la caridad es imposible, se había empeñado en desanimarlo. Le decía que Paul Valéry recomienda a los otros el pensamiento pero no piensa, y Formento que ya tiene lista la traducción, y yo que siempre digo en *La Casa de Arte* que hay que traerlo a Valéry a dar conferencias. Yo no sé qué había ese día, pero el viento Norte nos tenía a todos como locos, sobre todo a mí que soy tan sensible. Hasta la *fraülein* no se dio su lugar y se metió con Manuel por el Pampa que no le gusta el traje de gaucho. No sé por qué le cuento estas cosas, que son de la víspera. El día 30, después del té, Anglada, que no piensa más que en él y que no sabe que odio caminar, se empeñó en que yo le volviera a mostrar el tanque australiano, con tanto sol y tanto mosquito. Por suerte que pude zafarme y volví a leer a Giono: no me diga que no le gusta *Accompagné de la flute.* Es un libro bestial, que a una la distrae de la estancia. Pero antes quise verlo a Manuel, que estaba en la terraza con la manía de los toros. Serían casi las seis y yo subí por la escalera de los peones. Yo es una cosa que me quedé y dije ¡Ah! ¡Qué cuadro! Yo con la campera salmón y los shorts de Vionnet contra la baranda y, a dos pasos, Manuel clavado en el

sillón, que le habían hundido por el respaldo el cuchillito del Pampa. Por suerte, el inocente estaba cazando gatos y se libró de ver esa cosa horrible. A la noche se vino con media docena de colas.

Miss Bilham agregó:

—Las tuve que tirar por la letrina porque daban tan feo olor.

Lo dijo con una voz casi voluptuosa.

V

Anglada, esa mañana de septiembre, estaba inspirado. Su mente lúcida comprendía el pasado y el porvenir; la historia del futurismo y los trabajos de zapa que algunos *hommes de lettres* urdían a su espalda para que él aceptara el premio Nobel. Cuando Parodi creyó que esa verba se había agotado, Anglada esgrimió una carta y dijo con una risa benévola:

—¡Ese pobre Formento! Decididamente los piratas chilenos saben su negocio. Lea esta carta, amigo Parodi. No quieren publicar esa grotesca versión de Paul Valéry.

Don Isidro leyó con resignación:

> Muy Sr. mío:
>
> Cúmplenos repetir lo que ya explicamos en contestación a las suyas del 19, 26 y 30 de agosto ppdo. Imposible costear edición: gastos de *clichés* y derechos de Walt Disney, de impresos para Año Nuevo y Pascua en lenguas extranjeras, hacen impracticable el negocio a menos que usted se avenga a adelantar el importe del pliego único y gastos de almacenamiento en el Guardamuebles La Compresora.
>
> Quedamos a sus gratas órdenes.
>
> Por el subgerente: Rufino Gigena S.

Don Isidro, al fin, pudo hablar:

—Esa cartita comercial viene como caída del cielo. Ahora empiezo a atar cabos. Hace rato que usted se da el gusto de hablar de libros. Yo también puedo hablar. Últimamente leí esta cosa que trae esas figuras tan lindas: usted con zancos, usted vestido de criatura, usted biciclista. Mire que me he reído. Quién iba a decirle a uno que don Formento, mozo marica y fúnebre si los hay, supiera reírse tan bien de un sonso. Todos sus libros son un titeo: usted se manda los *Himnos para millonarios*, y el mocito, que es respetuoso, las *Odas para gerentes*; usted *La libreta de un gaucho*; el otro *Las apuntaciones de un acopiador de aves y huevos.* Oiga, le voy a contar desde el principio lo que pasó.

»Primero vino un pavote con el cuento de que le habían robado unas cartas. No le hice caso, porque si un hombre ha perdido algo no le va a encargar a un preso que se lo busque. El pavote decía que las cartas comprometían a una señora; que no tenía nada con la señora, pero que se carteaban por afición. Eso lo dijo para que yo pensara que la señora era su querida. A la semana vino ese pan de Dios, Montenegro, y dijo que el pavote andaba de lo más preocupado. Esta vez usted había procedido como alguien que de veras ha perdido algo. Fue a ver a uno que todavía no está en la cárcel y que es mentado como pesquisa. Después todos se fueron al campo, murió el finado Muñagorri, don Formento y una tilinga vinieron a fastidiarme y yo empecé a maliciar la cosa.

»Usted me dijo que le habían robado las cartas. Hasta me dio a entender que se las había robado Formento. Lo que usted quería era que la gente hablara de esas cartas y que se imaginaran no sé qué fábulas de usted y de la señora. Después la mentira le salió verdad: Formento le robó las cartas. Las robó para publicarlas. Usted ya lo tenía cansado; con las dos horas de monólogo que usted me ha descargado esta tarde, lo justifico al mozo. Le había tomado tanta rabia que ya no le bastaban las indirectas. Se resolvió a publicar las cartas, para acabar de una vez y para que toda la República viera que usted no tenía nada con la Mariana. Muñagorri veía las cosas de otro modo. No quería que su mujer se pusiera en ridículo con un librito de zonceras. El 29 le paró

el carro a Formento. De esta sesión, Formento no me dijo nada; estaban discutiendo el asunto cuando llegó Mariana y tuvieron la finura de hacerle creer que hablaban de un libro que Formento estaba copiando del francés. ¡Qué pueden importarle a un hombre de campo los libros de gente como ustedes! Al otro día Muñagorri se lo llevó a Formento al Pilar, con una carta a los de la imprenta para que pararan el libro. Formento vio el asunto color de hormiga y decidió librarse de Muñagorri. No le dolía mucho, porque siempre había el riesgo de que se descubrieran sus amores con la señora. Esa tilinga no podía contenerse: hasta andaba repitiendo las cosas que le oía —lo del amor y la caridad, lo de la inglesa que no había dado su lugar—. Hasta una vez se traicionó al nombrarlo.

»Cuando Formento vio que el chico había tirado sus prendas de gaucho, comprendió que había llegado la hora. Caminó sobre seguro. Se agenció una buena coartada: dijo que estaba abierta la puerta entre su dormitorio y el de la inglesa. Ni ella ni el amigo Montenegro lo desmintieron; sin embargo, es costumbre cerrar la puerta, para esos pasatiempos. Formento eligió bien el arma. El cuchillo del Pampa servía para complicar a dos personas: al mismo Pampa, que es medio loco, y a usted, don Anglada, que se finge amante de la señora y que más de una vez se hizo el nene. Dejó el rebenquito en la pieza de usted, para que lo encontrara la policía. A mí me trajo el libro de las figuras, para darme la misma sospecha.

»Con toda comodidad salió a la terraza y lo apuñaló a Muñagorri. Los peones no lo vieron porque estaban abajo, atareados con los toros.

»Vea lo que es la Providencia. Todo eso había hecho el hombre para sacar un libro con las cartitas de esa tilinga y las felicitaciones de Año Nuevo. Basta mirar a esa señora para adivinar lo que son sus cartas. No es milagro que los de la imprenta les sacaran el cuerpo.

Quequén, 22 de febrero de 1942

Las previsiones de Sangiácomo

A Mahoma

I

El recluso de la celda 273 recibió con marcada resignación a la señora de Anglada y a su marido.

—Seré rotundo; daré la espalda a toda metáfora —prometió gravemente Carlos Anglada—. Mi cerebro es una cámara frigorífica: las circunstancias de la muerte de Julia Ruiz Villalba —Pumita, para los de su clase— perduran en ese recipiente gris, incorruptas. Seré implacable, fidedigno; miro estas cosas con la indiferencia del *deus ex machina.* Le impondré un corte transversal de los hechos. Lo conmino, Parodi: sea usted un nervio auditivo.

Parodi no levantó los ojos; siguió iluminando una fotografía del doctor Irigoyen; el introito del vigoroso poeta no le comunicaba hechos nuevos: días antes había leído un sueltito de Molinari, sobre la brusca desaparición de la señorita de Ruiz Villalba, uno de los elementos juveniles más animados de nuestro mundillo social.

Anglada impostó la voz; Mariana, su mujer, tomó la palabra:

—Ya Carlos hizo que me costeara a la cárcel y yo que tenía que ir a opiarme en la conferencia de Mario sobre Concepción Arenal. Qué salvada la suya, señor Parodi, no tener que ir a *La Casa de Arte*: hay cada figurón que es un plomo, aunque yo siempre digo que Monseñor habla con mucha altura. Carlos, como toda la vida, va a querer meter

su cuchara, pero al fin y al cabo es mi hermana, y no me han arrastrado hasta aquí para que yo esté callada como una ente. Además las mujeres, con la intuición, nos damos más cuenta de todo, como dijo Mario a la vez que me felicitó por el luto (yo estaba hecha una loca, pero a las platinadas nos sienta el negro). Mire, yo, con la *suite* que tengo, voy a contarle las cosas desde el principio, aunque no me hago la difícil con la manía de los libros. Usted habrá visto en la *rotogravure* que la pobre Pumita, mi hermana, se había comprometido con Rica Sangiácomo, que tiene un apellido que es matador. Aunque parezca un cache era una pareja ideal: la Pumita tan mona, con el *cachet* Ruiz Villalba y los ojos de Norma Shearer, que ahora se nos fue, como dijo Mario, ya no quedan más que los míos. Es claro que era una india y que no leía más que *Vogue y* por eso le faltaba ese *charme* que tiene el teatro francés, aunque Madeleine Ozeray es un adefesio. Es el colmo venir a decirme a mí que se ha suicidado, yo que estoy tan católica desde el Congreso y ella con esa *joie de vivre* que yo también la tengo aunque no soy una mosca muerta. No me diga que es una plancha y una falta de consideración este escándalo como si yo no tuviera bastante con lo del pobre Formento que le clavó el cuchillito por el sillón a Manuel que estaba embobado con los toros. A veces me da que pensar y digo que es llover sobre mojado.

»Rica tiene fama de buenmocísimo, pero qué más quería él que entrar en una familia como la gente, ellos que son unos *parvenus*, aunque al padre yo lo respeto porque vino al Rosario con una mano atrás y otra adelante. La Pumita no se chupaba el dedo, y mamá con el *faible* que le tenía tiró la casa por la ventana cuando la presentaron, y así no es gracia que se comprometiera cuando era una mosca. Dice que se conocieron de un modo lo más romántico, en Llavallol, como Errol Flynn y Olivia de Havilland, en *Vamos a Méjico* que en inglés se llama *Sombrero*: a la Pumita se le había desbocado el *pony* del *tonneau* al llegar al *macadam* y Ricardo que no tiene más horizonte que los petizos de polo se quiso hacer el Douglas Fairbanks y le paró el *pony* que no es una cosa del otro mundo. Él se quedó chocho cuando supo que era mi hermana, y la pobre Pumita, ya se sabe, le gustaba afilar hasta con los

mucamos de adentro. La cuestión es que se lo invitó a Rica a *La Moncha*, y eso que no nos habíamos visto ni en caja de fósforos. El Commendatore —el padre de Rica, usted recuerda— les hacía un gancho bárbaro, y Rica me tenía enferma con las orquídeas que le mandaba todos los días a la Pumita, así que yo hice rancho aparte con Bonfanti, que es otra cosa.

—Tómese un resuello, señora —intercaló respetuosamente Parodi—. Ahora que no garúa, usted podría aprovechar, don Anglada, para hacerme un resumido.

—Abro fuego...

—Ya tuviste que salir con tus pesadeces —observó Mariana aplicando a sus labios desganados un cuidadoso *rouge*.

—El panorama erigido por mi señora es terminante. Falta, sin embargo, tirar las coordenadas de práctica. Seré el agrimensor, el catastro. Acometo la vigorosa síntesis.

»En Pilar, contiguos a *La Moncha*, se afirman los parques, los viveros, los invernáculos, el observatorio, los jardines, la pileta, las jaulas de los animales, el acuario subterráneo, las dependencias, el gimnasio, el reducto del Commendatore Sangiácomo. Este florido anciano —ojos irrefutables, estatura mediocre, tinte sanguíneo, níveos mostachos que interrumpe el toscano festivo— es un moño de músculos, en la pista, en la pedana y en el trampolín de madera. Paso de la instantánea al cinematógrafo: abordo sin ambages la biografía de este vulgarizador del abono. El oxidado siglo XIX se resolvía y gimoteaba en su silla de ruedas —años del biombo japonista y del velocípedo tarambana— cuando el Rosario abrió la generosidad de sus fauces a un inmigrante itálico; miento, a un niño italiano. Pregunto: ¿quién era ese niño? Contesto: el Commendatore Sangiácomo. El analfabetismo, la maffia, la intemperie, una fe ciega en el porvenir de la Patria, fueron sus pilotos de cabotaje. Un varón consular —confirmo: el cónsul de Italia, conde Isidoro Fosco— adivinó el encaje moral que encerraba el joven y más de una vez le brindó un consejo desinteresado.

»En 1902 Sangiácomo encaraba la vida desde el pescante de madera de un carro de la Dirección de Limpieza; en 1903 presidía una flota

pertinaz de carros atmosféricos; desde 1908 —año en que salió de la cárcel— vinculó definitivamente su nombre a la saponificación de las grasas; en 1910 abarcaba las curtiembres y el guano; en 1914 columbró con ojo de cíclope las posibilidades de la gamorresina del asa fétida; la guerra disipó ese espejismo; nuestro luchador, al borde de la catástrofe, dio un golpe de timón y se consolidó en el ruibarbo. Italia no tardó en detonar su grito y su músculo; Sangiácomo, desde la otra margen atlántica, gritó ¡presente! y fletó un barco de ruibarbo para los modernos inquilinos de las trincheras. No lo desanimaron los motines de una soldadesca ignorante; sus cargamentos nutritivos abarrotaron dársenas y almacenes en Génova, en Salerno y en Castellamare, desalojando más de una vez a densas barriadas. Esa plétora alimenticia tuvo su premio: el novel millonario crucificó su pecho con la cruz y el mandil de Commendatore.

—Qué manera de contar que parece que estás hecho un sonámbulo —dijo desapasionadamente Mariana, y siguió levantando sus faldas—. Antes que lo hicieran Commendatore ya se había casado con la prima carnal que mandó buscar a Italia a propósito, y también te comiste lo de los hijos.

—Ratifico: me he dejado arrastrar por el *ferry-boat* de mi verba. Wells rioplatense, remonto la corriente del tiempo. Desembarco en el tálamo posesivo. Ya nuestro luchador engendra a su vástago. Nace: es Ricardo Sangiácomo. La madre, figura vislumbrada, secundaria, desaparece: muere en 1921. La muerte (que a semejanza del cartero llama dos veces) lo privó ese mismo año del propulsor que nunca le negara aliento, conde Isidoro Fosco. Lo digo, lo redigo, sin trepidar: el Commendatore se asomó a la locura. El horno crematorio había mascado la carne de su esposa; quedaba su producto, su impronta: el párvulo unigénito. Monolito moral, el padre consagró a educarlo, a adorarlo. Subrayo un contraste: el Commendatore —duro y dictatorial entre sus máquinas como una prensa hidráulica— fue, *at home*, el más agradable de los polichinelas del hijo.

»Enfoco a este heredero: chambergo gris, los ojos de la madre, bigote circunflejo, movimientos dictados por Juan Lomuto, piernas de

centauro argentino. Este protagonista de las piscinas y del *turf*, es también un jurisconsulto, un contemporáneo. Admito que su poemario *Peinar el viento* no constituye una férrea cadena de metáforas, pero no falta la visión espesa, el atisbo noviestructural. Sin embargo, es en el terreno de la novela donde nuestro poeta rendirá todo su voltaje. Predigo: algún crítico musculoso no dejará tal vez de subrayar que nuestro iconoclasta, antes de romper los viejos moldes, los ha reproducido; pero habrá de admitir la fidelidad científica de la copia. Ricardo es una promesa argentina; su relato sobre la condesa de Chinchón aglutinará el buceo arqueológico y el espasmo neofuturista. Esa labor exige la compulsa de los infolios de Gandía, de Levene, de Grosso, de Radaelli. Felizmente, nuestro explorador no está solo; Eliseo Requena, su abnegado hermano de leche, lo secunda y lo empuja en el periplo. Para definir a este acólito seré conciso como un puño: el gran novelista se ocupa de las figuras centrales de la novela y deja que las plumas menores se ocupen de las figuras menores. Requena (estimable sin duda como *factotum*) es uno de tantos hijos naturales del Commendatore, ni mejor ni peor que los otros. Miento: acusa un rasgo individual: la insospechable devoción por Ricardo. Acude ahora a mi lente un personaje pecuniario, bursátil. Le arranco la máscara: presento al administrador del Commendatore, Giovanni Croce. Sus detractores fingen que es riojano y que su verdadero nombre es Juan Cruz. La verdad es muy otra: su patriotismo es notorio; su devoción al Commendatore, perpetua; su acento, muy desagradable. El Commendatore Sangiácomo, Ricardo Sangiácomo, Eliseo Requena, Giovanni Croce, he aquí el cuarteto humano que presenció los últimos días de Pumita. Relego al justo anonimato la turba asalariada: jardineros, peones, cocheros, masajistas...

Mariana intervino irresistiblemente:

—Cómo vas a negar esta vez que sos un envidioso y un mal pensado. No has dicho ni un poquito de Mario que tenía la pieza llena de libros al lado de la nuestra y que se da cuenta muy bien cuando una mujer distinguida sale de lo vulgar, y no pierde tiempo mandando cartitas como un pavo. Bien que te dejó con la boca abierta cuando no dijiste ni

mu. Es bestial como sabe.

—Exacto; suelo darme una mano de silencio. El doctor Mario Bonfanti es un hispanista adscripto a la propiedad del Commendatore. Ha publicado una adaptación para adultos del *Cantar de Myo Cid*; premedita una severa gauchización de las *Soledades*, de Góngora, a las que dotará de bebedores y de jagüeles, de cojinillos y de nutrias.

—Don Anglada, ya me tiene mareado con tanto libro —dijo Parodi—. Si quiere que le sirva de algo, háble me de su cuñada, la finadita. Total nadie me salva de oírlo.

—Usted, como la crítica, no me capta. El gran pincel —he dicho: Picasso— ubica en los primeros planos el fondo del cuadro y posterga en la línea del horizonte la figura central. Mi plan de batalla es el mismo. Abocetadas las comparsas ambientes —Bonfanti, etc.— caigo de lleno en la Pumita Ruiz Villalba, *corpus delicti*.

»El plástico no se deja arrastrar por las apariencias. Pumita, con su travesura de Efebo, con su gracia algo despeinada, era, ante todo, un telón de fondo: su función era destacar la belleza opulenta de mi señora. La Pumita ha muerto; en el recuerdo esa función es indeciblemente patética. Brochazo de gran guiñol: el 23 de junio, a la noche, reía y chapoteaba en la sobremesa al calor de mi verba; el 24, yacía envenenada en su dormitorio. El destino, que no es un caballero, hizo que mi señora la descubriese.

II

La tarde del 23 de junio, víspera de su muerte, la Pumita vio morir tres veces a Emil Jannings en copias imperfectas y veneradas de *Alta traición*, del *Ángel azul* y de *La última orden*.

Mariana sugirió esa expedición al Club Pathé-Baby; al regreso, ella y Mario Bonfanti se relegaron al asiento de atrás del Rolls-Royce. Dejaron que la Pumita fuera adelante con Ricardo y completara la reconciliación iniciada en la compartida penumbra del cinematógrafo. Bonfanti deploró la ausencia de Anglada: este polígrafo componía, esa

tarde, una *Historia Científica del Cinematógrafo*, y prefería documentarse en su infalible memoria de artista, no contaminada por una visión directa del espectáculo, siempre ambigua y falaz.

Esa noche, en Villa Castellammare, la sobremesa fue dialéctica.

—Otra vez doy la palabra a mi viejo amigo, el Maestro Correas —dijo eruditamente Bonfanti, que animaba un saco tejido en punto de arroz, una doble tricota de Huracán, una corbata escocesa, una sobria camisa color ladrillo, un juego de lápiz, y estilográfica tamaño coloso y un cronómetro pulsera de *referee*—. Fuimos por lana y volvimos trasquilados. Los boquirrubios que detentan el cacicazgo del Pathé-Baby Club nos han fastidiado: dieron un muestrario de Jannings en el que falta lo más enjundioso y egregio. Nos han escamoteado la adaptación de la sátira butleriana *Ainsi va toute chair*, *De carne somos.*

—Es como si la hubieran dado —dijo la Pumita—. Todos los films de Jannings son *De carne somos.* Siempre el mismo argumento: primero le van acumulando felicidades; después lo enyetan y lo hunden. Es una cosa tan aburrida y tan igual a la realidad. Apuesto que el Commendatore me da la razón.

El Commendatore vaciló; Mariana intervino inmediatamente:

—Todo porque fui yo la de la idea de que fuéramos. Bien que lloraste como una cache a pesar del *rimmel.*

—Es cierto —dijo Ricardo—. Yo te vi llorar. Después te ponés nerviosa, y tomás esas gotas para dormir que tenés en la cómoda.

—Serás más que sonsa —observó Mariana—: Ya sabés que el doctor ha dicho que esas porquerías no son buenas para la salud. Yo es otra cosa porque tengo que lidiar con los mucamos.

—Si no duermo, no me faltará qué pensar. Además, no será ésta la última noche. ¿Usted no cree, Commendatore, que hay vidas que son idénticas a las vistas de Jannings?

Ricardo comprendió que Pumita quería eludir el tema del insomnio.

—Tiene razón la Pumita: nadie se salva de su destino. Morganti era una fiera para el polo, hasta que se compró el tobiano que le trajo yeta.

—No —gritó el Commendatore—. El *hommo pensante* no cree en la yeta porque yo la venzo con esta pata de conejo. —La sacó de un

bolsillo interior del *smocking* y la esgrimió con exaltación.

—Eso es lo que se llama un directo a la mandíbula —aplaudió Anglada—. Razón pura, más razón pura.

—Lo que es yo, estoy segura de que hay vidas en que no sucede nada por casualidad —insistió la Pumita.

—Mirá, si lo decís por mí, estás paf —declaró Mariana—. Si mi casa está hecha un barullo, la culpa la tiene Carlos, que siempre me está espiando.

—En las vidas no debe suceder nada por casualidad —zumbó la voz luctuosa de Croce—. Si no hay una dirección, una policía, caemos directamente en el caos ruso, en la tiranía de la Cheka. Debemos confesarlo: en el país de Iván el Terrible, ya no queda libre albedrío.

Ricardo, visiblemente reflexivo, acabó por decir:

—Las cosas, es una cosa que no pueden suceder por casualidad. Y... si no hay orden, por la ventana entra volando una vaca.

—Aun los místicos de vuelo más aguileño, una Teresa de Cepeda y Ahumada, un Ruysbrokio, un Blosio —confirmó Bonfanti— se ciñen al imprimatur de la Iglesia, al marchamo eclesiástico.

El Commendatore golpeó la mesa.

—Bonfanti, yo no quiero ofenderlo, pero es inútil que se esconda: usted es, propiamente, un católico. Vaya sabiendo que nosotros, los del Gran Oriente del Rito Escocés, nos vestimos como si fuéramos curas y no tenemos que envidiarle a nadie. La sangre se me enferma cuando oigo decir que el hombre no puede hacer todo lo que le pasa por la fantasía.

Hubo un silencio incómodo. A los pocos minutos, Anglada —pálido— se atrevió a balbucir:

—*Knock-out* técnico. La primera línea de los deterministas ha sido rota. Nos desbordamos por la brecha; huyen en completo desorden. Hasta donde alcanza la vista, el campo de batalla queda sembrado de armas y de bagajes.

—No te hagás el que ganaste la discusión, porque no fuiste vos, que estabas como mudo —dijo implacablemente Mariana.

—Pensar que todo lo que decimos va a pasar a la libreta que trajo de

Salerno el Commendatore —dijo abstraídamente la Pumita.

Croce, el lóbrego administrador, quiso cambiar el rumbo de la conversación:

—¿Y qué nos dice el amigo Eliseo Requena?

Le contestó con una voz de laucha un joven inmenso y albino:

—Estoy muy atareado: Ricardito va a concluir su novela.

El aludido se ruborizó y aclaró:

—Trabajo como un topo, pero la Pumita me aconseja que no me apure.

—Yo guardaría los cuadernos en un cajón y los dejaría nueve años —dijo la Pumita.

—¿Nueve años? —exclamó el Commendatore, casi apoplético—. ¿Nueve años? ¡Hace quinientos años que el Dante publicó la *Divina Comedia*!

Con noble urgencia, Bonfanti apoyó al Commendatore.

—Bravo, bravo. Esa vacilación es netamente hamletiana, boreal. Los romanos entendían el arte de otra manera. Para ellos, escribir era un gesto armonioso, una danza, no la sombría disciplina del bárbaro, que procura suplir con mortificaciones monjiles la sal que le deniega Minerva.

El Commendatore insistió:

—El que no escribe todo lo que le fermenta en la testa es un eunuco de la Capilla Sixtina. Eso no es un hombre.

—Yo también opino que el escritor debe darse entero —afirmó Requena—. Las contradicciones no importan; la cuestión es volcar en el papel toda esa confusión que es lo humano.

Mariana intervino:

—Yo cuando le escribo a mamá si me paro a pensar no se me ocurre nada, en cambio si me dejo llevar es una maravilla, son páginas y páginas que lleno sin darme cuenta. Vos mismo, Carlos, me prometiste que yo había nacido para la pluma.

—Mirá, Ricardo —la Pumita insistió—, yo que vos no oiría más que mi consejo. Hay que poner mucho ojo en lo que se publica. Acordate de Bustos Domecq, el santafecino ese que le publicaron un cuento y

después resultó que ya lo había escrito Villiers de l'Isle Adam.

Ricardo respondió con aspereza:

—Hace dos horas hicimos las paces. Ya estás provocando de nuevo.

—Tranquilícese, Pumita —aclaró Requena—. La novela de Ricardito no se parece nada a Villiers.

—No me entendés, Ricardo, yo lo hago por tu bien. Esta noche estoy muy nerviosa, pero mañana tenemos que hablar.

Bonfanti quiso lograr una victoria, y pontificó:

—Ricardo es demasiado sensato para rendirse a los reclamos falaces de un arte novelero, sin raigambre americana, española. El escritor que no siente ascender por su savia el mensaje de la sangre y del terruño es un *déraciné*, un descastado.

—No lo reconozco, Mario —aprobó el Commendatore—, esta vuelta no habló como un bufón. El arte verdadero sale de la tierra. Es una ley que se cumple: el más noble Maddaloni yo lo tengo en el fondo de la bodega; en toda Europa, mismo en América, están guardando en sótanos reforzados las obras de los grandes maestros, para que no las importunen las bombas; la semana pasada un arqueólogo serio tenía en la valija un pumita en barro cocido, que desenterró en el Perú. Me lo dio a precio de costo y ahora lo guardo en el tercer cajón de mi escritorio particular.

—¿Un pumita? —dijo la Pumita asombrada.

—Así es —dijo Anglada—. Los aztecas la presintieron. No les exijamos demasiado. Por futuristas que fueran, no podían concebir la belleza funcional de Mariana.

(Con bastante fidelidad, Carlos Anglada transmitió a Parodi esta conversación.)

III

El viernes, a primera hora, Ricardo Sangiácomo conversaba con don Isidro. La sinceridad de su congoja era evidente. Estaba pálido, enlutado y sin afeitar. Dijo que no había dormido esa noche, que hacía

varias noches que no dormía.

—Es una brutalidad lo que me pasa —dijo sombríamente—. Una verdadera brutalidad. Usted, señor, que habrá llevado una vida más bien pareja, del inquilinato a la cárcel, como quien dice, no puede sospechar ni remotamente lo que esto representa para mí. Yo he vivido mucho, pero nunca he tenido un contratiempo que no lo haya resuelto en seguida. Mire: cuando la Dolly Sister me vino con el cuento del hijo natural, el viejo, que parece todo un señor incapaz de comprender estas cosas, la arregló acto continuo con seis mil pesos. Además, hay que reconocer que tengo una cancha bárbara. Vez pasada, en Carrasco, la ruleta me limpió hasta el último centésimo. Era imponente: los tipos sudaban para verme jugar; en menos de veinte minutos perdí veinte mil pesos oro. Fíjese la situación mía: no tenía ni para telefonear a Buenos Aires. Sin embargo, salí lo más fresco a la terraza. ¿Quiere creer que resolví *ipso facto* el problema? Apareció un petizo gangoso que había seguido mi juego con mucha aplicación, y me prestó cinco mil pesos. Al día siguiente estaba de vuelta en Villa Castellammare, habiendo rescatado cinco mil pesos de los veinte mil que me robaron los uruguayos. El gangoso ni me vio el pelo.

»De los programas con mujeres ni le hablo. Si quiere divertirse un rato, pregúntele a Mickey Montenegro qué clase de pantera soy yo. En todo soy así: vaya usted a averiguar cómo estudio. Ni abro los libros, y cuando llega el día del examen, el tipo se manda un bromuro y la mesa lo felicita. Ahora el viejo, para que me saque de la cabeza el disgusto de la Pumita, quiere meterme en política. El doctor Saponaro, que es un lince, dice que todavía no sabe qué partido me conviene; pero le juego lo que quiera que el próximo *half-time* me corro un clásico en el Congreso. En polo es igual: ¿quién tiene los mejores petizos?, ¿quién es *crack* en Tortugas? No sigo para no aburrirlo.

»Yo no hablo por gusto, como la Barcina, que iba a ser mi cuñada, o como su marido, que se mete a hablar de *football* y que nunca ha visto una pelota número cinco. Quiero que usted se vaya haciendo su composición de lugar. Yo estaba por casarme con la Pumita, que tenía sus lunas, pero que era una maravilla. De la noche a la mañana aparece

envenenada con cianuro, muerta, para serle franco. Primero hacen correr la bola de que se ha suicidado. Un loquero, porque estábamos por casarnos. Imagínese que yo no voy a dar mi nombre a una alienada que se suicida. Después dicen que tomó el veneno por distracción, como si no tuviera dos dedos de frente. Ahora salen con la novedad del asesinato, que a todos nos salpica. Yo, qué quiere que le diga: entre asesinato y suicidio, me quedo con el suicidio, aunque también es un disparate.

—Mire, mozo; con tanta charla esta celda parece Belisario Roldán. En cuanto me descuido, ya se me ha colado un payaso con el cuento de las figuras del almanaque, o del tren que no para en ninguna parte, o de su señorita novia que no se suicidó, que no tomó el veneno por casualidad y que no la mataron. Yo le voy a dar orden al subcomisario Grondona, que en cuanto los vislumbre los meta de cabeza en el calabozo.

—Pero si yo quiero ayudarlo, señor Parodi; es decir, quiero pedirle que usted me ayude...

—Muy bien. Así me gustan los hombres. A ver, vamos por partes. ¿La finada había apechugado con la idea de casarse con usted? ¿Está seguro?

—Como que soy hijo de mi padre. La Pumita tenía sus lunas, pero me quería.

—Ponga atención a mis preguntas. ¿Estaba encinta? ¿Algún otro sonso la festejaba? ¿Necesitaba dinero? ¿Estaba enferma? ¿Usted la aburría mucho?

Sangiácomo, después de meditar, respondió negativamente.

—Explíqueme ahora lo de la medicina para dormir.

—Y, doctor, nosotros no queríamos que tomara. Pero ella la compraba vuelta a vuelta y la tenía escondida en el cuarto.

—¿Usted podía entrar en el cuarto de ella? ¿Nadie podía entrar?

—Todos podían entrar —aseguró el joven—. Usted sabe, todos los dormitorios de ese pabellón dan a la rotonda de las estatuas.

IV

El 19 de julio, Mario Bonfanti irrumpió en la celda 273. Se despojó resueltamente del perramus blanco y del chambergo peludo, arrojó el bastón de malaca sobre la cucheta reglamentaria, encendió con un *briquet* a kerosene una moderna pipa de espuma de mar y extrajo de un bolsillo secreto un cuadrilongo de gamuza color mostaza con el cual frotó vigorosamente los cristales oscuros de sus antiparras. Durante dos o tres minutos, su respiración audible agitó la bufanda tornasolada y el denso chaleco lanar. Su fresca voz italiana, exornada por el ceceo ibérico, resonó gallarda y dogmática a través del freno dental.

—Usted, maese Parodi, ya se sabrá de corro los tejemanejes policíacos, la cartilla detectivesca. Palmariamente le confieso que a mí, más dado al papeleo erudito que no al intríngulis delictuoso, me tomaron de sopetón. En fin, ahí están los esbirros, erre que erre con que el suicidio de la Pumita fue un asesinato. El hecho es que esos Edgar Wallace de rebotica me tienen entre ojos. Soy netamente futurista, porvenirista; días pasados, juzgué prudente hacer un «donoso escrutinio» de cartas amatorias; quise higienizar el espíritu, aligerarme de todo lastre sentimental. Superfluo traer a colación el nombre de la dama: ni a usted ni a mí, Isidro Parodi, nos interesa el pormenor patronímico. Merced a este *briquet*, si usted me pasa el galicismo —añadió Bonfanti, esgrimiendo con exultación el considerable artefacto— hice en la chimenea de mi dormitorio-bufete una resoluta pira postal. Pues vea usted: los sabuesos pusieron el grito en el cielo. Esa pirotecnia inocente me ha valido un *week-end* en Villa Devoto, un duro exilio de la petaca doméstica y de la cuartilla consuetudinaria. Claro está que en mi fuero interno les puse de oro y azul. Pero ya he perdido la euforia: hasta en la sopa me parece encontrar a esos tíos feísimos. Le pregunto con máxima lealtad: ¿juzga usted que estoy en peligro?

—De seguir hablando hasta después del Juicio Final —respondió Parodi—. Si no amaina todavía lo van a tomar por gallego. Hágase el que no está mamado, y dígame lo que sepa de la muerte de Ricardo Sangiácomo.

—Disponga usted de todos mis recursos expositivos, de mi

cornucopia verbal. En un santiamén le bosquejaré a grandes rasgos la sinopsis del caso. No ocultaré a su perspicacia, Parodi cordialísimo, que la muerte de la Pumita había afectado —mejor, desbarajustado— a Ricardo. Doña Mariana Ruiz Villalba de Anglada no chochea, de cierto, al refirmar, con ese su envidiado gracejo, que "los tacos de polo son el horizonte de Ricardo"; cale usted nuestro pasmo cuando supimos que de puro marchito y avinagrado había vendido a no sé qué chalán de City Bell esas caballerías supernas, que ayer eran las niñas de sus ojos y que hoy miraba capotudo, sin afición. Ya no estaba de *grox* ni de *regolax*. Ni siquiera le desaturdió la publicación de su crónica novelesca *La espada al mediodía*, cuyo manuscrito adobé yo mismo para las prensas y en las que usted, que es todo un veterano en estas lides, no habrá dejado de advertir, y aplaudir, más de una contrafirma de mi estilo personalísimo, tamaña como huevo de avestruz. Trátase de una fineza del Comendador, de una treta longánima: el padre, para puntofinalizar la murria del hijo, apresuró a lo somorgujo la impresión de la obra, y, en menos que trepa un cerdo, le sorprendió con seiscientos cincuenta ejemplares en papel Wathman, formato *Teufelsbibel*. A la chiticallando el Comendador es proteiforme: dialoga con los médicos de cabecera, conferencia con los testaferros del Banco, niega su óbolo a la baronesa de Servus, que blande el cetro perentorio del Socorro Antihebreo, biseca su caudal en dos ramas, de las cuales destina la mayor al hijo legítimo —una millonada sumida en los raudos convoyes del Soterraño, que se triplicará en un lustro— y la menor, dormijosa en frugales cédulas, para el hijo habido en buena guerra, Eliseo Requena; todo ello sin desmedro de postergar *sine die* mis honorarios y de entigrecerse con el regente de la imprenta, moroso de suyo.

»Más vale favor que justicia: a la semana de la publicación de *La espada*, etc., don José María Pemán dio al papel un encomio, a no dudar engolosinado por ciertos arrequives y galanuras que no se le ocultaron al muy certero y que no se compadecen con lo ramplón de la sintaxis de Requena y con su desmayado vocabulario. La buena fortuna le bailaba el agua delante, pero Ricardo, desconsiderado y monótono,

se empecinaba en estérilmente plañir el deceso de la Pumita. Ya le oigo a usted murmujear para su coleto: Dejad que los muertos entierren a sus muertos. Sin enfrascarnos por ahora en disputaciones inútiles sobre la validez del versículo, puntualizaré que yo mismo sugerí a Ricardo la necesidad, más aún, la conveniencia, de cancelar la cuita inmediata y recabar conforte en las fuentes muníficas del pasado, arsenal y aparador de todo rebrote. Le sugerí que reviviera alguna aventurilla carnal, anterior al advenimiento de la Pumita. Consejo de Oldrado, pleito ganado: sus y manos a la obra. En menos que tose un viejo, nuestro Ricardo, redivivo y jovial, tripulaba el ascensor de la residencia de la baronesa de Servus. Reportero de raza, no le escatimo el pormenor auténtico, el nombre propio. La historia, por otra parte, sintomatiza el refinado primitivismo que es monopolio incuestionable de la gran dama teutónica. El primer acto se desliza en una tribuna acuática, anfibia, en esa candorosa primavera de 1937. Nuestro Ricardo avizoraba con un distraído prismático los altibajos de una regata preliminar, femenina: las walkirias del Ruderverein contra las colombinas del Neptunia. De súbito el cristal meterete se detiene; queda boquiabierto: absorbe sediento la grácil y garrida figura de la baronesa de Servus, jineta en su *clinker*. Esa misma tarde, un número obsoleto del *Gráfico* fue mutilado; esa noche, una efigie de la baronesa, realzada por la fidelidad del dobermann pinscher, presidió el insomnio del joven. Una semana después, Ricardo me dijo: “Una francesa loca me está pudriendo por teléfono. Para que se deje de secar voy a verla”. Como usted ve, repito los *ipsissima verba* del interfecto. Bosqueja la primeriza noche de amor: llega Ricardo a la residencia de marras; asciende, vertical, en el ascensor; le introducen a un saloncete íntimo; le dejan; de súbito se apaga la luz; dos conjeturas tironean la mente del imberbe: un cortocircuito, un secuestro. Ya gimotea, ya se plañe, ya maldice la hora en que vio la luz, ya extiende los brazos; una voz cansada le impetra con dulce autoridad. La sombra es grata y el diván es propicio. La Aurora, mujer al fin, le devolvió la vista. No postergaré la revelación, Parodi amicísimo: Ricardo se desperezó en los brazos de la baronesa de Servus.

»Su vida de usted y la mía, más apoltronadas, más sedentarias, quizá más reflexivas, por ende, prescinden de lances de esa estofa; en la vida de Ricardo, pululan.

»Éste, cariacontecido por la muerte de la Pumita, busca a la baronesa. Severo, pero justo, fue nuestro Gregorio Martínez Sierra cuando estampó aquello de que la mujer es una esfinge moderna. Por de contado que usted no exigirá de mi hidalguía que yo refiera punto por punto el diálogo de la gran dama tornadiza y del importuno galán que la quería rebajar a paño de lágrimas. Esas hablillas, esa cocina chismográfica, bien están en manos de zafios novelistas afrancesados, que no de pesquisidores de la verdad. Además, no sé de qué hablaron. El hecho es que a la media hora, Ricardo, conejuno y alicaído, bajaba en el mismo ascensor Otis que otrora le encumbró tan ufano. Aquí empieza la trágica zarabanda, aquí principia, aquí da comienzo. ¡Que te pierdes, Ricardo, que te despeñas! ¡Guay, que ya ruedas por la sima de tu locura! No le escamotearé ninguna etapa de la incomprensible *vía crucis*: luego de departir con la baronesa, Ricardo fue a casa de Miss Dollie Vavassour, una deleznable cómica de la legua, a la que ningún lazo le ataba y de quien sé que estuvo amancebada con él. Usted farfullará su enojo, Parodi, si me rezago, si me alongo, en esta mujerzuela baladí. Un solo trozo basta para pintarla de cuerpo entero, tuve con ella la atención de mandarle mi *Ya todo lo dijo Góngora*, avalorado por una dedicatoria de puño y letra y por mi firma ológrafa; la muy grosera me dio la callada por respuesta, sin que la ablandaran mis envíos de confites, de pastas y de jarabes, a los que sobreañadí mi *Rebusco de aragonesismos en algunos folletos de J. Cejador y Franca*, en ejemplar de lujo y portado a su domicilio particular por las Mensajerías Gran Splendid. Me devano los sesos preguntando y repreguntando qué aberración, qué bancarrota moral, indujo a Ricardo a dirigir sus pasos a esa madriguera, que yo me jacto de ignorar y que es el notorio y público precio de quién sabe qué complacencias. En el pecado está el castigo: Ricardo, al cabo de una plática desolada con esa anglosajona, salió huidizo y disminuido a la calle, mascando y remascando el amargo fruto de la derrota, abanicado el altanero chambergo por los

aletazos insanos de la locura. Próximo aún a la casa de la extranjera —en Juncal y Esmeralda, para no desdeñar el brochazo urbano—, tuvo un arresto varonil; no vaciló en abordar un taxi, que muy luego le depositó frente a una pensión familiar, en Maipú al 900. Buen céfiro insuflaba sus velas: en ese recoleto asilo, que el rebaño transeúnte motorizado por el dios Dólar tal vez no señala con el dedo, habitaba y habita Miss Amy Evans: mujer que, sin abdicar su femineidad, baraja horizontes, husmea climas, y, para decirlo todo en una palabra, trabaja en un consorcio interamericano, cuya cabeza local es Gervasio Montenegro, y cuyo loado propósito es fomentar la migración de la mujer sudamericana —"nuestra hermana latina", que dice garbosamente Miss Evans—, a Salt Lake City y a las verdes granjas que la ciñen. El tiempo de Miss Evans es un Perú. No embargante, esta dama hurtó un *mauvais quart d'heure* a los apremios de la estafeta y recibió con toda altura al amigo que, tras la quimera de un noviazgo frustrado, había esquivado el bulto a sus fuegos. Diez minutos de cháchara con Miss Evans bastan para vigorar el temple más feble;[4] Ricardo, ¡pesia!, ganó el ascensor descendente, con el ánimo por el suelo y con la palabra suicidio grabada claramente en los ojos, a la vista y paciencia del zahorí que la descifrara.

»En horas de negra melancolía no hay farmacopea que valga la simple y reiterada Naturaleza, que, atenta, a los reclamos de abril, se desborda profusa y veraneante por las llanadas y congostos. Ricardo, amaestrado por los reveses, buscó la soledad campesina, marchó sin detenciones a Avellaneda. La vieja casona de los Montenegro abrió sus cortinadas puertas vidrieras para recibirle. El anfitrión, que en achaques de hospitalidad es mucho hombre, aceptó un Corona extralargo, y, entre pitada y pitada, chanza va y chanza viene, parló como un oráculo, y dijo tantas y tales cosas que nuestro Ricardo, apesadumbrado y mohíno, hubo de contramarchar a Villa Castellammare, que no corriera más ligero si veinte mil feísimos demonios le persiguiesen.

»Sombrías antecámaras de la locura, salas de espera del suicidio: Ricardo, esa noche, no departe con quien pudiera alzaprimarle, con un

camarada, un filólogo: se empoza en el primero de una luenga serie de conciliábulos con ese desmantelado Croce, más árido y reseco que el álgebra de su contabilidad.

»Tres días malgastó nuestro Ricardo en esas peroratas malsanas. El viernes tuvo un destello de lucidez: apareció de *motu proprio* en mi dormitorio-bufete. Yo, para desapestarle el ánima, le invité a corregir las pruebas de galeras de mi reedición de *Ariel*, de Rodó, maestro que al decir de González Blanco, "supera a Valera en flexibilidad, a Pérez Galdós en elegancia, a la Pardo Bazán en exquisitez, a Pereda en modernidad, a Valle Inclán en doctrina, a Azorín en espíritu crítico"; barrunto que otro que yo hubiera recetado a Ricardo una papilla al uso, que no ese tuétano de león. Sin embargo, pocos minutos de magnetizante labor fueron bastantes para que el extinto se despidiera, campechano y gustoso. No había concluido yo de calzarme las antiparras para proseguir la fajina, cuando, del otro lado de la rotonda, retumbó el balazo fatídico.

»Afuera me crucé con Requena. La puerta del dormitorio de Ricardo estaba entornada. En el suelo, infamando de sangre reprobada el mullido quillango, yacía decúbito dorsal el cadáver. El revólver, caliente aún, custodiaba su eterno sueño.

»Lo proclamo bien alto. La decisión fue premeditada. Así lo corrobora y confirma la deplorable nota que nos dejó: indigente, como de quien ignora los recursos riquísimos del romance; pobre, como de chapucero que no dispone de un *stock* de adjetivos; insulsa, como de quien no juega del vocablo. Viene a patentizar lo que no pocas veces he insinuado desde la cátedra: los egresados de nuestros sedicentes colegios desconocen los misterios del diccionario. La leeré: usted será el más inflamado guerrero en esta cruzada por el buen decir.

Ésta es la carta que Bonfanti leyó, momentos antes de que don Isidro lo expulsara:

> Lo peor es que siempre he sido feliz. Ahora las cosas han cambiado y seguirán cambiando. Me mato porque ya no comprendo nada. Todo lo que he vivido es mentira. De la Pumita no me puedo despedir porque ya se murió. Lo que mi padre ha hecho por mí no lo ha hecho ningún padre en el mundo;

quiero que todos lo sepan. Adiós y olvídenme.

Fdo.: Ricardo Sangiácomo, Pilar 11 de julio de 1941

V

Poco después, Parodi recibió la visita del doctor Bernardo Castillo, médico de familia de los Sangiácomo. El diálogo fue largo y confidencial. Cabe aplicar los mismos epítetos a la conversación que don Isidro mantuvo, en esos días, con el contador Giovanni Croce.

VI

El día viernes 17 de julio de 1942, Mario Bonfanti —perramus desvaído, chambergo fatigado, pálida corbata escocesa y flamante *sweater* de Racing— entró confusamente en la celda 273. Lo entorpecía una fuente espaciosa, envuelta en una servilleta sin mácula.

—Municiones de boca —gritó—. En menos que cuento un dedo usted se chupará los suyos, Parodi amenísimo. ¡Miel sobre hojuelas! Las empanadas las estofaron manos atezadas; la fuente que las porta se ufana con las armas y el lema —*Hic jacet*— de la Princesa.

Un bastón de malaca lo moderó. Lo esgrimía ese triple mosquetero, Gervasio Montenegro —*clac* Houdin, monóculo Chamberlain, negro bigote sentimental, sobretodo con bocamangas y cuello de piel de nutria, plastrón con una sola perla Mendax, pie calzado por Nimbo, mano por Bulpington.

—Celebro encontrarlo, mi querido Parodi —exclamó con elegancia—. Usted disculpará la *fadaise* de mi secretario. No nos dejemos ofuscar por los sofismos de Ciudadela y de San Fernando: todo espíritu ponderado reconoce que Avellaneda, por derecho propio, está en la plana de honor. No me canso de repetir a Bonfanti que su juego de refranes y de arcaísmos resulta, decididamente, *vieux jeu*, fuera de ambiente; en vano dirijo sus lecturas: un riguroso régimen de Anatole

France, de Oscar Wilde, de Toulet, de don Juan Valera, de Fradique Mendes y de Roberto Gaché, no ha penetrado en su entendimiento rebelde. Bonfanti, no sea terco y *révolté*, prescinda bruscamente de la empanada que acaba de substraer y diríjase *motu proprio* a La Rosa Formada, Costa Rica 5791, empresa de obras sanitarias, donde su presencia puede ser útil.

Bonfanti murmuró las palabras atentamente, zalemas albricias, besamanos y huyó con dignidad.

—Usted, don Montenegro, que está en caballo manso —dijo Parodi— tenga la fineza de abrir ese respiradero, no vaya a ser que se nos ataje el resuello, con estas empanaditas que por el olor parecen de grasa de chancho.

Montenegro, ágil como un duelista, se trepó a un banco y obedeció la orden del maestro. Bajó con un salto escénico.

—No hay plazo que no se cumpla —dijo mirando fijamente un pucho aplastado. Sacó un potente reloj de oro; le dio cuerda y lo consultó—: Hoy es el día 17 de julio; hace precisamente un año que usted descifró el cruel enigma de Villa Castellammare. En este ambiente de cordial camaradería alzo la copa y le recuerdo que entonces me prometió, para esta fecha, año vista, la franca revelación del misterio. No disimularé, querido Parodi, que el soñador ha perfilado en minutos escamoteados al hombre de bufete y de pluma, una teoría interesantísima, novedosa. Quizá usted, con su mente disciplinada, logre aportar a esa teoría, a ese noble edificio intelectual, algunos materiales aprovechables. No soy un arquitecto cerrado: tiendo la mano a su valioso grano de arena, reservándome, *cela va sans dire*, el derecho de repudiar lo deleznable y lo quimérico.

—No se aflija —dijo Parodi—. Su grano de arena va a resultar idéntico al mío, sobre todo si habla antes. Tiene la palabra, amigo Montenegro. El primer maíz es para los loros.

Montenegro se apresuró a responder:

—De ningún modo. *Après vous, messieurs les Anglais.* Por lo demás, inútil ocultarle que mi interés ha decaído prodigiosamente. El Commendatore me defraudó: yo lo creía un hombre más sólido. Ha

muerto —prepárese para una vigorosa metáfora— en la calle. El remate judicial apenas bastó para pagar las deudas. No le discuto que la situación de Requena es envidiable y que el oratorio Hamburgués y el casal de tapires que adquirí a precio irrisorio en esas *enchères* me han resultado mucho. Tampoco la Princesa puede quejarse: ha rescatado de la plebe ultramarina una serpiente de barro cocido, una *fouille* del Perú, que otrora atesorara el Commendatore en un cajón de su escritorio particular, y que ahora preside, densa de mitológicas sugestiones, nuestra sala de espera. *Pardon*: en otra visita ya le hablé de ese ofidio inquietante. Hombre de gusto, yo me había reservado *in petto* un agolpado bronce de Boccioni, monstruo dinámico y sugestivo, del que tuve que prescindir, pues esa deliciosa Mariana —substituyo: la señora de Anglada— le había echado el ojo, y opté por una retirada elegante. Este gambito ha sido recompensado: ahora el clima de nuestras relaciones es decididamente estival. Pero me distraigo y lo distraigo, querido Parodi. Espero a pie firme su boceto y le adelanto desde ya mi palabra de estímulo. Le hablo con la frente bien alta. Sin duda, esta afirmación motivará la sonrisa de más de un espíritu maligno; pero usted sabe que no giro en descubierto. He cumplido punto por punto mi compromiso: le he bosquejado un *raccourci* de mis gestiones ante la baronesa de Servus, ante Loló Vicuña de De Kruif y ante esa obsesionante *fausse maigre*, Dolores Vavassour; he logrado, poniendo en juego un *mélange* de subterfugios y de amenazas, que Giovanni Croce, verdadero Catón de la contabilidad, arriesgara su prestigio y visitara esta cárcel penitenciaria, poco antes de darse a la fuga; le he brindado no menos de un ejemplar de ese viperino folleto que inundó la Capital Federal y las localidades suburbanas, y cuyo autor, respaldado por la máscara del anonimato y ante el cenotafio aún abierto, se cubrió del más soberano ridículo denunciando no sé qué absurdas coincidencias entre la novela de Ricardo y la *Santa Virreina*, de Pemán, obra que sus mentores literarios, Eliseo Requena y Mario Bonfanti, eligieran como riguroso modelo. Felizmente, ese don Gaiferos que se llama el doctor Sevasco subió a la pedana y dio el *do* de pecho: demostró que el opúsculo de Ricardo, a pesar de consentir algunos capítulos del

romanzón de Pemán —coincidencia harto disculpable en el primer hervor de la inspiración— debía más bien considerarse un facsímil del *Billete de lotería*, de Paul Groussac, rápidamente retrotraído al siglo XVII y prestigiado por una evocación incesante del descubrimiento sensacional de las virtudes salutíferas de la quina.

»*Parlons d'autre chose*. Atento a sus más seniles caprichos, mi querido Parodi, logré que el doctor Castillo, ese obsesionante Blakamán del pan bazo y del agua panada, desertara momentáneamente de su consultorio hidropático y lo examinara con ojo clínico.

—Dele un descanso a las payasadas —dijo el criminalista—. El enredo de los Sangiácomo tiene más vueltas que un reloj. Mire, yo empecé a atar cabos la tarde en que don Anglada y la señora Barcina me contaron la discusión que hubo en lo del Comendador la víspera de la primera muerte. Lo que me dijeron después el finado Ricardo y Mario Bonfanti y usted y el tesorero y el médico confirmó la sospecha. También la carta que el pobre muchacho dejó explicaba todas las cosas. Como decía Ernesto Ponzio:

El destino, que es prolijo,
no da puntada sin nudo.

»Hasta la muerte de Sangiácomo viejo y el librito ese de la máscara del anónimo sirven para entender el misterio. Si yo no lo conociera a don Anglada, sospecharía que había empezado a ver claro. La prueba está que para contar la muerte de la Pumita, se remontó hasta el desembarco de Sangiácomo viejo en el Rosario. Dios habla por la boca de los sonsos: en esa fecha y en ese lugar empieza realmente la historia. Los de la policía, que son muy noveleros, no descubrieron nada porque pensaban en la Pumita y en Villa Castellammare y en el año 1941. Pero yo, de tanto estar a galpón, me he puesto muy histórico, y me gusta recordar esos tiempos cuando el hombre es joven y todavía no lo han mandado a la cárcel y no le faltan tres nacionales para darse un gusto. La historia, le repito, viene de lejos, y el Comendador es la carta brava. Vaya tomándole el peso al extranjero. En 1921 casi se volvió loco, me

dijo don Anglada. Vamos a ver qué le había pasado. Se le murió la señora emigranta que le mandaron de Italia. Apenas la conocía. ¿Usted se figura que un hombre como el Comendador va a volverse loco por eso? Hágase a un lado que voy a escupir. Según el mismo Anglada, también le quitaba el sueño la muerte de su amigo el conde Isidoro Fosco. Eso no lo creo, aunque lo diga el almanaque. El conde era un millonario, un Cónsul, y al otro, cuando era basurero, no le daba más que consejos. La muerte de un amigo como ése es más bien un descanso, a no ser que usted lo precise para ablandarlo a golpes. Tampoco en los negocios andaba mal: a todos los ejércitos de italianos los tenía atorados con el ruibarbo que les vendía a precio de alimento, y hasta le habían dado las jinetas de Comendador. Entonces, ¿qué le pasaba? Lo de siempre, amigo: la italiana le jugó sucio con el conde Fosco. Para peor, cuando Sangiácomo descubrió la falsía, los dos ladinos ya se le habían muerto.

»Usted sabe lo vengativos, y hasta rencorosos, que son los calabreses. Ni que fueran escribientes de la 8. El Comendador, ya que no podía vengarse de la mujer ni del farsante de los consejos, se vengó en el hijo de los dos, en Ricardo.

»Un sujeto cualquiera, usted, por ejemplo, en trance de vengarse, hubiera rigoreado un poco al putativo, y san se acabó. A Sangiácomo viejo lo agrandó el odio. Se formó un plan que no se le ocurre ni a Mitre. Como trabajo fino y de aguante, hay que sacarle el sombrero. Planeó toda la vida de Ricardo: destinó los primeros veinte años a la felicidad, los veinte últimos, a la ruina. Aunque parezca fábula, nada casual hubo en esa vida. Vamos a empezar por lo que usted entiende: las cosas de mujeres. Ahí tiene la baronesa de Servus y la Sister y la Dolores y la Vicuña; todos esos amoríos el viejo se los preparó sin que él maliciara. Tan luego a usted contarle estas cosas, don Montenegro, que habrá engordado como novillo con las comisiones. Hasta el encuentro con la Pumita parece más preparado que una elección en La Rioja. Con los exámenes de abogado, la misma historia. El muchacho no se esmeraba, y le llovían clasificaciones. En la política ya iba a sucederle lo mismo: con Saponaro en el pescante, nadie la falla. Mire,

es matarse: en todo era igual. Acuérdese de los seis mil pesos para amansar a la Dolly Sister; acuérdese del petizo gangoso que le brotó de golpe en Montevideo. Era un elemento del padre: la prueba es que no trató de cobrar los cinco mil de oro que le prestó. Y ahora, tome el caso de la novela. Usted mismo ha dicho hace un rato que Requena y Mario Bonfanti le sirvieron de testaferros. El mismo Requena, la víspera de la muerte de la Pumita, se mandó una agachada: dijo que estaba muy atareado, porque Ricardo iba a concluir la novela. Más claro, echarle agua: el encargado del librito era él. Después Bonfanti le puso unas contrafirmas del tamaño de un huevo de avestruz.

»Así llegamos al año 41. Ricardo creía desempeñarse con libertad, como cualquiera de nosotros, y el hecho es que lo manejaban como a las piezas de ajedrez. Lo habían ennoviado con la Pumita, que era una niña de mérito, bajo cualquier concepto. Todo iba como sobre ruedas, cuando el padre, que había tenido la soberbia de imitar al destino, descubrió que el destino estaba manejándolo a él; tuvo un atraso en la salud; el doctor Castillo le dijo que apenas le quedaba un año de vida. Sobre el nombre del mal, el doctor dirá lo que se le antoje; para mí que tenía, como Tavolara, un pasmo en el corazón. Sangiácomo apuró el baile. En el año que le quedaba, tuvo que amontonar las últimas dichas y todas las calamidades y las penurias. La tarea no lo asustó; pero en la cena del 23 de junio, la Pumita le dio a entender que había descubierto el enredo: claro que no lo dijo directamente. No estaban solos. Le habló de las vistas del biógrafo. Dijo que a un tal Juárez primero le acumulaban triunfos y después lo enyetan. Sangiácomo quiso hablar de otra cosa; ella volvió a la carga y repitió que hay vidas en las que no sucede nada por casualidad. Sacó también a relucir la libreta en que el viejo escribía su diario; lo dijo para darle a entender que la había leído. Sangiácomo, para estar bien seguro, le tendió una celada: trajo a cuento una sabandija de barro, que un ruso le mostró en una valija y que él tenía guardada en el escritorio, en el mismo cajón de la libreta. Mintió que la sabandija era un león; la Pumita, que sabía que era una víbora, pegó un respingo: de puro celosa, le había andado en los cajones al viejo, buscando cartas de Ricardo. Ahí encontró la libreta, y como era

muy estudiosa, la leyó y se enteró del plan. En la conversación de esa noche cometió muchas imprudencias: la más grave fue decir que el día siguiente iba a hablar con Ricardo. El viejo, para salvar el plan que había construido con un odio tan esmerado, decidió matar a la Pumita. Le puso veneno en el remedio que tomaba para dormir. Usted se acordará que Ricardo había dicho que el remedio estaba en la cómoda. No había dificultad para entrar en el dormitorio. Todas las piezas daban al corredor de las estatuas.

»Le mentaré otros aspectos de la conversación de esa noche. La moza le pidió a Ricardo que atrasara unos años la publicación de la novelita. Sangiácomo se le retobó francamente, quería que la novelita saliera, para repartir en seguida un folleto que mostrara que era toda copia. Para mí que el folleto lo escribió Anglada, la vez que dijo que se quedaba para componer la historia del cinematógrafo. Aquí mismo anunció que algún entendido iba a fijarse que la novela de Ricardo estaba copiada.

»Como la ley no permitía desheredar a Ricardo, el Comendador prefirió perder su fortuna. La parte de Requena, la puso en cédulas, que por más que no rindan mucho son seguras; la de Ricardo, la puso en el subterráneo: basta ver la ganancia que daba, para saber que era una inversión peligrosa. Croce lo robaba sin asco: el Comendador lo dejó para estar bien tranquilo de que Ricardo no tendría nunca ese dinero.

»Muy pronto la plata empezó a ralear. A Bonfanti le cortaron el sueldo; a la baronesa la sacaron como chijete; Ricardo tuvo que vender los petizos de polo.

»¡Pobre mozo, que nunca había andado en la mala! Para entonarse fue a visitar a la baronesa; ella, despechada porque le había fallado el sablazo, lo puso como un suelo y le juró que, si alguna vez había tenido amores con él, fue porque el padre le pagaba. Ricardo vio cambiar su destino, y no comprendía. En esa confusión tan grande, tuvo un presentimiento: fue a interrogar a la Dolly Sister y a la Evans; las dos reconocieron que si antes lo habían recibido fue por causa de una contrata que tenían con el padre. Luego lo vio a usted, Montenegro. Usted confesó que le había apalabrado todas esas mujeres, y otras. ¿No

es verdad?

—Al César lo que es del César —arbitró Montenegro, bostezando con disimulo—. Usted no ignorará que la orquestación de esas *ententes* cordiales ya constituye para mí una segunda naturaleza.

—Preocupado por la falta de plata, Ricardo consultó a Croce; estos parlamentos le demostraron que el Comendador se estaba arruinando a propósito.

»Lo azoraba y humillaba la convicción de que toda su vida era falsa. Fue como si de golpe a usted le dijeran que usted es otra persona. Ricardo se había creído una gran cosa: ahora entendió que todo su pasado y todos sus éxitos eran obra de su padre, y que éste, quién sabe por qué razón, era su enemigo y le estaba preparando un infierno. Por eso pensó que no le valía mucho vivir. No se quejó, no dijo nada contra el Comendador, a quien seguía queriendo; pero dejó una carta para despedirse de todos y para que su padre la comprendiera. Esa carta decía:

> Ahora las cosas han cambiado y seguirán cambiando... Lo que mi padre ha hecho por mí no lo ha hecho ningún padre en el mundo.

»Será porque hace tantos años que vivo en esta casa, pero ya no creo en los castigos. Allá se lo haya cada uno con su pecado. No es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres. Al Comendador le quedaban pocos meses de vida; a qué amargárselos delatándolo y revolviendo un avispero inútil, de abogados y jueces y comisarios.

Pujato, 4 de agosto de 1942

La víctima de Tadeo Limardo

A la memoria de Franz Kafka

I

El penado de la celda 273, don Isidro Parodi, recibió con algún desgano a su visitante: «Otro compadrito que viene a fastidiar», pensó. No sospechaba que veinte años atrás, antes de ascender a criollo viejo, él se expresaba del mismo modo, arrastrando las eses y prodigando los ademanes.

Savastano se ajustó la corbata y arrojó el chambergo marrón sobre la cucheta reglamentaria. Era moreno, buen mozo y ligeramente desagradable.

—El señor Molinari me dijo que lo molestara —aclaró—. Vengo por el hecho de sangre del Hotel El Nuevo Imparcial. El misterio que tiene en jaque a todos los cráneos. Quiero que usted interprete: yo estoy aquí de puro patriota, pero los pesquisas me tienen entre ojos y he sabido que para arrancar el velo del enigma usted es una fiera. Le expondré los hechos *grosso modo*, sin subterfugios que son ajenos a mi carácter.

»Los virajes de la vida me han impuesto, por el momento, un compás de espera. Ahora estoy en el llano, contemplando lo más tranquilo cómo pintan las cosas. No me acaloro por un miserable centavo. El tipo estudia, toma soda, y cuando le conviene, da el zarpazo. Usted se reirá si le digo que hace un año que no concurro al Mercado de Abasto. Los muchachos, cuando me vean, se van a preguntar: ¿Quién es éste? Le

juego lo que quiera que abren la boca cuando me vean llegar en el camioncito. En el entre tanto, me he retirado a cuarteles de invierno. Para serle franco: al Hotel El Nuevo Imparcial, Cangallo al 3400, un rincón porteño que aporta su acento propio al cuadro de la metrópoli. Lo que es yo, no es por mi gusto que me domicilio en esa barriada, y el día menos pensado

toco la polca 'el espiante,
silbando un modesto tango.

»Los impulsivos que ven en la puerta el cartel que dice *Camas para caballeros desde $ 0,60*, palpitan que el establecimiento es una roña viva. Le pido sinceramente que no se deje alucinar, don Isidro. Aquí donde me ve, dispongo de un dormitorio particular que provisoriamente comparto con Simón Fainberg, conocido vulgarmente por el Gran Perfil, pero que siempre está en la Casa del Catequista. Se trata de un pasajero golondrina, de esos que un día aparecen en Merlo y otro en Berazategui, y que ya ocupaba el recinto cuando llegué hace dos años, y para mí que ya no se va más. Le hablo con el corazón en la mano: esos rutinarios me sublevan, no vivimos en el tiempo de la carreta y yo soy como esos viajantes que gustan renovar su horizonte. Concretando: Fainberg es un muchacho que no está en el ambiente y que piensa que el mundo gira en torno de su baúl cerrado con llave, pero que en un momento de apuro no es capaz de facilitar a un argentino un peso con cuarenta y cinco centavos. La muchachada se divierte y goza, la farándula sigue, y sólo tienen una carcajada sardónica para estos muertos que caminan.

»Usted, en su nicho, en su punto de mira, como quien dice, va a agradecerme el cuadro vivo que le voy a brindar: la atmósfera del Nuevo Imparcial tiene su interés para el estudioso. Es un verdadero muestrario que hay que reírse. Yo siempre le digo a Fainberg: ¿A qué te vas a patinar dos pesos con Ratti, si ya tenemos en casa el zoológico? Para serle franco, él lo tiene en la cara, porque es un miserable huevo de tero con pelo colorado, que no me extraña que la Juana Musante le

haya parado el carro. La Musante, usted sabe, viene a ser como la patrona: para eso es la mujer de Claudio Zarlenga. El señor Vicente Renovales y el mencionado Zarlenga integran el binomio que dirige el establecimiento. Hace tres años que Renovales lo tomó de socio a Zarlenga. El viejo estaba cansado de lidiar solo, y esa infusión de sangre joven le dio un empujón saludable al Nuevo Imparcial. Entre nosotros paso el dato que es un secreto a voces: ahora las cosas andan peor que antes y el establecimiento es un pálido fantasma de lo que fue. La llegada fatídica de Zarlenga se debe a que llegó de la Pampa; para mí que es un prófugo. Usted calcule, le había sacado la Musante a un empleado del correo en Banderaló, un matón. El presupuestívoro se quedó papando moscas; Zarlenga, que sabe que en la Pampa no se anda con rodeos para estas cosas, echó mano a la red ferroviaria y se vino al Once. Vino a esconderse entre el gentío, si usted me capta. Yo, en cambio, no necesité ni un Lacroze para ser el hombre invisible; me lo paso de sol a sol metido en la piecita, que es un buraco, y me río de la barra de Jugo de Carne, que anda compadreando por el Abasto, y no me ve el pelo. Por las dudas me la pasé en el colectivo haciendo visajes, para que me tomaran por otro.

»Zarlenga es un animal con ropa, carente de roce, un compadrón, mejorando lo presente. No tengo por qué negarle que a mí me trata con guante blanco, porque la única vez que me levantó la mano estaba con copas y yo no le llevé el apunte, porque era mi cumpleaños. Intriga negra de la calumnia: a la Juana Musante se le había metido entre ceja y ceja que yo aprovechaba la oscuridad ambiente, para aventurarme antes de comer hasta mitad de cuadra y hacerle la pasada a la ñata de la gomería. Es lo que ya le dije: la Musante ve turbio con los celos y aunque sabe que yo me atengo al patio del fondo, siempre firme en la brecha, como quien dice, le fue a Zarlenga con el cuento de que yo me había conseguido infiltrar en el lavadero con el propósito pecaminoso. El hombre se me vino como leche hervida, y yo le doy la razón. A no ser por el señor Renovales, que de propia mano me puso la carnaza cruda en el ojo, yo de repente me sulfuro. Fábulas que disipa el somero examen: le acepto que la Juana Musante tiene un cuerpo que a uno lo

deja de cama, pero un tipo como yo que tuvo una historia con una señorita que ya es manicura, y después con una menor que iba a ser astro de la radio, no se perturba con ese corpachón atractivo, que puede suscitar la atención en Banderaló, pero que a la muchachada del Centro la pone apática.

»Como dice Anteojito en su columnita de *Última Hora*, la llegada misma de Tadeo Limardo al Nuevo Imparcial está signada por el misterio. Llegó con Momo, entre pomos y bombitas de mal olor, pero Momo no lo verá el otro carnaval. Le pusieron el sobretodo de madera y se radicó en la Quinta del Ñato: los infantes de Aragón ¿qué se fizieron?

»Yo, que palpito al unísono con la urbe, le había sustraído un traje de oso al peón de cocina, que es un misántropo que no acude a la milonga, que no es danzante. Munido de esa piel enteriza, calculé que iba a pasar desapercibido, y me di el lujo de hacerle una reverencia al patio del fondo y salí como un señor, en busca de oxígeno. Usted no me dejará mentir: esa noche la columna mercurial batió el récord de altura; hacía tanto calor que la gente ya se reía. A la tarde hubo como nueve insolados y víctimas de la ola tórrida. Haga su composición de lugar: yo, con el hocico peludo, sudaba tinta, y vuelta a vuelta me sorprendió la tentación de sacarme la cabeza de oso, aprovechando algunos lugares que son como boca de lobo, que si el Concejo Deliberante los ve se le cae la cara de vergüenza. Pero, yo cuando me prendo a la idea soy un fanático. Le prometo que no me saqué la cabeza, no fuera de repente a aparecer uno de los feriantes del Abasto, que saben correrse hasta el Once. Ya mis pulmones se alegraban con el aire benéfico de la plaza, que hervía de rotiserías y de parrillas, cuando perdí el conocimiento, frente mismo a un anciano que se había disfrazado de tony, y que desde hace treinta y ocho años no se pierde un carnaval sin mojar al vigilante, que es paisano suyo, porque es de Temperley. Ese veterano, a pesar de la nieve de los años, obró con sangre fría: de un envión me sacó la cabeza de oso, y no se llevó mis orejas porque estaban pegadas. Para mí que él o su tata, que se había caracterizado con un bonete, me sustrajeron la cabeza de oso; pero no les guardo canina: me hicieron

engullir una sopa seca, que con cuchara de madera me la empujaban, que me despertó con la temperatura. La molestia es que ahora el peón de cocina ya no me quiere hablar porque malicia que la cabeza de oso que yo extravié es la misma con que salió fotografiado en un carro alegórico el doctor Rodolfo Carbone. Hablando de carros, uno con un bromista en el pescante y un avispero de angelotes en la caja, se comedió a depositarme en mi domicilio, en vista de que los carnavales van cediendo terreno y de que yo no podía materialmente con mis piernas a cuestas. Mis nuevos amigos me tiraron al fondo del vehículo, y me despedí con una risotada oportuna. Yo iba como un magnate en el carro y tuve que reírme: orillando el paredón del ferrocarril venía un pobre rústico a pie, un cadáver desnutrido y de mal semblante, que apenas podía con una valijita de fibra y un paquete medio deshecho. Uno de los angelotes quiso meterse donde no lo llamaron y le dijo al pajuerano que subiera. Yo, para que no decayera el nivel de la farra, le grité al del pescante que nuestro carro no era de recoger basura. Una de las señoritas se rió con el chiste y acto continuo le sonsaqué una cita para un terreno de la calle Humahuaca, donde no pude concurrir por proximidad del Abasto. Yo les hice tragar la bola de que me domiciliaba en el Depósito de Forrajes, cosa que no me tomaran por un patógeno; pero Renovales, que no tiene ni el rudimento, me retó desde la vereda porque Paja Brava carecía de quince centavos que había descuidado en el chaleco mientras pasaba al fondo, y todos calumniaban que yo los había invertido en Laponias. Para peor tengo un ojo clínico, y divisé a menos de media cuadra el cadáver de la valijita que venía dando tumbos con la fatiga. Cortando en seco los adioses, que siempre duelen, me tiré del carro como pude y gané el zaguán para evitar un *casus belli* con el extenuado. Pero es lo que yo siempre digo: vaya usted a aplicar la razón con estos muertos de hambre. Yo salía de la pieza de los 0,60, donde a cambio de un traje de oso que me sancochaba me obsequiaron con una legumbre fría y una emulsión de vino casero, cuando en el patio me topé con el rústico, que ni me devolvió el saludo.

»Vea usted lo que es la casualidad: once días justos pasó el cadáver

en la sala larga, que, por supuesto, da al primer patio. Usted sabe, a todos los que duermen ahí la soberbia se les sube al cogote; pongo por caso a Paja Brava, que ejerce la mendicidad de puro lujo, aunque algunos dicen que es millonario. Al principio no faltaron profetas que insinuaron que el rústico mostraría la hilacha en ese ambiente, que no era para él. El escrúpulo resultó una quimera. A ver, le desafío que nombre una sola queja de los inquilinos del cuarto. No se mate: nadie levantó un chisme ni elevó una protesta viril. El recién venido se portaba como un chiche en la pieza. Tomaba el guisote a sus horas, no empeñaba las frazadas, no se equivocaba de monedas, no llenaba de cerda todo el recinto en pos de los papeles de un peso que algunos románticos piensan que les van a llover de los colchones... Yo me le ofrecí francamente para toda clase de changas dentro del mismo hotel; recuerdo que hasta un día de neblina le traje de la barbería un atado de Nobleza, y me cedió uno para fumarlo cuando se me diera la gana. No puedo olvidar ese tiempo sin sacarme el sombrero.

»Un sábado, que estaba casi restablecido, nos dijo que no disponía de arriba de cincuenta centavos; yo me reía solo pensando que el domingo a primera hora, Zarlenga, previo decomiso de la valija, lo iba a echar desnudo a la calle por no poder abonar la cuota de la cama. Como todo lo humano, el Nuevo Imparcial tiene sus lunares, pero hay que proclamar a los cuatro vientos que en materia de disciplina el establecimiento se parece más a una cárcel que a otra cosa. Antes que amaneciera, yo tenté despertar al elemento farrista, que habita en número de tres la pieza del altillo y se lo pasa todo el día remedando el Gran Perfil y hablando de *football*. Créase o no, esos flemáticos perdieron la función, pero no tiene nada que reprocharme: la víspera los puse sobre aviso, haciendo circular un papelito noticioso, con el letrero: *Noticia bomba. ¿A quién le dan el espiantujen? La solución, mañana.* Le confieso que no perdieron gran cosa. Claudio Zarlenga nos defraudó: es el hombre tómbola, y nadie sabe por dónde le da la loca. Hasta pasadas las nueve de la mañana yo me mantuve al pie del cañón, malquistándome con el cocinero por no observar la primera sopa y haciéndome sospechoso a la Juana Musante, que imputaba mi

estacionamiento en la azotea de chapas a cualquier propósito de substraer la ropa tendida. Si hago mi balance, da fiasco. Precisamente a eso de las siete de la mañana, el rústico salió vestido al patio, donde Zarlenga estaba barriendo. ¿Usted cree que se detuvo a considerar que el otro tenía la escoba en la mano? Nada de eso. Le habló como un libro abierto; yo no oí lo que decían, pero Zarlenga le dio una palmadita en el hombro, y para mí se acabó el teatro. Yo me golpeaba la frente y no quería creerlo. Dos horas más pasé hirviéndome sobre las chapas, a la espera de ulteriores complicaciones, hasta que las calores me disuadieron. Cuando bajé, el rústico estaba activo en la cocina, y no trepidó en favorecerme con una sopita nutritiva. Yo, como soy muy franco y me doy con cualquiera, entablé un chamuyo liviano y al desflorar los tópicos del día, le sonsaqué la procedencia: venía de Banderaló, y para mí que era un batilana, vulgo un observador remitido por el marido de la Musante, con miras al espionaje. Para salir de la duda que me quemaba, le conté un caso que tiene que apasionar al oyente: la historia del bono-cupón del calzado Titán, canjeable por una camiseta de punto, que Fainberg le endosó a la sobrina de la mercería, sin fijarse que ya estaba cobrado. Usted vendrá calvito si le sugiero que el campesino no vibró con el palpitante relato y que ni siquiera cayó redondo cuando le revelé que Fainberg, al otorgar el bono-cupón, vestía la camiseta de punto, indumento que la damnificada no sorprendió en todo su terrible significado, engatusada por la charla fina y por los cuentos verdolaga del catequista. Pesqué al vuelo que el hombre estaba como embarcado en una causa que lo tenía acaparado de pies y manos. Para poner el dedo en la llaga, le pregunté el apelativo a boca de jarro. Mi amigo, entre la espada y la pared, no tuvo tiempo de inventar un despropósito y me dio una prueba de confianza que soy el primero en aplaudir, diciéndome que se llamaba Tadeo Limardo, dato que me apresuré a recibir con beneficio de inventario, *si você m'entende.* A batilana, batilana y medio, me dije, y lo seguí por todas partes con disimulo, hasta que lo fatigué enteramente y esa misma tarde me prometió que si yo lo seguía como un perro me iba a dar a probar un guiso de muelas. Mi manganeta había sido coronada por el

éxito más rotundo: ese hombre tenía algo que ocultar. Hágase cargo de mi situación: pisar los talones del misterio y quedarme encerrado en mi piecita, como si el cocinero anduviera despótico.

»Le diré que el cuadro brindado esa tarde por el hotel era poco ameno: el elemento femenino había registrado un fuerte descenso por haberse ausentado a Gorchs, por veinticuatro horas, la Juana Musante.

»El lunes di la cara como si tal cosa y me apersoné al comedor. El cocinero, cuestión de principios, pasaba con el balde de la sopa y no me servía; yo comprendí que ese tirano me iba a sitiar por hambre, causa de mi rabona de la víspera, y le mentí que estaba inapetente; el hombre, que es la contradicción con bigotes, me invitó a dar cuenta de dos raciones para gordo, que me van a enterrar con ellas adentro y he quedado macizo como una estatua.

»Mientras los otros reían con franca espontaneidad, nos aguó la fiesta el rusticano, que se mandó una cara de velorio y hasta desapartó con el codo el tazón de la avena. Le juro por su tata, señor Parodi, que yo estaba feliz espiando el momento en que el cocinero iba a encajarle un sosegate al ver desatendida la sopa, pero Limardo lo intimidó con la impavidez y el otro tuvo que enfundar el violín y tuve que reírme. En eso entró la Juana Musante, con los ojos que bramaban y las caderas que tuvieron que darme oxígeno. Esa crinuda siempre me anda buscando, pero yo me hago el soldado desconocido. Con la manía que tiene de no mirarme, se puso a recoger los tazones, y le dijo al cocinero, vulgo al Enemigo del Hombre, que para lidiar con marmotas como él, más le valía conchavarme a mí y hacer el trabajo ella sola. De repente se encaró con Limardo y quedó como muerta al ver que no había sorbido la sopa. Limardo la miraba como si nunca hubiera visto una mujer; imposible la duda: el espía pugnaba por grabar en su retina esa fisonomía imborrable. La escena, tan operante en su sencillez humana, se quebró cuando la Juana le dijo al mirón que después de tantos días encamado solo, le convenía tomar el aire del campo. Limardo no respondió a esa fineza, absorto como estaba en hacer bolitas de pan con la miga, que es una fea costumbre que nos ha quitado el cocinero.

»Horas después ocurrió un cuadro vivo que, si yo se lo cuento, usted dará gracias al código de estar encerrado. A las siete de la tarde, según mi costumbre inveterada, yo me había asomado al primer patio con el propósito de interceptar la buseca que saben mandar a buscar de la esquina los magnates de la sala larga. Usted, con todo su cacumen, ¿a que no adivina a quién divisé? Al Pardo Salivazo en persona, con chambergo de ala finita, vestuario papa y calzado Fray Mocho. Ver a ese viejo amigo del Abasto y clausurarme una semana entera en mi pieza fue todo uno. A los tres días Fainberg me dijo que podía salir, porque el Pardo se había disipado sin abonar, y con él, todas las bombitas del tercer patio (salvo la que Fainberg tenía en el bolsillo). Yo sospeché en el acto que la idea fija de la ventilación lo había hecho tramar esa fábula, y me quedé hasta fin de semana como un patriarca, hasta que me evacuó el cocinero. Debo reconocer que esa vuelta, el Perfil dijo la verdad; de la satisfacción legítima que me cupo, me distrajo uno de esos episodios vulgares —corrientes, si se quiere— pero que el observador de pulso tranquilo sabe enfocar. Limardo había pasado de la sala larga a las cuchetas de 0,60; como no abonaba en metálico, le hacían llevar la contabilidad. A mí, que tengo el sueño liviano, el asunto me olió a un gambito del batintín para colarse en la administración de la casa y levantar una estadística de los movimientos de la misma. Con el cuento de los libros, el rusticano se pasaba el día entero infiltrado en el escritorio; yo, que carezco de obligaciones fijas en el establecimiento, y si alguna vuelta secundo al cocinero lo hago para no quedar como un egoísta, pasaba y repasaba delante de él, para marcar la diferencia, hasta que el señor Renovales me habló como un padre y tuve que ganar la piecita.

»A los veinte días, una chismografía autorizada pasó el boleto de que el señor Renovales había querido echar a Limardo, y que Zarlenga se había opuesto. Esa bola no me la trago, aunque la vea en letras de molde; si usted no lo toma a mal, le presentaré mi *reconstrucción del hecho por Rojas.* Francamente ¿usted lo ve al señor Renovales castigando a un pobre infeliz? ¿Concibe que Zarlenga, con sus principios, pueda colocarse un ratito del lado de la justicia?

Desengáñese, caro amigo, salga de ese cartón pintado: la verdad se produjo de otra manera. El que lo quiso echar al rústico fue Zarlenga, que siempre lo andaba ofendiendo; el que lo protegió, Renovales. Le adelanto que a esa interpretación personal adhieren los farristas del altillo.

»Lo cierto es que Limardo no tardó en rebasar el estrecho marco del escritorio; en breve se extendió por el hotel como un derrame de aceite: un día tapaba la clásica gotera de los 0,60; otro, modernizaba con la pintura mondongo el enrejado de madera; otro, frotaba con alcohol la mancha del pantalón de Zarlenga; otro, le daban el derecho de lavar todos los días el primer patio y de poner como un espejo la sala larga, desemporcándola de residuos.

»Con el pretexto de incursionar donde no lo llamaban, Limardo metía la cizaña. Pongo por caso el día que los farristas estaban lo más tranquilos pintando de colorado el barcino de la ferretera, que si no me dieron parte fue porque adivinaron que yo estaba repasando el *Patoruzú*, que me había cedido el doctor Escudero. El asunto pinta fácil al estudioso: la ferretera, que anda con el paso cambiado, pretendió recriminar a uno de la barra por hurto de tapones y embudo; los muchachos quedaron dolidos y aspiraban a desquitarse en la persona del gato. Limardo fue el obstáculo imprevisto. Los privó del felino a medio pintar y lo expidió a los fondos de la ferretería, con riesgo de fractura y de intervención de la Sociedad Protectora. Señor Parodi, ni por un queso me haga pensar en cómo lo dejaron al rusticano. Los farristas francamente se resistieron: lo acostaron en la baldosa, uno se le sentó en la busarda, otro le pisó la cara, otro le hizo hacer buches con la pintura. Yo de buena gana hubiera contribuido con un coscorrón suplementario, pero le juro que temí que el rústico, a pesar del mareo de la biaba, me identificara. Además, hay que reconocer que los farristas son muy delicados y quién le dice a usted que, si me meto, ligo. En eso cayó Renovales, y se armó el desbande. Dos de los agresores lograron ganar la ante-cocina; otro quiso imitar mi ejemplo y perderse de vista en el gallinero, pero la mano pesada de Renovales le dio el sosegate. Ante esa intervención tan paterna yo estuve por estallar

en aplausos, pero transé por reírme para mis adentros. El rusticano se levantó que era una lástima, pero tuvo su recompensa. El señor Zarlenga le trajo de propia mano un candial y se lo hizo tragar entero con estas palabras de aliento: “No me le haga asco. Tómelo como un hombre”.

»Le encarezco, señor Parodi, que en base al incidente del gato no vaya a formarse un concepto pesimista de la vida de hotel. También para nosotros brilla el sol, y hay colisiones que, aunque son muy amargas en el momento, después yo las recuerdo con filosofía y me río del chucho que pasé. Sin ir más lejos, le contaré la historia de la circular con lápiz azul. Hay batintines que no pierden un frunce, y que con tanta sabiduría y tanta macana terminan por dar sueño, pero para pescar la noticia fresca, traviesa, yo no le envidio a nadie. Un martes recorté con tijera unos corazones de papel, porque un pajarito me había dicho que Josefa Mamberto, que es la sobrina de la mercería, andaba con Fainberg, pretexto de reclamarle la camiseta del bono-cupón. Para que hasta las moscas del Imparcial se enteraran del sucedido, escribí en cada corazón un letrero gracioso —claro que con letra de anónimo— que decía: *Noticia bomba. ¿Quién se desposa día por medio con la J. M.? Solución*: *Un pensionista en camiseta.* Yo mismo me encargué personalmente de la distribución de esa broma, que cuando nadie me veía la deslizaba por debajo de las puertas, hasta en los excusados. Le participo: ese día yo tenía menos ganas de comer que de besarme el codo, pero el comezón por el éxito de la broma y el escrúpulo de no perder el guiso de restos me hicieron ocurrir antes de hora a la mesa larga. Yo estaba en mangas de camiseta, lo más orondo, sentado en mi porción de banco y haciendo ruido con la cuchara para hacer valer la puntualidad. En eso apareció el cocinero, y fingí estar imbuido en la lectura de uno de los corazones. Viera usted la diligencia del hombre. Antes que yo atinara a tirarme al suelo, ya me había levantado con la derecha y con la zurda me estrujaba mis corazoncitos en la nariz, arrugándolos todos. No condene a ese hombre enfadado, señor Parodi; la culpa es mía. Después de repartir ese chiste, yo me presenté *en camiseta*, facilitando la confusión.

»El 6 de mayo, a hora indeterminada, amaneció un charuto del país a pocos centímetros del tintero con Napoleón de Zarlenga. Éste, que sabe marear al cliente, quería convencer de la solidez del establecimiento a un mendigo serio, hombre que es el brazo derecho de la Sociedad Los Primeros Fríos y que ya lo quisiera para un día de fiesta el Asilo Unzué. A fin de que el barbudo se aviniera a sacar pensión, Zarlenga le obsequió el fumatérico. El de arpillera, que no es manco, lo abarajó en el aire y lo prendió en seguida, como si fuera todo un Papa. Apenas hubo ese Fumasoli egoísta dado la pitada de práctica, cuando la tagarnina estalló, tiznando de manera novedosa la cara de ese renegrido que vino toda oscura con el hollín. Quedó hecho una lástima: la barra de los mirones nos agarrábamos al abdomen de risa. Después de esa hilaridad, el bolsudo se desertó del hotel, privando a la caja de un valioso aporte. Zarlenga se llegó a enojar con la furia y preguntó quién era el gracioso que había depositado el fumante. Mi lema es que más vale no meterse con los coléricos: al avanzar a paso redoblado hacia mi cuartito, casi doy de lleno en el rusticano, que venía con los ojos redondos, como un espiritista. Para mí que ese tocame un gato, con la pavura, estaba huyendo a contramano, porque se metió en la boca de lobo, vulgo en el escritorio del broncoso. Entró sin permiso, que siempre es una cosa tan fea, y encarándose con Zarlenga, le dijo: “El cigarro sorpresa lo traje yo, porque me dio la santísima”. La vanidad es la ruina de Limardo, pensaba yo en mi reino interior. Ya tuvo que mostrar la hilacha: ¿Por qué no dejó que otro pagara el pato por él? Un muchacho del ambiente nunca se traiciona... Viera qué raro lo que pasó con Zarlenga. Se encogió de hombros, y escupió como si no estuviera en su propio domicilio. Se desenojó de golpe y se hizo el soñador; palpito que aflojó, porque temía que si le daba su merecido, más de uno de nosotros no trepidaría en desertar esa misma noche, aprovechando el sueño pesado que le produce el ejercicio. Limardo se quedó con su cara pan que no se vende, y el trompa logró una victoria moral que a todos nos tiene anchos. *Ipso facto* olí la matufia: esa broma no era de un rústico porque la señorita hermana de Fainberg ha vuelto a dar qué hablar con el socio del Bazar de Cachadas, sito en Pueyrredón

y Valentín Gómez.

»Me duele darle una noticia que lo afectará en la fibra, señor Parodi, pero al día siguiente del estallido nos turbó la paz una crisis que puso preocupados a los espíritus más propensos a la francachela. Es una cosa fácil de decir, pero que hay que haberla vivido: ¡Zarlenga y la Musante se disgustaron! Me rompo la cabeza de que se haya efectuado un conflicto así en el Nuevo Imparcial. Desde la vez que un turco retacón, provisto de una media tijera y chillando como un marrano, se despachó antes de la sopa de queda al Tigre Bengolea, cualquier disgusto, cualquier contestación de mal modo, está formalmente prohibida por la dirección. Por eso nadie le mezquina una manito al cocinero, cuando pone en razón a los revoltosos. Pero como nos inculcaba el avisito contra la tos, el ejemplo tiene que venir de arriba. Si las esferas dirigentes son pasto del desquicio, qué nos queda a nosotros, a la masa compacta de pensionistas. Le notifico que he vivido ratos amargos, con el espíritu por el suelo, cadente de rumbo moral. De mí puede decirse lo que se quiera, pero no que en la hora de la prueba he sido un derrotista. ¿A qué sembrar el pánico? Yo estaba como con un candado en la boca. Cada cinco minutos desfilaba con pretextos surtidos por el corredor que da al escritorio, donde Zarlenga y la Musante juntaban rabia, sin la franqueza de un insulto; después volvía al tinglado de los 0,60, repitiendo con aire sobrador: ¡Chimento!, ¡chimento! Esos oscurantistas, metidos en su escoba de cuatro, ni me llevaban el apunte; pero perro porfiado saca mendrugo. Limardo, que limpiaba con las uñas los dientes del peine de Paja Brava, acabó por tener que oírme. Sin dejarme concluir, se levantó como si fuera la hora de la leche y se perdió de vista hacia el escritorio. Yo me hacía cruces y lo seguía como una sombra. De golpe se dio vuelta y habló con una voz que me puso obediente: “Sirva de algo, y traiga para aquí en seguida a todos los pensionistas”. No me lo hice decir dos veces, y salí a juntar esa basura. Todos acudimos como un solo hombre, menos el Gran Perfil, que se dio de baja en el primer patio, y después descubrimos que faltaba el alambre-cadena del *water*. Esa columna viva era un muestrario de las napas sociales: el misántropo se codeaba con el bufón, el 0,95 con el

0,60, el vivillo con Paja Brava, el mendigo con el pedigüeño, el punguista liviano, sin carpeta, con el gran scrushante. El viejo espíritu del hotel revivió una hora de franca expansión. Era un cuadro que parecía más bien un friso: el pueblo detrás de su pastor; todos, en el confusionismo, sentimos que Limardo era nuestro jefe. Se adelantó, y cuando llegó al escritorio, abrió sin permiso la puerta. Yo me dije al oído: Savastano, a la piecita. La voz de la razón clamó en el desierto; yo estaba rodeado por una pared de fanáticos, que me cerraban la retirada.

»Mis ojos, empañados por la nerviosidad de la hora, retuvieron una escena que ni Lorusso. A Zarlenga me lo medio tapaba el Napoleón, pero a esa carnudita Juana Musante la devoré a mis anchas con la visual; estaba con el batón colorado y las babuchas con rosetones y yo me tuve que apoyar en uno de los 0,95. Limardo, cargado de amenazas como una nube, ocupó el centro del escenario. Quien más, quien menos, nadie dejó de comprender en ese momento que el Imparcial iba a cambiar de patrón. Ya nos corría un hilo frío por la espalda con el estampido de las cachetadas que Limardo iba a sacudirle a Zarlenga.

»En vez, tomó la palabra, que siempre es impotente ante el misterio. Habló con su pico de oro, y dijo cosas que todavía me fermentan el seso. En tales ocasiones el orador suele resultar un solemne turiferario, pero Limardo, sin tanto *voulez-vous* atropelló derecho viejo y se mandó unas parrafadas al *uso nostro* sobre la desavenencia de la discordia. Dijo que el matrimonio era una cosa tan unida que había que cuidar de no separarla, y que la Musante y Zarlenga tenían que darse un beso delante de todos, para que la clientela supiera que se querían.

»¡Usted lo viera a Zarlenga! Ante un consejo tan sano, se quedó como embalsamado y no sabía qué línea de conducta seguir; pero la Musante, que tiene la pensadora bien puesta, no es sujeto propicio para embuchar esas fiorituras. Se levantó como si le hubieran impugnado la carbonada. Ver esa grela tan grandiosa y tan enojada sobró para que si me descubre un facultativo me manda como por un tubo a Villa María. La Musante no anduvo con paños tibios; le fajó al rusticano que se ocupara de su matrimonio, si lo tenía, y que si volvía a meter el hocico,

se lo iban a rebanar como a chancho. Zarlenga, para cerrar el debate, reconoció que el señor Renovales (ausente a la sazón por Quilmes Bock en confitería La Perla) había estado en lo cierto al querer expulsar a Tadeo Limardo. Le ordenó que saliera como chijete, sin consultar que ya eran las ocho pasadas. El pobre iluso de Limardo tuvo con apuro que hacer la valija y paquete, pero las manos le temblaban enteramente y Simón Fainberg se brindó a coadyuvar; a río revuelto, el rusticano perdió una cortaplumas de hueso y un peto de franela. Al rústico los ojos se le preñaron de lágrimas al mirar por última vez el establecimiento que le dio techo. Nos dijo adiós con el movimiento de la cabeza, entró en la noche y se perdió, rumbo a lo desconocido.

»Con los primeros gallos del otro día, Limardo me despertó, portador de un mate de leche que impulsivamente insumí, sin exigirle rendición de cuentas de cómo había regresado al hotel. Ese mate de persona expulsada todavía me quema la boca. Usted me dirá que Limardo se manifestó como un anarquista al desacatar de ese modo la orden de su hotelero; pero hay que ver también lo que significa privarse de un recinto que le ha costado tanto dolor de cabeza a los propietarios y que ya es una segunda naturaleza.

»Mi arrebatada participación en el mate me había puesto cola de paja; así que preferí reducirme en la piecita, dando parte de enfermo. Cuando me aventuré al pasillo, a los pocos días, uno de los farristas me anotició que Zarlenga había ensayado hasta la puerta la expulsión de Limardo, pero que éste se tiró al suelo y se dejó patear y golpear, dominándolo con la resistencia pasiva. Fainberg no me confirmó el dato, porque es un egoísta que todo se lo guarda, para no tenerme al corriente de la chismografía más necesaria. Yo me sonrío, causa de mi cuña fenómeno con los 0,95, pero esa vuelta no abusé, porque el mes anterior ya les había tirado la lengua. Mi experiencia personal es que le habilitaron a Limardo, con la instalación de una cama jaula y un cajoncito de kerosene, el depósito de escobas y enseres de limpieza, que hay debajo de la escalera. La ventaja era que podía escuchar todo lo que hacían en el cuarto de Zarlenga, porque no lo separaba más que un tabique de tabla, fulerongo. El damnificado resulté yo, porque las

escobas, luego de inventariadas y numeradas, las mudaron a mi piecita, y Fainberg puso en juego el maquiavelismo para que las ubicaran de mi lado.

»Berretines de la naturaleza del hombre: Fainberg, en punto a escobas, se revela un fanático rutinario; en punto a la concordia del hotel, embrolla a los farristas y a Limardo, para que hagan las paces. Como el litigio de la pintura colorada del gato ya estaba relegado al olvido, Fainberg tuvo que refrescar la memoria de los beligerantes, enconándolos con el abuso cáustico de las jodas y de la pifia. Cuando el único problema era averiguar si estaban por tirarse con los botines o patearse calzados, Fainberg los consiguió distraer con ese tema de los vinos-remedio, que hay que embromarse y confesar que domina fácil, porque días antes el doctor Pertiné le deslizó un prospecto para que correteara botellas y medias botellas de Apache (*gran vino sanitario aprobado por el doctor Pertiné*). Yo siempre he dicho que no hay como el alcohol para conciliar los espíritus, aunque absorbido con exceso la dirección del Nuevo Imparcial tiene que proceder. El hecho es que con el cuento de que unos eran tres y el otro estaba armado, Fainberg les hizo comprender que la unión era la fuerza y que, si querían brindar, les facilitaba a precio irrisorio el líquido elemento. El pichinchero que todos llevamos adentro los vendió: abonaron doce botellas y al doblar el codo de la octava eran el Cuarteto Curdela. Los farristas, que son el egoísmo en su tinta, no hicieron caso de que yo rondara con un vasito, hasta que el rusticano intervino diciendo en broma que no me desairaran a mí, porque él también era un perro. Yo aproveché la risa espontánea, para mandarme sin asco un trago que más bien resultó una gárgara, porque uno tarda en aclimatarse al vinito, que después le prometo es un verdadero jarabe y la lengua del consumidor viene gorda, como si hubiera dado cuenta de una olla de almíbar. Fainberg, con la afición que le tenía al Banco de Préstamos, también se interesaba en armas de fuego y dijo que si le habían cobrado a Limardo un precio de cortar la meada, por el bufoso que portaba en el cinto, él podía conseguirle otro igual a precio de retazo. Si ya la charla presentaba un signo inequívoco de animación, usted se puede figurar los contornos

que asumiría cuando el Gran Perfil se mandó ese globo. Había tantos pareceres que ni partición amistosa. Según Paja Brava, adquirir armas nuevas era prontuariarse de arriba; un farrista se reveló patriota decidido del Tiro Suizo *versus* el Tiro Federal; yo me dejé caer con la puya de que las armas las carga el diablo; Limardo, que estaba deformado con la bebida, dijo que se había venido con el revólver porque estaba siguiendo un plan para matar a un hombre; Fainberg contó el caso de un ruso que no le quiso comprar un revólver y lo asustaron la víspera con uno de chocolate.

»Al otro día, cosa de no parecer un indiferente, me fui arrimando a la plana mayor del hotel, que sabe congregarse a la fresca en el primer patio para consumir unos mates y preparar su plan de batalla. Se trata de batimentos en forma, donde el pensionista más cogotudo recoge una lección a cambio de algunas verdades y de que lo descubran espiando y lo dejen como Meccano desarmado. Ahí estaba la misma Trinidad, como dicen los tres farristas: Zarlenga, la Musante y Renovales. La circunstancia de que no mosquearan medio me animó. Me aventuré con toda naturalidad y para que no me sacaran cortito les prometí un chimento bomba. Les conté como si no tuviera un pelo en la lengua el batuque de la reconciliación, sin dejar en el tintero el revólver de Limardo y el vino-remedio de Fainberg. Viera la cara de naranja amarga que me pusieron. Yo, por un si acaso, volví grupas, no fuera algún cuentero a decir que voy con historias a la dirección, defecto que no está en mi carácter.

»Me retiré en buen orden, siempre con el ojo clavado sobre todos los movimientos del trío. No pasó un rato largo sin que Zarlenga se dirigiera con paso firme al depósito de escobas y enseres donde el rústico pernoctaba. Con un salto más bien de mono me situé en la escalera, y apliqué la oreja a los escalones, para no perder ni una letra de lo que decían abajo. Zarlenga le exigió al rusticano la entrega del revólver. El otro, redondamente, se lo negó. Zarlenga le dijo una amenaza, que no la quiero recordar por no apesadumbrarlo, señor Parodi. Limardo, con una especie de soberbia tranquila, dijo que las amenazas no lo tocaban, porque él era invulnerable, como si tuviera el

chaleco a prueba de balas, y que más de un Zarlenga juntos no le iban a meter miedo. *Inter nos*, de poco le valió el chaleco, si lo tenía, porque antes de alcanzar el Día del Kilo amaneció cadáver en mi piecita.

—¿Cómo finiquitó la discusión? —preguntó Parodi.

—Como finiquitan todas las cosas. Zarlenga no iba a perder su tiempo con un pobre alienado. Se fue como había venido, lo más chato.

»Ahora llegamos al domingo fatídico. Me duele confesar que ese día el hotel está muerto, falto de animación. Como yo me aburría como un bendito, se me ocurrió sacarlo a Fainberg de la negra ignorancia y le enseñé a jugar al truco, para que no hiciera un triste papel en los bares de cada esquina. Señor Parodi, yo tengo pasta para enseñar; la prueba es que el alumno me ganó *ipso facto* dos pesos, de los cuales me cobró uno cuarenta en metálico, y para saldar la deuda me convidó a que lo invitara a una matinée en el Excelsior. Por algo dicen que Rosita Rosenberg tiene el cetro de la risa. Las plateas gozaban como si les hicieran cosquillas, aunque yo no pescaba una palabra, porque hablaban en un idioma que tienen los rusos para que no los manye al vuelo ni el Pibe Sinagoga, y yo estaba impaciente por llegar al hotel para que Fainberg me contara los chistes. Como para chistes estábamos cuando me reintegré a la piecita sano y salvo. Usted viera la lástima de mi cama; ya la frazada y la cubija eran una sola mancha; la almohada no estaba mucho mejor que digamos; la sangre había ganado hasta las bolsas y yo me preguntaba dónde iba a dormir esa noche, porque el finado Tadeo Limardo estaba tendido en la cama, más muerto que un salame.

»Mi primer pensamiento fue, como es natural, para el hotel. Con tal que algún enemigo no fuera a creerse que yo había sacrificado a Limardo y manchado toda la ropa de cama. Adiviné en seguida que ese cadáver no le iba a caer en gracia a Zarlenga; y así fue porque los tiras lo interrogaron hasta ya pasadas las once, que es una hora que en el Nuevo Imparcial ya no se puede prender luz. Mientras completaba esas reflexiones, yo no cesaba de chillar como un borrachín, porque soy como Napoleón y hago muchas cosas a un tiempo. No le exagero: todo el establecimiento acudió a mis gritos de auxilio, sin excluir el peón de

cocina, que me tapó la boca con un trapo y casi obtiene otro cadáver. Llegaron Fainberg, la Musante, los farristas, el cocinero, Paja Brava y el último el señor Renovales. El otro día lo pasamos todos en la cafúa. Yo estaba en mi elemento, satisfaciendo toda laya de preguntones y mandándome cada cuadro vivo que los dejaba turumba. No desatendí el trabajo de zapa, y saqué el dato que a Limardo lo habían liquidado a eso de las cinco de la tarde, con su propia cortapluma de hueso.

»Mire, los veo descentrados a los que opinan que esta cosa tan inexplicable es un misterio, porque mayor embrollo hubiera sido si el crimen se produce a la noche, cuando el hotel se llena de caras desconocidas, que yo no llamo pensionistas, porque después de pagar la cama se han ido, y si te vi no me acuerdo.

»Con la excepción de Fainberg y un servidor, casi todos estaban en el hotel, al efectuarse el hecho de sangre. Resultó después que Zarlenga también faltó a la cita de honor, por causa de una riña en Saavedra, a la que había ocurrido para correr un gallo batarás del padre Argañaraz.

II

A los ocho días, Tulio Savastano irrumpió en la celda, agitado y feliz. Apenas pudo balbucear:

—Le hice la changuita, señor. ¡Aquí viene mi trompa!

Lo siguió un señor algo asmático, rasurado, de melena canosa y ojos celestes. Su ropa era aseada y oscura; usaba una chalina de vicuña, y Parodi notó que tenía las uñas lustradas. Las dos personas de respeto ocuparon con naturalidad los dos bancos; Savastano, ebrio de servilismo, recorría y volvía a recorrer la cortísima celda.

—El 42, este caballerito me entregó su mensaje —dijo el señor canoso—. Mire, si es para hablarme del asunto Limardo, yo no tengo nada que ver. Esa muerte ya me tiene cansado, y en el hotel tenemos un charleta que no es para menos. Si usted sabe algo, señor, más bien póngase al habla con ese mocito Pagola, que está a cargo de la pesquisa. De fijo que se lo agradece, porque andan más perdidos que un

negro en la cerrazón.

—¿Por quién me toma, don Zarlenga? Con esa mafia yo no me trato. Tengo, eso sí, algunas vislumbres, que si usted me hace el obsequio de atender, quizá no le pese.

»Si quiere vamos a empezar por Limardo. Este joven, que es una luz, lo tenía por un espía mandado por el marido de la señora Juana Musante. Respeto el parecer, pero me pregunto, ¿a qué enredar la historia con un espía?[5] Limardo era el empleado de Correos de Banderaló; directamente, el marido de la señora. Usted no me va a negar que es así.

»Mire, voy a contarle toda la historia, tal como yo me la figuro. Usted a Limardo le sacó la mujer y lo dejó penando en Banderaló. A los tres años de abandono, el hombre no aguantó y decidió venirse a la Capital. Quién sabe el viaje que hizo; la cosa es que llegó deshecho cuando los carnavales. Había empeñado la salud y el dinero en una peregrinación de penurias, y encima le tocaron diez días de encierro, antes de ver a la mujer por la que se había costeado desde tan lejos. Esos días a 0,90 cada uno le acabaron el capital.

»Usted, en parte por darse corte, en parte por lástima, dejaba decir que Limardo era muy hombre; hasta se le fue la mano, y lo hizo matón. Después, cuando lo vio aparecer en su propio hotel, sin un peso de muestra, no perdió la ocasión de favorecerlo, que era afrentarlo de nuevo. Ahí empezó el contrapunto: usted, empeñado en rebajarlo; el otro, en rebajarse. Usted lo relegó al tinglado de los 0,60 y encima le encajó la contabilidad; nada le bastaba a Limardo y a los pocos días ya estaba tapando las goteras y hasta limpiándole su pantalón. La señora, la primera vez que lo vio, se le enconó y le dijo que se fuera.

»Renovales también apadrinó la expulsión, disgustado por los procederes del hombre y por el trato descomedido que usted le daba. Limardo se quedó en el hotel y buscó nuevas humillaciones. Un día, unos desocupados estaban pintando un gato; Limardo se entrometió, no tanto por buenos sentimientos, sino porque buscaba que lo castigaran. Lo castigaron, y encima usted le hizo embuchar un candial y más de un insulto. Después ocurrió lo del cigarro. Esa broma del ruso le costó a su

hotel un limosnero serio. Limardo se hizo el culpable, pero esta vez usted no lo castigó, porque empezaba a maliciar que algo muy feo se proponía con esas humillaciones. Pero hasta entonces todo había sido cuestión de golpes o de injurias; Limardo buscó una afrenta más íntima; la vez que usted se había disgustado con la señora, el hombre juntó público y les pidió que se amigaran y se besaran delante de todos. Fíjese lo que eso representa: el marido juntando mirones para pedirles a la mujer y al amante que vuelvan a quererse. Usted lo echó. A la mañana siguiente estaba de vuelta, cebando mates al último infeliz del hotel. Vino después lo de la resistencia pasiva, que es otro nombre para dejarse patear. Usted, para cansarlo, le destinó ese bichadero al lado de su cuarto, donde podía oír a satisfacción las ternezas de ustedes dos.

»Luego dejó que el ruso lo reconciliara con los farristas. También apechugó con eso, porque su plan era que todo el mundo lo rebajara. Hasta él mismo se insultó: se puso a la altura de este caballero, aquí presente —se trató a sí mismo de perro. Esa tarde la bebida lo hizo hablar y dijo que había traído el revólver para matar a un hombre. Un chismoso fue con el cuento a la dirección del hotel; usted lo quiso volver a echar, pero Limardo le hizo frente esa vez y le dio a saber que él era invulnerable. Usted no vio muy claro lo que le decían, pero se asustó. Ahora llegamos a lo peliagudo.

El joven Savastano se sentó en cuclillas, para atender mejor. Parodi lo miró distraídamente y le rogó que tuviera la fineza de retirarse, porque tal vez no convenía que él escuchara lo demás. Savastano, alelado, apenas atinó con la puerta. Parodi prosiguió sin apuro:

—Días antes, este joven, que nos acaba de favorecer con su ausencia, había sorprendido no sé qué enredo entre el ruso Fainberg y una señorita Josefa Mamberto, de la mercería. Escribió esa pavada en unos corazoncitos y en lugar de los nombres puso iniciales. Su señora mujer, que los vio, entendió que J. M. quería decir Juana Musante. Hizo que el cocinero que ustedes tienen lo castigara al pobre infeliz, y encima le guardó rencor. Ella también había maliciado un propósito detrás de las humillaciones de Limardo; cuando oyó que se había venido con el revólver “para matar a un hombre”, supo que ella no estaba amenazada

y, temió, como era natural, por usted. Sabía que Limardo era cobarde; pensó que estaba juntando ignominias para ponerse en una situación imposible y verse obligado a matar. Veía justo, la señora; el hombre estaba resuelto a matar; pero no a usted: a otro.

»El domingo era un día muerto en el hotel, como dijo su compañero. Usted había salido; estaba en Saavedra corriendo un gallo del cura Argañaraz. Limardo se ganó a la pieza de ustedes, con el revólver en la mano. La señora Musante, que lo vio aparecer, creyó que él había entrado a matarlo a usted. Lo despreciaba tanto que no había tenido asco en sacarle un cortaplumas de hueso, cuando lo expulsaron. Ahora usó de ese cortaplumas para matarlo. Limardo, que tenía un revólver en la mano, no se resistió. La Juana Musante puso el cadáver en el catre de Savastano, para vengarse del cuento de los corazones. Como usted recordará, Savastano y Fainberg estaban en el teatro.

»Limardo logró al fin su propósito. Era cierto que había traído el revólver para matar a un hombre; pero ese hombre era él. Había venido de lejos; meses y meses había mendigado el deshonor y la afrenta, para darse valor para el suicidio, porque la muerte es lo que anhelaba. Yo pienso que también, antes de morir, quería ver a la señora.

Pujato, 2 de septiembre de 1942

La prolongada busca de Tai An

A la memoria de Ernest Bramah

I

¡Lo que faltaba! Un japonés cuatro ojos —pensó, casi audiblemente, Parodi.

Sin perder el sombrero de paja y el paraguas, el doctor Shu T'ung, habituado al *modus vivendi* de las grandes embajadas, besó la mano del recluso de la celda 273.

—¿Usted permitirá que un cuerpo extraño abuse de este prestigioso banco? —indagó en perfecto español y con voz de pájaro—. El cuadrúpedo es de madera y no emite quejas. Mi censurable nombre es Shu T'ung y ejerzo, ante el escarnio unánime, el cargo de agregado cultural de la Embajada China, gruta desacreditada y malsana. Ya he taponado, con mi narración asimétrica, las dos orejas tan sagaces del doctor Montenegro. Este fénix de la investigación policial es infalible como la tortuga, pero también es majestuoso y lento como un observatorio astronómico admirablemente sepultado por las arenas de un desierto infructuoso. Bien dicen que para detener un grano de arroz no es superflua una dotación de nueve dedos en cada mano; yo, que sólo dispongo de una cabeza por acuerdo tácito de los peluqueros y sombrereros, aspiro a coronarme con dos cabezas de reconocida prudencia: la del doctor Montenegro, considerable; la suya, del tamaño de una marsopa. Hasta el Emperador Amarillo, a pesar de sus aulas y

bibliotecas, tuvo que reconocer que un besugo privado del océano difícilmente logra una edad provecta y la veneración de sus nietos. Lejos de ser un besugo viejo, soy apenas un hombre joven. ¿Qué puedo hacer ahora que el abismo se abre, como una suculenta ostra, para devorarme? Además, no se trata meramente de mi dañina y desaforada persona; la prodigiosa Madame Hsin abusa noche a noche del veronal, a causa del desvelo infatigable de los pilares de la ley, que la desesperan y la incomodan. Los esbirros no parecen tener en cuenta que ha sido asesinado su protector, en circunstancias nada tranquilizantes, que ahora la dejan huérfana y sin amparo, a la cabeza del *Dragón que se aturde*, salón florido que ocupa su local propio en Leandro Alem y Tucumán. ¡Abnegada y versátil Madame Hsin! Mientras el ojo derecho llora la desaparición del amigo, el ojo izquierdo tiene que reír para excitar a los marineros.

»Ay de su tímpano. Esperar que la elocuencia y la información hablen por mi boca es como esperar que la oruga hable con la mesura del dromedario, o siquiera con la variedad de una jaula de grillos labrada en cartón y exornada con los doce matices razonables. No soy el prodigioso Meng Tseu, que para denunciar al Colegio Astrológico la aparición de la luna nueva, habló veintinueve años seguidos, hasta que lo relevaron sus hijos. Inútil negarlo: poco tiempo ha quedado para el presente; ni yo soy Meng Tseu ni sus muchos y ponderados oídos exceden literalmente el número de las aplicadas hormigas que socavan el mundo. No soy un orador: mi arenga será breve como si la pronunciara un enano; no tengo un instrumento de cinco cuerdas: mi arenga será inexacta y monótona.

»Usted me supeditará a los más exquisitos instrumentos de tortura que atesora este palacio versátil, si yo despliego una vez más, ante su nutrida memoria, los pormenores y misterios del culto del Hada del Terrible Despertar. Se trata, como usted está a punto de articular, de una secta mágica del teoísmo, que recluta devotos en el gremio de los mendigos y de los intérpretes, y que sólo un sinólogo como usted, un europeo entre teteras, conoce como su propia espalda.

»Hace diecinueve años ocurrió el hecho aborrecido que aflojó las

patas del mundo y del cual han llegado algunos ecos a esta consternada ciudad. Mi lengua, que más bien parece un ladrillo, ha recordado el robo del talismán de la Diosa. Hay en el centro del Yunnan un lago secreto; en el centro de ese lago, una isla; en el centro de la isla, un santuario; en el santuario resplandece el ídolo de la Diosa; en la aureola del ídolo, el talismán. Describir esta joya, en una sala rectangular, es una imprudencia. Tan sólo recordaré que es de jade, que no da sombra, que su tamaño conciso es el de una nuez y que sus atributos fundamentales son la sabiduría y la magia. Hay espíritus pervertidos por los misioneros, que fingen refutar estos axiomas, pero si un mortal se apoderara del talismán y lo retuviera veinte años fuera del templo, sería el rey secreto del mundo. Sin embargo esta conjetura es ociosa: desde la primera aurora del tiempo hasta el último ocaso, la joya perdurará en el santuario, aunque en el presente fugaz la tiene escondida un ladrón, hace ya dieciocho años.

»El jefe de los sacerdotes encomendó al mago Tai An la recuperación de la joya. Éste, según es fama, buscó una conjunción favorable de los planetas, ejecutó las operaciones debidas y aplicó el oído a la tierra. Nítidamente oyó los pasos de todos los hombres del mundo y reconoció en el acto los del ladrón. Estos lejanos pasos recorrían una ciudad remota: una ciudad de barro y con paraísos, desprovista de almohadas de madera y de torres de porcelana, cercada por desiertos de pasto y por desiertos de agua sombría. La ciudad se ocultaba en el Occidente, detrás de muchas puestas de sol; Tai An, para alcanzarla, no desdeñó los riesgos de un vapor movido por el humo. Desembarcó en Samerang, con una piara de cerdos narcotizados; disfrazado de polizón, estuvo sepultado veintitrés días en el vientre de un barco dinamarqués, sin otra comida ni bebida que una inagotable sucesión de quesos de bola; en la Ciudad del Cabo, se afilió al honorable gremio de basureros y no escatimó su aporte a la huelga de la Semana Fétida; un año después, la turba ignara se disputaba en calles y bocacalles de Montevideo las frugales obleas de maicena que expendía un joven trajeado a la extranjera; ese nutritivo joven era Tai An. Tras cruenta lucha con la indiferencia de esos carnívoros, el mago se trasladó a Buenos Aires, que

adivinó más apto para recibir la doctrina de las obleas y donde no tardó en establecer una vigorosa carbonería. Ese establecimiento renegrido lo arrimó a la mesa larga y vacía de la pobreza; Tai An, harto de esos festines de hambre, se dijo: *para el paladar exigente, el perro comestible; para el hombre, el Celeste Imperio*, y entró impetuosamente en un consorcio con Samuel Nemirovsky, ponderado ebanista que, en el centro mismo del Once, fabrica todos los armarios y biombos que los admiradores de su destreza reciben directamente de Pekín. El piadoso local de ventas prosperó; Tai An pasó de una casilla carbonífera a un departamento amueblado, situado exactamente en el número 347 de la calle Deán Funes; la incesante emisión de biombos y armarios no lo distrajo del propósito capital: la recuperación de la joya. Sabía con seguridad que el ladrón estaba en Buenos Aires, la remota ciudad que le habían mostrado en la isla del templo los círculos y triángulos mágicos. El gimnasta del alfabeto repasa los diarios para ejercitar su habilidad; Tai An, menos expansivo y feliz, se atenía a la columna de marítimas y fluviales.

»Temía que el ladrón se evadiera o que un barco trajera un cómplice a quien le pasaran el talismán. Tenaz como los círculos concéntricos que se aproximan a la piedra lanzada, Tai An se aproximaba al ladrón. Más de una vez cambió de nombre y de barrio. La magia, como las otras ciencias exactas, es apenas una luciérnaga que guía nuestros vanos tropezones en la noche considerable; sus veraces figuras delimitaban la zona donde se ocultaba el ladrón, pero no la casa ni el rostro. El mago, sin embargo, persistía en el infatigable propósito.

—El veterano del *Salón Doré* tampoco se fatiga y también persiste —exclamó con espontaneidad Montenegro, que había estado espiando en cuclillas, el ojo en la cerradura y el bastón de ballena entre los dientes; ahora, irreprimible, irrumpía con un traje blanco y un *canotier* maleable —. *De la mésure avant toute chose.* No exagero: no he descubierto aún el paradero del asesino, pero sí el de este consultor indeciso. Tonifíquelo, mi querido Parodi, tonifíquelo: refiera, con la autoridad que soy el primero en concederle, cómo ese detective por derecho propio, que se llama Gervasio Montenegro, salvó en un tren expreso la amenazada

joya de la Princesa a quien muy luego otorgara su mano. Pero dirijamos nuestros potentes focos al porvenir, que nos devora. *Messieurs, faites vos jeux*: apuesto doble contra sencillo que nuestro diplomático amigo no se ha apersonado a esta celda, impelido por el mero placer —muy encomiable, desde luego— de presentar sus respetos. Mi ya proverbial intuición me dice por lo bajo que este acto de presencia del doctor T'ung no carece de toda relación con el original homicidio de la calle Deán Funes. ¡Ja, ja, ja! He dado en el blanco. No duermo en los laureles; descargo una segunda ofensiva, a la que auguro desde ya el éxito de la primera. Apuesto que el doctor ha condimentado su narración con todo ese misterio de Oriente, que es la marca de fuego de sus interesantes monosílabos y hasta de su color y su aspecto. Lejos de mí la sombra de una censura al lenguaje bíblico, grávido de sermones y de parábolas; me atrevo, sin embargo, a sospechar que usted preferirá mi *compte rendu* —todo nervio, músculo y osatura— a las adiposas metáforas de mi cliente.

El doctor Shu T'ung encontró su voz y prosiguió dócilmente:

—Su copioso colega habla con la elocuencia del orador que ostenta una doble fila de dientes de oro. Retomo la maligna correa de mi relato y digo con trivialidad: Semejante al sol, que ve todo y a quien hace invisible su propio brillo, Tai An, fiel y tenaz, persistía en la busca implacable, estudiaba los hábitos de todas las personas de la colectividad y casi era ignorado por ellas. ¡Ay de la flaqueza del hombre! Ni siquiera es perfecta la tortuga, que medita bajo una cúpula de carey. La reserva del mago tuvo una falla. En una noche del invierno de 1927, bajo los arcos de la Plaza del Once, vio un círculo de vagabundos y de mendigos que se burlaban de un desdichado que yacía en el suelo de piedra, derribado por el hambre y el frío. La piedad de Tai An se duplicó al descubrir que ese vilipendiado era chino. El hombre de oro puede prestar una hoja de té sin perder el conocimiento; Tai An alojó al forastero, cuyo expresivo nombre es Fang She, en el taller de ebanistería de Nemirovsky.

»Pocas noticias refinadas y eufónicas puedo comunicarle de Fang She; si los diarios de mayor riqueza de abecedario no se equivocan, es

oriundo del Yunnan y arribó a este puerto en 1923, un año antes que el mago. Más de una vez me recibió con su natural afectación, en la calle Deán Funes. Juntos practicamos la caligrafía a la sombra de un sauce que hay en el patio y que delicadamente le recordaba, me dijo, las iteradas selvas que decoran las márgenes terrestres del acuoso Ling-Kiang.

—Yo que usted me dejaba de caligrafías y adornos —observó el investigador—. Háble me de la gente que había en la casa.

—El buen actor no entra en escena antes que edifiquen el teatro —replicó Shu T'ung—. Primero, describiré absurdamente la casa; después, intentaré sin éxito un débil y grosero retrato de las personas.

—Mi palabra de estímulo —dijo Montenegro fogosamente—. El edificio de la calle Deán Funes es una interesante *masure* de principios de siglo, uno de tantos monumentos de nuestra arquitectura instintiva, en el que invenciblemente persiste la ingenua profusión del capataz italiano, apenas refaccionada por el severo canon latino de Le Corbusier. Mi evocación es definitiva. Usted ya ve la casa: en la fachada de hoy, el celeste de ayer es blanco y aséptico; adentro, el pacífico patio de nuestra infancia, donde hemos visto corretear a la esclavita negra con el mate de plata, sobrelleva mal de su grado la pleamar del progreso, que lo inunda de exóticos dragones y de lacas milenarias, hijas del cepillo falaz de ese industrializado Nemirovsky; al fondo, la casilla de madera indica el habitáculo de Fang She, junto a la verde melancolía del sauce, que acaricia con su mano de hojas las nostalgias del exilado. Vigoroso alambre chanchero de metro y medio separa nuestra propiedad de un hueco vecino: uno de esos pintorescos *baldíos*, para emplear el insubstituible vocablo criollo, que aún perduran invictos en el corazón de la urbe y donde el gato del barrio acude tal vez a buscar las hierbas curativas que mitigarán sus dolencias de huraño *célibataire* de las tejas. El piso bajo está consagrado al salón de ventas y al *atelier*;[6] el piso alto —me refiero, *cela va sans dire*, a épocas anteriores al incendio— constituía la casa de familia, el intocable *at home* de esa partícula de Extremo Oriente, trasplantada con todas sus peculiaridades y riesgos a la Capital Federal.

—En el zapato del preceptor los alumnos ponen los pies —dijo el doctor Shu T'ung—. Después de la victoria del ruiseñor, las orejas reciben y perdonan la tosca melodía del pato. El doctor Montenegro ha erigido la casa; mi lengua indocumentada y obtusa propondrá las personas. Reservo el primer trono para Madame Hsin.

—A mi juego me llamaron —Montenegro dijo oportunamente—. No incurra en un error que le pesará, mi estimable Parodi. No sueñe en confundir a Madame Hsin con esas *poules de luxe*, que usted habrá tolerado, y adorado, en los grandes hoteles de la Riviera y que decoran su pomposa frivolidad con un pekinés contrahecho y con un impecable *quarante chevaux*. El caso de Madame Hsin es muy otro. Se trata de una subyugante combinación de la gran dama de salón y de la tigresa oriental. Desde la oblicuidad de sus ojos nos guiña, tentadora, la eterna Venus; la boca es una sola flor encarnada; las manos son la seda y son el marfil; el cuerpo, subrayado por la victoriosa *cambrure*, es una coqueta *avant-garde* del peligro amarillo, y ha conquistado ya las telas de Paquin y las líneas ambiguas de Schiaparelli. Mil perdones, mi querido *confrère*: el poeta ha primado sobre el historiador. Para lapicear el retrato de Madame Hsin, he recurrido al pastel; para la efigie de Tai An, acudo a la masculina aguafuerte. Ningún prejuicio, por inveterado que sea, deformará mi visión. Me ceñiré a la documentación fotográfica de los periódicos de toda hora. Por lo demás, la raza devora al individuo: murmuramos «un chino» y proseguimos nuestra ruta febril, a la conquista de un dorado espejismo, sin sospechar acaso las tragedias banales o grotescas, pero invenciblemente humanas, del exótico personaje. Quede el mismo retrato para Fang She, cuyo aspecto recuerdo perfectamente, cuyos oídos han hospedado mi consejo paterno, cuyas manos han estrechado mi guante de cabritilla. Contraste: al cuarto medallón de mi galería se asoma un personaje oriental. No lo he llamado ni le ruego que se demore: es el extranjero, el judío, que acecha en el oscuro fondo de mi relato como acecha y acechará, si una legislación prudente no lo fulmina, en todos los *carrefours* de la Historia. En este caso, nuestro convidado de piedra se llama Samuel Nemirovsky. Le ahorro hasta el menor detalle de ese

ebanista vulgarísimo: frente serena y despejada, ojos de triste dignidad, negra barba profética, estatura canjeable por la mía.

—El comercio continuo con elefantes hace que el ojo perspicaz no distinga la mosca más ridícula —opinó bruscamente el doctor Shu T'ung—. Observo con chillidos de placer que mi retrato perjudicial no entorpece la galería del señor Montenegro. Sin embargo, si la voz de un crustáceo algo significa, yo también he desmejorado con mi presencia el edificio de la calle Deán Funes, aunque mi imperceptible morada se oculta de los dioses y de los hombres en el ángulo de Rivadavia y Jujuy. Uno de mis agobiadores pasatiempos es la venta domiciliaria de consolas, biombos, camas y aparadores, que incesantemente elabora el prolífico Nemirovsky; la piedad de ese artífice me permite que yo guarde y use los muebles, hasta venderlos. Ahora, precisamente, duermo en el interior de un jarrón apócrifo de la dinastía de Sung, porque la plétora de lechos nupciales me desvía del dormitorio y un solo trono plegadizo me niega el comedor.

»He osado incluirme en el honorable círculo de la calle Deán Funes, pues Madame Hsin me estimulaba indirectamente a desoír las justas imprecaciones de los demás y a rebasar alguna vez la puerta cancel. Esta incomprensible indulgencia no logró el apoyo incondicional de Tai An, que de día y de noche era el preceptor, el maestro mágico, de Madame. Por lo demás, mi efímero paraíso no logró los años de la tortuga o del sapo. Madame Hsin, fiel a los intereses del mago, se consagró a halagar a Nemirovsky, para que la dicha de éste fuera redonda y el número de muebles procreados excediera las permutaciones de una persona sentada alrededor de unas cuantas mesas. En lucha con las náuseas y el tedio, se resignaba con abnegación a la inmediata cercanía de esa cara occidental y barbuda, aunque, para mitigar el martirio, prefería encararla en las tinieblas o en el cinematógrafo Loria.

»Este noble régimen ligó para siempre a la fábrica el ciempiés de la prosperidad comercial; Nemirovsky, infiel a su admirable avaricia, expendía en anillos y en zorros el papel moneda que ahora le redondeaba la cartera como un lechón. A riesgo de que algún censor

viperino lo motejara de monótono, acumulaba esas frecuentes dádivas en dedos y pescuezo de Madame Hsin.

»Señor Parodi, antes de seguir adelante permítame una aclaración estúpida. Sólo un decapitado se atrevería a suponer que estos ejercicios penosos, y por lo general vespertinos, alejaron de Tai An a la proporcionada discípula. Concedo a mis ilustres contradictores que la dama no permanecía inmóvil como un axioma, en la casa del mago. Cuando su propia cara no podía vigilarlo y atenderlo, por intercalación de varias manzanas edificadas, encargaba esas tareas a otra cara muy inferior —la que humildemente enarbolo y que ahora saluda y sonríe[7] —. Yo ejecutaba esa refinada misión con legítimo servilismo: para no importunar al mago, trataba de moderar mi presencia; para no aburrirlo, cambiaba de disfraces. A veces, colgado de la percha, fingía con escasa fortuna ser el sobretodo de lana que me ocultaba; otras, rápidamente caracterizado de mueble, aparecía en el corredor, en cuatro patas y con un florero en la espalda. Desgraciadamente, macaco viejo no sube a palo podrido; Tai An, ebanista al fin, me reconocía segundos antes del primer puntapié y me obligaba a impresionar a otros seres inanimados.

»Pero la Bóveda Celeste es más envidiosa que el hombre a quien acaban de revelarle que uno de sus vecinos ha adquirido una muleta de sándalo, y otro, un ojo de mármol. Ni siquiera es eterno el momento en que damos cuenta de un grano de alpiste: tanta felicidad tuvo término. El séptimo día de octubre nos deparó el incendio combustible que amenazó la anatomía personal de Fang She, dispersó para siempre nuestra suspirada tertulia; quemó imperfectamente la casa y devoró una cifra exagerada de lamparillas de madera. No cave en busca de agua, señor Parodi, no deshidrate su honorable organismo: el incendio ha sido apagado. Ay, también se apagó el instructivo calor de nuestra tertulia. Madame Hsin y Tai An se trasladaron bajo capotas y sobre ruedas a la calle Cerrito; Nemirovsky dedicó los dineros del seguro a fundar una Empresa de Fuegos Artificiales; Fang She, quieto como una sucesión infinita de teteras idénticas, perduró en la casilla de madera, junto al único sauce.

»No he violado las treinta y nueve leyes adicionales de la verdad, cuando admití que había sido apagado el incendio, pero sólo un costoso recipiente de agua llovida podría jactarse de apagar su recuerdo. Desde el amanecer, Nemirovsky y el mago estaban ocupados en fabricar tenues lámparas de bambú, en número indefinido y quizá infinito. Yo, considerando imparcialmente la exigüidad de mi casa y la ininterrumpida afluencia de muebles, llegué a pensar que el desvelo de los artífices era inútil y que alguna de esas lámparas nunca se encendería. Ay de mí, antes que se acabara la noche confesé mi error: a las once y cuarto p. m., todas las lámparas ardían y con ellas el depósito de virutas y un enrejado de madera pintado superficialmente de verde. El hombre valeroso no es el que pisa la cola del tigre, sino el que se embosca en la selva y aguarda el momento prefijado desde el principio del universo, para dar el salto mortal. Así obré yo: perseveré trepado al sauce del fondo, reservándome como una salamandra para invadir el fuego, al primer grito refinado de Madame Hsin. Bien dicen que ve mejor el pez en el tejado que un casal de águilas en el fondo del mar. Yo, sin pretender engalanarme con el título de pez, vi muchos espectáculos aflictivos, pero los toleré sin caerme, sostenido por el ameno propósito de referírselos a usted, científicamente. Vi la sed y el hambre del fuego; vi la consternación deforme de Nemirovsky, que apenas atinaba a saciarlo con donaciones de aserrín y papel impreso; vi a la ceremoniosa Madame Hsin, que seguía cada movimiento del mago, como la felicidad sigue a los petardos; vi, finalmente, al mago, que después de ayudar a Nemirovsky, corrió a la casilla del fondo y salvó a Fang She, cuya felicidad, esa noche, no era redonda por obra y gracia de la fiebre de heno. Este salvataje es tanto más admirable si minuciosamente enumeramos las veintiocho circunstancias que lo distinguen, de las que sólo expondré cuatro, en gracia de la mezquina brevedad:

»a) La desacreditada fiebre que aceleraba todos los pulsos de Fang She no era bastante prestigiosa para inmovilizarlo en el lecho y vedar su elegante fuga.

»b) La insípida persona que ahora gruñe esta narración estaba

encaramada en el sauce, lista para fugarse con Fang She, si una atendible masa de fuego lo aconsejara.

»c) La combustión plenaria de Fang She no hubiera perjudicado a Tai An, que lo nutría y hospedaba.

»d) Así como en el cuerpo del hombre el diente no ve, el ojo no araña y la pezuña no mastica, en el cuerpo que por una convención llamamos país no es decente que un individuo usurpe la función de los otros. El emperador no abusa de su poder y barre las calles; el presidiario no compite con el andarín y se desplaza en todas direcciones. Tai An, al rescatar a Fang She, usurpó las funciones de los bomberos, con grave riesgo de ofenderlos y de que éstos lo mojaran con sus caudalosas mangueras.

»Bien dicen que después del pleito perdido hay que pagar la cuenta del verdugo; después del incendio, empezaron las disputas. El mago y el ebanista se enemistaron. El general Su Wu ha celebrado en monosílabos inmortales el deleite de contemplar la cacería del oso, pero nadie ignora que primero recibió en plena espalda las flechas de los infalibles arqueros y luego fue alcanzado y devorado por la irritada presa. Esta imperfecta analogía se aplica a Madame Hsin, no menos vulnerada y equidistante que el General. En vano procuró reconciliar a los dos amigos: corría de la carbonizada alcoba de Tai An al ahora ilimitado escritorio de Nemirovsky, como una divinidad que protege las ruinas de su templo. El Libro de las Transformaciones advierte que para regocijar al hombre colérico es inútil disparar muchos petardos y lucir innumerables caretas; los tentadores alegatos de Madame Hsin no apaciguaban esa incomprensible discordia —me atreveré a decir que la encendían—. Esta situación dibujó en el plano de Buenos Aires una interesante figura con propensión al triángulo. Tai An y Madame Hsin enaltecieron un departamento en la calle Cerrito; Nemirovsky, con su Empresa de Fuegos Artificiales, abrió nuevos y lúcidos horizontes en la calle Catamarca 95; el uniforme Fang She quedó en la casilla.

»Si el artífice y el mago se hubieran atenido a esa figura, yo no gozaría en este momento del inmerecido placer de conversar con ustedes; infortunadamente, Nemirovsky no quiso dejar pasar el Día de

la Raza sin visitar a su antiguo colega. Cuando llegaron los gendarmes fue necesario recurrir a la Asistencia Pública. Tan confuso era el equilibrio mental de los beligerantes, que Nemirovsky (desatendiendo una monótona hemorragia nasal) entonaba versículos instructivos de Tao Te King, mientras el mago (indiferente a la supresión de un colmillo) desplegaba una serie interminable de cuentos judíos.

»Madame Hsin quedó tan dolida por este desacuerdo que me vedó con toda franqueza las puertas de su casa. Dice el adagio que el mendigo a quien expulsan de la casilla del perro se hospeda en los palacios de la memoria; yo, para engañar mi soledad, hice una peregrinación a la ruina de la calle Deán Funes. Detrás del sauce declinaba el sol de la tarde, como en mi aplicada niñez; Fang She me recibió con resignación y me ofreció una taza de té solo, con piñones, nuez y vinagre. La ubicua y densa imagen de la señora no me impidió advertir un desmesurado baúl ropero que por su aspecto general parecía un bisabuelo venerable, en estado de putrefacción. Delatado por el baúl, Fang She me confesó que los catorce años pasados en esta república paradisíaca apenas equivalían a un minuto de la más intolerable tortura y que ya había obtenido de nuestro cónsul un acartonado y cuadrangular pasaje de vuelta en el *Yellow Fish*, que zarpaba para Shanghai la semana próxima. El vistoso dragón de su alegría ostentaba un solo defecto: la certidumbre de contrariar a Tai An. En verdad, si para computar el valor de un incalculable gabán de piel de nutria con ribetes de morsa, el juez más reputado se atiene al número de polillas que lo recorren, así también la solidez de un hombre se estima por el exacto número de pordioseros que lo devoran. La emigración de Fang She minaría sin duda el inamovible crédito de Tai An; éste, para conjurar el peligro, no era incapaz de recurrir a cerrojos o a centinelas, a nudos o a narcóticos. Fang She agolpó esos argumentos con agradable lentitud y me rogó por todos los antepasados de mi línea materna, que *no* apesadumbrara a Tai An, con la insignificante noticia de su partida. Como lo exige el Libro de los Ritos, yo agregué la dudosa garantía de la línea viril; los dos nos abrazamos bajo el sauce, no sin alguna lágrima.

»Minutos después, un automóvil taxímetro me depositó en la calle Cerrito. Sin dejarme abolir por las diatribas del mucamo —mero instrumento de Madame Hsin y de Tai An— me embosqué en la farmacia. En esa institución venal me atendieron el ojo y me prestaron un teléfono numerado. Lo puse en marcha; como no atendió Madame Hsin, confié directamente a Tai An la proyectada fuga de su protegido. Mi recompensa fue un silencio elocuente, que perduró hasta que me expulsaron de la farmacia.

»Bien dicen que el cartero de pies veloces que corre a distribuir la correspondencia es más digno de encomios y ditirambos que su compañero que duerme junto a un fuego alimentado con la misma correspondencia. Tai An obró con eficaz prontitud: para exterminar de raíz toda evasión de su protegido, acudió como si los astros lo hubieran dotado de más de un pie y más de un remo, a la calle Deán Funes. En la casa, dos sorpresas lo saludaron: la primera, no encontrar a Fang She; la segunda, encontrar a Nemirovsky. Éste le dijo que unos mercaderes del barrio habían visto a Fang She cargar un coche de caballos con el baúl y con su persona y huir en dirección al norte con mediocre velocidad. Inútilmente lo buscaron los dos. Luego se despidieron: Tai An para dirigirse a un remate de muebles en la calle Maipú; Nemirovsky, para encontrarse conmigo en el Western Bar.

—*Halte-là!* —profirió Montenegro—. El borracho del artista se impone. Admire usted el cuadro, Parodi: ambos duelistas deponen gravemente las armas, heridos en quién sabe qué fibra hermana por la sensible pérdida común. Peculiaridad que subrayo: la empresa que los embarga es idéntica; los personajes tenazmente difieren. Presentimientos enlutados abanican tal vez la frente de Tai An; quiere, interroga, pregunta. Confieso que la tercera figura me atrae: ese *jemenfoutiste* que se aleja del marco de nuestra historia, en un coche abierto, es también una incógnita sugerente.

—Señores —prosiguió con dulzura el doctor Shu T'ung—, mi cenagosa narración ha llegado a la memorable noche del 14 de octubre. Me permito llamarla memorable porque mi estómago incivil y anticuado no supo comprender las dobles raciones de mazamorra que

eran el decoro y el plato único de la mesa de Nemirovsky. Mi candoroso proyecto había sido: *a)* cenar en casa de Nemirovsky; *b)* desaprobar, en el Cine Once, tres películas musicales que, según Nemirovsky, no habían saciado a Madame Hsin; *c)* paladear un anís en la confitería La Perla; *d)* volver a casa. La vivida y quizá dolorosa evocación de la mazamorra me obligó a eliminar los puntos *b* y *c*, y a subvertir el orden natural de vuestro reputado alfabeto, pasando de la *a* a la *d*. Un resultado secundario fue que no dejé la casa en toda la noche, a pesar del insomnio.

—Esas manifestaciones lo honran —observó Montenegro—. Aunque los platos nativistas de nuestra infancia resultan, en su género, impagables *trouvailles* del acervo *criollo*, estoy calurosamente de acuerdo con el doctor: en la cumbre de la *haute cuisine* el galo no reconoce rivales.

—El 15, dos pesquisas me despertaron personalmente —continuó Shu T'ung— y me invitaron a custodiarlos hasta la sólida Jefatura Central. Ahí supe lo que ustedes ya saben: el afectuoso Nemirovsky, inquieto por la brusca movilidad de Fang She, había penetrado, poco antes de la lúcida aurora, en la casa de la calle Deán Funes. Bien dice el Libro de los Ritos: si tu honorable concubina cohabita en el encendido verano con personas de ínfima calidad, alguno de tus hijos será bastardo; si abrumas los palacios de tus amigos fuera de las horas establecidas, una sonrisa enigmática hermoseará la cara de los porteros. Nemirovsky padeció en carne propia el golpe de ese adagio: no sólo no encontró a Fang She; encontró, semienterrado bajo el sauce local, el cadáver del mago.

—La perspectiva, mi estimable Parodi —bruscamente sentenció Montenegro— es el talón de Aquiles de las grandes paletas orientales. Yo, entre dos bocanadas azules, dotaré a su álbum interior de un ágil *raccourci* de la escena. En el hombro de Tai An, el augusto beso de la Muerte había estampado su *rouge*: una herida de arma blanca, de unos diez centímetros de ancho. Del culpable acero, ni rastros. Trataba en vano de suplir esa ausencia, la pala sepulcral: vulgarísimo enser de jardinería, relegado —muy justamente— a unos pocos metros. En el

rústico mango de la herramienta, los policías (ineptos para el vuelo genial y tercos parroquianos de la minucia) han descubierto no sé qué impresiones digitales de Nemirovsky. El sabio, el intuitivo, se mofa de esa cocina científica; su rol es incubar, pieza por pieza, el edificio perdurable y esbelto. Me sofreno: reservo para un mañana la hora de anticipar y burilar mis atisbos.

—Siempre a la espera de que su mañana amanezca —intercaló Shu T'ung— reincido en mi relato servil. La entrada ilesa de Tai An a la casa de la calle Deán Funes no fue advertida por los negligentes vecinos que dormían como una rectilínea biblioteca de libros clásicos. Se conjetura, sin embargo, que debió entrar después de las once, pues a las once menos cuarto lo vieron asomarse al inagotable remate de la calle Maipú.

—Adhiero —Montenegro corroboró—. Le susurro, *inter nos*, que la picardía porteña comentó a su modo la aparición fugaz del exótico personaje. Por lo demás, he aquí la ubicación de las piezas en el tablero: la dama —he aludido a Madame Hsin— deja entrever sus ojos rasgados y su delicioso perfil, entre el bullicio multicolor del *Dragón que se aturde*, a eso de las once p. m. De once a doce atendió en su domicilio a un cliente que reserva su incógnita. *Le coeur a des raisons...* En cuanto al inestable Fang She, la policía declara que antes de las once p. m. se alojó en la célebre «sala larga» o «sala de los millonarios» del Hotel El Nuevo Imparcial, indeseable madriguera de nuestro suburbio, de la que ni usted ni yo, querido *confrère*, tenemos la más leve noticia. El 15 de octubre se embarcó en el vapor *Yellow Fish*, rumbo al misterio y a la fascinación del Oriente. Fue arrestado en Montevideo y ahora vegeta oscuramente en la calle Moreno, a disposición de las autoridades. ¿Y Tai An?, preguntarán los escépticos. Sordo a la frívola curiosidad policial, encajonado herméticamente en el típico ataúd de vivos colores, boga y boga en la plácida bodega del *Yellow Fish*, rumbo, en su viaje eterno, a la China milenaria y ceremoniosa.

II

Cuatro meses después, Fang She fue a visitar a Isidro Parodi. Era un hombre alto, fofo; su cara era redonda, vacua y tal vez misteriosa. Tenía un sombrero negro de paja y un guardapolvo blanco.

—Muy justo[8] —respondió Parodi—. Si no le parece mal, le contaré lo que sé y lo que no sé del asunto de la calle Deán Funes. Su paisano, el doctor Shu T'ung, aquí ausente, nos hizo un cuento largo y enrevesado, donde colijo que en 1922 algún hereje le robó una reliquia a una imagen muy milagrosa que ustedes saben venerar en su tierra. Los curas se hacían cruces con la novedad y mandaron un misionero para castigar al hereje y recuperar la reliquia. El doctor dijo que Tai An, según confesión propia, era el misionero. Pero a los hechos me atengo, dijera el sabio Merlino. El misionero Tai An cambiaba de apelativo y de barrio, sabía por los diarios el nombre de cuanto buque llegaba a la Capital y espiaba a cuanto chino desembarcaba. Estos floreos pueden ser del que está buscando, pero también del que se está escondiendo. Usted llegó primero a Buenos Aires; después llegó Tai An. Cualquiera pensaría que el ladrón era usted, y el otro, el perseguidor. Sin embargo, el mismo doctor dijo que Tai An se demoró un año en el Uruguay, con la ilusión de vender obleas. Como usted ve, el que primero llegó a América fue Tai An.

»Mire, yo le referiré lo que saco en limpio. Si me equivoco, usted me dirá "la embarraste, hermano" y me ayudará a salir del error. Doy por seguro que el ladrón es Tai An, y usted, el misionero: si no el enredo no tiene ni pies ni cabeza.

»Hacía tiempo que Tai An le mezquinaba el cuerpo, amigo Fang She. Por eso cambiaba sin parar de nombre y de domicilio. Al fin se cansó. Inventó un plan que era prudente a fuerza de ser temerario, y tuvo la decisión y el coraje de llevarlo a la práctica. Empezó por una compadrada: hizo que usted fuera a vivir a su casa. Ahí vivía la señora china, que era su querida, y el mueblista ruso. La señora también andaba atrás de la alhaja. Cuando salía con el ruso que también hablaba con ella, lo dejaba de campana a ese doctor de tantos recursos, que si la circunstancia lo exige se pone tranquilamente un florero en el

traste y queda disfrazado de mueble. De tanto pagar el biógrafo y otros locales, el ruso estaba sin un cobre. Echó mano a la historia antigua y le prendió fuego a la mueblería, para cobrar el seguro; Tai An estaba de acuerdo con él: le ayudó a hacer esas lámparas que fueron leña para el incendio; después el doctor, que estaba más trepado al sauce que una salamandra, los pescó a los dos avivando el fuego con diarios viejos y aserrín. Vamos a ver qué hace la gente durante el siniestro. La señora lo sigue como una sombra a Tai An; está esperando el momento que el hombre se decida a sacar la alhaja del escondrijo. Tai An no se preocupa por la alhaja. Le da por salvarlo a usted. Este auxilio puede aclararse de dos maneras. Lo fácil es pensar que usted es el ladrón y que lo salvan para que no se muera con el secreto. Mi opinión es que Tai An lo hizo para que usted no lo persiguiera después; para comprarlo moralmente, si hablo claro.

—Es cierto —dijo sencillamente Fang She—. Pero yo no me he dejado comprar.

—El primer supuesto no me gustó —continuó Parodi—. Aunque usted hubiera sido el ladrón, ¿quién podía temer que se muriera con el secreto? Además, de haber realmente algún peligro, el doctor hubiera salido como telegrama, con florero y todo.

»Al otro día todos se fueron, y a usted me lo dejaron más solo que a un ojo de vidrio. Tai An fingió una pelea con Nemirovsky. Yo le atribuyo dos motivos: primero, hacer creer que no estaba combinado con el ruso y que desaprobaba el incendio; segundo, llevarse a la señora y desapartarla del ruso. Después éste la siguió cortejando y entonces se pelearon de veras.

»Usted enfrentaba un problema difícil: el talismán podía estar escondido en cualquier lugar. A primera vista, un lugar parecía libre de toda sospecha: la casa. Había tres razones para descartarla: ahí lo habían instalado a usted; ahí lo dejaron viviendo solo después del incendio; la había incendiado el mismo Tai An. Barrunto, sin embargo, que al hombre se le fue la mano: yo, en su caso, don Pancho, hubiera desconfiado de tanta prueba demostrando un hecho que no precisaba demostración.

Fang She se puso de pie y dijo gravemente:

—Lo que usted ha dicho es verdad, pero hay cosas que no puede saber. Yo las referiré. Cuando todos se fueron, tuve la convicción de que el talismán estaba escondido en la casa. No lo busqué. Le pedí a nuestro cónsul que me repatriara, y confié la noticia de mi viaje al doctor Shu T'ung. Este, como era de esperar, habló inmediatamente con Tai An. Salí, dejé el baúl en el *Yellow Fish* y regresé a la casa. Entré por el terreno baldío y me escondí. Al rato llegó Nemirovsky; los vecinos habían comentado mi partida. Después llegó Tai An. Juntos, simularon buscarme. Tai An dijo que tenía que ir a un remate de muebles, en la calle Maipú. Cada uno se fue por su lado. Tai An había mentido: a los pocos minutos volvió. Entró en la casilla y salió trayendo la pala con la que tantas veces yo había trabajado el jardín.[9] Encorvado bajo la luna, se puso a cavar junto al sauce. Pasó un tiempo que no sé computar; desenterró una cosa resplandeciente; al fin, vi el talismán de la Diosa. Entonces me arrojé sobre el ladrón y ejecuté el castigo.

»Yo sabía que tarde o temprano me arrestarían. Había que salvar el talismán. Lo escondí en la boca del muerto. Ahora vuelve a la patria, vuelve al santuario de la Diosa, donde mis compañeros lo encontrarán al quemar el cadáver.

»Después, busqué en un diario la página de los remates. Había dos o tres remates de muebles en la calle Maipú. Me asomé a uno de ellos. A las once menos cinco, ya estaba en el Hotel El Nuevo Imparcial.

»Ésta es mi historia. Usted puede entregarme a las autoridades.

—Por mí, puede esperar sentado —dijo Parodi—. La gente de ahora no hace más que pedir que el gobierno le arregle todo. Ande usted pobre, y el gobierno tiene que darle un empleo; sufra un atraso en la salud, y el gobierno tiene que atenderlo en el hospital; deba una muerte, y en vez de expiarla por su cuenta, pida al gobierno que lo castigue. Usted dirá que yo no soy quién para hablar así, porque el Estado me mantiene. Pero yo sigo creyendo, señor, que el hombre tiene que bastarse.

—Yo también lo creo, señor Parodi —dijo pausadamente Fang She—. Muchos hombres están muriendo ahora en el mundo para defender esa

creencia.

Pujato, 21 de octubre de 1942

H. BUSTOS DOMECQ

Dos fantasías memorables
(1946)

El testigo

Isaías, VI, 5

—Dice bien, Lumbeira. Hay espíritus netamente recalcitrantes, que prefieren una porción de cuentos que hasta el Nuncio bosteza cuando los oye por milésima vez, y no un debate mano a mano sobre un temario que no trepido en calificar de más elevado. Usted abre la boca, que por poco se desnuca, para emitir un fallo fenómeno sobre la inmortalidad del cangrejo y antes que se le ganen las moscas le meten la empanada de un cuento que si usted lo oye no lo pescan más en esa lechería. Hay gente que no sabe escuchar. Ni chiste, viejito, mientras me mando otro completo a bodega, que si no me apura voy a facilitarle un caso concreto que si usted no se cae de espaldas, será porque cuando le dieron vuelta el sobretodo usted estaba adentro. Por muy doloroso que sea reconocerlo —y me animo a hablar, porque de usted se dirá con toda justicia que ni bañado con pasta Johnston, pero no que no es argentino— hay que gritar como un destetado que en materia lombricidas la República ha dado un paso atrás que no contribuirá a colocarla en una situación auspiciosa. Otro gallo me cantaba cuando mi yerno se infiltró bajo el ala del nepotismo en el Instituto de Previsión Veterinaria Diogo y, con una paciencia de preso, abrió una sólida brecha en el frente único que vuelta a vuelta no se dejaba de materializar a la sola mención de mi nombre. Es lo que siempre le repito al Lungo Cachaza —el Tigre de la Curia, usted sabe—, hay cada atrabiliario que con tal de remover la mugre saca a relucir chimentones

que tienen bien ganado su nicho junto al Tatú Gigante: historias que ya son del dominio público, verbigracia la vuelta que me multaron cuando el decomiso de atún o aquel traspié de las partidas de defunción para la Maffia Chica de Rafaela. Ah, tiempos, me bastaba con apretar el fierrito de mi Chandler 6, para presentar un cuadro completo del despertador desarmado y reírme hasta quedar sin emplomaduras de los mecánicos de tierra adentro que acudían como moscas con el espejismo de poner en forma el carromato. Otras vueltas hacían el gasto los cuarteadores, que sudaban como sus patas para desatascarme del barro blanco cuando no de una banquina en proyecto. Aquí caigo y aquí levanto, yo sabía arrastrarme en un circuito de ochocientos kilómetros, que no aceptaban los restantes colegas, ni con el cuento de participar en la tómbola de las obras del viejo Palomeque. Como avanzada del progreso que siempre he sido, mi cometido era pulsar blandito el mercado en vista de nuestro nuevo departamento que abarcaba el piojo de los porcinos y que no era otra cosa que nuestro viejo amigo el Polvo de Tapioca Envasado.

»Con el pretexto de la inexplicable enterecolitis que diezmó el acervo porcino en faja del sudoeste bonaerense, le tuve que decir chaucito al Chandler, a medio recolectar en Leubuco y, confundido con la nube de energúmenos apalabrados para rellenarme hasta el punto de empaste con polvo de tapioca, pude formar en una de las cuadrillas veterinarias y ganar sano y salvo los perímetros de Puán. Mi lema siempre ha sido que zona donde el hombre al día es un luchador inteligente que da al porcino la medicina y el alimento racional que éste exige para su más elevado rinde en jamón libre de grasa y hueso —el Piojicida Diogo y la Cementina Vitaminizada Diogo, digamos— reviste a la primer ojeada contornos optimistas, alentadores. Sin embargo, como esta vuelta no reportaría nada engrupirlo como a un miserable contribuyente, usted me creerá si le pinto con el brochazo más renegrido el cuadro que brindaba la campaña al observador atribulado, a la hora en que el ocaso se perdía entre los pajonales, por el hedor casi repugnante de tanto chancho muerto.

»Aprovechando que hacía un frío que a uno se le paspaba el umbligo,

a lo que agregue usted el ambo de brin, menos el saco que un Duroc-Jersey se lo puso en los últimos estertores de la agonía y el guardapolvo disfraz que lo cedí, a cambio de un acarreo de mi persona en su camioneta rural, a un agente de la Saponificadora Silveyra, que hacía su agosto cargando grasa de osamenta, me colé en el Hotel y Fonda de Gouveia, donde pedí un completo bien calentito que el sereno satisfizo, alegando que a todo esto ya serían las nueve pasadas, con una soda Sifonazo a una temperatura que resultaba francamente inferior. Trago va, chucho viene, me las compuse para sonsacar al sereno, que era uno de esos mudos que cuando se sueltan a hablar tienen más bocas que la desgranadora a plazos Diogo, la hora aproximativa del primer tren carreta a Empalme Lobos. Ya me entonaba de que sólo me restaban ocho horas de santa espera, cuando un chiflón me dio vuelta como una media y era una hendija que se abría para que entrara ese panzón de Sampaio. No se mande la parte que no lo identifica a ese gordo, porque me consta que Sampaio no es delicado y se da con cualquier basura. Ancló en la misma mesa de mármol donde yo estaba tiritando y debatió media hora con el sereno las ventajas de un chocolate con vainillas *versus* un bol de caldo gordo, dejándose a las cansadas convencer en favor del primero, que el sereno, a su modo, interpretó sirviéndole una soda Sifonazo. Por aquel invierno Sampaio, con un pajizo hasta el cogote y un saquito rabón, había encontrado un cauce proficuo para su comezón literaria y redactaba con letra firulete una listita kilométrica de criadores, invernadores y reproductores de cerdos, para una edición refundida de la Guía Lourenzo.

»Así, mientras acurrucados junto al termómetro, nos castañeteaban los postizos, miramos ese recinto desmantelado y oscuro —piso de baldosas, columnas de fierro, el mostrador con la máquina del express — y recordamos tiempos mejores cuando pugnábamos por desbancarnos mutuamente ante la clientela y andábamos por esos terragales de San Luis mascando tierra, que cuando regresábamos al Rosario la limpiadora de alfombras se atascaba. El gordo, por más que oriundo de la nación de no sé qué república tropical, es un panza relámpago y me quiso regalar el espíritu con la lectura de su

elucubración en libretas; yo, los primeros tres cuartos de hora, me hacía el chiquito y mantenía a todo vapor el cacumen con la ilusión de que esos Ábalos y Abarrateguis y Abatimarcos y Abbagnatos y Abbatantuonos eran firmas que operaban dentro de mi radio de acción, pero muy pronto Sampaio se deschavetó con la indiscreción de que eran criadores del noroeste de la provincia, zona interesante por la densidad demográfica, eso sí, pero desgraciadamente absorbida por la propaganda inocua y oscurantista de la competencia. ¡Mire que hace años que yo me lo sabía de memoria al gordo Sampaio y nunca se me había pasado por la testoni que ahí, entre tanta grasa, hubiera todo un plumífero de garra y fuste! Agradablemente sorprendido aproveché con toda agilidad el perfil ilustrado que iba tomando nuestro chamuyo y con una zancadilla que en su más garufiante juventud me envidiara el P. Carbone, desvié el temario hacia los Grandes Interrogantes con la idea fija de zampar de cabeza a ese panzón valioso en la Casa del Catequista. Resumiendo *grosso modo* las directrices de una cartillita golazo del P. Fainberg, lo dejé morboso con la pregunta de cómo el hombre, que viaja como un tren de ferrocarril entre una y otra nada, puede insinuar que son puro infundio y macana lo que sabe hasta el último monaguillo sobre los panes y los peces y la Trinidad. No se me quede dormido con la sorpresa, amigo Lumbeira, si le revelo que Sampaio ni tan siquiera izó bandera blanca ante ese rotundo mazazo. Me dijo más fresquito que un helado de café con leche que en punto a trinidades nadie había pulsado como él las tristes resultas de la superstición y de la ignorancia y que era inútil que yo ensayara una sola sílaba porque *ipso facto* me iba a barrenar debajo de la peluca una vivencia personal que lo había estancado en la vía muerta del materialismo grosero. Don Lumbeira, le juro y le perjuro que para desatascar al gordo de ese proyecto quise tentarlo con la idea de echar un sueñito sobre las mesas de billar, pero el hombre recurrió al despotismo y me enjaretó sin asco este cuento que yo se lo pasaré no bien reduzca, con unos buchecitos de feca, las existencias de manteca y de miga que ahora me taponan la boca. Dijo, clavándome los ojos en la campanilla que yo se la mostraba con un bostezo:

»—No colija por estas actualidades —jipi en desuso y temo remendón — que siempre anduve redondeando circuitos donde se alterna la planada en que hiede el verraco con el hostal en que opila el conversante. Conocí tiempos galanos. Más de una vez ya le inculqué que mi cuna queda allá en Puerto Mariscalito, que siempre fue la playa novedosa donde acuden las niñas de mi tierra con la ilusión de capear la malaria. Mi padre fue uno de los diecinueve trabucos de la cabildada del 6 de junio; cuando volvieron los moderados pasó, con todo el sector de los repúblicos, del grado de coronel de administración al de carterillo fluvial entre los aguazales. La mano que antes revoleara, temida, el trabuco de caño corto, ahora se resignaba a divulgar el lío lacrado, cuando no los sobres oblongos. Por de contado, le pondré en la oreja que mi padre no fue un postal de esos que se reducen a cobrar el sellado en limas, chirimoyas, papayas y cachos de frutales; antes hacía del destinatario pasivo un indio alerta y gananciero, que se allanaba a la adquisición regular de toda suerte de baratijas a trueque de percibir la correspondencia. Cánteme usted, don Mascarenhas, ¿quién fue el bisoño que lo auxiliaba en ese patriotismo? El niño de bigotes de manubrio que ahora le anoticia estos fidedignos. Mis primeros gateos fueron colgados del botalón de la piragua; mi primera lembranza, de un agua verde, con reflejos de hojas y espesura de caimanes, donde yo, a lo niño, rehusaba entrar, y mi padre, que era un Catón, me arrojó a lo súbito para curarme del miedo.

»Pero esta panza con dos piernas[10] no era hombre para estarse *in aeternum* engolosinando con baratijas al sencillo habitante de los bohíos; anhelé gastar las suelas en procura del paisaje novedad, llámelo Cerro de Montevideo cuando no niña lunareja. Ganoso de postales colorinas para el álbum que siempre fui, aproveché una “captura recomendada” que me buscaba como a cosa buena y dije adiós desde la cala de un pescadero a los bonancibles llanos morados, a las verdes maniguas y a las moteadas tembladeras, que son mi país y mi patria, mi nostalgia bonita.

»Cuarenta días y cuarenta noches perduró aquella travesía marítima entre pejes y estrellas, con paisajes a toda policromía, que por cierto no

olvidaré porque algún marinante de cubierta se dolía del pobre mareado y bajaba a contarme lo que veían esos exagerantes. Pero hasta el paraíso tiene coto y día llegó que me descargaron como tapete enrollado en la dársena de Buenos Aires, entre el polvillo del tabaco y la hoja del plátano. No le brindaré el cuadro alfabético de cuánta cesantía he cursado en mis primeros años de argentino, que si las pongo en fila no cabemos bajo estas tejas. Le haré una minucia, eso sí, de lo que pasó a cortina cerrada en la razón social Meinong y Cía., cuyo personal engrosé como empleado único. Quedaba el caserón al 1300 de la calle Belgrano y era una firma importadora de tabaco holandilla, que el exilado, al cerrársele de noche los ojos que encallecía la industriosa fatiga, se pensaba desterronando la hierba en los deseados tabacales de Alto Redondo. Había un escritorio a nivel, para encandilar a los clientes, y en el sótano teníamos el subsuelo. Yo, que en aquellos años mozos, acusaba el activismo de mi juventud, hubiera dado todo el oro negro de Pánuco para mudar de sitio tan siquiera una de las mesillas ratonas que la retina registraba a la manderecha, pero don Alejandro Meinong me había vetado el cambio más nulo en la distribución y baraje del mobiliario, haciendo valer que era ciego y que de memoria transitaba por la casa. A él, que nunca me vio, ahora me figuro estar viéndolo, con sus anteojos negros que eran dos noches, barba de rabadán y piel de miga, sin embargo de una aventajada estatura. Yo no cesaba de repetirle: “Usted, don Alejandro, en cuanto las calores aprietan carga pajizo”, pero lo más cierto es que portaba un casquete de terciopelo, que ni para despertarse lo omitía. Bien lo recuerdo, tenía uno de esos anillos de espejo y yo me rasuraba en su dedo. Le saco la palabra de la boca y la corro a la mía para decir que don Alejandro era, como yo, un grumo más del moderno mantillo inmigratorio, porque iba para medio siglo que no apuraba el porro de cerveza en la Herrengasse. Apilaba en el salón-dormitorio porción de biblias en todos los distintos idiomas y era miembro de número de una corporación de calculistas que buscaba el ajuste de las disciplinas geológicas a la cronología marginal que adorna la Escritura. Ya tenía abocado su capital, que no era una indigencia, a los fondos de esos orates, y gustaba iterar que a la

nieta Flora le emboscaba una herencia de más quilates que oro capote, u sea el amor a la cronología de la Biblia. Esa heredera era una niña enteque, de nueve años a más contar, de ojos con lejos, como si divisaran el piélago, rubia de pelo, con un estarse decoroso y suavito, como la silvestre lengua de vaca que quién no fue a coger en la madrugada por esas praderías y barrancos de Cerro Presidente. Esa niña, sin compañía de su corta edad, se contentaba oyéndome entonar, en ratos de asueto, el Himno Nacional del terruño, que yo lo acompañaba con pandero; pero bien dicen que no siempre está para monerías el mono, y cuando yo bregaba con la clientela o me despachaba un descanso, la niña Flora jugaba al Viaje al Centro de la Tierra, en el sótano. Al abuelo estas expediciones no le placían. Porfiaba que había peligro en el sótano; a él, que se desplazaba como un correo por toda la casa, le bastaba bajar a lo oscuro para decir que le habían mutado el sitio de las cosas y que tenía la impresión de extraviarse. Para el entendimiento romo esas quejas nomasito eran lujos del desvarío, porque hasta el gato Moño sabía que el depósito no recelaba otras sorpresas que pila sobre pila del holandilla en hoja y un remanente de enseres en desuso de la ex Martiliera de Artículos Generales E. K. T., que había sido inquilino del local, antes que mi don Alejandro. Mentado Moño, vano es persistir ocultando que este gato se sumaba a la cofradía de los desafectos al sótano, porque vez que bajaba por la escalera ciento que huía como si lo espoleara el Patas. Tales repentes en un gatazo, por lo capón, tranquilo, hubieran suscitado el alarmismo del más pachorra, pero yo siempre sigo la derechura, como la piedra imán, aunque de mejor consejo hubiera sido, en ese apretado, sujetar el burdégano. Lueguito, cuando caí en la cuenta, ya era bien tarde y como para gatazos quedé con tanta desventura.

»El calvario que usted, aunque se muña de una rueda suplementaria, ya no se me escapa de oír, comenzó en momentos en que don Alejandro casi se acomoda en un maletín de cuerina, con la comezón de ir a La Plata. Otro cucufato vino por él y lo vimos partirse lo más vistoso para el congreso de los bíblicos en el cine-salón Dardo Rocha. Desde el portal me dijo que lo esperara el lunes que viene con la cafetera de

silbido bien pertrechada. Agregó que el viaje duraría tres días y que yo cuidara de la niña Flora como de oro en paño. Bien sabía él que esta recomendación era un ocio, pues aunque usted aquí me está viendo tan negro y tan grande, mi mejor timbre era ser el perro custodio de la niña.

»Una tarde que, provisto hasta el colodrillo de leche asada, me corrí un sueñito que ni regente de los vacajes, la niña Flora dio en aprovechar el relaje de la vigilancia prolija para trabucarse en el sótano. A la oración, hora que acostó a su muñeca, la divisé con fiebre en los pulsos, con alucinaciones y el miedo. Atendiendo que ya le mucheaba el calosfrío, le rogué se ganara los debajos de la cubija y le invertí una infusión de yerbabuena. Esa noche, para que reposara con sosiego, recuerdo que velé a los pies de la cama, tendido en el felpudillo de palma. La niña amaneció tempranera, todavía malilla, no tanto por las fiebres, que habían bajado, cuanto por la pavor. Más a lo tarde, cuando la hubo confortado el cafeto, le puse pregunta de qué la congojaba. Me dijo que la víspera había columbrado en el sótano una cosa tan rara que no podía describir cómo era, salvo que era con barbas. Yo di en pensar que esa fantasía con barbas no era causante de la fiebre, sino lo que el practicón llama síntoma, y la distraje con el cuento del jíbaro que lo eligieron diputado los monos. Al otro día andaba la niña por todo el caserón, lo más cabrita. Yo, que suelo amainar ante la escalera, le pedí que bajase a buscar una hoja avería, con miras al cotejo. Mi demanda sobró para demudarla. Como la sabía niña valiente, le persistí que sin demora satisficiera la orden, para de una buena vez aventar esas musarañas morbosas. Me lo acordé, en un pronto, a mi padre, botándome del bongo, y no me dejé ganar por las compasiones. Para no desolarla, fui con ella hasta el arranque de la escalera y la vi bajar muy tiesa y durita, como el soldadillo-silueta del tiro al blanco. Bajaba con los ojos cerrados y se entró derecha entre los tabacos.

»Apenas daba yo la vuelta con la espalda, cuando oí el grito. No era fuerte, pero ahora me parece que vi en él, como en espejo diminuto, lo que amedrentaba a la niña. Bajé a pantuflo corrido y la pillé tirada en

las baldosas. Se me abrazó como si buscara carena, con los brazos como lambrito y ahí, mientras yo le repetía que no dejara solo a su tío San Bernardo (como ella me apodaba), dio su espíritu, quiero decir que se murió.

»Quedé hecho nadie y tuve la impresión de que toda mi vida, hasta esa ocurrencia, la había ido cursando un ajeno. A lo pronto, el momento en que bajé la escalera se me antojó lejano. Yo seguía sentado en el piso; mis manos, como por cuenta propia, liaban un cigarrillo de papel. La mirada rondaba, también ausente.

»Fue entonces que atisbé, sentada en un sillón de hamaca, de mimbre, que iba y venía dulcemente, la causa del temor de la niña, por ende de su muerte. Ya me nombrarán insensible, pero el hecho es que tuve que sonreír cuando vi la sencillez que me había traído esa desventura. Lo primerizo, dese un envión y arranque como vuelo. Vea, de a un tiempo, en un santiamén, los tres combinados que en una suerte de entrevero tranquilo animaban el sillón: como científicamente los tres se estaban en un solo lugar, sin atrás, ni adelante, ni abajo arriba, dañaban un poco la vista, con especialidad en el primer vistazo. Campeaba el Padre, que por las barbas raudales lo conocí, y a la vez era el Hijo, con los estigmas, y el Espíritu, en forma de paloma, del grandor de un cristiano. No sé con cuántos ojos me vigilaban, porque hasta el par que le correspondía a cada persona era, si bien se considera, un solo ojo y estaba, a un mismo tiempo, en seis lados. No me hable de las bocas y pico, porque es matarse. Dé, también, en sumar que uno salía de otro, en una rotación atareada, y no se admirará que ya me lindara un principio de vértigo, como de asomante a un agua que gira. Dijérase que se iluminaban con el propio mover y venían a quedar a unas pocas varas, que si distraído alargo la mano, por ventura me la lleva ese remolino. Oí, en esas, al tranvía 38, discurriendo por Santiago del Estero y pensé que en el sótano faltaba el ruido de la hamaca. Cuando miré más, era cosa de risa: la hamaca estaba quieta; lo que yo había tomado por balanceo era el ocupante.

»¡Ahí me la tengo a la Santísima, pensé yo, creadora del cielo y de la tierra, y mi don Alejandro en La Plata! Bastó ese pensamiento para

librarme de la inercia en que estaba. No eran momentos de abundar en amenas contemplaciones: don Alejandro era varón chapado a la antigua, que no escucharía con buena oreja mi explicación, de haber negligido a la niña.

»Estaba muerta, pero no me avine a dejarla tan cerca de esa hamaca y así la cargué en brazos y la acosté en la cama, con la muñeca. Le di un beso en la frente y me salí, dolido de tener que abandonarla en ese caserón tan vacío y tan habitado. Ganoso de evitar a don Alejandro, salí de la ciudad por el Once. Noticias me llegaron un día que la casa de la calle Belgrano la derribaron cuando el ensanche.

Pujato, 11 de septiembre de 1946

El signo

Génesis, IX, 13

—Ahí, donde lo ven, está en su día el amigo Lumbeira y me puede abonar otro completo, que las facturitas mandan fuerza y no es el abajo firmante el que se va a negar a un par de felipes rellenos de manteca y a una de estas ensaimaditas grasientas que, taponándome el nasute hasta quedar sin dedo, la rempujo a base de buchecitos de feca con chele y quedo en forma para dar cuenta de esa fuentada de tortitas guarangas. Ni chiste, paganini; en cuanto me desempañe el garguero y recobre el uso de la parola, le meto por las dos orejas la historia longaniza de un sucedido que usted *ipso facto* reclama la presencia del mozo y le refunde en ese mate rebelde un menú gigante, que después no queda en dos leguas a la redonda un grumo de grasa.

»¡Lo que se lleva el tiempo, Lumbeira! Antes que usted le entierre los molares a este budín inglés todo cambia en un redepente y donde ayer el loro lo aturdía, ahora usted está en el aro y lo aturde al loro. No me dejará mentir si le digo que yo estaba más prendido que un bitoque al Instituto de Previsión Veterinarias Diogo y que para mí el olor a tren era como el olor de la cucha para el perro y para usted el olor del Lacroze: quiero decir que yo como viajante sabía pulsar la red ferroviaria de un modo francamente continuo. De la noche a la mañana, sin más introito que una investigación y proceso que se alargó año y medio, les chanté con la pluma cucharita una indeclinable que salí levantando tierra. Por fin, metí los de horma 44 en *Última Hora*,

donde el jefe de redacción, que es un miserable zanagoria, me destacó de corresponsal viajero y cuando no me repantigo en el carreta a Cañuelas me trasbordan al lechero a Berazategui.

»No le discutiré que hombre que viaja suele entrar en contacto con la corteza superficial de los partidos del perímetro urbano y así no es raro que sorprenda cada perfil inédito que si usted lo oye puede que le salga otro orzuelo. Ni se tome el trabajo de abrir la boca, que hasta las moscas de la leche ya saben que se va a descolgar con la pesadez que yo soy un veterano con más olfato periodístico que un hocico de perro... ñato; la cosa es que ayercito nomás me remitieron a Burzaco, como quien manda un tarugo envuelto en papel madera. Pegado como un queso a la ventanilla donde el solcito de las doce y dieciocho me freía la grasa de la frente, pasé con la cabeza hecha un hueco desde el asfalto a la lata y de la lata a la quinta y de la quinta al potrero donde el chancho se dilata. U sea, para no enredarme en las cuartas, que llegué a Burzaco y bajé en la propia estación. Le juro hasta venir con barba que no me acompañó el menor palpito de la revelación que me esperaba esa tarde tan sofocante. Vuelta a vuelta me preguntaba, lo más cafisho, que quién iba a decirme que ahí, en el pleno foco burzaquense, yo me haría cargo de un portento que si usted lo oye lo toman por leche cortada.

»Tomé, cuándo no, la calle San Martín y a la vuelta del primer brazo gigante que salía de la tierra y ofrecía un mate *noblesse oblige*, me di el gustazo de saludar el propio domicilio de don Ismael Larramendi. Figúrese una ruina sin revocar, un chalecito coquetón a medio erigir, vulgo una tapera de la madona, que usted mismo, don Lumbeira, que en trance de apolillar no le hace asco al nido de hormigas, hubiera desistido de entrar sin la bufanda y el paragüita. Crucé el cantero enyuyado y, ya en el porch, bajo un escudo del Congreso Eucarístico tipo Primo Carnera, brotó un vejete mezzo calvento, acondicionado en un guardapolvo tan aseadito que gana no me faltó de espolvorearlo con la pelusa que sabe rejuntar el bolsillo. Ismael Larramendi —don Matecito, que le dicen— se me manifestó portador de unos anteojos de costurera, de un bigote doble foca y de un pañuelo de bolsillo que le

interesaba todo el cogote. Amainó algún centímetro de estatura cuando le propiné esta tarjeta que ahora se la refriego a usted en ese umbligo que le hace las veces de cara y donde verá en papel Vitroflex y letra Polanco "T. Mascarenhas, *Última Hora"*. Antes que se acogiera al gambito de no estar en casa, le tapé la boca con la gran milanesa de que lo tenía prontuariado y aunque se disfrazara de bigotudo yo le sacaría la filiación. Visto y considerando que el comedor me quedaba un poco ajustado, saqué la cocinita económica al patio de lavar, mudé mi chambergolina al dormitorio, ofrecí a mi panaro el sillón de hamaca, encendí un Salutaris que el vejanco tardaba en obsequiarme y distribuyendo todos mis pieces en un estantecito de pino-tea con los manuales Gallach, lo convidé al vejestorio a que se acomodara en el suelo y me hablara como un fonógrafo de bocina de su mentor, el finado Wenceslao Zalduendo.

»No haberlo dicho. Abrió la boca y se mandó la parte, con una vocecita de ocarina de lo más penetrante, que, se lo juro por esa campana de sángüiches, ya no la oigo porque estamos en esta lechería de Boedo. Dijo, sin tan siquiera darme calce para un enfoque del momento turfístico:

»—Tienda, señor, su buen vistazo por esa ventanita ratona y no le costará divisar, más allá de la segunda mano con mate, una vivienda pequeña, eso sí, pero que siempre le faltó, qué pucha, el flatacho. Haga, con toda confianza, la señal de la cruz y pídale a esa casa tres deseos, porque bajo sus tejas vivió un hombre que merece mejor concepto que muchos de esos verdaderos vampiros que chupan por igual la sangre del pobre y del industrial acomodado. ¡Le estoy hablando de Zalduendo, señor!

»Cuarenta años han pasado por este redondelito[11] —treintainueve añares, mejor dicho— desde el atardecer inolvidable, o acaso la mañanita madrugadora, en que conocí a don Wenceslao. A él o a otro, porque el tiempo trae el olvido, que es un bálsamo grande, y uno termina por no saber con quién tomó la leche vez pasada en el bar de Constitución, cuando no una avena malteada, que sabe caer tan bien al estómago. La cosa es que lo conocí, mi buen señor, y dimos en hablar

de todo un poco, pero, con dedicación especial de los coches de la línea a San Vicente. Pitos y flautas, yo con mi gorra de visera y el guardapolvo tomaba todos los días hábiles el 6 y 19 a Plaza; don Wenceslao, que viajaba más temprano, era seguro que perdía el carreta de las 5 y 14, y yo me lo veía llegar de lejos, sorteando los charquitos helados, a la luz tembleque del farol de la Cooperativa. Él era como yo un adepto insaciable de la ventaja del guardapolvo y acaso, años después, nos fotografiaron con dos guardapolvos idénticos.

»Siempre, señor, he sido el más fiero enemigo de meterme en vidas ajenas y, por eso, mantuve a raya la tentación de preguntarle a ese nuevo amigo por qué viajaba con el lápiz Faber y un rollo de pruebas de imprenta, amén del diccionario de Roque Barcia, que es una obra tan completa ¡en tantos volúmenes! Se la doy al más garifo; tuve, si usted me comprende, mi hora de comezón, pero pronto logré la recompensa: ¡don Wenceslao, con la misma boca con que me dijo que era corrector de la Editorial Oportet & Haereses, me invitó a secundarlo en esas tareas que, con encomiable tenacidad, acometía para distraerse en el tren! Mis luces, le soy franco, son bien escasas, y al principio trepidé en acompañarlo en ese terreno; pero la hacendosa curiosidad pudo más y antes que apareciera el inspector ya estaba yo sumido en las galeradas de la *Instrucción secundaria* de Amancio Alcorta. Exigua ¡qué canastos! fue la contribución que pude prestar esa primera mañana de consagración a las letras, pues, arrebatado por todos esos problemones del magisterio, yo leía y leía, sin advertir las más garrafales erratas, las líneas traspuestas, las páginas omitidas o empasteladas. En Plaza no me quedó más remedio que articular el *Que le vaya lindolfo* de práctica, pero a la madrugada siguiente le di una gran sorpresa a mi nuevo amigo, revistando en el andén con un lápiz que había tomado la precaución de agenciarme en una sucursal muy seria, eso sí, de la Librería Europa.

»Mes y medio, calculando a ojo fantástico, duraron esas tareas de corrección, que son, como vulgarmente se dice, el aprendizaje más formidable para entrar en contacto con los verdaderos rudimentos de la puntuación y de la ortografía en castellano. De A. Alcorta pasamos a

Pedagogía social de Raquel Camaña, no sin hacer un alto en *Crítica literaria* de Pedro Goyena, que me capacitó para encarar con renovados bríos *Naranjo en flor* de José de Maturana o *El diletantismo sentimental* de Raquel Camaña. Ni por asomo le puedo cantar otro título porque en llegando al último don Wenceslao cortó por lo sano y me dijo que sabía apreciar mi aplicación en lo que ésta valía, pero que muy a las contras de su voluntad se veía compelido a pararme el carro, porque el propio don Pablo Oportet le había propuesto para en breve un ascenso interesante que le permitiría redondear un buen presupuesto. Cosa de no saber por dónde agarrar: don Wenceslao me participaba esas novedades de tanto bulto para su horizonte económico, y yo lo veía con el ánimo por el suelo, de lo más chaucho. A la semana, en ocasión de adquirir unas roscas de maicena para las nietitas del señor Margulis, que tiene la farmacia en Burzaco, salía yo con mi paquetito del bar de Constitución cuando tuve el agrado de pescar a don Wenceslao, que daba cuenta de una gran tortilla quemada, que parecía un pico de gas, y de unas sendas copas de grog, que me lo hacían toser con el humo, en compañía de un potentado de color aceituna y rico sobretodo de astracán, que le encendía en ese momento un cigarro de hoja. El potentado se atusaba el bigote y hablaba como un rematador, pero en la cara del señor Wenceslao vi la palidez de la muerte. Al otro día, antes de llegar a Talleres, me confió con toda reserva que su interlocutor de la víspera era el señor Moloch, de la razón social Moloch y Moloch, que tenía en un puño a todas las librerías del Paseo de Julio y de la Ribera. Agregó que había firmado un contrato con ese señor, que ahora carecía de toda vinculación oficial con la red de baños turcos donde se timbea de lo lindo, para el suministro de obras científicas y de tarjetas postales. Así, con mucha consideración, vino a enterarme ese pan de Dios, que el Directorio lo había nombrado gerente responsable de la editorial. En esa nueva calidad, ya había asistido a una prolongada sesión del centro de imprenteros, donde apenas medio se atornilló en la butaca lo sacaron al trote largo esos asturianos. Yo lo atendía como un embelesado, señor, y en eso tironeó el convoy y rodó por el suelo uno de los pliegos que estaba corrigiendo

don Wenceslao. Conozco mi obligación y, sobre el pucho, me acomodé en cuatro patas para recogerlo. No haberlo hecho: vi una figura de lo más deslenguada, que me puse como un tomate. Disimulé como pude y pasé a devolverla como si entregara la estampita más espectable. Quiso mi buena estrella que don Wenceslao estuviera tan Tristán Suárez que no se dio cuenta cabal de lo acontecido.

»El otro día, que era sábado, no viajamos juntos; habremos ido uno primero y otro después, si usted me interpreta.

»Ya despachada la primera siestita, un vistazo al almanaque me encasquetó la idea que el domingo era mi cumpleaños. La confirmó la fuente de empanaditas que siempre tiene la fineza de obsequiarme la señora Aquino Derisi, que prestó sus oficios de partera a mi señora madre. Tomar el olorcito de esos manjares, que vienen a ser tan nuestros, y pensar lo instructiva que resultaría, a lo mejor, una serata con el señor Zalduendo, fue, como decimos en Burzaco, todo uno. Prudenciando en el banquito de la cocina hasta que amainara el sol —porque las insolaciones de vigilantes estaban a la orden del día—, me quedé hasta bien dadas las ocho y cuarto, aplicando otra mano de pintura negra a un mueblecito de adorno que yo había confeccionado con los cajoncitos de azúcar Lanceros. Bien enroscado en la chalina, porque las refrescadas son el diablo, tomé el 11, quiero decir que me encaminé a patacón por cuadra al domicilio de ese maestro y amigo. Entré como perro por su casa, ya que la puerta del señor Zalduendo, señor, siempre estaba abierta, como su corazón. ¡El anfitrión brillaba por su ausencia! Para no malgastar la caminata, opté por esperar un ratito, no fuera de repente a volver. Hacia la jabonera no demasiado lejos de la palangana y la jarra, había un alto de libros que me permití revistar. De nuevo le digo, eran de la Imprenta Oportet & Haereses y mejor no haberlo hecho. Bien dicen que cabeza en la que entra poco retiene el poco; hasta el día de hoy no puedo olvidarme de esos libros que hacía imprimir don Wenceslao. Las tapas eran con prójimas desnudas y de todos colores, y llevaban por título *El jardín perfumado*, *El espión chino*, *El hermafrodita* de Antonio Panormitano, *Kama-sutra y/o Ananga-Ranga*, *Las capotas melancólicas*, las obras de Eléfantis y las del

Arzobispo de Benevento. Qué azúcar y qué canela, yo no soy uno de esos puritanos exagerados y en tren de echar una cana al aire ni mosqueo con la adivinanza de color subido que sabe proponer el párroco de Turdera, pero, vea usted, hay extremos que pasan de castaño oscuro y resolví ganar la cucha. Salí marcando tiempo, le soy verídico.

»Varios días pasaron y nada sabía yo de don Wenceslao. Después, la noticia-bomba anduvo de boca en boca y yo fui el último en enterarme. Una tarde, el oficial del peluquero me enseñó a don Wenceslao en fotografía, que más bien parecía un negro retinto, abajo del titular que rezaba: SE LE ESPESÓ EL MENJUNJE AL PORNOGRAFISTA. HAY ESTAFA. Las piernas me flaquearon en el sillón y se me nubló la vista. Sin comprender leí hasta el final el sueltito, pero lo que más me dolió fue el tono irrespetuoso con que se hablaba del señor Zalduendo.

»Dos años después don Wenceslao salió de la cárcel. Sin darse bombo, que no estaba en su carácter, volvió el hombre a Burzaco. Volvió hecho una osamenta, señor, pero con la frente bien alta. Dijo adiós al trayecto ferroviario y no salía de su casa ni en esos paseítos a los más diversos pueblos circunvecinos. De aquel entonces le quedó el mote cariñoso de Don Tortugo Viejo, aludiendo, vaya usted a saber, a que no salía nunca y era difícil encontrarlo en el depósito de forrajes Buratti, cuando no en el criadero de aves Reynoso. Nunca quiso acordarse de los motivos de su desgracia, pero yo até cabos y vine a entender que el señor Oportet se había aprovechado de la infinita bondad de don Wenceslao, cargándolo con la responsabilidad de su negocio de librería cuando vio que las cosas pintaban mal.

»Con el sano propósito de agenciarle una buena dosis de esparcimiento di en llevarle un dominguito, que la atmósfera se presentaba aparente, a los nenes disfrazados de *pierrot* del doctor Margulis y el lunes medio lo engolosiné con la monomanía de ir a pescar a los charcos. Qué pesca ni qué pavadas con la pretensión de distraerlo: el pasmado como un bobeta resulté yo.

»El señor Don Tortugo estaba en la cocina cebándose unos verdes. Me senté de espaldas a la ventana, que ahora da a los fondos del club

Unión Deportiva y antes al campo abierto. El Maestro declinó con la mayor urbanidad mi proyecto de pesca y adjuntó, con esa bondad soberana del que a todas horas ausculta su propio corazón, que a él no le hacían falta diversiones desde que el Supremo le concediera pruebas tan a las claras.

»A riesgo de quedar como un chinche le rogué que me ampliara esos conceptos; sin soltar la pavita borravino, ese visionario me contestó:

»—Acusado de estafa y de traficar en libros infames yo fui recluido en la celda 272 de la Penitenciaría Nacional. Entre esas cuatro paredes mi preocupación era el tiempo. En la primera mañana del primer día pensé que estaba en la peor etapa de todas, pero que si llegaba al día siguiente ya estaría en el segundo, es decir, en camino al último día, el setecientos treinta. Lo malo es que me hacía esa reflexión y el tiempo no pasaba y yo seguía en el comienzo de la mañana del primer día. Antes de un lapso atendible ya había agotado cuanto recurso se me ocurrió. Conté. Recité el Preámbulo de la Constitución. Dije los nombres de las calles que hay entre Balcarce y la Avenida La Plata y entre Rivadavia y Caseros. Después me corrí al Norte y dije las calles que hay entre Santa Fe y Triunvirato. Por suerte me confundí cerca de Costa Rica, lo que me significó ganar un poco de tiempo, y así medio llegué a las nueve de la mañana. Tal vez entonces me tocó en el corazón un santo bendito y me puse a rezar. Quedé como inundado de frescura y creo que muy pronto llegó la noche. A la semana descubrí que ya no pensaba en el tiempo. Créame, joven Larramendi, cuando se cumplieron los dos años de la condena, me pareció que habían pasado en un soplo. Es verdad que el Señor me había deparado muchas visiones, todas francamente valiosas.

»Don Wenceslao me decía estas palabras y se le dulcificaba la cara. De entrada sospeché que esa felicidad le venía del recuerdo, pero luego entendí que detrás mío algo estaba pasando. Me di vuelta, señor. Vi lo que llenaba los ojos de don Wenceslao.

»Había mucho movimiento en el cielo. Subían grandes cosas desde el monte del establecimiento rural Manantiales y desde la curva del tren. Se dirigían en procesión al cenit. Unas parecían evolucionar alrededor

de otras, pero sin estorbar el movimiento general y todas subían. Yo no les quitaba los ojos y era como si subiera con ellas. Le hago suyo que de primera intención no capté qué serían esos objetos, pero ya entonces me contagiaban el bienestar. He pensado después que acaso tenían luz propia, porque ya se había hecho tarde y sin embargo yo no les perdía ni un pelo. El primero que distinguí —y hemos de convenir que es raro, porque la forma no es nítida, que digamos— era tamaña berenjena rellena que no tardó en perderse de vista al quedar tapada por el alero del corredor, pero ya le pisaba los talones un gran pastel de fuente, que por lo bajo le calculo, señor, hasta doce cuadras de fondo. La gran sorpresa bogaba a la derecha, a un nivel más alto, y era un solo puchero a la española, con su morcilla y su tocino, escoltado, eso sí, por cada posta de pejerrey que usted no sabía para dónde mirar. Todo el poniente era risotto, sin embargo que al Sur ya se consolidaban la albóndiga, el dulce de zapallo y la leche asada. A estribor de las empanadas con flecos, desfilaba el matambre a la orientala, bajo el palio de algunas tortillas babosas. Mientras conserve la memoria me acogeré al recuerdo de unos ríos que se cruzaban sin mezclarse: uno de caldito de gallina bien desgrasado y otro de un zocotroco de carne con cuero, que después de verlo, a usted ya no lo embroman con el arco iris. A no ser por esta tosecita de perro, que en la ocasión me hizo desviar la visual, me pierdo una croqueta de espinaca que, en un santiamén, la borraron los chinchulines de una parrillada jefe, para no decir nada de unos caneloncitos recalentados que, desplegándose en abanico, tomaron firme posesión de la bóveda celeste. A éstos los barrió un queso fresco, cuya superficie acorchada abarcó todo el cielo. Ese alimento quedó fijo, como encasquetado sobre el mundo, y yo me ilusioné que lo tendríamos para siempre, como antes las estrellas y el azul. Un instante después no quedaba rastro de esa rotisería.

»Ay de mí, ni un adiós le dije a don Wenceslao. Con las piernas que me temblaban salvé hasta media legua de potreros y entré como por un tubo en la fonda de la estación donde cené con tan buen diente que era cosa de alquilar balcones.

»Esto es todo, señor. O casi todo. Nunca me fue dado participar en

otra visión de don Wenceslao, pero éste me dijo que no eran menos maravillosas. Lo creo porque el señor Zalduendo era platita labrada, sin contar que una tarde, al pasar por su domicilio, todo el campo era un solo olor a fritangas.

»Veinte días después el señor Zalduendo ya era cadáver y su espíritu recto pudo ascender al firmamento, donde sin duda lo acompañan ahora todas esas minutas y postres.

»Le agradezco su atención por haberme oído. Sólo me resta decirle que le vaya benítez.

—Que le garúe finochietto.

Pujato, 19 de octubre de 1946

B. SUÁREZ LYNCH

Un modelo para la muerte
(1946)

A manera de prólogo

¡Tan luego a mí pedirme un «A manera de prólogo»! En balde hago valer mi condición de hombre de letras jubilado, de trasto viejo. Con el primer mazazo amputo las ilusiones de mi joven amigo; el novato, quieras que no, reconoce que no hay tu tía, que mi pluma, ¡como la de Cervantes, qué pucha!, cuelga de la espetera y que yo he pasado de la amena literatura al Granero de la República; del Almanaque del Mensajero al Almanaque del Ministerio de Agricultura; del verso en el papel al verso que el arado virgiliano firma en la pampa. (¡Qué manera de redondearla, muchachos! Todavía manda fuerza el viejito.) Pero con paciencia y saliva, Suárez Lynch salió con la suya: aquí me tienen rascándome la calvicie

ante ese compañerazo
que se llama Anotador.

(¡Los sustos que nos da el viejito! No embromen, y reconozcan que es poeta.)

Además, ¿quién dijo que le faltan méritos al bambino? Es verdad que como todos los escribas de la clase del 19, recibió de lleno la indeleble marca de fuego que deja para siempre en el espíritu la lectura de un folletito de ese, donde ahí lo ven, todo un literato de campanillas, doctor Tony Agita. Pobre mamón: el encontronazo lírico se le subió a la cabeza. Chocho, al principio, al ver que le bastaba romperse todo para evacuar una parrafada que hasta el mismo doctor Basilio, experto calígrafo, atribuía, si no estaba en su sano, a la acreditada Sönnecken del maestro; luego, con los pies echando humo, cuando constató la partenza de la más aquilatada joya del

escritor: el sello personal. Al que madruga, Dios lo ayuda; al año, mientras esperaba turno en la razón social de Montenegro, una feliz casualidad le puso en los carpinchos un ejemplar de la provechosa obrita sesuda Bocetos biográficos del doctor Ramón S. Castillo*; la abrió en la página 135 y, sin más, tropezó con estas palabras que no tardó en copiar con el lápiz-tinta: «El general Cortés, dijo, que traía la palabra de los altos estudios militares del país, para hacer llegar a los elementos intelectuales civiles algo de los problemas atinentes a estos estudios que en las épocas actuales han dejado de ser un asunto de incumbencia exclusivamente profesional, para convertirse en cuestiones de vastos alcances de orden general». Leer esta bonitura y salir como portazo de una obsesión para entrar en otra fue... Raúl Riganti, el hombre torpedo. Antes que el reloj del Central de Frutos diera la hora del mondongo a la española, el* ragazzo *ya se había remachado en el caletre el primer borrador a grandes rasgos de otros bocetos casi idénticos sobre el general Ramírez, opus que no tardó en rematar pero que al corregir las pruebas de página le perlaba la frente un sudor frío ante la evidencia en letras de molde de que ese trabajito de preso era carente de toda fecunda originalidad y más bien resultaba un calco de la página 135, arriba especificada.*

Con todo, no se dejó marear por el incienso de una crítica proba y constructiva; se repitió ¡qué diantre! que la consigna de la hora presente era la robusta personalidad y, a renglón seguido, se arrancó la túnica de Neso del estilo biográfico para calzar la bota Simón de una prosa más acorde a las exigencias del hombre al día: la que le brindara un párrafo medular del Príncipe que mató al dragón*, de Alfredo Duhau. Agárrense, marmotas, que ahora les enseño el dulce de leche: «Para una animada y vibrante creación de la pantalla daría seguramente esta pequeña historia, nacida y desarrollada en los barrios más céntricos de nuestra metrópoli, historia de amor, palpitante y conmovedora. Son sus fases tan hondas e inesperadas, como las que triunfan en el afortunado cinema». No se hagan la ilusión que ese lingote lo escarbó con sus propias uñas; se lo cedió una testa coronada de nuestras letras, Virgilio Guillermone, que lo había retenido en la memoria para uso personal y que ya no lo precisaba por haber engrosado la cofradía del bardo Gongo. ¡Presente griego! El parrafito resultó a las cansadas uno de*

esos paisajes ante los que rompe la paleta el pintor; el cadete sudaba tinta para revivir los primores que destaca esa muestra en una novelita de primera comunión, que ya estaba a la firma de ese gran incansable que se llama Bruno De Gubernatis. Pero más adelante don Cangrejo: la novelita le salió más bien un informe sobre el Estatuto del Negro Falucho, que le valió ingresar en la comparsa Los morenos de Balvanera, amén del Gran Premio de Honor de la Academia de la Historia. ¡Pobre lechón! Lo mareó ese halago de la fortuna y antes que amaneciera el Día del Reservista se permitió un articulejo sobre la «muerte propia» de Rilke, escritor de raigambre superficial en la República, católico eso sí.

No me tiren con la tapa de la olla y con el puchero después. Esas cosas pasaban —no lo digo con más voz porque estoy afónico— antes del día que los coroneles, escoba en mano, pusieron un poquito de orden en la gran familia argentina. Hablo, pónganlo en baño María, del 4 de junio (un alto en el camino, muchachos, que vengo con el papel de seda y el peine y les toco la marchita). Cuando brilló esa fecha, ni el más abúlico pudo sustraerse a la ola de actividad con que el país vibraba al unísono; Suárez Lynch, ni lerdo ni perezoso, inició la vuelta al pago, tomándome de cicerone. [12] *Mis* Seis problemas para don Isidro Parodi *le indicaron el rumbo de la verdadera originalidad. El día menos pensado, mientras me desentumecía el cacumen con la columna de policiales, pegué un respingo al divisar, entre mate y mate, las primeras noticias del misterio del bajo de San Isidro, que muy luego sería otro galón en la jineta de don Parodi. La redacción de la novelita pertinente era un deber de mi exclusiva incumbencia; pero estando metido hasta el resuello en unos bocetos biográficos del presidente de un* povo irmão*, le cedí el tema del misterio al catecúmeno.*

Soy el primero en reconocer que el mocito ha hecho una labor encomiable, maleada, claro está, por ciertos lunares que traicionan la mano temblona del aprendiz. Se ha permitido caricatos, ha cargado las tintas. Algo más grave, compañeros: ha incurrido en errores de detalle. No finiquitaré este prólogo sin el doloroso deber de sentar que el doctor Kuno Fingermann, en su calidad de presidente del Socorro Antihebreo, me encarga desmentir, sin perjuicio de la acción legal ya iniciada, «la insolvente y fantástica indumentaria que el capítulo numerado cinco le imputa».

Hasta más ver. Que les garúe finito.

H. Bustos Domecq

Pujato, 11 de octubre de 1945

Dramatis personae

Mariana Ruiz Villalba de Anglada: Señora argentina.

Doctor Ladislao Barreiro: Asesor legal de la A. A. A. (Asociación Aborigenista Argentina).

Doctor Mario Bonfanti: Gramático y purista argentino.

«Padre» Brown: Cura apócrifo. Jefe de una banda de ladrones internacionales.

Bimbo de Kruif: Marido de Loló Vicuña.

Loló Vicuña de De Kruif: Señora chilena.

Doctor Kuno Fingermann: Tesorero de la A. A. A.

Princesa Clavdia Fiodorovna: Propietaria de un establecimiento en Avellaneda. Esposa de Gervasio Montenegro.

Marcelo N. Frogman: Factótum de la A. A. A.

«Coronel» Harrap: Miembro de la banda del «Padre» Brown.

Doctor Tonio Le Fanu: «Mancebo de muchas posesiones». O, según Oscar Wilde, «un Mefistófeles en miniatura, mofándose de la mayoría».

Gervasio Montenegro: Caballero argentino.

Hortensia Montenegro, la Pampa: Niña de la sociedad porteña. Novia del doctor Le Fanu.

Don Isidro Parodi: Antiguo peluquero del barrio Sur, hoy recluso en la Penitenciaría Nacional. Desde su celda, resuelve enigmas policiales.

El Baulito Pérez: Joven pendenciero, de familia pudiente. Exnovio de Hortensia Montenegro.

Baronesa Puffendorf-Duvernois: Dama internacional.

Tulio Savastano: Compadrito de Buenos Aires. Pensionista del Hotel El

Nuevo Imparcial.

These insects have others still less than themselves,
which torment them.

DAVID HUME,
Dialogues Concerning Natural Religion, *X*

Le moindre grain de sable est un globe qui roule
Trainant comme la terre une lugubre foule
Qui s'abhorre, et s'acharne, et s'exècre, et sans fin
La sphère, imperceptible a la grande est pareille;
Se dévore; la haine est au fond de la faim.
Et le songeur entend, quand il penche l'oreille,
Une rage tigresse et des cris léonins
Rugir profondément dans ces univers nains.

VICTOR HUGO, *Dieu*, 1

I

—¿El señor es nativo? —susurró con ávida timidez Marcelo N. Frogman, alias Coliqueo Frogman, alias Perro Mojado Frogman, alias Atkinson Frogman, redactor, impresor y distribuidor a domicilio del boletín mensual *El Malón.* Eligió el ángulo noroeste de la celda 273, se sentó en cuclillas y extrajo de los fondos del bombachón un trozo de caña de azúcar y lo chupó babosamente. Parodi lo miró sin alegría: el intruso era rubio, fofo, pequeño, calvo, pecoso, arrugado, fétido y sonriente.

—En tal caso —prosiguió Frogman— apelaré a mi franqueza inveterada. Le confesaré que yo no los paso a los extranjeros, sin excluir a los catalanes. Es claro que por ahora estoy emboscadito en la sombra, y hasta en esos artículos de combate, en que doy sin asco la cara, cambio ágilmente de pseudónimo, pasando de Coliqueo a Pincén y de Catriel a Calfucurá. Me confino en los límites de la más estricta prudencia, pero el día que la falange se venga abajo me pondré más contento que un gordito en la trancabalanca, le paso el dato. A esta decisión la he hecho pública, dentro de las cuatro paredes de la sede central de la A. A. A. —la Asociación Aborigenista Argentina, usted sabe— donde los indios nos sabemos reunir a puerta cerrada, para tramar la independencia de América, y para reírnos *sotto voce* del portero, que es un catalán contumaz y fanatizado. Veo que nuestra propaganda ha atravesado las pircas de este edificio. Usted, si no me ciega el patriotismo, está cebándose un mate, que es la bebida oficial de la A. A. A.; confío, eso sí, que al huir de las redes del Paraguay no haya caído en las del Brasil, y que la infusión que lo agaucha sea misionera. Si me equivoco no me haga nana; el indio Frogman dirá globitos, pero siempre escudado por un regionalismo sano, por el más estrecho

nacionalismo.

—Mire, si este catarro no me protege —dijo el criminalista, guareciéndose detrás de un pañuelo— le mando un parlamentario. Apúrese y antes que lo divisen los basureros dígame lo que tiene que decir.

—Basta la indicación más somera para que yo me dé mi lugar —Pescadas Frogman declaró con sinceridad—. Entablo acto continuo el chamuyo:

»Hasta 1942, la A. A. A. era una toldería discreta, que reclutaba sus aguerridos adeptos entre las brigadas de cocineros y que sólo de tarde en tarde aventuraba sus tentáculos a las colchonerías y fábricas de sifones que el progreso ha corrido a la periferia. No tenía otro dineral que la juventud: sin embargo, cada domingo de una p. m. a nueve p. m. no nos faltaba una mesita de todos tamaños en la típica heladería de barrio. El barrio, usted comprenderá, no era el mismo, porque el segundo domingo, el mozo, cuando no el lavaplatos en persona, nos reconocía infaliblemente y salíamos por esos berenjenales a todo lo que dábamos, para evitar los improperios del energúmeno que no acababa de entender que una barra de criollos puede fajarse peroratas de la madona, hasta muy caída la noche, sin más consumo que una media soda Belgrano. Ah, tiempos, el criollo a la disparada por San Pedrito o por Giribone oía cada lindeza que después la anotaba en su libreta de tapa de hule y así lograba enriquecer el vocabulario. Cosecha de esos años que ya pasaron son las palabras autóctonas: gilastrún, gil a drocuas, gil a cuadros, gil, otario, leproso, amarrete, colibrillo y colo. ¡La flauta! ¡Qué estrilo cacha la que limpia y pule si me oye! Mire que somos ladinazos los indios: puestos a escarbar el idioma, un sistema, por bueno que fuera, nos quedaba chico; cuando el prójimo se cansaba de amenazarnos, le prometíamos figuritas a un nene de tercer grado, que son el diablo, para que nos enseñara palabras no aptas para menores. Así acopiamos una porción que ya no me acuerdo ni haciendo nono. Otra vuelta nombramos una comisión para que me comisionaran a mí para que oyera en el gramófono un tango y levantara un censo aproximativo con todas las palabras nacionales que se mandaba el

mismo. De un saque recogimos: percanta, amuraste, espinas, en, campaneando, catrera, bulín y otras que usted las puede consultar, cuando le dé la loca, en la caja de fierro de nuestra sucursal Barrio Parque. Pero una cosa es la fresca viruta y otra es el mar de fondo. Más de un veterano de la A. A. A. no vaciló en apretarse el gorro cuando el doctor Mario Bonfanti se consagró a minar la tranquilidad del país adjuntando una lista de barbarismos a los volantes gratis de la Pomona. A ese primer mazazo de las fuerzas de la reacción, siguieron otros tan implacables como la pegatina de letreritos que rezaban:

No diga etiqueta,
me llamo Marbete.

»Y el diálogo taimado, que a todos nos ha herido por igual:

»—¿Usted "controla"?

»—*¡Yo contraloreo!*

»Yo intenté asumir la defensa de nuestro chamuyo nativo desde la columna de un pasquín bimensual que había salido ilusionado por el propósito de consagrarse por entero a los intereses de los lavaderos de lana; pero mi exabrupto cayó en mano de un tipógrafo de nacionalidad extranjera, que lo publicó tan borrado que parecía ex profeso para la Casa del Oculista.

»Un cabezón de esos que se meten por todos lados oyó por casualidad que la quinta que fue del doctor Saponaro, en la calle Obarrio, había sido adquirida en el remate judicial por un patriota que terminaba de llegar de Bremen y que no podía tragar a los españoles, hasta el punto de haberse negado a la presidencia de la Cámara del Libro Argentino. Yo mismo cometí el denuedo de proponer que alguno de nosotros, emponchado en el manto diplomático, lo abordara en la propia madriguera, como quien dice, con la idea fija de sonsacarle una manito. Viera usted el desbande que se produjo. Para que la sociedad no se disolviera sobre tablas, el cabezón propuso que se tirara a la suerte quién sería el chivo emisario a quien le tocara visitar la quinta y ser expulsado de la misma sin tan siquiera vislumbrar la silueta del dueño.

Yo como los demás de la tribu dije que sí porque pensé que les tocaría a los demás de la tribu. Asómbrese: a Frogman, servidor, le dieron la pajita más corta de la escoba y tuve que apechugar con el sofocón, listo, eso sí,

a hacerme a un lao de la hueya
aunque vengan degoyando.

Hágase cargo del colapso de mi moral: unos decían que el doctor Le Fanu, que así se llamaba el patriota, no tenía lástima para el que se dejaba pisar; otros, que era el enemigo del tímido; otros, que era un enano de estatura inferior a la normal.

»Todos esos temores se confirmaron cuando me recibió en la pedana, florete en guardia, secundado por un profesor que no le perdonaba ni botoncito ni botón. Entrar yo y oprimir el patriota un timbre de pera que daba a dos mucamos de nacionalidad vallisoletana fue todo uno; pero después me tranquilicé, porque les ordenó abrir las ventanas y banderolas y yo le dije al Frogman que llevo adentro: lo que menos te van a faltar son boquetes para salir como cañonazo. Envalentonado por ese espejismo, yo, que había fingido hasta aquel momento ser un simple mirón, me le fui al humo con el sablazo que le tenía que pedir.

»Me escuchó con todo respeto, después salió de entre la careta fiambrera que le afeaba la cara y quedó hecho un joven que se había quitado diez años de encima. Dio una patada caprichosa en el suelo y se rió como si pasara un payaso. Fue ese momento por reloj cuando dijo:

»—Usted es una interesante aleación de la cacofonía y de la falacia. No muja para sus adentros; también lo apoya incondicionalmente la fetidez. En cuanto a *feu* Bonfanti, compruebo sin consternación que ha sido exterminado, *anéanti*, en la especialidad que lo ha hecho famoso: el matete lingüístico. Yo, a semejanza de los dioses, protejo y estimulo la tontería. No desespere, charrúa diletante. Un abnegado tesorero con escafandra avanzará mañana sobre vuestro reducto.

»Después de esa promesa tan halagüeña, no sé si los mucamos me

evacuaron o si yo me evadí por mis propias piernas.

»Cuál no sería nuestro asombro, cuando al día siguiente apareció el tesorero y se mandó unos planes fabulosos que tuvimos que tomar un baño de asiento para que se nos bajara la congestión. Después nos trasladaron en carrito a la sede central donde ya estaban los diccionarios de Granada, Segovia, Garzón y Luis Villamayor, sin contar la máquina de escribir que le enjaretamos a Fainberg y los disparates que se le escapaban a Monner Sans, para no decir nada de la otomana y del juego completo del tintero de bronce con estatua de Micifuz y de lapicera con cabecita. ¡Ah, tiempos! El cabezón, que era lo más careta que usted ha visto, lo mandó al tesorero a que le fiaran unas medias botellas de Vascolet, pero no bien las descorchamos, nos aguó la fiesta el doctor Le Fanu, que ordenó volcar todo el contenido que era todo una lástima y dijo que le subieran del propio Duesenberg un cajón de champagne. Ya lambíamos de firme la primera espuma cuando el doctor Le Fanu abrigó un escrúpulo, que nos lo reveló como gaucho por todos lados, y se preguntó en voz alta si el champagne era un refresco indígena; antes que pudiéramos tranquilizarlo, ya estaban evacuando las botellas por el pozo del ascensor y acto continuo apareció el *chauffeur*, con una bordalesa de chicha que es netamente santiagueña y que todavía me duelen los ojos.

»El Lungo Bicicleta, que yo siempre lo estufo cuando le digo que él es el tragón de los libros, quiso aprovechar la volada y apestillar al portador de la chicha, vulgo del *chauffeur* particular del doctor Le Fanu, para que nos pasara un verso gracioso, de esos con palabras que no las entiende ni un alienado, pero el doctor nos llamó al orden con la pregunta de a quién íbamos a elegir presidente de la A. A. A. Todos pedimos que el voto fuera cantado y el doctor Le Fanu salió presidente sin otro voto en contra que el de Bicicleta, que mostró una figura que siempre lleva con una bicicleta pintada en la misma. Un patriota naturalizado, señor Kuno Fingermann, secretario del doctor Le Fanu, habló como una bala a todos los diarios, y al día siguiente, leímos con la boca abierta la primera noticia de la A. A. A., y una descripción completa del doctor Le Fanu. Después la publicamos nosotros porque

ya el presidente nos dotó de un órgano, que se llamaba *El Malón*, y aquí le traigo un numerito gratis para que usted se vuelva todo un criollo en sus columnas.

»¡Qué tiempazos aquellos para el indio! Pero no se haga la ilusión que duraron. Ya lo enterramos a Carnaval, como quien dice. El doctor Le Fanu ha puesto el local que ni vagón de hacienda con unos indios del interior, que no manyan nuestro chamuyo, pero para decirle la verdad, tampoco lo manyamos nosotros, porque el doctor Le Fanu contrató los servicios del doctor Bonfanti para que nos tapara la boca cada vez que sin darnos cuenta nos mandáramos una palabra que no está en la gramática. Esta jugada resultó una manganeta redonda porque la oposición quedó al servicio de la causa que, dijera el doctor Bonfanti en su primer batimento por Radio Huasipungo, "hogaño se manifiesta henchida y pujante, alzaprimando a machamartillo el pendón de la fabla de Indias, y aporreando con fiera tozudez a galiparlistas noveleros y a casticistas añejados en el perimido remedo de Cervantes, de Tirso, de Ortega y de tantos otros maestros de una cháchara mortecina".

»Ahora usted me perdonará que le hable de un gran muchacho, un elemento insustituible, aunque más de una vez me orino de risa con las bromas que se le ocurren. Usted ya adivina que ese correntino es a todas luces el doctor Potranco Barreiro, que así le decimos todos sin que él lo sepa, y él no se pone hecho un tuto. A mí medio me tiene de mascota y me llama Jazmín y se tapa las narices en cuanto asomo de lejos la cabecita. No ruede por la pendiente fatal, querido cacique, no agarre por la vía muerta con la esperanza de que el doctor en jurisprudencia Barreiro es un bromista en góndola: es un abogado con chapa de bronce, que algunos conocidos lo saludan en el café-bar Tokio y que está por defender una manga de patagones, en un pleito de campos, aunque para mí cuanto más pronto se vayan esos hediondos y no detenten nuestra sucursal Plaza Carlos Pellegrini, mejor. Todos se preguntan con la risita por qué le dicen el Potranco. ¡Flores de la picardía criolla, como quien dice!: hasta un extranjero empieza a ver que nuestro Potranco tiene cara de caballo y ganas no le faltan de

jugarlo en la primera de La Plata; pero es lo que siempre me inculcan, que todos parecen algún animal y que yo parezco una oveja.

—¿Oveja? Mi candidato es el zorrino —dictaminó don Isidro, concienzudamente.

—Haga su gusto en vida, mi jefe —aprobó Frogman, iluminado por el rubor.

—Yo que usted —prosiguió Parodi— no le sacaría el cuerpo a la creolina.

—En cuanto los vecinos pongan la cañería le prometo seguir su consejo desinteresado; qué julepe le pego: después del baño vengo a verlo y usted me toma por una mascarita.

Tras una brillante carcajada, Gervasio Montenegro —plastrón Fouquières, saco Guitry con ribetes, pantalón de Fortune & Bailey, polainas Belcebú de media estación, calzado Belphégor, plantillado a mano, sedoso bigote levemente istriado de plata— entró con briosa desenvoltura.

—¡*Ma condoléance*, querido maestro, *ma condoléance*! —dijo eficazmente—. Mi *flair*, creo haber acertado con la palabra, ya me denunciaba desde la esquina la intrusión *redoutable* de este enemigo de Coty. La consigna de la hora es: fumiguemos.

Extrajo de una cigarrera de Baccarat un extenso Mariano Brull saturado de Kümmel y lo encendió con un *briquet* de plata sellada. Luego, soñador, siguió un instante las morosas volutas.

—Pisemos de nuevo la tierra firme —dijo, por fin—. Mi rancio olfato de aristócrata y de pesquisa me repite junto al oído que nuestro impracticable indianista no sólo ha concurrido a esta *cellule* con móviles asfixiantes, sino para arriesgar su versión, más o menos caricatura y deforme, del crimen de San Isidro. Usted y yo, Parodi, estamos por encima de esos balbuceos. El tiempo urge. Acometo mi ya clásica narrativa:

»Mantenga usted su calma: he de atenerme al orden jerárquico de los hechos. Era, por una sugestiva coincidencia, el Día del Mar. Yo, listo para el ataque frontal del verano —gorra de capitán, saco de regatas, pantalón blanco de franela inglesa, calzado de playa— dirigía con

cierta displicencia la erección de un cantero en la quinta que todos, tarde o temprano, adquirimos en Don Torcuato. Le confieso que esas *besognes* de jardinería logran, siquiera por el instante fugaz, distraerme de los atenaceantes problemas que, decididamente, son la *bête noire* del espíritu contemporáneo. Cuál no sería mi legítimo asombro cuando el siglo XX golpeó en el rústico portón de la quinta, con los nudillos estridentes del *claxon*. Mascullé una blasfemia, arrojé el cigarro y, cuadrándome estoicamente, avancé entre los eucaliptus. Con la deslizada fastuosidad de un largo lebrel, un lento Cadillac entró en mis dominios. Telón de fondo: el verde severo de los coníferos y el afable azul de diciembre. El *chauffeur* abre la portezuela. Baja espléndida mujer. Buen calzado, rica media, linaje. ¡Montenegro, dije yo! Acerté. Mi prima Hortensia, la indispensable Pampa Montenegro de nuestra *haute*, me tendió la fragancia de la mano y el fulgor amable de la sonrisa. Sería de mal tono, *cher maître*, ensayar por enésima vez una descripción que Witcomb ha hecho francamente superflua: usted, lector inevitable de cuanta figura aparece en diarios y revistas, ya saluda en su fuero interno esa cabellera gitana, esos ojos de oscura plenitud, ese cuerpo torneado por las llamas de su propia *cambrure* y que dijérase nacido para la conga, ese *tailleur* en tela cruda pensado por Diablotin, ese pekinés, ese *chic*, ese qué sé yo...

»¡La eterna historia, mi estimable Parodi: detrás de la gran dama, el paje! En este caso, el paje se llamaba Le Fanu, Tonio Le Fanu, y era de abreviada estatura. Apresurémonos a reconocer su don de gentes, atenuado quizá por la impertinencia vienesa, por el *mot cruel*: parecía un duelista... de bolsillo, una cruza francamente atractiva de Leguisamo con D'Artagnan. Algo de maestro de danzas percibí en él, con otro tanto de bachiller y otro de petimetre. Parapetado tras el monóculo prusiano avanzaba de lado, con pasos cortos y reverencias inconclusas. La generosa frente se alejaba en un jopo de betún, sin perjuicio de que la pera renegrida se dilatara en collarejo submaxilar.

»Desgranando una cascada de risas, Hortensia me dijo al oído:

»—*Lend me your ear*. Este panete que me sigue es la última víctima. Nos vamos a comprometer cuando vos quieras.

»Bajo su barniz cariñoso, esta declaración encubría lo que los verdaderos *sportsmen* llamamos un "golpe bajo". En efecto, bastaron esas pocas palabras femeninas para que yo adivinara inmediatamente que se había roto el compromiso de Hortensia con el Baulito Pérez. Gladiador al fin, recibí el golpe sin un ay. Sin embargo, un ojo fraterno hubiera señalado al observador la momentánea crispación de todos mis nervios y el sudor frío que me perlaba la frente...

»Dominé, desde luego, la situación. *Bon prince*, reclamé para mi quinta el honor de la obligada cena que da el espaldarazo de circunstancias a la feliz... o infeliz pareja del año. Hortensia me dijo su gratitud con un beso impulsivo: Le Fanu, con una interrogación *deplacée*, que me duele repetir en este lugar: "¿Qué nexo", preguntó, "hay entre la comida y las bodas, entre la indigestión y la impotencia?". Desdeñando con gallardía toda respuesta, les mostré punto por punto mi propiedad, sin omitir, por cierto, el Bufano en bronce de Yrurtia y el molino marca Guanaco.

»Ultimada la prolija visita, empuñé el timón de mi Lincoln Zephyr y me di el gusto de alcanzar, y de distanciar, el coche de la futura pareja. Una sorpresa me aguardaba en el Jockey: ¡Hortensia Montenegro había roto su compromiso con el Baulito! Mi primera reacción, como es natural, fue pedir a la tierra que me tragara. Usted ya va pesando y sopesando los graves perfiles del caso. Hortensia es mi prima. Con esa fórmula defino, matemáticamente, la cuna y el linaje. Baulito es el mejor partido de la temporada; por el lado de la madre, es un Bengochea; eso quiere decir que va a heredar los trapiches del viejo Tokman. El compromiso era un *fait accompli*, voceado, comentado y fotografiado por el cuarto poder; era uno de esos hechos que reconcilian todos los sectores de la opinión; yo mismo había solicitado el apoyo de la Princesa para que Monseñor De Gubernatis bendijera la ceremonia. Y ahora, de la noche a la mañana, en pleno Día del Mar, Hortensia lo planta al Baulito. ¡Rasgo muy Montenegro, reconozcamos!

»Mi situación como *chef de famille* era delicada. Baulito es un nervioso, un patotero —el último de los mohicanos, yo diría. Por lo demás, se trata de un *habitué* de mi establecimiento en Avellaneda, un

camarada, un parroquiano cuya pérdida no me resigno fácilmente a afrontar. Usted conoce mi carácter. Presenté batalla inmediatamente: desde el mismo *fumoir* del Jockey mandé una extensa carta al Baulito, de la que guardo copia, lavándome bien alto las manos de todo lo ocurrido y haciendo gala de un sarcasmo avezado *a l'égard de ce pauvre monsieur Tonio.* Para bien de todos, la tormenta fue de verano. La noche trajo el talismán que desvanecería el *imbroglio*: el rumor, confirmado minutos después por el propio Tokman, de que un telegrama de Shirley Temple vetaba el matrimonio de la dilecta amiga argentina, en cuya compañía visitara —¡apenas ayer!— el Parque Nacional de San Remo. *Rien à faire* ante el ultimátum de la pequeña actriz. De buena fuente me dijeron que hasta el Baulito había izado bandera blanca, ¡quizá a la espera de que un telegrama futuro vedara el casamiento de la esquiva con Le Fanu! Abramos un crédito a nuestra sociedad: una vez divulgado a los cuatro vientos el simpático motivo de la ruptura, la comprensión y la indulgencia fueron unánimes. Al calor de ese clima decidí cumplir mi palabra y abrir las puertas de mi quinta a una cena en la que el *tout* Barrio Norte festejaría el compromiso de la Pampa con Tonio. Ese *party* era una necesidad bien sentida: en el arlequinesco Buenos Aires de la hora de hoy el porteño no se reúne, no se frecuenta. Si las cosas siguen así, me atrevo a profetizar, llegará el día en que no nos conoceremos las caras. Los sillones británicos del club no deben alejar de nuestras miradas la generosa tradición del fogón; hay que reunirse, hay que remover el ambiente...

»Elegí, al cabo de maduras reflexiones, la noche del 31 de diciembre.

II

El 31 de diciembre, a la noche, en la quinta Las Begonias, la demora del doctor Le Fanu mereció más de un comentario ingenioso.

—Cómo se ve que tu novio está que no se contiene de ganas de verte, y quién sabe con qué descocada tendrá programa para despistar —observó soñadoramente Mariana Ruiz Villalba de Anglada.

—La plancha fenómeno es la tuya que a propósito te viniste sin faja —replicó la señorita de Montenegro—. Yo a tus años tomaría las cosas con soda; aprendé de mí que estoy lo más contenta, aunque no me hago ilusiones que Tonio se haya matado en el camino, que sería una bobada.

—Yo me atengo a la tolerancia del cuarto de hora —sentenció una dama considerable, de piel blanquísima, de pelo y ojos renegridos, de manos singularmente bellas—. En nuestro reglamento, que ya lo copiaron en San Fernando, después de quince minutos por el reloj-taxímetro ya se les cobra la dormida como si estuvieran foki-foki Margarita toda la noche.

Un silencio reverencial acogió las palabras de la Princesa. Al fin la señora de Anglada murmuró:

—Qué pobre locatelli, yo, ponerme a hablar estando la Princesa delante, que sabe más que el Libro Azul.

—Sin menoscabo de la galanura personalísima, del acento egregio —opinó Bonfanti—, sus palabras la consecran vocera de cuanto sentimos y resentimos los aquí congregados. Mote de necio, mote de majadero, carga el que contraría que en la Princesa epitomadamente se compendian toda sindéresis y toda noticia.

—Usted no es quién para hablar de noticias —corrigió la Princesa—. Acuérdese la noche de su santo, que la tubiana Pasman lo sorprendió en la garita del tercer patio leyendo el *Billiken* en un número atrasado.

—*The elephant never forgets* —aplaudió la señorita de Montenegro.

—Pobre Bonfanti —dijo Mariana—, ahora sí que se vino para abajo como una que sabemos sin el *soutien.*

—*Ordem e progresso*, *mesdames* —suplicó Montenegro—. *Cessez d'être terribles et devenez charmantes.* Aunque el filoso espadachín que hay en mí vibra al unísono con toda polémica, tampoco debo manifestarme insensible a los tonificantes envites de la concordia, Me atrevo a sugerir, además, no sin una *pointe* de ironía, que el ausentismo de nuestro novísimo *soupirant* no deja de aportar su presentimiento a mi espíritu de epicúreo y de escéptico.

—¡Bifes! Yo quiero que me den un bife alto así —dijo con despótica

voz chilena Loló Vicuña de De Kruif, oprimiéndose un muslo. Era dorada, rubia y magnífica.

—El más auténtico y genial vitalismo habla por su boca de usted —aclaró Bonfanti—. Sin deslinajar en un punto la primacía de las hembras de aquende, cabe asentar que, en lo tocante a espíritu, habrán de sudar tinta las temerarias que se arrojen a liza desigual con las damas de allende la cordillera.

La Princesa arbitró:

—Bonfanti, usted siempre con el espíritu. Cuándo va a acabar de entender que lo que paga el cliente es una carne firme, robusta.

La espléndida señora de De Kruif perfeccionó la reprimenda:

—¿Qué se imaginará este roto pata pelada que las chilenas no tenemos carne? —protestó bajándose el escote.

—Lo dirá para hacer creer que todavía no pasó por tu glorieta, aunque todos pasan —comentó Mariana. (Nadie ignoraba que la señora de De Kruif dedicaba la glorieta de su quinta a las prácticas venusinas.)

—Ya la embarraste fiero, Loló —dijo un muchacho turbulento, equino y canoso—. El pobre pata sucia lo que estaba tratando era de elogiarte.

Intervino un señor muy parecido a Juan Ramón Jiménez.

—Siga, Potranco, siga —lo estimuló—. Tutéela no más a mi mujer como si yo no estuviera presente.

—La que está presente es tu bobera de tonto tapia —dijo con vaguedad la hermosa Loló.

—La mujer tiene que dejarse tutear —pontificó la Princesa—. Yo siempre inculco que es una costumbre del cliente y no cuesta nada.

—¡Bimbo! —dijo impulsivamente Loló—. Si quieres que te mire a la cara, ahora mismo caes de rodillas y le pides perdón a la Princesa por haberte desmandado así con ella delante.

Una curiosa coalición de quenas bolivianas, de alegres campanillas de bicicleta y de negros ladridos salvó a De Kruif.

—Reconozcamos que mi oído de cazador se mantiene en primera fila —observó Montenegro—. Diviso el ladrido de Tritón. La toma de la *verandah* se impone.

Caminó hacia afuera, con altivez. Todos lo siguieron, salvo la Princesa y Bonfanti.

—Aunque se quede no saca nada —afirmó la dama—. Ya le eché el ojo a todo el queso de chancho.

Desde la galería, Montenegro y los invitados gozaron de un alarmante espectáculo. Tirado por dos caballos negros, entre una nube clamorosa de emponchados ciclistas, un funerario y silencioso cupé avanzaba por la profunda alameda. A riesgo de rodar por las zanjas, los ciclistas soltaban el manubrio y tartamudeaban tristes acordes en las extensas quenas bolivianas que los entorpecían. El cupé se detuvo entre la *pelouse* y la escalinata. Ante la consternación general, el doctor Le Fanu saltó de aquel mueble, agradeciendo con visible emoción el aplauso de su propia escolta.

Como después repetiría Montenegro, la incógnita no tardó en despejarse: los hombres de poncho y bicicleta eran miembros de la A. A. A. Dijérase que los capitaneaba un gordito fétido, que respondía al nombre y apellido de Marcelo N. Frogman. Este cacique estaba bajo las órdenes inmediatas de Tulio Savastano, que no chistaba sin permiso de Mario Bonfanti, secretario del doctor Le Fanu.

—Apoyo la *trouvaille* —vociferó Montenegro—. A trueque de cierta añosa arrogancia y empaque señorial, ese cupé sugiere todo un interesante desdén por las ya caducas *entraves* del tiempo y del espacio. Las Begonias, *d'ailleurs* representadas por estas damas, saludan en usted al diletante, al argentino, al *promesso sposo*... No nos anticipemos, sin embargo, estimable Tonio, a los fecundos asuetos y bagatelas chispeantes de la sobremesa. El *clericó* se impacienta en el Baccarat, el *consommé*, ese inevitable comensal de todos los ágapes, apenas disimula bajo su reticencia de *clubman* el afán de las nobles expansiones y de la comunicativa serata.

La sobremesa en el salón decorado por Pactolus no defraudó las previsiones de Montenegro. La señora de Anglada, revuelta la sedosa cabellera, extenuados los ojos, trémulas las fosas nasales, sitiaba de preguntas y de presiones al joven arqueólogo con el cual había autoritariamente compartido el plato, la copa y aun el asiento. Éste,

guerrero al fin, sumía la rosada calvicie en el poncho impermeable, según la estrategia de la tortuga. Con desesperante coquetería negaba que su nombre fuera Marcelo N. Frogman y procuraba distraerla de su propósito con algunas adivinanzas para pasar el rato de Ratón Perutz de Achala. «No se gaste, señora», insistía a gritos el Potranco Barreiro, descuidando las suntuosas rodillas de madame De Kruif, «el Pibe Fuerza Bruta soy yo». A la derecha de la *baronne* Puffendorf-Duvernois, el doctor Kuno Fingermann, alias Bube Fingermann, alias Jamboneau, improvisaba con frutas abrillantadas, *marrons glacés*, puchos de tabaco importado, azúcar molida y un amuleto-Billiken, provisoriamente cedido por Monseñor De Gubernatis, el plano *machietta* de un asilo a erigirse en terrenitos que se irán a las nubes cuando se bendiga la piedra fundamental de la quema-curtiembre. Sanamente arrebatado por las enormes sugestiones del tema, no valoraba en todos sus quilates el elemento *mujer* de su irritada interlocutora: esta dama (presidenta y fundadora honoraria de la Sociedad Los Primeros Fríos) se interesaba menos en la glutinosa arquitectura del obeso utopista que en el diálogo de la Princesa, de Monseñor y de Savastano.

—Yo no la voy con los establecimientos en formación abierta —dijo guturalmente la Princesa, fijos los severos lentes en la *maquette* erigida por Jamboneau—. A mí no me distraigan con novedades, yo me aferro como una rutinaria al *panóptico*, que es la última palabra en el renglón y que permite desde la torrecita donde está el marmota Cotone con los prismáticos llevar el censo de todos los movimientos de las pupilas, que hay cada especialista *que vous m'en direz des nouvelles.*

—Hip, hip, hurrah —murmuró Monseñor De Gubernatis—. Usted, Alteza, que ve bajo el agua, ha abierto todo un surco fecundo a las actividades y al altruismo de nuestro interesante Cotone. *The right man in the right place*, indudablemente... Yo, sin embargo, daría mi voto por una arquitectura más rigurosa en el Cottolengo a erigirse para llevarles la contra a esos judíos emboscados que han logrado engatusar a algunos pilares de nuestra iglesia con el cebo halagüeño pero utópico de Una Sinagoga Por Barba.

Savastano intervino afectuosamente:

—No se rompa todo, Monseñor, que después no lo van a poder armar ni los barrenderos. La señora Princesa le ha mandado cada verdad que usted no la levanta aunque lo rellenen de sopa seca. Hasta los menores que todavía no les pueden prestar el pantalón largo saben cuál es la forma del establecimiento en Avellaneda, con esa torrecita que yo me la prometo para el Día del Vigilante, que es el que tiene franco Cotone. A usted, claro, no le queda más recurso que retrucar que la forma de los hoteles es otra cosa porque la sala de los millonarios da al primer patio y el escritorio del señor Renovales se me topa en la ñatita cuando usted entra.

El Potranco Barreiro volcó la ceniza de su Partagás en la oreja izquierda de Frogman e interrogó:

—Te acordás, Le Fanu, de la Biblioteca Calzadilla, en Versalles, un local rasposo, enteramente desprovisto de torre; pero vos no la precisabas para ser el loco del reglamento, y al Pardo Loiácomo lo devolviste al seno del hogar porque se le escapó un «de que», y a mí por un «concretando el caso» que hasta Rotas Cadenas Frogman lo entiende, me quitaste la dirección. Pero quién le va a guardar rabia a un bicho canasto.

Desde su rigurosa pechera y cuello inflexible, el doctor Le Fanu paró el golpe:

—Tratándose de esa biblioteca analfabeta y de usted, el único recurso de la memoria es la amnesia total. He olvidado ese anexo de un mingitorio; ni usted ni su colega en cacofonía pueden jactarse de infamar mis recuerdos.

—Quizá un criterio sólidamente comercial obstruya mi visión —pontificó la espesa voz teutónica del doctor Fingermann—. Pero aunque su masa encefálica esté muy facultada para el olvido, me cuesta creer, doctor Le Fanu, que no recuerde los días feriados en que usted, Ema mi hermana y yo invertíamos cada uno un *pfennig* de su peculio para trasladarnos al jardín zoológico y usted nos explicaba los animales que eran de Sudamérica.

—Ante ejemplares como usted, prescindible Bube, el más explicativo de los zoólogos optaría por el silencio, cuando no por la contrición y la

fuga —dijo secamente Le Fanu.

—No te pongás cabrero, cuellómano,[13] que todavía se te va a atragantar la verdura. Ni yo ni el ruso que le sudan las pecas tiramos a dejarte al nivel de un gargajo en subte —lo apaciguó el Potranco, y lo dejó tosiendo como un pobre tuberculoso con una amistosa palmada en la espalda.

Savastano aprovechó ese episodio para correrse hasta la soberbia señora De Kruif y sugerirle al oído:

—Me contó un pajarito que la señora atiende en un quiosco en la quinta. ¡Sandié, sandié, quién lo conociera a Quiosquito!

Loló, lejana como la astronomía, le dio la espalda.

—No sea burlesco y páseme la Parker —le ordenó a Monseñor De Gubernatis—. Tengo que poner una dirección para el doctor Savastano, que es bien simpático.

Entrecerrados los ojos, tensa y descubierta la dentadura, el mentón en alto, la respiración regular, prietos los puños, flexionados los brazos, los codos ágilmente colocados a la altura reglamentaria, el doctor Mario Bonfanti, ese veterano del paso gimnástico, salvó sin mayores tropiezos los pocos metros que lo separaban de Gervasio Montenegro. Casi había traspuesto la meta, cuando consiguió levantarse después de la acertada zancadilla interpuesta por Monseñor De Gubernatis. Arrimó una boca jadeante a la oreja derecha de Montenegro, y todos oyeron con desafecto un espeso rumor de eñes, de elles y de zetas.

Montenegro lo escuchó con perfecta compostura, estudió un Movado extrachato y se puso de pie. Secundado por el inevitable champagne de los grandes oradores, dijo con arrogante voz:

—Esclavo del loable afán de *paraître a la page*, nuestro noticioso factótum acaba de revelarme que faltan contados minutos para que 1944 rompa el cascarón. El escéptico blandirá su sonrisa; yo mismo, siempre florete en alto contra los *ballons d'essai* de la propaganda, no he vacilado en consultar mi... *time machine*. Renuncio a abocetar mi sorpresa: faltan exactamente catorce minutos para las doce. ¡El informante tenía razón! Abramos un crédito a la pobre naturaleza humana.

»1943, pese a la carga de los años, se bate en retirada gallardamente, con el aplomo de no sé qué *grognard* napoleónico, dispuesto a defender uno a uno su restante stock de minutos; 1944, más bisoño y más ágil, no cesa de hostigarlo con las flechas que hospeda su carcaj. Señores, confieso que he tomado partido: mi puesto, pese a la plata de las canas y a la piedad severa de los jóvenes, está en el porvenir.

»1.º de enero de todo año futuro, venidero... La fecha evoca invenciblemente esas galerías que el azar brinda a los afanes, cuando no a la piqueta, de los mineros subterráneos, y que cada cual se figura de manera *sui generis*: el escolar espera que el año le traerá... pantalones largos; el arquitecto, la airosa cúpula que vendrá a coronar su labor; el militar, la bizarra charretera de lana que compendia toda una interesante vida de sacrificio en el propio timón de la cosa pública, y que hará llorar de alegría a la noviecita; ésta, el héroe civil que la salvará del *mariage de raison*, impuesto por el egoísmo de los abuelos; el banquero ventripotente, la improbable fidelidad de la *cocotte grand luxe* que adorna pomposamente su tren de vida; el pastor de hombres, el victorioso fin de la guerra pérfida que le impusieran, mal de su grado, quién sabe qué modernos cartagineses; el prestidigitador, el conejo que tantas veces extrajera del *clac*; el artista pintor, la consagración académica, inevitable corolario del *vernissage*; el hincha, la victoria de Ferrocarril Oeste; el poeta, su rosa de papel; el sacerdote, su *Tedéum*.

»Señores, posterguemos, siquiera por esta noche, los inamovibles interrogantes y las perjudiciales obsesiones de la hora actual, y empapemos los labios en la burbuja.

»Por lo demás, conviene no cargar las tintas. El panorama contemporáneo, examinado por la lupa crítica, es innegablemente brumoso, pero no deja de acusar al observador avezado algún oasis atendible —excepción que apenas confirma ¡al rojo vivo! la naturaleza desértica del contorno. Vuestros guiños, que no logra sofocar la etiqueta, adelantan la conclusión: inútil ocultar que he aludido a nuestra imponderable Hortensia y a su *cavaliere servente*, doctor Le Fanu.

»Encaremos con una mente abierta, sin el velo rosado que escamotea

los más mortificantes lunares, sin el insobornable microscopio que los magnifica y subraya, los rasgos y perfiles característicos de muestra pareja de turno. Ella —*place aux dames*, os conjuro, *place aux dames*— está presente: todo bosquejo es pálido ante la opulencia fragante de esa cabellera; ante esos ojos que, a la sombra de la pestaña amiga, tienden sus redes enervantes; ante esa boca que hasta ahora sólo sabe del gorjeo y del *flirt*, de la golosina y del *rouge*, pero que mañana, ay de mí, sabrá de la lágrima; ante ese... qué sé yo. ¡Perdón! El aguafuertista de raza acaba de ceder otra vez a la tentación de lapicear una silueta, un estudio, en unos pocos trazos definitivos. Para describir una Montenegro, un Montenegro, cuchichearán ustedes. Pasemos —la transición es de rigor— al segundo término del binomio. Al emprender el abordaje de esta singular personalidad, no permitamos que nos rechacen la espinosa maraña del cerco vivo y las inevitables *broussailles* de la periferia. A trueque de una fastidiosa fachada que se complace en ignorar las más rudimentarias exigencias del canon clásico, el doctor Le Fanu es todo un inagotable venero de frases cáusticas y de razonamientos *ad hominem*, todo ello sazonado por una ironía de buena ley. ¡Claro está que sólo al alcance de aquellos *amateurs* capaces de pronunciar el *sésamo ábrete*, que hará bajar el puente levadizo y nos deparará los tesoros de la sencillez y de la bonhomía, tanto más aceptables cuanto menos usuales en el comercio! Se trata de un producto de invernáculo, de un estudioso, que une a la sólida argamasa teutónica la inmortal sonrisa de Viena.

»Sin embargo, el sociólogo que todos llevamos *in petto* no tarda en elevarse a una altura considerable. En esta pareja feliz, ya comentada hasta el cansancio por los más recientes *bridges* de... beneficencia, acaso importen menos los individuos —brillantes pero efímeros pasajeros entre una y otra nada— que el volumen ideal desplazado por este *fait divers*. En efecto, el *mariage de raison* a realizarse en San Martín de Tours no sólo dará motivo a una exhibición del poderoso estilo litúrgico de Monseñor De Gubernatis; constituirá también todo un índice de las nuevas corrientes que infunden el vigor de su savia —¡no siempre libre de impurezas!— en el añoso tronco secular de las familias

próceres. Tales núcleos cerrados son los depositarios del arca de la pura y genuina argentinidad; en la madera misma del arca, el doctor Tonio Le Fanu se encargará, por cierto, de injertar los más pujantes brotes del Fascio, sin excluir, a fe mía, las proficuas lecciones de un nativismo bien entendido. Trátase, como siempre, de una simbiosis. En este caso, los átomos interesados no se rechazarán: nuestras familias medulares, tal vez postradas por el más desesperante liberalismo, sabrán acoger de buen grado esta infusión de porvenir... Pero —el orador cambió de voz y de color— he aquí el presente, bajo una forma decididamente atractiva...

Un señor compacto y sanguíneo, indignado y fornido, de módica estatura y de brazos cortos, entró por el balcón y repitió con apasionada monotonía una sola mala palabra. Todos notaron que el intruso estaba como envainado en un traje blanco; Montenegro, menos sintético, se limitó a observar que empuñaba un bastón con nudos; Loló Vicuña de De Kruif, sensible a todos los vigores de la naturaleza y del arte, admiró esa cabeza enclavada directamente sobre los hombros, sin la claudicación de un pescuezo. El doctor Fingermann avaluó en trescientos veintidós pesos los gemelos en herradura.

—Tragá saliva, Mariana, tragá saliva —dijo en un susurro de éxtasis la señorita de Montenegro—. Sos testiga que el Baulito viene a pelear por mí. Por vos no se pelea ni el gaita.

Estimulado por esta indeclinable alusión, el doctor Mario Bonfanti —macrocefálico, deportivo y lanar— le cerró el paso al colérico y no tardó en asumir la posición de guardia del púgil negro Jack Johnson.

—Son de un parto villanos y porfías —dijo eruditamente—. A su batahola, mi caballeroso chitón; a su churriburri, mi rapapolvo; a su denuesto, mi denuedo; a su mangoneo, mi...

Frogman, cuya libretita con lápiz había recogido más de una sílaba de las que emitía (sin duda, en *chamuyo argentinista*) Mario Bonfanti, tuvo que resignarse a desconocer el final de la frase. La dejó irreparablemente inconclusa un sonoro bastonazo del Baulito.

—Piedra libre para don Pesto —aclamó Savastano—. Para mí que al revirarle la napia, le sanó las vegetaciones.

Inaccesible a la lisonja, el Baulito repuso:

—Una palabra más y le arruino esa cara de baticola.

—No sea pesimista, doctor —protestó Savastano, retrocediendo velozmente—. No diga esas cosas tan tristes, que ya me retiro en buen orden.

Tras el impacto de esta frase, reanudó el diálogo iniciado con la prestigiosa Loló.

El doctor Le Fanu se puso de pie.

—Me niego a denigrar esta salivadera, o a Frogman, empleándolos como arma arrojadiza —gritó—. Huya, Mattaldi: mis padrinos visitarán mañana su pesebre.

Un puñetazo de Baulito estremeció la mesa y rompió unas copas.

—¡No estaban aseguradas! —dijo con admirativo pavor el doctor Kuno Fingermann. Se levantó, magnificado por el asombro, tomó al Baulito por los codos, lo elevó a cierta altura, y lo arrojó por el balcón, siempre repitiendo—: ¡No estaban aseguradas! ¡No estaban aseguradas!

El Baulito cayó en el pedregullo, se levantó pesadamente y se alejó profiriendo amenazas.

—¡Una tormenta de verano, *décidément*! —sentenció Montenegro, ya de regreso de la terraza, donde el incorregible soñador se asomara un momento a saludar las constelaciones y a ensayar un cigarro—. Para el observador de alta escuela, el risible final que acaba de asumir este lance denota con sobrada elocuencia lo inconsistente y baladí del suceso. Algún *friand* de emociones fuertes deplorará tal vez que el espadachín que está de incógnito bajo mi impecable pechera no haya salido anticipadamente a la pedana; pero el inveterado analista deberá confesar que bastaron figuras menores para esta subalterna *besogne*. En fin, señores, el fugaz Baulito ha hecho mutis. Muy por encima de éstos *enfantillages* que me resultan francamente pueriles, alcemos la copa y mojemos el bigote sedoso en honor del año, de su pareja y de todas las damas aquí sonrientes.

Loló, reclinando la fastuosa cabellera en el hombro de Savastano, murmuró soñadoramente:

—Bien me dijo esa guasa de la baronesa de Servus que el Bube

Jamboneau era muy sano. Lindo, ahora mismo me devuelve la dirección, que se la paso al judío.

III

—Fuerza es reconocer a tambor batiente —observó Montenegro, encendiendo el tercer *tabaco* de esa mañana— que la escena que acabamos de presenciar, el choque más o menos peligroso de dos aceros toledanos y de dos temples, es un sólido tónico en estos años de pacifismo *à outrance* y de guerras endosadas por Wall Street. A lo largo de una vida proteiforme que todo observador estupefacto calificará, tal vez, de variada, he cruzado el estoque inapelable en esos grandes duelos *ancien régime* que nuestra fantasía de vuelo gallináceo, mediocre, apenas logra abocetar. ¡Confesemos sin un ambage que el más aguerrido dialéctico debe empuñar en la ocasión el argumento de la espada!

—Cerrá el pico, Tegobi, que todavía se te va a enfriar el feca con chele —gritó cariñosamente el doctor Barreiro.

—¡Superfluo! —replicó Montenegro, con bonhomía—. La pituitaria nos advierte que ese diablo de Moka es impostergable.

Tomó la cabecera de la mesa. Ya Fingermann, De Kruif, Barreiro, el Baulito (con parche poroso), Le Fanu (con envoltura húmeda) y el propio Tokman, se disputaban los *croissants* distribuidos a manos llenas por Marcelo N. Frogman, alias Berazategui, sobriamente caracterizado de mucamo.

Un hábil manotón del Potranco frustró la gula del doctor Le Fanu. Lo conminó:

—No te mandés a bodega todos los Terrabussi, morfón.

—¿Morfón? —comentó enigmáticamente Jamboneau Fingermann—. ¿Morfón? Mormón, más bien; ja, ja, ja.

—Apresurándome a admitir, nulo Fingermann, que no basta la posesión de una envoltura húmeda y de una urticaria incipiente para abismarme a la altura de usted —pronunció el doctor Le Fanu—, le

propongo, sin temor a la paradoja, que se traslade al campo del honor y repare ese estólido *ja, ja, ja*, con las armas o con la fuga.

—Veo que usted opera en un campo decididamente alejado de la materialidad bursátil —bostezó el aludido—. Su proposición queda congelada.

Como lo habrá adivinado el lector —sensible como un grumete al primer rolido— la escena que enfocamos ocurría a bordo del yacht *Pouquoi-pas?*, de Gervasio Montenegro, que enfilaba la proa hacia Buenos Aires, dando altivamente la espalda a la coqueta costa uruguaya, *parsemée* de colores y de veraneantes.

—Repudiemos todo necio personalismo —propuso Montenegro—. Subrayemos bien alto que en mi rol, por cierto difícil, de Director de Duelo, el esgrimista no desmereció del hombre de sable, el aristócrata del *salonnard.* Reivindico mis derechos a... este pan de salud.

—Qué tanto director y tanta factura —rezongó el Baulito— si al primer arañazo te demudaste como mate de leche...

—Concedo —afirmó el doctor Le Fanu—. En cuanto a su color personal, evasivo Pérez, no pude precisarlo, ya que usted se desplazaba con entusiasmo hacia la frontera del Brasil.

—Macanas y calumnias —replicó el Baulito—. Si no te salva el gong, te dejo como un puré, cucaracha.

—¿Puré? —inquirió Tokman, interesado—. Yo siempre doy mi voto a los farináceos.

Pero Barreiro ya intervenía con discreción:

—Acábenla, microbios. ¿Cómo no manyan que aburren?

—Más aburrido quedarás vos, cuando de un saque te haga tomar un baño de asiento en el agua dulce —explicó el Baulito—. Rendite a la evidencia: mirá la cara de perro que tiene el punto y después asombrate de que yo ladre.

—Eso del perro me hace pensar en otra macana —reflexionó el Potranco—. Vez pasada, por ensayar la vista en lo del afeitante, me dio la loca y me puse a leer un cuentito en colores del Suplemento. Le habían puesto *El oráculo del perro*, pero no era gracioso. Se mandaba el caso de un tipo con traje blanco que lo encuentran en estado fiambre

en una glorieta. Vos te rompés el mate con la idea fija de cómo se las ingenió el criminal para espiantar del recinto, porque había una sola arteria de acceso que la vigilaba un inglés de pelo colorado. Al final te convencen que sos un crosta, porque un cura descubre la matufia y te ponen la tapa.

Le Fanu protestó:

—Al misterio hipotético de esa fábula, nuestro centauro agrega el misterio auténtico de una exposición embrionaria y de una sintaxis cuadrúpeda.

—¿Cuadrúpedos? —inquirió Tokman, interesado—. Yo siempre digo que el trencito del Zoo encarna la derrota definitiva de la tracción a sangre.

—Sí, pero si fuera tirado por una larga fila de animales, economizarían combustible —observó Fingermann—. ¡Aun así cuesta diez centavos!

El doctor Barreiro exclamó:

—Dejá pasar esos diez centavos, Jacoibo, que todavía te van a tomar por judío. Total, la maquinita de hacer pesos no se te espianta.

Miró beatíficamente al doctor Le Fanu. Éste lo interpeló:

—Por enésima vez, piafante jurista, compruebo que el *argot* y el solecismo no lo abandonan. Sofrene ese entusiasmo solípedo: mientras usted persista en ser la sombra de tan rechoncho Bube, yo me resignaré a ser la suya.

—Suerte negra, muchachos —comentó Barreiro—. Me tocó una sombra con monóculo.

Montenegro intervino, soñador:

—A veces el *causeur* más ágil pierde la liebre. Una elegante distracción en la que intervinieran, sin duda, cierto disculpable desdén y las cavilaciones de un cerebro que anida muy en lo alto, me ha forzado a perder algunos *replis* del diálogo que aviva nuestro simposio.

No todos los presentes habían avivado el simposio. Hasta el lector habrá advertido que Bimbo De Kruif, fijos los ojos en una verosímil paloma de carne de membrillo, no había articulado ni un monosílabo.

—Ufa, De Kruif —relinchó Barreiro— si se te rellenó la boca, ¿por

qué no diste parte? No te hagas el cine mudo, Barbone, que somos pibes modernos.

Montenegro lo apoyó decididamente.

—Hago llegar mi palabra de estímulo —dijo, acometiendo su cuarta *brioche*—. Ese mutismo exagerado es siempre una máscara que el hombre de buen gusto reviste en la soledad, pero que se apresura a arrojar en cuanto se sumerge en el círculo de los grandes amigos dilectos. ¡Un *badinage*, un *potin*, estimado Bimbo, siquiera un *mot cruel*!

—Vino mudo como el toro agachado que le pesan los cuernos —comunicó al universo el doctor Fingermann.

—Mutile su metáfora —propuso Le Fanu—. Substituya toro por buey: su epigrama ganará precisión, sin perder chabacanería.

Pálido, impasible, remoto, De Kruif articuló:

—Una palabra más contra mi señora, y los beneficio como a cerdos.

—¿Cerdos? —inquirió Tokman, interesado—. Yo siempre digo que para valorar el ganado porcino no basta consumir un alto de sándwiches de lechuga en la Confitería del Gas.

IV

Referidos los hechos anteriores, no sin alguna ojeada sardónica a los grandes panoramas contemporáneos, Montenegro se resignó a fumar el último *La sin bombo* de Frogman e invocó su flamante afonía para ceder la palabra a este cacique.

—Póngase usted en mi camiseta, señor Parodi, comprenda mi caso —susurró Marcelo N. Frogman, alias Caño Maestro—. Le juro por las termas de Cacheuta que esa serata los muchachos estábamos más contentos que si yo hubiera olido un queso. Bicicleta, que es un globero serio, pasó el dato, confirmado ratos después por Diente de Leche, que se atiene a repetir todas las milanesas de Bicicleta, que la misma noche del crimen el doctor Le Fanu se trasladaría de San Isidro a Retiro, so pretexto de ver en el cine Select Buen Orden la cintita patriótica que se obtuvo cuando el desfile de los gauchos en el Balneario. Compute usted

a ojo de buen cubero nuestro entusiasmo: algunos con la mieditis de que los batilanas divulgaran que habíamos desertado todos a una de esa cita de honor, hasta proyectamos trasladarnos en masa al cine Buen Orden, que está a la vuelta, para ver de cerca al doctor Le Fanu viendo la cinta de los gauchos que, con el cebo de la producción Ufa *Gimnasia para el adulto de clase media*, la encajaban de contrabando como chasco de relleno, aunque más de uno levantaba una silbatina que si yo concurro pienso que los tenía alterados mi sobaquina. Claro que después pasó lo de siempre: el fantasma de la boletería bastó para enfriar los ánimos de los más, aunque otros se desacataron escudados en razones de peso: Diente de Leche, por carencia de una confirmación oficial de que el Trompa concurriría; Golpe de Furca, que es el carnero de la disciplina, porque lo encandiló el espejismo (presentado bajo el contorno atractivo de una invitación de cartón) que en las esquinas de Lope de Vega y Gaona distribuían cucharones de sémola al suertudo que se mandara su acto de presencia; Tortugo Viejo, alias Leonardo L. Loiácomo, porque un escorchador anónimo le confió por teléfono que el padre Gallegani firmaría en persona, desde un tranvía sin acoplado, especialmente fletado por la Curia Eclesiástica, un retrato postal del Negro Falucho. Yo mismo, para sacarme el lazo, aproveché que tenía que rumbear a San Isidro pedaleando como un Mono Pancho en mi Automoto. Pucha que el indio goza afeitando los ómnibus con la bicicleta y corriendo carreras con los nenes patinadores, que a las primeras de cambio lo dejan cola, sudando la gota gorda dentro de su ropita de abrigo. Yo ya estaba lustroso de cansancio, pero no me caía de los manubrios porque me sostenía el orgullo argentinista de ver en carne propia lo grande que es la Patria, y eso que a gatas había llegado a Vicente López. Ahí opté por echar una cana al aire y me entré lo más ladinazo, que no me recogieron en carretilla porque no había ninguna, en la popular parrillada El Requeté, donde en vez de la fuentada de mazamorra con pancito para hacer sopas que reclamé de prepo, taimadamente me rellenaron de guiso de garbanzos, que si no protesté como un marrano fue para no fomentar esas reacciones del mozo, que saben ser tremendas. Me zamparon encima hasta media botella de

Hospitalet, que cuando tuve que abonarla seguí viaje más soliviado, porque mi camiseta con mangas ahora lo tiene calentito al patrón.

—El destino de ese *restaurateur* —observó Montenegro— es, a todas luces, mefítico. Bajo la especie francamente atractiva de una camiseta con mangas usted le ha inferido, más bien, una moderna túnica de Neso, que le asegurará —¡para siempre!— esa soledad que es privilegio incuestionable del zorrino de nuestros campos.

—Con esa verdad tamaño bollo me distraía yo —admitió Frogman—. Claro que el indio, cuando estrila, se pone como un tuto y yo no trepidaba en imaginar una porción de venganzas, que si ahora se las divulgo, ustedes se reirán como unos gorditos. Les juro que a no ser por el gran invento argentino de las impresiones digitales doy la cara y le pongo un anónimo al vascongado, con el firme propósito, eso sí, de no volver a inmiscuirme en la parrillada, no fueran esos déspotas a darme mi lugar. La misma decisión con que di la espalda a Vicente López me hizo llegar como en manomóvil a San Isidro. Sin tan siquiera resolverme a hacer pis contra un arbolito, no fuera algún menor de edad a tomar posesión de la bicicleta haciendo caso omiso de mis más lastimeros ayes, llegué como por un tobogán a los fondos de la quinta con glorieta de la señora De Kruif.

—¿Y qué andaba buscando a esas horas por los bajos de San Isidro, don Mono Pancho? —preguntó el investigador.

—Usted pone el dedo en la nana, señor Parodi; yo buscaba cumplir con mi deber y entregar en las propias manos del señor Kuno un librito-aguinaldo, que le mandaba nuestro presidente, la obrita cuyo nombre lleva por título un letrero en jeringoza.

—¡Una tregua —imploró Montenegro—, una tregua! El trilingüe abre fuego. El opus en cuestión es *La incredulidad del padre Brown*, en el más hermético de los textos anglosajones.

—A fuerza de hacer ruido de tren con la boca para distraerme —continuó Frogman—, llegué sin darme cuenta, con la cara lavada por el sudor y las piernas tan blandas que más bien parecían de queso fresco. Chucu-chucu-chucu hacía yo, cuando casi caigo redondo, porque en eso me veo un hombre apurado trepando la barranca como si jugara a la

mancha subida. En esos trances en que usted se olvida hasta de Tupac Amarú, yo nunca dejo de contar con una válvula de escape: la fuga incontenible, torrencial, a campo traviesa. Esa vez me retuvo el miedo de la raspa merecida que el doctor Le Fanu me daría sin asco por no haber entregado su librito. Sacando coraje de la mieditis, lo saludé como un animal amaestrado, y recién me di cuenta de que el desconocido que subía era el señor De Kruif, porque la luna le daba en la chiva, que la tiene colorada.

»¡Mire que el indio es pillo, señor Parodi! No bien el señor De Kruif no me saludó yo manyé que me había reconocido, porque hay cada urso que si lo deja sin el saludo le afeita la barba y bigote de un tirón gratis. Conmigo es otra cosa porque ya se sabe que el miedo no es sonso ni junta rabia.

»Yo seguí hecho un bacán, claro que suspendiendo mi chucuchucu para otro carnaval, no fuera ese barbita a pensar que yo me había desmandado a tomarlo para el fideo y a descargar su cólera. Salí marcando tiempo, que más me hubiera valido quedarme quieto como un conejo embalsamado, porque me viera usted, trepando por una montañita-sorpresa que después tuve que desatascarme del barro y salir de la zanja que si me divisan ustedes me toman por un candombe.

»¡Qué julepe se pegó un servidor! La montañita vino a ser la pancita del doctor Le Fanu, que yo sin pedir permiso pisé, pero él no me mandó a la misma miércoles porque estaba más muerto que un bife con papas fritas. Obstruía la vía pública de espaldas, con un buraco tamaño dedo gordo en la frente, que es por donde le salía la sangre negra que ahora le encostraba la cara. Yo me encogí como un rulito cuando vi que era el Trompa, que estaba lo más cafisho, con el chaleco blanco y polainas ídem y el calzado marca Fantasio, que poco me faltó para gritar *resaca y tierra negra para las plantas*, como en el tango cómico, porque los tamanguses me recordaron la fotito del señor Llambías en persona, instalado como un magnate en el barro medicinal de Huincó.

»Yo tenía más miedo que leyendo un cuentito con enfadados, pero esa tregua duró poco porque en seguida se me puso entre ceja y ceja que el doctor De Kruif también había maliciado que el criminal andaba

suelto por ahí y por eso no había trepidado en salir como cohete. Yo me mandé una ojeada panorámica jefe, que no pasó del quiosco-glorieta, porque ahí la vi poniéndose en fuga a la señora De Kruif con el pelo suelto.

—La intervención del gran pincel es impostergable —observó Montenegro—. Subrayemos la simetría de su dibujo: dos personajes detentan el plano superior; dos, el inferior. En la cumbre aérea de la barranca, Loló Vicuña, soberanamente destacada por un justo enfoque lunar, se retira, *blasée*, del vano *quid pro quo* policíaco. Gallarda lección para el esposo que, asimilado a las tinieblas afines, huye por la mediocre ladera, movilizado por quién sabe qué justificado *souci.* Lejos de nosotros aguardar, estimable Parodi, que la base corresponda a la cúpula. La enturbian dos figuras rudimentarias, mal desligadas todavía del impuro fango fluvial: el cadáver, de quien fuera futesa esperar siquiera un latido, y el vejete pueril que nos depararan ¡presente griego! los albañales de Varsovia. Rubrica el cuadro el velocípedo del *aztèque,* o más bien del *métèque.* ¡Ja, ja, ja, ja!

—¡Santas palabras, mi amito! —exclamó Marcelo N. Frogman, alias El Fondo A La Derecha, batiendo palmas—. Le prometo que yo quedé como leche cortada. ¿Quién hubiera reconocido en mí al gran jovial, al ciclista desinteresado, que atravesaba la noche en Automoto, confiando a los pueblitos periféricos su inofensivo chucuchucu?

»Yo me consagré por entero a emitir chillidos de auxilio, claro que *sotto voce*, no fuera cosa de que me oyese algún apolillante a pierna suelta o tan siquiera el criminal. Luego me llevé un susto que ahora que estoy sentado en este cuartito me río buenamente al recordarlo. Lo más campante, con el perramus recauchutado y el sombrero-galera de su propiedad, se me apareció con guantes carpincho y bastón de media estación el doctor Kuno Fingermann, silbando el tango *A mí nunca me mordió un chancho*, sin respeto ninguno por el difunto, a quien en la natural distracción ni siquiera había junado. Yo me hago cruces y me mando una ducha de agua bendita si me da por pensar que ese paquetón mofletudo cayó como un chorlito en el teatro mismo del acto de violencia, donde a lo mejor detrás de cada pastito acechaba un

bandallo capaz de julepearme... Claro que yo en seguida no pude hacerme esa composición de lugar, porque sólo tenía ojos para el bastón en el que se apoyaba como un pobre lisiado ese Trompifay, que aun antes de tirar en el cantero al niño Baulito yo lo respetaba más que al señor de la calesita, que siempre está bicha que bicha para que yo no circule gratis. No pierda el equilibrio, señor Parodi, grabe este despropósito en el cacumen: en vez de esas palabras vulgares, sencillas si se quiere, que el acto de presencia del mortadela hubiera debido dictarle, ese morfón de natas me tomó por la corbatita con los colores del club K. D. T. y me dijo con la cara tan cerca de la mía que se miraba en mi frente como en un espejo: "Usted, Agua Abombada, que más bien podría llamarse Aguas Servidas, gíreme a la vista el importe que le abonaron para espiarme, ya que lo sorprendí *in fraganti*". Yo, con la ocurrencia de distraerlo de ese feo propósito, me puse a entonar el cantito escolar a mi bandera del teniente segundo de zapadores interventor, pero perro porfiado saca mendrugo, porque a las primeras de cambio me soltó la corbata con la distracción y se quedó mirando al extinto, que ya estaba al margen de la Historia, como quien dice. Viera la cara de azorado y de pompa fúnebre que se mandó. Si lo oye hablar, usted se ríe como si yo me diera un golpe. "Pobre hermano", dijo con la voz de cemento portland, "morir el día que las acciones subieron medio punto". Mientras lo quebraba un sollozo seco, yo aproveché hasta un par de veces para sacarle la lengua, claro que a sus espaldas y emponchado en las sombras de la noche, no fuera ese lágrima viva a notarlo y a enseñarme un poco de respeto con la mano pesada. Yo en todo lo que sea mi seguridad personal me cuido como pintura fresca, pero en materia de infortunios ajenos, soy más bien un soldado: usted me ve sonriente en la brecha, como si no pasara tal cosa. Pero esa vuelta, de poco me valió el estoicismo porque antes que pudiera encaramarme en la bicicleta para emprender rumbo a casita mi alborozado chucu-chucu, ya me había cazado de una oreja el doctor Kuno Fingermann, sin fijarse que después en la mano se le iban a pegar las moscas. Entonces sí que me se bajaron los humos. "Comprendo", dijo. "Usted se fatigó de que lo tratara como a suela de zapato que es;

tomó un revólver que ahora ha despistado en el barro y se lo explotó —pum, pum, pum— en la frente". Sin favorecerme con una yapita de asueto para que yo me mandara un pis en el bombachón, se puso ese *Platero y yo* en cuatro patas, con la pretensión de encontrar por chiripa el arma de fuego, como si fuera el comisario Santiago. Yo lo sobraba lo más serio, tratando de pensar, para regocijar el espíritu, en un Patoruzú de franela para mí solo. Pero, en el entretanto, no le quitaba los ojos con la esperanza de que el revólver que encontrara fuera de chocolate y me cediera todo el papel de plata y un pedacito. ¡Qué chocolate ni qué revólver iba a encontrar ese comilón en el callejón! Lo que sí encontró fue más bien un bastón de longitud de 0,93, en malaca, de estoque, que sólo un chicato hubiera confundido con otro de propiedad del finado doctor Le Fanu, y que resultó ser el mismo. Ver el bastón del ruso y asustarme con él fue todo uno, porque me dijo que el gusanófilo lo había portado para atajarse, pincha que pincha, mis topetazos, pero que yo le firmé la boleta —pum, pum, pum, pum, pum, pum— de un solo balazo. ¡Ahijuna que el indio es zorro! Lo dejé tecleando con la respuesta. Le chanté con arrojo la gran verdad de preguntarle si él creía que yo era hombre de atacar por delante. ¡Suerte maula!, no se dejó ablandar ni ante mis lágrimas ni ante los noventa milímetros de pantomima acuática que se mandó el chubasco en ese momento y que por poco me despega la costra y me pasmo todo.

»Montó como un veterano en la Automoto y, siempre agarrado de la oreja que me la aplanaba contra el manubrio, tuve que chapalear a su lado hasta tener el gusto de divisar la lucecita de la comisaría donde los guardianes del orden me dieron una buena felpeada. A la mañana siguiente me convidaron con un mate frío y, antes de baldear con el desodorante todo el local, me tomaron juramento de que no aportaría más por ahí. Saqué permiso para volver de infantería hasta Retiro, porque la bicicleta la confiscaron para que saliera retratada en un diario del Hogar Policial, que no pude adquirir para satisfacer mi legítima curiosidad porque lo dan por cinco centavos.

»Nunca me acuerdo de decirle que en la comisaría el vigilante con catarro fue destacado para revisarme antes de tomar su baño los

bolsillos. Levantaron un censo del contenido, que aunque yo maliciaba *grosso modo* lo que iban a encontrar no les decía ni mu para traer con mi astucia el confusionismo. Sacaron tantas cosas que yo me suelo preguntar si soy el canguro, o más bien una comadreja que es cien por cien argentina y está cerca del quiosco donde se expende en cartuchitos de papel el maní. Primero los sorprendí fácil con la pajita para tomar refresco en las confiterías; después, con el borrador y las correcciones de una tarjetita postal que iba a remitir a Diente de Leche; después, con mi *brevet* de indio, de la A. A. A., del que más de una vez debí renegar ante la sospecha de que me levantara la voz algún extranjero; después, con el merengue seco que llevo para no quedar todo bañadito en la crema; después, con unas moneditas de cobre que ya están blandas con el uso; después, con un ermitaño-barómetro que se asoma de la garita cuando entran a dolerme los cagliostros; por último, con el libro-aguinaldo que el señor Tonio le expedía al señor Chancho Rosillo Fingermann, firmado por el doctor Le Fanu. Yo me río que con el movimiento usted me discute que soy el Flan Gigante y si no se me rompe el labio es porque le pongo manteca, de que esos pánfilos que, cosa de entrar un poco en calor, me habían propinado un pesto liviano que cuasi me desmontan del esqueleto, tuvieran que rendirse a la evidencia de que yo portaba un libro-mosterio que estaba en idioma que ni Dios pescaba ni diome.

V

A los pocos días el doctor Ladislao Barreiro, alias el Potranco Barreiro, alias Estatua de Garibaldi Barreiro, entró en la celda 273, tarareando el tango-milonga *El Papa es una fija.* Se alivianó de un pucho y de un salivazo, tomó posesión del único banco, puso todos los pies en la cucheta reglamentaria y luego de limpiarse una uña con el cortaplumas que echamos de menos aquella noche, vociferó entre dos bostezos y el bufido de práctica:

—Está en su día, don Parodi. Aquí le presento al doctor Barreiro:

puede mirarme como a su padre en el asunto R. I. P. Le Fanu.

»Usted, donde lo ven, se da el lujo de haberme sacado del Garibotto, donde al propinómano le encajan un feca netamente recalentado, negro a fuerza de dedo. Atájese este resumen: los tiras me tienen putrefacto y empiezo a quedarme en llanta. Pero yo me digo: reíte, Rigoletto, y el abajo firmante no se duerme en los laureles; cacha el ghifún y el invernizzio, se instala en el ocho en línea, y se manda cada visita que ni viajante del Boccanegra. Así ha juntado una porción de datos que usted se queda como colonia de niños débiles y no sabe para dónde agarrar. La buena sudada ya la efectué; para lo que falta, hasta un sonso; yo le endoso los datos, usted sienta plaza de batería de cocina y listo el orpington leonado. Empecemos por el judío, que siempre viene a ser una obsesión entre ceja y ceja: no me descuide al quimicointas Jamboneau, que es el tigre de las tostadas. ¡No es de los que se achican en el Peduto cuando el de olor a pata viene con la tapioca senza garbanzos! Si usted lo viera embalsamarse de pan lactal, cuando no de torrejas o pan rallado, se corre a la farmacia Scannapieco, y le prohíben la balanza, visto y considerando el adiposo. Ema, la hermana del Sinagoga, que la conozco por foto de lengüita, es otra hincha de la manyatina y le dio Firestone a Le Fanu, que en *illo tempore* era el taita de *Unter den Linden* y ahora entregó la pascualina. La tipa, so pretexto de los trillizos, que ya eran la alegría de los abuelos, lo llevó fácil al registro, cortando de raíz los movimientos migratorios que ni siquiera maquinaba el otario. El punto le dio el apellido a la Fritza, le abrió un departamento en pleno riñón de una barriada posta, le conchavó una familia de sordomudos que lo mismo servían para desatascar el de marmolina que para obstruir el paso a los tíos carnales, le sacó un abono de acomodadora para la carrera de los seis días y sin esperar el resultado se metió como un buraco en la Academia Kierkegaard de Prestidigitación Holandesa: asignatura a la que debió renunciar, debido a que se repatrió a esta República en un buque de hacienda en bretes, acondicionado en una valija de cuero imitación, de proporciones en las que está probado que no cabía. Medio se desentumeció en el Alvear, donde unos masajistas ortopédicos lo pusieron en forma, y casi me lo

convierten en Asplanato, el Hombre Culebra. Globos y fiorituras aparte, ¿qué hace el tipo derecho cuando un careta espamentoso le da el puro de oliva a su hermana, aunque sea una Ribecas desorejada, dejándole la panza como zapallo, y la cuenta del Atmosférico por encarar, en un barrio que hay que sacar patente de tirifilo para pasar como un zumbido? Cacha el piróscafo en Hamburgo, se manda un patronímico fantasioso y desembarca hecho un animal con polainas en el Hotel Ragusa, donde vegeta oscuramente hasta que un pibe pierna le pasa la idea fija de chantajearlo suavecito al cuñado. Al año se saca la lotería: el cuñado, alias Le Fanu, resuelve maridarse con la Pampita, en categoría de bígamo, abriendo nuevos horizontes proficuos a las actividades del caso. Tanta leche le trastorna el marote: en el calor del petitorio se le va la mano y se malquista feo con la propia incubadora de los huevos de oro.

—Pare el zaino, joven —observó el criminólogo—. No se me pierda como bollo en un gordo. Le pido una aclaratoria: ¿usted me habla como un pitoniso, de pálpito, o esa fábula tan cantora tiene algo que ver con el sucedido?

—¿Cómo no va a tener que ver, don Ushuaia, si ahí los tiene al Jamoncito y al extinto en un *clinch* cerrado? Le pido que me crea al peso: el indio Frogman, que es un testigo Marca Chancho y que lo tenía atravesado en el de hacer gárgaras al *reverteris* Le Fanu, se mandó una declaración que hace *goal*: haciendo caso omiso de intrusos que no vienen a cuento, el primer accesorio con que topó, acto continuo de manyar el cadaverino, fue —reserve un pullman para la sorpresa bomba del día— el *delikatessen* de importación Jamboneau. Con usted, viejito, que me está resultando un Sexton Blake en camiseta, va muerto el que le venga con el floreo de que el judío era un transeúnte casual. Ah, tigre, usted a mí no me engrupe; ya está por mandarse el explosivo de que el asesino es el israelita que le hizo estirar la pata. Mire, usted me clasificará de colifato, pero tan siquiera en este punto estamos de acuerdo. El asesino es Kuno Fingermann, ¡ja, ja, ja!

Con el incontenible dedo índice, el doctor Barreiro ensayó unas estocadas festivas en el abdomen de Parodi.

—¡Salutaris, galerómano, salutaris!

Este último epigrama de Barreiro no se dirigía al inamovible detective, sino a un sólido caballero obeso-pecoso, que portaba sin afectación una galera fumigada, un cuello marca Dogo, con devolución a hora fija, una corbata de látex inodoro, guantes Mole, con dedo gordo, un cigarrillo Cacaseno, en buen uso, un sobretodo-pantalón de confección Relámpago, polainas de fieltro animal Inurbanus, y botines Pecus, de cartón para estopa. Este financista era Kuno Fingermann, alias Marsopa Fingermann, alias Cada Lechón.

—*Zait gezunt un shtark*, compatriotas —dijo con una voz de argamasa —. Bajo un punto de vista transaccional, esta visita comporta un déficit que propongo al mejor postor. Dado el pulso de la plaza, ustedes computarán en metálico el coste del más leve relajamiento de mi ojo clínico sobre el panorama bursátil. Yo soy materialmente un tanque en línea recta: enfoco una sensible pérdida, pero a condición, ¡qué canastos!, de resarcirme con usura. No soy un quimérico, señor Parodi: le someto un proyecto ya estructurado, del que paso a dar cuenta con mi consuetudinaria franqueza, porque lo registré sin más trámite y el doctor Barreiro no podrá sorprender mi buena fe, quiero decir robarlo.

—Qué te voy a robar, qué te voy —rezongó el jurisconsulto—. Si no te queda más que la caspa, para hacer Brancato.

—Usted me juzga mal, doctor, al presentarme una polémica que no va a engrosar mi peculio. Al grano, al grano. Conglutinemos nuestra potencia, señor Parodi: usted pone la materia gris, yo la retaguardia en efectivo, y abrimos un despacho central, con todos los dispositivos modernos, de investigaciones confidenciales y policiales. Lo primero, un dique a los gastos: corto el nudo gordiano de la carga del alquiler: usted sigue aquí, como si tal cosa, a cargo del gobierno. Yo me movilizo...

—A pata tendrá que ser... —interrumpió Barreiro— si no te llama el negocio del queso.

—O en su coche automóvil, doctor Barreiro, ahora que usted procedió a la recolección en Warnes. En cuanto a esa ropa que por el momento lo engorda, abra el ojo, no vuelva usted a ingresar por

derecho propio en la fila de los nudistas.

Barreiro arbitró con magnanimidad:

—No tirés el chivatazo, don Varsovia. Ahora que te pusieron la chapa de pato crónico, no te desacatés, mascafrecho.

—Mi primer aporte a nuestra razón social —prosiguió, impasible, Fingermann, dirigiéndose a don Isidro— es la formal denuncia del malhechor. A usted, Parodi, le traspaso esta confidencia que podrá confirmarla hasta el punto de saturación en las crónicas pertinentes de los periódicos. La noche misma del suceso, ¿con quién topo en los perímetros del cadáver? Con ese progromizable Frogman, que me tuvo que acompañar a la comisaría en su calidad de sospechoso. Mi coartada no admite solución de continuidad: yo me transportaba a pie por el bajo, cosa de no perder el quiosco gratis de la frau Bimbo De Kruif. Usted ya está rumiando en la caja craneana que el caso Frogman es muy otro. No seré yo el que voy a combatir su idea fija de que Frogman es el asesino. Ese Maenneken Piss se fatigó de que el sacrificado lo tratara como la suela de zapato que es; tomó el revólver que los policistas no supieron percibir en el barro y se lo explotó en la frente: Pum, pum, pum.

—Rusómano, sabés que te encuentro acertado —comentó calurosamente Barreiro—. Vení que te dé una palmada para que se te bajen las grasas.

En eso entorpeció la celda un tercer caballero: Marcelo N. Frogman, alias Cebolla Tibetana.

—Carambita, señor Parodi, carambita —dijo con dulcísima voz—. No me rete por haberme presentado en el veranillo, que es cuando me pongo más rancio. A usted, doctor Barreiro; a usted, doctor Kuno, si no les doy la mano todos saben que es para no engrudarlos, pero guardando la distancia les pido la bendición, padrinos. Un ratito, que me pongo en cuclillas; otro, que se me pase la miedorrea de entrar en su domicilio penal, señor Parodi, y de abocarme a estos dos mentores, que lo mismo ayudan con un consejo que con un coscorrón. Yo siempre digo que es mejor que a uno lo castiguen de entrada, y no estar en el banco de la paciencia esperando el primer tincazo.

—Si querés que te carbure, no espero el petitorio —dijo Barreiro—. Por algo me llaman el pibe Pestalozzi.

—No me conceda tanta beligerancia, doctor —razonó el indianista—. Si quiere darse el gusto de sacarme la chocolata, ¿por qué de un contragolpe no le mete la ñata para adentro al doctor Bonfanti?

—Ahora que soy un fabulista que habla con animales —dictaminó Parodi—, le voy a preguntar si también usted, don Lugar Sagrado, me viene con el dato de quién le dio el pase al extinto.

—Me pongo tan contento que se me cae la boca con la baba —aplaudió Frogman—. Por eso vine patinando hasta aquí en la grasita de los pieses. Vez pasada me dormí comiendo salame y mandado a guardar en la Cuchita que ni asomaba el resuello, tuve un sueño que es cómico porque vi como en letras, que hasta un anteojudo las ve, toda la jugarreta del crimen y me desperté temblando como Pancita de Gelatina. Claro que un charrúa de ley, como este servidor, no se fatiga el coco estudiando sueños y lobizones. Hace tiempo que sin permitirme ni un ay, les hincho los movimientos a los gallegos. Yo le suplico a pie juntillas, señor Parodi, que se embuche el infundio que le mando si ahora lo dejo como un pollito deshuesado con la noticia de que había un traidor en la tribu. Como siempre, la maroma se vino con el problema del cucurucho. Usted sabe, el colega Bicicleta festeja el 9 de mayo como un monótono, porque ese día es el cumpleaños. Nosotros vuelta a vuelta lo sorprendemos con un cartucho de surtidos. Con la escoba tiramos la suerte a quién le tocaba ser el valiente que ocurriera a la Caja de dos a cuatro para solicitar del tesorero el importe del confitero. ¡Le tocó a un servidor! Mi testigo es el mismo tesorero, doctor aquí presente Kuno Fingermann, que no me dejará mentir si les digo que me sacó a media rienda con el dato que no había meneguina para entintar los boletines de propaganda, cuantimás para que nos enmeláramos todos. Yo les levanto a ustedes la encuesta: ¿Quién operó, esa vuelta, el desfalco? Hasta un gringuito nene lo sabe: Mario Bonfanti. Ustedes, claro que me dejarán más mudo que buzón colorado, con el retruque fácil de que Bonfanti era el tigre del nativismo, como lo está cantando este recorte a dedo, arrugado, de nuestro hebdomadario

jeringa, *El Malón*, que ya no levanta cabeza, dijera el Nano Frambuesa: "Quienes azacanadamente regruñen que es de novacheleros el afán de sopalancar y engreír la novísima parla indocastellana, muy a las claras patentizan su mustia condición de antañones, cuando no de pilongos y desmarridos".

»Ustedes me joden fácil con el movimiento de pinzas de que Bonfanti está recubierto por la ropa interior de punto unido, que más bien parece una oveja de lana entera, que no precisa recurrir al desfalco, pero yo por milagro me les escurro y antes de esfumarme en la lontananza, respetuosamente bato: Vuelta a vuelta bastaba que un servidor se derritiera en un mar de lágrimas o arrancara de la gargantina u garganta un sollozo viril, para que el gallegáceo me cediera la chirolita para el queso cuando no un cartuchino de migas para el pájaro al paso que yo, atento a la pancita, aprovechaba para hacer sopita. Por algo siempre me decían que meter llave en cerradura era abusarse al riesgo cien por cien de operarme gratis las cataratas, cuando no de rasguñarme el ojito que ocupaba su puesto lo más atento. Yo no les voy a negar que al sólo olor de las chirolas, o a su peso en queso, yo me reía como si viajara en tranvía; pero también me daba cuerda la ilusión de desenmascarar a ese pródigo con la biyuya ajena. No me venga con la historieta en colores que un hombre que ha sudado la gota gorda para ganarse, honesta o deshonestamente, el centavo, no va a despilfarrarlo después con el primer farabute que le manda la parte. Para mí que la pescó el que hace nono en la Recoleta y que el franquista lo mató con el matagato para que no les batiera la mugre a los vigilantes.

La puerta de la estrecha celda se abrió. A primera vista, los apretujados creyeron que el nuevo intruso era un gallardo antropomorfo; minutos después, el juicioso desmayo de Marcelo N. Frogman, alias Pobre Mi Napia Querida, corrigió ese ligerísimo error.

El doctor Mario Bonfanti —que, según su donairoso decir «maridaba la rauda gorra-visera del chófer con el guardapolvo talar del tragalibros papandujo cuando no del desarrinconado viajero»— se introdujo en el angustioso recinto, salvo hombro izquierdo, brazo derecho y mano

tenaz que empuñaba su buen busto alcancía de barro cocido: ¡un don Federico de Onís a todo color con el que hiciera sus primeras armas de artifex ese protagonista de la cacofonía y del caos que porta con su frente bien alta el apropiado nombre de Jorge Carrera Andrada!

—Buenos días tengamos todos; yo en la boñiga hasta los codos —dijo oportunamente Bonfanti—. Echará usted más rebufes que jarameño, maese Parodi, al ver que sin decir oxte ni moxte me he zampuzado aquí de hoz y de coz. Clamo y proclamo que no es escrúpulo de Marigargajo el que me empoza, mal de mi grado, en el tótum revolútum de ese zaquizamí. Un puntillo encomiable me espolea: el cesáreo mandato de la honrosidad. No hablo de papo si le digo que para encobijar a terceros de las zafias embestidas de la facecia, no he vacilado en imponer un paréntesis de galvana a mis eruditas fajinas de catedrático. Bien dijo nuestro José Enrique Rodó que renovarse es vivir; yo mismo, días ha (para ser más exacto, el día preciso en que aquel enfadoso Le Fanu las pagó todas juntas) quise desmomificar el caletre, desmocarme de telarañas y de antiguallas, jubilarme de cachivache y lanzar la primera de una sarta de chácharas caprichiformes que, bajo un barniz de camelo, dan al traste con la cautela del avisado y le hacen engullir sin bascas la acerba píldora de una saludable doctrina. Esa tarde harto me refocilaba yo con el designio de cabecear un sueño, repantigado en las retahiladas butacas del Select Buen Orden, que no las pergeñara mejor el propio Procusto, cuando me descuajó de ese nimbo un telefonema suasorio, que en menos que baila un conde desapareció tan malogrado proyecto. Ni la sesuda plana de Samaniego sería poderosa para pintar mi alborozo. En efecto, telefonaba en mi oído la voz inconfundible de Francisco Vighi Fernández, quien, en nombre del personal de limpieza del Ateneo Samaniego, me comunicaba haber sido aprobada por mayoría de uno la ponenda de que yo dictara esa misma noche una adoctrinada conferencia sobre el alcance paremiológico de la obra de Balmes. Sin ambages franqueaban a mi facundia el atestado paraninfo de esa casa de estudios, que, sin dársele una higa del reburujado rebullicio de la urbe, erige, airosa, su fachada en las postrimerías del futuro Bosque del Sur. Otro que yo, ante lo perentorio del plazo, se

hubiera desgargantado a zollipos, no así el filólogo calibrado para estas lides, que tiene domeñado ya a su fichero y que, en un santiamén, de cabo a rabo ordeña las solapas del mamotreto pertinente de J. Maspons y Camarasa. Espíritus llevadizos, voltarios —el propio De Gubernatis, generalicemos— suelen despellejarse de risa ante el solo membrete, marbete, sello, rótulo o rotulata, de esos ateneos periféricos, pero fuerza es reconocer que los muy taimados suelen en ocasiones evidenciar que saben más que Lepe, que no ladran porque no se estila, y que, en trance de elegir un orador bonísimo, no se trabucan y me echan el anzuelo. Antes que la maritornes plantificara en mi mesa escritorio el condumio de callos condimentados con salsa ravigote, a los que muy presto siguió la consabida fuente de callos a la leonesa, con su sal, su cebolla y su perejil, había yo rematado en una prosa más nutricia que el tercer plato —callos a la madrileña— unas ochenta fojas de enseñanza, de noticia, de gracejo de seminario. Las releí, las adobé de chascos vascongados para desarrugar el ceño de los Aristarcos o Zoilos, me descerrajé un par de azumbres de caldo de pescado, a las que mitigué, ya envainado en camisetas, con humeantes tazones de chocolate con soconusco, y partí, acogotado por las bufandas, en un concurrido tranvía que echaba raíces en las calles que ablandaba el estío.

»Apenas hubimos dejado a la zaga la parte trasera de los fondos de la Oficina Recaudadora del Producido de la Enajenación de los Subproductos Seleccionados de los Residuos Domiciliarios cuando a la densa población de basureros que henchían por igual, asientos, plataforma y pasillos, se cumuló una pertinaz turbamulta de acopiadores de aves y huevos que, no desprovistos de jaulones donde sabían a gloria los cacareos, no dejaban resquicio del convoy que no empapujaran de maíz, de pluma o de guano. Por de contado, tantos gallipavos a trochemoche despertaron mi hambruna y me congojé de no haber rellenado las mochilas con raciones de queso de Cabrales, de Burriana, de pata de mulo. Puesto el ánimo en tales engañifas, agua se me hacía la boca y así no es maravilla que me desatascara del coche de tranvía con errada anticipación, por fortuna a mezquina distancia de un

figón que me revolvió los humores con la italianizante enseña de *Pizzería* y donde, a trueque de unos monises, hice acopio de musarellas y pizzas, italianismos que el fogueado filólogo usa con desenfado en las mismas barbas del Diccionario de la Lengua. En esa o parecida oficina me zampé, poco después, hasta copón y medio de Chissotti azucarado, con su implícito séquito de turrones, pastelones y pastelillos. Entre bocado y bocado (de la merienda), tuve, Dios sea loado, la precaución de sonsacar a unos bribonazos el itinerario puntual de la caminata que me transportaría al Ateneo. Éstos, ni cortos ni perezosos, me contestaron, bajo emblema de pedorretas, que lo desconocían de todo punto. Tan menguado favor otorgan a esas Salamancas *sui generis* aquellos mismos que debieran ponerlas sobre sus cabezas. ¡Tan menesteroso es su léxico, tan paupérrima su copia de voces! Para dejar las cosas en claro les ponderé lo feo de que ignoraran el Ateneo donde yo estaba a pique de pronunciar una conferencia sobre el filósofo de Vich, el sazonado autor de *Celibato clerical*, y antes de que salieran ellos de su respetuoso estupor, salí yo del tupi y me rehundí en las sudorosas tinieblas.

—Si no espirajushiás a la minuta —dijo el doctor Barreiro—, los chichipíos de la borrachería te sacan a media rienda.

El filólogo replicó:

—Pero botero en el torreón, y yo por escotillón. Con buen talante acometí la escasa legua y media de posta que vanamente entreponía sus pegujales, peñascales y barrizales, entre este cura y el ávido concurso de estudiosos que en el Ateneo le aguardaban con tal prurito y comezón que no se mostraran más azogados si el mismo Briján fuera a edificarles. Airoso y galán, rodé por una zanja de desagüe que se me antojó más profunda que la propia cueva de Montesinos, de felice recordación. Tampoco me desatendía el verano que, a moflete redondo, me descargaba recias y renegridas emisiones de viento Norte, vivificadas de mosquitos y moscas. Pero de hora en hora Dios mejora, y así, cayendo y levantando, hice buena parte del camino, no sin que me arañaran las alambradas, me entretuvieran los pantanos, me aceleraran las ortigas, me deshilacharan los gozques y me mostrara la plenaria

soledad su cara de hereje. Leonería, lo confieso, fue no cejar hasta coronar la meta: la exacta calle, el número preciso que el guasón del teléfono me indicara, si es que de calles y de números cabe hablar en ese retirado desierto donde no hay otro número que el infinito ni otra calle que el mundo. No tardé en comprender que el tal Ateneo, con sus butacas, sus Vighi Fernández y su paraninfo, no era más que el piadoso artilugio de quienes se desvivían por oírme y habían tramado esa cadena de embustes para empozarme en el enjundioso trabajo, quieras que no.

—¡Una broma, toda una *plaisanterie* de buen gusto! —murmuró un caballero de polainas gris perla y de sedoso bigote, que, con una destreza punto menos que de contorsionista, había agregado al cenáculo una interesante personalidad. En efecto, hacía nueve minutos que Montenegro, envuelto en la azulada nube habanera, escuchaba con visible paciencia.

—Eso barrunté yo y casi me desmenuzo de risa —replicó Bonfanti—. Calé que me habían dado la castaña. Mezquino, temí que al retomar la *vía crucis* el calor me amolleciera las grasas, pero determinó mi buena estrella que tal no aconteciese, porque una nube de verano hizo de la llanada un piélago, de mi altiva chistera un bobísimo gorro de papel, de mis bufandas un sistema de líquenes, de mi esqueleto un trapo mojado, de mi calzado un pie, de mi pie, burbujas. Así *in gurgite vasto*, la aurora que por fin besó mi frente, besó a un anfibio.

—Para mí que vino más mojado que puñal de guagua —opinó Frogman, momentáneamente infiel al desmayo—. Su mamama, que no nos cuesta nada treparnos hasta el teléfono y molestarla, todavía es capaz de que se acuerda de la raspa que le pegó cuando volvió hecho sopa.

El doctor Barreiro aprobó:

—La acertaste, hediondo. Quién le va a pedir a Chamuyo al Pedo que se mande una perorata.

—Adhiero con escasas reservas —susurró Montenegro—. Se trata a todas luces de un caso de… *imposibilidad psicológica.*

—Vamos, que no diquelan —protestó Bonfanti, con simpática

indignación—. Barrunto que los patosos de tan inverosímil Ateneo no aspiraban amamantarse a mis pechos; antes les atenaceaba el prurito de estar de bulla, de venirse con cuchufletas, de tener buenas salidas, buenos golpes, buenas caídas, etc., de ser un lagarto, un trucha.

El doctor Barreiro dictaminó:

—Si el gallegáceo se manda otra marathón con la lengua, me doy de baja.

—En efecto —aprobó Montenegro—. Acatando la voluntad de los más, me constituyo en maestro de ceremonias, y doy la palabra, siquiera por el transitorio minuto, al *maître de maison*, que se evadirá, no vacilo en pronosticarlo, de la ebúrnea torre de marfil donde tarde o temprano se recoge todo Gran Silencioso.

—Por mí gane esa torre cuanto antes —opinó don Isidro—, pero mientras no le da descanso a la perorata, aproveche para declarar sus movimientos en la noche de referencia.

—Por cierto que esa diana resuena como un tónico en los oídos del veterano de más de un *racontar* —admitió Montenegro—. Previa mi indeclinable renuncia a los engañosos boatos de la retórica, doy curso a una científica exposición que se ufanaría tan sólo con la austera belleza de la verdad, amenizada, *noblesse oblige*, de toda suerte de arabescos y galas.

Frogman, *sotto voce*, intervino:

—Para mí que se va a mandar cada mongolfiero que ni Santos Dumont.

—Inútil embaucar el espíritu —prosiguió Montenegro— con la *baliverne* de que algún pájaro agorero anunciara, contados minutos antes del hecho, la muerte del amigo. En lugar de tan hipotético pajarraco (lóbregas y extensas las alas contra el cielo turquesa, corva cimitarra por pico, crueles las garras) golpeó a mi puerta el impersonal cartero de Chesterton, portador, esta vez, de un discreto sobre, largo como un lebrel y azul como la momentánea voluta. Por cierto que el membrete —escudete de sesenta y cuatro cuarteles, con *chevron* y orla — no bastó a saciar la curiosidad de este infatigable bibliófago. A duras penas otorgando un vistazo a ese jeroglífico, *suranné*, preferí encararme

con el texto, más sugerente y más comunicativo, a las veces, que toda la faramalla del sobre. En efecto, tras un solo bostezo, comprobé que mi corresponsal era ¡diablo de mujer! esa electrizante *baronne* Puffendorf-Duvernois que, sin duda ignorando que yo acariciaba el irrevocable propósito de consagrar esa noche a la Patria (en forma de un «Suceso Argentino» que gallardamente prolongara en el celuloide cierto desfile más o menos gauchesco), me convidaba a expertizar un ejemplar apócrifo del penúltimo silabario de Paul Éluard. En un plausible arranque de franqueza, la dama no olvidó en el tintero dos circunstancias que bien pudieron sofrenar al más garifo: la lejanía de su quinta —el *Mirador*, ustedes no me dejarán mentir, está en Merlo—; el hecho de que sólo podría brindarme un copón de Tokay, 1891, pues la servidumbre había desertado *en masse*, rumbo a quién sabe qué adefesio de la cinematografía vernácula. Pulso la ansiedad de todos ustedes; los cuernos del dilema ya se perfilan. ¿El folleto o el film, ser un espectador en la sombra o un Radamante en el Parnaso? Por increíble que os parezca, me negué a los placeres del cacumen; el niño que bajo el más nevado bigote sigue fiel a los *cowboys*, a Carlitos ¡y al chocolatinero! se llevó la palma esa noche. Decididamente, la hora de la revelación ha sonado: me encaminé, *homo sum*, al cinematógrafo.

Don Isidro pareció interesado. Con su habitual dulzura propuso:

—A volar que hay chinches. Si no despejan sobre tablas este local, lo voy a destacar a don Frogman para que los disuelva a pedos.

A este conjuro Frogman se incorporó, se cuadró e hizo a manotazos la venia.

—Disponga de este franco tirador —exclamó entre sus propios hurras.

Una unánime corriente migratoria lo derribó. Bonfanti, sin hacer alto, gritaba sobre el hombro:

—¡Norabuena, don Isidro, norabonísima! ¡Voto a Rus que este lance patentiza muy a las claras que vusted se sabe de coro el vigésimo capítulo de la primera parte de la obra del *Quijote*!

Impetuoso en la fuga, Montenegro estaba por rebasar la doble papada del doctor Kuno Fingermann, alias De las Aves que Vuelan, cuando una

admonición de don Isidro lo salvó de una nueva zancadilla que le tenía preparada el Potranco Barreiro, alias Tracción a Sangre.

—No se me traspapele, don Montenegro, que en cuanto nos libremos de estos herejes la vamos a platicar mano a mano.

De la turba de visitantes sólo quedaban Montenegro y Frogman, alias Caballeros. Éste seguía haciendo visajes; Parodi le ordenó que se perdiera de vista; la invitación contó con el repetido apoyo del bastón-cigarrera de Montenegro.

—Ahora que ha disminuido la sarna —observó el recluso— dé por olvidada la fábula que nos endilgó y cuente la verdad de lo que le sucedió aquella noche.

Montenegro, embelesado, encendió un Extracorto de Pernambuco y no tardó en asumir la posición preliminar del orador de segunda fila José Gallostra y Frau. Su discurso, atinado y medular, quedó tronchado de raíz por la calmosa intervención de su oyente. Éste dijo:

—Mire, la carta de la señora extranjera era una invitación a las vías del hecho. Yo, francamente, dificulto que usted, que siempre anda como si lo racionaran con maíz, pasara por alto ese envite, máxime si me acuerdo que desde la noche aquella en que Harrap lo guardó en la letrina usted se quedó medio prendado.

—Mi palabra de estímulo —prometió Montenegro—. En efecto, el hombre de salón más bien parece un escenario giratorio. Una cosa es la *devanture*, el vistoso escaparate que preparamos para el ave de paso, el transeúnte; otra, el confesionario que tenemos a disposición del amigo. Doy curso al cronicón *verídico* de esa noche. Como su *flair* acaso adivina, el ávido buceador de emociones que es, en última instancia, el resorte de mi conducta, guió mis pasos a la Estación del Once: mero trampolín, *inter nos*, para arrojarme sin ambages sobre la vecina localidad de Merlo. Llegué poco antes de las doce. El calor feral y ardoroso, que yo diestramente capeara con el jipijapa y el brin, era todo una anticipación de la ya inevitable *nuit d'amour*.

»El bebé del carcaj protege a sus fieles: destartalado *break* que muy en breve lograría desplazar a una yunta de jamelgos retardatarios, parecía aguardarme bajo los plátanos, coronado por el típico auriga, en

este caso un venerable sacerdote de sotana y breviario. Atravesamos, rumbo al *Mirador*, le confío, la plaza principal. La profusa iluminación, las banderas y las guirnaldas, la peligrosa banda de música, el gentío, las locomotoras maniceras, los perros sueltos, el festivo palco de madera con su tripulación de militares, no eludieron, por cierto, la vigilancia de mi desvelado monóculo. Una pregunta al caso bastó para despejar esa incógnita: el cochero-cura confesó, mal de su grado, que se corría, en la fecha, la penúltima marathón nocturna de la quincena. Reconozcamos, ponderable Parodi, que no me fue posible escamotear una carcajada indulgente. Cuadro que es todo un síntoma: ¡en el instante mismo en que el ejército renuncia a los rigores castrenses para transmitirse de generación en generación la antorcha sacra de una soberanía bien entendida, unos rurales pierden la compostura y el... tiempo entre los dédalos y meandros de una topografía decididamente barrosa!

»Pero la torre del *Mirador* ya surgía tras la cortina de laureles, el coche que me transportaba se detuvo; posé los labios en el *billet doux* de la cita, abrí la portezuela, musité las palabras *Venus*, *adsum*, y salté, ágil, en el centro de un charco de aguas bituminosas cuyas primeras napas de verdín perforé sin esfuerzo. ¿Me atreveré a confiarle que ese interludio submarino duró muy poco? Brazos tenaces me extrajeron, pertenecían a ese samaritano inquietante que se llama el coronel Harrap. Sin duda temeroso de una formidable reacción del mago de la *savate*. Harrap y el falso auriga (que no era otro que mi proverbial enemigo, el padre Brown[14]) me escoltaron a puntapiés hasta el dormitorio del Hada Puffendorf. Gallarda fusta prolongaba el brazo de la dama, pero una ventana abierta, que se daba entera a la luna y a los pinares, me distrajo con toda la seducción del *grand air*. Sin permitirme un solo adiós, un perdón, una ironía aterciopelada o sangrienta, salté a la noche del jardín y huí entre los canteros. Capitán de una cáfila de perros que se multiplicaban con los ladridos, gané los invernáculos, los almácigos, las colmenas castradas, las zanjas-canaletas, la verja lanceolada, por fin, la calle. Inútil negarlo: esa noche me favorecía el destino. Los excesos de ropa, que hubieran entorpecido el progreso de

otro menos ágil que yo, me fueron gradualmente aligerados por las certeras dentelladas de mi jauría. Ya las clásicas verjas de las quintas habían cedido su lugar a las Grandes Fábricas Pecus, las Grandes Fábricas a las cantinas La Hostia al Paso, las cantinas a los insustanciales quilombillos de la periferia, los quilombillos a la mampostería y al macadam, y todavía yo arrastraba, sin desmayar, mi clamorosa estela de perros. Sin detenerme constaté que un aporte de modulaciones humanas enriquecía el tumulto animal a mi retaguardia; encaré con verdadero disgusto la posibilidad de que esos estridentes fueran el coronel y el cochero-cura. Corrí ofuscado por la luz; corrí entre vítores y plácemes, corrí hasta más allá de la meta; corrí hasta que lograron detenerme las bahías de los abrazos y la imposición de la medalla y pavo cebado. Haciendo caso omiso de la protesta de los otros mordidos y del chubasco subitáneo que enjugara la frente del campeón momentos antes de arroparlo en su tonitruante capa pluvial, el jurado, que por derecho propio presidía cierta *rara avis* de las inolvidables tertulias de Juan P. Pees, me declaró por unanimidad de sufragios vencedor absoluto de la marathón.

VI

Fragmento de una carta del doctor Ladislao Barreiro, fechada en Montevideo, que don Isidro Parodi recibió el 1.º de julio de 1945:

«... con la sorpresa que le remito no le van a negar cama en la enfermería. Rómpase la encefálica, pero aquí me tiene cumpliendo la palabra de caballero, sin que las circunstancias me presionen. No se ponga orsay con la mitología de que yo me mando la parte: lo que le plantifico a continuación es una confesión Marca Chancho.

»El firmante le endilga este chorizo desde su bufete copero, con vista... a un *ouro verde do Brasil* que dejó el mercado sin achicoria.

»Después de nuestro cambio de ideas, me corrí a esta banda. Cumplí como un reloj sus instrucciones; yo sabía que usted no iba a batir la mugre. La vuelta que usted me tuvo contra las cuerdas, le detallé con

toda franqueza mi intervención en el lamentable suceso; ahora lo pongo en letras de molde, cosa que algún caído del catre no vaya a quedar ensuciado.

»Como usted lo pescó volando bajito, todo el batifondo giró sobre el cuento en colores del inglés asesinado en una glorieta, que yo le metí entre la caspa y el cogote al pobre tumbófilo.

»Primer acto. El telón se levanta sobre una biblioteca rasposa. Yo la dirigía sin más laburo que absorber el importe de los libros. Aparece el batintín —Le Fanu, de nombre— y a fuerza de calumnias me labra una atmósfera decididamente hostil en el Ministerio. ¿Cuál es el miserable premio de esa traición a un desconocido? Lo digo a quien quiera oírme: salí como letrinazo.

»A usted le consta que para recordar una ofensa yo me río de la escuela de memoristas. A inquinoso, le corro a Paavo Nurmi, con sobretodo puesto. Aunque usted se tapone el entendimiento, le juro por los dineros de San Juan que juré no poner los pedestres en el Perosio antes de ajustar cuentas con Le Fanu. Cuando me exoneraron, por poco le pregunto al noticioso si lo quería de Chippendale.

»Pero su muy seguro no se acalora. La relojea más tranquilo que juez de raya. De tanto esperar sentado estaba todo brotado de hojas, cuando me tocó la grande en forma de un judío panza pecosa, que se vino de Hamburgo con una partida de guano en devolución. Sin que mediara intimidación de mi parte, el Moisés se reveló como un caballero, dándome el alegrón de que Le Fanu, que ya tenía hora con el obispo, para el contubernio con la Pampita, en años de garufienta juventud había tomado estado en Berlín y era el maridante de su señora hermana, una hebraica desorejada que portaba a todas luces su nombre de Ema Fingermann de Le Fanu. Yo, cosa de retribuir la confidencia, le barrené en la testoni la desinteresada sugestión que lo chantajeara al mormonizante, no sin la ranada mefistofélica que el ruso le sacara unos pesos.

»De la victoria moral que la manganeta del ruso me representaba, pude pasar muy pronto a los papeles. Le Fanu, que era la imagen de la curiosidad con cuello duro, descubrió que Fingermann, que hacía las

veces de tesorero de la A. A. A., se había mandado un desfalco patrio.

»No crea que la noticia me alteró el pulso: di soga al *morituri te salutant*, jurándole por su cara de upite que yo le encajaría la gran sofrenada del siglo al tesorieri. A las primeras de cambio, tomé de sobrepique la coyuntura del Día del Suboficial y me di traslado a Acassuso: domicilio legal donde pernocta el ruso senza caperuzza. Le presenté un cuadro clínico de contornos francamente atrayentes, que lo dejó deshidratado. Le apliqué la marimba guatemalteca de hacerle llegar al testuz que para mí el desfalco era un secreto: era manyatina vieja. A renglón seguido, le apropincué la gran verdad que el silencio es oro, y que para obturarme la boca tenía que convertirse *ipso facto* en una de mis propiedades muebles, que redituara mensualmente una entrada bruta de coronel de administración. El deglute-kosher no tuvo más remedio que abrir la llave de paso y transferirme, mes a mes, la ventolina que le abonaba el bígamo en concepto de chantaje. Así el parásito insaciable dio en la sana costumbre de garpar cada treinta y uno, cuando no cada treinta, con la ilusión que lo tenía bizco de que yo no le fuera a Le Fanu con el cuento del desfalco, que el mismo Le Fanu me había divulgado.

»Pero vaya a hacerse manteca con el alegrón de que duraron esos buenos tiempos. Le Fanu, que para meter la pituitaria donde no lo llaman es peor que perro longaniza, dio crédito a quién sabe qué miserable calumnia y se corrió la fija de acusarme cara a cara que yo estaba bombeando al rusómano. Para que se mudara de tema, opté por abonarle como un inglés el importe del bombeo, lo que permitió la formación de un circuito cerrado, porque lo que Le Fanu le abonaba al ruso, el ruso me lo abonaba al abajo firmante, y el abajo firmante a Le Fanu.

»Como siempre, el factor sinagoga vino a turbar ese delicado equilibrio. El angurriento de Fingermann extorsionó una elevación a potencia de la cuota que le cobraba a Le Fanu. Para que no digan que un criollo se queda atrás, yo también tuve que elevar mi tarifa, momento posta para darle el tijerazo al circuito.

»Yo decidí cumplir mi vieja aspiración de mandar a Le Fanu bajo la

terracota. Cuando leí, en lo del afeitante, el cuento del crimen en la glorieta, pensé en la de Loló y me hice la composición de lugar de que ahí, por una hendija, yo también podía despacharlo a Le Fanu. Pero en esos días la Loló no andaba con él; andaba con el ruso. De este contratiempo preliminar, que a otro menos rana que yo lo deja de cama jaula, salió el plan fenómeno: sugerir a Tonio, mediante la somera indicación del cuento de la espada y de la glorieta, un procedimiento sin vuelta de hoja para matar a Bube, que era el estorbo que no le permitía efectuar el gran batacazo social de maridarse con la Pampita. El criminal pescó al vuelo la sugestión; acondicionó, *pro domo sua*, un sistema de coartada que yo vine a usufructuar en última instancia; se citó en un cinematógrafo con su merza de acólitos; después con el anonimato, mandó a cada uno a los cuatro puntos cardinales, sabiendo que iban a ensartarse de una manera tan contundente que optarían por apoyarle, después, la coartada del cinematógrafo, con tal de no girarse en descubierto. En un porcentaje elevado anduvieron como sobre ruedas las cosas. Tonio cayó como un chorlito en el bajo con la facinerosa idea de liquidar al pobre semita y con el bastón espada para preparar *allo spiedo* el *corpus delicti*; pero la Providencia no quiso que se ensuciara con esa fechoría, y desde atrás de un árbol pinté yo con el matagatos 45 que le perforó la sien. En cuanto al libro con el cuento de la glorieta, que Le Fanu, vía Frogman, le remitió a la supuesta víctima, me permito disentir de su mejor opinión. No lo mandó a título de compadrada, para que Investigaciones lo tuviera bajo el nasute y lo pasara por alto; dele vuelta al traje: fue una precaución de petizo esclavo: ¿en qué mate iba a caber que el delictuoso mandara la solución a la policía, por medio de un zorrino patentado?

»Usted no va a negar que resultó un hecho de sangre que sale de lo ordinario, porque las precauciones y las coartadas y las matufias corrieron a cargo de la víctima».

Pujato-La California-Quequén-Pujato, 1943-1945

JORGE LUIS BORGES

ADOLFO BIOY CASARES

Los orilleros
El paraíso de los creyentes
(1955)

Prólogo

Los dos films *que integran este volumen aceptan, o quisieron aceptar, las diversas convenciones del cinematógrafo. No nos atrajo al escribirlos un propósito de innovación: abordar un género e innovar en él nos pareció excesiva temeridad. El lector de estas páginas hallará, previsiblemente, el* boy meets girl *y el* happy ending *o, como ya se dijo en la epístola al «magnífico y victorioso señor Cangrande della Scala», el* tragicum principium et comicum finem*, las peripecias arriesgadas y el feliz desenlace. Es muy posible que tales convenciones sean deleznables; en cuanto a nosotros, hemos observado que los* films *que recordamos con más emoción —los de Sternberg, los de Lubitsch— las respetan sin mayor desventaja.*

También son convencionales estas comedias en lo que se refiere al carácter del héroe y de la heroína. Julio Morales y Elena Rojas, Raúl Anselmi e Irene Cruz, son meros sujetos de la acción, formas huecas y plásticas en las que puede penetrar el espectador, para participar así en la aventura. Ninguna marcada singularidad impide que uno se identifique con ellos. Se sabe que son jóvenes, se entiende que son hermosos, decencia y valentía no les falta. Para otros queda la complejidad psicológica. En Los orilleros *tendríamos al infortunado Fermín Soriano; en* El paraíso de los creyentes*, a Kubin.*

El primer film *corresponde a las postrimerías del siglo XIX; el segundo, más o menos a nuestra época. Ya que el color local y temporal sólo existe en función de diferencias, es infinitamente probable que el del primero sea más perceptible y más eficaz. En 1951 sabemos cuáles son los rasgos diferenciales de 1890; no cuáles serán, para el porvenir, los de 1951. Por*

otra parte, el presente nunca parecerá tan pintoresco y tan conmovedor como el pasado.

En El paraíso de los creyentes *el móvil esencial es el lucro: en* Los orilleros*, la emulación. Esta última circunstancia sugiere personajes moralmente mejores; sin embargo, nos hemos defendido de la tentación de idealizarlos y, en el encuentro del forastero con los muchachos de Viborita, no faltan, creemos, ni crueldad ni bajeza. Por cierto que ambos* films *son románticos en el sentido en que lo son los relatos de Stevenson. Los informa la pasión de la aventura y, acaso, un lejano eco de epopeya. En* El paraíso de los creyentes*, a medida que progresa la acción, el tono romántico se acentúa; hemos juzgado que el arrebato propio del fin puede paliar ciertas inverosimilitudes que al principio no serían aceptadas.*

El tema de la busca se repite en las dos películas. Quizá no huelgue señalar que, en los libros antiguos, las buscas eran siempre afortunadas; los argonautas conquistaban el Vellocino y Galahad, el Santo Grial. Ahora, en cambio, agrada misteriosamente el concepto de una busca infinita o de la busca de una cosa que, hallada, tiene consecuencias funestas. K..., el agrimensor, no entrará en el castillo y, la ballena blanca es la perdición de quien la encuentra al fin. En tal sentido, Los orilleros *y* El paraíso de los creyentes *no se apartan de las modalidades de la época.*

En contra de la opinión de Shaw, que sostenía que los escritores deben huir de los argumentos como de la peste, nosotros durante mucho tiempo creímos que un buen argumento era de importancia fundamental. Lo malo es que en todo argumento complejo hay algo de mecánico; los episodios que permiten y que explican la acción son inevitables y pueden no ser encantadores. El seguro y la estancia de nuestros films *corresponden, ay, a esas tristes obligaciones.*

En cuanto al lenguaje, hemos procurado sugerir lo popular, menos por el vocabulario que por el tono y la sintaxis.

Para facilitar la lectura hemos atenuado o borrado ciertos términos técnicos del «encuadre» y no mantuvimos la redacción a dos columnas.

Hasta aquí, lector, las justificaciones lógicas de nuestra obra. Otras hay, sin embargo, de índole emocional; sospechamos que fueron más eficaces que las primeras. Sospechamos que la última razón que nos movió a imaginar

Los orilleros *fue el anhelo de cumplir de algún modo, con ciertos arrabales, con ciertas noches y crepúsculos, con la mitología oral del coraje y con la humilde música valerosa que rememoran las guitarras.*

J. L. B. - A. B. C.

Buenos Aires, 11 de diciembre de 1951
o quizás 20 de agosto de 1975

Los orilleros

La cámara enfoca una cara que abarca toda la pantalla. Es la de un malevito actual, ligeramente obeso, peinado para atrás, con gomina, y con el cuello volcado sobre la solapa y una insignia en el ojal. Después, girando, enfoca otra cara: de rasgos agudos, de tipo intelectual, mezquina, de pelo ensortijado, con lentes. Luego la cámara vuelve a girar y enfoca el rostro de Julio Morales. Este rostro, que debe contrastar con los anteriores, tiene una dignidad de otra época. Es el de un hombre viejo, decente, de cabeza gris.

Estas tres personas están en un bar de 1948. Se oye una marcha, llena de vana agitación y de notas agudas. El malevito obeso mira, fascinado, hacia afuera. Se ve una calle, por la que pasan ómnibus, automóviles, camiones —entre éstos, uno con altavoces de donde procede la música.

La voz de Morales *(tranquila y firme)*. —No crean que entonces había toda esa bulla. Se vivía con otra tranquilidad. Cómo serían las cosas que hasta un forastero de otro barrio llamaba la atención. Miren, me acuerdo la vez que llegó Fermín Soriano del Sur. Yo estaba haciendo tiempo en el almacén, porque iba a pasear con Clemencia Juárez.

La cámara ha ido enfocando la mano de Julio Morales, que juega con un vaso de sangría. Se detiene en el vaso; se abre sobre un almacén de mil ochocientos noventa y tantos. Morales, que es un muchacho de unos veinte años, trajeado de oscuro, con pañuelo y chambergo, deja el vaso en el mostrador y sale a la calle.

El momento en que se vuelve al pasado puede señalarse con un cambio en la música de fondo: de la marcha se pasa a unos acordes de milonga.

Morales camina por una vereda alta, sobre un callejón de tierra, con zanjas. Hay casas bajas, tapias y algún terreno baldío. Es la hora de la siesta. En un filo de sombra duerme un perro. En la esquina están el matón Viborita y la barra de muchachones que lo obedecen. La vestimenta de todos ellos participa del orillero y del rústico: alguno lleva bombachas y alpargatas; alguno está descalzo. Son chinos y mulatos. (En esta primera escena del pasado, conviene presentar tipos muy criollos.) En la esquina de enfrente, sentado en una silla de mimbre, de respaldo alto, toma sol un negro, una especie de viejo criminal, lisiado y extático. Morales quiere pasar de largo.

UNO DE LOS MUCHACHOS. —No te olvidés de los amigos, Julito.

VIBORITA. —Vení a aburrirte, con nosotros, un rato.

MORALES. —Un rato puedo, Viborita.

POSTEMILLA *(muchacho de facciones rudimentarias y aspecto de opa. Lleva un chambergo redondo encasquetado. Articula con embeleso pueril).* —Ahí veo venir a uno que puede ser una diversión.

Señala con el índice a Fermín Soriano, que avanza desde la otra esquina. Es un hombre joven, de aire avieso. Viste como orillero paquete: chambergo negro, requintado, pañuelo al cuello, saco cruzado, pantalón francés, con trencilla, zapatos de taco alto.

MORALES *(al opa, como desentendiéndose).* —Vos, Postemilla, que sos el diablo, andá y divertite con él.

VIBORITA *(inmediatamente, apoderándose de la sugestión).* —Claro, si ahí donde lo ven, Postemilla es el más toro.

ALGÚN MUCHACHO. —Encargate de él, Postemilla.

OTRO MUCHACHO. —¡Viva Postemilla!

OTRO MUCHACHO. —Dice bien Viborita. Postemilla es el más aparente.

OTRO MUCHACHO. —¡Ánimo, Postemilla! Aquí estamos acantonados nosotros, para rejuntar tu osamenta.

POSTEMILLA *(preocupado).* —¿Y si no se achica?

MORALES. —Andá al carpintero, que te haga un sable.

VIBORITA. —Le hacés «fu», «fu» con esa jeta, y dispara.

OTRO *(apoyándolo)*. —Ya hay quien a Postemilla más bien le dice Mosca Brava.

POSTEMILLA *(envalentonado)*. —Yo me encargo, muchachos. No se alejen.

OTROS. —¡Ábranle cancha a Postemilla!

Postemilla se acerca al forastero. Se encara con él.

POSTEMILLA. —Yo soy el vigilante. Amuestre su permiso pa' andar por la vedera.

El forastero lo mira con curiosidad. Después le da vuelta el chambergo.

FERMÍN SORIANO *(autoritariamente)*. —Ya estás al revés. Volvé por donde has venido.

POSTEMILLA *(convencido)*. —Con eso me embromó.

Postemilla vuelve sobre sus pasos con lentitud. Fermín Soriano llega al grupo. Los muchachos lo rodean, sonriendo, como compartiendo la broma.

VIBORITA. —Disculpe, maestro. ¿El ciudadano se quiso desmandar con usted?

SORIANO *(severo)*. —Quiso, pero le bajé el cogote.

VIBORITA *(efusivo)*. —Muy justo. ¿Me permite felicitarlo?

Le da la mano. Otro de los muchachos lo imita.

VIBORITA. —Tenga en cuenta que el mocito éste es un irresponsable, que le da el pasmo en cuanto ve un forastero. *(Rápidamente y acercando la cara.)* ¿El señor es forastero?

SORIANO *(con soberbia)*. —De San Cristóbal Sur, para servirlo.

VIBORITA *(atónito)*. —¡Del Sur! *(Dirigiéndose a Morales.)* ¡Dijo que era del Sur! *(A Soriano.)* No lo tome a mal si le digo que ésos son barrios. Ahí se vive, ahí se sabe respetar, ahí prospera el hijo del país.

Morales hace ademán de irse. Viborita lo retiene. Morales mira hacia una

ventana de una casa de la vereda de enfrente. La cámara enfoca la ventana. A través de la estera se ve el rostro de una muchacha —Clemencia— que sigue la acción. Después, la cámara enfoca al negro de la silla, que mira impasiblemente.

EL MUCHACHO QUE DIO LA MANO A SORIANO. —Qué ejemplo para el Norte, joven. Aquí todo es una franca vergüenza.

VIBORITA. —Muy justo. Para decirlo pronto y mal, la gente se ha puesto zafada. Usted ni prendiendo un fósforo da con una esquina en que no haya una porción de vagos que intimidan y hasta fastidian al transeúnte. *(Al muchacho que dio la mano a Soriano.)* Con el señor es otra cosa, porque es de los que se hacen respetar.

SORIANO *(desdeñoso)*. —Claro que me hago respetar, pero eso no quiere decir que vaya a pelearme con el primer fantasioso que ande pidiendo un barbijo.

VIBORITA. —Así es. El hombre debe proceder con cautela. Másime ustedes, que en el Sur estarán bajo el yugo de don Eliseo Rojas, que no los deja ni estornudar sin permiso.

SORIANO. —Don Eliseo Rojas es mi padrino.

Soriano trata de abrirse paso. Los otros lo rodean por todos lados. Postemilla se aleja, alarmado.

VIBORITA *(servil)*. —Haberlo dicho. Si usted, señor, cuenta con un apoyo como ése, más le vale consultar su tranquilidad, quedarse calladito en la cucha y no meterse en estos andurriales, donde me lo lleva por delante cualquier gracioso.

EL MUCHACHO QUE DIO LA MANO A SORIANO. —Ver para creer. ¿Quién nos iba a decir que una sabandija como ésta fuera ahijado de don Eliseo Rojas?

VIBORITA. —Muy justo. El joven es una sabandija.

OTRO QUE NO HA HABLADO. —Una sabandija del Sur. Por ahí no hay más que sabandijas y sabandijos.

OTRO *(con la cara muy cerca)*. —¡Sabandija! ¡Sabandija!

Viborita silba al negro, que, iluminado por una felicidad feroz, le tira servicialmente un cuchillo. Viborita lo baraja en el aire. Todos acometen al del Sur, incluso Morales. Relumbra el cuchillo junto a la cara de Soriano. Éste es arrojado al zanjón, desde la alta vereda.

UNA VOZ. —¡Viva la mozada del Norte!

Postemilla, que ha llegado a la otra esquina, ve algo que aumenta su alarma. Se lleva los dedos a la boca y silba tres veces Se oyen los cascos de unos caballos. Los muchachos huyen, desbandándose. (Alguno salta una tapia, otro se mete en un zaguán, etcétera.) Quedan: Morales, arriba; Soriano, en la zanja.

Llegan dos vigilantes a caballo. Miran al negro, que retoma su aire de hierática indiferencia y de majestuosa lejanía. Morales arma un cigarrillo. Uno de los vigilantes, levantándose en los estribos, trata de orientarse para continuar la persecución. El otro desmonta, y ayuda a incorporarse a Soriano.

MORALES *(al primer vigilante)*. —Déjalos, Vicente. Los muchachos no tienen la culpa.

EL PRIMER VIGILANTE *(reflexivo)*. —¿Los muchachos, eh?

EL SEGUNDO VIGILANTE *(señalando a Soriano, que tiene un tajo en la cara)*. —¿Y este señor se sabe afeitar en las zanjas?

MORALES. —Si hay alguna queja que levantar que lo haga la víctima.

SORIANO *(recobrando el aplomo, pero todavía vacilante)*. —Yo no levanto quejas ni necesito de laderos. *(Alzando la voz.)* Tampoco me tuteo con policianos. *(Se va.)*

MORALES *(tranquilo)*. —Ya ven. Un fantasioso de esos que todo se lo quieren llevar por delante.

SEGUNDO VIGILANTE *(al primero)*. —Estoy recapacitando. Vicente, que tenemos mucho que conversar con ese señor Viborita.

MORALES. —¿Viborita? ¿Qué tiene que ver con el asunto?

VICENTE. —El sumario dirá lo que tiene que ver. Además, vos mismo hablaste de los muchachos. Hacé memoria.

MORALES. —¿Muchachos? Hay tantos... Vos, pongamos el caso, que en la

carrera de los viejos le ganás al loro.

VICENTE *(serio)*. —Vamos a ver. ¿Quién le puso el barbijo a ese Juan de afuera?

MORALES. —¿Quién, sino ese guapo a la disparada, más conocido por Postemilla?

Vicente se ríe, festejando la broma.

SEGUNDO VIGILANTE *(reflexivo)*. —Con un loco nunca se sabe.

Morales mira alejarse a los vigilantes; se alisa la melena y se acomoda el pañuelo. Arroja el cigarrillo y se dirige a la casa de Clemencia. En la puerta hay una mano de bronce. Morales llama. Se oye el ladrido de Jazmín (el perro de Clemencia). Aparece Clemencia, una criollita modesta, con un traje de mucho vuelo. No hay puerta cancel; detrás se ve el patio, con plantas en tinas. (Durante el diálogo, Morales palmea alguna vez al perro.)

CLEMENCIA. —Qué suerte que llamaste. Decime: ¿quién era el de la zanja? Yo estaba mirando.

MORALES *(con desgano)*. —Qué sé yo. Un surero que dijo ser ahijado de un tal don Eliseo Rojas.

CLEMENCIA. —¿Eliseo Rojas?

MORALES. —¿Lo conocés?

CLEMENCIA. —Viborita se lo mentó a mi hermano. Es uno de esos guapos antiguos, que quedan pocos.

MORALES. —La verdad es que no quedan hombres valientes.

Entran en un cuarto de plancha: una mesa, un brasero, ropa en canastas. Clemencia saca una plancha del brasero, se moja un dedo para probar si está caliente y se pone a planchar.

CLEMENCIA. —Pero ¿qué pasó?

MORALES. —Nada, cosas de los muchachos.

CLEMENCIA *(indulgente)*. —También ese Viborita es tan loco.

MORALES. —Bien visto, fue pura cobardía. No debí meterme. Tantos

contra uno...

CLEMENCIA. —Lo tendría merecido.

MORALES. —Es cansarse, Clemencia. Hoy ando con el paso cambiado. Hasta me parece que hablé demasiado con los vigilantes.

CLEMENCIA. —No me digás que los hiciste quedar mal a los muchachos.

MORALES. —No, claro que no. Pero si los vigilantes no hablan conmigo, a lo mejor no saben que fue la barra.

CLEMENCIA *(brusca)*. —Tenés razón, más vale no hablar. Primero te dejás arrastrar por ellos y después vas con cuentos.

MORALES *(ensimismado)*. —¿Qué me decías de don Eliseo?

CLEMENCIA. —Qué sé yo, que nadie le ha hecho frente. Pero no puedo creer que hayas dejado mal a los muchachos.

Esfumatura.

Un velorio. Varias personas compungidas conversan con torpeza y con gravedad.

UNA DE ELLAS *(con grandes bigotes que se extienden hacia las patillas)*. —¡Pobre don Faustino! Con su más y con su menos, siempre fue el partidario más sincero de los pavos cebados.

OTRO *(quizá muy parecido al primero)*. —Cierro los ojos y lo veo patente con los bolsillos llenos de nueces. *(Cierra los ojos.)*

OTRO *(también parecido)*. —Hombres así son los que precisa la patria, pero está visto que nadie es profeta en su tierra.

En otra pieza está Postemilla, rodeado por varias personas; entre ellas, algunos muchachos de la barra de Viborita.

UNO DE ELLOS. —Volvé a contarlo, Postemilla, que el señor, aquí, lo quiere aprender de memoria.

OTRO *(alcanzándole una copa)*. —No desmayés, colega, y mientras nos tapamos las orejas contá la fábula de cómo le pusiste el barbijo.

POSTEMILLA *(halagado y confuso)*. —Y... hoy a la siesta, con las primeras

calores, yo salí a hacer mi recorrido...

OTRO. —Ah, mozo dispierto y avisado. Aprovecha el solazo pa' salir de la cueva.

POSTEMILLA. —Ya me perdí... Tengo que volver a empezar. Y... hoy a la siesta, con las primeras calores, yo salí a hacer mi recorrido. El mundo anda revuelto y patas para arriba. El día menos pensado dentran a aparecer en la parroquia caras desconocidas... que a usted nunca le han echado pasto. Esta tarde el que se nos quiso colar era un intruso... un paquetón de esos con reloj de cuerda. El pobre zanagoria se metió en la boca del león... Primero lo dejé como trompo con la demanda sobre tablas de que me amostrara el permiso. Después, ya iba a dejarme ganar por las compasiones... cuando me le fui como furia, le puse un feite primoroso en la jeta, le dije que lo que es a mí no iba a enredarme con sus miserables astucias... y lo mandé... y lo mandé... y lo mandé de un solo empujón al del Sur, que se demoró en el agua abombada.

VIBORITA. —Qué pico de oro.

OTRO DE LA BARRA. —Y les pondero que el del Sur era un ahijado de don Eliseo Rojas.

OTRO *(entre reflexivo e irónico)*. —Hombre de suerte, don Eliseo, no haber acompañado al ahijado. Si aparecen juntos, este embustero *(señalando a Postemilla, que agradece y sonríe)* me los achura a los dos.

VIBORITA. —Tenés ganado, Postemilla, otro ginebrón.

Brindan. Postemilla bebe y saluda.
Entra un señor con un porrón en la mano y paso vacilante.

EL SEÑOR DEL PORRÓN *(escandalizado)*. —¡Señores, caballeros y deudos, un poco de respeto! Francamente se están extralimitando. *(Empina el porrón.)*

UNO DE LOS PRESENTES *(disculpándose)*. —El señor, que es medio falto, nos estaba aclarando cómo le paró el carro a un forastero.

EL SEÑOR DEL PORRÓN *(interesado)*. —Bien hecho. *(Se sienta y guarda el porrón bajo la silla.)* Cuente con toda prolijidad lo que sucedió. *(Se dispone a escuchar.)*

POSTEMILLA *(con buen ánimo)*. —Y... hoy a la siesta, con las primeras calores, yo salí a...

Con alguna indecisión asoman los dos vigilantes que ya conocemos. Postemilla los mira alelado; luego huye hacia los fondos. La huida de Postemilla parece decidir a los vigilantes.

SEGUNDO VIGILANTE *(alzando la voz)*. —Marche preso inmediatamente.

Persiguen a Postemilla. Por una escalera de fierro que hay en el fondo de la casa, Postemilla sube a la azotea. Huye por una azotea de ladrillos, con el piso en distintos niveles y cuerdas con ropa tendida. En un momento vuelve sobre sus pasos; después retrocede de espaldas al vacío; tropieza y cae.

Se ve la roldana y los delicados dibujos del arco de un aljibe. Después, al pie del aljibe, en un patio, vemos a Postemilla, muerto. Entre quienes lo miran, silenciosos, alguien se abre paso: es Julio Morales. Se saca el sombrero y mira tristemente a Postemilla. Los demás también se descubren.

Se oyen, incongruentes, los acordes de una mazurca de Chopin.

ALGUIEN. —Qué falta de respeto. Ni siquiera basta un velorio para desmontarlos del piano.

OTRO. —Dejalos. Es la marcha fúnebre de Postemilla.

Esfumatura.

El oscuro interior de una herrería. En el fondo, un portón que da hacia un patio de tierra, en el que hay un sauce. El fuego de la fragua aumenta y agita las sombras de los herreros. Estos son: el patrón (un viejo), Morales (taciturno, de espaldas a la puerta) y un muchacho. Además, está de visita, mateando, uno de los asistentes al velorio. Colérico, desconfiado, un poco borracho, entra Fermín Soriano.

SORIANO. —¿Quién hace las veces de patrón aquí?

EL PATRÓN. —Yo, si me guarda el secreto.

SORIANO. —Bien dicho. ¿Cuánto me cobra por herrar el tordillo?

EL PATRÓN. —Y ese tordillo tan preguntón ¿es de su silla o de su carro?

Soriano va a replicar; advierte, entonces, que el muchacho y la visita lo miran con hostilidad. No ve a Morales.

SORIANO *(cediendo)*. —De mi silla. *(Da un paso hacia la puerta.)* ¿Vamos a verlo?

EL PATRÓN. —Así me va gustando. Francamente, señor, no puedo clasificar de halagüeña la primera impresión que usted nos produjo. Entra con cajas destempladas, se permite bulla y visajes...

Un silencio. Morales, sin atender la conversación, prosigue tristemente su trabajo.

SORIANO *(conciliatorio)*. —¿Qué quiere? El hombre se hace desconfiado. Mire este tajo. Se juntaron veinte para efectuarlo, y yo en la zanja.

EL PATRÓN *(interesado)*. —Qué temeridad.

LA VISITA. —Con esa vacuna usted se sonríe de la viruela boba.

SORIANO *(agresivo)*. —De la viruela boba y de los bobos. Lo que pasa es que aquí todos ustedes están desorbitados. Linda hospitalidad. Yo ando con ganas de aplicarles un correctivo. *(Reconoce a Morales, que se acerca. Se miran en silencio. Prosigue, con exaltación.)* Dígame, ¿a usted le parece justo agredir a un hombre porque es un forastero? ¿Le parece justo que veinte peleen contra uno? ¿Le parece justa esa afrenta?

MORALES *(después de un silencio)*. —Me parece una felonía. ¿Quién tiene derecho a grabar en la memoria de un hombre un recuerdo así? Me da vergüenza mi participación en ese acto. Siempre me tuve por valiente, pero ahora ya no sé qué pensar.

Esfumatura.

Una desolada calle de los suburbios, a la mañana temprano. Un perro, espantado por chicos. Se oyen muchos ladridos. Entre una nube de polvo, surge la perrera.

El hombre de la perrera enlaza un perro. Se dispone a enlazar a otro. Alguien detiene el brazo del enlazador.

LA VOZ DE VIBORITA. —Quieto, San Roque. El lanudito, ahí donde lo ven, es de respeto.

EL HOMBRE DEL LAZO. —Aunque el lanudito sea Frégoli, me lo llevo.

VIBORITA *(amenazador)*. —Le juego que no.

EL HOMBRE DEL LAZO *(soltando al perro)*. —Hace bien en cuidar a su hermanito. Total, animales no faltan en este barrio.

Ha llegado Clemencia. El perro corre hacia ella.

VIBORITA *(al hombre del lazo que se aleja)*. —Con los que nos llegan de afuera. *(Cambiando de tono.)* Váyase a otro lao con su cama jaula.

CLEMENCIA. —¡Gracia, Viborita! Sos más valiente que las armas.

VIBORITA. —Gran cosa. El finao Postemilla lo hubiera hecho.

CLEMENCIA. —Pobre Postemilla. Con él yo siempre me tentaba de risa.

VIBORITA. —Muy justo, Clemencita. Todo, en el pobre candidato, era, como vulgarmente se dice, cómico. Hasta murió en su ley. Los muchachos lo tenían como amaestrado repitiendo el infundio de cómo lo marcó al forastero.

CLEMENCIA *(con admiración)*. —Habrase visto audacia. Si fuiste vos el que dio la cara por la parroquia.

VIBORITA *(modesto)*. —Bueno fuera... La cosa es que el infeliz zanagoria estaba en plena perorata, cuando los de uniforme asomaron. Qué sustazo el del hombre. Salió que ni sabía por dónde lo llevaban las alpargatas.

Ambos ríen. Llega Morales.

MORALES. —Menos mal que todavía queda un poco de buen humor.

CLEMENCIA *(apresurada)*. —Viborita me contaba la muerte de Postemilla.

VIBORITA *(con gran impulso)*. —Disparó como si viera al chanchogente, agarró por la escalera caracol y salió a todo lo que daba por la azotea, sin tan siquiera respetar la ropa tendida. Se enreda en tanto firulete fantástico, pierde pie y ¡zas!

CLEMENCIA. —Qué loco.

VIBORITA. —Se vino abajo cerca del aljibe, que por poco lo emboca, y ahí me lo encuentro como escuerzo reventado.

CLEMENCIA. —Qué loco.

Clemencia y Viborita ríen.

MORALES. —Se ríen... La muerte de ese pobre muchacho es una cosa horrible, y nos mancha a todos.

CLEMENCIA. —Te hago notar, Julio Morales, que estás hablando conmigo.

MORALES. —No será por mucho tiempo. Todo esto es una miseria y pura cobardía. Nuestras bromas tienen la culpa de que haya muerto un hombre. ¿Y lo que hicimos antes? Viene un forastero indefenso y lo atacamos en montón, como perros.

VIBORITA. —Ya que todo lo ves tan negro, ¿por qué no vas a hacerte matar por ahí?

MORALES *(lentamente)*. — Acaso fuera lo mejor. He estao pensando en eso.

CLEMENCIA. —No hables así, Julito.

VIBORITA. —Claro que, muerto Postemilla, no queda un hombre de tu fuerza.

MORALES. —Buscar un hombre de coraje y de temple, si es que los hay; desafiarlo y averiguar tal vez quién es uno; eso podría ser una solución.

La escena se esfuma. Después la cámara registra algunos momentos del trayecto de Morales, desde su arrabal del Norte hasta las cercanías del Once. Las imágenes, casi rurales al principio, son cada vez más populosas; las comenta una música cada vez más rápida. Se ven carros, chatas, carros aguateros, tranvías de caballos, coches de plaza y alguno particular

(cerrado). Se ven tipos de la calle: alguna lavandera majestuosa y negra, con el atado de ropa en la cabeza, lecheros con sus vacas, vendedores de empanadas, paragüeros, vendedores de velas y de látigos para coches, afiladores. (Hay que intercalar a estos personajes típicos entre otros más corrientes, cuidando de que el film no se convierta en un muestrario deliberado.)

LA VOZ DE MORALES. —Antes del Once, a la vuelta de la calle de la Piedad, habían armado un reñidero. Yo pasaba, y de la puerta me llamó un mocito Pagola, que después murió en la revolución del nuevecientos cinco. Iba a correr un bataraz de su propiedad...

Simultáneamente hay una escena muda: Pagola, un muchacho decente, con algo de antigua fotografía, acaso con bigote, llama a Morales. Conversan un rato en la puerta y entran juntos.

Atraviesan un cuarto lleno de barriles y otro con mesas y una cantina. En ésta hay un vasto, borroso y antiguo espejo. El marco es de madera oscura, con guirnaldas y ángeles. De ahí bajan a un sótano donde está el reñidero. Este es un redondel, rodeado por una especie de anfiteatro de madera, con tres filas de tablas. La escalera corta el anfiteatro. Hay mucha concurrencia, toda de hombres, salvo una mujer, con una criatura en los brazos, a la que le da el pecho. Gente urbana, gente orillera, gente de campo. En la pista hay hombres con baberos (alguno con babero está sentado en el anfiteatro). El juez es un señor de pelo blanco, con aspecto de pastor protestante. Un chico, gordo, descalzo, con una gran espuela nazarena, vende tortas fritas y pasteles. En un rincón hay una balanza y jaulas.

UNA VOZ. —Cincuenta a diez al giro.

OTRA VOZ. —Qué gracia. El blanco se despicó.

UN COMPADRE CON TIPO DE FORAJIDO *(a un señor obeso, de galera, alargándole un diario)*. —Gusta, dotor, *La Nación Argentina*, pa' que la sangre no lo salpique. *(Servilmente le envuelve las rodillas.)*

El señor sigue con severo interés esta operación.

Mientras tanto, Pagola ha llevado su bataraz a la pista. El juez da las

instrucciones y la pelea comienza.

UN ESPECTADOR. —Veinte pesos al colorado.

PAGOLA. —Cincuenta a treinta a mi bataraz.

OTRA VOZ. —Pago.

EL SEÑOR OBESO *(a un vecino que lo escucha con deferencia)*. —Con su más y con su menos, la ventilación viene a resultar el lado flaco de estos locales mal ventilados.

UN VIGILANTE *(disculpándose con Morales)*. —El señor dice bien. Yo, que la policía, no permitía estos locales clandestinos.

El gallo de Pagola triunfa, entre la gritería del público.

LUNA *(un tropero achinado, de bombacha y alpargatas)*. —Se portó el bataraz.

Pagola, confuso y feliz, recibe los billetes.

PAGOLA. —Siempre me ha ido tan mal que, cuando me va bien, me da miedo. Miren, muchachos, todos estos pesos ya me están estorbando. Vamos a tomar unas copas.

Suben, entran en la cantina y se sientan. Morales viene a quedar frente a Luna. Cuando la cámara los enfoca están siguiendo una conversación ya empezada.

La mujer con el chico se acerca a la mesa.

LA MUJER. —¿Qué gustan servirse los caballeros?

MORALES. —Una caña quemada, si no es molestia.

UN AMIGO. —Otra.

SEGUNDO AMIGO. —A mí me trae una ginebra. *(A Luna, amistoso.)* Usted, paisano, tampoco le va a hacer asco al porrón.

LUNA. —¿Paisano? Soy de San Cristóbal Sur, a Dios gracias. Pero tráigame una ginebra, no más.

PAGOLA. —A mí, señora, una cervecita para empezar.

MORALES. —¿De San Cristóbal? Buenos barrios, señor. Precisamente para ese lado voy tirando.

PAGOLA *(por cortesía)*. —¿Y qué andás buscando por ahí?

MORALES. —Nada. Un tal don Eliseo Rojas.

Luna, que estaba por beber, deja el vasito sobre la mesa y se queda mirando. (Esta toma debe ser rápida.) La mujer rodea la mesa, sirviendo. Va y viene, contra un fondo de barriles; sobre su cabeza se ven, colgando, los pies del chico gordo: uno descalzo, el otro con la espuela. Alguien que entra obliga a la mujer a ladearse; uno de los pies del chico roza la cabeza de la mujer. Ésta alza los ojos; la cámara sigue ese movimiento. Vemos al chico encaramado en lo alto de una pila de barriles, casi junto a las vigas, encogido y comiéndose los pasteles de su canasta.

LA MUJER. —Otra vez te pesco, mandinga, comiéndote el sudor de mi frente. Bajate de ahí más pronto que ligero y atendé la clientela.

EL CHICO GORDO. —Estaba reponiendo fuerzas, mi amita.

El chico baja y se pierde entre la concurrencia gritando.

EL CHICO GORDO. *(A gritos):*

Pasteles calientes
Alegran la gente.
Mazamorra la cocida
Para la mesa tendida.

La cámara vuelve a la mesa de Pagola y los amigos. Luna está fumando un cigarrillo. Se ven copas usadas y copas limpias, para indicar que ha pasado un poco de tiempo.

SEGUNDO AMIGO *(prosiguiendo un relato)*. —Adentro, el emponchado imponía su ley. Don Eliseo Rojas le dejó el cuchillo al pulpero, que andaba clamando que no quería entredichos en su casa. La gente se hacía cruces. Don Eliseo entró con el rebenque y ya empezaron a

sonar los lonjazos. El emponchado salió con facón y todo, de esa parroquia, y las parroquias circunvecinas.

MORALES. —Al emponchado le había llegado la hora, como a todos les llega.

SEGUNDO AMIGO. —Así será, pero cuando don Eliseo dentra a tallar, siempre le llega *al otro* la hora.

MORALES. —Celebro que se mantenga tan animoso. Yo esta noche voy a ajustar una cuenta con él.

Durante esta escena, el chico gordo ha estado fastidiando con sus pasteles. Luna, con agitación reprimida, mira a Morales.

LUNA *(bruscamente furioso, al chico gordo)*. —Vas a dejarte de fastidiar, mocoso. Te voy a poner de penitencia. *(Se lo lleva de una oreja; la cámara lo sigue; salen al patio.)*

Escena muda: Luna explica algo al chico. Saca unas monedas del tirador y se las entrega. En el tirador se ve un cuchillo (un arma de tamaño mediano, con algo peculiar en la empuñadura). Atado a un poste hay un petizo muy gordo, muy sillón, overo.

Luna vuelve a la mesa.

PRIMER AMIGO *(a Morales)*. —No se puede perder. Por el lado del puente todos conocen la casa. Está en un alto y tiene corredores.

SEGUNDO AMIGO. —Hace años que sabe vivir ahí. Me extraña que conociendo al hombre no conozca la casa.

MORALES. —Yo no he dicho que lo conociera. *(Mira a Pagola, con amistosa complicidad.)*

PAGOLA *(con seriedad)*. —Mirá, Julito, vos tendrás tus razones, pero yo soy partidario de vivir tranquilo.

LUNA. —¿Hablan de Rojas? Esta noche no lo encuentran en su casa. Va a la fiesta de los Vascos de Almagro.

PRIMER AMIGO. —Ajá, ¿en la sede de Castro Barros?

LUNA *(a Morales)*. —Como hombre de más años me voy a permitir someterle un consejo. Yo que usted no iba al baile de los Vascos. A

qué afanarse buscando la sepoltura, si de todos modos nos va a encontrar. Es un sentir.

MORALES. —A caballo regalado no se le mira la boca. Por eso acepto el consejo, sin siquiera examinarlo.

PAGOLA. —No hay que tomar las cosas así. Vamos, señores...

MORALES. —Yo no quise ofender a nadie.

PRIMER AMIGO. —Pago otra vuelta.

La escena se disuelve. Se ve la calle. El chico gordo, revoleando un rebenque, se abre camino con el petizo overo.

Un zaguán, con una puerta lateral. En las paredes hay un complicado paisaje romántico (un volcán, un lago, un templo griego, en ruinas, un león, un niño tocando la flauta, etcétera). De espaldas a la cámara duerme un hombre corpulento, en un sillón de hamaca. Es don Domingo Ahumada, compadre de Ponciano Silveira.

LA VOZ DE SORIANO. —Oiga... eh... maestro.

El hombre del sillón sigue inmóvil. Soriano, que entra en el zaguán, aparece ante la cámara. Golpea las manos.

LA VOZ DE SORIANO. —Maestro... señor.

La enorme cara del hombre se vuelve hacia Soriano.

AHUMADA *(con alguna extrañeza).* —¿No se le ocurrió que con tanta bulla iba a concluir por despertarme?

SORIANO. —¿Sabe que me gustaría verlo despierto? Van tres veces que vengo y siempre me lo encuentro aplastando el mismo sillón.

AHUMADA. —¿Y qué gana con eso? Vamos a ver.

SORIANO. —No he venido a discutir ganancias y pérdidas. Quiero saber si está don Ponciano Silveira.

AHUMADA. —Flor de pregunta. Vaya pensando otra tan bonita para cuando me dispierte mañana. *(Vuelve a dormirse.)*

SORIANO. —Abra los ojos antes que lo espabile una puñalada.

(Entra y se encara con Ahumada.)

AHUMADA *(cambiando de actitud. Sin apuro, pero muy concienzudamente)*. —Muy bien, señor. Vamos por partes. Un sujeto da en favorecerme con sus visitas y preguntas si está don N. N. Usted convendrá que, hasta ahí, no hay mayores dificultades. Preguntar... preguntar... *(acentuando con una pantalla de paja)* cualquiera puede preguntar cualquier cosa. *(Con voz más fuerte.)* La responsabilidad encomienza con la respuesta. *(Con llaneza.)* ¿Me doy a entender?

SORIANO *(escéptico)*. —Para mí, que usted se cayó del sillón de hamaca, cuando era chico.

AHUMADA. —Perfectamente. Si yo contesto que N. N. no está —es un decir—, usted puede largarse a suponer que otra vez estuvo. Si le digo que no sé quién es N. N., ¿con qué cara le digo mañana que lo conozco? Si, por otra parte, le ando con rodeos y medias palabras, usted cavilará en su fuero interno que yo ando con tapujos.

Se abre la puerta lateral y entra don Ponciano Silveira. Es un hombre alto, recio, autoritario, cetrino, de melena y de largo bigote negro. Está en mangas de camisa (con ligas en los brazos); usa pantalón negro y botas.

SILVEIRA. —¿Qué tal, Fermín? ¿Qué le trae por aquí?

SORIANO. —Vengo por el asunto aquel, don Ponciano.

SILVEIRA. —¿Hay novedad?

SORIANO. —Voy a explicarle...

Entra el chico de la espuela.

EL CHICO *(bruscamente)*. —Al que sea don Silveira... *(como repitiendo una lección)* me manda el señor Luna a decirle con el mayor sigilo que un mozo Morales irá esta noche al baile de los Vascos.

AHUMADA. —Flor de noticia.

SILVEIRA *(al chico)*. —¿Y eso es todo?

EL CHICO. —Qué va a ser. Dijo que no hay que dejar que llegue antes de hora a casa de don Eliseo. También me recomendó especialmente una porción de cosas que no me acuerdo.

El chico saca un pastel y se lo come.

SILVEIRA. —Estamos lucidos con el chasque. ¿Te dijo algo más?

EL CHICO. —Que se quedaba en el reñidero de la calle de la Piedad, hasta que llegaran. *(Iluminándose.)* También me parece tener oído que usted me daría cinco pesos.

SILVEIRA. —De eso mejor que no te acordés. *(Le indica la puerta.)*

El chico se encoge de hombros, saca otro pastel y se aleja comiendo.

SILVEIRA *(a Soriano)*. —¿Sabías algo de todo esto?

SORIANO. —Que me registren.

SILVEIRA. —Pasemos adentro. Mi compadre *(señala a Ahumada)* va a descabezar un sueñito.

Entran en una pieza desmantelada, con piso de baldosas, un brasero, una cama de fierro, una petaca de cuero. Soriano cierra la puerta, se vuelve hacia Silveira y le dice:

SORIANO. —Esta noche damos el golpe.

Esfumatura.

En el crepúsculo, un terreno baldío. Se ven los fondos de unas casas. Silveira ensilla un caballo oscuro. Soriano va entregándole las piezas del apero.

SILVEIRA *(con levita, y poncho de vicuña sobre los hombros)*. —¿Dejaré el tordillo en la fonda?

SORIANO. —No, lo traje. Está en el palenque.

SILVEIRA. —Amalaya ese mozo Morales no arruine las cosas. Con tal que todo no sea una astucia de Larramendi.

SORIANO. —Usted me está resultando el rey de los desconfiados.

SILVEIRA. —Va para un mes que Larramendi me tiene en el banco de la paciencia. En mis pagos no andamos con tantas vueltas.

SORIANO *(conciliatorio)*. —Despacio se va lejos. Don Larramendi es muy riguroso y es de los que ven bajo el agua.

SILVEIRA. —¿Riguroso? Lo que le gusta es prudenciar. Más me hubiera valido no hacerle caso. El asunto era entre yo y el otro...

SORIANO. —El mío también. Lástima que se hayan entrometido tantos pajueranos.

Silveira se vuelve y lo mira.

SORIANO *(rápidamente)*. —¿O usted cree que no ando ganoso de ajustar cuentas con don Eliseo?

Esfumatura.

La vereda de una confitería con mesas redondas de fierro. Sentados a una mesa hay un importante señor de bigotes marciales y una señora joven alelada y semidormida. (El señor tiene un sobretodo con cuello de pieles.) El mozo discute con el señor. Un sujeto de aire servil y de escasa estatura se levanta de otra mesa e interviene, conciliador, en la discusión, oyendo, con alternado respeto, a los contrincantes y aprobando con palmadas y reverencias. En la calle un italiano, con organito y cotorra, toca una habanera. Dos graves orilleros de traje oscuro bailan con muchos cortes. (La cámara sigue la discusión, mostrando en el fondo a los bailarines, a quienes no miran los otros.) Llega Morales. Mira a los bailarines; luego, de golpe, le llama la atención el sujeto de aire servil.

EL SEÑOR *(al sujeto de aire servil)*. —Le inculco, joven. Mi señora quería un helado de vainilla, de esos en forma de oblea. Yo, que la sé medio delicada del hígado, intervine a tiempo y le encargué un tecito de

cedrón, bien rebajado. En cuanto a mí, opté por activar la digestión con un doble ron de Jamaica.

EL SUJETO SERVIL. —Hasta aquí lo entiendo. Prosiga.

EL SEÑOR *(limpiándose la manga donde ha sido palmeado)*. —El mozo que no trabaja con amor, con discernimiento, incurre en un error garrafal.

EL SUJETO SERVIL. —¿Qué hace?

EL SEÑOR. —Sus oídos no querrán creerlo. Le sirve el ron a mi señora y a mí me trae no sé qué deleznable tisana. Resultado: la señora está indispuesta; yo, insatisfecho y sediento. *(Formidable, chasquea la lengua contra el paladar.)* ¡Este anarquista, ahora, quiere que le pague la cuenta!

EL SUJETO SERVIL. —Es un perfecto escándalo, señor. Usted debería escribir a los diarios. *(Vuelve a palmearlo: se dirige, después, al mozo.)* Oigamos, sin embargo, las razones que alega este caballero.

EL MOZO. —Reconozco mi falta. Veinte años que estoy en la brecha y es la primera vez que me equivoco. Pero la cuenta hay que abonarla. Asciende a treinta y cinco centavos.

EL SUJETO SERVIL. —Eso sí, la cuenta hay que abonarla. *(Palmea al mozo.)*

EL SEÑOR *(después de reflexionar)*. —Bajo protesta, abono.

EL SUJETO SERVIL *(con cierta prisa)*. —Cumplida mi misión, me retiro.

El señor se desabotona, primero el sobretodo, luego el levitón, e investiga, con creciente alarma, sus bolsillos. Morales, que ha estado observándolos, toma del cuello al sujeto servil. Mientras tanto, los faroleros, con unos palos largos, encienden los faroles.

MORALES *(al señor)*. —No se fatigue, señor. *(Al mozo.)* A usted... también ha de faltarle algo.

El mozo comprueba con estupor que le falta la cartera.

Morales extrae del sujeto servil las dos carteras y las entrega a sus dueños.

MORALES *(al sujeto, sin soltarlo)*. —De usted, amigo, nadie podrá decir

que viaja sin lastre. *(Saca una cantidad increíble de objetos, que el señor y el mozo van reclamando.)*

EL SEÑOR. —¡Mis gemelos de teatro que abuelo me regaló el día de mi santo!

EL MOZO. —¡Mi lápiz de manteca!

Etcétera.

Morales saca un puñal que el ladrón tiene en el chaleco. Ni el mozo ni el señor lo reclaman.

MORALES *(severo)*. —¿No sabe que la portación de armas está prohibida? En fin, vaya con Dios, que yo no soy justicia.

EL SUJETO SERVIL *(recuperando la compostura)*. —Muy galante, muy galante. Hago valer, sin embargo, que el arma es de mi propiedad.

MORALES. —Sí, pero da la casualidad que yo la preciso, para una diligencia.

La guarda, saluda y se retira. Lo miran estupefactos. El ladrón acerca la mano al bolsillo del señor.

Esfumatura.

Calle de las afueras. Silveira y Soriano, a caballo.

SORIANO. —Vez pasada, un amigo, que es asistente de un rematador de campaña, me mandó un perro. ¡Pobre animal! Cada vez que oía la corneta del tranway se ganaba bajo la cama. *(Ríe, mirando intencionadamente a Silveira.)* Con los cristianos no pasará lo mismo, tal vez.

SILVEIRA *(sereno)*. —Linda fábula. Pero me vas a escuchar una cosa cierta.

SORIANO. —¿Y por qué no?

SILVEIRA. —Mirá. Hará veinte, treinta años, en un fortín, un soldado se le desacató al sargento. Estaban esperando un malón y el sargento se hizo el desentendido. Esa noche los indios se vinieron con no sé

cuántas lanzas.

Un silencio.

SORIANO. —¿Y cómo acabó la pelea?
SILVEIRA. —Los sablearon a los indios.
SORIANO. —No. Me refería al soldado y al sargento.
SILVEIRA. —Eso lo sabrás esta noche, cuando lo hayamos despachado a don Eliseo.

Esfumatura.

Silveira y Soriano cruzan el cuarto de los barriles, pasan frente a la escalera que baja al reñidero y entran en la cantina. La gente se ha ido; todo parece muy vacío y muy grande. Luna, distraído, se limpia una bota con el cuchillo. La mujer teje, sentada detrás del mostrador.

LUNA. —Buenas tardes.

Se palmean.

LUNA. —Para empezar, ¿no gustan tomar una copa?
SORIANO. —Así hablan los hombres.

Se sientan.

LUNA. —¿Y usted, don Ponciano?
SILVEIRA. —Te agradezco, pero quiero estar bien despejado para esta noche. Hace años que la estoy esperando.

Se sienta.

SORIANO. —Es muy dueño, si la bebida lo marea. ¿Por qué no pide agua panada?
LUNA *(sin comprender la intención de Soriano)*. —Francamente, no se lo

aconsejo, don Ponciano. *(Por lo bajo.)* Aquí no saben prepararla.

SORIANO *(a la mujer)*. —Dos cañas fuertes, misia.

SILVEIRA *(serio)*. —Vamos a los papeles. A ver, ¿quién es ese mozo Morales que está por dir a casa de don Eliseo?

LUNA. —Uno que apareció en la riña. Tiene un asunto personal con don Eliseo y esta noche va a provocarlo. *(Mientras habla, la mujer sirve las cañas.)* Para ganar tiempo, le dije que lo iba a encontrar a don Eliseo en el baile de los Vascos.

SILVEIRA *(aprobando)*. —Bien pensado.

SORIANO *(a Luna)*. —¿Le avisó a don Ismael?

LUNA. —Ni se me pasó por las mientes.

SILVEIRA *(pensativo)*. —La verdad es que ese Morales nos complica el asunto.

SORIANO. —Alguien tendría que entretenerlo en el baile.

SILVEIRA. —Sí. Puede que no estuviera de más hablar con Larramendi.

SORIANO. —A las nueve lo encontramos en su casa.

SILVEIRA. —Bueno, ahora nos olvidamos de ese mocito y vamos a hablar de lo nuestro.

SORIANO. —De hablar, y de oír hablar, ya estoy harto.

SILVEIRA *(sin hacerle caso)*. —Ustedes ya saben. En cuanto cruzamos el portón, ganan los lados del camino. Yo sigo solo hasta las casas y me encargo de don Eliseo.

SORIANO. —Nada de eso. Yo también le tengo ganas a ese déspota. Vamos a ir los dos juntos hasta la casa.

SILVEIRA *(fríamente)*. —Muy bien, joven. Hacé tu gusto en vida. Luna y yo nos quedamos a los lados y te vemos meterte lo más garifo en la boca del lobo.

SORIANO. —Conforme. *(Tragando.)* Cuanto antes, mejor.

SILVEIRA *(con el mismo tono, como si no lo hubieran interrumpido)*. —Dejás el tordillo entre los sauces. Vas hasta la puerta y llamás a don Eliseo. No hagás fuego hasta que esté bien cerca.

SORIANO. —Dice bien. Hay que proceder a conciencia. *(Vuelve a tragar.)*

SILVEIRA. —Con la intranquilidad, no vayas a errar. Si te matan, adentramos a tallar Luna y yo.

LUNA *(tras una carcajada)*. —Ahura sí que se puso güena la cosa.

SORIANO. —Puede ser que me maten, pero sepan que no tengo miedo, no tengo miedo.

SILVEIRA. —¿Qué les parece si vamos saliendo?

SORIANO. —Sí, pero antes voy a tomar otra copa. *(Pausa; después nerviosamente.)* Nos encontramos a las nueve en lo de Larramendi. Más vale que no salgamos juntos.

SILVEIRA *(seco)*. —Como te parezca. A las nueve, entonces.

Salen. Esfumatura.

En una fonda, ante una ventana enrejada, está acabando de comer Julio Morales. Por la ventana se ve el ombú que había en la Plaza del Once, en la esquina de Ecuador y Bartolomé Mitre. El piso de la fonda, que es de tablones de madera, está algo más bajo que el nivel de la calle. En otra mesa, en el fondo de la habitación, un hombre bajo y fornido, de bastón blanco, habla y gesticula confusamente ante una copa vacía.

EL HOMBRE *(con una voz muy ronca y muy baja)*. —Otro aguardiente, patrón. Apúrese, que ya están al llegar.

El mozo, con indiferencia, le sirve. El hombre apura de un trago la copa, se seca con el antebrazo, se pone de pie, deja unas monedas sobre la mesa y se acerca a Morales, como embistiendo. Pasa junto a Morales, sin verlo, casi rozándolo. Sale a la calle.

EL MOZO *(con un guiño a Morales)*. —Sí, ya deben estar al llegar.

MORALES. —¿Quiénes?

EL MOZO. —Los negros. Saben caer después del segundo aguardiente. Fíjese. *(Señala la ventana.)* Me lo tienen medio apurado a don Lucas.

Morales mira hacia el ombú. El hombre está visteando solo. Tiene un brazo en alto, como escudándose con un poncho; en la otra mano esgrime un cuchillo imaginario. Sentado en el cordón de la vereda hay un

changador, que no lo mira.

EL MOZO. —Al final siempre los puede.

MORALES. —Estará soñando algo que pasó.

EL MOZO. —Aquí era la Plaza de las Carretas. Usted veía gente de todas partes. Por el setenta y tantos, cayeron unos negros de Morón, que se sabían emborrachar en el casino que había a la vuelta del Mercado de Frutos. Después se corrían a la plaza y molestaban al transeúnte, hasta en las altas horas.

MORALES. —Ajá, ¿hasta que don Lucas los sosegó?

EL MOZO. —Sí. Era un mocito de lo más deferente, sin otro afán que cumplir sus obligaciones. Pero los negros se habían puesto tan soberbios que el hombre los esperó una noche bajo el ombú y los peleó a la vista de todos. Ahora da lástima: toma unas copas y ya está dele pelear con los negros.

MORALES. —¿Lástima? Está viejo, está medio loco, pero nunca pierde ese día en que demostró que era un hombre.

Se levanta y paga. Bajo el ombú se cruza con don Lucas.

MORALES. —Buena suerte, don Lucas.

EL HOMBRE *(señalando el suelo)*. —Miren. Ése está echando sangre por la boca.

Esfumatura.

El reñidero, otra vez. Soriano enciende un cigarrillo. Se acerca al mostrador y se sirve otra caña. Con el vaso en la mano camina pensativo hasta la escalera que baja al reñidero. Arroja el cigarrillo, que cae en el redondel. Soriano lo sigue con la mirada. Se vuelve. Se encara con el espejo. Bebe la caña de un trago. Se mira de nuevo. Vemos la pared, el marco moldeado, la imagen de Soriano. En el espejo empieza a formarse una nueva escena: se oye una risa casi histérica; vemos, junto a la cara reflejada, otra cara de Soriano (más joven, con alguna diferencia en el

pelo). La cara del reflejo desaparece; la otra mira hacia abajo, interesada, excitada, feliz. Detrás de Soriano hay una pared blanca, con un zócalo negro. Una escalera exterior, de madera, sube a un altillo; los escalones y la baranda proyectan sombras sobre la blancura de la pared. A un lado hay un espinillo retorcido, que también proyecta su sombra. La parte baja de la escena es oscura. Soriano está encorvado: sus manos, tendidas hacia adelante, ejecutan algo que no se ve. Se oyen agudos y minúsculos gritos dolientes; algo se agita en la oscuridad.

La cámara sube; en la entrada del altillo está Elena, clara en la luz del sol. Resuena la mazurca de Chopin que se oyó en la escena de la muerte de Postemilla.

ELENA *(horrorizada)*. —¡Fermín!

SORIANO *(sin apartar los ojos de su mesa)*. —Miralo como se retuerce. *(Ríe.)*

ELENA *(con profundo cansancio)*. —¿Cómo podés tener esa crueldad? Dejá ese animal.

SORIANO *(al cabo de un silencio)*. —Pero si ya está muerto. *(Bruscamente distraído de lo que ha hecho.)* Fijate: ahí está Ercilia estudiando la mazurca.

Aparecen de nuevo la pared, el marco moldeado, el espejo. Se ve, fugazmente, el reflejo de Soriano. Esta imagen se desdibuja: se definen hojas, troncos, una calle de árboles entre canteros, una Diana de mármol. Se oye, primero lejano, después más claro, un dolorido vals de Ramenti. Don Ismael Larramendi —obeso, enlutado, fofo y solemne—, Soriano, Elena y Ercilia pasean por una plaza del suburbio. Aún es de día, pero ya brillan los faroles.

Hay mucha gente. En el centro de la plaza, en un quiosco, está la banda. Soriano, Elena, Ercilia y Larramendi se acercan.

LARRAMENDI. —Me agasajaron, me colmaron, les aseguro. Sociabilidad, calor, elocuencia, una mesa regada por buenos vinos. Cuando me levanté para agradecer, la emoción me embargaba...

SORIANO. —Emocionado y todo, dijo cada palabra sentida... Si lo

hubieras visto, Ercilita.

LARRAMENDI *(con cierta amargura)*. —Desgraciadamente, soy menos persuasivo en casa que entre amigos y admiradores. *(Iluminándose.)* Pero ¿a quién veo? ¡A ese estimable Pons! Precisamente, debo conversar con él de asuntos... financieros. *(A Ercilia.)* Hijita, no olvides que a las siete irán a buscarte a casa de Eliseo. Chicos, adiós.

Avanza pomposamente hacia un grupo de personas; éstas no le contestan el saludo y pasan de largo. Elena, Ercilia y Soriano han visto la escena.

Esfumatura.

El comedor de la casa de don Eliseo Rojas. Una pieza grande, con las paredes blanqueadas, cielo raso de alfajías, con una viga. Una mesa larga, sillas, un aparador. Del respaldo de una silla cuelga un rebenque, con cabo de plata.

Elena, frente a un espejo, se ata el delantal. Luego, silenciosamente, empieza a poner la mesa, ayudada por Ercilia. Apoyado en el marco de la puerta, con el sombrero en la mano, Soriano fuma con displicencia y las mira.

SORIANO *(por decir algo)*. —¿Habrá vuelto don Eliseo?

ELENA. —Sí. ¿No ves? Ahí está el rebenque.

Un silencio.

ERCILIA *(bruscamente)*. —¿A qué seguir fingiendo que no hemos visto que a mi padre lo desairaron?

ELENA. —No te preocupes, Ercilita. *(Dulcemente risueña.)* Al fin y al cabo, el señor Pons no es el juicio final. *(Seria.)* Si querés a tu padre y si él te quiere, lo demás no importa.

ERCILIA. —Sos muy buena, Elena. Pero ¿cómo vas a entenderme, vos que vivís en un hogar que es la propia decencia? ¿Cómo vas a sentir lo que yo siento?... ¡Saber que mi padre es un sinvergüenza!... ¡Descubrirle cada día una falsedad, una miseria!... A tu padre todos

lo respetan...

ELENA *(conciliatoria)*. —Son hombres muy distintos, Ercilia.

ERCILIA. —Ya lo sé. Don Eliseo es el hombre más recto que conozco. El más respetado.

Mientras hablan, han ladrado unos perros. Soriano se acerca a la ventana y mira hacia afuera.

ERCILIA. —¡Lo feliz que se puede ser con un padre como el tuyo!

ELENA *(con extraña emoción)*. —Sí, yo soy muy feliz.

SORIANO *(volviéndose)*. —Ercilia, vienen a buscarte.

ERCILIA. —¡Qué tarde se ha hecho!

Se despiden. Soriano sale acompañando a Ercilia; cuando vuelve, sorprende a Elena, que llora, desconsolada.

Esfumatura.

Una muchedumbre de caballos se precipita hacia la cámara. Esta sube y, desde arriba, muestra los caballos, en el picadero de la Antigua Casa de Remates de Ismael Larramendi. La casa es de dos pisos; donde empieza el segundo hay una galería circular, que domina al picadero. En esa galería, y abajo, alrededor del picadero, están los compradores. Desde un palco, don Ismael Larramendi elogia las virtudes del lote que ha salido a remate. Cerca del portón por donde han entrado los caballos, hay un grupo de jinetes, con recado y lazo; uno de ellos es Luna. En el fondo se divisan corrales y potreros.

LARRAMENDI. —Contraigan su atención, caballeros, a este lotecito de oscuros, marca líquida de La Encarnación de Zalduendo. Apelo, señores, a una visión más esclarecida del porvenir y sé muy bien que ustedes no permitirán que este lote, la flor de don Zalduendo, se queme a un precio francamente irrisorio. El origen no se discute. Las madres, las famosas yegüitas de La Encarnación. El padre, un Orloff funebrero que se tuteaba, como quien dice, con todo el personal de la

Recoleta.

Mientras tanto vemos a Soriano distribuyendo boletos a los compradores de lotes que ya se han vendido.

SORIANO. —Aquí tiene el boleto del parejero, comisario Negrotto.

COMISARIO. —Si no gana te hago tusar al rape esa melena, por el cabo Carbone.

Soriano se acerca a otra persona.

SORIANO. —Tenga su boleta, señor Gomensoro.

Soriano se abre paso entre los compradores.

LA VOZ DE LARRAMENDI. —No desmaye, señor Doblas. Ya lo tiene. ¿35? ¡35! Lo estoy esperando, señor Oteiza. Usted no es de los que se dejan correr. ¡40 pesos! ¡40 pesos! ¡45 y son del señor Doblas! ¡45 y se fue!

La gente empieza a retirarse. Soriano se aproxima a otro comprador.

SORIANO. —Su boleto, señor Doblas. *(A otro.)* El suyo, don Nicanor. Lo felicito por la compra.

UNO DEL GRUPO *(a don Nicanor)*. —Linda la estampa del tubiano. Mi consejo es que lo haga embalsamar antes que se le caiga a pedazos.

Se van. Los peones se llevan del picadero al lote de oscuros. Soriano camina hasta la escalera que da al palco del rematador. Don Ismael Larramendi se dispone a bajar; ve a Soriano y con un movimiento rápido se vuelve atrás y finge ensimismarse en la lectura de unos cuadernos. Soriano sube la escalera y se encara con Larramendi. Éste suspira y se enjuga la frente con un pañuelo. Palmea a Soriano, que lo mira con hosquedad.

SORIANO. —No se puede quejar, don Ismael. ¡Hoy sí que habrá ingresado metálico!

LARRAMENDI. —Cabal, joven amigo, cabal. Lotes meritorios, oferta ágil, y —modestia aparte— un martillero que sortea los escollos más pérfidos. La de hoy es una jornada que se grabará en tu memoria.

SORIANO. —Ya lo creo. No me olvidaré tan fácil del día que usted me pague.

LARRAMENDI. —Ni me hables de ese dinero. Ya sabes que está a tu entera disposición. No olvides que lo ganaste en el juego y que me lo prestaste para que yo te lo devolviera con creces.

SORIANO. —Casi prefiero renunciar a las creces. Abóneme lo que me debe y quedamos a mano. Usted empieza a cansarme con tanta labia.

LARRAMENDI *(con falso aplomo)*. —Mal enfoque, mal enfoque, como dicen los modernos fotógrafos. Empresa que yo encaro, empresa que no abandono hasta coronarla con la victoria más rotunda. Nuestro dinero evoluciona... se adapta... busca su cauce...

SORIANO *(alarmado)*. —¿Y ahora me sale con eso? *(Trémulo de ira.)* Si no me paga... si no me paga...

LARRAMENDI *(rápidamente, mirándolo de soslayo)*. —Puedes matarme y despedirte de ese dinero. No tienes recibo...

SORIANO *(cediendo)*. —Lo que yo preciso es la plata.

LARRAMENDI. —La tendrás, la tendrás.

SORIANO. —¿Cuándo, don Ismael?

LARRAMENDI *(dueño de la situación)*. —¡Otro error! No podemos atarnos a una fecha.

SORIANO *(casi quejoso)*. —Pero yo preciso la plata.

LARRAMENDI *(como accediendo)*. —Haberlo dicho. En tal caso podría ensayarse un golpe de timón. Desde luego, tu ayuda sería valiosa.

SORIANO. —Le soy franco, don Ismael. No lo entiendo.

LARRAMENDI. —Es muy simple. Don Eliseo no quería entrar en la firma. Siempre me acompañó de mala gana. Yo he bregado y sudado... Ahora llega el momento de dar una pincelada final a esta obra de romanos, prendiendo fuego a las instalaciones y cobrando el seguro.

SORIANO. —¿Tan mal andan las cosas?

LARRAMENDI *(pasando un brazo por el hombro de Soriano)*. —Muy mal, muy mal. Lo peor de todo es que no me animo a confiar este plan a

don Eliseo.

SORIANO *(con firmeza)*. —No le diga nada. Esta noche incendio el local. *(Mirando alrededor.)* Esta madera va a arder que es un gusto.

LARRAMENDI *(crítico)*. —Otra vez te noto impaciente. Yo esperaría hasta el lunes. Después de la oración no hay un alma y podrás maniobrar con toda soltura. Además, ¡queda por resolver el factor detalle!

SORIANO. —No complique tanto las cosas. A las seis me dejan solo y tengo tiempo para incendiar esta casa y toda la parroquia.

LARRAMENDI. —Avancemos con pies de plomo. Esa misma facilidad puede comportar un peligro. Si la aseguradora sospecha, estamos perdidos.

SORIANO. —¿Y qué aconseja?

La cámara enfoca, desde arriba, la entrada del picadero. En el suelo se proyecta la sombra de un hombre a caballo. Después lo vemos; entra, lentamente, desde la calle. Desde arriba se ve el sombrero, el poncho, el caballo oscuro.

LARRAMENDI *(pensativo)*. —Habría que buscar un sujeto que fuera de nuestra entera confianza. Alguien, sin embargo, que no aparezca vinculado conmigo, ni con don Eliseo.

La cámara vuelve a enfocar al jinete. Éste desmonta y ata el caballo. Aún no vemos su cara.

SORIANO. —Entonces, Luna.

LARRAMENDI. —Atinado. Hay tirria. Tuvieron un entredicho y don Eliseo lo echó con cajas destempladas.

SORIANO. —El hombre, cada vez que se emborracha, jura que lo va a achurar a don Eliseo.

Atrás de los dos hombres que conspiran surge, imponente, el desconocido: es Ponciano Silveira.

SILVEIRA *(a Larramendi, que lo mira azorado)*. —A lo que rezan esas

letras que hay en la puerta, esta casa es de don Eliseo Rojas.

LARRAMENDI *(recuperando el aplomo)*. —Y de Ismael Larramendi, un servidor.

SILVEIRA. —Entonces, señor, usted viene a ser el más indicado para decirme dónde lo encuentro a Rojas.

LARRAMENDI. —Viene de tarde en tarde. ¿Al señor lo trae un negocio?

SILVEIRA. —¿Negocio? Un negocio de poca monta. Personal, eso sí.

LARRAMENDI. —Comprendo perfectamente. ¿Si el señor quiere dejar su nombre?

SILVEIRA. —Cómo no. Dígale a Rojas que lo quiere ver Ponciano Silveira.

Larramendi lo mira en silencio; después, parece tomar una decisión.

LARRAMENDI. —Se lo diré. *(Reflexivo.)* Yo conocí un Silveira, hace tiempo, pero no era de aquí.

SILVEIRA. —Yo tampoco soy de aquí. *(Mirando fijamente a Larramendi.)* Soy de Junín.

SORIANO *(con impaciencia)*. —Se ve a las claras que el señor no es de la Capital.

No parecen oírlo.

LARRAMENDI. —Ah, yo lo apreciaba mucho a Beltrán.

SILVEIRA. —Mi hermano vino a Buenos Aires cuando era un chico y lo mataron sin piedad. Dígale a Rojas que hay un hombre que no olvida esa historia.

Esfumatura.

La cámara enfoca un cielo con nubes blancas; después unas ramas; después a Ercilia trepada entre las ramas.

ERCILIA. —Ahí va otra remesa.

Tira unas manzanas a Elena, que está abajo y tiende el delantal para recibirlas. A pocos pasos, sentado en el suelo y mordiendo unas yerbas, está Fermín Soriano.

SORIANO *(a Elena)*. —La póliza... ¿la tendrá tu padre o se la habrá entregado a tío Ismael?

ELENA *(con desconfianza)*. —No sé qué estás tratando de averiguar. Me parece muy raro.

SORIANO. —¿Qué hay de raro?

ELENA. —Todo, tu impaciencia por que se cobre el seguro, tu curiosidad...

Mientras tanto, Ercilia ha bajado del árbol.

ERCILIA. —No seas mala con el pobre Fermín.

ELENA *(mirándola con indulgencia y ternura)*. —Perdóname. No me acordaba que era perfecto.

ERCILIA *(con cierta precipitación)*. —¿Por qué no me dicen qué debo hacer? ¿Voy a casa de las tías o no?

SORIANO *(indiferente)*. —Si quedaste en ir...

ERCILIA. —Les prometí, pero no me gusta volver sola cuando oscurece.

SORIANO. —Si yo no tuviera un día tan complicado... Ahora tengo que llevar el reloj de don Eliseo, a que lo compongan... *(Lo muestra. Es un grueso reloj, de tapas.)* Para la noche me apalabré con los muchachos.

ERCILIA *(resignada)*. —Bueno, otra vez será.

ELENA. —Parece mentira, Fermín. Dejalos a esos perdularios y acompañala a Ercilita.

ERCILIA *(reflexiva)*. —Más vale que no me acompañe. Vos sabés lo que son las tías: siempre piensan mal.

SORIANO *(arroja las yerbas que estaba mordiendo y, bruscamente, se encara con Ercilia)*. —Mirá, las tías no tienen por qué enterarse. ¿A qué hora salís de casa de ellas?

ERCILIA *(con reprimida felicidad)*. —Y, a las siete, a las siete menos cuarto. *(Arrepentida.)* Pero mejor es que no vayas.

SORIANO. —Te espero a las siete, cerca del puente.

Ercilia corta una flor, saluda con la mano y se aleja.
Esfumatura.

Vemos a Elena, cerrando una tranquera de alambre. La luz ha cambiado; atardece. Elena avanza unos pasos; la cámara enfoca su rostro que, de improviso, se asombra.

ELENA. —Se te va a hacer tarde, Fermín.
SORIANO. —¿Tarde? ¿Para qué?
ELENA *(sin comprender)*. —Para buscar a Ercilia, por supuesto.
SORIANO. —¿Buscarla? No se va a perder si no voy.
ELENA. —Pero estará esperándote.
SORIANO. —Sabés muy bien que le prometí ir a buscarla para que nos dejara solos.
ELENA *(seria, mirándolo de frente)*. —Fermín Soriano, vos debés de estar loco.
SORIANO. —Loco, sí. Loco de ganas de sentirte en los brazos.

Quiere abrazarla. En la lucha, una peineta cae al suelo. La cámara la enfoca. Sobre ella se extiende la sombra de alguien que llega. Es la sombra de un hombre, que lleva del cabestro un caballo.

La cámara enfoca rápidamente a Soriano, que se cubre los ojos con el antebrazo. Luego el antebrazo cae y vemos a Soriano reflejado en el espejo del reñidero. Soriano, exaltado por el pavor de la empresa que se ha impuesto y también, un poco por el alcohol, se encara con su reflejo.

SORIANO. —No, no quiero acordarme. He jurado no volver a acordarme. Eliseo Rojas me afrentó, me humilló. Eliseo Rojas me ordenó que me arrodillara, que le pidiera perdón a Elena. Después me abofeteó delante de Elena. Pero he jurado no volver a acordarme. Después, me acordaré. Esta noche, esta misma noche.

Esfumatura.

Por una ventana, a través de los abiertos bordados de una cortina de hilo, encuadrada en otra de damasco, vemos una calle apacible, con alguna casa de altos. Fermín Soriano llega en su tordillo. La cámara retrocede. Estamos en la sala de la casa de don Ismael Larramendi (muebles de caoba, un piano, algún petit bronze en una columna, alguna maceta, un cuadro al óleo con árabes y pirámides). Sentados, deliberan Larramendi, Silveira y Luna.

LUNA *(concluyendo una frase).* —... Lo más raro es que ese mozo Morales parece no conocer a don Eliseo. Es lo que observé, si me hago entender.

LARRAMENDI *(reflexivo).* —Pero vos mismo has dicho que lo busca para ajustar una cuenta.

SILVEIRA. —No tiene nada de particular. *(Con dureza.)* Yo tampoco lo conozco a don Eliseo, y también lo busco.

Entra Soriano.

LARRAMENDI *(va a exclamar algo, se contiene, después dominándose).* —Evidentemente, mi casa se honra con la presencia de ustedes. Sin embargo, fuerza es confesar: ¿esta reunión, aquí, no será... una imprudencia?

SILVEIRA *(ecuánime).* —Sí, a usted lo puede comprometer, y por eso está bien.

LARRAMENDI *(herido).* —Muy bien, muy bien. No he dicho nada.

SORIANO *(agresivo).* —Claro que muy bien. Más nos habremos comprometido nosotros, antes que amanezca.

LUNA *(a Larramendi).* —Cuando se trata de comprometer a otros, no se precave tanto. A mí, primero, me hace prenderle fuego a la casa; después...

LARRAMENDI *(recobrando su aplomo).* —Nadie lo obliga a seguir con nosotros.

LUNA. —No he dicho que no quiero seguir. Cuando don Eliseo me echó, le juré la muerte. Pero hay que decir la verdad: yo quería una

venganza limpia y usted me ha enredado en un delito.

La cámara retrocede hacia el corredor, enfocando, desde la puerta abierta, a Luna; después gira rápidamente, enfoca la escalera y, en el primer piso, la puerta abierta del dormitorio de Ercilia. Elena se peina, sentada ante el espejo del tocador. Ercilia, sentada al borde de la cama, se prueba unos zapatos de baile. La cama es blanca, de fierro, con profusión de hojas y de rosetas. Hay una mesa de luz, un ropero con espejo, un lavatorio, con jarra y palangana de loza, un maniquí, una vela de la Candelaria. En la cabecera de la cama hay un rosario. En la mesa de luz, retratos de Larramendi, joven, y de una señora (sin duda, la madre de Ercilia). Ercilia se levanta y enciende un pico de gas.

ELENA *(distraídamente).* —¿Tu padre volvió temprano?

ERCILIA. —Hará un cuarto de hora que entró. Hubiera querido verlo. Estoy preocupada con él.

ELENA. —Esta mañana lo encontré muy animado.

ERCILIA. —Papá disimula. Yo sé que los asuntos andan mal.

Un silencio.

ELENA. —Mañana me vuelvo a casa, Ercilia. No quiero ser una carga para ustedes.

ERCILIA. —No seas loca. ¿Cómo podés pensar que lo he dicho por eso? Sabés que somos como hermanas.

Ercilia se levanta y pone las manos sobre los hombros de Elena. Se sonríen en el espejo.

ELENA *(con dulzura y melancolía).* —Es claro, Ercilia. Perdoname. Aquí estoy muy feliz con ustedes, pero... *(riéndose nerviosamente)* es una vergüenza...

Elena sonríe, con lágrimas en los ojos. En silencio, Ercilia la interroga.

ELENA. —Anteayer, cuando me fui de casa, me creí tan valiente. Después de lo ocurrido, yo había jurado no volver más. Y ahora comprendo que no puedo vivir sin papá. *(Se inclina y se tapa la cara con las manos.)*

ERCILIA *(maternal)*. —Bueno, mañana volverás a tu casa. Pero no llores. Tenés que estar linda para el baile.

ELENA. —Si vieras las pocas ganas que tengo de ir...

ERCILIA. —No podemos defraudarlo a papá. ¡Está tan contento de llevarnos!

ELENA. —Tenés razón. *(Deliberadamente animada.)* Mirá, te quedaría muy bien un ramito de flores. Bajo al jardín a juntártelo.

Elena baja la escalera, pasa frente a la puerta de la sala, se detiene, ve a los conspiradores, los mira con recelo, prosigue. La cámara se vuelve hacia la sala.

LARRAMENDI *(explicativo)*. —¿Estamos de acuerdo, señores? Nuestra meta no debe ir más allá de la obtención de la póliza. Buscarla, conseguirla, traerla. *(Suplicante.)* Y sobre todo, nada de violencia. Nada de...

SILVEIRA *(cortante)*. —¿A quién quiere engañar con esto? Usted nos metió en la danza y las cosas se harán como corresponda.

LARRAMENDI. —Me rindo, me rindo. Renuncio a discutir con la juventud. *(Reflexivo.)* Quise darles ejemplo de prudencia, me quedé en casa todo el día y ahora ni siquiera me escuchan.

LUNA. —Está gracioso. Hablarles de prudencia a unos cristianos que se tienen que enfrentar con el guapo Rojas.

SORIANO *(colérico)*. —¡Ya sé que nos vamos a enfrentar con él! ¡No quiero que me vuelvan a hablar de ese hombre! *(Saca del bolsillo el reloj y lo mira con asco.)* Hasta me da grima andar con su reloj. Voy a tirarlo.

LUNA *(pensativo)*. —Si se pone así de sólo pensar, ¿cómo estará cuando Rojas dentre a carnearlo?

SILVEIRA *(interponiéndose)*. —Ese reloj me da una idea. *(A Soriano.)* Si no tenés inconveniente, prestámelo.

SORIANO. —Qué más quiero. Ahí lo tiene.

La cámara gira. Nos muestra a Soriano desprendiendo el reloj de la cadena y entregándoselo a Silveira. En el fondo, Elena, que ha vuelto del jardín con las flores, sigue con asombro la escena.

Esfumatura.

Ya es de noche. Se ve el frente de una casa, con balcones a la calle y patios laterales, muy iluminados. Hay mucha gente. Se oye una orquesta. En la puerta alguien recibe las tarjetas de los que entran. Morales mira impasiblemente, fumando. Se acerca a un coche.

MORALES *(al cochero)*. —Diga, don, ¿y aquí cómo se entra?

EL COCHERO *(desde el pescante, despreciativo)*. —Sin tarjeta no entra ni el portero.

La cámara se acerca a la puerta. Se oye música. Se ve el primer patio. Está iluminado por faroles de kerosén; lo atraviesan guías de gallardetes y flores de papel. Hay muchas parejas bailando. Ismael Larramendi habla, en el patio, con Soriano; luego llama, con un guiño, al portero. Soriano se aleja hacia adentro. Morales aprovecha la ausencia del portero para entrar en la casa. Da unos pasos y siente que lo toman del brazo.

LARRAMENDI. —Dichosos los ojos. Venga, joven amigo.

Morales lo mira un momento, perplejo; después lo sigue. Avanzan entre las parejas. Larramendi habla con animación, y se interrumpe a cada palabra, para distribuir saludos. Ya en el segundo patio, se acercan a una mesita blanca, de hierro, donde están Elena Rojas y Ercilia Larramendi.

LARRAMENDI *(presentándolas)*. —Mi sobrina Elena, mi hija Ercilia, el señor...

Un joven quiere sacar a bailar a Elena. Larramendi se interpone con

cierta prisa.

LARRAMENDI *(cortésmente)*. —El señor la disculpará. Mi sobrina está un poco indispuesta.

Al decir esto sujeta a Elena, apretándole brutalmente la mano. Elena, sorprendida, lo mira.

ERCILIA *(que no ha notado lo ocurrido)*. —Elena, estás pálida. ¿Qué te pasa?

LARRAMENDI *(agitado y oficioso)*. —¿Dónde está esa juventud? ¿Quién se comide a traer unos refrescos para las damas?

Morales lo mira entre resignado y burlón; luego se va. Interroga a alguien y vuelve a abrirse camino entre las parejas que bailan. Se ven escenas de baile.

En el buffet hay varias personas; entre ellas, Ponciano Silveira.

MORALES *(apoyándose en el mostrador; al mozo que atiende)*. —Por favor, maestro, ¿me hace llevar cuatro limonadas a la mesa?

SILVEIRA *(al mozo, sin mirar a Morales)*. —Sírvale, mozo, sírvale, y desatiéndame con toda confianza. Si no lo refuerzan con limonadas, capaz que le dé un soponcio.

MORALES *(al mozo, sin mirar a Silveira)*. —¿De cuándo acá se permite que los beodos anden entre la gente?

SILVEIRA *(también al ya asustado mozo)*. —Lo que nunca se ha visto es que se crea gente un mocoso criado a limonadas.

MORALES *(a Silveira, sin perder la calma)*. —Dele un asueto al socio que tiene en el mostrador y salga afuera si no tiene miedo a resfriarse.

SILVEIRA *(consultando el reloj de don Eliseo, impasible)*. —Mire, son las diez ya pasadas. Ahora tengo algo serio, pero a las once en punto lo espero frente al portón de la quinta de Los Laureles. ¿Sabe?, en la calle Europa.

MORALES. —¿A las once y en la calle Europa? Me parece que ni con gratificación me lo encuentro.

SILVEIRA. —No se haga tantas ilusiones, mocito. *(Desprendiendo el reloj y entregándoselo a Morales.)* Le dejo en prenda mi reloj. *(Da la espalda a Morales y se va.)*

Morales mira el reloj. En la tapa lleva las iniciales E. R.
La cámara enfoca la mesa. Morales llega.

LARRAMENDI. —Dichosos los ojos. ¡Quién sabe qué beldades lo entretuvieron!

MORALES *(dirigiéndose a todos)*. —¿Beldades? Un borracho de lo más cargoso que se puede pedir.

ELENA *(tristemente, mirando en los ojos a Morales)*. —Y, por supuesto, se pelearon.

MORALES *(acercándose a ella, interesado, asombrado)*. —¿Le parecería mejor que me hubiera portado como un cobarde?

ELENA *(simplemente)*. —¿Usted es cobarde?

MORALES *(sonriendo)*. —Creo que no.

ELENA. —Entonces, ¿qué puede importarle la opinión de un borracho?

LARRAMENDI. —Bravo, bravo. Mujer al fin. Elena está de parte del valor.

ELENA *(como si no oyera esa interrupción)*. —Para ustedes, los hombres, sólo hay cobardía y valor. Hay otras cosas en la vida.

MORALES. —Sí, pero hasta ahora yo casi no pensé en otras cosas. Usted ha de tener razón. Es la primera vez que me hablan así.

Se oye la mazurca de Chopin. Morales y Elena quedan pensativos.

MORALES. —Esa música me trae un recuerdo.

Elena, silenciosa, la escucha.

ELENA. —Creo que a mí también.

MORALES *(como hablando solo)*. —No es un recuerdo muy antiguo.

ELENA. —El mío, sí. Está muy lejos y no puedo alcanzarlo, pero sé que era atroz.

MORALES. —Yo la oí la otra noche. La oí frente a un muchacho que

estaba muerto.

Elena lo mira en silencio.

MORALES. —Y a usted, ¿qué le recuerda?
ELENA. —No acabo de acordarme. Algo de sufrimiento y de crueldad.

Un breve silencio.

MORALES *(con otro tono)*. —Yo sé que la próxima vez que la oiga pensaré que la oí con usted, que la oímos juntos.
LARRAMENDI *(a Morales, protector)*. —Usted, hombre de gusto seguro, ya habrá apreciado, en todos sus quilates, la belleza un tanto señorial de esta casa.
ERCILIA. —Más parece una casa de familia que el Club Social.
LARRAMENDI. —Como que fue la quinta de los Allende. *(A Morales.)* ¿Ha visto el naranjo del patio?

Alguien saca a bailar a Ercilia.

LARRAMENDI *(señalando con el dedo)*. —Desde ahí lo pueden ver.

Elena y Morales se levantan, atraviesan un zaguán y llegan a un segundo patio, con un aljibe. En el fondo de otro zaguán ven otro patio, donde está el naranjo...

ELENA. —¿Podremos ir hasta allí?

Morales toma de la mano a Elena; prosiguen juntos. El último patio es de tierra. Lo rodean puertas oscuras y bajas. El lugar, a primera vista, les parece desierto; después ven una vieja negra, acurrucada en un banco, quieta como un objeto, tejiendo a la luz de la luna. Elena y Morales se acercan. La mujer no los mira.

ELENA *(maravillada)*. —¿Qué está tejiendo?
LA MUJER *(con dulzura)*. —Ya no sé, niña.

ELENA. —¿Usted es del tiempo de los Allende?

LA MUJER. —Así será. Por mí han pasado tantos años que es como si no hubiera pasado ninguno.

La miran con asombro y con lástima.

LA MUJER. —No sé lo que me pasa, no sé quién soy, pero sé lo que les pasará a los demás.

MORALES *(indulgente)*. —A ver, señora, ¿qué nos va a pasar a nosotros?

LA MUJER. —Ustedes dos ya pueden decir «nosotros», aunque pasarán por mucha amargura antes de volver a encontrarse.

Elena y Morales se miran con una sonrisa.

LA MUJER. —La niña va a perderlo todo y va a encontrarlo todo. El niño no va a hallar lo que busca; va a hallar algo mejor. Más que eso no me pregunten. No veo tan lejos.

MORALES. —Gracias, señora, y aquí tiene una ayuda.

Deja caer en la falda de la vieja una moneda de plata. Se alejan. La mujer no los sigue con los ojos. La moneda cae al suelo.

Regresan al primer patio. La gente está bailando. Con una inclinación, Morales invita a bailar a Elena. Bailando recorren el patio, atraviesan zonas de luz y zonas de sombras, pasan por debajo de un parral y salen a un jardín con eucaliptos. La música se oye más lejana.

MORALES *(con tranquila exaltación)*. —Qué lindo pasar la vida perdido entre los acordes.

ELENA *(compartiendo ese fervor)*. —Olvidarse que uno es alguien, sentir no más la noche y la música.

MORALES. —Olvidarse de su propio destino, de lo que ha sido y lo que vendrá.

Llegan a una glorieta cubierta con jazmín del país. Morales corta unas flores y se las da a Elena. Vuelven, caminando lentamente.

ELENA *(aspirando los jazmines)*. —Si esta fragancia fuera para toda la vida.

MORALES. —Si este momento fuera para toda la vida.

La cámara se aparta de Morales y de Elena. La música tenue y sentimental hasta ahora se insolenta en un tango. La gente rodea a una pareja brava, que hace quebradas y cortes. Entre los espectadores está Luna, embelesado.

LUNA. —Ahura sí que se puso güena la cosa.

En un rincón, en una mesa solitaria, bebe Fermín Soriano. Silveira se le acerca.

SILVEIRA. —Usted se está envenenando con la cavilación y con el brebaje. Diviértase como cualquier noche.

Una salva de aplausos indica que los bailarines han concluido. Los bailarines agradecen.

LA VOZ DE LUNA. —Ah, toros. Ah, gente habilidosa pa' las figuras.

Ahora todo el mundo sale a bailar; entre los demás, Elena y Morales. Pasan cerca de la puerta de entrada. Ven a un grupo de personas que se apresta a salir. Una de estas, una muchacha, saluda a Elena. Elena, con la mano, le pide que la espere.

ELENA *(a Morales)*. —Tengo que hacerle un encargo a esa chica. ¿Me espera un minuto en la mesa?

Elena se acerca al grupo. Morales vuelve a la mesa y se sienta a esperar. La orquesta toca un vals.

Esfumatura.

Elena y las personas que salían suben a un vis à vis.
Esfumatura.

Morales, sentado a la mesa, mira el reloj. (Para indicar que un tiempo ha pasado, la orquesta puede estar concluyendo un tango.) Morales se levanta; buscando a Elena con la mirada, llega a la puerta. Cambia unas palabras con el portero. Al volver, se encuentra con Ercilia. Hablan; al principio, no se les oye.

ERCILIA. —¡Qué raro!
MORALES. —Sí, me dijo que la esperara. Yo no quisiera irme sin saludarla, pero tengo un compromiso.

Esfumatura.

Morales llega frente al portón de la quinta de Los Laureles.

LA VOZ DE MORALES *(reflexiva)*. —Recuerden. En horas de amargura y vergüenza yo me impuse el deber de pelear con Eliseo Rojas. Ahora el destino me iba a conceder lo que yo buscaba. *(Pausa.)* Yo quería pensar en mi pelea, pero realmente estaba pensando en Elena.

Un silencio.
Esfumatura.

Se ve a Morales caminando por una calle suburbana entre casas y baldíos.

LA VOZ DE MORALES. —Pero don Eliseo no llegó. Decidí buscarlo en su casa.

Morales avanza por un camino anchísimo, con campo a los lados. Hay

una lucecita en el fondo; es la de un almacén, muy chico y muy pobre. Morales entra. En el mostrador, un guitarrero solitario, casi ignorado, concluye la estrofa:

Pero para mí no hay pueblo
Como el Carmen de Las Flores.

Mientras tanto:

MORALES *(al almacenero, que arregla unas botellas)*. —Una cañita de durazno, patrón.

EL GUITARRERO:

La campaña he recorrido
Y he visto los pueblos todos.
He visto a Morón y a Lobos,
A San Justo, el Pergamino,
A Chivilcoy, San Isidro,
San Nicolás y Dolores.
Cañuelas y Baradero
Me han parecido mejores,
Pero para mí no hay pueblo
Como el Carmen de Las Flores.

Lindo pueblo es Chascomús,
Elegante es el de Quilmes,
Interesante el Azul,
Exaltación de la Cruz
Exquisito y de primores,
Cañuelas y Baradero
Me han parecido mejores,
Pero para mí no hay pueblo
Como el Carmen de Las Flores.

Estuve un tiempo en San Pedro,
En el Salto, en el Bragado.
También alcancé a Navarro,
A San Vicente y Moreno.
Mercedes es pueblo nuevo,
Tiene muchos pobladores,
Es uno de los mejores,
Me gusta y no lo niego,
Pero para mí no hay pueblo
Como el Carmen de Las Flores.

Mientras, el almacenero concluye de arreglar sus botellas y sirve la caña a Morales, que la bebe con lentitud.

MORALES *(al almacenero)*. —¿Podría anoticiarme, señor, si por aquí cerca vive don Eliseo Rojas?

ALMACENERO. —Dice bien. A seis cuadras de aquí, en lo alto de la loma, está la quinta.

MORALES. —Gracias. *(Con negligencia.)* ¿Don Eliseo es hombre alto, de bigote negro?

ALMACENERO. —Alto, le concedo. Pero bigote no tiene. Es un hombre de mucha autoridad, con una cicatriz en la frente.

EL CANTOR:

Belgrano es lindo recreo,
Ventajoso es Tapalquén.
Yo a Chivilcoy no lo niego.

Morales sale. Sigue por el camino ascendente. Se oye el croar de las ranas. Atraviesa un puente de tablas, sobre un arroyo. Sube con lentitud; en los alrededores hay grupos de árboles. Abre una tranquera de alambre y cruza un jardín pisoteado. A un lado del camino, Morales ve un hermoso caballo muerto. Mira hacia la casa; ve un molino alto; se oye girar la rueda. Llega a la casa y sube los escalones de madera del corredor. Se ve luz a

través de las hendijas de la puerta. Golpea; como no le contestan, abre; a la luz de un farol de kerosén, que hay sobre una mesa, ve a don Eliseo, muerto.

LA VOZ DE MORALES. —Ahí en el suelo estaba el hombre que yo buscaba, el hombre que yo había querido pelear. Lo vi muerto. Me sentí de lo más insignificante, de lo más inútil. También, un poco triste.

Morales avanza lentamente, mirando a derecha e izquierda. Se oyen sus pasos en el piso de tablas. La cámara recorre ese cuarto algo abandonado, pero en el que perduran signos de la vida cotidiana del muerto: el mate y la yerbera, un mazo de cartas...

Se oyen los gritos de una mujer, que vienen de los fondos. Morales acude. Atraviesa un cuartito con una pileta de lavar, sale a un espacio abierto en el que hay una higuera. Llega a un largo galpón blanco, con zócalo negro y techo de dos aguas. Entra por una puerta lateral. En el extremo de la derecha está la entrada de los coches. El centro del galpón está iluminado por la luz de la luna, que se filtra por una claraboya. También hacia la derecha, hay un pesebre, con un caballo. El pesebre tiene rejas de madera y un comedero. A la izquierda hay un arado, una máquina desgranadora. En la pared de enfrente, cerca del pesebre, cuelgan los arneses. Hacia el fondo se ve un break, una chata, una volanta. Luchan, cerca de la puerta, Elena y Fermín Soriano. Morales libra a Elena y se enfrenta con Fermín, que trata de huir.

ELENA *(con infinito cansancio)*. —Déjelo que se vaya, nomás. Verlo me causa horror.

Soriano se aleja.

ELENA *(apoyándose en el brazo de Morales)*. —Acompáñeme. Mi padre está en la casa, muerto.

Salen del galpón.

ELENA *(con un principio de llanto).* —Está en el suelo, está lleno de sangre.

Entran en la casa. Llegan al cuarto en que yace don Eliseo. Elena se cubre la cara. Morales, de espaldas a la cámara, se inclina sobre el muerto, lo levanta, y camina hacia el dormitorio, que se ve por una puerta entreabierta.

Esfumatura.

Soriano abre la tranquera de alambre. Se dirige, sin levantar los ojos, a un grupo de árboles, a la derecha del callejón. Hay dos caballos atados; uno es el tordillo. Soriano lo desata, se pasa la mano por la frente y monta. Al tranco, se encamina a la ciudad. Al atravesar el puente de tablas, detiene el caballo, lleva la mano a la sisa del chaleco y saca el cuchillo de Luna. Lo mira y lo arroja al agua. Luego se aleja al galope.

Esfumatura.

En el comedor, Morales, con una jarra de loza, llena un vaso de agua. Se lo da a Elena, que parece muy cansada y muy triste.

MORALES. —Entonces, ¿usted esa misma tarde se fue de su casa?
ELENA *(bebiendo lentamente).* —Sí, fue una cosa horrible.

Esfumatura.

La cámara enfoca una peineta, que cae al suelo. Se extiende la sombra de alguien que llega. Es la sombra de un hombre, que lleva del cabestro un caballo.

Fermín Soriano, luchando con Elena, ve llegar a don Eliseo Rojas.

Hacia el fondo, el Riachuelo, cruzado por un puente ancho.

DON ELISEO *(de levita, pantalón y botas. Recoge la peineta y se la entrega a*

Elena). —¿La están molestando, m'hijita?

Soriano suelta a Elena. Don Eliseo encara a Soriano.

DON ELISEO. —¿Quién sos vos, indino, para faltarle el respeto a Elena?

SORIANO. —No le he faltado el respeto y no soy indino.

DON ELISEO. —Entonces, ¿qué hacés que no te defendés como un hombre?

SORIANO. —No me pida que me pelee con usted, don Eliseo. Usted es el padre de Elena.

DON ELISEO. —No te me vas a escapar tan fácil. Ahora mismo, le vas a pedir a Elena que te perdone. De rodillas como en la iglesia.

Soriano mira de frente a Elena. Se arrodilla con gravedad.

SORIANO. —Elena, te estoy pidiendo que me perdones.

ELENA *(asustada)*. —Sí... claro que sí. Levantate.

DON ELISEO *(a Elena, con la voz muy suave)*. —Vamos por partes, m'hijita. *(A Soriano.)* Así me gusta. Ahora me llega el turno. *(Lo abofetea.)*

Soriano ni retrocede ni se defiende.

DON ELISEO *(riéndose, a Elena)*. —¿Estás satisfecha? ¿Viste cómo lo puse en vereda? *(A Fermín.)* Ahora que me acuerdo. Tomá el cebruno y tusámelo con esmero.

ELENA *(con odio y desprecio)*. —No sé a cuál de los dos aborrezco más. No quiero volver a verlos.

Esfumatura.

La cámara vuelve a enfocar a Elena y a Morales. (Estos, para sugerir el transcurso del tiempo, tienen que haber cambiado de posición.)

ELENA. —Resolví ir a casa de Ercilia. Ella es como una hermana para mí. Pero yo estaba preocupada por mi padre. Por lo que podía hacer Fermín, y los amigos de Fermín. Vi una cosa rara. Vi a Fermín entregando el reloj de mi padre a un desconocido. Sentí que estaban tramando algo.

MORALES *(comprendiendo)*. —Por eso usted se fue del baile y se vino aquí...

ELENA *(con dulzura, insinuando una sonrisa)*. —Sí, lo dejé solo. Perdóneme. Vi unas personas y aproveché para salir con ellas. Cuando llegué era tarde, pero la luz estaba prendida. *(La escena se esfuma. Vemos a Elena subiendo los escalones del corredor. Seguimos oyendo su voz.)* Llamé a la puerta.

Simultáneamente se la ha visto acercarse a la puerta del corredor y llamar. Abre don Eliseo.

ELENA. —Padre, ¡levantado a estas horas!

DON ELISEO. —Estaba esperándote, Elenita. Sabía que ibas a volver.

ELENA. —Qué suerte que estoy aquí. Desde que salí de esta casa no hice más que pensar en usted, padre.

DON ELISEO. —Yo he pensado en vos y después en mí. Siempre había creído que bastaba una sola cosa: ser hombre. Pero hoy me habías dejado y entendí, a mis años, que la vida no es tan simple.

ELENA. —Yo lo quiero a usted como es.

DON ELISEO. —Quisiera cambiar, pero también me digo que ya es tarde para querer ser otro.

ELENA. —Nadie elige su destino, padre. Usted ha tenido que vivir luchando.

Un silencio. Afuera ladran los perros.

DON ELISEO. —Hoy fue el día más amargo: creí haber perdido tu afecto.

Se oyen, más cercanos, los perros.

DON ELISEO *(dirigiéndose lentamente hacia la puerta).* —Ah, Elena, quería decirte que hagas podar la santa rita.

Don Eliseo abre la puerta. Se detiene; después sigue hacia la escalera. Lo vemos alto y perfilado.

LA VOZ DE SILVEIRA *(desde afuera).* —Esta carta te manda Beltrán Silveira.

Resuenan dos balazos y don Eliseo cae sobre los escalones. Irrumpen en la luz Ponciano Silveira, el tropero Luna y Fermín Soriano.

SILVEIRA. —Fermín y vos, Luna, vayan entrando al finao.

Soriano y Luna acatan esa orden. Silveira entra en la casa, revólver en mano. Al ver a Elena, se vuelve a Luna y le hace una seña.

Luna, como visto desde los ojos de Elena, avanza, enarbola el rebenque, al que empuña por la parte inferior, y golpea. Toda la escena se oscurece; luego empiezan a definirse contornos, como vistos a través de un agua brumosa; luego, se ven, cercanas y enormes, algunas cosas (el pie de uno de los asesinos; la mano de don Eliseo —a quien han entrado—; el cajón de una mesa, todo revuelto y, en el suelo, alguna colilla). Llegan las voces; primero, confusas; después, más claras.

SILVEIRA. —Está visto que la boleta del seguro no está en la casa.
LUNA. —¡Qué va a decir Larramendi cuando llegue!
SORIANO. —Dirá que la tenemos guardada para vendérsela.
SILVEIRA *(con sorna).* —¿Cuando llegue?

Elena, tendida en el suelo, mira por los párpados entreabiertos. Soriano y Silveira registran los papeles que hay sobre la mesa.

SORIANO. —La boleta no está. ¿No nos habrá traicionado Larramendi?
SILVEIRA. —Capaz que haya venido estos días y se la haya robado. *(Pausa.)* Me está pareciendo que es inútil esperarlo.
LUNA. —Habrase visto. ¿Quiere, patrón, que ahora mismo se lo traiga?

SILVEIRA. —Nada de eso. Ustedes se quedan aquí. Yo me voy derecho a lo de Larramendi. Si por un si acaso aparece, lo entretenés hasta que yo vuelva.

SORIANO. —¿Y usted va solo?

SILVEIRA *(serio)*. —Si me hace falta un cuzco, te silbo.

(Sonríe amistosamente.)

Soriano ríe con nerviosidad y acompaña a Silveira hasta la puerta. Se ve el cebruno de don Eliseo atado a un palenque. Silveira abre la tranquera, camina unos pasos y desaparece hacia la derecha del callejón. Después se aleja a caballo. Fermín lo sigue con los ojos hasta que se pierde de vista. Luego baja los escalones del corredor, saca el revólver, y se acerca al cebruno. El cebruno retrocede nerviosamente. Soriano le palmea el pescuezo y la frente.

SORIANO. —¡Ah, cebruno viejo! ¿Quién te defiende ahora? *(Le acaricia la oreja.)* ¿Sabés que me estás dando lástima?

Le apoya el caño entre las orejas y dispara. El caballo cae. Luna ha estado mirando la escena desde la puerta. Elena, pálida, desmelenada, como poseída, se ha puesto, increíblemente, de pie y avanza, amenazadora, hacia Luna. Soriano, que ha llegado a la puerta, la mira con asombro y con horror.

ELENA. —Con estas manos voy a matarlo.

Tropieza y cae. Soriano la levanta. Elena se deja caer en una silla.

LUNA *(a Fermín)*. —La niña ha visto demasiado. Dame el revólver.

SORIANO. —No permitiré que toquen a Elena.

LUNA. —¿Quién sos vos para no permitir?

SORIANO *(de frente a la cámara; con lentitud)*. —Soy, Dios me perdone, Fermín Soriano, que de puro despecho se apalabró con unos facinerosos, para robar y para dar muerte al hombre que lo había protegido. Soy un cobarde que siempre se las dio de valiente, soy un

rencoroso y un falsario, soy la última carta de la baraja, pero no soy tan vil para consentir que usted mate a Elena.

LUNA *(despectivo)*. —Muy bien. Deje el revólver y hablaremos.

SORIANO. —Mire, Luna. Usted pensará de mí lo que quiera, pero yo no voy a exponer a Elena para que no me llamen cobarde. *(Sacando el revólver.)* Ahora mismo la voy a sacar de esta casa.

Siempre apuntando a Luna, levanta a Elena, que se apoya en él. Atraviesan el lugar abierto, en que hay una higuera.

SORIANO *(a Elena)*. —Voy a atar la volanta, para llevarte.

Entran en la cochera. Fermín enciende un farol, que cuelga de la pared, hacia la izquierda de la puerta, y se dispone a atar la volanta. Elena lo ayuda. Cuando están buscando los arneses, cerca de la entrada principal, aparece Luna. Se acerca al farol.

SORIANO. —Alto. Un paso más y lo volteo de un balazo.

Luna, con deliberación y lentitud, descuelga el farol y lo arroja al suelo. Los dos extremos de la cochera quedan a oscuras; por la claraboya, en el centro, penetra una columna de luz lunar. En un extremo quedan Soriano y Elena; en el otro, Luna.

LUNA *(desde la oscuridad)*. —Como guste. Pero le recomiendo que apunte bien. No le quedan más que tres balas. Si yerra, los coso a puñaladas a los dos, para que siempre estén juntos.

Soriano dispara inmediatamente. La risa de Luna indica que Soriano ha errado el tiro. Hay un largo silencio. Una nube oculta la luna; la cochera queda en tinieblas.

LA VOZ DE LUNA. —Esto va a durar poco.

La cámara enfoca a Soriano que empieza a angustiarse. Soriano vuelve a

disparar. La risa de Luna resuena más cercana. Soriano, crispado, con un movimiento casi convulsivo, hace fuego por tercera vez. Ríe, nuevamente, Luna. La cámara enfoca el aterrado rostro de Soriano; después se aparta de él. Se oyen unos pasos. Algo cae. Otro largo silencio, interrumpido por el lejano canto de un gallo. Otros pasos. Mientras ocurre lo anterior, se oye el caballo, a veces inquieto y escarceando, a veces comiendo tranquilamente.

LA VOZ DE ELENA *(desde la oscuridad)*. —Está muerto.

La luna vuelve a iluminar el centro de la cochera. Elena está arrodillada cerca de la puerta principal junto a un cuerpo yacente. Soriano, como cansado por el miedo, va emergiendo de la sombra. Se detiene ante Luna. Lo mira un rato, inmóvil. Bruscamente le patea la cara.

SORIANO *(espasmódico, con horrible felicidad)*. —Nadie puede conmigo. Don Eliseo, muerto. Vos, muerto. Se creen que me van a llevar por delante. Estás muerto, Luna, ¿entendés? Te escupo y te pateo.

Lo hace. Elena huye hacia la puerta lateral. Soriano la sigue. La alcanza.

SORIANO *(servil y persuasivo)*. —Lo he hecho por vos, Elena. Por nosotros. Viste cómo he peliado y te he defendido. Me van a dar parte del dinero, Elenita. Te quiero. Todavía podemos ser felices.

Forcejean; Elena grita. Entra Morales.
Esfumatura.

La cámara muestra a Elena y a Morales en el comedor. Elena deja el vaso en la mesa.

MORALES. —Elena, cuánto ha sufrido.
ELENA. —Sí. ¡Qué noche espantosa! He visto matar a mi padre.
MORALES. —Yo no he conocido a mis padres.
ELENA. —Se habrá sentido siempre muy solo.

MORALES. —Así es. Muy solo. *(Reflexivo.)* Pero en el fondo de la historia que usted ha contado, también hay soledad.

ELENA. —Usted entiende lo que nadie ha entendido.

MORALES. —Tal vez nos parecemos. *(Bruscamente, recapacitando.)* No, yo no tengo derecho de hablarle así. *(Pausa. Con un cambio de tono.)* Además, quién sabe lo que veremos esta noche.

ELENA *(resuelta)*. —Volverá el asesino de mi padre. *(Con cansancio.)* Pero después de cosas tan horribles ya no me importa lo que pueda ocurrir.

MORALES *(sencillamente)*. —No sé lo que va a ocurrir. *(Mirándola.)* Sé que estoy feliz de estar con usted.

Esfumatura.

En un cupé regresan del baile Ercilia y Larramendi. Ercilia, preocupada, mira hacia adelante; vuelto hacia ella, Larramendi expresa, con su actitud, interrogación e impaciencia.

ERCILIA. —No entiendo por qué debemos irnos.

LARRAMENDI. —¿Cómo vas a entender? ¿Qué sabes del infierno que han sido para mí estos últimos días?

ERCILIA *(con determinación)*. —Nada, papá. *(Hay una pausa. Larramendi la mira asombrado.)* Usted nunca se confía en mí.

LARRAMENDI. —Bueno. Tal vez es mejor que te diga todo. Dios sabe que son cosas amargas y que al principio pensarás mal de mí. Después comprenderás, tendrás indulgencia. Verás cómo se encadenan los hechos y cómo un desvío trae otro. *(Cambiando de tono.)* La casa de remates andaba mal. Entonces cometí el primer error. La incendié para cobrar el seguro. Pese a todas mis precauciones, Eliseo entró a sospechar que el incendio no era fortuito. Sin embargo, había que cobrar esa póliza. Cometí la segunda equivocación: me asocié con sujetos de avería. Esta noche darían el golpe.

ERCILIA *(cansada, perpleja)*. —Pero me está contando una cosa horrible...

LARRAMENDI. —A mí también me pareció horrible. Pese a mis

recomendaciones explícitas, temí que se produjeran violencias. Viví horas de extrema inquietud. Finalmente, opté por prevenir a Eliseo. Esta tarde fui a casa de él. No me dejó hablar. Sabía lo del incendio. Me entregó la póliza. Quería humillarme y selló su propio destino. Me ordenó que yo mismo la devolviera a los agentes de la compañía y les confesara toda la historia. Aquí tengo la póliza. La venderemos en el Uruguay o donde sea posible.

El cupé se detiene ante la casa de Larramendi. Ercilia baja con lentitud; de pronto, se tapa la cara con las manos y echa a llorar. Larramendi hace un ademán hacia ella; Ercilia cruza, corriendo, el jardín y entra en la casa. Larramendi ve que hay alguien en el jardín. En un banco está Ponciano Silveira, que espera silencioso, fumando.

Una pausa.

LARRAMENDI *(temeroso)*. —¿Viene de allá?

SILVEIRA. —Sí. Mi hermano está vengado.

LARRAMENDI. —¿Vengado? Yo les rogué que no hubiera violencia. *(Cambiando de tono.)* Usted ha hecho de mí un asesino.

SILVEIRA. —Usted, de mí, un ladrón.

LARRAMENDI *(con melancolía y sinceridad)*. —Está visto que somos como demonios, y que cada uno ha sido la desgracia del otro.

Una pausa.

SILVEIRA. —Don Ismael, he venido a buscar una póliza.

LARRAMENDI. —No la tengo.

SILVEIRA. —No mienta.

LARRAMENDI. —Usted se olvida que yo sé muchas cosas de usted...

SILVEIRA. —Usted sabe que he matado a un hombre y que puedo matar a otro.

Gravemente, Silveira se pone de pie, arroja el cigarro y, mirando a Larramendi, extiende la mano. Larramendi entrega la póliza. Silveira, silencioso la guarda; sin despedirse de Larramendi, sale al jardín, dobla en

la esquina y desata el cabestro de su caballo, que estaba atado a un palenque.

Esfumatura.

Se oye el retumbar de cascos de caballos. Después vernos el ancho callejón vacío. Está amaneciendo. De lejos llegan dos jinetes. Son Silveira y Soriano. Conversan al galope de los caballos.

SORIANO. —El mozo Morales quedó en la casa. Lo peor es que Elena ya le habrá contado lo que pasó.

SILVEIRA. —No entiendo. ¿Y Luna?

SORIANO. —Iba a decirle... *(Vacila. Después, con súbita decisión.)* Se me desacató y tuve que matarlo a balazos.

(Silveira mira a Soriano. Hay un silencio.)

SORIANO *(oficioso)*. —Siempre quedamos dos para despachar a Morales.

SILVEIRA *(lentamente)*. —No se precisan dos. *(Pausa.)* Luna era un hombre fiel y usted es un díscolo, y un indisciplinado, y un indigno.

Sin detener el galope, Ponciano Silveira saca el cuchillo y con un movimiento lateral apuñala a Fermín. Entran en zona de sombra, entre altos álamos. Después a la luz, en el camino que sube, aparece Ponciano Silveira a caballo; a su lado corre el tordillo, sin jinete. (Esto se ve desde el pie de la loma; los caballos están al fondo, en lo alto.) La cámara enfoca, en una zanja al borde del camino, el cadáver de Fermín Soriano, entre el agua.

Esfumatura.

Elena y Morales están de pie, junto a una ventana. Elena entreabre la cortina y mira hacia afuera. Luego se vuelve.

ELENA. —A ratos creo que todo esto no es más que un sueño.

MORALES. —Un sueño de traición y de crimen, pero los dos estamos

aquí.

ELENA. —Miro esta casa en que nací, miro estas cosas de toda la vida, y las veo tan distintas. Como si no las conociera.

MORALES *(bruscamente, como despertándose)*. —A mí tampoco me conoce. No soy lo que usted cree. Elena, yo vine a esta casa para pelear con su padre.

Elena mira en silencio a Morales. Baja los ojos. Está por hablar.

MORALES. —Yo no lo conocía, Elena. Yo no sabía que era su padre. Sólo sabía que era un hombre valiente. Yo quería enfrentarme con él, para saber si yo era valiente.

ELENA *(tristemente)*. —Entonces, usted es como todos, Morales. *(Una pausa.)* No le perdono haberme engañado.

MORALES. —Nunca quise engañarla, Elena. Ahora ya sabe la verdad.

Se miran. Resuenan, muy cerca, unos pasos. En el marco de la puerta aparece Ponciano Silveira. Elena lo mira con horror.

SILVEIRA *(a Morales, tranquilo)*. —Estaba de Dios que nos volveríamos a encontrar. ¿Qué hace usted aquí?

MORALES. —Vine a pelear con don Eliseo Rojas. Ahora voy a vengarlo.

SILVEIRA. —Está bien. Vamos saliendo. *(Como pensando en voz alta.)* Las vueltas de la vida. Yo que lo aborrecía a Rojas por haber matado a un muchacho, y ahora voy a hacer lo mismo.

Silveira abre la puerta. Afuera es de día. Hay mucho sol y cantos de pájaros. Salen los dos, despacio. En lo bajo, al fondo, el Riachuelo y el puente. La cámara enfoca a Elena frente a la puerta, extática, ansiosa.

Morales y Silveira caminan unos pasos por la barranca.

SILVEIRA. —Ahora la cosa es encontrar una cancha pareja.

La cámara enfoca los desniveles de la barranca; luego, el puente. Los dos hombres caminan y hablan:

MORALES *(señalando el puente)*. —Ahí la tenemos.

SILVEIRA *(como continuando la frase)*. —Y que el agua se lleve a uno de los dos.

MORALES. —Primero el agua y después el olvido.

Llegan al puente. Toman posiciones. Silveira enrolla el poncho en el brazo izquierdo. Sacan los cuchillos. (En el fondo se ve otro puente sobre el Riachuelo.)

MORALES *(mirando el poncho)*. —Hace bien en precaverse. Lo que es de mí no espere compasiones.

SILVEIRA. —Sé lo que hago. Yo no peleo nunca para perder.

MORALES *(entrando en la pelea)*. —Ya se verá cuál de los dos ha peleado para morir.

Pelean con grave decisión, sin apuro, como ejecutando un trabajo. Morales, que es más diestro, lleva la mejor parte. Continuamente hace recular a Silveira y lo arrincona contra las barandas del puente. Mediante esfuerzos desesperados, Silveira recupera su posición. Morales lo hiere una y otra vez.

Lejos, retumban cascos de caballos. La pelea se detiene. Unos jinetes cruzan el otro puente.

MORALES. —Es la partida. Quizá vayan a la casa de Rojas.

SILVEIRA *(malherido)*. —Ahora ya no tiene más que entregarme.

MORALES. —No lo voy a entregar. El asunto es entre usted y yo. *(Rápidamente.)* Lo ayudaré a escapar, esperaré a que se haya repuesto, lo pelearé otra vez mano a mano, lo mataré de frente.

SILVEIRA. —¿Usted haría eso?

MORALES. —Sí. No voy a dejar para otros la venganza de Elena.

SILVEIRA. —No puedo creerlo.

MORALES. —Créame así. *(Tira el cuchillo al agua.)*

SILVEIRA. —No hubiera debido hacer eso. Para que usted se luzca no voy a dejarme matar.

Se yergue y bruscamente carga sobre Morales. Este le da un puñetazo entre los ojos; vuelve a cargar Silveira, y vuelve Morales a castigarlo en el rostro. Finalmente le pega en el pecho. Silveira vacila y cae al río.

Morales, desde el puente, ve cómo lo pierden las aguas. Después, como ensimismado, se dirige a la casa; en el camino arranca una hierba y se la lleva a la boca. Abre la puerta; Elena se le echa en los brazos.

ELENA. —Al fin. No me atrevía ni a mirar, ni a moverme. Cuánto tiempo ha pasado en estos minutos.

MORALES. —Tu padre ha sido vengado.

ELENA *(como si no entendiera)*. —¿Vengado?... *(Luego, con más animación.)* ¿Y crees que puede haber venganza? ¿Crees que una cosa puede ser borrada por otra?

MORALES *(sencillamente)*. —No sé. ¿No es nada para ti lo que he hecho?

ELENA. —Es mucho. Es todo. Aquí estás, sano y salvo. *(Muy emocionada.)* Pero no te quiero por lo que has hecho; te quiero a pesar de lo que has hecho.

MORALES *(mirándola en los ojos, acercándola para besarla)*. —Qué raro. He matado a un hombre y junto a ti me siento como un chico.

El paraíso de los creyentes

Un pistolero, a quien siempre vemos de espaldas, se abre camino a balazos, contra agresores invisibles, en una enorme casa vacía; llega, al fin, a una puerta, detrás de la cual hay un cuarto abarrotado de muebles chinos; el hombre, herido y vacilante, se acerca a una especie de altar, que está en lo alto de unos escalones, en el último cuarto. Toma un cofre de laca; lo abre; adentro de este cofre hay otro cofre, igual pero más chico: adentro de éste, otro... Cuando toma el último, se desploma. Se ve que el cofre está vacío. La escena se esfuma y aparece la palabra FIN. *La cámara retrocede. Hemos visto la última escena de una película. La gente va saliendo despacio. Entre ellos Raúl Anselmi e Irene Cruz. Inútil definirlos; se parecerán al primer actor y a la dama joven. Visten decorosamente, sin lujo.*

IRENE *(mira a Raúl con una sonrisa triste y dice con indulgencia)*. —¡Cómo te gustan las películas de pistoleros!

ANSELMI *(con sospechoso exceso, pero sin acritud)*. —Qué me van a gustar... Son inmorales y falsas.

Entorpecidos por la gente, callan y siguen saliendo.

ANSELMI *(como si hubiera recapacitado)*. —Sé que son inmorales y falsas, pero sin embargo me atraen. Será porque de chico yo le oía a mi padre referir la historia de Morgan. Un jefe de pistoleros, ¿recordarás?, pero para mí fue como un héroe legendario. Dicen que murió en Córcega.

Esfumatura.

Irene y Anselmi bajan en uno de los andenes de Temperley. Se encuentran con Ramírez, muchacho próspero y efusivo.

RAMÍREZ. —Buenas tardes, Irene. ¿Qué tal, Anselmi?

ANSELMI. —Fuimos a la ciudad, a ver *La busca de Tai An.* Balazos y una serie de aventuras y al final un cofre vacío.

RAMÍREZ *(a Irene, zumbón)*. —¿Siempre ve dos veces los *films*? *(En seguida, con otra voz.)* Bueno, los dejo. ¡Los novios quieren estar solos!

Ramírez saluda a Irene y palmea efusivamente a Anselmi.

ANSELMI. —Adiós, Ramírez.

Esfumatura.

Irene y Anselmi bordean cercos vivos, verjas, algún baldío. Ha anochecido.

IRENE. —¿Olés el trébol? Es olor a campo.

ANSELMI. —Es como si estuviéramos muy lejos.

IRENE. —Cada vez que me llega el olor del trébol me siento muy feliz.

Después de esa breve exaltación hay un silencio. Llegan a la casa de Irene; una casa baja, antigua, con una puerta lateral y dos balcones al frente. Anselmi se despide.

ANSELMI. —Adiós, querida. Hasta mañana.

IRENE *(como si no lo oyera)*. —Pero hoy no estoy feliz. Raúl, ¿qué te pasa?

ANSELMI. —Nada. No me hagás caso. *(Mira el suelo.)* ¿Por qué no me dijiste que habías ido al cinematógrafo con el doctor Ramírez?

IRENE *(con gravedad)*. —Es una historia larga y desagradable; no quería que lo supieras. Mirá, se trata de la estancia. Vos sabés lo que representa para Laura y para mí. Es toda nuestra infancia. La quieren sacar en venta. Ramírez es abogado de los acreedores. Si tiene una atención conmigo, no puedo ofenderlo.

ANSELMI. —Nunca debes ocultarme lo que te sucede. ¿Cuánto necesitas?

IRENE. —Es mucha plata, querido. La anualidad es de cinco mil cuatrocientos pesos.

ANSELMI. —¿Cuándo hay que pagarla?

IRENE. —Dentro de veinte días.

ANSELMI. —Yo te conseguiré ese dinero.

Esfumatura.

La mañana. Anselmi camina por una calle de las afueras de Temperley. Bordea una vieja quinta, con un amplio jardín abandonado, rodeada por una verja de fierro y con un herrumbrado portón entre dos pilares de mampostería, como dos alfiles. Entre los árboles se verá el edificio, que es de estilo italiano, con un alto mirador rectangular.

La cámara enfoca una larga fila de furgones de mudanza, que entran en la quinta; se oye un organito, que toca una marcha de circo. Anselmi se acerca al organillero. Éste es un sujeto obeso, sólido, sanguíneo, entusiasta; lleva galerita, levemente requintada, saco de pijama con alamares, bombacha oscura y alpargatas. Saluda a Anselmi, subiendo el borde de la galera con el índice, en un movimiento que sigue el compás de la música, acompañado por los pies, que hacen una especie de ocho.

ORGANILLERO. —Mi doctorcito, no hay mal que por bien no venga. Una mañanita que entona y la quinta de Oliden por fin alquilada. Un portavoz me asegura que el trato se firmó entre gallos y medianoche. ¡Gente nueva, en plena mudanza! No me pregunte quiénes son: unos ilustres desconocidos. Llegan, aprecian, alquilan y, qué diablos, se instalan. Son todo un factor de progreso.

ANSELMI. —Desde que yo me acuerdo estaba deshabitada la quinta.

Los peones de mudanza abren los furgones y los descargan. Hay algún mueble chino, parecido, pero no idéntico a alguno que figuró en la película de la primera escena. También descargan un largo biombo con espejos y una estatua negra, con un candelabro. Anselmi deja una moneda en una caja de pastillas Valda que el hombre tiene sobre el organillo. El hombre repite el saludo y sigue tocando.

Esfumatura.

Anselmi en la sala de espera de una oficina. Por la ventana se ve una calle del centro de Buenos Aires. Varias personas esperan.

UNA EMPLEADA. —Señor Anselmi, el ingeniero Landi ya puede recibirlo.

Anselmi, con el sombrero en la mano, entra en un pomposo escritorio, de la más moderna fealdad. El ingeniero Landi —huesudo, cargado de hombros, seco, débil, calvo— está por abrir un gran sobre que deja sobre la mesa cuando se levanta para palmear a Anselmi.

LANDI. —Hola, sobrino. ¿Qué te trae por aquí?

ANSELMI. —Nada... Recordarás que el año pasado hice, por encargo de la compañía, el inventario de ese quebrachal en Formosa. El hecho es que todavía no me han pagado y ahora precisaría ese dinero.

Landi no parece oír estas palabras. Torna el sobre y lentamente saca de él unas fotografías. Las examina al trasluz, usando una mano como pantalla. Luego habla con Anselmi.

LANDI. —Pero... Habérmelo dicho en febrero. Ahora mi situación es muy otra. Soy miembro del directorio. En razón misma de nuestro parentesco me es del todo punto imposible apoyarte en esas gestiones.

Vuelve a examinar las fotografías. La cámara las enfoca. Son imágenes

del propio ingeniero Landi, en últimas posturas e indumentarias.

ANSELMI. —Ordenar que me paguen lo que me deben no es una incorrección.

Landi, sin apuro, elige un negativo y lo aparta. Luego, con aparatosa paciencia, se encara con Anselmi.

LANDI. —Sabía que no ibas a entender. Por algo yo le decía a tu pobre madre que todos los Anselmi son iguales.

ANSELMI *(levantándose)*. —Siempre me pareció que no lo querías a mi padre.

LANDI. —¿Qué puedes saber de él? Murió en Ravena, cuando no habías cumplido tres años. Consagró su talento de abogado a defender canallas. Por fin la policía lo arrestó, dicen que injustamente. Se mató, tratando de huir. Una vida insensata, que le costó lágrimas a tu madre. Por ella, me hubiera gustado ayudarte.

Esfumatura.

Anselmi, en un ascensor, mira con inquietud la hora. Abren y se aleja apresuradamente por un corredor. Empuja la puerta de un estudio de abogado; adentro están celebrando una fiesta. Hay nueve o diez personas; dos, son mujeres. Hay un señor de cierta edad, que es el jefe, y un joven a quien todos palmean y felicitan. Beben y brindan. Sobre la mesa hay botellas de sidra, vasos, bandejas de cartón, con masas y sándwiches. Los muebles son modestos. En las paredes hay diplomas y fotografías de banquetes. En un rincón hay una biblioteca con códigos.

La entrada de Anselmi casi ha pasado inadvertida. Sin embargo, una de las muchachas llena una copa y se la ofrece.

ANSELMI. —Gracias, Raquel. Vine corriendo, temía llegar tarde. Me había olvidado que era hoy la fiestita.

RAQUEL *(con ensoñación)*. —¡Está de buen mozo el hijo del jefe!

Un muchacho muy joven, despeinado, pecoso, miope, con aspecto de sucio, se acerca a Anselmi y a Raquel. Esta última ha dejado un sándwich sobre la mesa: el pecoso lo superpone a un pan de salud que trae en la mano y los devora a un tiempo.

EL PECOSO. —No tragues como el avestruz, glotona Raquel, que te vas a poner como el *baby-beef* y no te va a hacer caso el Pololo.

El pecoso guiña un ojo, señala al joven festejado y, con más seriedad, se dirige a Anselmi.

EL PECOSO. —Y usted, Anselmi, aproveche esta última fiesta, que le apuesto, compañerazo, que se le va a indigestar. Bien dicen todos que tengo alma de espía. En la carpeta del patrón vi una cartita que le interesa.

ANSELMI. —¿Y qué decía la cartita?

EL PECOSO. —Decía cosas de bulto. Primo: Lo que todos sabemos; que el hijito del patrón ingresa en este estudio. Secundo: Que tamaña adquisición comporta, mi querido señor, que usted salga como una bala y, «agradeciéndole sus servicios prestados y esperando que esta medida, que nos vemos obligados a tomar, no lo perjudique, quedamos de usted atentísimos».

La cara del pecoso llena la pantalla. Después, alza la copa, brinda, bebe y se esfuma.

Al atardecer, Irene espera en la estación de Temperley. Llega un tren. Anselmi baja. De lejos, la cámara los sigue: suben las escaleras y atraviesan el puente. Se los ve caminar por una honda calle con árboles.

Llegan a un parador sobre una avenida. Está dividido en dos secciones: una es confitería, con piso de granza y mesas cuadradas, de hierro; la otra, es estación de servicio. Se oye el tango Una noche de garufa*; proviene de una radio que hay en el mostrador del salón. Afuera, en una de las mesas, un ruidoso grupo de compadres vocifera y bebe. En las otras mesas hay personas decentes, un poco incómodas. Irene y Anselmi se sientan. (NOTA:*

Según advertirá el lector, estos compadres son un poco anacrónicos; para que ello no desentone, convendría que los demás parroquianos también lo fueran. Esta muy leve sugestión de principios de siglo hará que el final de la escena sea más patética.)

PRIMER COMPADRE. —Atención, que el Pardo Salivazo va a decir el verso que sabe.

El segundo compadre dirá una copla; cuando llegue a la última línea, girará lentamente sobre el asiento y se encarará con la concurrencia.

SEGUNDO COMPADRE:

Dicen que ando provocando
Y que no guardo el decoro.
¿Qué decoro vi'a guardar
Entre tanto bicho moro?

Los compadres aplauden. La gente está molesta. El tercer compadre repite la mímica de su compañero.

TERCER COMPADRE. —Yo compuse otro en la cabeza. Atención que ahí va.

Dicen que ando provocando
Sin respetar lo que veo.
¡Qué respeto vi'a guardar
Entre tanto bicho feo!

Nueva algazara de los compadres.

CUARTO COMPADRE:

Dicen que ando provocando
Como el que tiene as de basto.
¿Por qué no he de provocarlo

A usted, que es bicho canasto?

Dicha su estrofa, el cuarto compadre se encara con un señor obeso, con la ropa muy ajustada y sombrero de paja.

Un mozo se acerca a la mesa de Irene y Anselmi.

ANSELMI. —Dos tés, me hace el favor.

CUARTO COMPADRE *(al mozo, cuando éste pasa)*. —Bien livianos, no se nos vayan a marear.

Por la carretera viene avanzando, muy lenta, una fila de largos automóviles de remise. Bajan unos hombres fornidos, a la vez eficaces y subalternos. Expulsan, irresistibles e impersonales como autómatas, a toda la concurrencia, incluso a los compadres. Uno apaga la radio. Cuando están por llegar a la mesa de Irene y Anselmi, baja de uno de los coches un señor alto, corpulento e inválido (Morgan) arropado en una capá, apoyado en bastones y en personas. Los hombres que han despejado el parador se detienen, respetuosos. Eliseo Kubin, un sujeto barbudo, exiguo, gesticulante, grotesco, con galera de cochero, largo sobretodo raído, sigue, servilmente, al inválido. Este se sienta; uno de los acompañantes entra en el salón del parador y vuelve con un alto vaso de leche. El inválido, al sorberlo con lentitud, detiene la vaga mirada en Anselmi.

MORGAN *(como si pensara en voz alta)*. —Conozco esa frente, esos ojos.

Una pausa.

MORGAN. —Los vi en Ravena, en 1923.

ANSELMI. —Yo no había nacido entonces.

MORGAN. —Los vi en la cara de Doménico Anselmi. Un hombre inteligente y honesto, pero lo traicionaron.

ANSELMI. —Era mi padre.

Esfumatura.

Una biblioteca pública. Desde lo alto, la cámara enfoca a Anselmi (se lo ve pequeño y nítido), que, sentado ante un pupitre, consulta libros enormes: está en el cono de luz que proyecta desde arriba una lámpara; a los lados, en la penumbra, se adivinan altas paredes de libros. La cámara baja hacia Anselmi. Los libros que éste hojea son viejos diarios encuadernados. De pronto encuentra una antigua fotografía en que reconocemos, mucho más joven, al inválido que llegó al parador. Este saluda desde un viejo Mercedes-Benz. El acápite dice: Morgan, der heimliche Kaiser der Unterwelt. *Se abre otro libro, pasan páginas y aparece otra fotografía del mismo personaje, caminando, cabizbajo, entre dos vigilantes ingleses. La inscripción dice:* Morgan convicted. *Otra, de otro diario:* Morgan cleared. *Otra, en un diario francés, que muestra a Morgan con traje claro, lleva el título:* M. Morgan en villégiature à la Riviera. *Finalmente otra, ovalada, en un antiguo* Caras y Caretas*; representa, de medio cuerpo, a un señor parecido a Raúl Anselmi, pero de expresión, acaso, más intelectual. El acápite dice:* El doctor Doménico Anselmi, defensor de Morgan.

Esfumatura.

La casa de una estancia, con corredor alto, para precaverse de inundaciones; algunos árboles, un molino, el comienzo de un alambrado. Esta imagen, que permanece unos instantes inmóvil, debe parecer un telón que se quiere hacer pasar por realidad. La cámara retrocede y vemos que se trata de un cuadro. Cuelga de la pared de un corredor techado; junto al cuadro hay un complicado barómetro. De un alto jarrón de porcelana emerge una planta con grandes hojas. Hay también una máquina de coser, de pedal. Sobre la caja de la máquina de coser, hay una cartera de mujer. De medio perfil, desde atrás, vemos a una muchacha (Laura Cruz) sentada en un sillón de Viena, de hamaca. El pelo rubio y ondulado, caído sobre los hombros, le rodea la cabeza de un nimbo de oro: en la parte superior de la cabeza tiene un pequeño moño. La cámara gira con lentitud y le vemos la cara. Es muy joven, muy linda y está muy seria, como con un principio de enojo. Viste sencillamente, de claro. A unos pasos, en el jardín del patio,

Irene riega unas flores. Es un día de sol y las sombras se dibujan nítidamente.

LAURA. —Mañana me voy a la estancia.

IRENE *(interrumpiéndose para mirar la fotografía)*. —Mañana estaremos las dos en ese corredor.

LAURA. —En ese corredor y oyendo el arrullo de las palomas. *(En seguida, con brusco anhelo.)* Irene, si hoy pudiéramos irnos.

IRENE *(con una voz sin inflexiones)*. —Ya te dije, Laura, que hoy no se puede. Con la lluvia, los caminos están intransitables. Mañana nos iremos, querida.

Se oye una campanilla. Irene deja la regadera, besa en la frente a su hermana, recoge la cartera que hay sobre la máquina de coser y se va. Laura, seria, vuelve a mirar la fotografía.

La cámara alcanza a Irene, cuando ésta sale de un comedor con muebles de caoba. Los muebles son hermosos, pero alguna silla está coja. Irene llega al zaguán, abre la puerta de calle y sale. Afuera está esperándola Anselmi. Éste la toma del brazo y caminan por la calle que ya hemos visto.

ANSELMI. —¿Qué noticias hay de la estancia?

IRENE *(al cabo de un instante)*. —Hoy tuve carta de Laura. Está feliz; le gusta tanto el campo.

Han llegado a una calle de tierra. Hay árboles; en el fondo se ve campo. Un carrito de jornalero, tirado por un caballo tordillo, se acerca, levantando una nube de polvo. Irene toma del brazo a Anselmi y cruzan a la otra vereda, para evitar la tierra.

IRENE. —Sería atroz que la perdiéramos. Tengo que conseguir el dinero.

Esfumatura.

Es de mañana. Anselmi entra por el portón de la quinta de Morgan,

atraviesa el jardín y llama a la puerta. Al rato le abre uno de los hombres de Morgan.

ANSELMI. —Quiero hablar con el señor Morgan.
EL HOMBRE *(toscamente)*. —No recibe.
ANSELMI. —A mí me va a recibir. Soy Raúl Anselmi.

El hombre intenta cerrar la puerta. Anselmi ha adelantado un pie e impide ese propósito. Entra en un amplio vestíbulo desmantelado, al que dan muchas puertas y una escalera de mármol. Los dos hombres se miran como enfrentándose.

ANSELMI. —Voy a esperar aquí.

El hombre tiene un momento de vacilación; luego, aceptando la situación de hecho, se retira. Anselmi espera caminando lentamente de un lado a otro. Cuando Anselmi se aleja de una de las puertas, ésta levemente se entreabre y puede sospecharse que alguien lo espía por ahí. Luego se ve un pekinés, que abre la puerta con el hocico y que entra en el vestíbulo. Antes de advertir la presencia del pekinés, Anselmi oye una voz femenina, lánguida y perezosa.

LA VOZ. —Confucio... Confucio.

Tras una breve perplejidad, Anselmi ve el perro, lo carga y penetra en la habitación. La cámara lo sigue. Contrastando con el vestíbulo desmantelado, la habitación vecina —una sala con un bow-window que no se vio desde la puerta— está lujosa y excesivamente amueblada (con muebles del Segundo Imperio; hay una armadura de guerrero japonés). En un diván está recostada Irma Espinosa. Es rubia, joven, bien formada (casi opulenta). Viste de negro, con suntuosidad; en el corpiño algo deshecho se adivinan puntillas. En un cercano taburete hay una abierta caja de bombones (grandes, envueltos en papel de plata) y de frutas acarameladas.

ANSELMI. —Señora, aquí vuelve Confucio.

Irma toma el perro y lo besa y juega con él.

IRMA *(con cierta curiosidad)*. —¿Se puede saber con quién tengo el gusto?

ANSELMI. —Me llamo Anselmi, Raúl Anselmi.

Irma deja el perro, elige un bombón, le saca el papel, come el bombón, se chupa los dedos, hace una bolita con el papel y la tira a lo lejos.

IRMA. —¿Anselmi? ¿El joven está vinculado a la maffia?

ANSELMI *(sonriendo)*. —Hasta ahora, no.

IRMA *(astuta)*. —¿Y entonces, a la Mano Negra?

ANSELMI *(con burlona humildad)*. —No merezco tanto.

IRMA *(con brusca desconfianza)*. —¿No va a salir con que es de la policía?

ANSELMI. —Tampoco. Soy apenas un estudiante de Derecho y vengo a ver al señor Morgan.

Irma bruscamente se desinteresa. Muerde un bombón de licor, que le mancha los dedos; se los limpia en una cortina. Hay un silencio.

IRMA *(con soberbia)*. —El señor Morgan es como yo: no recibe a cualquiera. Es un señor muy importante, es el Jefe. Yo y papá somos importantes; siempre nos recibe.

ANSELMI *(con sorna casi imperceptible)*. —Ya me hago cargo.

IRMA *(didáctica)*. —A papá lo recibe porque es Daniel Espinosa y su amigo íntimo. A mí, porque ¿quién no va a querer alternar con esta rubia?

Un ceremonioso mucamo, quizá uno de los hombres que despejaron el parador, trae en una mesita con ruedas sándwiches y whisky. Irma se sirve. El mucamo, al retirarse, deja pasar al hombre que atendió a Anselmi; el hombre entra como buscándolo.

EL HOMBRE. —El Jefe le pide que espere un minuto. *(Con cierto énfasis.)* En seguida lo va a recibir.

El hombre se va.

IRMA *(efusiva, ofreciéndole los bombones)*. —¿Por qué no dijo que era importante? ¿Por qué salió con esa bobada de Anselmi? Ahora que somos tan amigos, va a tomar un poco de whisky. En el mismo vaso que yo, para que sepa todos mis secretos.

Anselmi moja los labios.

IRMA. —Una vez que fui a un baile, tenía tan lindos hombros que todos se querían casar conmigo.

Irma se acerca a Anselmi; al finalizar el párrafo ya está junto a él. Lo sienta a su lado, en el diván.

IRMA. —Ahora que somos tan amigos, prométame que le dirá al señor Morgan que papá es una persona importante y que nunca lo ha traicionado.

Entra el mucamo.

El MUCAMO *(a Anselmi)*. —El Jefe lo espera.

El mucamo abre la puerta para que pase Anselmi.

ANSELMI *(a Irma, apartándola suavemente)*. —Adiós, señorita.

IRMA *(casi enroscándose a él, insistente y confidencial)*. —No se vaya a olvidar... hable de papá... Da-ni-el Es-pi-no-sa.

Anselmi reitera sus corteses esfuerzos para desprenderse de ella.

IRMA *(con un hilo de voz)*. —No vaya a decir que yo le dije que hablara.

El mucamo toma del brazo a Irma y la aparta de Anselmi. Anselmi se levanta.

IRMA *(con pícara complicidad)*. —No olvide mi encargo.

EL MUCAMO *(a Irma)*. —Ya sabe que al Jefe no le gusta que ande molestando a la gente.

Anselmi sale. El mucamo, que no ha soltado el brazo de Irma, lo retuerce. Ella cae de rodillas y llora.

Esfumatura.

El hombre que atendió primero a Anselmi está en el vestíbulo. Sube unas escaleras, precediendo a Anselmi, atraviesa diversas habitaciones; en alguna están los muebles —el biombo de espejos, la estatua negra con el candelabro — que se descargaron de los furgones. En el fondo de un largo corredor hay un hombre apostado; está recostado contra la pared, tiene el sombrero sobre los ojos, mira para abajo y una pierna está cruzada sobre la otra. Pasan junto a él; el hombre, silenciosamente, los sigue. (Anselmi camina entre los dos.) Llegan al pie de una escalera de caracol. El hombre que lo precede se aparta para que Anselmi pase. Éste sube solo. Llega a un cuarto con dos puertas (una frente a otra; una da a la escalera de caracol; la otra a una terraza); las paredes están tapizadas de libros; el piso es de baldosas, blancas y negras, ajedrezado. Las ventanas tienen vidrios de colores, en forma de rombo. El cuarto está iluminado con luz eléctrica. De espaldas a él, en un sillón, ante una mesa, hay un hombre que proyecta en la pared una sombra enorme. Este hombre se da vuelta, sonríe con cansancio. Es Morgan. A su lado está uno de los sujetos que despejaron el parador. Anselmi rodea la mesa y queda, de pie, frente a Morgan. Este le tiende la mano.

ANSELMI. —Nos vimos en el parador, señor Morgan. Usted recordará que soy el hijo de Doménico Anselmi.

MORGAN. —Tengo una deuda de gratitud con ese hombre. Sé que no podré pagársela a su hijo. Yo no puedo hacer bien a nadie. Mi vida

ha sido atroz.

ANSELMI *(emocionado, apoyándose en el escritorio y mirando a Morgan)*. —Mi situación es tal, señor Morgan, que estoy dispuesto a cualquier cosa.

Se oye una voz encolerizada y crecientes portazos. El guardaespaldas se asoma a la puerta que da a la terraza.

MORGAN *(a Anselmi, en voz baja y muy queda)*. —Busque a Abdulmálik en el pueblo de Olivos.

El guardaespaldas se vuelve. Irrumpe en el cuarto Pedro Larrain. Es un hombre alto, robusto, sanguíneo, de cara cuadrada y tenaz; está vestido con ropa de buena calidad y de corte deportivo. Parece muy seguro de sí mismo. Lo sigue, aterrado y servil, Eliseo Kubin.

LARRAIN *(a Morgan, sin hacer caso de los otros)*. —Dígame: ¿no es incorrecto que usted se moleste en recibirme para que después este monigote afantochado me haga esperar?

KUBIN *(a Anselmi, confidencial)*. —Dice bien el señor Larrain. Es persona importante... Lo hice esperar.

MORGAN *(a Larrain, inclinándose ante él)*. —Presento mis excusas en nombre de mi cajero. *(En otro tono.)* En la declinación de la vida sólo nos quedan sueños.

Morgan toma un libro que hay sobre la mesa.

MORGAN. —Yo me refugio en éstos: los más ilustres que han soñado los hombres. *El libro de Las Mil y Una Noches.*

Morgan muestra una ilustración a Larrain.

MORGAN *(explicando)*. —El festín de los devoradores de carne humana.

Larrain lo mira con alarma.

LARRAIN. —Este renglón no es de mi especialidad, créame.

Morgan muestra a Kubin una segunda ilustración.

MORGAN. —Simbad, que se libra al fin del Viejo del Mar.

Kubin da un paso atrás, con mal reprimida irritación. Morgan muestra a Anselmi una tercera ilustración, acaso un paisaje sin figuras humanas que no concuerda con la descripción que le hará. Anselmi la mira con extrañeza.

MORGAN. —El hijo del amigo que revelará que el jefe está en el Paraíso de los Creyentes.

KUBIN *(al borde de la exasperación y del llanto).* —Pero, mi Jefe, al señor Larrain lo mueven otros intereses. Quiere abocarse a un temario concreto.

Morgan mira a Kubin, con irónica resignación. Luego se dirige a Anselmi.

MORGAN *(a Anselmi).* —Usted ve: yo quise refugiarme en los sueños, pero la realidad se impacienta. Otro día, acaso, hablaremos.

Morgan tiende la mano a Anselmi y lo mira en los ojos. Éste saluda y sale. Larrain y Kubin han acercado sillones al escritorio de Morgan y se aprestan a conversar con él.

Esfumatura.

Anselmi baja las escaleras. Uno de los sujetos que lo acompañó está esperándolo. A través de la casa el sujeto lo precede. Al pasar frente a un patio se oye una gritería. Desde abajo, Anselmi ve, en una ventana alta, a un hombre avejentado, con aire de artesano decente (Daniel Espinosa), que inútilmente se debate, sujetado por un grupo de hombres compasivos y afectuosos. Éstos lo arrastran hacia adentro.

EL HOMBRE QUE ACOMPAÑA A ANSELMI. —Un loco que siempre se quiere suicidar.

Esfumatura.

Anselmi llega al parador. Está casi vacío. El hombre del bar está leyendo el diario. Una señora ocupa el teléfono.

ANSELMI *(al hombre del bar)*. —¿Me permite la guía?

Sin interrumpir su indiferente lectura, el hombre del bar saca la guía de abajo del mostrador y se la alarga a Anselmi. En la sección Suburbios, Anselmi encuentra el nombre de Abdulmálik. (Se ve la página; después el renglón ABDULMÁLIK Y CÍA., Malaver 3753-741-9774.) Anselmi mira a la señora del teléfono.

LA SEÑORA. —Fijate, che, que es una cosa que yo me quedé y dije Ah. ¡No tenían el bombasí!

Llega un hombre con anteojos negros y se sienta a una mesa muy cercana al teléfono. Anselmi lo mira como pensando y se vuelve hacia la señora.

EL HOMBRE DE LOS ANTEOJOS *(al hombre del bar)*. —Una caña chica.

El hombre del bar sirve la caña al de los anteojos.

LA SEÑORA *(al teléfono)*. —Son unos informales. *(Después de una pausa.)* Decías bien, no hay como las compresas y el sinapismo. Cuando lo tuve con la coqueluche a Fermín...

Anselmi, vencido, se va. Cuando llega a la puerta, nota que el hombre de los anteojos se ha levantado y deja unas monedas en la mesa.

Anselmi, a unos cincuenta metros del parador (éste se ve en el fondo). Se acerca un poderoso automóvil; se detiene al lado de Anselmi. Lo guía Pedro

Larrain. Durante el breve diálogo de Larrain con Anselmi se ve, al fondo, el hombre de anteojos, que sale del parador y se aproxima.

LARRAIN *(asomándose)*. —¿Quiere que lo acerque?
ANSELMI. —No, gracias. Espero el ómnibus aquí.
LARRAIN. —¿El ómnibus para Buenos Aires? ¡Lo llevo!

Anselmi vacila, ve al hombre de los anteojos, y acepta el ofrecimiento de Larrain. Rodea el coche y sube por el otro lado.

Esfumatura.

En el trayecto de Temperley a Buenos Aires, Anselmi y Larrain en el coche.

LARRAIN *(cordial)*. —El estado de Morgan, formidable. (*Con voz más rápida.)* ¿Usted hace tiempo que lo trata?
ANSELMI *(con indiferencia)*. —No, no exactamente.
LARRAIN. —Entiendo, entiendo. Yo lo conozco y él me conoce. No critico a nadie. Cada uno tiene sus mañas. Pero cuando un muchacho de valía me tiende la mano, yo no lo dejo ahogarse. Usted dirá que soy un idealista.

Anselmi considera el paisaje.

LARRAIN *(impertérrito)*. —Aquí donde me ve, me he levantado solo. Tengo todo el Norte en un puño. No es por decirlo, pero puedo hacer propuestas interesantes.

Hay un silencio.

LARRAIN *(sonriente)*. —Si no quiere hablar de negocios, no insisto. Eso sí, un día que esté con ánimo, me viene a visitar en el *stud* y tendré mucho gusto en exponerle mis caballos y mis daneses. ¡Sin compromiso de su parte, se entiende!

ANSELMI *(fríamente)*. —Tendré mucho gusto.
LARRAIN. —¿Le queda bien si lo dejo en Rivadavia?

Esfumatura.

Anselmi, hablando por teléfono desde una cigarrería. Atrás, un hombre jugando con un pequeño fútbol mecánico, muy interesado.

ANSELMI. —¿Olivos 9774? ¿Con el señor Abdulmálik? ¿Podría encontrarlo ahí dentro de una hora? Es mejor personalmente... No, usted no me conoce. Es de parte de Morgan.

Corta y sale. El hombre interrumpe su juego. Mira a Anselmi y se dispone a salir.
Esfumatura.

Se ve a Anselmi bajar de un tren en la estación de Olivos. En un callejón solitario casi lo atropella un automóvil. Apenas tiene tiempo de esquivarlo. Se hiere la mano contra un alambre de púa. Se mancha una manga. Restaña la sangre con el pañuelo.

Anselmi llega a una fábrica en las afueras del pueblo. Sobre la puerta se lee: ABDULMÁLIK Y COMPAÑÍA. La puerta está entornada. Anselmi llama; nadie lo atiende; entra. Es una fábrica de juguetes. Avanza entre muñecas. En el fondo, en un compartimento de vidrio, está el escritorio. En un sillón giratorio se ve un hombre con sobretodo y sombrero. Tiene la frente angosta, los rasgos agudos, el bigote gris. Está muerto. Lo han degollado.

Suena el teléfono. Anselmi está por contestar. Mira su mano herida, el saco manchado de sangre, y desiste.

Sale de la fábrica. Llega, inesperadamente, a una carretera. Está oscureciendo. Anselmi, como encandilado, mira las luces. Sube a un colectivo. Ramírez es uno de los pasajeros.

RAMÍREZ. —Hola, Anselmi. Aquí hay un asiento.

Resignado, Anselmi se sienta al lado de Ramírez.

RAMÍREZ. —¿Qué anda haciendo por estos pagos? ¿Alguna dama, eh? Le guardaré el secreto.

ANSELMI. —¿Dama? Ojalá. No todos tenemos su suerte.

RAMÍREZ *(reparando en la herida, silba admirativamente)*. —Parece que la dama se defendió con uñas y dientes. ¡Sangre en la manga! ¡Qué título para una vista policial!

Los pasajeros miran.
Esfumatura.

De mañana, en la puerta de la quinta de Morgan, Anselmi habla con el hombre que lo atendió la primera vez.

EL HOMBRE. —Pase. El Jefe lo recibirá en seguida.

Anselmi entra en el vestíbulo. Al rato, baja Kubin.

KUBIN. —Soy Eliseo Kubin. El Jefe lamenta no poder recibirlo. Le manda esto, por servicios prestados.

Kubin le entrega un sobre a Anselmi.

ANSELMI *(viendo el contenido del sobre)*. —Debe haber un error. Yo no pude cumplir mi cometido.

KUBIN. —Ésa no es la opinión del Jefe. *(Pausa.)* La mano del señor Morgan siempre está abierta. Yo, simple cajero, más de una vez lo he deplorado. ¡Tengo que hacer cada equilibrio! *(Después de un silencio, en voz más baja.)* Un consejo. Por unos días no se haga ver. Sobre todo, no venga por aquí.

Anselmi desconcertado, lo mira. Sale.

Kubin se dirige, con naturalidad, a un teléfono escondido, y pide un número.

KUBIN. —¿Hablo con el «Telégrafo Mercantil»?

Se ve una página del «Telégrafo Mercantil» con el título: «DESTACADO ASESINATO EN OLIVOS. Se sospecha de un joven (sigue una descripción de Anselmi) que lo amenazara por teléfono».

Vemos a Anselmi, en su cuarto, tirando el periódico. El cuarto es grande y modesto, con chimenea; hay una angosta cama de hierro, deshecha; un ropero; una silla; un sillón de hamaca; una estantería con libros; un fonógrafo; un lavatorio; un espejo. La puerta de entrada es con vidrios y hay una ventana. Anselmi, después de tirar el periódico, va hasta el lavatorio, donde se dispone a afeitarse. Mientras se jabona, una mujer vieja le habla.

LA MUJER. —Lo quiere ver un señor Rosales.

Rosales —un hombre gordo, moreno, tranquilo, con alguna avidez en los ojos— aparta a la mujer, la saluda y se instala en el sillón de hamaca.

ROSALES. —Soy Porfirio Rosales, de Investigaciones.

Hamacándose, Rosales mira distraídamente la habitación.

ANSELMI. —¿El asiento es cómodo? ¿Qué desea?

ROSALES *(sonriendo)*. —Deseo hablar con usted. Antes, dejo constancia que mi visita no es oficial.

Anselmi continúa afeitándose.

ANSELMI. —¿Entonces?

ROSALES. —Mire, vengo como un amigo. Lo invito a sincerarse. A que hablemos de hombre a hombre.

ANSELMI *(indiferente)*. —¿Sobre qué?

ROSALES. —Sobre el homicidio de Olivos. ¿Usted la conocía a la víctima?

ANSELMI. —Por lo que dice el diario no más.

ROSALES. —¿Usted no lo amenazó por teléfono?

Anselmi está lavándose la cara y le contesta con exasperación mientras se seca.

ANSELMI. —Le repito que no sé nada del asunto. En cuanto a sincerarme con usted, no tengo por qué hacerlo. Usted dice que viene como amigo, pero esa amistad forma parte de una investigación. *(Sonriendo.)* Además, ¿por qué quiere ser amigo de un hombre de quien desconfía?

Rosales se pone de pie.

ROSALES *(quizá con gravedad)*. —Tiene razón. Mi deber es llegar a la verdad, y la amistad que le ofrecía no es desinteresada. Sin embargo, creo que no tenía nada que perder sincerándose conmigo. *(Llega a la puerta.)* Piense lo que le dije.

Esfumatura.

Anselmi se acerca a la casa de Irene. Se cruza con el organillero. Éste lo saluda como la otra vez.

EL ORGANILLERO. —¡Otra mañana que es todo un tónico! Optimismo, vigor, tiempo bonancible. La zona, como dice un martillero de mi amistad, es un paraíso. No se dirá lo mismo de otras localidades. ¿Qué me cuenta de ese industrial degollado sin miramientos en su propia sede? Sin embargo, no andemos con la cara larga. Círculos, generalmente bien informados, murmuran que la pesquisa está adelantada. ¡Los matutinos hablan de un sujeto que lo amenazara por teléfono!

Anselmi palmea al organillero y prosigue su camino.
Esfumatura.

Zaguán de la casa de Irene.

IRENE *(cariñosa)*. —¿Venís a buscarme para caminar?
ANSELMI. —Mirá, estoy cansado. ¿No podríamos quedarnos aquí?
IRENE *(tras una vacilación)*. —Como quieras.

La puerta que da al fondo está abierta. Irene la cierra. Lleva a Anselmi al comedor. Cerca del balcón, quedan de pie, uno frente a otro. Mirándolo en los ojos, Irene le alisa el pelo.

IRENE *(maternalmente)*. —Es verdad. Parecés cansado. ¿No estás bien?
ANSELMI *(con ligera impaciencia)*. —Estoy perfectamente.

Se sienta en el sofá.

ANSELMI. —He conseguido algún dinero.
IRENE *(admirativa)*. —Sos una maravilla.
ANSELMI *(con cierta amargura)*. —Apenas la quinta parte de una maravilla. Sólo te he conseguido novecientos pesos.

Anselmi entrega un sobre a Irene.

IRENE. —Estoy deslumbrada. *(Un silencio.)* Pero ¿qué te pasa? ¿No estás contento?

Esfumatura.

Hacia el atardecer, Anselmi camina por una calle de las afueras. Junto a un camión se cruza con un grupo de muchachones achinados. Oye risotadas y gritos. Se vuelve; ve que un muchacho del grupo —contrahecho y siniestro — es maltratado por los otros. (Todos visten pobremente; hay algunos de pañuelo; otros, de cuello volcado.)

PRIMER MUCHACHO *(a la víctima)*. —¡Mono Pancho! ¿Sabés qué sos? ¡Un Mono Pancho!

El primer muchacho golpea a la víctima con la mano abierta.

SEGUNDO MUCHACHO. —¡Si le amuestran la jaula de los monos, cree que se mira en el espejo!

TERCER MUCHACHO *(informativo)*. —Es un Mono Pancho.

Golpean a la víctima.

ANSELMI. —Dejen en paz a ese muchacho.

Anselmi avanza hacia ellos. Uno del grupo le da, desde atrás, una trompada en el oído. Anselmi lo derriba de un puñetazo. Todos lo acometen, incluso la presunta víctima. Lo introducen en el camión. Lo maniatan y lo tiran en el piso. El camión arranca. Se ven los pies y las rodillas de los malevos. Cantan una marchita estúpida y machacona.

Lo bajan en el patio de un stud. Larrain, sentado, mira un enorme perro danés que se abalanza sobre un hombre grotescamente vestido con bolsas. Junto a Larrain, hay una muchacha hermosa, inexpresiva, con algo de fabricado en su tipo (pelo ondulado, ojos oblicuos, etcétera); Larrain, distraídamente, le acaricia el pelo. El jefe de los secuestradores de Anselmi procura llamar la atención de Larrain. Éste le hace una leve seña, para indicarle que espere. Todos miran trabajar al perro. Finalmente, el jefe logra ser oído.

EL JEFE DE LOS MUCHACHONES *(a Larrain)*. —Patrón: al salir de la cancha, nos topamos con esto y se lo trajimos.

LARRAIN *(irritado)*. —¿Hasta cuándo van a hacer disparates? Con ustedes hay que tener la mano de fierro.

Atónitos, los muchachones miran a Larrain.

LARRAIN. —Aquí, en el Norte, el señor es mi huésped.

ANSELMI. —Un huésped involuntario, indignado.

LARRAIN *(a los muchachones)*. —El señor no puede quedarse a cenar. *(Cambiando de tono.)* Envuélvanlo otra vez en papel de seda y me lo descargan en Temperley.

Anselmi y los muchachos de Larrain vuelven silenciosos al camión.

LA MUCHACHA *(a Larrain)*. —¿Para eso mandaste que lo secuestraran? ¿Le tenés miedo a Morgan?

LARRAIN. —Miedo, no. Pero recapacité. *(Con voz segura.)* Con esto basta para que la gente de Morgan no se meta en el Norte.

Esfumatura.

Anselmi, de pie, en el camión, entre los muchachos. El camión llega al lugar preciso donde se produjo el primer incidente.

UNO DE LOS MUCHACHOS *(a Anselmi)*. —Nos dijeron que usted, en el Norte, era nuestro huésped. Pero ahora estamos en el Sur y yo era amigo del juguetero.

El muchacho le pega a Anselmi en la cara, con la mano abierta. La cámara enfoca al grupo cerrado de los muchachos, que, con inmóvil hostilidad, han fijado los ojos en Anselmi. Todas esas caras están serias; de pronto, una de ellas —la del muchacho simiesco— hace una morisqueta. Sin dejar de mirarlo, los muchachos vuelven despacio al camión. Se van. Anselmi queda solo.

Esfumatura.

El vestíbulo de la casa de frente, al anochecer. Irene y Rosales. Irene, con una tricota con bolsillos; Rosales, como si acabara de entrar, cerca de la puerta; tiene el sombrero en la mano. Los dos están de pie.

ROSALES *(continuando una explicación)*. —No quiero exagerar. No descarto la posibilidad de que el joven aclare su posición. Si usted intercediera...

IRENE *(fría)*. —No tengo por qué interceder. Todo eso es monstruoso. Raúl no es un criminal.

ROSALES. —Tal vez no lo sea. Pero tendría que aclarar unos puntos. ¿Por qué habló por teléfono con la víctima? ¿Qué hacía en Olivos esa tarde, cuando lo vieron ensangrentado? ¿Por qué, últimamente, anda con sujetos de mal vivir?

IRENE. —Esta conversación es inútil.

Irene abre la puerta de calle. Rosales, cabizbajo, se dispone a salir. En la puerta entreabierta se detiene.

ROSALES *(como siguiendo su pensamiento)*. —Tal vez haya precisado dinero.

IRENE *(involuntariamente)*. —Dinero.

ROSALES. —A la víctima le sustrajeron novecientos pesos.

Irene cierra lentamente la puerta. Va a su cuarto. Se pone el impermeable. Atraviesa la casa como en un sueño. Llega al patio del fondo. Un brazo de luz, próximo al cuadro de la estancia, ilumina el patio. En idéntica posición, vestida como la primera vez, en la silla de hamaca, está Laura. En la mano tiene un ramito de violetas.

LAURA *(a Irene)*. —Junté estas violetas para ti.

Irene se acerca a Laura y se apoya en los brazos del sillón de hamaca. Laura, con un alfiler, prende las violetas en el impermeable.

LAURA. —Mañana me voy a la estancia.

IRENE. —Mañana, cuando estén secos los caminos.

Sale y cierra la puerta con llave.

Esfumatura.

La puerta de la casa de Morgan. Anselmi, de espaldas a la cámara, ha llamado. La puerta se entreabre. Un hombre se asoma, dice unas palabras que no se oyen, hace un ademán hacia afuera y cierra la puerta. Anselmi sale, cabizbajo.

Esfumatura.

Anselmi, de espaldas, frente a la puerta de su cuarto. A través del visillo ve a Rosales, que está instalado, esperándolo, frente a la chimenea encendida. Anselmi se va.

Esfumatura.

Anselmi llamando a la puerta de la casa de Irene. Nadie contesta.

Esfumatura.

Anselmi bebiendo en un almacén.

Esfumatura.

Anselmi vaga por el campo. Llueve.

En un paso a nivel hay un tren. El tren arranca. Anselmi, con brusca decisión, sube a un vagón de segunda.

Esfumatura.

Irene, de impermeable, en la casa de Anselmi. (El impermeable está desabrochado.) Habla con la mujer que se vio en la primera escena de Rosales.

LA MUJER. —El señor Anselmi no está. Un señor se cansó de esperarlo y se fue.

IRENE. —Lo voy a esperar.

LA MUJER. —Entonces, niña, podría hacerme un favor. Trajeron esta carta

para el señor Anselmi y me recomendaron que la entregara personalmente. Yo tengo que salir. ¿Usted querría entregársela?

La mujer le da un sobre; Irene lo guarda en el bolsillo de la tricota. La mujer le abre la puerta del cuarto. Irene entra. Está nerviosa. Pone en el fonógrafo el concierto número dos de Brahms. Se abstrae en la música. De pronto se da vuelta y ve que ha entrado un hombre —Daniel Espinosa— que, con los ojos bajos, habla confusamente y solloza. Usa chambergo y sobretodo. Tiene barba de varios días.

IRENE *(sobresaltada)*. —¿Quién es usted? ¿Qué le sucede?

ESPINOSA. —Soy Daniel Espinosa. Vine a ver al señor Anselmi. ¿Usted cree que volverá pronto?

IRENE. —No sé. ¿Para qué quiere verlo?

ESPINOSA. —Para pedirle ayuda. Para decirle algo. Para decirle que no debe andar entre criminales. *(Una pausa.)* Pero yo también soy un criminal. He hecho una cosa horrible. No merezco ni el perdón ni la lástima. Usted, niña, no tendría que hablar conmigo.

IRENE. —No hay quien no merezca perdón y lástima.

ESPINOSA. —Pero yo soy un asesino, un traidor. Hace dos días que no puedo vivir.

IRENE. —Yo también he creído que no podía seguir viviendo. Ahora, perdóneme, creo tener una esperanza.

Irene se tapa la cara con las manos.

ESPINOSA. —No sé. No entiendo. *(Una pausa.)* En cualquier momento pueden llegar. Me voy de aquí.

Se acerca a la puerta. Irene lo sigue. Salen. Llueve. Espinosa camina un poco adelante. Instintivamente caminan contra las paredes. La cámara los sigue, de lejos. Arrecia la lluvia. En una esquina se guarecen bajo un alero. A pocos metros se mueve confusamente (tal vez, sospechosamente) la forma de un hombre. Los ilumina el faro de un automóvil. Ilumina también, arriba de ellos, una enseña con un león rampante y la inscripción: El León de

Armenia. El automóvil se acerca a ellos; se abre una portezuela.

UNA VOZ *(desde el automóvil)*. —Suban.
ESPINOSA *(a Irene, aterrado)*. —Tenemos que hacer lo que mandan.

La obliga a subir al coche. Las violetas de Irene caen en la calle, junto al cordón de la vereda. La forma humana, que se vio confusamente, se adelanta y se inclina para recogerlas. El automóvil gira violentamente, dando una vuelta completa; ilumina y golpea al organillero (la forma misteriosa que habíamos visto). Vuelve a verse el león de la enseña.

Adentro del automóvil hay tres hombres de la banda de Morgan. Uno maneja; otro está sentado a horcajadas en un «strapontin» (es corpulento, silencioso; está inmóvil; fuma un cigarro); el tercero ocupa el asiento del fondo. Irene queda junto a este último. Espinosa, junto al que guía y del mismo lado que el fumador del «strapontin». Avanzan en silencio, entre la lluvia.

ESPINOSA *(mirando hacia el interior del automóvil)*. —A la niña no hay por qué complicarla en esto.

Nadie responde. El fumador se saca de la boca el cigarro y lo aplica, como un sello, en la cara de Espinosa. Este se tapa la cara con las manos y gime. Nadie comenta lo ocurrido. Irene se sobrepone a su horror.

Esfumatura.

El portón de la quinta de Morgan está abierto; el coche se detiene ante la casa.

En el vestíbulo de la quinta, los recibe otro hombre de Morgan. Sentado en un escalón está Pedro, que es una especie de gigante tosco y servil. Mira, con avidez, a Irene.

EL HOMBRE QUE LOS RECIBE *(a los secuestradores)*. —A Espinosa lo llevan donde ya saben. *(A Irene.)* Usted no sale de esta casa hasta que el Jefe le dé permiso.

Irene queda sola. Una voz de hombre (la voz de Brissac), desfigurada por el dolor, procede de la pieza contigua.

LA VOZ DE HOMBRE. —Me va a quebrar el brazo... *(Una pausa.)* Me va a quebrar el brazo... *(Una pausa más larga.)* Ya le dije que iba a quebrarlo.

Irene se acerca a la puerta, para espiar. Ve la sala de Irma, en la que aparentemente no hay nadie. Cautelosamente penetra.

UNA VOZ DE MUJER *(la voz de Irma)*. —Me va a quebrar el brazo... *(Una pausa.)* Me va a quebrar el brazo... *(Una pausa más larga.)* Ya le dije que iba a quebrarlo.

Irene avanza hasta un lugar desde donde el bow-window es visible: en él hay dos personajes —Tonio de Brissac e Irma Espinosa—. Forman un grupo simétrico, uno a cada lado del bow-window. Están de pie, casi arrodillados. Cada uno sostiene con la mano izquierda la muñeca del brazo derecho. Brissac mira a Irma. Irma mira, implorante, hacia arriba. Ella tiene un vestido de trabajo, de bailarina; él, una camisa de mangas cortas y shorts. Brissac es un hombre pequeño, nervioso, impulsivo, histriónico, ágil y acrobático. Jopo, monóculo y bigote adornan su cara.

BRISSAC *(sin ver a Irene)*. —No. Irrefutablemente, no. Usted es demasiado expresiva. La expresión: he ahí el enemigo.

Irma ha visto a Irene; la mira con sorpresa.

BRISSAC *(a Irma)*. —Se distrae, se distrae con tenacidad. El progreso logrado en este ensayo es computable en cero.

Brissac advierte la presencia de Irene. Irma nota que el agua que cae del impermeable de Irene está mojando la alfombra.

IRMA. —¿Hasta cuándo va a empapar la alfombra de Esmirna?

IRENE. —¡Ay! Perdón.

BRISSAC *(sacando el impermeable a Irene, que lo mira azorada).* —Eliminemos este tema de conversación. *(Se lo pone a la armadura; dirigiéndose a Irene.)* Usted, querida diosa *ex machina*, será juez. Preparo una comedia en dos actos para nuestro teatro de cámara. Esta otra diosa, Irma, hoy se muestra displicente. ¿Merece mi comedia tales desdenes? Primer acto: Nobles pasiones, un palacio en Roma, Epicteto, esclavo y filósofo, dos príncipes que sufren y que aman. Segundo acto: Los personajes del primero, pero en una pensión suburbana, en el siglo XX. Se averigua entonces que el primer acto ha sido escrito por un personaje del segundo, que busca, en esa obra romántica, una compensación para sus desdichas. Jung, Pirandello, etcétera. Falta resolver un problema: ¿El héroe y la heroína sucumbirán a la mediocridad de nuestro tiempo o serán felices? Usted, diosa, es juez.

Irene está por decir algo.

IRMA. —Yo diría, Brissac, que no hay que buscarle tres pies al gato. El papel de la heroína claro que yo lo agarro. ¿Y cómo le va a ir mal a una personita que cuenta con cabeza, elegancia, distinción, físico?

IRENE. —Ustedes me disculparán, yo vine aquí con un señor...

IRMA. —¿Con quién?

IRENE. —Un señor de edad... Creo que se llama Espinosa.

IRMA. —¿Cómo vinieron?

IRENE. —Nos trajeron unos hombres... en un automóvil.

Bruscamente, Irma se levanta y sale. Brissac ha perdido la petulancia: mira a Irma, con inquietud.

La cámara sigue a Irma. Ésta atraviesa una larga habitación desmantelada. La habitación está en la penumbra. Se abre, en el piso, una trampa lateral, con una escalera que da a un sótano. El sótano está iluminado; de la trampa sale un haz de luz blanca. Después, a ras del suelo, surge una enorme cara. Es la de un hombre —Pedro— que sube desde el sótano. Pedro espía a Irma. El espectador puede creer que Pedro va a

asaltar a Irma. Pedro se le acerca, como una especie de enorme cachorro, le besa las manos y trata de tocarle las piernas. Sin asombro, sin mirarlo, ella lo rechaza. Pedro, en el suelo, dócilmente la deja irse, pero la sigue con los ojos.

Irma llega a una habitación angosta y alta, con piso de baldosa y una rejilla en el centro. En las paredes no hay ventanas. En el suelo, de espaldas, con una mancha de sangre en la cara, yace delirando Espinosa. Está con los ojos abiertos; no ve a Irma.

ESPINOSA. —No me golpeen... No he dicho nada. Basta, por favor, basta.

Irma se inclina y lo sacude, desesperada y brutal.

IRMA. —Soy Irma. Tu hija.

ESPINOSA *(hablando con los ausentes)*. —Bueno, no me hagan doler más. Le dije que lo maté.

Irma lo suelta, espantada. Luego, frenética, vuelve a tomarlo y lo sacude.

IRMA. —¿A quién le dijiste?

ESPINOSA. —La chica no se lo va a decir a nadie.

IRMA. —¿A ella se lo dijiste?

ESPINOSA. —Sí, déjenme, déjenme.

Esfumatura.

La sala de Irma. Brissac e Irene, en otra parte de la habitación, cerca de una ventana.

BRISSAC *(serio)*. —Le repito que usted corre peligro. Un peligro muy real.

IRENE. —No sé qué cosas son reales y qué cosas son irreales. Estoy viviendo en una pesadilla.

BRISSAC. —Vamos.

Abre la ventana y la obliga a salir. En la habitación se ve la armadura con el impermeable de Irene.

Esfumatura.

En la penumbra de la larga habitación desmantelada, Irma se alisa el pelo, acaricia a Pedro y señala la puerta que da a la sala. Pedro obedece y se dirige adonde lo mandan. Entra y sale inmediatamente.

PEDRO. —Se han ido.

Irma corre hacia la sala, comprueba que no hay nadie y, señalando la ventana abierta, grita a Pedro.

IRMA. —Todavía no habrán llegado al portón.

Pedro salta por la ventana, al jardín lluvioso y torpemente se interna en la oscuridad de la quinta. Irma, en la ventana, está por seguirlo. Luego, ante la fuerte lluvia, vacila.

La cámara sigue a Pedro. Éste toma uno de los dos caminos que divergen y luego convergen. De la encrucijada final parte una alameda. Por esa alameda, Pedro vislumbra a una mujer que se aleja. Se reconoce el impermeable de Irene.

Pedro corre, la alcanza, la derriba, la estrangula. Desde la calle, la luz de los faros de un automóvil que gira muestra el rostro de la mujer asesinada. Es Irma.

Brissac e Irene llegan al portón. Está cerrado. Se oyen pasos.

BRISSAC. —Tratemos de salir por los fondos. Hay que rodear la casa.

Esa misma noche. Anselmi en Buenos Aires, camina por el Paseo Colón, hacia el Norte.

Lo vemos, después, en un almacén de Leandro Alem; acodado en una mesa de mármol, frente a una copa.

Anselmi caminando por los baldíos que hay cerca de la dársena. El sueño y el cansancio lo rinden. Después lo vemos en el suelo, echado sobre unos tirantes.

Abre los ojos, se incorpora y mira, como perdido, a su alrededor. Ve la recova; ve una serie de fachadas oscuras y una muy iluminada. Camina hacia esta última. Cuando está por cruzar la calle, un automóvil se detiene en la zona de luz. Bajan Larrain y una mujer que puede ser Irene. Entran por una puerta de cristal, sobre la que brilla, desaparece y vuelve a brillar la palabra Styx en letras luminosas. Un portero de aire marcial, con algo de cosaco, custodia la entrada. (Este portero puede ser uno de los guardaespaldas de Morgan.)

Anselmi atraviesa la calle. A un lado de la puerta se enciende un rectángulo de luz; es una gran vidriera traslúcida. Anselmi mira de soslayo al portero. Sin que éste lo vea, se acerca a la vidriera y mira ansiosamente. Adentro bailan parejas disfrazadas; se vislumbran tricornios, cabezas de animales, mitras, rombos de arlequines. Se oye la música de «Till Tom Special».

EL PORTERO *(cordialmente)*. —Puede entrar. La casa está abierta para todos.

Anselmi entra. Se encuentra en un pequeño teatro, anticuado y lujoso, que evoca el Segundo Imperio. El recinto es estrecho, pero alto, con varios pisos de palcos. En el lugar que debían ocupar las plateas, la gente baila. A los lados hay mesas y, en cada mesa, una lámpara con pantalla. Anselmi trata de avanzar, pero el gentío lo detiene. Nadie lo mira. Orillando las paredes, se abre camino, hasta una de las mesas. Se sienta, cabizbajo y cansado. Cuando levanta los ojos, ve, del otro lado de la pista, a Irene, en una mesa, con Larrain y con Kubin. La mira ansiosamente. En algún momento, sus miradas se encuentran. Él la saluda con la mano; ella no parece reconocerlo. Irene se levanta y camina hacia él; cuando ya están bastante cerca, ella dobla y, siempre sin verlo, se pierde en una entrada que da a una escalera. Anselmi quiere seguirla, pero hay tanta gente bailando, que debe volver a su mesa. Poco después, en un palco altísimo, cerca del cielo raso, ve a Irene.

ANSELMI *(a un mozo, indicando el palco)*. —¿Qué palco es ése?
EL MOZO. —Palco alto, número 19.

Anselmi sube por escaleras solitarias; en los descansos hay estatuas con ceniceros (una de ellas puede ser la estatua negra de la quinta de Morgan). Llega al último piso; en un letrero lee: Palcos Altos. Llama a la puerta del palco número 19. Entra. Ante una mesa vacía, está Morgan. Antes de que Anselmi pueda hablar, Morgan le señala un palco aún más alto, donde está Irene.

MORGAN. —Irene está en peligro de muerte, pero si usted la busca, aún puede salvarla y salvarse.

Anselmi mira a Morgan; éste parece demacrado y pálido; avejentado; muy enfermo.

ANSELMI *(solícito)*. —¿Necesita algo? Me da no sé qué dejarlo solo.
MORGAN. —Estoy acostumbrado a estar solo. Siempre estaré solo.

Anselmi sale. Sube dos pisos más. (NOTA: Antes, el palco 19 estaba en el último piso; ahora hay una escalera hacia arriba.) Llega a un palco cuya puerta está abierta. Adentro cenan juntos Irene y Larrain. En tanto procura Anselmi atraer la atención de Irene. Oye unos pasos; ve que Porfirio Rosales baja, hacia el piso donde él está, por una larga escalera de caracol. Anselmi vacila y luego huye por una segunda escalera de caracol, paralela a la primera. Porfirio lo persigue. Anselmi, desde una de las vueltas de espiral, presencia un violento altercado entre Larrain e Irene. Sigue subiendo; desde la otra vuelta ve que Larrain saca un revólver y lo dispara en el pecho de Irene. De un salto Anselmi se arroja desde la escalera. Corre al palco. Larrain ya no está ahí. Irene yace muerta en el suelo. Anselmi se inclina sobre ella; saca del bolsillo un anillo y lo pone en el dedo de la muerta. Se levanta; ve a Larrain cerca de la escalera. Lo persigue, escaleras abajo. El teatro está vacío. Hay zonas de sombras en las escaleras, que parecen interminables. Anselmi, desde una curva de la escalera, ve que Larrain,

mucho más abajo, abre una trampa en el suelo y se arroja adentro. Anselmi baja y se arroja a su vez. Llega a una calle de tierra, en un sitio abierto, con árboles (la calle de los alrededores de Temperley, donde vieron el carrito de panadero). Larrain ha desaparecido. En el suelo, como había quedado en el palco, yace Irene. Anselmi la toma en los brazos; ella entreabre los ojos.

ANSELMI. —¡Al fin estoy contigo!

IRENE *(acariciándole el pelo)*. —No sé si estás conmigo, Raúl. Yo soy otra y la culpa es tuya.

Muchas y extrañas sombras se proyectan sobre ella. Anselmi se vuelve y ve que de todos lados los rodean hombres con enormes sombreros de disfraz. Son Kubin, Larrain y gente de la banda de Morgan. Se acercan a Anselmi y disparan contra él sus revólveres. Irene ha desaparecido. Anselmi cae muerto. Kubin y los matadores, con enormes mitras y caretas, se inclinan sobre Anselmi.

KUBIN. —Está durmiendo. Ahora va a despertarse.

Anselmi despierta en el terreno baldío. Lo rodean Kubin y los hombres de Morgan. No están disfrazados. Los acompaña un señor (Romualdo Roverano) de aire sedentario, cuyas facciones, sin ser monstruosas, son más bien feas. Usa lentes; lleva galera, sobretodo y paraguas. Todos miran a Anselmi, solícito. (NOTA: Durante el sueño se ha oído «Till Tom Special»; ahora se oyen de nuevo los ruidos de la ciudad.)

ANSELMI *(en una débil tentativa de humorismo)*. —¡En qué estado me encuentran ustedes!

KUBIN. —El nuestro no es mucho mejor que digamos.

Anselmi mira con incredulidad.

KUBIN *(con cierto desafío)*. —¿No me cree? *(Una pausa.)* ¿A cuánto en efectivo estipula usted que asciende el capital bruto de nuestra sociedad?

Anselmi se sienta en los tirantes.

ANSELMI. —No tengo la menor idea. ¿Está por solicitarme un empréstito?

ROVERANO *(escandalizado)*. —Bromas, no. Respete el sitio en que se encuentra. *(Señala el baldío circundante.)*

KUBIN *(sin parar mientes en lo dicho por Roverano; implacable)*. —Dos mil setecientos cuarenta pesos. ¡Ni un kopek más! ¡Si usted supiera lo que consumen en un mes estas bocas!

Anselmi lo mira con extrañeza.

KUBIN *(repitiendo la frase y la entonación)*. —¿No me cree?

Kubin saca un fajo de billetes. Los agita frente a Anselmi.

KUBIN. —¿Los quiere? ¿Los precisa? ¡Acéptelos! Para nosotros no tienen ningún valor.

Señala un vasto edificio en la ciudad. Una especie de torre de muchos pisos.

KUBIN. —Esa torre es el Banco de Finanzas. Antes que salga el sol del domingo tendremos todo el oro que hay en sus arcas o no tendremos nada y no lo precisaremos, porque estaremos muertos.

ROVERANO *(reflexivo)*. —Prefiero la primera posibilidad.

KUBIN. —Es la menos probable. La empresa es muy difícil, casi imposible. Por eso mismo la intentamos. La organización Morgan no puede vegetar en la miseria. Mejor es un final espantoso que un espanto sin fin. *(El reloj de Retiro da la medianoche. Kubin prosigue con un cambio de tono.)* Bueno, Anselmi, tome el dinero y despídase de estos hombres. *(Una pausa.)* Nosotros nos vamos.

ANSELMI *(poniéndose de pie)*. —Guarde el dinero. Voy con ustedes. *(Una pausa.)* Tal vez éste sea mi destino. *(Como para él mismo.)* Casi lo

hago con la esperanza de que me maten.

Salen todos juntos. En el camino se cruzan con un camión que está estacionado. Kubin habla con el conductor, junto al alto edificio que van a asaltar, hay una obra en construcción. Pasan como sombras entre los andamios. Transponen una tapia y llegan a un exiguo patio interior. En el alto muro hay una puertita, casi invisible. Roverano la abre. Entran en un vasto recinto, silencioso e iluminado. Hay grandes puertas cerradas, de aspecto impenetrable. También hay profundos corredores, que se pierden en la distancia. Kubin da órdenes. Los asaltantes se dividen en grupos, que se alejan por los corredores. Anselmi parte con dos hombres; uno de ellos es un muchacho rubio. Otros van a abrir una puerta para que entre el camión. Quedan Kubin, Roverano y dos impasibles guardaespaldas.

ROVERANO *(a Kubin)*. —Toda esta interesante aventura ha de girar en base a mi seguridad personal. ¡Ni siquiera la sombra de una duda debe macular el buen nombre de la mujer de César!

Mientras dice la última frase, Roverano se golpea el pecho con los puños.

KUBIN. —Pierda cuidado. El muchacho que acabo de enrolar servirá para ese fin.

ROVERANO. —Ese joven intruso debe morir. Su cadáver, oportunamente hermoseado y trajeado con esta ropa *(agita con elocuencia las solapas)*, será testimonio inequívoco de que yo, Romualdo Roverano, empleado modelo, he muerto defendiendo esta sólida institución bancaria.

KUBIN *(mirando el reloj, a uno de los guardaespaldas)*. —Vaya a ver qué pasa con Forkel, en el control de alarmas.

ROVERANO *(abandonado a su entusiasmo)*. —La combinación es decididamente halagüeña. El intruso muere. Yo desaparezco, para resurgir ágilmente en Carrasco, en Copacabana, en Montecarlo, quizá en la propia Barcelona. Mi vida, hasta el día de hoy, ha sido mansueta. Ahora, con la parte del león, abriré un crédito ilimitado a mi natural libertino. Kermeses, carnavales, carnestolendas, carreras.

Tourbillon, tango, tómbolas, tabaco, tapioca. Exijo, eso sí, el cadáver.

KUBIN *(con seriedad)*. —Le aseguro que puede estar tranquilo. No faltará ese cadáver.

Anselmi y los dos hombres que lo acompañan suben por una escalera muy alta. Cuando están por llegar arriba. uno de los hombres viene a situarse detrás de Anselmi.

Llegan a una galería circular, que se abre sobre el hall central del edificio, al que dan todos los pisos. En el suelo hay útiles de carpintería y de pintura. Un arco de la baranda ha sido retirado y está apoyado contra la pared. Anselmi progresa hacia una puerta que hay en el fondo; bordea el espacio abierto; los hombres lo siguen, más hacia la pared. Uno de los hombres se abalanza sobre Anselmi; éste, agachándose, esquiva el golpe; el hombre cae por el espacio abierto; se estrella; lo vemos, desde arriba, con los brazos en cruz. El muchacho saca el revólver. Anselmi se le echa encima. Forcejean. En alguna parte de la casa suena un disparo. Anselmi se apodera del revólver de su contrincante. Bajan los dos; Anselmi camina detrás, con el revólver en la espalda del muchacho. Enfrentan un corredor que se comunica por una arcada con la escalera. En el fondo de ese corredor se asoman Kubin y otros. El muchacho rubio aprovecha el momentáneo asombro de Anselmi para correr hacia sus compañeros. Corre con una sonrisa de alivio. Los otros hacen fuego. Ya muy cerca de ellos, el muchacho cae, herido en el pecho. Muere sin entender. Por corredores, a distinta altura, aparecen serenos. Se entabla un tiroteo entre los serenos y la banda de Kubin. (Anselmi no interviene.) A las detonaciones se agrega el ululato de una sirena de alarma. Un sereno cae. Huyen los asaltantes. Unos llevan cajones, que cargan en el camión. Roverano abre una puerta y por ella pasan Kubin y los otros. El camión sale por una puerta ancha. Anselmi avanza hacia la puerta de salida por el corredor por donde entraron.

La cámara vuelve a Kubin y Roverano. Están en un traspatio, en el que hay una pileta de lavar y un medidor de gas. El lugar es silencioso.

ROVERANO *(muy agitado)*. —En todo he cumplido. Ustedes me deben mi parte. Apelaré a la ley, si es preciso. Si el éxito no ha sido total, carguen con su culpa. ¡Ni siquiera han logrado salvaguardarme,

matando al joven del baldío!

KUBIN *(como rindiéndose a la evidencia).* —Con ésa me embromó. En vez de liquidarlo *ipso facto*, cedí al artista que hay en mí y lo encandilé con no sé qué fábulas de pobreza y peligro. Quería utilizarlo antes de matarlo. Ahora el pájaro se ha volado. *(Silba, abre los brazos.)* ¡Y se fue!

ROVERANO *(implacable y enfático).* —Usted lo ha dicho: se fue. Por su torpeza, por su inexcusable torpeza. *(Señala a Kubin con el dedo.)* El precioso respaldo de nuestro plan ha quedado en nada. ¡Falta el cadáver que exigí!

KUBIN *(con paciencia).* —Pierda cuidado, esa parte del plan se cumplirá. Encontrarán el cadáver. Lo encontrarán vestido con su ropa. No habrá que *hermosearle* la cara.

Kubin saca el revólver y mata a Roverano.
Esfumatura.

Anselmi, ya en la calle, ve a Kubin y a los hombres de la banda subir al camión y alejarse. Salen personas por la puerta principal del Banco. Anselmi, sin apuro, baja hacia la recova.

Anselmi, desde la ventanilla del tren, mira la mañana. Ve chatas tiradas por tres caballos, en Barracas, y después el Riachuelo.

El cuarto de Anselmi. La luz, rayada por las persianas, lo despierta. Anselmi se mira con asombro. Está en su cama, vestido. Se levanta, se moja la cara y el pelo y sale a la calle, despeinado y con la corbata floja. Es muy temprano. La calle está desierta; las persianas están cerradas. Junto a una vereda está un carrito de lechero.

Anselmi llega a casa de Irene. Llama a la puerta. Llama insistentemente. Nadie contesta. Anselmi parece indeciso. Por la calle avanza, rengueando, el organillero.

ANSELMI. —Qué raro. No abren. *(Pausa.)* Ha de ser muy temprano.

EL ORGANILLERO. —Todo es raro, ahora, señor. Anoche mismo, para no ir más lejos, he sido testigo —mejor aún, víctima— de un hecho de

perfiles insólitos. Yo estaba a no menos de cien metros de la casa de usted, frente al León de Armenia. De pronto apareció un automóvil, que días pasados vi en la quinta de Oliden. Escoltada, eso sí, por una persona de respeto, su señorita novia entró en el vehículo. Se le cae un ramito de violetas. Desafiando la lluvia —que sin duda ha favorecido a las sementeras— me lanzo a recogerlo. Temí que el automóvil se fuera. Arrancó con toda violen-cia, giró sobre sí mismo y me atropelló. Si no salto, me mata. Qué apuro. Era como si no quisieran dejar títere con cabeza.

Anselmi lo mira y rápidamente se va.

Anselmi se dirige a la quinta de Morgan. En el camino ve pasar el camión de los muchachos que lo secuestraron.

El vestíbulo de la casa de Morgan. Anselmi camina de un lado al otro. En una mesa redonda, algunos de los hombres de Morgan juegan a la baraja. Entre ellos hay un hombre viejo de tipo muy criollo, de bombacha y alpargatas. Juegan, gravemente, al truco. De vez en cuando se oye alguna voz (casi siempre, extranjera).

LAS VOCES. —Truco. Quiero, retruco. *(Pausa.)* Envido. No quiero. Truco.

Llaman violentamente a la puerta. Uno de los hombres abre. Entra Larrain, haciéndolo a un lado.

LARRAIN *(con indignada insolencia).* —Díganle a Morgan que está Pedro Larrain. *(Levantando la voz.)* Quiero que me reciba en el acto.

Los jugadores suspenden el juego. Solamente el criollo parece ajeno a la situación.

EL CRIOLLO *(a Larrain, recriminándolo pacíficamente).* —No ve que los confunde, señor. Yo les estaba enseñando el truco a estos extranjeros y usted me los distrae con esos desplantes.

Durante esta escena, un hombre aparece en lo alto de la escalera.

LARRAIN. —Cállese la boca, borracho.

El criollo (que es bastante bajo) se levanta, saca de la cintura torpemente un cuchillo y avanza a los tumbos hacia Larrain. Este saca el revólver y lo deja acercarse, siempre apuntándole con el arma. A último momento lo mata de un balazo en la cara. Larrain voltea la mesa de los jugadores (la mesa, con las barajas, las botellas y los vasos, cae hacia el espectador) y los mira como dominándolos.

LARRAIN. —Así le voy a bajar el cogote a toda la gente de Morgan.

Un silencio. Anselmi inesperadamente interviene.

ANSELMI. —No me alcanza lo que usted ha dicho, no soy de la gente de Morgan. Pero sé que usted ha cometido una vil cobardía.

La intervención de Anselmi desconcierta momentáneamente a Larrain. Anselmi lo voltea de una trompada y se apodera del revólver.

LARRAIN *(sonriendo)*. —Ligero de manos ¿eh? Y usted, que es tan delicado, ¿por qué anda con estas basuras? Yo seré un asesino, pero su patrón es un traidor y un falsario. Sépalo: Morgan me mandó llamar y también lo mandó llamar a Abdulmálik, su amigo de toda la vida. ¿Qué hace después? Uno de sus hombres, no me importa cuál *(mira significativamente a Anselmi),* mata a Abdulmálik. A mí, como si no fuera nadie, quieren dejarme afuera en el asunto del Banco. Pero ya van a saber quién es Larrain.

Lentamente, los hombres de Morgan se disponen a rodear a Larrain. El hombre que se vio en lo alto de la escalera aparece de nuevo y, con una seña, los disuade de ese propósito. Larrain y Anselmi están ajenos a todo esto.

ANSELMI. —Nada de eso me importa. Usted ha matado a un hombre y yo ahora podría matarlo. No lo hago porque usted, Larrain, ya está

muerto. Su destino es morir como ha vivido, en la traición y el crimen. Que otros como usted lo maten, cuando le llegue la hora. *(Con otro tono.)* Hoy he aprendido que no sirvo para estas cosas; no soy asesino ni verdugo.

El hombre que apareció en la escalera se va.
Larrain lo ha escuchado sin inmutarse. Ahora contesta gravemente.

LARRAIN. —Tal vez usted tenga razón, pero mi vida es la violencia. Si salgo con vida de aquí, los voy a matar a todos y también a usted, que me ha puesto la mano en la cara. Aproveche mientras tenga esa arma; máteme mientras yo no pueda matarlo.

Desde el piso alto ha bajado un hombre, que mira la escena desde el primer descanso de la escalera.

ANSELMI. —Es verdad, quizá yo debiera matarlo, quizá sea una debilidad mía... El hecho es que no puedo matar a usted ni matar a ningún hombre.

Anselmi le alarga el arma. Luego, cambiando de parecer, sonríe.

ANSELMI. —Mejor que no se la devuelva. Nuestra pelea no ha cesado y usted me mataría en el acto. Pero yo no preciso esta arma ni ninguna otra.

Anselmi arroja el revólver por la ventana y sube por la escalera. Antes de que puedan reaccionar los hombres de Morgan, Larrain abre la puerta y sale.

EL HOMBRE QUE ESTÁ EN EL DESCANSO DE LA ESCALERA *(a Anselmi)*. —Puede pasar a ver al Jefe.

Se repite el trayecto que recorrió Anselmi en su primera visita a Morgan. El hombre lo acompaña hasta el pie de la escalera de caracol. Anselmi sube.

Llega al cuarto de Morgan. De espaldas a él, en un sillón, ante una mesa, está el Jefe, como en la primera visita, proyectando en la pared una enorme sombra. Ese hombre se da vuelta, sonríe, saluda grotescamente: es Eliseo Kubin (está vestido con la capa de Morgan).

Sobre la mesa hay un tintero, una pluma de ganso, una campanita de mano. En el suelo están las cajas que los hombres del camión sacaron del Banco.

KUBIN. —¡Qué desencanto, buen amigo! ¡Qué desencanto! *(Con exaltación.)* Todo camino que usted siga para llegar a Morgan desemboca en mí. Hace tiempo que Morgan no era otra cosa que un prisione-ro en mi poder. Ahora lo he eliminado. ¡Ahora Morgan soy yo!

Cuando dice la última frase, Kubin se golpea el pecho.

ANSELMI *(enérgico)*. —No me importa esa historia. ¿Dónde está Irene Cruz?

KUBIN *(golpeándose la frente)*. —¡Haberlo pensado! Esa mujer le interesa.

Kubin agita la campana que hay sobre el escritorio. Aparecen, inmediatamente, dos guardaespaldas; entran por la puerta de la terraza, por detrás de Anselmi.

KUBIN *(a los guardaespaldas)*. —Traigan a la mujer que entró anoche.

Anselmi, tras un momento de vacilación, se sienta frente a Kubin. Los guardaespaldas se retiran.

KUBIN *(confidencial)*. —El hecho es que yo siempre era Morgan. *(Abriendo los brazos.)* ¡El cerebro secreto detrás de la imponente fachada! Morgan por aquí, Morgan por allá, siempre el gran Morgan. Nadie se fijó en Eliseo Kubin, su hombre de confianza. Yo me arrastraba por el suelo, yo prodigaba reverencias. ¡Desde el fondo del alma lo aborrecía!

Kubin se levanta, recorre la habitación, gesticula.

ANSELMI *(con desprecio)*. —Comprendo: antes era un hipócrita; ahora es un traidor y asesino.

KUBIN *(encogiéndose de hombros)*. —No vamos a discutir por palabras. No le tenga lástima a Morgan: Morgan no le tuvo lástima a su padre, cuando lo hizo matar.

Anselmi lo mira como perdido. Kubin triunfa.

KUBIN. —La gente es muy superficial. Todos creían en Morgan. *(Con modestia y buen humor.)* Es comprensible, ¿quién va a tomarme en serio con este físico? *(Retoma el relato.)* El mismo Larrain creía en Morgan. Agité ese fantoche y Larrain pactó. ¡Soy más grande que Morgan!

Anselmi se levanta.

ANSELMI *(con desprecio)*. —Es muy noble la historia que usted me cuenta. Pero yo no pierdo más tiempo. Voy a buscar a Irene.

Kubin, sin inmutarse, agita la campana. Entran los guardaespaldas y, a una seña de Kubin, sujetan por los brazos a Anselmi.

KUBIN. —Su premura también es noble, pero estúpida. Oiga hasta el fin y cambiará de opinión. ¡Ojalá que nos entendamos! Abdulmálik era un antiguo camarada de Morgan. Éste le mandó decir con usted, en un mensaje cifrado, que íbamos a matarlo. Lo comprendí en el acto. Resolví eliminar a Abdulmálik y hacer que todas las sospechas cayeran sobre usted. Estoy seguro de que usted será el primero en comprender que obré sin pasión: lo hice por razones de con-ve-nien-cia.

ANSELMI. —Realmente, usted es lo más perfecto que he visto en su tipo.

KUBIN *(sin percibir el sarcasmo)*. —¡Anselmi, le ofrezco el porvenir! Lo

pondremos al frente de la organización. Su simpatía contagiosa, su natural honrado, serán nuestras mejores credenciales. Que una falsa modestia no lo acoquine: siempre a su espalda, dictándole cada palabra, dirigiendo su menor gesto, estará el viejo amigo, el mentor. ¡Cerebro, cerebro, cerebro!

Al decir «el viejo amigo, el mentor», Kubin, emocionado, se golpea el pecho.

Anselmi, incapaz de palabras que puedan expresar su horror, mira con odio a Kubin.

KUBIN *(herido)*. —¿No quiere? *(Agita la campana.)* Mire cómo trato a los revoltosos.

Entra un guardaespaldas. Kubin le dice algo en secreto. El guardaespaldas sale. Kubin se acerca a una ventana y mira con inquieta curiosidad. (Hay algo simiesco en sus movimientos.)

Entre dos guardaespaldas, arrastrándose, con la cara lastimada y los ojos perdidos, avanza Daniel Espinosa. Kubin le acerca un sillón. Los guardaespaldas lo sientan. Espinosa, con el mentón sobre el pecho y los brazos colgantes, queda inmóvil, exhausto.

KUBIN *(elevando la voz, como si Espinosa estuviera lejos)*. —¡Espinosa! ¡Espinosa!

El guardaespalda abofetea a Espinosa, cuya cabeza, como si estuviese suelta, queda ladeada por el golpe.

EL GUARDAESPALDAS *(a Espinosa)*. —El Jefe le está hablando.

Con un ademán de impaciencia, Kubin reprende al guardaespaldas. Luego, acerca la boca al oído de Espinosa.

KUBIN. —Diga cómo fue la muerte de Morgan. Hable sin temor; no le va a pasar nada.

Aquí se intercalan imágenes expresivas de algo que estalla y se abre, dejando irrumpir un elemento: un dique roto por una inundación; una escarpada pendiente de roca, abierta por la dinamita y que se desmorona con tierra y con plantas sobre la cámara; una avalancha, en una montaña de nieve; una pared que se derrumba en un incendio.

En los últimos movimientos del derrumbe o de la irrupción se trasluce la cara de Espinosa, sentado.

ESPINOSA. —Voy a decir la muerte de Morgan. No puedo decir otra cosa. No puedo pensar otra cosa. Hasta el fin del mundo. *(Una pausa.)* Yo quería salvar a Morgan. Me descubrieron.

Aparecen, lejanas y borrosas, como en una vieja película muda, las escenas que Espinosa va describiendo.

Espinosa, en una pieza alta, trata de tirarse por la ventana. Lo sujetan. Vemos la escena desde el interior del cuarto; a través de la ventana, abajo, del otro lado del patio, vemos a Anselmi y un guardaespaldas mirando hacia la cámara (véase página 332).

ESPINOSA. —Traté de suicidarme. *(Pausa.)* Después me amenazaron con matar a mi pobre hija. Después llegó el fin. Yo lo había ayudado a vestirse. Tenía que alcanzarle las muletas. No se las alcancé.

Se ve a Morgan de pie, como una estatua vacilante sobre el piso ajedrezado. Espinosa va a buscar las muletas, que están contra la mesa. Alguien —una silueta indistinta— aparece en la puerta. Espinosa, que ya ha tomado las muletas, las deja caer. Hasta ese momento la escena ha sido muda; ahora, muy cerca, se oye, en el piso de mármol, la caída de las muletas. La cámara enfoca las muletas que caen; esta imagen es vívida. También lo serán las escenas que siguen, tomadas en close-up. *Morgan procura caminar hacia las muletas; cae; vemos, inmediata, su cara. Vemos los pies de un hombre que se acerca. Oímos la detonación. Morgan muere. La cámara sube: vemos la mano con el revólver; después, la cara del asesino: es Daniel Espinosa.*

ESPINOSA *(pausadamente)*. —Yo había descubierto su propósito de asesinar a Morgan. Me eligieron a mí como verdugo. A mí, para que nunca los denunciara.

Close-up *de la cara de Espinosa. Esa cara se inclina, se demacra, cierra los ojos, queda inmóvil. Es ahora la cara de Espinosa, recayendo en el sopor, luego de narrada la historia de la muerte de Morgan. La cámara se aleja. Vemos a Espinosa en el sillón, a Kubin, a sus hombres, a Raúl Anselmi.*

KUBIN *(después de un silencio, impacientemente)*. —Cuente más, cuente más.

Espinosa no contesta. Kubin baja del sillón, se acerca a Espinosa y lo mira, ladeando la cabeza.

KUBIN *(después de un breve examen)*. —No puede contar más. Está muerto.

Kubin vuelve al sillón.

KUBIN. —Bueno. Yo contaré el final. Faltaba disponer del cuerpo de Morgan. ¡Que cargara con la tarea el que lo mató! Esa misma noche, Espinosa, custodiado por uno de mis hombres, tiró el cadáver en las vías. *(Abriendo los brazos, con asombro pueril.)* ¡El tren lo hizo pedazos!

Se oye, afuera, un disparo. Kubin se asoma a una ventana.

KUBIN. —No puede ser. La gente de Larrain nos ataca. *(A los guardaespaldas.)* Ustedes, rápido, ¡cada uno a su puesto!

Se oyen repetidas descargas. De una alacena, Kubin saca un winchester.

KUBIN. —Anselmi, no olvide este momento. Kubin entra en batalla.

En un paroxismo de ira, Kubin abre de par en par la ventana, apunta y hace fuego. Uno de los agresores había escalado la verja; un tiro de Kubin lo derriba. Un balazo alcanza a Kubin, que suelta el winchester y cae. Las balas agujerean los rombos de los vidrios. Anselmi sale por la puerta que da a la azotea.

Esfumatura.

Se abre una puerta; Irene se asoma; ve que no hay nadie en el cuarto; lo atraviesa corriendo. Cuando va a entrar en otra habitación, ve a Pedro (el gigante), acodado a una ventana. Irene queda inmóvil. Después de unos instantes, Pedro se desploma. Está muerto. Durante esta escena, el trofeo continúa.

Irene llega a la entrada de una larga habitación, con columnas; arriba, en el centro, hay un espacio abierto, rectangular, al que da la galería del piso superior. Frente a Irene, en la puerta del otro extremo, aparece Anselmi, las ventanas dan al jardín; hay hombres de Kubin haciendo fuego; Irene y Anselmi corren muy felices, con los brazos abiertos; se abrazan. Uno de los hombres de las ventanas cae muerto. Arrecia el tiroteo. Irene y Anselmi se agachan.

Esfumatura.

Larrain, de un balazo en la cerradura, abre la puerta del vestíbulo. En el piso están la mesa volcada, las barajas, una botella rota, los vasos y el hombre que Larrain mató.

La habitación en que están Irene y Anselmi. El tiroteo continúa, ensordecedor. Irene y Anselmi están de bruces, en el suelo; hablan, ajenos al peligro, como en un éxtasis.

IRENE. —Desde anoche a hoy, ¡cuánto tiempo! Como un sueño recuerdo que me secuestraron, que antes hablé con un señor Espinosa, que antes *(sonríe, saca un sobre del bolsillo de la tricota y se lo entrega a Anselmi)* me dieron esta carta para ti.

ANSELMI *(sonriendo)*. —Vamos a leerla en lo que nos queda de vida.

Anselmi abre el sobre y echa un vistazo a la carta.

ANSELMI. —El destino es irónico. El ingeniero Landi me comunica que puedo pasar a cobrar seis mil quinientos pesos. El inventario aquel, de que hablamos. Irene, la estancia está salvada.

IRENE. —La estancia, no. La casa. La estancia hace años que la perdimos. Mientras me quede la casa podré tener en ella a mi hermana, sin que la lleven a un sanatorio. Mi pobre hermana, que está loca.

Entra Larrain, avanza, revólver en mano, hacia Irene y Anselmi; se acerca sin ser visto por ellos. Desde la galería superior. Brissac salta sobre Larrain y lo derriba. Luchan, se incorporan. Una bala (que entró por la ventana) mata a Larrain.

Brissac indica a Irene y a Anselmi que lo sigan. Salen por los patios y huyen por el jardín. El tiroteo ha cesado. Ven que la policía está entrando en la casa. Llegan a una puertita de hierro oculta detrás de una enorme mata de bambú.

BRISSAC. —El paraíso será de los belicosos, pero no es desagradable volver a la paz y a la tierra. *(Señala una calle.)*

ANSELMI *(reflexivo)*. —Repita lo que dijo del paraíso.

BRISSAC. —Recordaba una frase que le oí a Morgan. Los musulmanes dicen que el paraíso está a la sombra de las espadas; Morgan me contó que en el hampa de Alejandría, para designar a los sujetos cuya muerte estaba resuelta, se decía que estaban en el Paraíso de los Creyentes.

ANSELMI. —Ahora entiendo el mensaje que debí llevar a Abdulmálik.

Suena un disparo.

BRISSAC *(señalando la puertita)*. —Por aquí podemos salir.

ANSELMI. —Yo no. Tengo una situación que aclarar.

BRISSAC *(abriendo la puerta)*. —Mi única discípula ha muerto. Tengo que

buscar otra. *(Sale; desde la calle, a Irene.)* ¿No sería usted esa otra?

IRENE. —Temo que no. Yo me quedo aquí, con Raúl.

Brissac hace una reverencia y se va. Luego se vuelve y, con los brazos abiertos, habla, dirigiéndose a los espectadores.

BRISSAC. —Ya encontré el final de mi drama. ¡El héroe y la heroína serán felices!

Rincón Viejo, 20 de febrero de 1950

JORGE LUIS BORGES
ADOLFO BIOY CASARES

Crónicas de Bustos Domecq
(1967)

Prólogo

A bordo una vez más, a instancias del amigo inveterado y del escritor estimable, los inherentes riesgos y sinsabores que acechan, pertinaces, al prologuista. Éstos no eluden a mi lupa, por cierto. Nos toca navegar, como el homérida, entre dos escollos contrarios. Caribdis: fustigar la atención de lectores abúlicos y remisos con la Fata Morgana de atracciones que presto disipará el corpus del librejo. Escila: sofrenar nuestro brillo, para no oscurecer y aun anéantir el material subsiguiente. Ineluctablemente las reglas del juego se imponen. Como el vistoso tigre real de Bengala que retiene la garra para no borrar de un zarpazo las facciones de su trémulo domador, acataremos, sin deponer del todo el escalpelo crítico, las exigencias que de suyo comporta el género. Seremos buenos amigos de la verdad, pero más de Platón.

Tales escrúpulos, interpondrá sin duda el lector, resultarán quiméricos. Nadie soñará en comparar la sobria elegancia, la estocada a fondo, la cosmovisión panorámica del escritor de fuste, con la prosa bonachona, desabrochada, un tanto en pantoufles*, del buen hombre a carta cabal que entre siesta y siesta despacha, densos de polvo y tedio provinciano, sus meritorios cronicones.*

Ha bastado el rumor de que un ateniense, un porteño —cuyo aclamado nombre el buen gusto me veda revelar— consolidara ya el anteproyecto de una novela que se intitulará, si no cambio de idea, Los Montenegro*, para que nuestro popular «Bicho Feo»,*[15] *que otrora ensayó el género narrativo, se corriese, ni lerdo ni perezoso, a la crítica. Reconozcamos que esta lúcida acción de darse su lugar ha tenido su premio. Descontado más de un lunar inevitable, la obrilla expositiva que nos toca hoy prologar ostenta suficientes*

quilates. La materia bruta suministra al curioso lector el interés que no le insuflaría nunca el estilo.

En la hora caótica que vivimos, la crítica negativa es a todas luces carente de vigencia; trátase con preponderancia de afirmar, allende nuestro gusto, o disgusto, los valores nacionales, autóctonos, que marcan, siquiera de manera fugaz, la pauta del minuto.

En el caso presente, por otra parte, el prólogo al que presto mi firma ha sido impetrado[16] *por uno de tales camaradas a quien nos ata la costumbre. Enfoquemos, pues, los aportes. Desde la perspectiva que le brinda su Weimar litoral, nuestro Goethe de ropavejería*[17] *ha puesto en marcha un registro realmente enciclopédico, donde toda nota moderna halla su vibración. Quien anhelase bucear en profundidad la novelística, la lírica, la temática, la arquitectura, la escultura, el teatro y los más diversos medios audiovisuales, que signan el día de hoy, tendrá mal de su grado que apechugar con este vademécum indispensable, verdadero hilo de Ariadna que lo llevará de la mano hasta el Minotauro.*

Levantarase acaso un coro de voces denunciando la ausencia de alguna figura cimera, que conjuga en síntesis elegante el escéptico y el sportsman, el sumo sacerdote de las letras y el garañón de alcoba, pero imputamos la omisión a la natural modestia del artesano que conoce sus límites, no a la más justificada de las envidias.

Al recorrer con displicencia las páginas de este opúsculo meritorio, sacude, momentánea, nuestra modorra una mención ocasional: la de Lambkin Formento. Un inspirado recelo nos acribilla. ¿Existe, concretado en carne y hueso, tal personaje? ¿No tratarase acaso de un familiar, o siquiera de un eco, de aquel Lambkin, fantoche de fantasía, que dio su augusto nombre a una sátira de Belloc? Fumisterías como ésta merman los posibles quilates de un repertorio informativo, que no puede aspirar a otro aval —entiéndase bien— que el de la probidad, lisa y llana.

No menos imperdonable es la ligereza que consagra el autor al concepto de gremialismo, al estudiar cierta bagatela en seis abrumadores volúmenes que manaron del incontenible teclado del doctor Baralt. Se demora, juguete de las sirenas de ese abogado, en meras utopías combinatorias y neglige el auténtico gremialismo, que es robusto pilar del orden presente y del porvenir

más seguro.

GERVASIO MONTENEGRO

Buenos Aires, 4 de julio de 1966

Every absurdity has now a champion.

OLIVER GOLDSMITH, 1764

Every dream is a prophesy:
every jest is an earnest in the womb
of Time.

FATHER KEEGAN, 1904

A esos tres grandes olvidados:
Picasso, Joyce, Le Corbusier

Homenaje a César Paladión

Alabar lo múltiple de la obra de César Paladión, ponderar la infatigable hospitalidad de su espíritu, es, quién lo duda, uno de los lugares comunes de la crítica contemporánea; pero no conviene olvidar que los lugares comunes llevan siempre su carga de verdad. Asimismo resulta inevitable la referencia a Goethe, y no ha faltado quien sugiera que tal referencia proviene del parecido físico de los dos grandes escritores y de la circunstancia más o menos fortuita de que comparten, por decirlo así, un *Egmont*. Goethe dijo que su espíritu estaba abierto a todos los vientos; Paladión prescindió de esta afirmación, ya que la misma no figura en su *Egmont*, pero los once proteicos volúmenes que ha dejado prueban que pudo prohijarla con pleno derecho. Ambos, Goethe y nuestro Paladión, exhibieron la salud y la robustez que son la mejor base para la erección de la obra genial. ¡Gallardos labradores del arte, sus manos rigen el arado y rubrican la melga!

El pincel, el buril, el esfumino y la cámara fotográfica han propagado la efigie de Paladión; quienes lo conocimos personalmente quizá menospreciemos con injusticia tan profusa iconografía, que no siempre transmite la autoridad, la hombría de bien que el maestro irradiaba como una luz constante y tranquila, que no enceguece.

En 1909, César Paladión ejercía en Ginebra el cargo de cónsul de la República Argentina; allá publicó su primer libro, *Los parques abandonados*. La edición, que hoy se disputan los bibliófilos, fue celosamente corregida por el autor; la afean, sin embargo, las más desaforadas erratas, ya que el tipógrafo calvinista era un *ignoramus* cabal en lo que concierne a la lengua de Sancho. Los golosos de la *petite*

histoire agradecerán la mención de un episodio asaz ingrato, que ya nadie recuerda, y cuyo único mérito es el de patentizar de modo palmario la casi escandalosa originalidad del concepto estilístico paladionano. En el otoño de 1910, un crítico de considerable fuste cotejó *Los parques abandonados* con la obra de igual título de Julio Herrera y Reissig, para llegar a la conclusión de que Paladión cometiera —*risum teneatis*— un plagio. Largos extractos de ambas obras, publicados en columnas paralelas, justificaban, según él, la insólita acusación. La misma, por lo demás, cayó en el vacío; ni los lectores la tomaron en cuenta ni Paladión se dignó contestar. El panfletario, de cuyo nombre no quiero acordarme, no tardó en comprender su error y se llamó a perpetuo silencio. ¡Su pasmosa ceguera crítica había quedado en evidencia!

El período 1911-19 corresponde, ya, a una fecundidad casi sobrehumana: en rauda sucesión aparecen: *El libro extraño*, la novela pedagógica *Emilio*, *Egmont*, *Thebussianas* (segunda serie), *El sabueso de los Baskerville*, *De los Apeninos a los Andes*, *La cabaña del tío Tom*, *La provincia de Buenos Aires hasta la definición de la cuestión Capital de la República*, *Fabiola*, *Las geórgicas* (traducción de Ochoa), y el *De divinatione* (en latín). La muerte lo sorprende en plena labor; según el testimonio de sus íntimos, tenía en avanzada preparación el *Evangelio según San Lucas*, obra de corte bíblico, de la que no ha quedado borrador y cuya lectura hubiera sido interesantísima.[18]

La metodología de Paladión ha sido objeto de tantas monografías críticas y tesis doctorales que resulta casi superfluo un nuevo resumen. Bástenos bosquejarla a grandes rasgos. La clave ha sido dada, una vez por todas, en el tratado *La línea Paladión-Pound-Eliot* (Viuda de Ch. Bouret, París, 1937) de Farrel du Bosc. Se trata, como definitivamente ha declarado Farrel du Bosc, citando a Myriam Allen de Ford, de una *ampliación de unidades.* Antes y después de nuestro Paladión, la unidad literaria que los autores recogían del acervo común era la palabra o, a lo sumo, la frase hecha. Apenas si los centones del bizantino o del monje medieval ensanchan el campo estético, recogiendo versos enteros. En nuestra época, un copioso fragmento de la *Odisea* inaugura

uno de los *Cantos* de Pound y es bien sabido que la obra de T. S. Eliot consiente versos de Goldsmith, de Baudelaire y de Verlaine. Paladión, en 1909, ya había ido más lejos. Anexó, por decirlo así, un *opus* completo, *Los parques abandonados*, de Herrera y Reissig. Una confidencia divulgada por Maurice Abramowicz nos revela los delicados escrúpulos y el inexorable rigor que Paladión llevó siempre a la ardua tarea de la creación poética: prefería *Los crepúsculos del jardín* de Lugones a *Los parques abandonados*, pero no se juzgaba indigno de asimilarlos; inversamente, reconocía que el libro de Herrera estaba dentro de sus posibilidades de entonces, ya que sus páginas lo expresaban con plenitud. Paladión le otorgó su nombre y lo pasó a la imprenta, sin quitar ni agregar una sola coma, norma a la que siempre fue fiel. Estamos así ante el acontecimiento literario más importante de nuestro siglo: *Los parques abandonados* de Paladión. Nada más remoto, ciertamente del libro homónimo de Herrera, que no repetía un libro anterior. Desde aquel momento, Paladión entra en la tarea, que nadie acometiera hasta entonces, de buscar en lo profundo de su alma y de publicar libros que la expresaran, sin recargar el ya abrumador *corpus* bibliográfico o incurrir en la fácil vanidad de escribir una sola línea. ¡Modestia inmarcesible la de este hombre que, ante el banquete que le brindan las bibliotecas orientales y occidentales, renuncia a la *Divina Comedia* y a *Las Mil y Una Noches* y condesciende, humano y afable, a *Thebussianas* (segunda serie)!

La evolución mental de Paladión no ha sido del todo aclarada; por ejemplo, nadie ha explicado el misterioso puente que va de *Thebussianas*, etcétera, al *Sabueso de los Baskerville.* Por nuestra parte, no trepidamos en lanzar la hipótesis de que esa trayectoria es normal, propia de un gran escritor que supera la agitación romántica, para coronarse a la postre con la noble serenidad de lo clásico.

Aclaremos que Paladión, fuera de alguna reminiscencia escolar, ignoraba las lenguas muertas. En 1918, con una timidez que hoy nos conmueve, publicó *Las geórgicas*, según la versión española de Ochoa; un año después, ya consciente de su magnitud espiritual, dio a la imprenta el *De divinatione* en latín. ¡Y qué latín! ¡El de Cicerón!

Para algunos críticos, publicar un evangelio después de los textos de Cicerón y de Virgilio importa una suerte de apostasía de los ideales clásicos; nosotros preferimos ver en este último paso, que no tomó, una renovación espiritual. En suma, el misterioso y claro camino que va del paganismo a la fe.

Nadie ignora que Paladión tuvo que costear, de propio peculio, la publicación de sus libros y que las exiguas tiradas no superaron nunca la cifra de trescientos o cuatrocientos ejemplares. Todos están virtualmente agotados y los lectores a quienes el dadivoso azar ha puesto en las manos *El sabueso de los Baskerville* aspiran, captados por el estilo personalísimo, a saborear *La cabaña del tío Tom*, acaso *introuvable*. Por este motivo aplaudimos la iniciativa de un grupo de diputados de los más opuestos sectores, que propugna la edición oficial de las obras completas del más original y variado de nuestros *litterati*.

Una tarde con Ramón Bonavena

Toda estadística, toda labor meramente descriptiva o informativa, presupone la espléndida y acaso insensata esperanza de que en el vasto porvenir, hombres como nosotros, pero más lúcidos, inferirán de los datos que les dejamos alguna conclusión provechosa o alguna generalización admirable. Quienes hayan recorrido los seis volúmenes de *Nor-noroeste* de Ramón Bonavena habrán intuido más de una vez la posibilidad, mejor aún la necesidad, de una colaboración futura que venga a coronar y a complementar la obra ofrecida por el maestro. Apresurémonos a advertir que estas reflexiones corresponden a una reacción personal, ciertamente no autorizada por Bonavena. Éste, la única vez que hablé con él, rechazó toda idea de una trascendencia estética o científica de la obra, a la que había consagrado su vida. Rememoremos, al cabo de los años, aquella tarde.

Hacia 1936 ya trabajaba en el suplemento literario de *Última Hora*. Su director, hombre cuya despierta curiosidad no excluía el fenómeno literario, me encomendó, un típico domingo de invierno, la misión de entrevistar al ya conocido, pero todavía no famoso, novelista, en su retiro de Ezpeleta.

La casa, que se conserva aún, era de una sola planta, si bien en la azotea ostentaba dos balconcitos con balaustrada, en patética previsión de un piso alto. El propio Bonavena nos abrió la puerta. Los anteojos ahumados, que figuran en la más divulgada de sus fotografías y que correspondieron, según parece, a una dolencia pasajera, no exornaban, entonces, aquel rostro de vastas mejillas blandas, en que los rasgos se perdían. Después de tantos años creo recordar un guardapolvo de brin

y pantuflas turcas.

Su natural cortesía disimulaba mal cierta reticencia; al principio pude atribuirla a modestia, pero pronto comprendí que el hombre se sentía muy seguro y aguardaba sin ansiedad la hora de la consagración unánime. Empeñado en su labor exigente y casi infinita, era avaro de su tiempo y poco o nada le importaba la publicidad que yo le brindaba.

En su despacho —que tenía algo de la sala de espera de un odontólogo de pueblo, con sus marinas en pastel y sus pastores y perros de porcelana— había pocos libros, y los más eran diccionarios de diversas disciplinas y oficios. No me sorprendieron, por cierto, la poderosa lupa de aumento y el metro de carpintero que advertí sobre el fieltro verde del escritorio. Café y tabaco estimularon el diálogo.

—Evidentemente, he leído y releído su obra. Creo, sin embargo, que para ubicar al lector común, al hombre-masa, en un plano de relativa comprensión, convendría tal vez que usted bosquejara, a grandes rasgos y con espíritu de síntesis, la gestación de *Nor-noroeste*, desde el primer atisbo hasta la producción masiva. Lo conmino: *¡ab ovo, ab ovo!*

El rostro, casi inexpresivo y gris hasta entonces, se iluminó. A poco llegarían las palabras precisas, en aluvión.

—Mis planes, al principio, no rebasaban el campo de la literatura, más aún, del realismo. Mi anhelo —nada extraordinario, por cierto— era dar una novela de la tierra, sencilla, con personajes humanos y la consabida protesta contra el latifundio. Pensé en Ezpeleta, mi pueblo. El esteticismo me tenía sin cuidado. Yo quería rendir un testimonio honesto, sobre un sector limitado de la sociedad local. Las primeras dificultades que me detuvieron fueron, acaso, nimias. Los nombres de los personajes, por ejemplo. Llamarlos como en realidad se llamaban era exponerse a un juicio por calumnias. El doctor Garmendia, que tiene su bufete a la vuelta, me aseguró, como quien se cura en salud, que el hombre medio de Ezpeleta es un litigioso. Quedaba el recurso de inventar nombres, pero eso hubiera sido abrir la puerta a la fantasía. Opté por letras mayúsculas con puntos suspensivos, solución que no terminó de gustarme. A medida que me internaba en el tema comprendí que la mayor dificultad no estribaba en el nombre de los

personajes; era de orden psíquico. ¿Cómo meterme en la cabeza de mi vecino? ¿Cómo adivinar lo que piensan otros, sin renunciar al realismo? La respuesta era clara, pero al principio no quise verla. Encaré entonces la posibilidad de una novela de animales domésticos. Pero ¿cómo intuir los procesos cerebrales de un perro, cómo entrar en un mundo acaso menos visual que olfativo? Desorientado, me replegué en mí mismo y pensé que ya no quedaba otro recurso que la autobiografía. También ahí estaba el laberinto. ¿Quién soy yo? ¿El de hoy, vertiginoso, el de ayer, olvidado, el de mañana, imprevisible? ¿Qué cosa más impalpable que el alma? Si me vigilo para escribir, la vigilancia me modifica; si me abandono a la escritura automática, me abandono al azar. No sé si usted recuerda aquel caso, referido, creo, por Cicerón, de una mujer que va a un templo en busca de un oráculo y que sin darse cuenta pronuncia unas palabras que contienen la respuesta esperada. A mí, aquí en Ezpeleta, me sucedió algo parecido. Menos por buscar una solución que por hacer algo, revisé mis apuntes. Ahí estaba la clave que yo buscaba. Estaba en las palabras *un sector limitado.* Cuando las escribí no hice otra cosa que repetir una metáfora común y corriente; cuando las releí me deslumbró una especie de revelación. *Un sector limitado...* ¿Qué sector más limitado que el ángulo de la mesa de pinotea en que yo trabajaba? Decidí concretarme al ángulo, a lo que el ángulo puede proponer a la observación. Medí con este metro de carpintero —que usted puede examinar *a piacere*— la pata de la mesa de referencia y comprobé que se hallaba a un metro quince sobre el nivel del suelo, altura que juzgué adecuada. Ir indefinidamente más arriba hubiera sido incursionar en el cielo raso, en la azotea y muy pronto en la astronomía; ir hacia abajo me hubiera sumido en el sótano, en la llanura subtropical, cuando no en el globo terráqueo. El ángulo elegido, por lo demás, presentaba fenómenos interesantes. El cenicero de cobre, el lápiz de dos puntas, una azul y otra colorada, etcétera.

Aquí no pude contenerme y lo interrumpí:

—Ya sé, ya sé. Habla usted de los capítulos dos y tres. Del cenicero sabemos todo: los matices del cobre, el peso específico, el diámetro, las

diversas relaciones entre el diámetro, el lápiz y la mesa, el diseño del dogo, el precio de fábrica, el precio de venta y tantos otros datos no menos rigurosos que oportunos. En cuanto al lápiz —todo un Goldfaber 873—, ¿qué diré? Usted lo ha comprimido, mediante el don de síntesis, en veintinueve páginas *in octavo*, que nada dejan que desear a la más insaciable curiosidad.

Bonavena no se ruborizó. Retomó, sin prisa y sin pausa, la conducción del diálogo.

—Veo que la semilla no cayó fuera del surco. Usted está empapado en mi obra. A título de premio, le obsequiaré un apéndice oral. Se refiere, no a la obra misma, sino a los escrúpulos del creador. Una vez agotado el trabajo de Hércules de registrar los objetos que habitualmente ocupaban el ángulo nor-noroeste del escritorio, empresa que despaché en doscientas once páginas, me pregunté si era lícito renovar el *stock*, *id est* introducir arbitrariamente otras piezas, deponerlas en el campo magnético y proceder, sin más, a *describirlas.* Tales objetos, inevitablemente elegidos para mi tarea descriptiva y traídos de otras localidades de la habitación y aun de la casa, no alcanzarían la naturalidad, la espontaneidad, de la primera serie. Sin embargo, una vez ubicados en el ángulo, serían parte de la realidad y reclamarían un tratamiento análogo. ¡Formidable cuerpo a cuerpo de la ética y de la estética! A este nudo gordiano lo desató la aparición del repartidor de la panadería, joven de toda confianza, aunque falto. Zanichelli, el falto en cuestión, vino a ser, como vulgarmente se dice, mi *deus ex machina.* Su misma opacidad lo capacitaba para mis fines. Con temerosa curiosidad, como quien comete una profanación, le ordené que pusiera algo, cualquier cosa, en el ángulo, ahora vacante. Puso la goma de borrar, una lapicera y, de nuevo, el cenicero.

—¡La famosa serie beta! —prorrumpí—. Ahora comprendo el enigmático regreso del cenicero, que se repite casi con las mismas palabras, salvo en algunas referencias a la lapicera y la goma. Más de un crítico superficial creyó ver una confusión...

Bonavena se incorporó.

—En mi obra no hay confusiones —declaró con justificada

solemnidad—. Las referencias a la lapicera y la goma son un índice más que suficiente. Ante un lector como usted, inútil pormenorizar las deposiciones que ocurrieron después. Baste decir que yo cerraba los ojos, el falto colocaba una cosa o cosas y luego ¡manos a la obra! En teoría, mi libro es infinito, en la práctica reivindico mi derecho al descanso —llámele un alto en el camino— tras evacuar la página 941 del tomo quinto.[19] Por lo demás, el descripcionismo cunde. En Bélgica se festeja la aparición de la primera entrega de *Acuario*, trabajo en que he creído advertir más de una heterodoxia. En Birmania, en el Brasil, en Burzaco emergen nuevos núcleos activos.

De algún modo sentí que la entrevista ya tocaba su fin. Dije, para preparar la despedida:

—Maestro, antes de irme, quiero pedirle un último favor. ¿Podría ver alguno de los objetos que la obra registra?

—No —dijo Bonavena—. No los verá. Cada colocación, antes de ser reemplazada por la siguiente, fue rigurosamente *fotografiada.* Obtuve así una brillante serie de negativos. Su destrucción, el día 26 de octubre de 1934, me produjo verdadero dolor. Más me dolió destruir los objetos originales.

Quedé consternado.

—¿Cómo? —alcancé a balbucear—. ¿Usted se ha atrevido a destruir el alfil negro de ypsilon y el mango del martillo de gamma?

Bonavena me miró tristemente.

—El sacrificio era necesario —explicó—. La obra, como el hijo mayor de edad, tiene que vivir por su cuenta. Conservar los originales la hubiera expuesto a confrontaciones impertinentes. La crítica se dejaría arrastrar por la tentación de juzgarla según su mayor o menor fidelidad. Caeríamos así en el mero cientificismo. A usted le consta que yo niego a mi obra todo valor científico.

Me apresuré a confortarlo:

—Desde luego, desde luego. *Nor-noroeste* es una creación estética...

—Otro error —sentenció Bonavena—. Niego a mi obra todo valor estético. Ocupa, por decirlo así, un plano propio. Las emociones despertadas por ella, las lágrimas, los aplausos, las muecas, me tienen

sin cuidado. No me he propuesto enseñar, conmover ni divertir. La obra está más allá. Aspira a lo más humilde y a lo más alto: un lugar en el universo.

Empotrada en los hombros, la sólida cabeza no se movió. Los ojos ya no me veían. Comprendí que la visita había terminado. Salí como pude. *The rest is silence.*

En búsqueda del absoluto

Fuerza es admitir, por más que nos duela, que el Río de la Plata tiene los ojos puestos en Europa y desdeña o ignora sus auténticos valores vernáculos. El caso Nierenstein Souza no deja dudas al respecto. Fernández Saldaña omite su nombre en el *Diccionario uruguayo de biografías*; el propio Monteiro Novato se reduce a las fechas 1897-1935 y a la nómina de sus trabajos, más divulgados: *La pánica llanura* (1897), *Las tardes de topacio* (1908), *Oeuvres et théories chez Stuart Merrill* (1912), monografía sesuda que ha merecido el elogio de más de un profesor adjunto de la Universidad de Columbia, *Simbolismos en «La Recherche de l'Absolu» de Balzac* (1914) y la ambiciosa novela histórica *El feudo de los Gomensoro* (1919), repudiada *in articulo mortis* por el autor. Inútil rebuscar en las lacónicas apuntaciones de Novato, la menor referencia a los cenáculos franco-belgas del París finisecular, que Nierenstein Souza frecuentara, siquiera como espectador silencioso, ni a la miscelánea póstuma *Bric-à-brac*, publicada hacia 1942 por un grupo de amigos, capitaneados por H. B. D. Tampoco se descubre el menor propósito de vivenciar las ponderables, aunque no siempre fieles, traducciones de Catulle Mendès, de Ephraim Mikhaël, de Franz Werfel y de Humbert Wolfe.

Su cultura, según se ve, era cuantiosa. El yidish familiar le había franqueado las puertas de la literatura teutónica; el presbítero Planes le comunicó sin lágrimas el latín; el francés lo mamó con la cultura, y el inglés fue una herencia de su tío, regente del saladero Young, de Mercedes. Adivinaba el holandés y sospechaba la lingua franca de la frontera.

Ya en prensa la segunda edición del *Feudo de los Gomensoro*, Nierenstein se retiró a Fray Bentos, donde, en la añeja casona familiar que le alquilaran los Medeiro, pudo consagrarse de lleno a la escrupulosa redacción de una obra capital, cuyos manuscritos se han extraviado y cuyo nombre mismo se ignora. Allí, en el caluroso verano de 1935, la tijera de Atropos vino a cortar la obstinada labor y la vida casi monástica del poeta.

Seis años después, el director de *Última Hora*, hombre cuya despierta curiosidad no excluía el fenómeno literario, se avino a encomendarme la misión, entre detectivesca y piadosa, de investigar *in situ* los restos de esa obra magna. El cajero del diario, tras algunas naturales hesitaciones, me solventó los gastos del viaje fluvial por el Uruguay, «faz de perlas». En Fray Bentos, la hospitalidad de un farmacéutico amigo, el doctor Zivago, haría lo demás. Esta excursión, mi primera salida al exterior, me colmó —¿por qué no decirlo?— de la consabida inquietud. Si bien el examen del mapamundi no dejó de alarmarme, las seguridades, dadas por un viajero, de que los habitantes del Uruguay dominan nuestra lengua, terminó por tranquilizarme no poco.

Desembarqué un 29 de diciembre en el país hermano; el 30, por la mañana, en compañía de Zivago y en el Hotel Capurro, di cuenta de mi primer café con leche uruguayo. Un escribano terció en el diálogo y —chiste va, chiste viene— me refirió el cuento, no ignorado en los círculos jocosos de nuestra querida calle Corrientes, del viajante de comercio y la oveja. Salimos al solazo de la calle; todo vehículo resultó innecesario y, a la media hora, tras admirar el acentuado progreso de la localidad, llegamos a la mansión del poeta.

El propietario, don Nicasio Medeiro, nos debitó, tras un breve guindado y unos bocadillos de queso, la siempre novedosa y festiva anécdota de la solterona y el loro. Aseguró que la casona, gracias a Dios, había sido reparada por un media cuchara, pero que la biblioteca del finado Nierenstein se mantenía intacta, por carencia momentánea de fondos para emprender nuevas mejoras. En efecto, en estantes de pinotea, divisamos la nutrida serie de libros, en la mesa de trabajo, un tintero en el que pensaba un busto de Balzac y, en las paredes, unos

retratos de familia y la fotografía, con autógrafo, de George Moore. Calé las gafas y sometí a un examen imparcial los ya polvorientos volúmenes. Ahí estaban, previsiblemente, los lomos amarillos del *Mercure de France*, que tuvo su hora; lo más granado de la producción simbolista de postrimería de siglo y también unos tomos descabalados de *Las Mil y Una Noches* de Burton, el *Heptamerón* de la Reina Margarita, el *Decamerón*, el *Conde Lucanor*, el *Libro de Calila y Dimna* y los cuentos de Grimm. Las *Fábulas* de Esopo, anotadas de propia mano de Nierenstein, no escaparon a mi atención.

Medeiro consintió que yo explorara los cajones de la mesa de trabajo. Dos tardes dediqué a la tarea. Poco diré de los manuscritos que transcribí, ya que la Editorial Probeta los concluye de facilitar al dominio público. El idilio rural de Golosa y Polichinela, las vicisitudes de Moscarda y las aflicciones del doctor Ox en búsqueda de la piedra filosofal, ya se han incorporado, indelebles, al *corpus* más actualizado de las letras rioplatenses, si bien algún Aristarco ha objetado el preciosismo del estilo y el exceso de acrósticos y digresiones. Breves de suyo, estas obrillas, malgrado las virtudes que la más exigente crítica de la revista *Marcha* les reconoció, no podían constituir el *magnum opus* que nuestra curiosidad indagaba.

En la última página de no sé qué libro de Mallarmé, topé con esta acotación de Nierenstein Souza:

Es curioso que Mallarmé, tan deseoso de lo absoluto, lo buscara en lo más incierto y cambiante: las palabras. Nadie ignora que sus connotaciones varían y que el vocablo más prestigioso será trivial o deleznable mañana.

Pude igualmente transcribir las tres versiones sucesivas de un mismo alejandrino. En el borrador, Nierenstein había escrito:

Vivir para el recuerdo y olvidar casi todo.

En *Las Brisas de Fray Bentos* —poco más que una publicación de entre casa— prefirió:

Materias la Memoria acopia para Olvido.

El texto definitivo, que apareciera en la *Antología de seis poetas latinoamericanos*, nos da:

La Memoria depósitos para el Olvido eleva.

Otro fructuoso ejemplo nos proporciona el endecasílabo:

Y sólo en lo perdido perduramos

que deviene en letras de molde:

Persistir incrustado en lo fluyente.

El más distraído de los lectores observará que en ambas instancias el texto publicado es menos decoroso que el borrador. La cuestión me intrigó, pero algún tiempo pasaría antes de que yo desentrañara el busilis.

Con alguna desilusión emprendí el regreso. ¿Qué diría la jefatura de *Última Hora*, que había financiado el viaje? No contribuyó ciertamente a la tonificación de mi ánimo la adhesiva compañía de NN, de Fray Bentos, que compartió mi camarote y me prodigó una retahíla interminable de cuentos, por demás soeces y hasta chocantes. Yo quería pensar en el caso Nierenstein, pero el permanente *causeur* no me otorgó la menor tregua. Hacia la madrugada me guarecí en unos cabeceos, que vacilaban entre el mareo, el sueño y el tedio.

Los reaccionarios detractores de la moderna subconciencia se resistirán a creer que en la escalinata de la aduana de la Dársena Sur di con la solución del enigma. Felicité a NN por su extraordinaria memoria y ahí nomás le espeté:

—¿De dónde saca tantos cuentos, amigo?

La respuesta confirmó mi brusca sospecha. Me dijo que todos, o casi

todos, se los había contado Nierenstein, y los demás, Nicasio Medeiro, que fue gran contertulio del finado. Agregó que lo gracioso es que Nierenstein los contaba muy mal y que la gente de la zona los mejoraba. De golpe todo se aclaró: el afán del poeta por lograr una literatura absoluta, su observación escéptica sobre lo transitorio de las palabras, la progresiva deterioración de los versos de un texto a otro y el doble carácter de la biblioteca, que pasó de las exquisiteces del simbolismo a las recopilaciones de género narrativo. No nos asombre esta historia; Nierenstein retomó la tradición que, desde Homero hasta la cocina de los peones y el club, se complace en inventar y oír sucedidos. Contaba mal sus invenciones, porque sabía que el Tiempo las puliría, si valían la pena, como ya lo había hecho con la *Odisea* y *Las Mil y Una Noches.* Como la literatura en su origen, Nierenstein se redujo a lo oral, porque no ignoraba que los años acabarían por escribirlo todo.

Naturalismo al día

No sin alivio comprobamos que la polémica descripcionismo-descriptivismo ya no detenta la primera plana de suplementos literarios y demás boletines. A nadie —después de las ponderadas lecciones de Cipriano Cross (S. J.)— le está permitido ignorar que el primero de los precitados vocablos logra su más genuina aplicación en el área de la novelística, quedando relegado el segundo a toda una diversidad de renglones que no excluyen, por cierto, la poesía, las artes plásticas y la crítica. No obstante, la confusión perdura y de tarde en tarde, ante el escándalo de los amadores de la verdad, se unce al nombre de Bonavena el de Urbas. Quizá para distraernos de tamaño dislate, no faltan quienes perpetran este otro maridaje irrisorio: Hilario Lambkin-César Paladión. Admitamos que tales confusiones se basamentan en ciertos paralelos externos y en afinidades terminológicas; con todo, para el lector bien calibrado, una página de Bonavena será siempre una página... de Bonavena, y una entrega de Urbas... una entrega de Urbas. Hombres de pluma, es verdad que foráneos, han soltado el infundio de una escuela descriptivista argentina; nosotros, sin más autoridad que la que confiere a nuestra modestia el diálogo masivo con las luminarias de la escuela presunta, afirmamos que no se trata de un movimiento nucleado ni menos aún de un cenáculo, sino de iniciativas individuales y convergentes.

Penetremos en el intríngulis. A la entrada de este apasionante mundillo descriptivista, el primer nombre que nos tiende la mano es, lo habéis adivinado, el de Lambkin Formento.

El destino de Hilario Lambkin Formento es harto curioso. En la

redacción a que llevaba sus trabajos, en general muy breves y de escaso interés para el lector medio, se lo clasificaba como crítico objetivo, es decir como un hombre que excluye de su tarea de glosador todo elogio y toda censura. Sus «notículas», que se reducían no pocas veces a *clichés* de la tapa o sobrecubierta de los libros analizados, llegaron con el tiempo a puntualizar el formato, las dimensiones centimétricas, el peso específico, la tipografía, la calidad de la tinta y la porosidad y olor de papel. Desde 1924 hasta 1929, Lambkin Formento colaboró, sin cosechar laureles ni abrojos, en las páginas traseras de los *Anales de Buenos Aires.* En noviembre del último año renunció a esas labores, para dedicarse de lleno a un estudio crítico sobre la *Divina Comedia.* La muerte lo sorprendió siete años después, cuando ya había dado a la imprenta los tres volúmenes que serían, y son, el pedestal de su fama y que respectivamente se titulan *Inferno*, *Purgatorio*, *Paradiso.* Ni el público, ni menos aún sus colegas, lo captaron. Fue necesario un llamado al orden, prestigiado por las iniciales H. B. D., para que Buenos Aires, frotándose los ojos despabilados, despertara de su sueño dogmático.

Según la hipótesis, infinitamente probable, de H. B. D., Lumbkin Formento habría hojeado, en el quiosco del parque Chacabuco, esa mosca blanca de la bibliografía del siglo XVII: *Viajes de Varones Prudentes.* El libro cuarto informa:

... En aquel imperio, el Arte de la Cartografía logró tal Perfección que el Mapa de una sola Provincia ocupaba toda una Cuidad, y el Mapa del Imperio, toda una Provincia. Con el tiempo estos Mapas Desmesurados no satisficieron y los Colegios de Cartógrafos levantaron un Mapa del Imperio, que tenía el tamaño del Imperio y coincidía puntualmente con él. Menos Adictas al Estudio de la Cartografía, las Generaciones Siguientes entendieron que ese dilatado Mapa era Inútil y no sin Impiedad lo entregaron a las Inclemencias de Sol y de los Inviernos. En los Desiertos del Oeste perduran despedazadas Ruinas del Mapa, habitadas por Animales y por Mendigos; en todo el País no hay otra reliquia de las Disciplinas Geográficas.

Con su perspicacia habitual, Lambkin observó ante un corro de amigos que el mapa de tamaño natural comportaba grandes dificultades, pero que análogo procedimiento no era inaplicable a otros ramos, verbigracia a la crítica. Levantar un «mapa» de la *Divina Comedia* fue, desde aquel momento oportuno, la razón de su vida. Al principio, contentose con publicar, en mínimos y deficientes *clichés*, los esquemas de los círculos infernales, de la torre del purgatorio y de los cielos concéntricos, que adornan la acreditada edición de Dino Provenzal. Su natural exigente no se dio, sin embargo, por satisfecho. ¡El poema dantesco se le escapaba! Una segunda iluminación, a la que muy pronto siguiera una laboriosa y larga paciencia, lo rescató de aquel transitorio marasmo. El día 23 de febrero de 1931 intuyó que la descripción del poema, para ser perfecta, debía coincidir palabra por palabra con el poema, de igual modo que el famoso mapa coincidía punto por punto con el Imperio. Eliminó, al cabo de maduras reflexiones, el prólogo, las notas, el índice y el nombre y domicilio del editor y entregó a la imprenta la obra de Dante. ¡Así quedó inaugurado, en nuestra metrópoli, el primer monumento descriptivista!

Ver para creer: no faltaron ratas de biblioteca que tomaron, o simularon tomar, este novísimo *tour de force* de la crítica, por una edición más del difundido poema de Alighieri ¡usándolo como libro de lectura! ¡Así se rinde falso culto al astro poético! ¡Así se subestima la crítica! El unánime beneplácito fue general cuando un severo úkase de la Cámara del Libro o, según otros, de la Academia Argentina de Letras, prohibió, dentro del perímetro de la ciudad de Buenos Aires, este empleo abusivo de la mayor labor exegética de nuestro medio. El daño, empero, estaba hecho; la confusión, como bola de nieve, sigue tomando cuerpo y hay tratadistas que se obstinan en asimilar productos tan diferenciados como los análisis de Lambkin y las escatologías cristianas del florentino. Tampoco faltan quienes, encandilados por la mera Fata Morgana de análogos sistemas de calcos, hermanan la obra lambkiana a la matizada poligrafía de Paladión.

Asaz diverso es el caso de Urbas. Este joven poeta, que hoy accede a

la nombradía, en septiembre de 1938 era casi un incógnito. Su revelación se debe a los calificados hombres de letras del remarcable jurado que dirimió aquel año el certamen literario de la Editorial Destiempo. El tema del concurso, según se sabe, fue el clásico y eterno de la rosa. Péñolas y cálamos se atarearon; pululó la firma de fuste; se admiraron tratados de horticultura puestos en verso alejandrino, cuando no en décima y ovillejos; pero todo palideció ante el huevo de Colón de Urbas, que remitió, sencillo y triunfador... una rosa. No hubo una sola disidencia; las palabras, artificiosas hijas del hombre, no pudieron competir con la espontánea rosa, hija de Dios. Quinientos mil pesos coronaron al punto la proeza inequívoca.

El radioescucha, el espectador y auditor de televisión, y hasta el *amateur* impenitente y ocasional de periódicos matutinos y de autorizados y copiosos anuarios médicos, ya extrañarán, sin duda, nuestra demora en traer a colación el caso Colombres. Nos atrevemos a insinuar, sin embargo, que la palpable notoriedad de tal episodio, verdadero niño mimado de la prensa amarilla, se debe acaso menos a los valores intrínsecos que lo abonan, que a la oportuna intervención de la Asistencia Pública y al bisturí de urgencia que esgrimiera la mano de oro del doctor Gastambide. El hecho, quién se atreve a olvidarlo, subsiste en todas las memorias. Habíase abierto, por aquel entonces (hablamos del 41), el Salón de Artes Plásticas. Se habían previsto premios especiales para trabajos que enfocaran la Antártida o la Patagonia. Nada diremos de la interpretación abstracta o concreta de témpanos, de forma estilizada, que coronaron la laureada frente de Hopkins, pero el punto clave fue el patagónico. Colombres, fiel hasta aquella fecha a las aberraciones más extremas del neo-idealismo italiano, remitió ese año un cajón de madera bien acondicionado, que, al ser desclavado por las autoridades, dejó escapar un vigoroso carnero, que hirió en la ingle a más de un miembro del jurado y en la espalda al pintor-cabañero César Kirón, pese a la agilidad montaraz con que se puso a salvo. El ovino, lejos de ser una *machietta* más o menos apócrifa, resultó un merino *rambouillet* de cepa australiana, no desprovisto ciertamente de su cornamenta argentina, que dejara su impronta en las

respectivas zonas interesadas. Como la rosa de Urbas, si bien de una manera más contundente y más impetuosa, el lanar de referencia no era una fina fantasía del arte: era un indudable y tozudo espécimen biológico.

Por alguna razón que se nos escapa, los lisiados componentes del jurado en pleno, denegaron a Colombres el galardón que su espíritu artista ya acariciara con ponderables ilusiones. Más equitativo y más amplio se reveló el jurado de la Rural, que no trepidó en declarar campeón a nuestro carnero, que usufructuó, desde ese incidente, la simpatía y el calor de los mejores argentinos.

El dilema suscitado es interesante. Si la tendencia descriptiva prosigue, el arte se inmolará en las aras de la naturaleza; ya el doctor T. Browne dijo que la naturaleza es el arte de Dios.

Catálogo y análisis de los diversos libros de Loomis

En cuanto a la obra de Federico Juan Carlos Loomis, grato es comprobar que el tiempo de las bromas fáciles y de la incomprensiva facecia ha quedado relegado al olvido. Nadie tampoco la ve ahora en función de una polémica circunstancial con Lugones, hacia 1909, ni con los corifeos del joven ultraísmo, después. Hoy nos es dada la fortuna de contemplar la poesía del maestro en su desnuda plenitud. Dijérase que Gracián la presintió al soltar aquello, no por muy manido menos cabal, de «lo bueno, si breve, dos veces bueno» o, según la lección de don Julio Cejador y Frauca, «lo breve, si breve, dos veces breve».

Es indubitable, por lo demás, que Loomis descreyó siempre de la virtud expresiva de la metáfora, exaltada, en la primera década de nuestro siglo, por el *Lunario sentimental*, y en la tercera por *Prisma*, *Proa*, etcétera. Desafiamos al crítico más garifo a que *deniche*, si nos pasan el galicismo, una sola metáfora, en todo el ámbito de la producción de Loomis, exceptuadas aquellas que la etimología contiene. Quienes guardamos en la memoria, como en un estuche precioso, las disertas y caudalosas veladas de la calle Parera, cuyo arco a veces abarcaba los dos crepúsculos, el de la tarde vespertina y el de la mañana lechal, no olvidaremos fácilmente las burlonas diatribas de Loomis, *causeur* infatigable, contra los metaforistas que, para significar una cosa, la convierten en otra. Tales diatribas, por supuesto, no propasaron nunca la esfera de lo oral, ya que la misma severidad de la obra las rechazaba. ¿No hay mayor vigor de evocación en la palabra *luna* —solía preguntar— que en *el té de los ruiseñores*, como la

disfrazara Maiakovski?

Más dado a la formulación de preguntas que a la recepción de respuestas, inquiría asimismo si un fragmento de Safo o una sentencia inagotable de Heráclito no se dilataba más en el tiempo que los muchos volúmenes de Trollope, de los Goncourt y del Tostado, refractarios a la memoria.

Asiduo contertulio de los sábados de Parera fue Gervasio Montenegro, no menos encantador como *gentleman* que como dueño de un establecimiento en Avellaneda; por esa multitudinaria modalidad de Buenos Aires, donde nadie conoce a nadie, César Paladión, que sepamos, no se hizo *nunca* presente. ¡Qué inolvidable hubiera sido oírlo departir, mano a mano, con el maestro!

Una o dos veces Loomis nos anunció la publicación inminente de un trabajo suyo en las hospitalarias páginas de *Nosotros*; recuerdo la ansiedad con que los discípulos, todos juventud y fervor, nos agolpábamos en la librería de Lajouane, para saborear, primerizos, la *friandise* que nos prometiera el maestro. Siempre la expectación quedó frustrada. Hubo quien arriesgó la hipótesis de un seudónimo (la firma Evaristo Carriego despertó más de una sospecha); aqueste maliciaba una broma; estotro, una artimaña para eludir nuestra legítima curiosidad o para ganar tiempo, y no faltó algún Judas, de cuyo nombre no quiero acordarme, que sugiriera que Bianchi o que Giusti habrían rechazado la colaboración. Loomis, empero, varón de acreditada veracidad, se mantenía en sus trece; repetía, sonriente, que el trabajo había sido publicado sin que lo percibiéramos; nuestro desconcierto llegó a imaginar que la revista emitiera números esotéricos, no accesibles al vulgo de suscriptores o a la turba multa que infesta, ávida de saber, bibliotecas, mostradores y quioscos.

Todo se aclaró en el otoño de 1911, cuando las vidrieras de Moën dieron a conocer el después llamado *Opus 1*. ¿Por qué no mencionar desde ahora el oportuno y claro título que su autor le imprimiera: *Oso*?

Al principio no muchos aquilataron la ímproba labor que había precedido a su redacción: el estudio de Buffon y de Cuvier, las reiteradas y vigilantes visitas a nuestro Jardín Zoológico de Palermo,

las pintorescas entrevistas a piamonteses, el escalofriante y acaso apócrifo descenso a una caverna de Arizona, donde un osezno dormía su inviolable sueño invernal, la adquisición de láminas de acero, litografías, fotografías y hasta de ejemplares adultos embalsamados.

La preparación de su *Opus 2*, *Catre*, lo llevó a un experimento curioso, no exento de incomodidades y riesgos: mes y medio de *rusticatio* en un conventillo de la calle Gorriti, cuyos inquilinos, por cierto, no llegaron jamás a sospechar la verdadera identidad del polígrafo que, bajo el supuesto nombre de Luc Durtain, compartía sus penurias y regocijos.

Catre, ilustrado por el lápiz de Cao, apareció en octubre de 1914; los críticos, ensordecidos por la voz del cañón, no pararon mientes en él. Lo propio ocurriría con *Boina* (1916), volumen que se resiente de cierta frialdad, atribuible acaso a las fatigas del aprendizaje del idioma vascuence.

Nata (1922) es la menos popular de sus obras, aunque la enciclopedia Bompiani ha visto en ella la culminación de lo que se ha dado en llamar el primer período loominiano. Una dolencia duodenal pasajera sugirió o impuso el sujeto del trabajo supracitado; la leche, remedio instintivo del ulceroso, fue, según las sesudas investigaciones de Farrel du Bosc, la casta y blanca musa de esta moderna Geórgica.

La instalación de un telescopio en la azotea del cubículo de servicio y el estudio febril y desordenado de las obras más divulgadas de Flammarion preparan el segundo período. *Luna* (1924) señala el logro más poético del autor, el sésamo que le abre de par en par la puerta grande del Parnaso.

Luego, los años de silencio. Ya Loomis no frecuenta los cenáculos; ya no es el bastonero jocundo que en el sótano alfombrado del Royal Keller lleva la voz cantante. No sale, no, de la calle Parera. En la azotea solitaria se herrumbra el olvidado telescopio; noche a noche los infolios de Flammarion esperan en vano; Loomis, enclaustrado en la biblioteca, vuelve las páginas de la *Historia de las filosofías y religiones* de Gregorovius; las acribilla de interrogaciones, marginales y notas; los discípulos querríamos publicarlas, pero ello importaría renegar de la

doctrina y del espíritu del glosador. Lástima, pero qué le vamos a hacer.

En 1931, la disentería corona lo que había iniciado el estreñimiento; Loomis, pese a las miserias del cuerpo, da cima a su *opus* máximo, que se publicaría póstumamente y cuyas pruebas tuvimos el melancólico privilegio de corregir. ¿A quién no se le alcanza que aludimos al famoso volumen que, con resignación o ironía, se titula *Tal vez*?

En los libros de otros autores, fuerza es admitir una escisión, una grieta entre el contenido y el título. Las palabras *La cabaña del Tío Tom* no nos comunican, acaso, todas las circunstancias del argumento; el articular *Don Segundo Sombra* no es haber expresado cada uno de los cuernos, testuces, patas, lomos, colas, rebenques, caronas, bastos, mandiles y cojinillos que integran, *in extenso*, el volumen. *Chez* Loomis, en cambio, el título es la obra. El lector advierte maravillado la coincidencia rigurosa de ambos elementos. El texto de *Catre*, *verbi gratia*, consiste únicamente en la palabra *Catre*. La fábula, el epíteto, la metáfora, los personajes, la expectación, la rima, la aliteración, los alegatos sociales, la torre de marfil, la literatura comprometida, el realismo, la originalidad, el remedo servil de los clásicos, la sintaxis misma, han sido plenamente superados. La obra de Loomis, según el cómputo maligno de un crítico, menos versado en literatura que en aritmética, consta de seis palabras: *Oso*, *Catre*, *Boina*, *Nata*, *Luna*, *Tal vez*. Así será, pero detrás de esas palabras que el artífice destilara, ¡cuántas experiencias, cuánto afán, cuánta plenitud!

No todos han sabido escuchar esa alta lección. *Caja de carpintero*, libro de un sediciente discípulo, no hace otra cosa que enumerar, con vuelo gallináceo, el escalpelo, el martillo, el serrucho, etcétera. Harto más peligrosa es la secta de los llamados *cabalistas*, que amalgaman las seis palabras del maestro en una sola frase enigmática, turbia de perplejidades y de símbolos. Discutible, pero bien intencionada, nos parece la labor de Eduardo L. Planes, autor del *Gloglocioro*, *Hröbfroga*, *Qul*.

Ávidos editores quisieron traducir la obra de Loomis a los más diversos idiomas. El autor, a despecho de su bolsillo, rechazó tales

ofertas cartaginesas, que hubieran llenado de oro sus arcas. En esta época de negativismo relativista, afirmó, nuevo Adán, su fe en el lenguaje, en las sencillas y directas palabras que están al alcance de todos. Le bastó escribir *boina*, para expresar esa típica prenda de vestir, con todas sus connotaciones raciales.

Seguir su huella luminosa es difícil. Si, por un instante, los dioses nos depararan su elocuencia y talento, borraríamos todo lo anterior y nos limitaríamos a estampar este solo e imperecedero vocablo: Loomis.

Un arte abstracto

A riesgo de lacerar la noble susceptibilidad de todo argentino, sea cual fuere su bandería peculiar o color, fuerza es deponer que nuestra ciudad, insaciable imán de turistas, puede —¡en 1964!— vanagloriarse de un solo *tenebrarium* y ese, ubicado en la confluencia de Laprida y Mansilla. Trátase, por lo demás, de un intento digno de encomio, de un genuino boquete que se abre en la muralla china de nuestra incuria. Más de un espíritu observador y viajero nos ha insinuado *ad nauseam*, que el *tenebrarium* de marras está aun muy lejos de codearse con sus hermanos mayores de Ámsterdam, de Basilea, de París, de Denver (Colorado) y de Bruges la Morte. Sin entrar en tan enojosa polémica, saludamos por ahora a Ubaldo Morpurgo, cuya voz clama en el desierto, de veinte a veintitrés p. m., todos los días menos lunes, apuntalado, eso sí, por una selecta peña de fieles que lealmente se turnan. Dos veces hemos asistido a tales cenáculos; los entrevistos rostros, salvo el de Morpurgo, eran otros, pero el fervor comunicativo era el mismo. No se borrará de nuestra memoria la música metálica de los cubiertos y el estrépito ocasional de algún vaso roto.

En tren de señalar antecedentes, consignaremos que esta *petite histoire*, como tantas otras, comenzara... en París. El precursor, el hombre faro que echó a rodar la bola, fue, según se sabe, no otro que el flamenco u holandés Frans Praetorius, a quien su buena estrella arrojó a un determinado conventículo simbolista que frecuentaba, siquiera como un ave de paso, el justamente perimido Vielé-Griffin. Corría por entonces el 3 de enero de 1884; las entintadas manos de la juventud literaria se disputaban, quién lo duda, el último ejemplar de la revista

Etape, calentito del horno. Estamos en el café Procope. Alguien, bajo la boina estudiantil, blande una nota agazapada en el fascículo trasero de la publicación; otro, todo petulancia y mostacho, repite que no dormirá hasta saber quién es el autor; un tercero apunta con la pipa de espuma de mar a un sujeto de tímida sonrisa y de cráneo glabro, que ensimismado en su barba rubia calla en un ángulo. Develemos la incógnita: el hombre sobre el cual convergen ojos, dedos y caras estupefactas es el flamenco u holandés Frans Praetorius, que ya trajimos a colación. La nota es breve; el estilo reseco exhala tufo de probeta y retorta, pero cierto barniz autoritario que lo abona presto capta adeptos. No hay en la media página un solo símil de la mitología grecorromana; el autor se limita a formular con parquedad científica, que son cuatro los sabores fundamentales: ácido, salado, insípido, amargo. La doctrina encrespa polémicas, pero cada Aristarco tiene que habérselas con mil corazones conquistados. En 1891 Praetorius publica su hoy clásico *Les Saveurs*; acotemos de paso que el maestro, cediendo con impecable bonhomía a un reclamo de corresponsales anónimos, agrega al primitivo catálogo un quinto sabor, el de lo dulce, que por razones que no es del caso inquirir, había burlado largamente su perspicacia.

El 92, uno de los asistentes de la tertulia de referencia, Ismael Querido, abre, o mejor dicho entreabre, las puertas del casi legendario recinto *Les Cinq Saveurs*, a espaldas mismas del propio Panteón. El inmueble es acogedor y modesto. El pago previo de una módica suma ofrece cinco alternativas al consumidor eventual: el terrón de azúcar, el cubo de acíbar, la oblea de algodón, el casco de toronja y el *granum salis.* Tales artículos revistan en un primer menú que nos ha sido dado consultar en cierto *cabinet bibliographique* de la ciudad y puerto de Burdeos. En un comienzo, elegir uno era privarse del acceso a los otros; después Querido autorizó la sucesión, lo rotativo y por fin la amalgama. No contaba por cierto con los justificados escrúpulos de Praetorius; éste denunció, irrefutable, que el azúcar, amén de dulce, tiene gusto a azúcar y que la inclusión de la toronja constituía a las claras un abuso. Un farmacéutico industrial, el boticario Payot, cortó el

nudo gordiano; suministró semanalmente a Querido mil doscientas pirámides idénticas, de tres centímetros de elevación cada una, que brindaban al paladar los cinco ya famosos sabores: ácido, insípido, salado, dulce, amargo. Un veterano de aquellas patriadas nos asegura que todas las pirámides *ab initio* eran grisáceas y translúcidas; luego, para mayor comodidad, se las dotó de cinco colores hoy conocidos en la faz de la tierra: blanco, negro, amarillo, rojo y azul. Quizás tentado por las perspectivas de lucro que se le abrían, o por la palabra *agridulce*, Querido dio en el error peligroso de las combinaciones; los ortodoxos aún lo acusan de haber presentado a la gula no menos de ciento veinte pirámides mixtas, remarcables por ciento veinte matices. Tanta promiscuidad lo indujo a la ruina; el mismo año tuvo que vender su local a otro *chef*, a uno del montón, que mancilló aquel templo de los sabores, despachando pavos rellenos para el ágape navideño. Praetorius comentó filosóficamente: *C'est la fin du monde.*[20]

Siquiera figuradamente, la frase resultó profética para ambos precursores. Querido, que se había especializado, senil, en la venta callejera de pastillas de goma, pagó su óbolo a Caronte en pleno estío de 1904; Praetorius, partido el corazón, lo sobrevivió catorce años. El proyecto de sendos monumentos conmemorativos contó con el unánime apoyo de las autoridades, de la opinión, de la banca, del *turf*, del clero, de los más reputados centros estéticos y gastronómicos y de Paul Éluard. Los fondos recaudados no permitieron la erección de dos bustos y el cincel hubo de ceñirse a una sola efigie que aglutina artísticamente la vaporosa barba del uno, la nariz roma de los dos, y la lacónica estatura del otro. Como veinte pirámides exiguas dan su nota de frescura al tributo.

Despachados ambos ideólogos, henos aquí, ante el sumo sacerdote de la cocina pura: Pierre Moulonguet. Su primer manifiesto data de 1915; el *Manuel Raisonné* —tres volúmenes en octavo mayor— de 1929. Su tesitura doctrinaria es tan conocida que nos limitaremos, *Deo volente*, al más enjuto y descarnado de los resúmenes. El abate Brémond intuyó las posibilidades de una poesía que fuera exclusivamente... poética. Abstractos y concretos —ambos vocablos son, de toda evidencia,

sinónimos— pugnan por pintura pictórica, que no se rebaja a la anécdota ni a la servil fotografía del mundo externo. Pierre Moulonguet impetra parejamente, con sus argumentos de peso, por lo que él denomina sin ambages *cocina culinaria*. Trátase, como la palabra lo indica, de una cocina que no debe nada a las artes plásticas ni al propósito alimentario. Abur a los colores, a las fuentes, a lo que un prejuicio llamara platos bien presentados; abur a la crasamente pragmática orquestación de proteínas, de vitaminas y de otras féculas. Los antiguos y ancestrales sabores de la ternera, del salmón, del pez, del cerdo, del venado, de la oveja, del perejil, de *l'omelette surprise*, y de la tapioca, desterrados por ese cruel tirano, Praetorius, vuelven a los atónitos paladares, bajo la especie —¡nada de pactos con la plástica!— de una grisácea masa musilaginosa, a medio licuar. El comensal, emancipado al fin de los tan cacareados cinco sabores, puede encargar, según su arbitrio, una gallina en pepitoria o un *coq au vin*, pero todo, ya se sabe, revestirá la amorfa contextura de rigor. Hoy como ayer, mañana como hoy, y siempre igual. Un solo disconforme arroja su sombra en el panorama: trátase del propio Praetorius que, como tantos otros precursores, no admite el menor paso más allá de la senda abierta por él, treinta y tres años ha.

La victoria, empero, no carecía de su talón de Aquiles. Cualquier mano, media docena de dedos, sobran para contar los ya clásicos *chefs* —Dupont de Montpellier, Julio Cejador— capaces de reducir toda la rica gama de comestibles al invariable coágulo terroso que exigían los cánones.

En 1932 ocurre el milagro. Le da curso un fulano del montón. El lector no ignora su nombre: Juan Francisco Darracq. J. F. D. abre en Ginebra un restaurante semejante a todos los otros; sirve platos que en nada se diferencian de los más anticuados: la mayonesa es amarilla, las verduras verdes, la cassata un arco iris, el *roast-beef* rojo. Ya están por acusarlo de reaccionario. Darracq, entonces, pone el huevo de Colón. Con la sonrisa a flor de labios, sereno, con la seguridad que el genio otorga, ejecuta el acto somero que lo fijará para siempre en la más angulosa y alta cúspide de la historia de la cocina. Apaga la luz. Queda

así inaugurado, en aquel instante, el primer *tenebrarium.*

El gremialista

Deploraríamos que este ensayo, cuyo único fin es la información y el elogio, apenara al desprevenido lector. Sin embargo, según reza el adagio en latín: *Magna est veritas et provalebit.* Treparémonos, pues, para el rudo golpe.[21] Atribúyese a Newton la adocenada historia de la manzana, cuya caída le sugiriera el descubrimiento de la ley de gravedad; al doctor Baralt, el calzado invertido. Quiere el fabulario que nuestro héroe, impaciente por oír a la Moffo en *Traviatta*, se indumentó con tanta prisa que calzó el pie derecho en el zapato izquierdo y asimismo el pie izquierdo en el zapato derecho: esta distribución dolorosa, que le estorbó gozar con plenitud la avasalladora magia de la música y de la voz, le habría revelado, en la propia ambulancia que lo alejara por fin de la cazuela del Colón, su hoy famosa doctrina del gremialismo. Baralt, al sentir el traspié, habría pensado que en diversos puntos del mapa otros estarían padeciendo inconveniente análogo. La quisicosa, dice el vulgo, le inspiró la teoría. Pues bien, he aquí que nosotros departiésemos, en ocasión que no se repetiría, con el doctor en persona, en su ya clásico bufete de la calle Pasteur, y que éste disipara no sin hidalguía el popular infundio, asegurándonos que el gremialismo era fruto de luenga meditación sobre los aparentes azares de la estadística y el *Arte Combinatorio* de Ramón Lull y que él no salía nunca de noche, para capear mejor la bronquitis. Tal es la descarnada verdad. El acabar es amargo, pero innegable.

Los seis volúmenes, que bajo la rúbrica *Gremialismo* (1947-54), diera a la prensa el doctor Baralt, comportan una introducción exhaustiva a la pertinente temática; junto al Mesonero Romano y a la novela

polonesa *Quo vadis?* de Ramón Novarro[22] figuran en toda biblioteca que se precie de tal, pero se observa que a la turbamulta de compradores corresponde, como cuociente, cero lector. Pese al estilo subyugante, al acopio de tablas y de apéndices, y a la imantación implícita en el sujeto, los más se han atenido al vistazo de la sobrecubierta y del índice, sin internarse como el Dante en la selva oscura. A fuer de ejemplo, el propio Cattaneo, en su laureado *Análisis*, no pasa de la página 9 del *A modo de prólogo*, confundiendo progresivamente la obra con cierta novelita pornográfica de Cottone. Por ende, no estimamos superfluo este artículo breve, de pionero, que servirá para situacionar a los estudiosos. Las fuentes por lo demás son de primer agua; al examen prolijo de la mole, hemos preferido el impacto conversacional, en carne viva, con el cuñado de Baralt, Gallach y Gasset, quien a la vuelta de no pocas demoras allanose a admitirnos en su ya clásica escribanía de la calle Matheu.

Con una velocidad realmente notable puso el gremialismo al alcance de nuestros cortos medios. El género humano, me explicitó, consta, malgrado las diferencias climáticas y políticas, de un sin fin de sociedades secretas, cuyos afiliados no se conocen, cambiando en todo momento de *status*. Unas duran más que otras; *verbi gratia*, la de los individuos que lucen apellido catalán o que empiezan con G. Otras presto se esfuman, *verbi gratia*, la de todos quienes ahora, en el Brasil o en África, aspiran el olor de un jazmín o leen, más aplicados, un boleto de micro. Otras permiten la ramificación en subgéneros que de suyo interesan; *verbi gratia*, los atacados de tos de perro pueden calzar, en este preciso instante, pantuflas o darse, raudos, a la fuga en su bicicleta o transbordar en Temperley. Otra rama la integran los que se mantienen ajenos a esos tres rasgos tan humanos, inclusive la tos.

El gremialismo no se petrifica, circula como savia cambiante, vivificante; nosotros mismos, que pugnamos por mantener bien alta una equidistancia neutral, hemos pertenecido esta tarde a la cofradía de los que suben en ascensor y, minutos luego, a la de quienes bajan al subsuelo o quedan atrancados con claustrofobia entre bonetería y menaje. El mínimo gesto, encender un fósforo o apagarlo, nos expele de

un grupo y nos alberga en otro. Tamaña diversidad comporta una preciosa disciplina para el carácter: el que blande cuchara es el contrario del que maneja tenedor, pero a poco ambos a dos coinciden en el empleo de la servilleta para diversificarse al instante en la peperina y el boldo. Todo esto, sin una palabra más alta que otra, sin que la ira nos deforme la cara, ¡qué armonía!, ¡qué lección interminable de integración! Pienso que usted parece una tortuga y mañana me toman por un galápago, ¡etcétera, etcétera!

Inútil acallar que a ese panorama tan majestuoso lo enturbian, siquiera periféricamente, los palos de ciego de algunos Aristarcos. Como siempre suele pasar, la oposición echa a rodar los más contradictorios peros. El Canal 7 difunde que chocolate por la noticia, que Baralt no inventó nada, ya que ahí están, desde *in aeternum*, la C. G. T., los manicomios, las sociedades de socorros mutuos, los clubes de ajedrez, el álbum de estampillas, el Cementerio del Oeste, la Maffia, la Mano Negra, el Congreso, la Exposición Rural, el Jardín Botánico, el PEN Club, las murgas, las casas de artículos de pesca, los Boy Scouts, la tómbola y otras agrupaciones no por conocidas menos útiles, que pertenecen al dominio público. La radio, en cambio, lanza a todo escape que el gremialismo, por inestabilidad en los gremios, resulta carente de practicidad. A uno la idea le parece rara; otro ya la sabía. El hecho irrefutable resta que el gremialismo es el primer intento planificado de aglutinar en defensa de la persona todas las afinidades latentes, que hasta ahora como ríos subterráneos han surcado la historia. Estructurado cabalmente y dirigido por experto timón, constituirá la roca que se oponga al torrente de lava de la anarquía. No cerremos los ojos a los inevitables brotes de pugna, que la benéfica doctrina provocará: el que baja del tren asestará una puñalada al que sube, el desprevenido comprador de pastillas de goma querrá estrangular al idóneo que las expende.

Ajeno por igual a detractores y apologistas, prosigue su camino Baralt. Nos consta, por información del cuñado, que tiene en compilación una lista de todos los gremios posibles. Obstáculos no faltan: pensemos, por ejemplo, en el gremio actual de individuos que

están pensando en laberintos, en los que hace un minuto los olvidaron, en los que hace dos, en los que hace tres, en los que hace cuatro, en los que hace cuatro y medio, en los que hace cinco... En vez de laberintos, pongamos lámparas. El caso se complica. Nada se gana con langostas o lapiceras.

A manera de rúbrica, deponemos a nuestra adhesión fanática. No sospechamos cómo Baralt sorteará el escollo; sabemos, con la tranquila y misteriosa esperanza que da la fe, que el Maestro no dejará de suministrar una lista completa.

El teatro universal

Nada menos discutible, en este otoño, desde luego lluvioso, de 1965, es que Melpómene y Talía son las musas más jóvenes. Tanto la máscara sonriente como la de su hermana que llora han debido salvar, según preconiza Myriam Allen Du Bosc, casi insuperables obstáculos. En primer término, el influjo avasallador de nombres cuyo genio no se discute: Esquilo, Aristófanes, Plauto, Shakespeare, Calderón, Corneille, Goldoni, Schiller, Ibsen, Shaw, Florencio Sánchez. En segundo, las más ingeniosas moles arquitectónicas, desde los sencillos patios abiertos a todos los rigores de la lluvia y de la nevisca, en que Hamlet dijera su monólogo, hasta los escenarios giratorios de los modernos templos de la ópera, sin olvidar el antepalco, la cazuela y la concha del apuntador. En tercero, la vigorosa personalidad de los mimos —Zaconne, ese gigante, etcétera— que se interpone entre los espectadores y el Arte, para recoger su cosecha pingüe de aplausos. En cuarto y último, el cinema, la televisión y el radioteatro, que amplían y divulgan el mal, mediante alardes puramente mecánicos.

Quienes han explorado la prehistoria del Novísimo Teatro blanden, a guisa de antecedente, dos precursores: el drama de la Pasión, de Oberammergau, actualizado por labriegos bávaros, y aquellas representaciones multitudinarias, auténticamente populares, de *Guillermo Tell*, que se dilatan por cantones y lagos, en el propio lugar donde se produjo la manoseada fábula histórica. Otros, aún más anticuados, hanse remontado a los gremios que, en la Edad Media, exhibían en rústicos carromatos la historia universal, encomendando el Arca de Noé a la gente de mar, y la preparación de la Última Cena a los

cocineros de la época. Todo ello, aunque verídico, no empaña el ya venerado nombre de Bluntschli.

Éste, hacia 1909, ganó en Ouchy su consabida fama de excéntrico. Era el sujeto impenitente que vuelca la bandeja del mozo, empapándose no pocas veces de Kümmel, cuando no de queso rallado. Típica, pero apócrifa, es la anécdota de que introdujera el brazo derecho en la manga izquierda de la gabardina con forro escocés que en la escalinata del Hotel Gibbon pugnaba por abrocharse el barón Engelhart; pero nadie ha negado que puso en fuga a ese raudo aristócrata, mediante la ominosa amenaza de un descomunal Smith Wesson de chocolate con almendras. Es cosa comprobada que Bluntschli, en su bote con remos de madera, solía aventurarse en las soledades del pintoresco lago Lehmann donde, al amparo del crepúsculo, masticaba un breve monólogo o se permitía un bostezo. Sonreía o sollozaba en el funicular; en cuanto a los tranvías, más de un testigo jura que lo vio pavonearse con el boleto inserto entre la paja y la cinta del *canotier*, no sin preguntar a otro pasajero como él, qué hora marcaba su reloj. A partir de 1923, imbuido de la importancia de su Arte, renunció a tales experimentos. Anduvo por las calles, incursionó en oficinas y tiendas, confió una misiva al buzón, adquirió tabaco y fumolo, hojeó los matutinos, comportose, en una palabra, como el menos conspicuo ciudadano. En 1925 ejecutó lo que todos acabamos por ejecutar (cruz diablo): falleció un jueves, bien entradas las veintidós horas. Su mensaje hubiera sido enterrado con él, en el apacible cementerio de Lausanne, a no ser por la piadosa infidencia de su amigo de siempre, Maxime Petitpain, que lo hizo público en la arenga fúnebre de rigor, con palabras que ahora son clásicas. Por increíble que parezca, el dogma comunicado por Petitpain y reproducido íntegramente en el *Petit Vaudois*, no halló eco hasta 1932, cuando, en una colección del periódico, lo descubriera y valorara el hoy reputado actor y empresario Maximilien Longuet. Este joven, que había obtenido la difícil beca Shortbread para estudiar ajedrez en Bolivia, quemó, como Hernán Cortés, las piezas y el tablero y, sin transponer tan siquiera el tradicional Rubicón entre Lausanne y Ouchy, se abocó cuerpo a cuerpo

a los principios legados a la posteridad por Bluntschli. Congregó, en la trastienda de su panadería, a un selecto pero reducido grupo de *illuminati*, que no sólo constituyeron a su modo los albaceas póstumos de lo que se ha dado en llamar «la ponenda bluntschliana», sino que la pusieron en práctica. Pincelemos con mayúsculas de oro los nombres que aún retiene nuestra memoria, siquiera trabucados o apócrifos; Jean Pees y Carlos o Carlota Saint Pe. Este audaz conventículo, que sin duda había escrito en su bandera la advocación «¡Ganemos la calle!» afrontó ni corto ni perezoso todos los riesgos que comporta la indiferencia pública. Sin descender un solo momento al artilugio propagandístico o al cartelón mural, se lanzó, en número de cien, a la Rue Beau Séjour. No emergieron todos, por cierto, de la panadería de marras; aqueste venía tranquilamente del sur, estotro del noreste, el de más allá en bicicleta, no pocos en *tramway*, alguno con calzado plantillado a mano. Nadie sospechó nada. La ciudad populosa los tomó por otros tantos transeúntes. Los conspiradores, con disciplina ejemplar, ni siquiera se saludaron ni canjearon un guiño. X anduvo por las calles. Y incursionó en oficinas y tiendas. Z confió una misiva al buzón. Carlota o Carlos adquirió tabaco y fumolo. La leyenda quiere que Longuet permaneciera en casa, nervioso, comiéndose las uñas, todo él supeditado al teléfono que a las cansadas le comunicaría uno de los dos cuernos de la empresa: el *succès d'estime* o el más terminante de los fracasos. El lector no ignora el resultado. Longuet había asestado un golpe de muerte al teatro de utilería y de parlamentos; el teatro nuevo había nacido; el más desprevenido, el más ignaro, usted mismo, ya es un autor; la vida es el libreto.

Eclosiona un arte

Increíblemente, la frase arquitectura funcional, que la gente del oficio no emite sin una sonrisa piadosa, sigue embelesando al gran público. En la esperanza de aclarar el concepto, trazaremos a grandes rasgos un apretado panorama de las corrientes arquitectónicas hoy en boga.

Los orígenes, aunque notablemente cercanos, se desdibujan en la nubosidad polémica. Dos nombres dispútanse la pedana: Adam Quincey, que en 1937 diera a la estampa, en Edimburgo, el curioso folleto caratulado *Hacia una arquitectura sin concesiones* y el pisano Alessandro Piranesi que, apenas un par de años después, edificó a su costa el primer *caótico* de la historia, recientemente reconstituido. Turbas ignaras, urgidas por el insano prurito de penetrar en él, le prendieron fuego más de una vez, hasta reducirlo a tenue ceniza, la noche de San Juan y San Pedro. Piranesi falleciera en el ínterin, pero fotografías y un plano posibilitaron la obra reconstructiva que hoy es dable admirar y que, según parece, observa los lineamientos del original.

Releído a la fría luz de las actuales perspectivas, el breve y mal impreso folleto de Adam Quincey suministra un magro alimento al goloso de novedades. Remarquemos, sin embargo, algún párrafo. En el inciso pertinente se lee: «Emerson, cuya memoria solía ser inventiva, atribuye a Goethe el concepto de que la arquitectura es música congelada. Este dictamen, y nuestra insatisfacción personal ante las obras de esta época, nos ha llevado alguna vez al ensueño de una arquitectura que fuera, como la música, un lenguaje directo de las pasiones, no sujeto a las exigencias de una morada o de un recinto de

reunión». Más adelante leemos: «Le Corbusier entiende que la casa es una máquina de vivir, definición que parece aplicarse menos al Taj Majal que a un roble o a un pez». Tales afirmaciones, axiomáticas o perogrullescas ahora, provocaron en la oportunidad las fulminaciones de Gropius y de Wright, malheridos en su más íntima ciudadela, amén del estupor de no pocos. Lo restante del folleto torpedea *Las siete lámparas de la arquitectura* de Ruskin, debate que hoy nos pone apáticos.

Nada o poco importa que Piranesi ignorara o no el folleto de marras; el hecho indiscutible es que erigió en los terrenos antes palúdicos de la Vía Pestífera, con el concurso de albañiles y ancianos fanatizados, el Gran Caótico de Roma. Este noble edificio, que para algunos era una bola, para otros un ovoide, y para el reaccionario una masa informe, y cuyos materiales amalgamaban la gama que va del mármol al estiércol, pasando por el guano, constaba esencialmente de escaleras de caracol que facilitaban el acceso a paredes impenetrables, de puentes truncos, de balcones a los que no era dable acceder, de puertas que franqueaban el paso a pozos, cuando no a estrechos y altos habitáculos de cuyo cielo raso pendían cómodas camas cameras y butacas inversas. No brillaba tampoco por su ausencia el espejo cóncavo. En un primer arranque de entusiasmo, la revista *The Tattler* lo saludó como el primer ejemplo concreto de la nueva conciencia arquitectónica. ¡Quién diría entonces que el caótico, en un porvenir no lejano, sería tildado de indeciso y de pasatista!

No malgastaremos, por cierto, una sola gota de tinta ni un solo minuto del tiempo en escribir, y denostar las burdas imitaciones que se abrieron al público (!), en el Luna Park de la Ciudad Eterna y en las más acreditadas ferias francas de la Ciudad-Luz.

Digno de interés, aunque ecléctico, es el sincretismo de Otto Julius Manntoifel, cuyo santuario de las Muchas Musas, en Potsdam, conjuga la casa-habitación, el escenario giratorio, la biblioteca circulante, el jardín de invierno, el impecable grupo escultórico, la capilla evangélica, el templete o templo budista, la pista de patinaje, el fresco mural, el órgano polifónico, la casa de cambio, la vespasiana, el baño

turco y el pastel de fuente. El oneroso mantenimiento de este edificio múltiple provocó su venta en remate y la demolición de rigor, casi a continuación de los festejos que coronaron la jornada de su debut. ¡No olvidar la fecha! ¡23 o 24 de abril de 1941!

Ahora le llega el turno ineluctable a una figura de desplazamiento aún mayor, el maestro Verdussen, de Utrecht. Este prohombre consular escribió la historia y la hizo; en 1949 publicó el volumen que intitulara *Organum Architecturae de Recentis*; en 1952 inauguró bajo el patrocinio del príncipe Bernardo su Casa de las Puertas y las Ventanas, como cariñosamente la bautizara la nación entera de Holanda. Resumamos la tesis: muro, ventana, puerta, piso y tejado constituyen, a no dudarlo, los elementos básicos del *habitat* del hombre moderno. Ni la más frívola de las condesas en su *boudoir* ni el desalmado que aguarda, en su calabozo, el advenimiento del alba que lo acomodará en la silla eléctrica, pueden eludir esta ley. La *petite histoire* nos cuenta al oído que bastó una sugestión de Su Alteza para que Verdussen incorporara dos elementos más: umbral y escalera. El edificio que ilustra estas normas ocupa un terreno rectangular, de seis metros de frente y algo menos de dieciocho de fondo. Cada una de las seis puertas que agotan la fachada de la planta baja comunica, al cabo de noventa centímetros, con otra puerta igual de una sola hoja y así sucesivamente, hasta llegar al cabo de diecisiete puertas, al muro del fondo. Sobrios tabiques laterales dividen los seis sistemas paralelos, que suman en conjunto ciento dos puertas. Desde los balcones de la casa de enfrente, el estudioso puede atisbar que el primer piso abunda en escaleras de seis gradas que ascienden y descienden en zigzag; el segundo consta exclusivamente de ventanas; el tercero, de umbrales; el cuarto y último, de pisos y techos. El edificio es de cristal, rasgo que, desde las casas vecinas, facilita decididamente el examen. Tan perfecta es la joya que nadie se ha atrevido a imitarla.

Grosso modo hemos pincelado hasta aquí el desenvolvimiento morfológico de los *inhabitables*, densas y refrescantes ráfagas de arte, que no doblegan su cerviz al menor utilitarismo: nadie penetra en ellos, nadie se alonga, nadie queda sentado en cuclillas; nadie se incrusta en

las concavidades, nadie saluda con la mano desde el impracticable balcón, nadie agita el pañuelo, nadie se defenestra. *Là tout n'est qu'ordre et beauté.*

P. S.: Ya corregidas las galeradas del panorama anterior, el cable telegráfico nos informa de que en la propia Tasmania hay un nuevo brote. Hotchkis de Estephano, que se mantuviese hasta la fecha dentro de las corrientes más ortodoxas de la arquitectónica no habitable, ha lanzado un *Yo acuso*, que no trepida en moverle el piso al otrora venerado Verdussen. Aduce que paredes, pisos, techos, puertas, claraboyas, ventanas, por impracticables que sean, son elementos perimidos y fósiles de un tradicionalismo funcional que se pretende descartar y que se cuela por la otra puerta. Con bombos y platillos anuncia un nuevo *inhabitable*, que prescinde de tales antiguallas, sin incurrir, por lo demás, en la mera mole. Aguardamos con no decaído interés las maquetas, planos y fotografías de esta expresión novísima.

Gradus ad Parnasum

A mi regreso de unas breves, pero no inmerecidas, vacaciones por Cali y Medellín, me aguarda en el pintoresco bar de nuestro aeródromo de Ezeiza una noticia con ribetes luctuosos. Dijérase que, a cierta altura de la vida, uno no acierta a darse vuelta sin que a nuestras espaldas alguien caiga redondo. Esta vez me refiero, claro está, a Santiago Ginzberg.

Ahora y aquí me sobrepongo a la tristura que me infunde la desaparición de ese íntimo, para rectificar —valga la palabra— las interpretaciones erróneas que se han deslizado en la prensa. Apresúrome a detallar que en tales dislates no reina la menor animadversión. Hijos son del apremio y de la disculpable ignorancia. Pondré las cosas en su punto; eso es todo.

Según parecen olvidar ciertos «críticos», con su más y su menos, el primer libro que estampara la péñola de Ginzberg fuese el poemario intitulado *Claves para tú y yo*. Mi modesta biblioteca particular guarda, bajo llave, un ejemplar de la primera edición, *non bis in idem*, de tan interesante fascículo. Sobria portada a todo color, reconstrucción del rostro por Rojas, título a moción de Samet, tipografía de la casa Bodoni, texto en general desbrozado, ¡en fin, todo un acierto!

La fecha, 30 de julio de 1923 de nuestra era. La resultante fue previsible: ataque frontal de los ultraístas, bosteado desdén de la consabida crítica al uso, alguna gacetilla sin estela y, en definitiva, el ágape de rigor en el Hotel Marconi, del Once. Nadie atinó a observar en la secuela sonetística de referencia determinadas novedades de bulto, que calaban muy hondo y que, de tanto en tanto, asomaban bajo la

desmayada trivialidad. Las destaco ahora:

Reunidos en la esquina los amigos
La tarde bocamanga se nos va.

El P. Feijoo (¿Canal?) remarcaría años después (*Tratado del Epíteto en la Cuenca del Plata*, 1941) el vocablo *bocamanga*, que juzga insólito, sin parar mientes que éste figura en autenticadas ediciones del Diccionario de la Real Academia. Lo tilda de audaz, feliz, novedoso y propone la hipótesis —*horresco referens*— de que se trata de un adjetivo.

A fuer de ejemplo, otro pantallazo:

Labios de amor, que el beso juntaría,
dijeron, como siempre, nocomoco.

Hidalgamente les confieso que, en un principio, lo de *nocomoco* se me escapaba.

Vaya una muestra más:

¡Buzón! La negligencia de los astros
abjura de la docta astrología.

A lo que sabemos, la palabra inicial del hermoso dístico no suscitó el menor sumario de la autoridad competente; lenidad que en cierto modo se justifica ya que *buzón*, derivado del latín *bucco*, boca grande, luce en la página 204 de la edición décima sexta del diccionario precitado.

Para ponernos a cubierto de ulterioridades ingratas, juzgamos preventivo, en aquel entonces, depositar en el Registro de la Propiedad Intelectual la hipótesis, otrora plausible, de que la palabra *buzón* era una mera errata y de que el verso debía leerse:

¡Tritón! la negligencia de los astros.

o, si se quiere:

¡Ratón! la negligencia de los astros.

Nadie me tilde de traidor; jugué a cartas vistas. Sesenta días luego de registrada la enmienda, despaché un telegrama colacionado a mi excelente amigo, interiorizándolo, sin tantos ambages, sobre el paso ya dado. La respuesta nos intrigó; Ginzberg se manifestaba de acuerdo, siempre que se admitiera que las tres variantes en debate podían ser sinónimos. ¿Qué otro remedio me quedaba, les digo, que doblar la cabeza? Manotón de ahogado, me asesoré con el P. Feijoo (¿Canal?), que se abocó sesudo al problema, todo para reconocer que, pese a los vistosos atractivos que ostentaban las tres versiones, ninguna lo colmaba a sus anchas. A lo que se ve, el expediente quedó archivado.

El segundo poemario, que se subtitula *Bouquet de estrellas perfumadas*, revista polvoriento en el sótano de ciertas «librerías» del ambiente. Definitivo restará durante luengo tiempo el artículo que le dedicaron las páginas de *Nosotros*, bajo la firma de Carlos Alberto Prosciuto, si bien, a la par de más de otra pluma, el glosador de fuste no detectó ciertas curiosidades idiomáticas que constituyen, a su modo, el verdadero y ponderable meollo del tomo. Trátase por lo demás de vocablos breves, de esos que suelen eludir, bajo el menor descuido, la vigilancia crítica: *Drj* en la cuarteta-prólogo; *ujb* en un ya clásico soneto que campea en más de una antología escolar; *ñll* en el ovillejo a la *Amada*; *hnz* en un epitafio que rebosa de dolor contenido; pero ¿a qué seguir? Es cansarse. Nada diremos por ahora de líneas íntegras; ¡en las que no hay ninguna palabra que figura en el diccionario!

Hlöj ud ed ptá jabuneh. Jróf grugnó.

El busilis hubiera quedado en agua de borrajas, a no mediar el abajo firmante que, entre gallos y media noche, en un Blicamcepero en buen uso, exhumó una libreta de puño y letra del propio Ginzberg, que los clarines de la fama designarán, el día menos pensado, *Codex primus et ultimus*. Trátase a ojos vistas de un *totum revolutum* que combina

refranes que cautivaran al amador de las letras (*El que no llora no mama*, *Como pan que no se vende*, *Golpea que te van a abrir*, etcétera, etcétera, etcétera), dibujitos de color subido, ensayos de rúbrica, versos de un idealismo al cien por cien (*El cigarro* de Florencio Balcarce, *Nenia* de Guido Spano, *Nirvana crepuscular* de Herrera, *En Noche-Buena* de Querol), una selección incompleta de números de teléfono y, *not least*, la más autorizada explanación de ciertos vocablos, tales como *bocamanga*, *ñll*, *nocomoco* y *jabuneh*.

Prosigamos con pie de plomo. *Bocamanga*, que nos llegaría (?) de *boca* y *manga*, quiere decir en el diccionario: «Parte de la manga que está más cerca de la muñeca, y especialmente por lo interior o el forro». No se aviene con eso Ginzberg. En la libreta de puño y letra propone: «Bocamanga, en mi verso, denota la emoción de una melodía que hemos escuchado una vez, que hemos olvidado y que a la vuelta de los años recuperamos».

También levanta el velo de *nocomoco*. Afirma con expresas palabras: «Los enamorados repiten que, sin saberlo, han vivido buscándose, que ya se conocían antes de verse y que su misma dicha es la prueba de que siempre estuvieron juntos. Para ahorrar o abreviar tales retahílas sugiero que articulen *nocomoco* o, más económicos de tiempo, *mapü* o, simplemente, *pü*». Lástima grande que la tiranía del endecasílabo le impusiera la voz menos eufónica de las tres.

Tocante a *buzón* en su *locus classicus*, les reservo magna sorpresa: no configura, como un adocenado podría soñar, el típico artefacto de tamaño cilíndrico y color colorado, que asimila por el orificio las cartas; antes bien, la libreta nos instruye que Ginzberg prefirió la acepción de «casual, fortuitamente, no compatible con un cosmos».

En este tren, sin prisa pero sin pausa, el extinto va despachando la gran mayoría de incógnitas que merecen la atención del ocioso. Así, para ajustarnos a un solo ejemplo, haremos la entrega de que *jabuneh* denomina «la melancólica peregrinación a lugares otrora compartidos con la infiel» y que *grugnó*, tomado en su sentido más lato, vale por «lanzar un suspiro, una irreprimible queja de amor». Como sobre ascuas pasaremos por *ñll*, donde el buen gusto de que Ginzberg hizo bandera

parece haberlo traicionado esta vuelta.

El escrúpulo nos impele a copiar la notícula subsiguiente que tras tanto jorobar con explicaciones nos deja en fojas uno: «Mi propósito es la creación de un lenguaje poético, integrado por términos que no tienen exacta equivalencia en las lenguas comunes, pero que denotan situaciones y sentimientos que son, y fueron siempre, el tema fundamental de la lírica. Las definiciones que he ensayado de voces como *jabuneh* o *mlöj* son, debe recordar el lector, aproximativas. Trátase, por lo demás, de un primer intento. Mis continuadores aportarán variantes, metáforas, matices. Enriquecerán, sin duda, mi modesto vocabulario de precursor. Les pido que no incurran en el purismo. Alteren y transformen».

El ojo selectivo

El eco que hallara en la prensa amarilla cierta guerra de nervios llevada a tambor batiente por la S. A. D. A. (Sociedad Argentina de Arquitectos), e incrementada por oscuras maniobras que urdiese el director técnico de la Plaza Garay, arroja como saldo una luz cruda, sin tamiz ni biombo chinesco, sobre la postergada labor y la acreditada personalidad del más insobornable de nuestros cinceles: Antártido A. Garay.

Todo ello retrotrae a la memoria, tan propensa a la amnesia, relevantes recuerdos de aquel inolvidable pejerrey con papas, regado por un vino del Rhin, que degustásemos en los antecomedores de Loomis, allá por 1929. Lo más campanudo de la camada generacional de aquel entonces —hablo bajo el aspecto literario— se había concitado esa noche en la calle Parera, al conjuro del ágape y de las musas. El brindis terminal, que fue de Champagne, estuvo a cargo de la mano enguantada del doctor Montenegro. Doquier chisporroteaba el epigrama, cuando no Franz y Fritz. Mi vecino de mesa, en un ángulo de la misma, donde ese Tántalo de gallego con frac nos dejó sin postre, resultó un joven provinciano, todo moderación y prudencia, que no llegó una sola vez a las vías del hecho, cuando yo me despachaba lo más orondo sobre las artes plásticas. Reconozcamos que, esa vez tan siquiera, el contertulio se mantuvo a la altura de mi copiosa perorata; con el café con leche que ingerimos en el almacén de las Cinco Esquinas, cuasi al final de mi ditirambo analítico de la fuente de Lola Mora, me comunicó de que era escultor, convidándome con una tarjeta a la muestra de sus obras a efectuarse, ante familiares y ociosos, en el

salón de Amigos del Arte, ex Van Riel. Antes de darle el sí, lo dejé que solventara la cuenta, acto a que no se decidió hasta haber pasado el tranvía obrero número 38...

La fecha inaugural, me apersoné en acto de presencia. La primera tarde la muestra funcionó a todo vapor, encalmándose después el mercado, sin que tampoco se vendiera una sola pieza. Los cartelitos que rezaban *Adquirido* no engañaron a nadie. Al revés, la crítica del periodismo doró dentro de lo posible la píldora; aludió a Henry Moore y ponderó todo encomiable esfuerzo. Yo mismo, para retribuir el completo, publiqué en la *Revue de l'Amérique Latine* mi notita encomiástica, emboscado, eso sí, bajo el pseudónimo de «Escorzo».

La muestra no rompió los viejos moldes; la integraban moldes de yeso, de esos que inculca, en la Instrucción Primaria, la señorita de dibujo, enfrentados de dos en dos o de tres en tres, con figuras de hojas, de pies, de frutas. Antártido A. Garay nos dio la clave de que no había que fijarse en las hojas, en los pies ni en las frutas; antes más bien, en el espacio o aire que había entre los moldes y que venía a ser lo que él llamaba, según lo aclaré muy luego en la publicación en francés, la escultura cóncava.

El suceso que la primera muestra alcanzase se repitiera más tarde con la número dos. Esta obró en un local del típico barrio de Caballito, y constaba de un solo ambiente, sin otro moblaje a la vista que cuatro paredes peladas, una que otra moldura en el cielo raso y, sobre los tablones del piso, media docena de cascotes desparramados. «Todo esto» desde el quiosco-boletería donde hice mi agosto a cero cuarenta y cinco la entrada, les pontificaba yo a los ignaros «no vale lo más mínimo; lo esencial para el gusto refinado es el espacio circulante entre las molduras y los cascotes». La crítica, que no ve más allá de las narices, no captó la fehaciente evolución operada en el ínterin y se atuvo a deplorar la carencia de hojas, de frutas y de pies. Las resultas de esta campaña, que no trepido en calificar de imprudente, no se dejaron esperar. El público, bromista y bonachón al principio, fue juntando presión y todos a una le prendieron fuego a la muestra la propia víspera del cumpleaños del escultor, que sufrió notables

magulladuras debidas al impacto de los cascotes en la región vulgarmente llamada glútea. En cuanto al boletero —este servidor— olfateó lo que se venía, y cosa de no revolver el avispero, se retiró antes de hora, salvando en una valijita de fibra el monto abonado.

Mi camino era claro: buscar una guarida, un nido, un refugio de localización difícil para mantenerme en la sombra cuando al contuso le dieran de alta los practiquinos del hospital Durand. A instancias de un cocinero negro, me instalé en el Nuevo Imparcial, hotel a cuadra y media del Once, donde recogí el material para mi estudio detectivesco *La víctima de Tadeo Limardo*[23] y donde no dejé de hacerle unos pases a la Juana Musante.

Años después, en el Western Bar, frente a un café con leche con medias lunas, me sorprendió Antártido A. Éste, aunque ya repuesto de sus lesiones, tuvo la fineza de no aludir a la valijita de fibra y pronto reanudamos nuestra inveterada amistad al calor de un segundo café con leche, que asimismo costeara de su peculio.

Pero ¿a qué tanto memorizar el pasado, cuando el presente entra en vigencia? Hablo, como el más obtuso ya capta, de la estupenda muestra a que ha dado cima, en la Plaza Garay, la obstinada labor y el genio creativo de nuestro zarandeado campeón. Todo se planeó *sotto voce* en el Western Bar. El sapo de cerveza alternaba con el café con leche; nosotros dos, ajenos a la consumición de los mismos, departíamos amigables. Ahí me musitó su anteproyecto, que bien mirado, no era más que un letrero de chapa, con la leyenda *Muestra escultórica de Antártido A. Garay*, que una vez mantenido por dos postes de pinotea, plantaríamos en lugar aparente, cosa que lo viesen los provenientes de la Avenida Entre Ríos. Yo pugnaba al principio por letra gótica, pero al fin transamos por letra blanca sobre fondo colorado. Sin el menor permiso municipal, nos valimos de la alta noche, cuando duerme el guardián, para clavar bajo la lluvia, que nos mojó las dos cabezas, el cartelón. Consumado el acto nos dispersamos en dirección diversa, para no ser presa de los esbirros. Mi domicilio actual queda a la vuelta, en la calle Pozos; el artista hubo de patearla hasta la zona residencial de la Plaza de Flores.

La mañana siguiente, esclavo de la pura codicia y para madrugar al amigo, me descolgué con la rosada aurora en el verde recinto de la plaza, cuando ya escampaba sobre el cartel y me saludaron los pajarillos. Me investía su autoridad una gorra plana con visera de hule, amén de un guardapolvo de panadero, con botones de nácar. En lo alusivo a entradas, yo me había tomado la precaución de guardar en mi archivo el sobrante de la otra vuelta. ¡Qué diferencia entre los transeúntes humildes, casuales si se quiere, que abonaban sin chistar los cincuenta de *La Nación*, y la cáfila de arquitectos gremializados, que nos metieron pleito, a tres días vista! Sin embargo de lo que alegan los leguleyos, el asunto es franco, patente. A las cansadas lo entendió en su ya clásico bufete de la calle Pasteur nuestro abogado, el doctor Savigny. El juez, que en últimas instancias sobornaríamos con mínima fracción del producido de taquilla, tiene la palabra final. Me predispongo para sonreírme a la postre. Vayan sabiendo todos que la obra escultórica de Garay, expuesta en la placita del mismo nombre, consiste en el espacio que se interpone, hasta tocar el cielo, entre las edificaciones del cruce de Solís y Pavón, sin omitir, por cierto, los árboles, los bancos, el arroyuelo y la ciudadanía que transita. ¡El ojo selectivo se impone!

P. S.: Los planes de Garay van ampliándose. Indiferente a las resultantes del pleito, ahora sueña con una exposición, la número cuatro, que abarcaría todo el perímetro de Núñez. Mañana, ¿quién sabe? Su obra rectora y argentina anexará lo que hay de atmósfera entre las pirámides y la esfinge.

Lo que falta no daña

Dijéramos que cada siglo promueve su escritor, su órgano máximo, su portavoz auténtico; el de los apresurados años que corren ha sentado sus reales en Buenos Aires, donde nació un 24 de agosto de 1942. El nombre, Tulio Herrera; los libros, *Apología* (1959), el poemario *Madrugar temprano* (1961), que captó segundo premio municipal y en 1965 la novela conclusa *Hágase hizo*.

Apología reconoce origen en un episodio curioso, que concierne, todo él, a la tramoya que la envidia tejiera en torno de la espectabilidad de un familiar, el P. Ponderevo, seis veces acusado de plagio. Propios y extraños hubieron de reconocer, en su fuero interno, la simpática adhesión desplegada por esa joven pluma, en favor de su tío. Dos años bastaron para que detectara la crítica un rasgo por demás singular: la omisión a lo largo del alegato del nombre del vindicado, así como de cualquier referencia a los títulos impugnados y a la cronología de las obras que le sirvieron de modelo. Más de un sabueso literario optó por la conclusión de que tales escamoteos obedecían a una soberana delicadeza; dado el atraso de la época, ni el más avispado cayó en la cuenta de que tratábase del primer colazo de una estética nueva. La misma se prestó a un tratamiento *in externo* en las poesías de *Madrugar temprano*. El lector medio que, atraído por la aparente sencillez del título, afrontó la adquisición de algún ejemplar, no caló, ni nada ni poco, en el contenido. Leyó el verso inicial:

Ogro mora folklórico carente

sin barruntar que nuestro Tulio había quemado, como Hernán Cortés, las etapas. La cadena de oro ahí estaba; sólo hacía falta restituir uno que otro eslabón.

En ciertos círculos... concéntricos, el verso fue tildado de oscuro; para clarificarlo, nada más aparente que la anécdota, inventada de cabo a rabo, que nos deja entrever en la Avenida Alvear al poeta, saludando —apretado conjunto de pajizo, de bigote ralo y polainas— a la baronesa de Servus. Según quiere la fama le dijo:

—Señora, ¡cuánto tiempo que no la oigo ladrar!

La intención era obvia. El poeta aludía al pequinés que realzaba a la dama. La frasecilla, a fuer de cortés, nos revela en un fogonazo la doctrina de Herrera; nada se dice del camino intermedio; pasamos ¡oh, milagro de concisión! de la baronesa al ladrido.

Misma metodología manéjase en el verso de más arriba. Un cuaderno de apuntes que obra en nuestro poder y que daremos a la imprenta no bien sucumba el vigoroso poeta, tronchado en plena juventud y salud, nos informa de que *ogro mora folklórico carente* era al principio todavía más largo. Sendas amputaciones y podas fueron precisas para coadyuvar a la síntesis que hoy nos deslumbra. El primer borrador era sonetístico y como luce a continuación:

Ogro de Creta, el minotauro mora
en domicilio propio, el laberinto:
en cambio yo, folklórico y retinto,
carente soy de techo a toda hora.

Tocante al título, *Madrugar temprano* comporta una moderna elipsis del secular y remozado refrán *No por mucho madrugar amanece más temprano*, ya registrado por Correas en forma larval.

Y ahora a la novela. Herrera, que nos ha vendido su borrador, que son cuatro volúmenes manuscritos, nos ha prohibido por el momento la publicación de los mismos, por lo que esperamos la hora de su muerte, para darlos al viejo impresor Rañó. El asunto va para largo, porque la contextura atlética del autor, que es uno de esos que cuando respiran a

fondo nos dejan sin oxígeno, no fomenta la idea de un pronto fin que satisfaga la sana curiosidad del mercado. Consultado nuestro asesor jurídico, nos apresuramos a anticipar un resumen de *Hágase hizo* y de su evolución morfológica.

El rótulo *Hágase hizo* por supuesto lo sacó de la Biblia y de la frase *Hágase la luz y la luz se hizo*, apartando, como era inevitable, las palabras del medio. El argumento es la rivalidad de dos mujeres que se llaman igual y que las dos están enamoradas de un sujeto de quien se habla una sola vez en el libro, y eso con nombre equivocado, porque el autor nos dijo en un arranque muy suyo, que lo honra y nos honra, que se llama Ruperto y él puso Alberto. Es verdad que en el capítulo nono se habla de Ruperto, pero ése es otro, un relevante caso de homónimo. Las mujeres quedan trabadas en una seria competencia, que se resuelve por la administración de cianuro en dosis masivas, escena escalofriante que Herrera trabajó con una paciencia de hormiga y que, desde luego, omitió. Otro brochazo inolvidable nos lo aporta el momento en que la envenenadora descubre ¡tarde piache! que ha exterminado en vano a la otra, ya que Roberto no estaba enamorado de la víctima, sino de la supérstite. Tal escena, que corona la obra, Herrera la planeó con recargado lujo de detalles, pero no la escribió, para no tener que borrarla. Lo que no admite discusión es que este desenlace imprevisto, que hemos trazado muy a la ligera porque el contrato literalmente nos amordaza, es tal vez la realización más lograda de la novelística de la hora. Los personajes a que tiene acceso el lector son simples comparsas, sacadas de otros libros a lo mejor, y que no interesan mayormente a la trama. Se demoran en conversaciones de poca monta y no están al tanto de lo que pasa. Nadie sospecha nada y menos el público, sin embargo de que la obra se tradujese a más de un idioma extranjero y obtuviera faja de honor.

Para finiquitar prometemos, en nuestra calidad de albaceas, la publicación *in toto* del manuscrito, con todas sus lagunas y borratinas. El trabajo se hará por subscripción y por pagos adelantados, que comenzarán a correr en cuanto el autor expire.

Queda abierta asimismo la subscripción para un busto en la fosa

común de la Chacarita, obra del escultor Zanoni, que constará, aplicando a la escultura los módulos del llorado polígrafo, de una oreja, un mentón y un par de zapatos.

Ese polifacético: Vilaseco

Por de contado vienen inculcando las más aladas plumas, la flor y nata de los Sexton Blake de la crítica, que la múltiple obra de Vilaseco cifra como ninguna otra la evolución de la poesía hispanoparlante, en lo que va del siglo. Su primera entrega, el poema *Abrojos del alma* (1901), que dio a luz en *El correo de Ultramar* de Fisherton (Rosario), es la obrilla simpática del novel que en busca de sí mismo aún gatea y cae no pocas veces en lo chirle. Configura un trabajo de lector, antes que de genio que puja, ya que está plagado de influjos (en general ajenos), de Guido Spano y de Núñez de Arce, con marcada preponderancia de Elías Regules. Para decirlo todo en una palabra, nadie se acordaría en el día de hoy de este pecadillo de juventud, a no ser por la potente iluminación que le arrojan los títulos posteriores. Con posterioridad publicó *La tristeza del fauno* (1909), de longitud y métrica igual que la composición anterior, pero signada ya por el sello del modernismo en boga. A continuación Carriego lo impactaría; a un *Caras y Caretas* de noviembre del novecientos once corresponde la tercera carilla que le debemos, el verso intitulado *Mascarita.* Pese a la polarización ejercida por el cantor de los extramuros porteños, en *Mascarita* aflora enjundiosa la personalidad inconfundible, el acento egregio, del madurado Vilaseco de *Calidoscopio*, que se exteriorizó en la revista *Proa*, sobre la consabida viñeta de Longobardi. No paran ahí las cosas; año después emitiría la intencionada sátira *Viperinas*, cuya crudeza insólita de lenguaje desapartó de él ¡para siempre! a tal cual porcentaje de obsoletos. *Evita capitana* se ubica en 1947, y se estrenó con bombas y platillos en la Plaza de Mayo. Subdirector de la Comisión de Cultura

pocas horas después, Vilaseco consagró ese ocio a la planificación de un poema que sería ¡ay! el último, porque falleció mucho antes que Tulio Herrera, que aún se aferra a la vida como los pulpos. *Oda a la integración* fue su canto de cisne, dedicado a diversos gubernativos. Muere tronchado en plena senectud, no sin haber reunido en volumen su producción dispar. Una patética *plaquette*, que firmó *in articulo mortis*, bajo nuestra amistosa coerción, momentos antes de que se lo llevara la funeraria, difundirá su obra en el selecto círculo de bibliófilos que se subscriben a la misma, en mi domicilio particular, sito en la calle Pozos. Quinientos ejemplares en papel pluma, numerados a todo escrúpulo, prácticamente integran la *editio princeps* y, previo importe del abono en sonante y contante, se remitirán por correo, que anda como la mona.

Dado que el exhaustivo prólogo analítico, que va en cursiva cuerpo catorce, corrió por cuenta de mi cálamo, quedé materialmente debilitado, constatándose una disminución de fósforo en el análisis, por lo que apelé a un falto,[24] para el ensobrado, el estampillado y las direcciones. Este factótum, en vez de contraerse a la fajina específica, dilapidó un tiempo precioso leyendo las siete lucubraciones de Vilaseco. Llegó así a descubrir que salvo los títulos eran exactamente la misma. ¡Ni una coma, ni un punto y coma, ni una sola palabra de diferencia! El hallazgo, fruto gratuito del azar, carece por supuesto de importancia para una seria valoración de la versátil obra vilasiquesca y si lo mencionamos a última hora es a fuer de simple curiosidad. El *soi-disant* lunar sobreañade una indubitable dimensión filosófica a la *plaquette*, probando una vez más que pese a la minucia que suele despistar al pigmeo, el Arte es uno y único.

Un pincel nuestro: Tafas

Anegada por la ola figurativa que retorna pujante, peligra la estimable memoria de un valor argentino, José Enrique Tafas, que pereció un 12 de octubre de 1964 bajo las aguas del Atlántico, en el prestigioso balneario de Claromecó. Ahogado joven, maduro sólo de pincel, Tafas nos deja una rigurosa doctrina y una obra que esplende. Sensible error fuera confundirlo con la perimida legión de pintores abstractos; llegó, como ellos, a una idéntica meta pero por trayectoria muy otra.

Preservo en la memoria, en lugar preferente, el recuerdo de cierta cariñosa mañana septembrina en que nos conociésemos, por una gentileza del azar, en el quiosco que aún ostenta su gallarda silueta en la esquina sur de Bernardo de Irigoyen y Avenida de Mayo. Ambos, ebrios de mocedad, nos habíamos apersonado a ese emporio, en busca de la misma tarjeta postal del Café Tortoni en colores. La coincidencia fue factor decisivo. Palabras de franqueza coronaron lo que ya inició la sonrisa. No ocultaré que me acució la curiosidad, al constatar que mi nuevo amigo complementó su adquisición con la de otras dos cartulinas, que correspondían al Pensador de Rodin y al Hotel España. Cultores de las artes los dos, entrambos insuflados de azur, el diálogo elevose muy pronto a los temas del día; no lo agrietó, como bien pudiera temerse, la circunstancia de que el uno fuera un ya sólido cuentista y el otro una promesa casi anónima, agazapada aún en la brocha. El nombre tutelar de Santiago Ginzberg, compartida amistad, ofició de primera cabeza de puente. Hormiguearían luego la anécdota crítica de algún figurón del momento y a la postre, encarados por sendos sapos de cerveza espumada, la discusión alígera, volátil, de

tópicos eternos. Nos citamos para el otro domingo en la confitería El Tren Mixto.

Fue en aquel entonces que Tafas, tras imponerme de su remoto origen musulmano, ya que su padre vino a estas playas enroscado en una alfombra, me trató de aclarar lo que él se proponía en el caballete. Me dijo que en el «Alcorán de Mahoma», para no decir nada de los rusos de la calle Junín, queda formalmente prohibida la pintura de caras, de personas, de facciones, de pájaros, de becerros y de otros seres vivos. ¿Cómo poner en marcha pincel y pomo, sin infringir el reglamento de Alá? Al fin y al cabo dio en la tecla.

Un portavoz procedente de la provincia de Córdoba le había inculcado que, para innovar en un arte, hay que demostrar a las claras que uno, como quien dice, lo domina y puede cumplir con las reglas como cualquier maestrito. Romper los viejos moldes es la voz de orden de los siglos actuales, pero el candidato previamente debe probar que los conoce al dedillo. Como dijo Lumbeira, fagocitemos bien la tradición antes de tirarla a los chanchos. Tafas, bellísima persona, asimiló tan sanas palabras y las puso en práctica como sigue. Primo, con fidelidad fotográfica pintó vistas porteñas, correspondientes a un reducido perímetro de la urbe, que copiaban hoteles, confiterías, quioscos y estatuas. No se las mostró a nadie, ni siquiera al amigo de toda hora, con quien se comparte en el bar un sapo de cerveza. Secundo, las borró con miga de pan y con el agua de la canilla. Tercio, les dio una mano de betún, para que los cuadritos devinieran enteramente negros. Tuvo el escrúpulo, eso sí, de mandar a cada uno de los engendros, que habían quedado iguales y retintos, con el nombre correcto, y en la muestra usted podía leer *Café Tortoni* o *Quiosco de las postales.* Desde luego, los precios no eran uniformes; variaban según el detallado cromático, los escorzos, la composición, etcétera, de la obra borrada. Ante la protesta formal de los grupos abstractos, que no transigían con los títulos, el Museo de Bellas Artes se apuntó un poroto, adquiriendo tres de los once, por un importe global que dejó sin habla al contribuyente. La crítica de los órganos de opinión propendió al elogio, pero Fulano prefería un cuadro y Mengano el de más allá. Todo,

dentro de un clima de respeto.

Tal es la obra de Tafas. Preparaba, nos consta, un gran mural de motivos indígenas, que se disponía a captar en el Norte, y que una vez pintado, lo sometería al betún. ¡Lástima grande que la muerte en el agua nos privara a los argentinos de ese *opus*!

Vestuario I

Según se sabe, la compleja revolución empezó en Necochea. Fecha, el interesante período que se desliza entre 1923 y 1931; personajes protagónicos, Eduardo S. Bradford y el comisario jubilado Silveira. El primero, de prontuario social un tanto indefinido, llegó a ser una institución en la vieja rambla de madera, sin que ello fuera óbice para que se lo viese también en los *thé dansants*, en las tómbolas, en los cumpleaños infantiles y bodas de plata, en la misa de once, en el salón de billar y en los *chalets* más espectables. Muchos recordarán su estampa: blando jipijapa de ala flexible, anteojos de carey, undoso bigote teñido que no acertaba enteramente a ocultar el doble labio fino, cuello palomita y corbata de moño, traje blanco con su botonadura importada, puño con gemelo, botines de taco militar que realzaban la estatura acaso mediocre, mano derecha con bastón de malaca, izquierda prolongada en un guante claro que agitaba, sin prisa, pero sin pausa, la brisa del Atlántico. Su conversación, plena de bonhomía, libaba en los tópicos más diversos, pero se canalizaba a la postre en todo lo atingente a forros, hombreras, dobladillos, fundillos, bonetería, cuellos de terciopelo y ropa de abrigo. Tal predilección no debe extrañarnos; era singularmente friolento. Nadie lo vio bañarse en el mar; recorría la rambla de punta a punta, la cabeza empotrada entre los hombros, brazos cruzados o manos en los bolsillos, y todo él sacudido por los chuchos. Otra peculiaridad que no escapara a los observadores que nunca faltan; pese a la cadena de reloj que unía la solapa al bolsillo izquierdo, se negaba traviesamente a dar la hora. Aunque de generosidad bien probada, no pagaba adiciones ni transfería un centavo

a los pordioseros. En cambio, sacudíalo con frecuencia la tos. Sociable si los hay, mantenía con encomiable altura una distancia prudente. Su lema preferido: *Noli me tangere*. Era amigo de todos, pero no franqueaba su puerta y, hasta el fatídico 3 de febrero de 1931, la *crème* de Necochea no sospechó su domicilio auténtico. Días antes, uno de los testigos había depuesto que lo vio entrar en la pinturería Quiroz, con una billetera en la diestra y salir con la misma billetera y un paquete grueso y cilíndrico. Nadie, tal vez, hubiera descorrido su velo, a no ser por la perspicacia y tesón del comisario jubilado Silveira, hombre fogueado en Zárate, que a impulso de su instinto de sabueso entró a desconfiar. Durante las últimas temporadas, lo siguió con toda cautela, si bien el otro, que parecía no percatarse, noche a noche le daba el esquinazo, a favor de la sombra de los suburbios. La tarea desplegada por el pesquisa fue comidilla de rigor en aquellos círculos y no faltó quien se apartara de Bradford y pasara del diálogo festivo al saludo en seco. Empero, familias cotizadas lo rodearon con delicado agasajo, para remarcarle adhesión. Es más; aparecieron en la rambla ciertos sujetos que guardaban semejanza con él y que, sometidos a examen, se trajeaban de un modo idéntico, aunque de coloratura más pálida y de aspecto francamente menesteroso.

La bomba que empollara Silveira no tardaría en estallar. En la fecha citada dos esbirros, vestidos de civil, y encabezados por el propio comisario, se apersonaron en una casilla de madera de la calle Sin Nombre. Llamaron repetidas veces, forzaron finalmente la puerta e irrumpieron pistola en mano en la frágil vivienda. Bradford se rindió al punto. Alzó los brazos, pero no soltó el bastón de malaca ni se quitó el sombrero. Sin perder un minuto lo arroparon en una sábana portada *ex profeso* y lo cargaron, mientras lloraba y se debatía. Su peso escaso les llamó la atención.

Acusado por el fiscal, doctor Codovilla, de abuso de confianza y atentado al pudor, Bradford capituló inmediatamente, defraudando a sus fieles. La verdad se impuso, palpable. Desde 1923 hasta 1931, Bradford, el caballero de la rambla, circulaba desnudo por Necochea. Sombrero, anteojos de carey, bigote, cuello, corbata, cadena de reloj,

traje y botonadura, bastón de malaca, guantes, pañuelo, botín de taco militar, no eran sino un dibujo en colores aplicado a la *tabula rasa* de su epidermis. En tan amargo trance, la oportuna influencia de amigos estratégicamente colocados hubiera constituido un apoyo, pero salió a la luz una circunstancia que con todos lo malquistó. ¡Su posición económica dejaba mucho que desear! Ni siquiera había dispuesto de medios para solventar un par de anteojos. Viose compulsado a pintárselos, como todo lo demás, incluso el bastón. El juez descargó sobre el delincuente la severidad de la ley. Bradford a continuación nos reveló su temple de pionero en el martirologio de Sierra Chica. Murió allí de bronconeumonía, sin más ropa que un traje de rayas dibujado sobre la carne enteca.

Carlos Anglada, con ese olfato suyo para rastrear las más remunerativas facetas de la modernidad, le consagró una serie de artículos en *L'Officiel.* Presidente de la Comisión Pro Estatua de Bradford en la ex Rambla de Madera de Necochea, reunió firmas y sumas considerables. El monumento, que sepamos, no se ha concretado.

Más circunspecto y más ambiguo se mostró don Gervasio Montenegro, que dictó un cursillo en la Universidad de Verano, sobre la indumentaria a pincel y las inquietantes perspectivas por ésta abiertas al quehacer sastreril. Las cortapisas y renuencias del exponente no tardaron en suscitar la famosa Queja de Anglada: «¡Hasta después de póstumo lo calumnian!». No contento con esto, Anglada desafió a Montenegro a cruzar guantes en cualquier cuadrilátero y, harto impaciente para que la *riposte* lo alcanzara, se dio traslado en *Jet* a Boulogne Sur Mer. Mientras tanto se había multiplicado la secta de los Pictos. Los más audaces y novísimos afrontaban los riesgos inherentes, remedando con precisión al Pionero y Mártir. Otros, por idiosincrasia propensos al *piano, piano*, se acogieron a una vía media: *toupet* de pelo, pero monóculo dibujado y saco en indeleble tatuaje. Sobre el pantalón guardemos silencio.

Tales precauciones resultaron inoperantes. ¡La reacción se manifestó! El doctor Kuno Fingermann, que a la sazón promovía el Bureau de

Relaciones Públicas del Centro de Productores de Lana, dio a la imprenta un volumen intitulado *La esencia de la ropa es el abrigo*, que complementaría muy luego con *¡Arropémonos!* Tales palos de ciego hallaron su eco en un núcleo de jóvenes que, urgidos por un afán de realizaciones muy comprensible, lanzáronse a la calle en forma rodante, envueltos en su Traje Total, que no admitía un solo resquicio, y englobaba a su feliz poseedor, de pies a cabeza. Los materiales preferidos fueron el cuero retobado y la tela impermeable, a los que sumaríanse en breve el colchón de lana, para amortiguación de los golpes.

Faltaba el sello estético. Lo dio la baronesa de Servus, que marcó un rumbo nuevo. Volvió, como primera medida, al verticalismo y a la liberación de brazos y piernas. En connivencia con un grupo mixto de metalúrgicos, artistas del cristal y fabricantes de pantallas y lámparas, creó lo que dio en llamarse el Atuendo Plástico. Obviadas las dificultades de peso, que nadie ha pretendido negar, el Atuendo permite a su portador un desplazamiento seguro. Consta de sectores metálicos, que sugieren el buzo, el caballero medieval y la balanza de farmacia, no sin lanzar destellos rotativos, que ofuscan al peatón. Emite tintineos discontinuos que hacen las veces de agradable bocina.

Dos escuelas proceden de la baronesa de Servus, que da (según un trascendido) su mejor beneplácito a la segunda. La primera es la escuela de Florida; la otra, de tufillo más popular, la de Boedo. Los componentes de ambos bandos coinciden, malgrado sus matices diferenciales, en no aventurarse a la calle.

Vestuario II

Si bien, como se ha indicado a su hora, el calificativo *funcional* acusa un marcado descrédito en el mundillo de los arquitectos, ha escalado posiciones de fuste en el renglón *vestuario.* Por lo demás, el indumento masculino presentaba un flanco harto tentador al embate de los revisionismos críticos. Los reaccionarios han fracasado palmariamente en su vano propósito de justificar la hermosura, o siquiera la utilidad, de aditamentos como la solapa, la botamanga, los botones sin ojaladura, la nudosa corbata y la cinta que el poeta denominara «zócalo del sombrero». La escandalosa arbitrariedad de ornatos tan inoperantes termina de cobrar estado público. A este respecto el fallo de Poblet es definitivo.

No huelga constatar que el nuevo orden mana de un pasaje del anglosajón Samuel Butler. Éste acotará que el llamado cuerpo humano es una proyección material de la fuerza creativa y que, bien visto, no hay diferencia entre el microscopio y el ojo, ya que el primero es un perfeccionamiento del segundo. Lo mismo cabe aseverar del bastón y la pierna, según la tan trillada adivinanza de las pirámides y la esfinge. El cuerpo, en suma, es una máquina: la mano no menos que la Remington, las nalgas que la silla de madera o eléctrica, el patinador que el patín. Por eso no tiene pizca de sentido el prurito de huir del maquinismo; el hombre es un primer esbozo de lo que complementan, por fin, los lentes y la silla de ruedas.

Como ocurre no pocas veces, el gran salto en avance operose por el acoplamiento feliz del soñador que maniobra en la sombra y del empresario. El primero, profesor Lucio Sévola, bosquejó las

generalidades del caso; el segundo, Notaris, estaba al frente de la acreditada Ferretería y Bazar del Mono, que por cambio de ramo es ahora la Sastrería Funcional de Sévola-Notaris. Nos permitimos recomendar al interesado una visita sin compromiso al moderno local de los aludidos comerciantes, que lo atenderán con los miramientos del caso. Un personal experto le permitirá satisfacer sus necesidades a precio módico, surtiéndolo del patentado Guante Maestro, cuyas dos piezas (que rigurosamente corresponden a las dos manos) comportan los siguientes prolonga-dedos: punzón, tirabuzón, estilográfica, artístico sello de goma, estileto, lezna, martillo, ganzúa, paraguas-bastón y soplete autógeno. Otros clientes a lo mejor preferirán el Sombrero Emporio, que posibilita el transporte de alimentos y de valores, cuando no de objetos de toda índole. No se ha puesto aún a la venta el Traje Archivo, que reemplazará el bolsillo por el cajón. El Fundillo con Doble Elástico en Espiral, resistido por el gremio sillero, ha conquistado el favor de la plaza y su auge nos exime recomendarlo en este *reclame*.

Un enfoque flamante

Paradójicamente, la tesis de la historia pura, que triunfara en el último Congreso de Historiadores, ocurrido en Pau, constituye un obstáculo de monta para la comprensión cabal de dicho congreso. En abierta contravención con la propia tesis, nos hemos empozado en el sótano de la Biblioteca Nacional, sección Periódicos, consultando los mismos, referentes al mes de julio del año en curso. Obra no menos plausiblemente en nuestro poder, el boletín polígloto que registra con pelos y señales los encrespados debates y la conclusión a que se llegó. El temario primerizo había sido: ¿La historia es una ciencia o un arte? Los observadores notaron que los dos bandos en pugna enarbolaban, cada cual por su lado, los mismos nombres: Tucídides, Voltaire, Gibbon, Michelet. No desperdiciaremos aquí la ocasión de congratular al delegado chaqueño, señor Gaiferos, que gallardamente propuso a los otros congresales diesen un lugar preferente a nuestra Indo-América, empezando, claro está, por el Chaco, conspicua sede de más de un valor. Lo imprevisible, como tan a menudo, pasó; la tesis que concitó el voto unánime resultó, según se sabe, la de Zevasco: la historia es un acto de fe.

Veramente la hora propicia era madura para que el consenso diera su visto bueno a esa ponenda, de perfil revolucionario y abrupto, pero ya preparada, tras mucha rumia, por la larga paciencia de los siglos. *En efeuto*, no hay un manual de historia, un Gandía, etcétera, que no haya anticipado, con mayor o menor desenvoltura, algún precedente. La doble nacionalidad de Cristóbal Colón, la victoria de Jutlandia, que a la par se atribuyeron, el 16, anglosajones y germanos, las siete cunas de

Homero, escritor de nota, son otros tantos casos que acudirán a la memoria del lector medio. En todos los ejemplos aportados late, embrionaria, la tenaz voluntad de afirmar lo propio, lo autóctono, lo *pro domo*. Ahora mismo, al despachar con ánimo abierto esta sesuda crónica, nos aturulla el tímpano la controversia sobre Carlos Gardel, Morocho del Abasto para los unos, uruguayo para los menos, tolosano de origen, como Juan Moreira, que se disputan las progresistas localidades antagónicas de Morón y Navarro, para no decir nada de Leguisamo, oriental mucho me temo.

Estampemos de vuelta la declaración de Zevasco: «La historia es un acto de fe. No importan los archivos, los testimonios, la arqueología, la estadística, la hermenéutica, los hechos mismos; a la historia incumbe la historia, libre de toda trepidación y de todo escrúpulo; guarde el numismático sus monedas y el papelista sus papiros. La historia es inyección de energía, es aliento vivificante. Elevador de potencia, el historiador carga las tintas; embriaga, exalta, embravece, alienta; nada de entibiar o enervar; nuestra consigna es rechazar de plano lo que no robustece, lo que no positiva, lo que no es lauro».

La siembra germinó. Así la destrucción de Roma por Cartago es fiesta no laborable que se observa desde 1962 en la región de Túnez; así la anexión de España a las tolderías del expansivo querandí es, ahora, y en el ámbito nacional, una verdad a la que garante una multa.

El versátil Poblet, como tantos otros, ha fijado ya para siempre que las ciencias exactas no se basan en la acumulación estadística; para enseñar a la juventud que tres y cuatro suman siete, no se adicionan cuatro merengues con tres merengues, cuatro obispos con tres obispos, cuatro cooperativas con tres cooperativas, ni tampoco cuatro botines de charol con tres medias de lana; intuida al fin la ley, el joven matemático capta que invariablemente tres y cuatro dan siete y no precisa repetir la prueba con caramelos, tigres cebados, ostras y telescopios. Igual metodología quiere la historia. ¿Conviene a una nación de patriotas una derrota militar? Desde luego, no. En los últimos textos aprobados por las autoridades respectivas, Waterloo para Francia es una victoria sobre las hordas de Inglaterra y de Prusia; Vilcapugio,

desde la Puna de Atacama hasta el Cabo de Hornos, es un triunfo despampanante. Al comienzo algún pusilánime interpuso que tal revisionismo parcelaría la unidad de esta disciplina y, peor aún, pondría en grave aprieto a los editores de historias universales. En la actualidad nos consta que ese temor carece de una base bien sólida, ya que el más miope entiende que la proliferación de acertos contradictorios brota de una fuente común, el nacionalismo, y refrenda *urbi et orbi*, el *dictum* de Zevasco. La historia pura colma, en medida considerable, el justo revanchismo de cada pueblo; México ha recobrado así, en letras de molde, los pozos de petróleo de Texas y nosotros, sin poner a riesgo a un solo argentino, el casquete polar y su inalienable archipiélago.

Hay más. La arqueología, la hermenéutica, la numismática, la estadística no son, en el día de hoy, ancilares; han recuperado a la larga su libertad y equiparadas con su madre, la Historia, son ciencias puras.

Esse est percipi

Viejo turista de la zona Núñez y aledaños, no dejé de notar que venía faltando en su lugar de siempre el monumental estadio de River. Consternado, consulté al respecto al amigo y doctor Gervasio Montenegro, miembro de número de la Academia Argentina de Letras. En él hallé el motor que me puso sobre la pista. Su pluma compilaba por aquel entonces una a modo de *Historia Panorámica del Periodismo Nacional*, obra llena de méritos en la que se afanaba su secretaria. Las documentaciones de práctica lo habían llevado casualmente a husmear el busilis. Poco antes de adormecerse del todo, me remitió a un amigo común, Tulio Savastano, presidente del club Abasto Juniors, a cuya sede, sita en el Edificio Amianto, de Avenida Corrientes y Pasteur, me di traslado. Este directivo, pese al régimen doble dieta a que lo tiene sometido su médico y vecino doctor Narbondo, mostrábase aún movedizo y ágil. Un tanto enfarolado por el último triunfo de su equipo sobre el combinado canario, se despachó a sus anchas y me confió, mate va, mate viene, pormenores de bulto que aludían a la cuestión sobre el tapete. Aunque yo me repitiese que Savastano había sido otrora el compinche de mis mocedades de Agüero esquina Humahuaca, la majestad del cargo me imponía y, cosa de romper la tirantez, congratulelo sobre la tramitación del último *goal* que, a despecho de la intervención oportuna de Zarlenga y Parodi, convirtiera el *centro-half* Renovales, tras aquel pase histórico de Musante. Sensible a mi adhesión al Once de Abasto, el prohombre dio una chupada postrimera a la bombilla exhausta, diciendo filosóficamente, como aquel que sueña en voz alta:

—Y pensar que fui yo el que les inventé esos nombres.

—¿Alias? —pregunté, gemebundo—. ¿Musante no se llama Musante? ¿Renovales no es Renovales? ¿Limardo no es el genuino patronímico del ídolo que aclama la afición?

La respuesta me aflojó todos los miembros.

—¿Cómo? ¿Usted cree todavía en la afición y en ídolos? ¿Dónde ha vivido, don Domecq?

En eso entró un ordenanza que parecía un bombero y musitó que Ferrabás quería hablarle al señor.

—¿Ferrabás, el locutor de la voz pastosa? —exclamé—. ¿El animador de la sobremesa cordial de las trece y quince y del jabón Profumo? ¿Estos, mis ojos, le verán tal cual es? ¿De veras que se llama Ferrabás?

—Que espere —ordenó el señor Savastano.

—¿Que espere? ¿No será más prudente que yo me sacrifique y me retire? —aduje con sincera abnegación.

—Ni se le ocurra —contestó Savastano—. Arturo, dígale a Ferrabás que pase. Tanto da...

Ferrabás hizo con naturalidad su entrada. Yo iba a ofrecerle mi butaca, pero Arturo, el bombero, me disuadió con una de esas miraditas que son como una masa de aire polar. La voz presidencial dictaminó:

—Ferrabás, ya hablé con De Filipo y con Camargo. En la fecha próxima pierde Abasto, por dos a uno. Hay juego recio, pero no vaya a recaer, acuérdese bien, en el pase de Musante a Renovales, que la gente lo sabe de memoria. Yo quiero imaginación, imaginación. ¿Comprendido? Ya puede retirarse.

Junté fuerzas para aventurar la pregunta:

—¿Debo deducir que el *score* se digita?

Savastano, literalmente, me revolcó en el polvo.

—No hay *score* ni cuadros ni partidos. Los estadios ya son demoliciones que se caen a pedazos. Hoy todo pasa en la televisión y en la radio. La falsa excitación de los locutores ¿nunca lo llevó a maliciar que todo es patraña? El último partido de fútbol se jugó en esta capital el día 24 de junio del 37. Desde aquel preciso momento, el fútbol, al igual que la vasta gama de los deportes, es un género dramático, a

cargo de un solo hombre en una cabina o de actores con camiseta ante el *cameraman*.

—Señor, ¿quién inventó la cosa? —atiné a preguntar.

—Nadie lo sabe. Tanto valdría pesquisar a quién se le ocurrieron primero las inauguraciones de escuelas y las visitas fastuosas de testas coronadas. Son cosas que no existen fuera de los estudios de grabación y de las redacciones. Convénzase, Domecq, la publicidad masiva es la contramarca de los tiempos modernos.

—¿Y la conquista del espacio? —gemí.

—Es un programa foráneo, una coproducción yanqui-soviética. Un laudable adelanto, no lo neguemos, del espectáculo cientifista.

—Presidente, usted me mete miedo —mascullé, sin respetar la vía jerárquica—. ¿Entonces en el mundo no pasa nada?

—Muy poco —contestó con su flema inglesa—. Lo que yo no capto es su miedo. El género humano está en casa, repantigado, atento a la pantalla o al locutor, cuando no a la prensa amarilla. ¿Qué más quiere, Domecq? Es la marcha gigante de los siglos, el ritmo del progreso que se impone.

—¿Y si se rompe la ilusión? —dije con un hilo de voz.

—Qué se va a romper —me tranquilizó.

—Por si acaso seré una tumba —le prometí—. Lo juro por mi adhesión personal, por mi lealtad al equipo, por usted, por Limardo, por Renovales.

—Diga lo que se le dé la gana, nadie le va a creer.

Sonó el teléfono. El presidente portó el tubo al oído y aprovechó la mano libre para indicarme la puerta de salida.

Los ociosos

La era atómica, la cortina que cae sobre el colonialismo, la pugna de intereses encontrados, la ponenda comunista, la suba del costo de la vida y la retractación de medios de pago, el llamado a la concordia del Papa, el debilitamiento progresivo de nuestro signo monetario, la práctica del trabajo a desgano, la proliferación de supermercados, la extensión de cheques sin fondos, la conquista del espacio, el despoblamiento del agro y el auge correlativo de las Villas Miserias, componen todo un panorama inquietante, que da que pensar. Diagnosticar los males es una cosa; prescribir su terapéutica es otra. Sin aspirar al título de profetas, nos atrevemos, sin embargo, a insinuar que la importación de Ociosos en el país, con vistas a su fabricación en el mismo, contribuirá no poco a disminuir, a modo de sedante, el nerviosismo hoy tan generalizado. El reino de la máquina es un fenómeno que ya nadie disputa; el Ocioso comporta un paso más de tan ineluctable proceso.

Cuál fue el primer telégrafo, cuál el primer tractor, cuál la primera Singer, son preguntas que ponen en un brete al intelectual; el problema no se plantea respecto a los Ociosos. No hay en el orbe un iconoclasta que niegue que el primero de todos obró en Mulhouse y que su indiscutido progenitor fue el ingeniero Walter Eisengardt (1914-1941). Dos personalidades pujaban en ese valioso teutón: el soñador incorregible que entregó a la estampa las dos monografías ponderables, hoy olvidadas, en torno a las figuras de Molinos y del pensador de raza amarilla Lao Tse, y el sólido metódico de realización tenaz y de cerebro práctico que, tras de arquitectar una porción de máquinas netamente

industriales, dio a luz, el 3 de junio de 1939, al primer Ocioso de que haya mentes. Hablamos del modelo que se conserva en el Museo de Mulhouse: apenas, un metro veinticinco de longitud, setenta centímetros de alto y cuarenta de ancho, pero en él casi todos los detalles, desde los recipientes de metal hasta los conductos.

Según es de uso en toda localidad fronteriza, una de las abuelas maternas del inventor era de cepa gala y lo más granado del vecindario la conocía bajo el nombre de Germaine Baculard. El folleto en el cual nos basamentamos para este trabajo de aliento, intuye que esa elegancia que es el sello de la obra de Eisengardt, tiene fuente de origen en aquel riego de sangre cartesiana. No retaceamos nuestro aplauso a esta amable hipótesis, que por lo demás la prohija Jean-Christophe Baculard, continuador y divulgador del maestro. Eisengardt falleció mediante un accidente de automóvil marca Bugatti; no le fue dado ver los Ociosos que hoy triunfan en usinas y escritorios. ¡Pluga que los contemple desde el cielo, disminuidos por la distancia y, por tal causa, más acordes al prototipo que él mismo rematase!

Vaya ahora un bosquejo del Ocioso, para aquellos lectores que todavía no han tenido el escrúpulo de irlo a examinar a San Justo, en la fábrica de Pistones Ubalde. El monumental artefacto cubre el largor de la terraza que centra el punto de la usina. A ojo de buen cubero nos recuerda un linotipo desmesurado. Es dos veces más alto que el capataz; su peso se computa en varias toneladas de arena; el color es de fierro pintado de negro; el material, de fierro.

Una pasarela en escalinata permite que el visitante lo escrute y toque. Sentirá adentro como un leve latido y, si aplica la oreja, detectará un lejano susurro. En efecto, hay en su interior un sistema de conductos por los cuales corre agua en la oscuridad y uno que otro bolón. Nadie pretenderá, sin embargo, que son las cualidades físicas del Ocioso las que redundan en la masa humana que lo rodea; es la conciencia de que en sus entrañas palpita algo silencioso y secreto, algo que juega y duerme.

La meta perseguida por las románticas vigilias de Eisengardt ha sido plenamente lograda; donde quiera que haya un Ocioso, la máquina

descansa y el hombre, retemplado, trabaja.

Los inmortales

And see, no longer blinded by our eyes.

RUPERT BROOKE

Quién me dijera, en aquel ingenuo verano del 23, que el relato *El elegido* de Camilo N. Huergo, del que me hiciera obsequio el autor, con dedicatoria firmada, que por fineza opté por arrancar antes de proponer en venta a sucesivos libreros, encerrara bajo su barniz novelesco un anticipo genial. La fotografía de Huergo, enmarcada en óvalo, ornamenta la tapa. Cuando la miro, me hago la ilusión que se va a poner a toser, víctima de la tisis que tronchó una carrera que prometía. En efecto, a poco murió sin acusar recibo de la carta que le escribí en uno de mis alardes magníficos de generosidad.

El epígrafe que antepongo a este sesudo trabajo lo copié de la obrita en cuestión, y le pedí al doctor Montenegro que me lo pusiera en castilla con resultante negativa. Para que el desprevenido lector se haga su composición de lugar, me abocaré a un resumen comprimido del relato de Huergo, que condensaré como sigue:

El narrador visita en el Chubut a un estanciero inglés, don Guillermo Blake, que amén de la crianza de las ovejas aplica su cacumen a las abstrusidades de ese griego, Platón, y a los más recientes tanteos de la medicina quirúrgica. En base a esta lectura *sui generis*, don Guillermo reputa que los cinco sentidos del cuerpo humano obstruyen o deforman la captación de la realidad y que, si nos liberáramos de ellos, la

veríamos como es, infinita. Piensa que en el fondo del alma están los modelos eternos que son la verdad de las cosas y que los órganos de que nos ha dotado el Creador resultan, *grosso modo*, obstaculizantes. Vienen a ser anteojos negros que obstruyen lo de afuera *y* nos distraen de lo que en nosotros llevamos.

Blake le hace un hijito a una puestera para que éste contemple la realidad. Anestesiarlo para siempre, dejarlo ciego y sordomudo, emanciparlo del olfato y del gusto, fueron sus primeros cuidados. Tomó asimismo todos los recaudos posibles para que el elegido no tuviera conciencia de su cuerpo. Lo demás lo arregló con dispositivos que se encargaban de la respiración, circulación, asimilación y excreción. Lástima que el así liberado no pudiera comunicarse con nadie. El narrador se va, urgido por necesidades de índole práctica. A los diez años vuelve. Don Guillermo se ha muerto; el hijo sigue perdurando a su modo, en su altillo abarrotado de máquinas y con respiración regular. El narrador, al irse para siempre, deja caer un pucho encendido que prende fuego al establecimiento de campo y no acabará de saber si lo ha hecho adrede o por pura casualidad. Así termina el cuento de Huergo, que en su tiempo era raro, pero que hoy superan con creces los cohetes y astronautas de los científicos.

Despachado así a vuela pluma este desinteresado compendio de la fantasía de un muerto, de quien ya nada puedo esperar, me reintegro al meollo. La memoria me devuelve un sábado de mañana, año 64, que yo tenía hora con el doctor gerontólogo Raúl Narbondo. La triste verdad es que los muchachos de antes venimos viejos: la melena ralea, una que otra oreja se tapia, las arrugas juntan pelusa, la muela es cóncava, la tos echa raíces, el espinazo es joroba, el pie se enrieda en los cascotes y, en suma, el *pater familias* pierde vigencia. Había llegado para mí, a no dudarlo, el momento aparente de recabar del doctor Narbondo un reajuste a nuevo, máxime considerando que aquel cambiaba los órganos gastados por otros en buen uso. Con dolor en el alma, porque esa tarde se jugaba el desquite de Excursionistas contra Deportivo Español y acaso yo no arribara entre los primeros a la cita de honor, encamineme al consultorio de Avenida Corrientes y Pasteur. Éste, según

quiere la fama, ocupa el piso quince del Edificio Amianto. Subí por ascensor marca Electra. Cabe la chapa de Narbondo, presioné el timbre y a la postre, tomando el coraje a dos manos, me colé por la puerta, a medio entreabrir y penetré en la propia sala de espera. Allí a solas con *Vosotras* y el *Billiken*, distraje el paso de las horas, hasta que las doce campanadas de un reloj de cuco me sobresaltaron en la butaca. Al punto me demandé: ¿Qué sucede? Ya en plan detectivesco, entré a inspeccionar y aventuré unos pasos hacia el ambiente próximo, bien resuelto, eso sí, a hacerme perdiz al ruidito. De la calle ascendían bocinazos, el pregón del diariero, la frenada que salva al transeúnte, pero, a mi alrededor, gran silencio. Atravesé una especie de laboratorio o de trastienda de farmacia, munida de instrumental y de frascos. Estimulado por la idea de llegar al servicio, empujé la puerta del fondo.

Adentro vi lo que no entendieron mis ojos. El angosto recinto era redondo, blanqueado, de techo bajo, con luz de neón y sin una ventana que aliviara la claustrofobia. Lo habitaban cuatro personajes o muebles. Su color era el mismo de las paredes; el material, madera; la forma, cúbica. Sobre cada cubo, un cubito, con una rejilla y debajo, su hendija de buzón. Bien escrutada la rejilla, usted notaba con alarma que desde el interior lo seguían unos a modo de ojos. Las hendijas dejaban emitir, a intervalos irregulares, un coro de suspiros o vocecitas que ni Dios captaba palabra. La distribución era tal que cada cual estaba enfrente de otro y dos a los lados, componiendo un cenáculo. No sé cuántos minutos pasaron. En eso, entró el doctor y me dijo:

—Disculpe, Bustos, que lo haya hecho esperar. Fui a retirar entrada para el encuentro de Excursionistas. —Prosiguió, señalándome los cubos—: Tengo el gusto de presentarle a Santiago Silberman, al escribano retirado Ludueña, a Aquiles Molinari y a la señorita Bugard.

De los muebles salieron sonidos débiles, más bien incomprensibles. Yo prestamente adelanté una mano y, sin el placer de estrechar la de ellos, me retiré en buen orden, con la sonrisa congelada. Llegué al vestíbulo como pude. Alcancé a balbucear:

—Coñac, coñac.

Narbondo regresó del laboratorio, con un vaso graduado lleno de

agua, en la que disolvió unas gotas efervescentes. Santo remedio: el sabor a vómito me despabiló. Luego, cerrada con dos vueltas la puerta que comunicaba al recinto, vino la explicación:

—Constato satisfecho, caro Bustos, que mis Inmortales lo han impactado. Quién nos iba a decir que el *homo sapiens*, el antropoide apenas desbastado de Darwin, lograría tal perfección. Esta, su casa, le prometo, es la única en Indo-América donde se aplica con rigor la metodología del doctor Eric Stapledon. Usted recordará a no dudar la consternación que la muerte del llorado maestro, acaecida en Nueva Zelandia, ocasionó en sectores científicos. Jáctome, por lo demás, de haber incrementado su labor precursora con algunos toques acordes a nuestra idiosincrasia porteña. En sí la tesis, ese otro huevo de Colón, es bien simple. La muerte corporal proviene siempre de la falla de un órgano, llámele usted riñón, pulmón, corazón o lo que más quiera. Reemplazados los componentes del organismo, corruptibles de suyo, por otras tantas piezas inoxidables, no hay razón alguna para que el alma, para que usted mismo, Bustos Domecq, no resulte Inmortal. Nada de argucias filosóficas; el cuerpo se recauchuta de vez en cuando, se calafatea y la conciencia que habita en él no caduca. La cirugía aporta la inmortalidad al género humano. Lo fundamental ha sido logrado; la mente persiste y persistirá sin el temor de un cese. Cada Inmortal está reconfortado por la certidumbre, que nuestra empresa le garante, de ser un testigo para *in aeterno*. El cerebro, irrigado noche y día por un sistema de corrientes magnéticas, es el último baluarte animal en el que todavía conviven rulemanes y células. Lo demás es fórmica, acero, material plástico. La respiración, la alimentación, la generación, la movilidad, ¡la excreción misma!, ya son etapas superadas. El Inmortal es inmobiliario. Falta una que otra pincelada, es verdad; la emisión de voces, el diálogo, es pasible aun de mejoras. En cuanto a los gastos que eroga, no se preocupe, usted. Por un trámite que obvia legalismos, el aspirante nos traspasa su patrimonio y la firma Narbondo —yo, mi hijo, su descendencia— se compromete a mantenerlo *in statu quo*, durante los siglos de los siglos.

Fue entonces que me puso la mano en el hombro. Sentí que me

dominaba su voluntad.

—¡Ja! ¡Ja! ¿Engolosinado, tentado, mi pobre Bustos? Usted precisará unos dos meses para entregarme todo en acciones. En cuanto a la operación, le hago precio de amigo: en vez de los trescientos mil de práctica, doscientos ochenta y cinco, de a mil, se entiende. El resto de su fortuna es suyo. Queda insumido en alojamiento, atención y *service*. La intervención, en sí, es indolora. Mera amputación y reemplazo. No se problematice. En los últimos días manténgase tranquilo, despreocupado. Nada de comidas pesadas, de tabaco, de alcohol, fuera de un buen *whiskie* a sus horas, envasado en origen. No se deje excitar por la impaciencia.

—Dos meses, no —le contesté—. Uno me basta y sobra. Salgo de la anestesia y soy un cubo más. Usted ya tiene mi teléfono y mi domicilio: nos mantendremos en comunicación. El viernes, a más tardar, vuelvo por aquí.

En la puerta de escape me regaló una tarjeta del doctor Nemirovski, que se pondría a mi disposición para todos los trámites de la testamentería.

Con perfecta compostura caminé hasta la boca del subterráneo. Bajé las escaleras corriendo. Me puse inmediatamente en campaña; esa misma noche me mudé sin dejar un solo rastro al Nuevo Imparcial, en cuyo libro de pasajeros figuro bajo el nombre supuesto de Aquiles Silberman. En la piecita que da al patio del fondo escribo, con barba postiza, esta relación de los hechos.

De aporte positivo

Es de lo más tónico el diálogo con Ortega. Al hombre, claro, échele un galgo; hoy toma el micro en Llavallol, mañana nos saluda lo más campante desde la ventanilla del tren lechero que se desplaza como la lombriz por Burzaco, y pasado, qué sé yo. Espíritu inquieto, se lo divisa por conferencias, academias y otras muestras de pintura; picoteando por aquí y por allá, hay que ver cómo asimila. Ya se sabe, es comisionista.

Vez pasada yo estaba francamente chaucho, incapaz de levantar la menor cabeza, insumiendo unos mates que, le aseguro, se perfilaban de lo más tibiones que se puede pedir, cuando, a las cansadas, enfoco la visual y... ¿a quién veo? No se maten queriendo adivinar, que esto no lo acierta ni el más garifo. A quien vi muy campante saludándome desde lo lejos con un órgano de publicidad y levantando tierra con el calzado, fue a un mozo Ortega, que es comisionista.

Eran las diecisiete en la cocina y yo gozando de la fresca detentaba mi buena parte del porch de ésta, su casa. El hombre progresaba sin desmayar, bordeando el horno de ladrillos y los fondos de la curtiembre. Cuando ya salvó el charco seco, me dijo desde el suelo:

—¡Rataplán, escribano amigo, rataplán! Aquí le traigo un lenitivo en forma de revista de cultura contemporánea. Artes plásticas. Literatura. Teatro. Cine. Música. Crítica.

¡Se despejó la incógnita! El órgano en cuestión que agitara Ortega no era otro que *Letra y Línea*, en su número 3. Me dirán, y no les discuto, que las palabras tan ufanas del gran amigo debieron archivar como una inyección de café con leche y pan con manteca mi desanimado

organismo, pero lo más cierto es que tantas veces uno se ha pelado la frente con revistitas dañinas e insustanciales que no resulta fácil ¡qué pucha! suscribir un voto de confianza. Terminan por hartar esos hebdomadarios de los eternos jovencitos irrespetuosos, que para hacerle bombo a Fulano le pegan a Mengano y se despachan con una suficiencia chocante.

Con más resignación que otra cosa barajé el impreso y cuál no sería mi reacción favorable cuando leí:

El tiempo de tu sonrisa despierta a los relojes
el tiempo de tu sonrisa acelera a los relojes
lanzaste el canto que no se puede detener
el canto que sacude a los personajes inmóviles.

Medio trastabillé con el sacudón. Ya nunca sería el mismo. Pero bien pronto me fue dado elevarme a altitud que se reveló aún más considerable, cuando topé con el inciso que luce a continuación:

Ya no es posible valorizar la opinión de esos aletargados en relación con su tiempo, que persisten en una ignorancia con respecto a la comunicación actual. El escritor debe servir a su tiempo a pesar de los tranvías.

Quedé engolosinado con esta cita, como cuando a uno le rellenan la boca con azúcar molida, pero se me hizo bueno y atiné a manotear este otro concepto, que revista en la misma hoja:

La destrucción, defensa de las actitudes insólitas o conjugación del fracaso, son elementos de aporte positivo.

Para ese joven Ortega ¡diablo de hombre! mi tesitura no constituyó una sorpresa. Humano y benevolente me sonreía, como si fuera mi señor padre. ¡Bien sabía mi benefactor, que a pesar del escaso margen de tiempo que nos deja la profesión, tengo un rinconcito en reserva para las cosas del espíritu, cuando se exhiben con toda seriedad, eso sí!

Me hizo un precio especial por el número, que era una ganga, apalabrándose a conseguirme otros parecidos. En eso, un chancho que siempre lo pone un poco nervioso, le devoró la cinta, las iniciales y un sector de su pajizo negro y a Ortega le dio la loca por irse. Salió como si lo persiguiera una fiera, y el chancho, que es de un pelaje entre rosillo y moro, lo acompañó personalmente hasta que se perdieron de vista.

Despejado el ambiente por la partida del chancho, etc., me afiancé en el sillón de hamaca, donde, perfectamente acondicionado, pasé de la lectura a vuelo de pájaro a un repaso en orden, sesudo, del folleto de referencia. ¡No se chingó la expectativa! A la disparada, vuelco en el papel mi impresión:

Es con encomiable satisfacción que se saluda a un esfuerzo nuestro. La entrega de *Letra y Línea* que tenemos a la vista, tan entonada como las que iniciaran la marcha, brega exitosamente por mantenerse al nivel que ya le exige el grueso público. Firmas espectables, valores sólidos, plumas de fuste, prestigian este informativo, enfocando, a su modo, con aportes siempre meritorios y novedosos, los más candentes y modernos temarios. Se destacan, en el vistoso elenco, Vasco, Vanasco, etc.

Seamos francos, el desprevenido lector no puede menos que preguntarse: estos escritores, profesores y juventud estudiosa ¿es que constituyen un núcleo? A la espera de que un cerebro más preparado nos dé la clave de tan espinoso intríngulis, no trepidamos en adelantar que constituyen todo un ateneo, en que se pugna por los fueros de la cultura ¡y son nuestros votos que por mucho tiempo sigan luciendo, en el tope de la página, el letrero que los encabeza: *Letra y Línea*!

Empresa ésta de honda raigambre en nuestro medio, tuvo ya sus notables antecedentes en diversas publicaciones y boletines de academias, casas de estudio y otras corporaciones. Lo que le da, no obstante, su cuño propio, es el tono ponderado que, unido a las relevantes dotes de solvencia y de ilustración, recoge los sufragios del suscritor.

JORGE LUIS BORGES
ADOLFO BIOY CASARES

Nuevos cuentos de Bustos Domecq
(1977)

Una amistad hasta la muerte

Siempre redunda satisfactoria la visita de un joven amigo. En esta hora preñada de nubarrones, el hombre que no está con la juventud más vale que se quede en el cementerio. Recibí, pues, con la mayor deferencia a Benito Larrea y le sugerí que me efectuara su visita en la lechería de la esquina, cosa de no molestar a mi señora, que baldeaba el patio con creciente mal genio. Nos dimos traslado sin más.

Alguno de ustedes a lo mejor se acuerda de Larrea. Cuando murió su padre se vio heredero de unos pesitos y del quintón de la familia que el viejo le compró a un turco. Los pesitos los fue gastando en farras, pero sin desprenderse de Las Magnolias, la quinta que decayó a su alrededor, mientras él no salía de la pieza, entregado al mate cocido y a la carpintería como *hobby*. Prefirió la pobreza decorosa a transar un solo momento con la incorrección o con el hampa. Benito, hoy por hoy, frisaría los treinta y ocho abriles. Venimos viejos y ya nadie se salva. Lo vi por demás caidón y no levantó cabeza cuando el patasucia trajo la leche. Como yo pescase al vuelo que andaba atribulado, le recordé que un amigo está siempre listo a poner el hombro.

—¡Don Bustos! —gimió el otro mientras escamoteaba una media luna sin que yo lo notase—. Estoy sumido hasta las orejas y si usted no me tiende su cable soy capaz de cualquier barbaridad.

Pensé que iba a tirarme la manga y me puse en guardia. El asunto que lo traía al joven amigo era todavía más bravo.

—Este año de 1927 me resultó la fecha nefasta —explicó—. Por un lado, la crianza de conejos albinos, auspiciada por un avisito en recuadro como esos de Longobardi, me dejó la quinta hecha un colador,

llena de cuevas y de pelusas; por el otro, no acerté un peso en la quiniela ni en el hipódromo. Le soy verdadero, la situación había revestido ribetes alarmantes. En el horizonte asomaban las vacas flacas. En el barrio me negaban el fiado los proveedores. Los amigos de siempre, al divisarme, cambiaban de vereda. Acogotado por todas partes resolví, como corresponde, apelar a la Maffia.

»En el aniversario de la muerte natural de Carlo Morganti me presenté de luto en el palacete de César Capitano, del Bulevar Oroño. Sin aburrir a ese patriarca con el pormenor pecuniario, que fuera del peor gusto, le di a entender que mi desinteresado propósito era aportar una adhesión a la obra que él presidía tan dignamente. Yo temía los ritos de iniciación, de que se habla tanto, pero aquí donde usted me ve, me franquearon las puertas de la Maffia, como si me respaldara el Nuncio. Don César, en un aparte, me confió un secreto que me honra. Me dijo que su situación, por lo sólida, le había granjeado más enemigos que liendres y que a lo mejor le convendría una temporadita en una quinta medio perdida, donde no lo alcanzaran las escopetas. Como no soy afecto a perder oportunidades, a toda velocidad le respondí:

»—Tengo, precisamente, lo que usted busca: mi quinta Las Magnolias. La ubicación es aparente: no está muy lejos que digamos para quien conoce el camino y las vizcacheras descorazonan al forastero. Se la ofrezco a título amistoso y hasta gratuito.

»La última palabra fue el mazazo que la situación requería. Haciendo gala de esa sencillez que es propia de los grandes, don César inquirió:

»—¿Con pensión y todo?

»Para no ser menos le respondí:

»—Usted podrá contar con el cocinero y el peón, como cuenta conmigo, para satisfacer el más inesperado de sus antojos.

»El alma se me fue a los pies. Don César frunció el ceño y me dijo:

»—Qué cocinero ni qué peón. Fiar en usted, un Juan de afuera, es tal vez un dislate, pero ni loco le consiento que meta en el secreto a esos dos, que me pueden vender a Caponsacchi como chatarra.

»La verdad es que no había cocinero ni peón, pero yo le prometí que

esa misma noche los ponía de patitas en la calle.

»Arqueado sobre mí el Gran Capo comunicome:

»—Acepto. Mañana, a las veintiuna clavadas, lo espero valija en mano, Rosario Norte. ¡Que crean que me voy a Buenos Aires! Ni una palabra más y retírese; la gente es mal pensada.

»El más fulminante de los éxitos coronaba mi plan. Tras un improvisado zapateo, gané la puerta.

»Al otro día invertí buena parte de lo que me prestase el carnicero Kosher en alquilarle el *break* a un vecino. Yo mismo hice las veces de cochero y desde las ocho p. m. revisté en el bar de la estación, no sin asomarme cada tres o cuatro minutos, para verificar si todavía no me habían robado el vehículo. El señor Capitano llegó con tanto atraso que si quiere tomar el tren lo pierde. No es sólo el hombre de empresa que el Rosario de acción aplaude y recela, sino un pico de oro continuo, que no te deja meter baza. A las cansadas llegamos con el canto del gallo. Un suculento café con leche reanimó al invitado, que presto retomó la palabra. Pocos minutos bastarían para que se revelara como un conocedor infatigable de los más delicados vericuetos del arte de la ópera, singularmente en todo lo que atinge a la carrera de Caruso. Ponderaba sus triunfos en Milán, en Barcelona, en París, en la Opera House de Nueva York, en Egipto y en la Capital Federal. Carente de gramófono, imitaba con voz de trueno a su ídolo en *Rigoletto* y en *Fedora*. Como yo me mostrase un tanto remiso, dada mi escasa versación musical, limitada a Razzano, me convenció alegando que por una sola representación londinense le habían abonado a Caruso trescientas libras esterlinas y que en los Estados Unidos la Mano Negra le había exigido sumas inmoderadas, bajo amenaza de muerte; sólo la intervención de la Maffia logró impedir que esos malandrines llevaran a buen término su propósito, contrario a la moral.

»Una siestita reparadora que duró hasta las nueve de la noche obvió el asunto almuerzo. Poco después Capitano ya estaba en pie, blandiendo tenedor y cuchillo, con la servilleta al cogote y cantando, con menos afinación que volumen, *Cavalleria rusticana*. Una doble ración de pastel de fuente, regada por su *fiasco* de Chianti, lo entretuvo

durante la perorata; arrebatado por la verba, yo casi no probé bocado, pero llegué a compenetrarme de la actuación privada y pública de Caruso, casi como para dar examen. Malogrado el creciente sueño, no perdí una sola palabra, ni pasé por alto este hecho capital: el anfitrión estaba menos atento a las porciones que engullía que al discurso que despachaba. A la una se regresó a mi dormitorio y yo me acomodé en la leñera, que es el otro aposento que no se llueve.

»A la mañana, cuando me espabilé entumecido para revestir mi gorro de cocinero, descubrí justamente que en la despensa raleaban las vituallas. No era milagro: el amigo Kosher, sin embargo, de ser lo más proclive a la usura, me previno que no volvería a prestarme un kopek; de mis proveedores de práctica, sólo conseguí Yerba Gato, un mínimo de azúcar y unos restos de cáscaras de naranja, que hicieron las veces de mermelada. Dentro de la más estricta reserva, le confié a uno y a todos, que mi quinta hospedaba a un personaje de gran desplazamiento y que en breve no me faltaría el metálico. Mi labia no surtió el menor efecto y hasta llegué a pensar que no me creyesen en cuanto al asilado. Maneglia, el panadero, se propasó y me espetó que ya lo fatigaban mis embustes y que no esperara de su munificencia ni un recorte de miga para el loro. Más afortunado me vi con el almacenero Arruti, a quien importuné hasta arrancarle kilo y medio de harina, lo que me habilitaba para poder capear el almuerzo. No todas son flores para el cristiano que se quiere codear con los que descuellan.

»Cuando volví de la compra, Capitano roncaba a pierna suelta. A mi segundo toque de corneta —reliquia que salvé del remate judicial del Studebaker— el hombre saltó de la cucha con una imprecación y no tardó en absorber ambos tazones de mate cocido y las limaduras de queso. Fue entonces que noté, junto a la puerta, la temida escopeta de dos caños. Usted no me creerá, pero a mí no me agrada por demás vivir en un arsenal que lo carga el diablo.

»Mientras yo echaba mano de una tercera parte de la harina para los ñoquis de su almuerzo, don César no perdió el tiempo que es oro y en una revisada general que no dejó un cajón sin abrir sorprendió una botella de vino blanco, despistada en el taller de carpintería. Ñoqui va,

ñoqui viene, agotó la botella y me tuvo boquiabierto con su interpretación personal de Caruso en *Lohengrin*. Tanto comer, beber y perorar le despertaron el sueño y a las tres y veinte p. m. había ganado la cucha. En el ínterin yo higienizaba el plato y el vaso y gemía con la pregunta ¿qué le voy a servir esta noche? De estas cavilaciones me arrancó un espantoso grito que mientras viva conservaré patente. El hecho superó en horror todas las previsiones. Mi viejo gato Cachafaz había cometido la imprudencia de asomarse a mi dormitorio conforme a su costumbre inveterada y el señor Capitano lo degolló con la tijera de las uñas. Lamenté, como es natural, el deceso, pero en mi fuero interno celebré la valiosa contribución aportada por el barcino al menú de la noche.

»Sorpresa bomba. Engullido el gato, el señor Capitano dejó atrás los temas musicales al uso para darme una prueba de confianza y abocarme a sus proyectos más íntimos, que juzgué improcedentes en grado sumo y que, usted no me creerá, me alarmaron. El plan, de corte napoleónico, no sólo involucraba la supresión, por intermedio de ácido prúsico, del propio Caponsacchi y familia, sino de una porción de compinches a todas luces espectables: Fonghi, el mago de las bombas en mingitorios, el P. Zappi, confesor de los secuestrados, Mauro Morpurgo, alias el Gólgota, Aldo Adobrandi, el Arlequín de la Muerte, todos, quien más, quien menos, caerían a su turno. Por algo me dijo don César, dando un puñetazo que disminuyó la cristalería: “Para los enemigos, ni justicia”. Emitió estas palabras tan enérgicas que cuasi se atoró con un corcho, que manoteó creyendo galleta. Atinó a vociferar:

»—¡Un litro de vino!

»Fue el rayo que ilumina la tiniebla. Administré unas gotas de colorante a un gran vaso de agua que el hombre se zampó entre pecho y espalda y que lo sacó del apuro. El episodio, baladí si se quiere, me tuvo en vela hasta que piaron los pajaritos. ¡Nunca se pensó tanto en una sola noche!

»Disponía de algodón y de naftalina. Con estos ingredientes completé, para la comilona del martes, una fuentada de ñoquis escasany hasta entonces. Día tras día, astutamente incrementé las dosis,

en plena impunidad, porque don César inflamábase con Caruso o regodeábase con los planes de su vendetta. Sin embargo nuestro melómano sabía retornar a la tierra. Créame que más de una vez me recriminó bonachón:

»—Lo veo consumido. Aliméntese, sobrealiméntese, caro Larrea. Por lo que más quiera, vigórese. Mi venganza lo necesita.

»Como siempre me perdió la soberbia. Antes que el primer botellero de la mañana berreara su pregón, mi plan ya estaba, en líneas generales, maduro. La suerte quiso que descubriese, en un ejemplar atrasado del *Almanaque del Mensajero*, unos pesitos bien planchados. Me resistí a la tentación de invertirlos en dos cafés con leche completos y me aboqué sin más a la compra de aserrín, de pinotea y de pintura. Incansable en el sótano, fabriqué con tales enseres un pastel de madera, con bisagra, que pesaría más de tres kilos y que artísticamente recubrí de pintura marrón. Una guitarra desafinada, en desuso, me brindó un juego de clavijas, que remaché con sumo buen gusto a remedo de borde.

»Como quien no quiere la cosa presenté ese *capolavoro* a mi protector. Éste, engolosinado, le clavó el diente, que cedió antes que la vianda. Prorrumpió en una sola palabra máscula, se incorporó cuan alto era y me ordenó, ya con la escopeta en la diestra, que rezara mi última Ave María. Usted viera cómo lloré. No sé si por desprecio o por lástima, el Capo consintió en alargar el plazo unas horas y me conminó:

»—Esta noche, a las veinte ante mis propios ojos, usted se traga este pastel sin dejar una miga. Si no lo mato. Ahora está libre. Sé que no le da el cuero para delatarme ni para intentar una fuga.

»Ésta es mi historia, don Bustos. Le pido que me salve.

El caso era en verdad delicado. Inmiscuirme en asuntos de la Maffia era del todo ajeno a mi tarea de escritor; abandonar al joven a su destino requería cierto coraje, pero la más elemental cordura lo aconsejaba. ¡Él mismo había confesado albergar en su quinta de Las Magnolias a un Enemigo Público!

Larrea se cuadró como pudo y partió hacia la muerte. La madera o el plomo. Lo miré sin lástima.

Más allá del bien y del mal

I

Hotel des Eaux, Aix-les-Bains,
25 de julio de 1924

Querido Avelino:

Te pido que disimules la carencia del membrete oficial. El infascrito ya es todo un cónsul, en representación del país, en esta adelantada ciudad, meca del termalismo. Igual que no dispongo todavía de papel y sobres reglamentarios, tampoco me entregaron el local, donde flameará la celeste y blanca. En el ínterin me las arreglo como puedo en el Hotel des Eaux, que ha resultado un fiasco. Detentaba hasta tres estrellas en la guía del año pasado y ahora lo eclipsan establecimientos menos de confianza que bambolleros, que figuran como *palaces*, gracias a la colocación de avisos. El elemento, hablando claro, no ofrece perspectivas halagüeñas para el lancero criollo. El sector mucamas responde tarde y mal a las emergencias de un paladar severo y, en cuanto a la clientela del hotel... Ahorrándote una lista de nombres que no vienen al caso, paso a la palpitante noticia de que por aquí lo que menos falta son viejas, atraídas por la Fata Morgana del agua sulfurosa. Paciencia, hermano.

Monsieur L. Durtain, el patrón, es, no hesito en declararlo, la primera autoridad viviente en la historia de su propio hotel, y no pierde ocasión

de lucirla, explayándose con la más variada amplitud. A ratos incursiona en la vida íntima de Clementine, el ama de llaves. Noches hay, te lo juro, que no acabo de conciliar el sueño, de tanto barajar esas patrañas. Cuando por fin me olvido de Clementine, entran a molestarme las ratas, que son la plaga de la hotelería extranjera.

Abordemos tópico más encalmado. Para ubicarte un poco intentaré un brochazo, a grandes rasgos, de la localidad. Ite haciendo a la idea de un largo valle entre dos filas de montañas que, si las comparás con nuestra cordillera de los Andes, no son gran cosa que digamos. Al cacareado Dent du Chat, si lo ponés a la sombra del Aconcagua, tenés que buscarlo con microscopio. Alegran a su modo el tráfico urbano los pequeños ómnibus de los hoteles, atestados de enfermos y de gotosos, que se dan traslado a las termas. En cuanto al edificio de las mismas, el observador más obtuso remarca que constituyen un duplicado reducido de la Estación Constitución, menos imponente, eso sí. En las afueras hay un lago chiquito, pero con pescadores y todo. En el casquete azul, las nubes errabundas tienden a veces cortinados de lluvia. Gracias a las montañas no corre el aire.

Rasgo aflictivo que señalo con las más vivas aprensiones: AUSENCIA GENERAL, POR LO MENOS EN ESTA TEMPORADA, DEL ARGENTINO, ARTRÍTICO O NO. Cuidado que la noticia no se vaya a infiltrar en el ministerio. De saberla me cierran el consulado y quién sabe dónde me despachan.

Sin un compatriota con quien relincharme, no hay modo de matar el tiempo. ¿Dónde topar con un fulano capaz de jugar un truco de dos, aunque para el truco de dos a mí no me agarran? Es inútil. El abismo no tarda en profundizarse, no hay lo que vulgarmente se llama un tema de conversación y el diálogo decae. El extranjero es un egoísta, que no le interesa más que lo suyo. La gente aquí no te habla sino de los Lagrange, que están al llegar. Te lo digo francamente: a mí ¿qué me importan? Un abrazo a toda la barra de la Confitería del Molino. Tuyo.

Félix Ubalde, el Indio de siempre.

II

Querido Avelino:

Tu postal me ha traído un poco del calor humano de Buenos Aires. Prometeles a los muchachos que el Indio Ubalde no pierde la esperanza de reintegrarse a la barra querida. Por aquí todo sigue el mismo tranco. Todavía el estómago no termina de tolerar el mate, pero a pesar de todos los inconvenientes que son de prever yo insisto, porque me hice el propósito de matear cada santo día, mientras esté en el extranjero.

Noticias de bulto, ninguna. Salvo que antenoche un alto de valijas y de baúles atrancaba el pasillo. El mismo Poyarré, que es un francés protestador, puso el grito en el cielo, pero se retiró en buen orden cuando le dijeron que toda esa talabartería era de propiedad de los Lagrange o, mejor dicho, Grandvilliers-Lagrange. Cunde el rumor de que se trata de unos señorones de fuste. Poyarré me pasó el dato de que la familia de los Grandvilliers es de las más antiguas de Francia, pero que a fines del siglo XVIII, por circunstancias que maldito me incumben, cambió un poco de nombre. Macaco viejo no sube a palo podrido; a mí no me engatusan fácil y me dejo caer con la pregunta de si esta familia, para la que no dieron abasto los dos changadores del hotel, serán de veras tan señorones o simples hijos de emigrantes, que se han llenado los bolsillos. Hay de todo en la viña del Señor.

Un episodio de apariencia banal me resultó reconfortante. Estando en el salón comedor, adosado a mi mesa inveterada, con una mano prendida del cucharón y la otra en la panera, el aprendiz de mozo me sugirió que me diera traslado a una mesita de emergencia, junto a la puerta de vaivén, que el personal, cargado de bandejas, pugna en abrir a las patadas. Por poco me salí de la vaina, pero el diplomático, ya se sabe, debe reprimir los impulsos y opté por acatar con bonhomía esa orden tal vez no refrendada por el *maître d'hôtel*. Desde mi retiro pude observar con toda nitidez cómo la cuadrilla de mozos arrimaba mi mesa a otra más grande y cómo la plana mayor del comedor se doblaba

en serviles reverencias ante el arribo de los Lagrange. Mi palabra de caballero que no los tratan como si fueran basura.

Lo primero que acaparó la atención del lancero criollo fueron dos chicas que, por el parecido, son hermanas, salvo que la mayor es pecosita, tirando a colorada, y la menor tiene las mismas facciones, pero en moreno y pálido. De vez en cuando un urso medio fornido, que ha de ser el padre, me echaba su mirada furibunda, como si yo fuera un mirón. No le hice caso y procedí al examen atento de los demás del grupo. No bien me sobre el tiempo, te los detallo a todos. Por ahora a la cucha y el último charuto de la jornada.

Un abrazo del Indio.

III

Querido Avelino:

Ya habrás leído, con sumo interés, mis referencias en materia Lagrange. Ahora las puedo ampliar. *Inter nos*, el más simpático es el abuelo. Aquí todo el mundo lo llama Monsieur le Baron. Un tipo formidable: vos no darías cinco centavos por él, flaquito, de estatura de monigote y color aceituna, pero con bastón de malaca y sobretodo azul de buena tijera. Tengo de primer agua que ha enviudado y que el nombre de pila es Alexis. Qué le vamos a hacer.

En edad lo siguen su hijo Gaston y señora. Gaston frisa los cincuenta y tantos años y parece más bien un carnicero coloradote, en estado permanente de vigilancia sobre la señora y las chicas. A la señora no sé por qué la cuida tanto. Otra cosa son las dos hijas. Chantal, la rubia, que yo no me cansaría de mirarla, a no ser por Jacqueline, que a lo mejor le mata el punto. Las chicas son de lo más avispadas y te aseguro que resultan tonificantes y el abuelo es una pieza de museo, que mientras te divierte te desasna.

Lo que me trabaja es la duda de si realmente son gente bien. Entendeme: no tengo nada contra el medio pelo, pero tampoco olvido que soy cónsul y que debo guardar, aunque más no sea, las apariencias. Un paso en falso y ya no levanto cabeza. En Buenos Aires no corrés ningún riesgo: el sujeto distinguido se huele a la media cuadra. Aquí, en el extranjero, uno se marea: no sabés cómo habla el guarango y cómo la persona bien.

Te abraza, el Indio.

IV

Querido Avelino:

El negro nubarrón se disipó. El viernes me arrimé a la portería, como quien no quiere la cosa y, aprovechando el sueño pesado del portero, leí en el memorándum: «9 a. m. Baron G. L. Café con leche y medialunas con manteca». Baron: ile tomando el peso.

Sé que estas noticias, tal vez no truculentas pero jugosas, merecerán también la atención de tu señorita hermana, que se desvive por todo lo alusivo al gran mundo. Prométele, en mi nombre, más material.

Un abrazo del Indio.

V

Mi querido Avelino:

Para el observador argentino, el roce con la aristocracia más rancia provoca verdadero interés. En este delicado terreno te puedo asegurar

que entré por la puerta grande. En el jardín de invierno yo lo estaba iniciando a Poyarré, sin mayor éxito que digamos, en el consumo del mate, cuando aparecieron los Grandvilliers. Con toda naturalidad se sumaron a la mesa, que es larga. Gaston, a punto de emprender un habano, se palpó de bolsillos, para constatar la carencia de fuego. Poyarré trató de adelantárseme, pero este criollo le ganó de mano con un fósforo de madera. Fue entonces que recibí mi primera lección. El aristócrata ni me dio las gracias y procedió con la mayor indiferencia a fumar, guardándose en el paletó, como si no fuéramos nadie, la cigarrera con los Hoyos de Monterrey. Este gesto, que tantos otros confirmarían, fue para mí una revelación. Comprendí en un instante que me hallaba ante un ser de otra especie, de esos que planean muy alto. ¿Cómo ingeniármelas para penetrar en ese mundo de categoría? Imposible detallarte aquí las vicisitudes y los inevitables tropiezos de la campaña que desarrollé con delicadeza y tesón; el hecho es que a las dos horas y media yo estaba pico a pico con la familia. Hay más. Mientras yo departía del modo más correcto y chispeante, diciendo que sí a todo, como un eco, mi retaguardia era muy otra. Sofrenando visajes y pantomimas que me salían del alma, me atuve a la sonrisa enigmática y a la caída de ojos, dirigidas a Chantal, la pecosita, pero que, dada la ubicación de los circunstantes, hicieron blanco en Jacqueline, la de busto menos turgente. Poyarré, con el servilismo que le es propio, consiguió que aceptáramos una vuelta de anís; yo, para no ser menos, me sobresalté con el grito de «¡Champagne para todos!», que felizmente el mozo echó a la broma, hasta que media palabra de Gaston le bajó el cogote. Cada botella descorchada fue como una descarga en pleno pecho y al escurrirme a la terraza, con la esperanza de que el aire me reanimara, vi mi rostro en el espejo, más blanco que el papel de la cuenta. El funcionario argentino tiene que cumplir con su rol y, a los pocos minutos, me reintegré, relativamente repuesto.

Sin más, el Indio.

VI

Querido Avelino:

Gran revuelo en todo el hotel. Un caso que pondría en un zapato la perspicacia de un sabueso. Anoche, en la segunda repisa de la *pâtisserie* figuraba, según Clementine y otras autoridades, un frasco mediano, con la calavera y las tibias que anuncian el veneno para las ratas. Esta mañana, a las diez a. m. el frasco se ha hecho humo. El señor Durtain no hesitó en tomar los recaudos que los perfiles de la situación imponían; en un arranque de confianza que no olvidaré fácil, me despachó al trote a la estación ferroviaria, para buscar al vigilante. Cumplí, punto por punto. El gendarme, no bien llegamos al hotel, procedió a interrogar a medio mundo, hasta las altas horas, con resultado negativo. Conmigo se entretuvo un buen rato y, sin que nadie me soplara, contesté casi todas las preguntas.

No quedó cuarto sin revisar. El mío fue objeto de un examen prolijo, que lo dejó lleno de puchos y colillas. Sólo ese pobre zanahoria de Poyarré, que tendrá sus cuñas, y —por supuesto— los Grandvilliers, no fueron molestados. Tampoco la interrogaron a Clementine, que había denunciado el hurto.

No se habló de otra cosa todo el día que de la Desaparición del Veneno (como algún diario dio en llamar al asunto). Hubo quien se quedó sin comer, por temor de que el tóxico hubiérase infiltrado en el menú. Yo me reduje a repudiar la mayonesa, la tortilla y el sambayón, por ser del color amarillo del matarratas. Portavoces aislados presumieron la preparación de un suicidio, pero tan ominoso pronóstico no se ha cumplido hasta la fecha. Sigo atento la marcha de los sucesos, que pasaré a historiarte en mi próxima.

A más ver, el Indio.

VII

Querido Avelino:

El día de ayer, no te exagero, fue toda una novela de peripecias, que pusieron a prueba el temple de su héroe (ya maliciás quién es) con final imprevisto. Empecé por tirarme un lance. Durante el desayuno, de mesa a mesa, las chicas pusieron sobre el tapete el renglón excursiones. Yo aproveché un pitido oportuno de la cafetera, para deslizar el susurro: «Jacqueline, si luego fuéramos al lago...». Aunque me creas embustero, la respuesta fue: «A las doce, en el saloncito de té». A las menos diez yo estaba de facción, anticipando las más rosadas perspectivas y tascando el bigote negro. Por último apareció Jacqueline. Ni un segundo tardamos en escurrirnos al aire libre, donde noté que el eco de nuestros pasos era más bien toda la familia, inclusive Poyarré, que se había colado y nos pisaba, festivamente, los talones. Para el traslado recurrimos al ómnibus del hotel, que me salió más barato. De saber que a orillas del lago hay un restaurant, de lujo para peor, me trago la lengua antes de proponer el paseo. Pero ya era tarde. Acodada a la mesa, empuñando los cubiertos y arrasando con la panera, la aristocracia reclamaba el menú. Poyarré me susurró con el vozarrón: «Felicitaciones, mi pobre amigo. Por chiripa, se salvó del aperitivo». La sugerencia involuntaria no cayó en saco roto. La propia Jacqueline fue la primera en pedir una vuelta general de Bitter de Basques, que no fue la última. Después le tocó el turno a la gastronomía, donde no faltó ni el *foie gras* ni el faisán, pasando por el *fricandeau* y el *filet*, para redondearla con flanes. Empujose tanta comida con el descorche del Bourgogne y del Beaujolais. El café, el Armagnac y los cigarros de hoja rubricaron el ágape. Hasta Gaston, que es un cogotudo, no me escatimó la deferencia y cuando el barón en persona me pasó, en propia mano, la vinagrera, que resultó vacía, yo hubiera contratado un fotógrafo, para remitir la instantánea a la Confitería del Molino. Me la figuro ya en la vidriera.

A Jacqueline la tuve tentada de la risa, con el cuento de la monja y el papagallo. Acto continuo, con la desazón del galán al que se le terminan los temas, dije lo primero que se me ocurrió: «Jacqueline, ¿si luego fuéramos al lago?». «¿Luego?», dijo ella y me dejó con la boca abierta. «Vamos más pronto que ligero».

Esta vez nadie nos siguió. Estaban como Budas con la comida. Bien solitos los dos, bordeamos la chacota y el *flirt*, dentro del marco impuesto, claro está, por el alto nivel de mi acompañante. El rayo solar pirueteó su fugitivo garabato sobre las aguas de anilina y la naturaleza toda tomó altura para responder al momento. En el redil balaba la oveja, mugía en la montaña la vaca y en la iglesia vecina las campanas rezaban a su modo. Sin embargo, como la formalidad se imponía, me cuadré a lo estoico y volvimos. Una tonificante sorpresa nos aguardaba. En el ínterin, los patrones del restaurant, so pretexto del cierre vespertino, habían conseguido que Poyarré, que ahora repetía como gramófono la palabra *extorsión*, abonara la cuenta del total, complementando el pago con el reloj. Convendrás que una jornada como ésta da ganas de vivir.

Hasta la próxima, Félix Ubalde.

VIII

Querido Avelino:

Mi temporada aquí me está resultando un verdadero viaje de estudio. Sin mayor esfuerzo me aboco a un examen a fondo de esa napa social que, dicho sea de paso, está a punto de agotamiento. Para el observador alertado, estos últimos retoños del feudalismo constituyen un espectáculo que reclama algún interés. Ayer, sin ir más lejos, a la hora del té en el saloncito, Chantal se presentó con una fuentada de panqueques cargados de frambuesas, que ella misma, por deferencia del

pastelero, preparara en las propias cocinas del hotel. Jacqueline les sirvió a todos el *five o'clock* y me arrimó una taza. El barón, sin más, inició el ataque a los manjares, copando hasta dos por mano, mientras nos hacía morir de la risa, alternando casos y anécdotas, del color más subido, con una retahíla de burlas a los panqueques de Chantal, que declaró incomibles. Declaró que Chantal era una chambona, que no sabía prepararlos, a lo que Jacqueline le observó que más le valía no hablar de preparaciones, después de lo ocurrido en Marrakesh, donde el gobierno lo salvó como pudo, repatriándolo a Francia en la valija diplomática. Gaston la paró en seco, pontificando que no hay familia a la que le falten casos delictuosos y aun censurables, que es del peor gusto ventilar ante perfectos desconocidos, entre los que embóscase uno de nacionalidad extranjera. Jacqueline, retrucole que si al dogo no se le ocurre meter el hocico en el obsequio del barón y caer redondo, Abdul Melek no cuenta el cuento. Por su parte Gaston se limitó a comentar que felizmente en Marrakesh no se practicaba la autopsia y que según el diagnóstico del veterinario que atendía al gobernador se trataba de un ataque de *surmenage*, tan común entre los caninos. Yo asentía por turno con la cabeza a lo que cada uno alegaba, avistando al soslayo cómo el viejito no perdía tiempo y se anexaba más y más panqueques. Yo no soy manco y me las arreglé como quien no quiere la cosa, para quedarme con el sobrante.

À l'avantage, Félix Ubalde.

IX

Mi querido Avelino:

Agarrate bien que ahora te remito una escena de esas que te hielan la sangre en el Gaumont. Esta mañana yo me deslizaba lo más campante por el corredor de alfombra colorada que desemboca en el ascensor. Al pasar ante la pieza de Jacqueline, no dejé de notar que la puerta de

referencia estaba a medio abrir. Ver la hendija y filtrarme fue todo uno. En el recinto no había nadie. Sobre una mesa de ruedas dominé, intacto, el desayuno. Mi madre, en eso resonaron pasos de hombre. Como pude me perdí de vista entre los abrigos colgados en la percha. El hombre de los pasos era el barón. Furtivamente se arrimó a la mesita. Yo casi me traiciono por la risa, adivinando que el barón estaba a punto de engullirse el alimento de la bandeja. Pero no. Extrajo el frasco de la calavera y las tibias y, frente a mis ojos, que retrataban el espanto, espolvoreó el café con un polvillo verdoso. Misión cumplida, se retiró como había entrado, sin dejarse tentar por las medias lunas, también espolvoreadas. No tardé en sospechar que maquinase la eliminación de su nieta, tronchada por el hado, antes de tiempo. Me quedé con la duda de estar soñando. ¡En una familia tan unida y tan bien como los Grandvilliers no suelen suceder esas cosas! Venciendo la pavura, traté de acercarme como sonámbulo hasta la mesa. El examen imparcial confirmó la evidencia de los sentidos: ahí estaba el café todavía teñido de verde, ahí las nocivas medias lunas. En un segundo sopesé las responsabilidades en juego. Hablar era exponerme a un paso en falso; de repente me habían engañado las apariencias y yo, por calumniador y alarmista, caía en desgracia. Callar podía ser la muerte de la inocente Jacqueline y acaso el brazo de la ley me alcanzara. Esta consideración final me hizo desgañitar en un grito sordo, cosa que el barón no me oyera. Jacqueline se asomó envuelta en una salida de baño. Principié, como la situación lo exigía, por el tartamudeo; después articulé que mi deber era decirle algo tan monstruoso que las palabras no querían salir. Pidiéndole perdón por la osadía le dije, no sin antes cerrar la puerta, que su señor abuelo, que su señor abuelo, y ya me atranqué. Ella se echó a reír, miró medias lunas y taza, y me dijo: «Habrá que pedir otro desayuno. Que el que envenenó Gran Papá lo sirvan a la ratas». Me quedé de una pieza. Con el hilo de voz le pregunté cómo lo sabía. «Todo el mundo lo sabe» fue su respuesta. «A Gran Papá le da por envenenar a la gente y, como es tan chambón, casi siempre le sale mal».

Fue sólo entonces que entendí. La declaración era concluyente. Ante

mi visión de argentino se abrió de golpe esa gran *terra incognita*, ese jardín vedado al medio pelo: LA ARISTOCRACIA EXENTA DE PREJUICIOS.

La reacción de Jacqueline, aparte de su encanto femenino, sería, no tardé en constatarlo, la de todos los miembros de la familia, grandes y chicos. Fue como si me dijeran en coro, sin mala voluntad, «chocolate por la noticia». El propio barón, no me lo van a creer, aceptó con sonriente bonhomía el fracaso del plan que tanto desvelo le había costado y me repitió, pipa en mano, que no nos guardaba rencor. Durante el almuerzo menudearon las bromas y, al calor de la cordialidad, les confié que mañana era el día de mi santo.

¿Brindaron por mi salud en el Molino?

Tuyo, el Indio.

X

Querido Avelino:

Hoy fue el gran día. Son las diez de la noche, que aquí es tarde, pero no puedo retener la impaciencia y te informo con lujo de detalles. ¡Los Grandvilliers, por medio de Jacqueline, me convidaron a comer en mi honor, en el restaurant que está cerca del lago! En la proveeduría de un argelino alquilé ropa de etiqueta y el correspondiente par de polainas. Me habían apalabrado para las siete en el bar del hotel. A las siete y media pasadas, el barón compareció y, poniéndome la mano en el hombro, me dijo con una broma de mal gusto: «Dese preso inmediatamente». Llegó sin el remanente de la familia, pero todos ya estaban en la escalinata y pasamos al ómnibus.

En el local, donde más de uno me conoce de vista y me saluda con aprecio, comimos y charlamos a cuerpo de rey. Fue una cena a todo trapo, sin el menor lunar: el mismo barón bajaba vuelta a vuelta a la cocina, para supervisar las cocciones. Yo estaba entre Jacqueline y

Chantal. Copa va, copa viene, me sentí a mis anchas, como si estuviera en la calle Pozos, y hasta no vacilé en modular el tango *El ciruja*. Al traducirlo a continuación, descubrí que la lengua de los galos carece de la chispa de nuestro lunfardo porteño y que yo había comido demasiado. Nuestro estómago, hecho a la parrillada y a la buseca, no se halla capacitado para tanto *voulez-vous* como requiere la gran cocina francesa. Cuando sonó la hora del brindis, trabajo me costó incorporarme en los remos traseros, para agradecer, no tanto en mi nombre como en el de la patria lejana, el homenaje a mi cumpleaños. Con la última gota de champagne dulce, nos batimos en retirada. Afuera respiré bien hondo la atmósfera y sentí un comienzo de alivio. Jacqueline me dio un beso en la oscuridad.

Te abraza, el Indio.

P. S. de la una a. m. Los calambres han vuelto. Carezco de la fuerza para arrastrarme a la pera del timbre. El cuarto sube y baja a todo lo que da y yo sudo frío. No sé qué le habrán puesto a la salsa tártara, pero el gusto raro no amaina. Pienso en ustedes, pienso en la barra del Molino, pienso en los domingos de fútbol y...[25]

La fiesta del monstruo

Aquí empieza su aflición.

HILARIO ASCASUBI, *La Refalosa*

—Te prevengo, Nelly, que fue una jornada cívica en forma. Yo, en mi condición de pie plano, y de propenso a que se me ataje el resuello por el pescuezo corto y la panza hipopótama tuve un serio oponente en la fatiga, máxime calculando que la noche antes yo pensaba acostarme con las gallinas, cosa de no quedar como un crosta en la performance del feriado. Mi plan era sume y reste: apersonarme a las veinte y treinta en el Comité; a las veintiuna caer como un soponcio en la cama jaula, para dar curso, con el Colt como un bulto bajo la almohada, al Gran Sueño del Siglo, y estar en pie al primer cacareo, cuando pasaran a recolectarme los del camión. Pero, decime una cosa, ¿vos no creés que la suerte es como la lotería, que se encarniza favoreciendo a los otros? En el propio puentecito de tablas, frente a la caminera, casi aprendo a nadar en agua abombada con la sorpresa de correr al encuentro del amigo Diente de Leche, que es uno de esos puntos que uno encuentra de vez en cuando. No bien le vi su cara de presupuestívoro, palpité que él también iba al Comité y, ya en tren de mandarnos un enfoque del panorama del día, entramos a hablar de la distribución de bufosos para el magno desfile y de un ruso, que ni llovido del cielo, que los abonaba como fierro viejo en Berazategui. Mientras formábamos en la cola pugnamos por decirnos al vesre que una vez en posesión del arma de

fuego nos daríamos traslado a Berazategui, aunque a cada uno lo portara el otro a babucha, y allí, luego de empastarnos el bajo vientre con escarola, en base al producido de las armas, sacaríamos, ante el asombro general del empleado de turno ¡dos boletos de vuelta para Tolosa! Pero fue como, si habláramos en inglés, porque Diente no pescaba ni un chiquito, ni yo tampoco, y los compañeros de fila prestaban su servicio de intérprete, que casi me perforan el tímpano, y se pasaban el Faber cachuzo para anotar la dirección del ruso. Felizmente el señor Marforio, que es más flaco que la ranura de la máquina de monedita, es un antiguo de esos que mientras usted lo confunde con un montículo de caspa, está pulsando los más delicados resortes del alma del popolino, y así no es gracia que nos frenara en seco la manganeta, postergando la distribución para el día mismo del acto, con el pretexto de una demora del Departamento de Policía en la remesa de las armas. Antes de hora y media de plantón, en una cola que ni para comprar kerosene, recibimos de propios labios del señor Pizzurno orden de despejar al trote, que la cumplimos con cada viva entusiasta que no alcanzaron a cortar enteramente los escobazos rabiosos de ese tullido que hace las veces de portero en el Comité.

»A una distancia prudencial la barra se rehízo. Loiácomo se puso a hablar que ni la radio de la vecina. La vaina de esos cabezones con labia es que a uno le calientan el mate y después el tipo —vulgo, el abajo firmante— no sabe para dónde agarrar y me lo tienen jugando al tresiete en el almacén de Bernárdez, que vos a lo mejor te amargás con la ilusión que anduve de farra y la triste verdad fue que me pelaron hasta el último votacén, sin el consuelo de cantar la nápola, tan siquiera una vuelta.

»(Tranquila, Nelly, que el guardaguja ya se cansó de morfarte con la visual y ahora se retira, como un bacán, en la zorra. Dejale a tu Pato Donald que te dé otro pellizco en el cogotito.)

»Cuando por fin me enrosqué en la cucha, yo registraba tal cansancio en los pieses que al inmediato capté que el sueñito reparador ya era de los míos. No contaba con ese contrincante que es el más sano patriotismo. No pensaba más que en el Monstruo y que al otro día lo

vería sonreírse y hablar como el gran laburante argentino que es. Te prometo que vine tan excitado que al rato me estorbaba la cubija para respirar como un ballenato. Reciencito a la hora de la perrera concilié el sueño, que resultó tan cansador como no dormir, aunque soñé primero con una tarde, cuando era pibe, que la finada mi madre me llevó a una quinta. Creeme, Nelly, que yo nunca había vuelto a pensar en esa tarde, pero en el sueño comprendí que era la más feliz de mi vida, y eso que no recuerdo nada sino un agua con hojas reflejadas y un perro muy blanco y muy manso que yo le acariciaba el Lomuto; por suerte salí de esas purretadas y soñé con los modernos temarios que están en el marcador: el Monstruo me había nombrado su mascota y, algo después, su Gran Perro Bonzo. Desperté, y para soñar tanto despropósito había dormido cinco minutos. Resolví cortar por lo sano: me di una friega con el trapo de la cocina, guardé todos los callordas en el calzado Fray Mocho, me enredé que ni un pulpo entre las mangas y las piernas de la combinación —mameluco—, vestí la corbatita de lana con dibujos animados que vos me regalaste el Día del Colectivero y salí sudando grasa porque algún cascarudo habrá transitado por la vía pública y lo tomé por el camión. A cada falsa alarma que pudiera, o no, tomarse por el camión, yo salía como taponazo al trote gimnástico, salvando las sesenta varas que hay desde el tercer patio a la puerta de calle. Con entusiasmo juvenil entonaba la marcha que es nuestra bandera, pero a las doce menos diez, vine afónico y ya no me tiraban con todo los magnates del primer patio. A las trece y veinte llegó el camión que se había adelantado a la hora y cuando los compañeros de cruzada tuvieron el alegrón de verme, que ni me había desayunado con el pan del loro de la señora encargada, todos votaban por dejarme, con el pretexto que viajaban en un camión carnicero y no en una grúa. Me les enganché como acoplado y me dijeron que si les prometía no dar a luz antes de llegar a Ezpeleta me portarían en mi condición de fardo, pero al fin se dejaron convencer y medio me izaron. Tomó furia como una golondrina el camión de la juventud y antes de media cuadra paró en seco frente del Comité. Salió un tape canoso, que era un gusto cómo nos baqueteaba y, antes que nos pudieran facilitar, con toda

consideración, el libro de quejas, ya estábamos traspirando en un brete, que ni si tuviéramos las nucas de queso Mascarpone. A bufoso por barba fue la distribución alfabética; compenétrate, Nelly; a cada revólver le tocaba uno de nosotros. Sin el mínimo margen prudencial para hacer cola frente al *Caballeros*, o tan siquiera para someter a la subasta un arma en buen uso, nos guardaba el tape en el camión del que ya no nos evadiríamos sin una tarjetita de recomendación para el camionero.

»A la espera de la voz de ¡aura y se fue! nos tuvieron hora y media al rayo del sol, a la vista, por suerte de nuestra querida Tolosa, que en cuanto el botón salía a correrlos, los pibes nos tenían a hondazo limpio, como si en cada uno de nosotros apreciaran menos el patriota desinteresado que el pajarito para la polenta. Al promediar la primera hora, reinaba en el camión esa tirantez que es la base de toda reunión social, pero después la merza me puso de buen humor con la pregunta si me había anotado para el concurso de la Reina Victoria, una indirecta, vos sabés, a esta panza bombo, que siempre dicen que tendría que ser de vidrio para que yo me divisara, aunque sea un poquito, los basamentos horma 44. Yo estaba tan afónico que parecía adornado con el bozal, pero a la hora y minutos de tragar tierra medio recuperé esta lengüita de Campana[26] y, hombro a hombro con los compañeros de brecha, no quise restar mi concurso a la masa coral que despachaba a todo pulmón la marchita del Monstruo, y ensayé hasta medio berrido que más bien salió francamente un hipo, que, si no abro el paragüita, que dejé en casa, ando en canoa en cada salivazo que usted me confunde con Vito Dumas, el Navegante Solitario. Por fin, arrancamos, y entonces sí que corrió el aire, que era como tomarse el baño en la olla de la sopa, y uno almorzaba un sangüiche de chorizo, otro su arrolladito de salame, otro su panetún, otro su media botella de Vascolet y el de más allá la milanesa fría, pero más bien todo eso vino a suceder otra vuelta, cuando fuimos a la Ensenada, pero como yo no concurrí, más gano si no hablo. No me cansaba de pensar que toda esa muchachada moderna y sana pensaba en todo como yo, porque hasta el más abúlico oye las emisiones en cadena, quieras que no. Todos éramos

argentinos, todos de corta edad, todos del Sur y nos precipitábamos al encuentro de nuestros hermanos gemelos, que en camiones idénticos procedían de Fiorito y de Villa Domínico, de Ciudadela, de Villa Luro, de La Paternal, aunque por Villa Crespo pulula el ruso y yo digo que más vale la pena acusar su domicilio legal en Tolosa Norte.

»¡Qué entusiasmo partidario te perdiste, Nelly! En cada foco de población muerto de hambre se nos quería colar una verdadera avalancha que la tenía emberretinada el más puro idealismo, pero el capo de nuestra carrada, Garfunkel, sabía repeler como corresponde a ese farabutaje sin abuela, máxime si te metés en el coco que entre tanto mascalzone patentado bien se podía emboscar un quintacolumna como luz, de esos que antes que usted dea la vuelta del mundo en ochenta días me lo convencen que es un crosta y el Monstruo un instrumento de la Compañía del Teléfono. No te digo niente de más de un cagastume que se acogía a esas purgas para darse de baja en el confusionismo y repatriarse a casita lo más liviano; pero embromate y confesá que de dos chichipíos el uno nace descalzo y el otro con patín de munición, porque vuelta que yo creía descolgarme del carro era patada del señor Garfunkel que me restituía al seno de los valientes. En las primeras etapas los locales nos recibían con entusiasmo francamente contagioso, pero el señor Garfunkel, que no es de los que portan la piojosa de puro adorno, le tenía prohibido al camionero sujetar la velocidad, no fuera algún avivato a ensayar la fuga relámpago. Otro gallo nos cantó en Quilmes, donde el crostaje obtuvo permiso para desentumecer los callos plantales, pero ¿quién, tan lejos del pago iba a desapartarse del grupo? Hasta ese momentazo, dijera el propio Zoppi o su mama, todo marchó como un dibujo, pero el nerviosismo cundió entre la merza fresca cuando el trompa, vulgo Garfunkel que le dicen, nos puso blandos al tacto con la imposición de deponer en cada paredón el nombre del Monstruo, para ganar de nuevo el vehículo, a velocidad de purgante, no fuera algún cabreira a cabriarse y a venir calveira pegándonos. Cuando sonó la hora de la prueba empuñé el bufoso y bajé resuelto a todo, Nelly, anche a venderlo por menos de tres pessolanos. Pero ni un solo cliente asomó el hocico y me di el gusto de garabatear en la tapia unas

letras frangollo, que si invierto un minuto más, el camión me da el esquinazo y se lo traga el horizonte rumbo al civismo, a la aglomeración, a la fratellanza, a la fiesta del Monstruo. Como para aglomeración estaba el camión cuando volví hecho un queso con camiseta, con la lengua de afuera. Se había sentado en la retranca y estaba tan quieto que sólo le faltaba el marco artístico para ser una foto. A Dios gracias formaba entre los nuestros el gangoso Tabacman, más conocido por Tornillo Sin Fin, que es el empedernido de la mecánica, y a la media hora de buscarle el motor y de tomarse toda la Bilz de mi segundo estómago de camello, que así yo pugno que le digan siempre a mi cantimplora, se mandó con toda franqueza su "a mí que me registren", porque el Fargo a las claras le resultaba una firma ilegible.

»Bien me parece tener leído en alguno de esos quioscos fetentes que no hay mal que por bien no venga, y así Tata Dios nos facilitó una bicicleta olvidada en contra de una quinta de verdura, que a mi ver el bicicletista estaba en proceso de recauchutaje, porque no asomó la fosa nasal cuando el propio Garfunkel le calentó el asiento con la culata. De ahí arrancó como si hubiera olido todo un cuadrito de escarola, que más bien parecía que el propio Zoppi o su mama le hubiera munido el upite de un petardo Fu-Man-Chú. No faltó quien se aflojara la faja para sonreírse al verlo pedalear tan garufiento, pero a las cuatro cuadras de pisarles los talones lo perdieron de vista, causa que el peatón, aunque se habilite las manos con el calzado Pecus, no suele mantener su laurel de invicto frente a don Bicicleta. El entusiasmo de la conciencia en marcha hizo que en menos tiempo del que vos, gordeta, invertís en dejar el mostrador sin factura, el hombre se despistara en el horizonte, para mí que rumbo a la cucha, a Tolosa...

»Tu chanchito te va a ser confidencial, Nelly: quien más quien menos ya pedaleaba con la comezón del Gran Spiantujen, pero, como yo no dejo siempre de recalcar en las horas que el luchador viene enervado y se aglomeran los más negros pronósticos, despunta el delantero fenómeno que marca *goal*; para la patria, el Monstruo; para nuestra merza en franca descomposición, el camionero. Ese patriota que le saco

el sombrero se corrió como patinada y paró en seco al más avivato del grupo en fuga. Le aplicó súbito un mensaje que al día siguiente, por los chichones, todos me confundían con la yegua tubiana del panadero. Desde el suelo me mandé cada hurra que los vecinos se incrustaban el pulgar en el tímpano. De mientras, el camionero nos puso en fila india a los patriotas, que si alguno quería desapartarse, el de atrás tenía carta blanca para atribuirle cada patada en el culantro que todavía me duele sentarme. Calculate, Nelly, qué tarro el del último de la fila, ¡nadie le shoteaba la retaguardia! Era, cuándo no, el camionero, que nos arrió como a concentración de pie planos hasta una zona, que no trepido en caracterizar como de la órbita de Don Bosco, vale, de Wilde. Ahí la casualidad quiso que el destino nos pusiera al alcance de un ónibus rumbo al descanso de hacienda de La Negra, que ni llovido por Baigorri. El camionero, que se lo tenía bien remanyado al guarda-conductor, causa de haber sido los dos —en los tiempos heroicos del Zoológico Popular de Villa Domínico— mitades de un mismo camello, le suplicó a ese catalán de que nos portara. Antes que se pudiera mandar su Suba Zubizarreta de práctica, ya todos engrosamos el contingente de los que llenábamos el vehículo, riéndonos hasta enseñar las vegetaciones, del puntaje senza potencia, que, por razón de quedar cola, no alcanzó a incrustarse en el vehículo, quedando como quien dice, “vía libre” para volver, sin tanta mala sangre, a Tolosa. Te exagero, Nelly, que íbamos como en ónibus, que sudábamos propio como sardinas, que si vos te mandás el vistazo, el *Señoras* de Berazategui te viene chico. ¡Las historietas de regular interés que se dieron curso! No te digo niente de la olorosa que cantó por lo bajo el taño Potasman, a la misma vista de Sarandí y desde aquí lo aplaudo como un cuadrumano a Tornillo Sin Fin que en buena ley se vino a ganar su medallón de Vero Desopilante, obligándome bajo amenaza de tincazo en los quimbos, a abrir la boca y cerrar los ojos: broma que aprovechó sin un desmayo para enllenarme las entremuelas con la pelusa y los demás producidos de los fundillos. Pero hasta las perdices cansan y, cuando ya no sabíamos lo que hacer, un veterano me pasó la cortaplumita y la empuñamos todos a uno para más bien dejar como

colador el cuero de los asientos. Para despistar, todos nos reíamos de mí; en después no faltó uno de esos vivancos que saltan como pulgas y vienen incrustados en el asfáltico, cosa de evacuarse del carromato antes que el guarda-conductor sorprendiera los desperfectos. El primero que aterrizó fue Simón Tabacman, que quedó propio ñato con el culazo; muy luego, Fideo Zoppi o su mama; por último, aunque reviente de la rabia, Rabasco; acto continuo, Spátola; doppo, el vasco Speciale. En el itnerinato, Morpurgo se prestó, por lo bajo, al gran rejunte de papeles y bolsas de papel, idea fija de acopiar elemento para una fogarata en forma, que hiciera pasto de las llamas al Broackway, propósito de escamotear a un severo examen la marca que dejó la cortaplumita. Pirosanto, que es un gangoso sin abuela, de esos que en el bolsillo portan menos pelusa que fósforos, se dispersó en el primer viraje, para evitar el préstamo de Rancherita, no sin comprometer la fuga, eso sí, con un cigarrillo Volcán, que me sonsacó de la boca. Yo, sin ánimo de ostentación y para darme un poco de corte, estaba ya frunciendo la jeta para debatir la primera pitada cuando el Pirosanto, de un saque, capturó el cigarrillo, y Morpurgo, como quien me dora la píldora, acogió el fósforo que ya me doraba los sabañones y metió fuego al papelamen. Sin tan siquiera sacarse el rancho, el funyi o la galera, Morpurgo se largó a la calle, pero yo, panza y todo, lo madrugué y me tiré un rato antes, y así pude brindarle un colchón, que amortiguó el impacto y cuasi me desfonda la busarda con los noventa kilos que acusa. Sandié, cuando me descalcé de esta boca los tamanguses hasta la rodilla de Manolo M. Morpurgo, l'ónibus ardía en el horizonte, mismo como el spiedo del Perosio, y el guarda-conductor-propietario lloraba dele que dele ese capital que se le volvía humo negro. La barra, siendo más, se reía, pronta, lo juro por el Monstruo, a darse a la fuga, si se irritaba el ciervo. Tornillo, que es el bufo tamaño mole, se le ocurrió un chiste que, al escucharlo vos con la boca abierta, vendrás de gelatina con la risa. Attenti, Nelly. Desemporcate las orejas, que ahí va. Uno, dos, tres, y PUM. Dijo —pero no te me vuelvas a distraer con el spiantacaca que le guiñás el ojo— que el ónibus ardía mismo como el spiedo del Perosio. Ja, ja, ja.

»Yo estaba lo más campante, pero la procesión iba por dentro. Vos, que cada parola que me se cae de los molares, la grabás en los sesos con el formón, tal vez hagas memoria del camionero, que fue medio camello con el del ónibus. Si me entendés, la fija que ese cachascán se mandaría cada alianza con el lacrimógeno para punir nuestra fea conducta estaba en la cabeza de los más linces. Pero no temás por tu conejito querido; el camionero se mandó un enfoque sereno y adivinó que el otro, sin ónibus, ya no era un oligarca que vale la pena romperse todo. Se sonrió como el gran bonachón que es; repartió, para mantener la disciplina, algún rodillazo amistoso (aquí tenés el diente que me saltó y se lo compré después para recuerdo) y ¡cierren filas y paso redoblado: mar!

»¡Lo que es la adhesión! La gallarda columna se infiltraba en las lagunas anegadizas, cuando no en las montañas de basura, que acusan el acceso a la Capital, sin más defección que una tercera parte, *grosso modo*, del aglutinado inicial que zarpó de Tolosa. Algún inveterado se había propasado a medio encender su cigarrillo Salutaris, claro está, Nelly, que con el vistobueno del camionero. Qué cuadro para ponerlo en colores: portaba el estandarte, Spátola, con la camiseta de toda confianza sobre la demás ropa de lana; lo seguían de a cuatro en fondo, Tornillo, etc.

»Serían recién las diecinueve de la tarde cuando al fin llegamos a la Avenida Mitre. Morpurgo se rió todo de pensar que ya estábamos en Avellaneda. También se reían los bacanes, que a riesgo de caer de los balcones, vehículos y demás bañaderas, se reían de vernos de a pie, sin el menor rodado. Felizmente Babuglia en todo piensa y en la otra banda del Riachuelo se estaban herrumbrando unos camiones de nacionalidad canadiense, que el Instituto, siempre attenti adquirió en calidad de rompecabezas en la Sección Demoliciones del ejército americano. Trepamos como el mono a uno caki y entonando el *Adiós, que me voy llorando* esperamos que un loco del Ente Autónomo, fiscalizado por Tornillo Sin Fin, activara la instalación del motor. Suerte que Rabasco, a pesar de esa cara de fundillo, tenía cuña con un guardia del Monopolio y, previo pago de boletos, completamos un

bondi eléctrico, que metía más ruido que un solo gaita. El bondi —talán, talán— agarró p'al Centro; iba superbo como una madre joven que, sotto la mirada del babo, porta en la panza las modernas generaciones que mañana reclamarán su lugar en las grandes meriendas de la vida... En su seno, con un tobillo en el estribo y otro sin domicilio legal, iba tu payaso querido, iba yo. Dijera un observador que el bondi cantaba; hendía el aire, impulsado por el canto; los cantores éramos nosotros. Poco antes de la calle Belgrano la velocidad paró en seco desde unos veinticuatro minutos; yo traspiraba para comprender y anche por la gran turba como hormiga de más y más automotores, que no dejaba que nuestro medio de locomoción diera materialmente un paso.

»El camionero rechinó con la consigna "¡Abajo, chichipíos!" y ya nos bajamos en el cruce de Tacuarí y Belgrano. A las dos o tres cuadras de caminarla, se planteó sobre tablas la interrogante: el garguero estaba reseco y pedía líquido. El Emporio y Despacho de Bebidas Puga y Gallach ofrecía un principio de solución. Pero, te quiero ver, escopeta: ¿cómo abonábamos? En ese vericueto, el camionero se nos vino a manifestar como todo un expeditivo. A la vista y paciencia de un perro dogo, que terminó por verlo al revés, me tiró cada zancadilla delante de la merza hilarante, que me encasqueté una rejilla como sombrero hasta el nasute, y del chaleco se rodó la chirola que yo había rejuntado para no hacer tan triste papel cuando cundiera el carrito de la ricotta. La chirola engrosó la bolsa común y el camionero, satisfecho mi asunto, pasó a atender a Souza, que es la mano derecha de Gouvea, el de los Pegotes Pereyra —sabés— que vez pasada se impusieron también como la Tapioca Científica. Souza, que vive para el Pegote, es cobrador del mismo, y así, no es gracia que dado vuelta pusiera en circulación tantos biglietes de hasta cero cincuenta que no habrá visto tantos juntos ni el Loco Calcamonía, que marchó preso cuando aplicaba la pintura mondongo a su primer bigliete. Los de Souza, por lo demás, no eran falsos y abonaron contantes y sonantes el importe neto de las Chissottis, que salimos como el que puso seca la mamajuana. Bo, cuando cacha la guitarra, se cree Gardel.[27] Es más, se cree Gotuso.[28] Es más, se cree

Garófalo.[29] Es más, se cree Giganti-Tomassoni.[30] Guitarra, propio no había en ese local, pero a Bo le dio con *Adiós, Pampa mía* y todos lo coreamos y la columna juvenil era un solo grito. Cada uno, malgrado su corta edad, cantaba lo que le pedía el cuerpo, hasta que vino a distraernos un sinagoga que mandaba respeto con la barba. A ese le perdonamos la vida, pero no se escurrió tan fácil otro de formato menor, más manuable, más práctico, de manejo más ágil. Era un miserable cuatro ojos, sin la musculatura del deportivo. El pelo era colorado, los libros, bajo el brazo y de estudio. Se registró como un distraído, que cuasi se llevaba por delante a nuestro abanderado, el Spátola. Bonfirraro, que es el chinche de los detalles, dijo que él no iba a tolerar que un impune desacatara el estandarte y foto del Monstruo. Ahí no más lo chumbó al Nene Tonelada, de apelativo Cagnazzo, para que procediera. Tonelada, que siempre es el mismo, me soltó cada oreja, que la tenía enrollada como el cartucho de los manices y, cosa de caerle simpático a Bonfirraro, le dijo al rusovita que mostrara un cachito más de respeto a la opinión ajena, señor, y saludara a la figura del Monstruo. El otro contestó con el despropósito que él también tenía su opinión. El Nene, que las explicaciones lo cansan, lo arrempujó con una mano que si el carnicero la ve, se acabó la escasez de la carnasa y del bife chorizo. Lo rempujó a un terreno baldío, de esos que en el día menos pensado levantan una playa de estacionamiento, y el punto vino a quedar contra los nueve pisos de una pared senza finestra ni ventana. De mientras, los traseros nos presionaban con la comezón de observar y los de fila cero quedamos como sángüiche de salame entre esos locos que pugnaban por una visión panorámica y el pobre quimicointas acorralado que, vaya usted a saber, se irritaba. Tonelada, atento al peligro, reculó para atrás y todos nos abrimos como abanico dejando al descubierto una cancha del tamaño de un semicírculo, pero sin orificio de salida, porque de muro a muro estaba la merza. Todos bramábamos como el pabellón de los osos y nos rechinaban los dientes, pero el camionero, que no se le escapa un pelo en la sopa, palpitó que más o menos de uno se estaba por mandar *in mente* su plan de evasión. Chiflido va, chiflido viene, nos puso sobre la pista de un montón

aparente de cascote, que se brindaba al observador. Te recordarás que esa tarde el mómetro marcaba una temperatura de sopa y no me vas a discutir que un porcentaje nos sacamos el saco. Lo pusimos de guardarropa al pibe Saulino, que así no pudo participar en el apedreo. El primer cascotazo lo acertó, de puro tarro, Tabacman, y le desparramó las encías, y la sangre era un chorro negro. Yo me calenté con la sangre y le arrimé otro viaje con un cascote que le aplasté una oreja y ya perdí la cuenta de los impactos, porque el bombardeo era masivo. Fue desopilante; el jude se puso de rodillas y miró al cielo y rezó como ausente en su media lengua. Cuando sonaron las campanas de Monserrat se cayó, porque estaba muerto. Nosotros nos desfogamos un rato más, con pedradas que ya no le dolían. Te lo juro, Nelly, pusimos el cadáver hecho una lástima. Luego Morpurgo, para que los muchachos se rieran, me hizo clavar la cortaplumita en lo que hacía las veces de cara.

»Después del ejercicio que acalora me puse el saco, maniobra de evitar un resfrío, que por la parte baja te representa cero treinta en Genioles. El pescuezo lo añudé en la bufanda que vos zurciste con tus dedos de hada y acondicioné las orejas sotto el chambergolino, pero la gran sorpresa del día la vino a detentar Pirosanto, con la ponenda de meterle fuego al rejunta piedras, previa realización en remate de anteojos y vestuario. El remate no fue suceso. Los anteojos andaban misturados con la viscosidad de los ojos y el ambo era un engrudo con la sangre. También los libros resultaron un clavo, por saturación de restos orgánicos. La suerte fue que el camionero (que resultó ser Graffiacane) pudo rescatarse su reloj del sistema Roskopf sobre diecisiete rubíes, y Bonfirraro se encargó de una cartera Fabricant, con hasta nueve pesos con veinte y una instantánea de una señorita profesora de piano, y el otario Rabasco se tuvo que contentar con un estuche Bausch, para lentes, y la lapicera fuente Plumex, para no decir nada del anillo de la antigua casa Poplavsky.

»Presto, gordeta, quedó relegado al olvido ese episodio callejero. Banderas de Boitano que tremolan, toques de clarín que vigoran, doquier la masa popular, formidavel. En la Plaza de Mayo nos arengó la

gran descarga eléctrica que se firma doctor Marcelo N. Frogman. Nos puso en forma para lo que vino después: la palabra del Monstruo. Estas orejas la escucharon, gordeta, mismo como todo el país, porque el discurso se trasmite en cadena.

Pujato, 24 de noviembre de 1947

El hijo de su amigo

I

—Usted, Ustáriz, pensará de mí lo que quiera, pero soy más porfiado que el vasco de la carretilla. Para mí, el renglón libros es una cosa y el cinematógrafo es otra. Mis novelitas serán como el matete del mono con la máquina de escribir, pero la jerarquía de escritor la mantengo. Por eso la vez que me pidieron una comedia bufa para la S. O. P. A. (Sindicato de Operarios y Productores Argentinos) les rogué por favor que se perdieran un poquito en el horizonte. Yo y el cinematógrafo... ¡salga de ahí! No ha nacido el hombre que me haga escribir para el celuloide.

»Claro que cuando supe que Rubicante gravitaba en la S. O. P. A. me dejé poner bozal y manea. Además, hay factores que usted le tiene que sacar el sombrero. Desde el anonimato de la platea, pierdo la cuenta de los años que yo he seguido, con interés francamente cariñoso, la campaña que hace la S. O. P. A. en pro de la producción nacional, zampando en cada noticiario de ceremonias y banquetes un tendal de tomas que usted se distrae viendo la fabricación del calzado, cuando no el sellado de los tapones o el etiquetado de los envases. Añada que la tarde que perdió Excursionistas, se me apropincuó Farfarello en el trencito del Zoológico, y me dejó pastoso con el notición que la S. O. P. A. tenía programada para su ejercicio del 43 una cadena de películas que aspiraban a copar el mercado fino, dando calce al hombre de pluma, para que despachara una producción de alto vuelo, sin la

concesión de rigor al factor boletería. Me lo dijo y no lo creí hasta que lo dijo de propios labios. Hay más. A las cansadas me juró por un viejito que nos tenía medio fastidiados cantando *Sole mio*, que lo que es esa vuelta no me harían laburar, como las anteriores, sin otra resultante que un apreciable consumo de block Coloso. Los trámites se llevarían gran estilo: un contrato en letra de mosca, que a usted se lo refriegan suave por las narices y después le pone una firma que, cuando sale a tomar aire, va con su collar y cadena; un adelanto sustancial en metálico, que engrosaría *ipso facto* el fondo común de la sociedad, de la que yo tenía derecho a considerarme adherente; la promesa, bajo palabra, de que la mesa directiva tomaría en consideración, u no, los argumentos sometidos por el firmante, que, previa aprobación de la Nena Nux (que para mí tiene su historia con un peticito gangoso que sabe circular en el ascensor), asumirían, a su debido tiempo, la forma de verdaderos anteproyectos de guión y diálogo.

»Créame una vez en la vida, Ustáriz: soy todo un impulsivo, cuando conviene. Engolosinado, me lo apestillé a Farfarello: le obsequié una gaseosa que consumimos sotto la vigilancia del cebú; le calcé un medio Toscanini en el morro y me lo llevé, en un placero, entre cuentos al caso y palmaditas, al Nuevo Parmesano de Godoy Cruz. Para preparar el estómago, embuchamos hasta sapo por barba; después tuvo su hora el minestrón; después nos dimos por entero el desgrase del caldo; después, con el Barbera, se nos vino el arroz a la Valenciana, que medio lo asentamos con un Moscato y así nos dispusimos a dar cuenta de la ternerita mechada, pero antes nos dejamos tentar por unos pastelones de albóndiga y la panzada concluyó con panqueques, fruta mezzo verdolaga, si usted me entiende, un queso tipo arena y otro baboso y un cafferata-express con mucha espuma, que mandaba más ganas de afeitarse que de cortarse el pelo. En ancas del espumoso cayó el señor Chissotti en persona, en su forma de grappa, que nos puso la lengua de mazacote y yo la aproveché para dar una de esas noticias bomba, que hasta el camello de la joroba se cae de espalda. Sin gastarme en prólogos ni antesalas, me lo preparé suavito, suavito, a Farfarello, para cortarle el hipo con la sorpresa que yo ya disponía de un argumento

que sólo le faltaba el celuloide y un reparto de bufos que el día de pago la S. O. P. A. entra en franca disolución. Aprovechando que uno de tantos caramelos pegote se le había incrustado en la cavidad, que ni tan siquiera el mozo de la panera se lo consiguió del todo extraer, principié a narrarle *grosso modo*, con lujo de detalles, el argumento. El pobre escucha se mandó cada bandera blanca y me rechinó en las orejas que ese argumento yo se lo había contado más veces que espinas había tenido el besugo. Tómele el pulso al sucedido: Farfarello me pasó el dato que una palabra más y que no me presentaría, el día menos pensado, al gobierno títere de la S. O. P. A. ¿Qué otro remedio me quedó, le pregunto, que abonar la consumición, acondicionarlo en un taxi y distribuirlo a domicilio en Burzaco?

»A gatas no había pasado un mes de orejearla en el banco de la paciencia, cuando vino la citación de apersonarme en un "edificio propio", en Munro, donde sabía roncar el tigraje de los que pisan fuerte en la S. O. P. A.

»¡Qué muestrario que tiene su interés! Esa misma tarde logré repantigar la visual sobre las eminencias grises que dan su pauta a la pujante industria del cine. Estos ojos, en los que usted se refleja con esa cara de pan de leche, conocieron tiempos mejores, mirando como dos babosos a Farfarello, que es uno de esos rubios tipo ladrillo, con jeta de negro bozal; al doctor Persky, con la sonrisa de buzón y los lentes, que tira a sapo visto bajo el agua; a la señora Mariana Ruiz Villalba de Anglada, con la flacura que le exige Patou, y a la pobre hormiga Leopoldo Katz, que hace de secretario de la señora y usted piu tosto lo toma por japoneso. Como para tapar la boca al más insaciable, en cualquier momento podía comparecer el Pibe del Centro, el empresario de los grandes sucesos, el rey sin corona del Buenos Aires noctámbulo, el bacanazo del Pigall y de La Emiliana, ese porteño por antonomasia que se llama Paco Antuñano y Pons. No es todo: casi llegó también Rubicante, el bancario que dota a las quimeras de una base en metálico. Hay más: no perdí la cabeza. Rápido me di cuenta de que rolaba en un alto círculo y me reduje a mirar fijo, a toser, a tragar saliva, a venir brillante con el sudor, a poner cara de atención cuando

estaba en Babia y a repetir sí, sí, ja, ja, como un coro griego. Después sirvieron el cognac en balones y yo pasé como valija diplomática a los cuentos más repugnantes, a la pantomima inequívoca y, en una palabra, a lo que se llama un derroche de idioteces y obscenidades.

»Las consecuencias de esa patinada fueron luctuosas: el doctor Persky, que no aguanta que otro se luzca, se desfiguró con la envidia y desde entonces me rigorea que es un gusto; la señora Mariana, al calor de la performance, creyó descubrir en mí un pico de oro, una de esas máquinas de *causeur* que antes se estilaban en los salones y yo me veo en cada angostura que no abro la boca ni para papar una mosca.

»Una tarde yo estaba más contento que con el premio de la reina Victoria, cuando cayó mi amigo Julio Cárdenas. No me venga con el globo cautivo que no lo conoce, usted que siempre formó, por derecho propio, entre la chusma y el negraje. Haga memoria: es hijo del viejo Cárdenas, un vejete de levita rabona, que nadando a lo perro y vigilando la pipa de porcelana que le adornaba el hocico, me salvó la vida hace un rato, cuando la última creciente del Maldonado. Julio, un mocito enlutado, con ojos de esos que dan gana de plantarle un termómetro, y que yo le garanto que lo miré con franca suspicacia por el vestuario baratieri y la pinta de miserable zanagoria, que si se acercaba a las grandes mecas del celuloide es con la triste idea de venderles un argumento. Literato habemos, me dije, y ya le hice la cruz, viendo en ese amigo-sorpresa un competidor peligroso. Tómese una vitamina y comprenda mi situación: si el giovinotto pone de manifiesto un cuaderno y nos repugna las orejas con un cinedrama en su forma de engedro inédito, soy capaz de resfriarme con la rabia. La cosa la vi negra, Ustáriz, pero el destino a última hora me ahorró el embuche de esa píldora amarga. Cárdenas no venía como literato, sino que revestía las características de un estudiante aficionado a las máquinas filmadoras. Anche a la señora Mariana, según la fábula que nos quiso embutir entre ceja y ceja ese pobre intruso de Farfarello. Yo le demostré hasta el cansancio (que gana no me faltó de echar un ronquido a la disparada en la cama jaula) que su ponencia carecía francamente de base, porque cómo, páseme el dato, le iba a importar la

señora Mariana si yo dije que sólo le importaban las máquinas filmadoras. ¡Farfarello mascó el polvo de la derrota!

»Usted pensará que yo, entre tanta estrella, estaría como el que se atragantó con la sopa seca. Hágase a un lado. Yo me aceité el cacumen y lo hice trabajar que más que cabeza parecía ventilador con sombrero Borsalino. Me hubiera visto, con la brocha a dos manos, dando curso a un libreto gran suceso, en que se perfilaba el romance de una muñequita social, con chalet propio en la Avenida de Mayo, para no decir nada de la estanzuela donde, para tentar de risa a las amiguitas, le hizo creer al gauchito protagónico que se había prendado de él y al fin —¡no se descole con la sorpresa!— se enamoró de veras y los maridó el capitán del piróscafo en que hacían un crucero a Ushuaia, porque antes hay que conocer lo nuestro. Una cinejoya con su interés para el docente; porque usted pasa echando chispas del pericón a la pampa y escolta a la simpática pareja que no desoye los imperativos telúricos y da pie a la cámara para sacar vistas de algunos parajes. La cosa es que a los tantos días vista los dejé preocupados con la noticia que había adornado con el punto final a una comedia bufa —inédita, eso sí. La cosa quisieron tomarla a broma, pero yo dele y dele y no les quedó más remedio que sacrificar una fecha para la lectura. *Ipso facto* promulgaron un estatuto con artículo único, donde se aconsejaba que el acto fuera a puerta cerrada para que yo no molestara con pesadeces.

»Resentí el golpe, pero qué pucha si estaba más acorazado que una rodillera con *¡Terminaron casándose!*, que así la pegué con el título que haría las veces de nombre para la comedia bufa de referencia. Yo estaba tranquilo, tranquilo, porque sabía que mi comedieta era un comprimido de esos que no fallan impacto y que el comité de lectura corría la fija de venir sin baba con el palpitante interés. Usted que me conoce, no haga el triste papel de figurarse que yo me iba a perder tamaña función. Pasé unos días sin formalizar otra cosa que asomarme al reloj, con la comezón de engrosar la barra de escuchas, manteniéndome en el recinto, aunque más no sea de barriga en debajo de la piel con cabeza de tigre. En el pizarrón con letra de tiza vi que el rubro Lectura y Rechazo de *¡Terminaron casándose!* lo habían

postergado para el viernes a las dieciocho y treinta y cinco.

II

—Una vez que yo estaba medio dormido usted me durmió todo con un cuento de una vistita para el celuloide. Supongo que lo sacaron carpiendo.

—No se haga ilusiones, Ustáriz. Le voy a contar el sucedido con suma prolijidad. Al viernes fijado para la lectura, a gatas lo postergaron tres meses. Eso sí, mantuvieron el reglamento que yo no pudiera asistir. El día fatal, para que mi manganeta se mantuviera muy por encima de las más bajas suspicacias, hice acto de presencia a las dieciséis y me dejé caer en el infundio que a las dieciocho y treinta y cinco se inauguraba en un localito exprofeso la Exposición Municipal de Productos Adulterados, que hasta usted, con esa pinta de falto, sabe que no me la pierdo ni por un Provolone, porque llevo la pichincha en la sangre, y la idea fija de comprar a precio manicomio me hace adquirir cada remesa de pasta de Mascarpone en desuso que si me aseguran en una trampera no hay un rodedor a la redonda que falte a la cita. Farfarello, que en materia de comprar munición de boca siempre está alerta, se me quiso enganchar y por poco el cuerpo directivo de la S. O. P. A. no se trasladó en masa al localito que yo había inventado en base a macanas fritas y la más pura patraña; por suerte el Poldo Katz cortó de raíz esa propensión y nos resultó el perro de la disciplina, porque nos recordó, a mí tan luego, que esa tarde tocaba rechazar *¡Terminaron casándose!* como mandaba el pizarrón. Persky, que ni un caballo calculador le cuenta las pecas, me otorgó un plazo prudencial para salir como bicicleta en seguida. Yo no quería otra cosa, pero la máquina, ¿quién me la saca?

»Con un apreciable margen de error, que, en efecto, no perdonaba el depósito de escobas y escobillones que es todo una muestra de cómo derrocha el centavito el jefe de personal de la S. O. P. A., saqué en

limpio que la lectura obraría en el saloncete de la mesa redonda, donde está el mueble con esa forma. Por suerte que también está un biombo, de esos chinos, con animales dañinos, y detrás se constituye un recinto, medio escasany, pero tan oscuro que a usted ni lo localiza la mosca. Después del "Adiós, adiós, corazón de arroz", que impone el más frío convencionalismo, salí haciendo visajes y ainda mais, para dejar bien sentado que ganaba la calle, pero lo más cierto es que después de pasearme en el ascensor de servicio, entré a lo anguila en el saloncete de la mesa ídem y me embosqué —si lo adivina le obsequio este boleto usado— en la retaguardia del biombo.

»Apenas aguaité mis tres cuartos de hora, Tic-Tac en mano, cuando por orden alfabético fueron cundiendo los susodichos, pero ni sueñe que ese rabonero de Katz, porque para mí que se resertó como el que no hace honor a su firma. Se sentaron a silla por barba y alguno detentó un sillón giratorio. El parlamento al principio era caprichoso, pero Persky los devolvió a la realidad con la ducha fría de "lean, ufa". Todos querían no leer, pero el inexorable *Zeta balleta* favoreció a la señora Mariana, que empezó a leer a trompezones, con un hilo de voz y a cada rato se volvía a perder. Farfarello, que tiene chapa de olfa, ya tuvo que someter la ponencia:

»—En la voz de la señora de Ruiz Villalba, terciopelo y cristal, el matete más horroroso deviene transitable. La jerarquía, la distinción nata, el rango, la belleza si se quiere, doran la píldora y nos hacen embuchar cada bodrio. Yo más bien propondría que leyera este mocito Cárdenas, que por lo mismo que es carente de simpatía contagiosa, permitirá, a trueque que quedemos como embalsamados, un juicio aproximativo.

»—Chocolate por la noticia —dijo la señora—. Yo ya estaba por decir que ya se sabe que yo leo regio.

»Persky opinó ponderadamente:

»—Que lea Cárdenas. A lector malo, guión pésimo. Arreglado al carancho es el nido.

»Se rieron que daba gusto. Farfarello, que no sabe más que apoyarse en la opinión general, emitió un juicio que era todo un insulto sobre mi

conducta y sobre mi facha. ¡Viera el suceso que logró! Lo menos que dijeron es que yo tenía más de tarugo que de otra cosa. Lo que no se podían palpitar esos pobres cristos era que yo estaba a la escucha detrás del biombo, y que los sobraba lo más cafisho y no les perdía palabra. Todo palideció cuando el inaguantable latero se puso a leer con esa vocecita de robinete descompuesto. Dejalos que se mofen, yo me decía, que ya la obrita se va a imponer, por su propio peso. Así fue. Principiando se reían como descolados y después se cansaron. Desde mi biombo, yo seguía la lectura con notable curiosidad, aquilatando en su valor cada pincelada, hasta que en menos tiempo de lo que usted se figura también me agarró el sueño como a los otros.

»Me despertaron las puntadas en todo el cuerpo y el gusto a cebo en la boca. Al manotear la mesa de luz, tropiezo con el biombo. No se veía sino negro. Después de un rato que monopolizara Mieditis capté la sincera verdad. Todo el mundo se había retirado y yo había quedado encerrado adentro, como el que pasó la noche en el Zoológico. Vi claro que había sonado la hora de jugarme el todo por el todo y avancé gateando en la dirección de lo que yo creí la puerta y resultó cocazo. Las aristas de la mesa ratona cobraron su tributo de sangre y después casi quedo asimilado a los debajos del sillón-otomana. Gente sin voluntad, que se cansa súbito —usted, Ustáriz, pongamos por caso— hubiera tentado elevarse sobre las patas traseras y prender la luz. Yo no, yo soy de fabricación especial y no me parezco al común denominador: seguí lo más cuadrúpedo en el oscuro, abriendo cada brecha con los chichones que todavía me duele la razón social A. Cabezas. Con el movimiento de la nariz giré el picaporte y en eso, mama mía, oigo que en el inmueble sin un alma sube el ascensor. ¡Un Otis de capacidad reforzada! El gran interrogante era cerciorar si eran cacos que me desvalijarían hasta la caspa o un sereno a la antigua, capaz de no mirarme con buenos ojos. Las dos chances me dejaron sin gana de tomar un completo con medias lunas. A gatas tuve tiempo de recularme cuando apareció el ascensor, comparable a una jaula iluminada que descargó dos pasajeros. Entraron sin fijarse en un servidor, cerraron, chau, la puerta y me dejaron solito en el pasillo,

pero ya los tenía catalogados. ¡Qué cacos ni qué sereno! Se trataba más bien del mozo Cárdenas y de la señora Mariana, pero yo soy un caballero y no ando con cuentos. Pegué el ojo en la cerradura: negro, negrini, negrotto. Ni sueñe, Ustáriz, que me iba a plantificar para no ver nada. Poniéndolos como un suelo, en voz baja, tomé las escaleras por mi cuenta, no fueran a oír el ascensor. La puerta de calle se podía abrir por dentro y a todo esto ya era la medianoche pasada. Salí como el trencito de trocha angosta.

»No le voy a mentir que dormí esa noche. En la cucha estaba más inquieto que la urticaria. Será que la chochera me anda mezzo rondando, pero hasta que aboné el desayuno en la pizzería, no tuve cabal noción de las posibilidades del evento. La mañana entera la insumí en machacar y machacar la idea fija y cuando me despaché los al plato en el Popolare de Godoy Cruz ya tenía incubado el plan de campaña.

»Obtuve, con carácter de préstamo la ropa nueva del lavaplatos del Popolare, indumento que no tardé en redondear con el rancho negro del cocinero, que es un mundano de esos que viven para la figuración. Una pasada en la barbería de la vuelta me puso en condición de abordar el trangua 38. Me evacué en el cruce de Rodríguez Peña y con toda naturalidad desfilé frente de la farmacia Achinelli, para fondear al fin en Quintana. Dar *grosso modo* con el número de la casa fue cosa de palpitar un poco las chapas. El portero, con la autoridad que le otorga el bronce de los bronces, de buenas a primeras no se avenía a departir conmigo en un terreno de fraterna igualdad; pero el vestuario rindió efecto: el celta se allanó a que yo remontara en el ascensor de servicio, tomándome tal vez por nada menos que por el cobrador de la Higiénica. Llegué lo más cafisho a destino. Abrió la puerta del 3.º D un cocinero, que bien pudo pensar que mi objetivo era restituirle el pajizo, pero que resultó, sometido a examen, ser otro: el *chef* de la señora de Anglada. Lo engrupí con una tarjeta de Julio Cárdenas, en la que puse una figurita confidencial, cosa que la señora me diera paso creyendo que yo era Cárdenas. Al rato, dejando atrás piletas de lavar y heladeras, arribé a un saloncito en que usted goza de los últimos adelantos, como

ser luz eléctrica y canapé para la señora acostada, que le daba masaje uno de los japoneses y otro con pinta de foráneo le cepillaba el pelo, que era, como vulgarmente se dice, un ensueño de oro, y un tercero, que por lo aplicado y chicato debía ser profesor, iba poniéndole de plata las uñas de los quesos. La señora portaba sobre el cutis un batón de entrecasa y la sonrisa que lucía resultaba un timbre de honor para su mecánico dental. Los ojos claros me miraban como si fueran otros tantos amigos con pestaña postiza. Medio trastabillé cuando computé más de un masajista y a gatas pude mascullar entre los bigotes que el más pasmado con la zafaduría de la tarjeta era yo, que ni soñaba que le hubieran puesto el dibujo.

»—Esa figurita es un rico y no me venga con prejuicios —contestó la señora con una voz que me cayó como una barra de hielo en el estómago.

»Suerte que soy un hombre de mundo. Sin perder el conocimiento me puse a pincelar a toda furia un gran sinóptico del historial de Sportivo Palermo y tuve la bolada que los japoneses me corrigieran los errores más crasos.

»La señora, que para mí no es deportiva, nos interrumpió al rato largo:

»—Usted no vino para hablar como la radio que da los partidos —me dijo—. Para eso no se presentó nadando en la ropa con olor a bife a la criolla.

»Aproveché ese puente que me tendiera y le chanté con renovado brío:

»—¡*Goal* de River, señora! Mi móvil era hablar de la vista, o sea del libreto, que ustedes enfrentaron anoche. Un Gran Libro, Producto de un Cráneo Gigante. ¿No le parece?

»—Qué me va a parecer esa opiata. Nada, pero nada, le gustó a Telescopio Cárdenas.

»Me permití una mueca mefistofélica.

»—Esa opinión —le contesté— no me altera el metabolismo. Lo que yo hago hincapié es la promesa conjunta de que usted se va a emplear enteritis para que la S. O. P. A. filme mi vista. Júrelo y cuente con el

eterno silencio de este hombre tumba.

»No tardé en obtener respuesta:

»—El eterno silencio es atacante —dijo la señora—. Si a una mujer lo que la vuela es que no reconozcan que valgo más que Petite Bernasconi.

»—Yo conocí un Bernasconi que los calzaba de horma 48 —le retruqué—, pero deje tranquilo el renglón zapatos. Lo que a usted le importa, señora, es colocar mi cinejoya en la S. O. P. A., no sea el diablo que un pajarito le vaya con el cuento a su señor esposo.

»—Ya me perdí —opinó la señora—. Para qué tuvo que decir lo que no le entiendo.

»El merengue se brindaba difícil, pero estuve a la altura.

»—Esta vuelta me va a entender. Hablo de la pareja delictuosa que usted compone con ese susodicho de Cárdenas. Es menudencia que puede interesar a su maridito.

»Mi frase bomba se apuntó un fiasco. Los japoneses se rieron que daba gusto, y la señora, entre la chacota, me dijo:

»—Para eso se costeó con la ropa grande. Si le va con la historia al pobre Carlos, le dirá chocolate por la noticia.

»Recibí el impacto como un romano. Apenas si atiné a manotear el sillón giratorio para no rodar insensible bajo el quillango. ¡La manganeta que yo labrara con tanto cariño, destruida, tristemente aventada, por el eterno femenino! Como decía el dientudo de la otra cuadra: con las mujeres es matarse.

»—Señora —le dije con la voz tembleque—, yo seré un incorregible, un romántico, pero usted es una inmoral que no recompensa mi desvelo de observador. Estoy francamente desencantado y no le puedo prometer que me repondré de este golpe en un término prudencial.

»Mientras daba curso a estas palabras sentidas, ya me había encaminado hasta la puerta. Entonces, accionando con el rancho negro del cocinero, me di vuelta despacio para espetarle con amargura y dignidad:

»—Sepa que yo no pensé contentarme con que usted me apoyara para la vista; encima, iba a sacarle plata. Yo soñé que en ciertas esferas

los valores se respetaban. Me equivoqué. Salgo de esta casa como he entrado, con las manos limpias. No se dirá que he percibido un solo vintén.

»Chantado que le hube estas verdades, me encasqueté a dos manos el rancho negro hasta tocar los hombros con las alas.

»—¿Para qué quiere plata si de cualquier modo es de familia mamarracho? —me gritó la oligarca desde el diván, pero yo había ganado la antecocina y no le oí.

»Le juramento que gané la salida en estado de avanzada efervescencia, con la materia gris hecha un ventilador y la transpiración que ya licuaba la pechera que me emprestó el mozo nochero del Popolare.

»So pena de encrostar el indumento de mis patrocinantes, atravesé con rectitud de bólido humano el tráfico liviano de las dieciséis y tantas p. m., hasta perder presión. Diga lo que diga el positivismo, súbito se produjo el milagro: tranquilo, bonancible, profundamente bueno, humano en el más fecundo sentido de la palabra, pleno de perdón por todo lo creado, me encontré de golpe en la Pizzería Jardín Zoológico, embuchando como un hombre sencillo una temeridad de ensaimadas, que —seamos alguna vez sinceros— me sentaron más gustosas que todos los menús a la francesa de esta triste Mariana. Yo era como el filósofo encaramado al último travesaño de la escalera, que ve a sus semejantes como hormigas y se ríe ja, ja. La consulta alfabética de la guía de los teléfonos argentinos me confirmó la dirección del joven Cárdenas, que yo sabía hasta el cansancio. Constaté un facto que me olió feo: el miserable se domiciliaba en un barrio de lo más misho que se puede pedir. Pato, patógeno, patuso, dije con amargura. La penosa confirmación arrojaba un solo saldo favorable: Cárdenas vivía a la vuelta de casa.

»Confiado que los prestamistas del Popolare no me reconocerían fácil, en base a que yo portaba un vestuario que no era el habitual, repté como la solitaria frente a las propias puertas del mencionado establecimiento de restaurant.

»Entre el garaje de Q. Pegoraro y la fábrica de sifones registré *de visu*

un inmueble de planta baja y proporciones netamente modestas, con sus dos balconcitos de imitación y la puerta con llamador. Mientras medía ese inmueble con la mirada, para insultarlo bien, abrió la puerta una persona de respeto, sexo femenino y calzado chancleta, que identifiqué, malgrado los años, como viuda de mi salvador y mamá de mi amigo. Le pregunté si Julito, en la ocasión, hacía acto de presencia. Lo hacía y pasé adentro. La señora me hizo revistar cuatro tinas locas y dijo no sé qué aburrimiento de que se estaba poniendo vieja —¡miren la novedad!— y que ya no servía más que para cuidar al hijo y a los jazmines. Así, entre insulseces, llegamos al comedor, que también daba al otro patio, donde alcancé muy pronto a verificar al mocito Cárdenas, que, favoreciendo a la producción extranjera, se hallaba ensimismado en el tomo 3 de la *Historia Universal* de Cantú.

»En cuanto la señora mayor se batió en retirada, le palmié la espalda a Julio que casi sacó boleto para Cosquín con la tos de perro, y le espeté con el aliento encima:

»—¡Pum, pataplúm! Se descubrió el pastel y a vos, m'hijito, me parece que se te acabaron los cortes. Vengo a tributarte mi pésame.

»—Pero ¿de qué me habla, Urbistondo? —dijo tratándome por mi apellido, como si no me conociera bastante para llamarme Catanga Chica.

»Con el propósito de ponerlo cómodo, me saqué la dentadura que me emprestara el pinche del Popolare y la descargué sobre la mesa, amenizando la maniobra con un festivo y alarmante guau-guau. Cárdenas vino de color ámbar pálido y yo, que veo bajo el agua, acaricié la viva sospecha que se iba a desmayar con el susto. En vez me convidó con un cigarrillo, que rechacé de plano, para aumentar la nota de suspenso y de alta zozobra. Pobre desorientado, venirme con cigarrillos a mí, habituado a rolar en el Buenos Aires residencial, por no decir en el piso de lujo de la señora de Anglada esa misma tarde, sin ir más lejos.

»—Llego directo a los concretos —le dije, anexando su cigarrillo—. Hablo de la pareja delictuosa que componés con una casada de nuestra élite. Es menudencia que puede interesar al maridito de la esposa de

Carlos Anglada.

»Se puso mudo como si le hubieran rebanado la carne de la garganta.

»—Usted no puede ser tan miserable —me dijo al fin.

»Le jugué una risa bromista:

»—No me chumbes si querés sacarlo barato —le respondí con el amor propio picado—. O me concretás una interesante cuota en metálico, o la reputación de esa dama que mi pundonor se niega a nombrar quedará, *si você m'entende*, empañada.

»La gana de castigarme y el asco parecían disputarse la voluntad del pobre irresoluto. Yo estaba consagrado a sudar frío las ensaimadas que asumí frente al Zoológico, para no decir nada de un fideo fino que prestigió el almuerzo, cuando, ¡viva yo!, ganó el factor asco. El contrincante se mordió los labios y me preguntó, como hablando con otro sonámbulo, cuánto pedía. Pobre de él. No sabía que soy duro con los blandos y blando y servicial con los duros. Claro que, como sistema nervioso, mi primera consigna fue marcha atrás. Cegado por la propia cudicia, no había previsto la pregunta u no podía materialmente salir a consultar a un asesor, de esos que nunca faltan en el Popolare, que me indicara la tarifa correcta.

»—Dos mil quinientos nacionales —dije de golpe, con la voz engrosada.

»Al ventajero se le demudó el color y en vez del correctivo que yo esperaba me pidió una semana. Yo soy el enemigo del pichuleo y lo emplacé a dos días vista:

»—Dos días. Ni un minuto, ni un día, ni un año más. Pasado mañana, a las diecinueve y cincuenta y cinco clavadas, en la cabina telefónica número dos de Constitución, te venís con el toco en un sobre. Yo llevaré un pilot de goma y clavel rojo en el ojal.

»—Pero, Catanga —protestó Cárdenas—, por qué nos vamos a costear si usted vive a la media cuadra.

»Comprendí su punto de vista, pero llevo por lema no aflojar.

»—En Constitución he dicho, pasado mañana, en la cabina dos. De no, no te acepto un centavo.

»Descargué esas palabras inexorables, lustré la dentadura con el

tapete verde, me la calcé con un segundo guau-guau, y, sin darle tan siquiera la mano, salí rápido, como el que teme que se le enfríe la sémola.

»El lunes, a la hora combinada, cuál no sería mi sorpresa al encontrarme en plena Constitución con el mozo Cárdenas que, con el semblante severo, me hizo entrega de un sobre. Cuando lo abrí donde usted sabe, ahí estaba la plata.

»No sé por qué salí con la mente puesta en chorizo y en chocolate. Detuve en seco a un 38 y en mi calidad de uno de los 36 pasajeros sentados, pero parado, no cejé hasta que el coche de tranvía me repatrió en la esquina de Darragueira. La serata pintaba favorable: como quien no quiere la cosa, me dejé caer en el Nuevo Parmesano, donde antes de encerrarme en la cama jaula quise festejar la victoria, recorriendo, sin tanto apuro, el renglón sopas. Pavesa, cultivadora y de arroz ya eran etapas superadas y el regusto de la buseca se abría camino entre la cebolla cuando, al portar a mis fauces un Semillón último modelo, vi que en la puerta giratoria se estaban riyendo unos masajistas. Previo examen me pudieron identificar: yo era el señor del saco inmenso, con olor a comida, que pasó a extorsionar a la señora Mariana y ellos los japoneses de la misma ocasión. Por el puro aburrimiento de comer solo y para dejar bien sentado que estaba en fondos, multipliqué las manifestaciones de afecto y antes que me pudiera desdecir, ya degustaban en mi mesa, en número de cuatro, el pastel de fuente. La torta pascualina los entretuvo mientras yo embolsaba la sémola. Los tintoreros meta Bilz, hasta que me dio un poquito de rabia la contumacia. Para inculcarles lo que es bueno pasé del vino Toro al vino Titán, regando el minestrón con sidra La Farruca. La raza amarilla, en las primeras de cambio, se hacía dura para seguirme, pero yo como fierro. A lo campeón de estilo pecho mandé a rodar de un saque circular los envases de Bilz, que a no ser por el calzado de doble suela usted se lastimaba los pieses. Medio acalorado, vaya usted a fantasear por qué, lancé mi primer guau-guau de la noche y emplacé al mozo a que fuera reponiendo los vidrios rotos con sus buenas botellas de espumante. ¡Lo que es conmigo van a aprender a

distinguir un Moscato de un café con leche con medias lunas!, les grité a mis amigos. Había elevado, lo confieso, la voz y los pobres nipones, aturullados, tuvieron que vencer la repugnancia y besar los golletes. ¡A beber tocan, a beber tocan!, les gritaba con la cara encima este energúmeno, uniendo el ejemplo al precepto. ¡El escorchador veterano, el farrista en forma, el gran bufón de las cuchipandas de Villa Gallinal, renacía en mí, formidable! Los pobres me miraban desinteresados. Yo no quise exigirles muy mucho esa primera noche, porque el japonista no tiene aguante y viene como embriagado con el mareo.

»El martes de matina el mozo me dijo que cuando rodé por tierra los japoneses me cargaron y me dejaron en mi propia cama. Esa noche luctuosa manos desconocidas me aligeraron de dos mil quinientos pesos. La ley me amparará, tenté decir con la garganta como lengua de loro y en menos tiempo que usted tarda en hacer unos buchecitos, ya estaba yo en la seccional auxiliando con franco desinterés a las fuerzas del orden. Señor Auxiliar, repetí, yo sólo pido que descubran al desorbitado que me robó los dos mil quinientos pesos y que me devuelvan el importe del hurto y que descarguen todo el peso del código sobre ese vil malandra. Mi petitorio era simple, como toda melodía arrancada a un gran corazón, pero el Auxiliar, que es un detallista que ama andar por las ramas, me vino con preguntas del todo ajenas y para las que yo, sinceramente, no estaba preparado. Sin ir más lejos, ¡pretendió que yo le explicara el origen de ese dinero! Comprendí que nada bueno podría salir de esa curiosidad malsana y abandoné la comisaría a toda furia. A las dos cuadras, en el negocio que puso N. Tomasevich, que es la eminencia gris del Popolare, ¿con quiénes me topo? Cuando lo sepa le viene la conmoción cerebral. Con los japoneses, muertos de risa y con ropa nueva, que se estaban comprando bicicletas. ¡Un japonés en bici, hágame el obsequio! Infantiles, irremisiblemente infantiles, no sospechaban la tragedia que carcomía mi pecho de hombre y apenas contestaron con la risita al superficial guau-guau que les arrojé desde la otra vereda. Se alejaron a impulso del pedal; la urbe indiferente los tragó, sin una sola mueca.

»Yo vengo a ser como la pelota de goma, que, cuando la patean,

rebota. Luego de permitirme un alto en la ruta (cosa de atracar en mi mesita del Popolare, para cargar un litro de sopa), llegué marcando un tiempo meritorio a la casa, por lo demás hipotecada, de Julio Cárdenas. El propio interesado me abrió la puerta.

»—¿Sabe, compañerazo —le dije, ensartándole el índice en el umbligo—, que los dos ayer nos costeamos al puro ñudo? Así es, Julito, y no llore. Hay que ponerse a tono con la época, hay que ir a los papeles. El que no corre, vuela. Para que el asunto tome color me tenés que abonar la segunda cuota. Aprendete el guarismo de memoria: mangangases, dos mil quinientos.

»El punto vino de una tesitura terrosa que parecía el monumento a la miga y balbuceó no sé qué despropósito que no le quise oír.

»—Nuestra consigna debe ser no fomentar sospecha —le recalqué—. Mañana miércoles, a las diecinueve y cincuenta y cinco, te espero en el pie de la estatua de D. Esteban Adrogué, en el foco suburbano del mismo nombre. Yo iré de rancho negro, prestado; vos podés agitar un diario en la mano.

»Salí sin darle tiempo en que me estrechara la mía. “Si mañana percibo”, me dije, “hago promesa de volver a invitar a los japoneses”. Esa noche casi no dormí con la gana de acariciar el papel moneda. El larguísimo día tocó a su fin. A las diecinueve y cincuenta y cinco en punto ya hacía un rato largo que circulaba, bajo el rancho negro de referencia, por los perímetros de la estatua. La lluvia, que a las diecisiete y cuarenta no superaba los ribetes de una persistente garúa, revistió contornos enérgicos a partir de las cuarentinueve y temí que el farol y el propio señor Adrogué, juguetes del pampero huracanado, se me pusieran de sombrero. Del otro lado de la plaza, cerca del eucalipto que no ostentaba ni un rato de sosiego, había todo un quiosco, que me brindaba un asilo precario, si me daba su venia el señor diariero. Otro menos de su palabra que yo no se hubiera quedado como tabla, desafiando los elementos y con el rancho negro medio pastoso, que me renegría la cara; el joven Cárdenas, digamos, que brilló por su ausencia. Hasta las veintidós no cejé, duro bajo la ducha, pero todo tiene su fin, hasta la paciencia de un santo. ¡La sospecha de que Cárdenas no venía

mereció mi atención! Sin más aplausos que los de mi propia conciencia, me enrosqué, por fin, en el ómnibus. Al principio, las francas alusiones de los pasajeros que yo empapaba medio me distrajeron, pero no bien la embocamos en Montes de Oca intuí la plena magnitud del suceso: ¡Cárdenas, a quien no trepidé en llamar amigo, no había concurrido a la cita! ¡El famoso caso del ídolo que lleva pies de barro! Del ómnibus pasé al subterráneo y del subterráneo a casa de Cárdenas, sin tan siquiera plantificarme en el Popolare, a confortar el vientre con una sémola, a riesgo de que el personal me castigara por haber malgastado el rancho negro en teñir la cara y demás indumento. Con todos mis pieses y manos di en patear la puerta de calle, tonificándome para la empresa con mi ya clásico y violento guau-guau. El propio Cárdenas abrió.

»—El buen corazón rinde a pura pérdida —le espeté, calándolo hasta el osatura con una sola palmada—. Tu mentor financiero, tu segundo padre, meta esperar al pie de la lluvia y vos, inactivo, bajo techo. ¡Apreciá mi disgusto! Ya te creía moribundo, indispuesto —porque sólo un cadáver podía faltar a tu cita de honor— y aquí te vengo a sorprender más sano que una sopa de avena. Si es para escribir un libro.

»Me dijo no sé qué disparate, pero yo como si me hablara en inglés.

»—Si podés, ponete razonable —le dije con la cara encima—. ¿Qué efe puedo depositar en vos si entrás a fallar en las primeras de cambio? Si tiramos juntos, podemos recorrer un largo camino; de no, temo que el más negro fracaso ponga el punto final a nuestros sueños. Comprendé que no se trata ni de vos ni de mí, simple combinación de dos o tres átomos; se trata de dos mil quinientos pesos. A formar, a formar, se ha dicho.

»—No puedo, don Urbistondo —fue la respuesta—. No tengo plata.

»—¿Cómo no vas a tener si tuviste la vez pasada? —le contesté a vuelta de correo—. Sacá los pezzolanos de ese colchón que ha de ser como el cuerno de la abundancia.

»Medio dificultoso para hablar, al fin respondió:

»—La plata no era mía. La saqué de la caja de la empresa.

»Lo miré con asombro y asco.

»—¿Estoy departiendo, entonces, con un ladrón? —le pregunté.

»—Sí, con un ladrón —respondió esa pobre cosa.

»Yo me lo quedé mirando y le dije:

»—Pedazo de imprudente, no te das cuenta de que eso me robustece. Mi soberanía ahora es incuestionable. Por un lado te domino con el desfalco a la empresa; por el otro, con las picardías de la señora.

»Lo último se lo espeté desde el suelo, porque ese débil de espíritu me estaba propinando una soba que bueno, bueno. Claro está que al ratito, con el mareo de la biaba, la arquitectura de la frase me salió deficiente y el pobre púgil, a duras penas, consiguió entender:

»—Pasado mañana... diecinueve y cincuenta y cinco... coronando la Plaza de Cañuelas... última tolerancia... dos mil quinientos de la nación distribuidos en sobre único... no me pegués tan fuerte... yo portaré pilot y clavel... a un amigo de tu viejo no le pegués tan fuerte... ya me sacaste la chocolata, date un respiro... sabés que soy inexorable... la función no se suspenderá por mal tiempo... andá con Borsalino tirando a verde...

»Lo último se lo espeté desde la vereda, porque hasta allí me acompañó a puntapieses.

»Recobré la vertical como pude, y aquí me caigo, aquí me levanto, gané la cucha, donde gocé de un sueño bien merecido. Me dormí con la cantinela: dos noches y dos días y soy dueño de dos mil quinientos curso legal.

»La tarde de la cita llegó por fin. A mí me barrenaba el sobresalto de que el paganini viajara en el mismo tren. Si la carambola se daba, ¿qué hacer? ¿Caer en brazos uno del otro, retrasar el saludo hasta coronar la Plaza de Cañuelas, volver en diferente convoy o en el mismo convoy en diferente coche? Tanta incógnita interesante me daba fiebre.

»Respiré al no ver en el andén a Cárdenas, de Borsalino y con sobre. Qué iba a verlo a ese informal que no vino. Mismo que en Adrogué estuve de plantón en Cañuelas; en todos esos pueblos del sur no hace más que llover. Juré cumplir con el dictado de mi conciencia.

»Farfarello, al día siguiente me recibió con la sonrisita glacial. Yo

malicié que tenía miedo que lo viniera a amolar con mi cinejoya. Le quité la espina al respecto.

»—Señor —le dije—, me presento en carácter de caballero para depositar una delación. Usted computará lo que vale; en el peor de los casos medio me consolará la seguridad de haber cumplido con mi deber. Me inspira, le soy franco, el prurito de ganar la amistad de la S. O. P. A.

»El señor Farfarello me contestó:

»—Laconismo se llama la manera de ganar esa amistad. Para mí que le pegaron esa paliza para que se callara la boca, que más tiene de umbligo.

»El tono de confianza me hizo explayarme.

»—Usted, señor, alberga una serpiente en su seno. Ese ofidio es el empleado Julio Cárdenas, conocido en el hampa por Telescopio. No le basta faltar a la moral en este severo recinto: con fines inconfesables les ha robado dos mil quinientos pesos.

»—La acusación es grave —me aseguró, con facha de perro—. Cárdenas ha sido, hasta ahora, un empleado correcto. Voy a buscarlo, para proceder al careo. —Desde la puerta, agregó—: Usted tomó la precaución de venir ya golpeado, pero algún punto de la trompa le queda para que se la pongan como tomate.

»Me pregunté si Cárdenas no volvería a violentarse y me retiré, sin más, a la inglesa. Con el mismo empuje con que bajé de un saque los cuatro pisos, escalé un micro de la Corporación, formato gigante. Cosa de fenecer de rabia: si no pasa el rodado en seguida, asisto a un espectáculo jefe: Cárdenas, descubierto el desfalco, zambulle desde el cuarto piso del edificio propio de la S. O. P. A. y queda difundido en el pavimento como una tortilla Gramajo. Sí, señor, el tarado se suicidó, según usted mismo lo supo por la fotito que trajeron los vespertinos. Me perdí la función, pero una de nuestras grandes almas argentinas —mi hermano de leche, el doctor Carbone— tienta consolarme, observando, con lujo de detalles, que si yo me demoro, recibo en pleno coco los sesenta kilos de Cárdenas *y* el finado soy yo. Tiene razón el Momo Carbone, la Providencia está de mi lado.

»Esa misma noche, sin dejarme afectar por la deserción de mi socio, calcé el Birloco y remití una carta, de la que guardo copia, que usted no se escapará de escuchar:

Señor Farfarello:

De mi consideración: Aguardo de su proverbial hidalguía que usted confiese que al pintarle yo al *grosso modo* la negra delincuencia de Cárdenas, pensó que el encomiable celo que me inspira todo lo que respecta a la S. O. P. A. me impeliera acaso a cargar las tintas, formulando una «grave acusación», del todo ajena a mi carácter. LOS HECHOS HAN VENIDO A JUSTIFICARME. El suicidio de Cárdenas patentiza que mi acusación era *exacta* y *no uno* de tantos bolazos de fantasía. Una tenaz y desinteresada campaña, dirigida con suma prolijidad y a costa de desvelos y sacrificios me ha permitido, al fin, desenmascarar a un amigo. Este cobarde se ha hecho justicia por su mano, sustrayéndose al código, conducta, que soy el primero en repudiar.

Sería lamentable de todo punto que la filmadora de que usted es digno gerente no reconociera mi labor en pro de la empresa, labor para la cual inmolé gozoso mis mejores años.

Suyo afectuosísimo.

(Sigue la firma)

»Confiada esa carta al buzón de toda confianza que revista frente mismo del Popolare, pasé cuarenta y ocho horas de alto voltaje, que no constituyeron, por cierto, el bálsamo de paz que el hombre moderno requiere, unos más y otros menos. ¡Lo que me aborrecieron los carteros! No le exagero si le juro que me puse insufrible y hasta cargoso, averiguando si no portaban una carta particular a mi nombre, con el clásico membrete de la S. O. P. A. En cuanto me veían plantificado en la puerta ponían la carucha tan triste que yo adivinaba que la contestación no había llegado; no por eso renunciaba a interrogarlos a fondo y a pedirles inútilmente que volcaran el carterón en el primer patio, cuando no en el zaguán, para gozar yo mismo la sorpresa de encontrar el sobre esperado. No llegó, pucha digo.

»En vez llamó el teléfono. Era Farfarello para citarme esa misma tarde en el local propio de Munro. Me dije: Mi carta bomba, de un calor

tan humano, les ha llegado al tuétano. Me preparé como para la noche de bodas; buches contra el aliento, tuse del pelo, lavada con jabón amarillo, ropa interior facilitada directamente por el personal del Popolare, sacón a la medida del cocinero, guantes patito y un par de pezzutos en el bolsillo, para afrontar cualquier emergencia. Después, ¡al ómnibus! En la S. O. P. A. estaban Persky, Farfarello, el Pibe del Centro y el mismo Rubicante. También la Nena Nux, que yo pensé que era para el rol protagónico.

»Me equivoqué. La Nena Nux era para el papel de mucama, porque el de la muñequita social lo hizo, como ya a nadie le está permitido ignorar, Iris Inry. Me felicitaron por la carta, el doctor Persky se mandó discursito peso medio pesado, ponderando mi prueba de lealtad y procedimos a firmar la contrata y a descorchar al señor Arizu. Brindamos por el éxito de la producción, ya medio alegrones.

»La filmación relámpago se produjo en vastos escenarios naturales y en escenarios de Sorolla que, dijera el doctor Montenegro, "no acaba de ser un pincel, pero es, ya, una paleta". El suceso, en el Centro y en los barrios, convenció a más de un pesimista que la quimera de un séptimo arte argentino no es a esta hora un imposible. Luego estrené *¡Se suicidó para no ir preso!* y después *La lección de amor en el Barrio Norte*. No se sonría hasta mostrar las caries molares; el último título no lo puse para publicar a los cuatro vientos los clásicos que me he corrido, y me corro, con la señora Mariana. *Au plaisir*, Ustáriz. Aquí tiene las plateas para la première de *Un hombre de éxito*. Me voy como si hubieran cocinado la sémola en nafta de aviación; no hay que hacer esperar a las damas.

Pujato, 21 de diciembre de 1950

Penumbra y pompa

Lo que son las cosas. Yo que siempre he mirado con suma indiferencia las sociedades benéficas y demás comisiones vecinales cambié de parecer cuando ocupé el sillón de tesorero de Pro Bono Público y me llovieron por carta las más generosas contribuciones. Todo marchaba que era un gusto, hasta que algún desocupado, que nunca falta, entró a sospechar y el doctor González Baralt, mi abogado, me despachó en el primer tren, a objeto de radiarme en la periferia. Cuatro días y cuatro noches me las arreglé como pude en un vagón correo, de esos que están como arrumbados en la localidad de Talleres. Por último el doctor González Baralt en persona acudió restregándose las manos para darme la solución: un cargo rentado en Ezpeleta, extendido a nombre supuesto. El domicilio de Ramón Bonavena, que yo visitara en mis tiempos de *Última Hora*, había sido consagrado museo que perpetuase nombre y memoria del novelista tronchado en plena madurez. Por una ironía del destino yo sería el curador.

El doctor González Baralt me prestó su barba postiza; le sumé unos anteojos negros y el uniforme de ordenanza que la investidura exigía y me dispuse, no sin justificada aprensión, a recibir la tanda de estudiosos y turistas que llegarían por bañadera. No apareció ni un alma. Como hombre de museo, experimenté la desilusión que es del caso; como fugitivo, un alivio. Ustedes no me creerán, pero metido en ese buraco me aburría notablemente, llegando a leer las obras de Bonavena. Para mí que el cartero me salteaba; en tanto tiempo, ni una carta, ni un folleto de propaganda. Eso sí, el personero del doctor me traía mi sueldo a fin de mes, cuando no el aguinaldo, previo descuento

de los gastos de viático y representación. Yo ni me asomaba a la calle.

No bien me anoticié de la prescripción, estampé unas palabras fuertes en el cabinete, como quien se despide para siempre; acondicioné en una balsa lo que el apuro me dejó rapiñar, la cargué al hombro, hice dedo en la esquina y me reintegré a Buenos Aires.

Algo raro había sucedido, que yo no terminaba de pescar, algo que flotaba en el ambiente de la metrópolis, un vago no sé qué, un aroma que me asechaba y que me rehuía: la ochava se me antojaba más chica y el buzón más crecido.

Las tentaciones de la calle Corrientes —pizzería y mujer— me salieron al paso: como no soy de los que escurren el bulto, las acogí de lleno. Las resultas: a la semana me encontré, como se dice vulgarmente, sin fondos. Por increíble que parezca, busqué trabajo, a cuyo fin tuve que recurrir, infructuoso, al amplio círculo de mis familiares y amigos. El doctor Montenegro no pasó de un espaldarazo moral. El P. Fainberg, como era de prever, no quería materialmente apearse de su mesa redonda pro la poligamia eclesiástica. Ese compañero de todo momento, Lucio Scevola, no me dio ni la hora. El cuoco negro del Popolare rechazó de plano mis tratativas para ingresar como marmitón en el mismo y, con hiriente sorna, me preguntó por qué no aprendía a cocinar por correspondencia. Esa frase, arrojada al desgaire, ofició de centro y pivote de mi triste destino. ¿Qué otro resorte me restaba, les averiguo, que el eterno retorno a las estafas y al grosero cuento del tío? Confesarelo: más fácil fue tomar la resolución que ponerla en práctica. Primer recaudo, el nombre. Por más vuelta que le di a la cabeza, me revelé del todo incapaz de encontrar otro que el ya tristemente famoso Pro Bono Público. ¡Su eco zumbaba todavía! Para tomar coraje me acordé que un axioma del comercio recomienda que no se cambie la marca. Vendido que hube a la Biblioteca Nacional y a la del Congreso siete juegos completos de la obra de Bonavena, más dos bustos en yeso del aludido, tuve que desprenderme del sobretodo cruzado que me prestase el guardavía de Talleres y del olvidado paragua que uno siempre sustrae del guardarropa, para abonar a satisfacción el importe de sobres con membrete y papel de carta. El asunto destinatarios lo

despaché mediante una selección hecha a dedo, en una guía de teléfonos que me facilitó un vecino y que en virtud de su estado francamente rasposo no pude colocar en plaza. Reservé el remanente para estampillado.

A continuación procedí hasta el Correo Central, donde hice mi entrada como un bacán, recargado de correspondencia hasta el tope. O la memoria me fallaba o el recinto aquél se había expandido de modo remarcable: las escalinatas de acceso conferían su majestuosidad al más infeliz, las puertas giratorias lo mareaban y casi lo tiraban al suelo, para recoger los paquetes; el cielo raso, obra de Le Parc, daba vértigo y hasta miedo de caerse para arriba; el piso era un espejo de marmolina, que me lo reflejaba patente, a usted, con todas sus verrugas; la estatua de Mercurio se perdía en los altos de la cúpula y acentuaba el misticismo propio de la repartición; las ventanillas recordaban otros tantos confesionarios; los empleados, allende el mostrador, cambiaban cuentos de loros y solteronas o jugaban al ludo. Ni un alma en el sector reservado al público. Centenares de ojos y anteojos convergieron en mi persona. Me sentí bicho raro. A efectos de acercarme tragué saliva y requerí de la ventanilla más próxima el estampillaje pertinente. Fue yo articular la demanda y fue darme la espalda el funcionario, para consultar con su pares. Tras cabildeos levantaron entre dos o tres una trampa que había en el piso y me explicaron que iban a correrse hasta el sótano, donde guardábase el depósito. Volvieron a la postre por la escalerita de mano. Dinero en pago no aceptaron, prodigándome una porción de estampillas, que más me hubiera valido dedicarme a la filatelia. Usted no me creerá: no las contaron. De haber previsto esa baratura, no vendo los bustos de yeso y el sobretodo. La mirada buscaba los buzones y no daba con ellos; ante el peligro de que la autoridad se arrepintiera de no haber aceptado el importe, opté por una retirada inmediata, para pegar en casa el franqueo.

Paciente en la piecita del fondo, fui pegando con saliva las estampillas, que enteramente les faltaba la goma. Ya había cantado el penúltimo gallo, cuando me aventuré a la esquina de Río Bamba, con una porción de cartas listas para el despache. Allí campea, como

ustedes recordarán, uno de esos buzones peso pesado que ahora se estilan y que ya algunos feligreses habían adornado con flores y con exvotos. Di la vuelta en su derredor, buscándole la boca, pero por más que giré no encontré el menor resquicio para infiltrar las cartas. ¡Ninguna solución de continuidad, ninguna hendija, en tan imponente cilindro! Noté que un vigilante me miraba y emprendí la vuelta al hogar.

Esa misma tarde recorrí el barrio, tomando la precaución, eso sí, de salir sin bulto aparente, para no despertar la suspicacia de las fuerzas del orden. Por inverosímil que ahora parezca, me sorprendió que ni uno solo de los buzones inspeccionados presentara boca o ranura. Apelé a un cartero con uniforme, que sabe pavonearse por Ayacucho y que ni le hace caso al buzón, como si ya no tuviera nada que ver. Lo convidé con un cafecito, lo rellené con especiales, lo saturé de cerveza y cuando lo vi con las defensas bajas me animé a preguntarle por qué los buzones, cuya vistosidad yo era el primero en destacar, no presentaban boca. Grave, pero no compungido, me contestó:

—Señor, el contenido de su encuesta supera mi capacidad. Los buzones no tienen boca, porque ya no les ponen correspondencia.

—Y usted, ¿qué hace? —yo le interrogué.

Me respondió insumiendo otro litro:

—Usted, señor, parece olvidar que habla con un cartero. ¡Qué puedo saber yo de esas cosas! Me limito a cumplir con mi deber.

Ni un dato más pude sacarle. Otros informantes que provenían de los más diversos extractos —el señor que atiende a los búfalos en el Jardín Zoológico, un viajero que terminaba de venir de Remedios, el cuoco negro del Popolare, etcétera— llegaron a decirme, cada cual por conducto separado, que en su vida habían visto un buzón con boca y que no me dejara marear por semejantes fábulas. El buzón argentino, repitieron, es una erección firme, maciza, una y sin cavidad. Me tuve que rendir a los hechos. Entendí que las nuevas generaciones —el señor de los búfalos, el cartero— hubieran visto en mí un antiguallo, uno de esos que traen a colación rarezas de un tiempo que ya no vige y me llamé a silencio. Cuando la boca calla, el seso bulle. Discurrí que si no

funciona el correo, una mensajería privada, ágil, desprejuiciada, apta para canalizar la correspondencia, sería bien recibida por la opinión y me redituaría ingresos pingües. Otro elemento positivo era, a mi ver, que la propia mensajería puesta en acción cooperaría a propagar los embustes del redivivo Pro Bono Público.

En la oficina de marcas y señales, donde acudiese a registrar a tambor batiente mi acariciado engendro, flotaba una atmósfera bajo muchos aspectos similar a la del Correo: idéntico silencio sacerdotal, idéntico ausentismo de público, idéntico sinnúmero de oficiantes para atender a éste, idénticas demoras y abulia. A la larga me expidieron un formulario en que dejé estampada mi ponencia. No haberlo hecho. Ese punto fue el primer paso de mi *via crucis*.

Entregado que hube mi formulario percateme de un movimiento general de repulsa. Unos me dieron francamente la espalda. A otro la cara se le distorsionó a ojos vistas. Dos o tres formularon con franqueza improperios y pifias. El más indulgente me señaló, con corte de manga, la puerta giratoria. Nadie me extendió recibo y yo entendí que más me valiera no reclamarlo.

De nuevo en la seguridad relativa de mi domicilio legal, determiné aguantármela hasta que encalmara el ambiente. Al cabo de algunos días obtuve, en préstamo, el teléfono del señor que pasa las quinielas y me comuniqué con mi confesor jurídico, el doctor Baralt. Éste, deformando un poco la voz, cosa de no comprometerse, me dijo:

—A usted le consta que yo estuve siempre de parte suya, pero esta vuelta usted se nos ha extralimitado, Domecq. Yo defiendo a mi cliente, pero el buen nombre de mi estudio está por encima de casi todo. Nadie lo creerá: Hay porquerías que no apaño. La policía anda en su búsqueda, mi desventurado ex amigo. No insista y no importune.

A renglón seguido cortó la comunicación con tanta energía que me destapó la cera de la oreja.

La prudencia me encerró con llave en mi cuarto, pero a los pocos días el más tupido comprende que si la distracción escasea el miedo echa raíces y, jugándome el todo por el todo, tomé la calle por mi cuenta. Erré sin brújula. De pronto constaté con el corazón en la boca

que me enfrentaba con el Departamento Central de Policía. No me alcanzaron las dos piernas para asilarme en el primer salón de peluquería donde, ya sin saber lo que formulaba, pedí que me afeitaran la barba, que era postiza. El oficial peluquero resultó ser don Isidro Parodi, con el guardapolvo blanco y de cara en buen estado de conservación, aunque un tanto bichoco. No oculté mi sorpresa; le dije:

—¡Don Isidro, don Isidro! Un hombre como usted está perfectamente bien en la cárcel o a una considerable distancia. ¿Cómo se le ha ocurrido instalarse frente al propio Departamento? No bien se descuida, lo buscan...

Parodi me contestó con indiferencia:

—¿En qué mundo vive, don Pro Bono? Yo estaba en la 273 de la Penitenciaría Nacional y un buen día noté que las puertas habían quedado a medio abrir. El patio estaba lleno de presos sueltos, con la valijita en la mano. Los guardiacárceles no nos llevaban el apunte. Volví para recoger el mate y la pava y me fui arrimando al portón. Gané la calle Las Heras y aquí me tiene.

—¿Y si vienen a detenerlo? —dije con un hilo de voz, porque pensaba en mi propia seguridad.

—¿Quién va a venir? Todo es una pura bambolla. Nadie hace nada, pero hay que reconocer que se respetan las apariencias. ¿Se fijó en los biógrafos? La gente sigue concurriendo, pero ya no dan vistas. ¿Se fijó que no hay fecha sin que una repartición no deje el trabajo? En las boleterías no hay boletos. Los buzones no tienen boca. La madre María no hace milagros. Hoy por hoy, el único servicio que funciona es el de las góndolas en las cloacas.

—No se me abata —le supliqué—. La Gran Rueda del Parque Japonés prosigue girando.

Pujato, 12 de noviembre de 1969

Las formas de la gloria

La Plata, 29 de mayo de 1970

Señor Jorge Linares
University of New York
New York, N. Y.
U. S. A.

Querido Linares:

Aunque nuestra larga amistad de criollos desterrados en el Bronx me ha demostrado hasta el cansancio que en realidad no se te puede clasificar de chismoso, mucho te pido que en lo que se refiere a esta carta, de índole *puramente* «confidencial», te conviertas en una tumba. ¡Ni una palabra al doctor Pantoja, ni a la irlandesa que sabemos, ni a la barra del *campus*, ni a Schlesinger, ni a Wilckinson! Por más que hace ya una quincena que nos despedimos en Kennedy, apostaría que te acordás a grandes rasgos que el doctor Pantoja me dio el empujoncito para que la Fundación Mackensen me despachara a entrevistar a Clodomiro Ruiz, que en el presente se mudó a La Plata. El propio Pantoja y yo descontábamos que mi peregrinación a las fuentes redundaría de inestimable valor para el apronte de mi tesis; pero ahora veo que la cosa trae sus bemoles. Ya sabés: ni una palabra al mudo Zulueta.

A la semana de llegar, me largué con suma impaciencia a Gualeguaychú, la querida patria chica de Ruiz, desde donde el poeta

escrupulosamente firma la totalidad de su bibliografía. Mi primera pesquisa la realicé mientras daba cuenta de un tonificante café con leche, mano a mano con el patrón del hotel, hombre democrático y llano que se avino, sin rebajarse, a conversar con un servidor. El señor Gambartes me dijo que los Ruiz eran gente antigua en la zona, que habían llegado cuando la intervención que mandó Yrigoyen y que el más relevante de la familia no era Clodomiro, sino Francisco, apodado el Remiendo, dada su indumentaria. A continuación tuvo la deferencia de acompañarme a la media cuadra, hasta la casona de los Ruiz, que resultó más bien una tapera de esas que se van derrumbando sin la ayuda del hombre, cascotazo por cascotazo. La puerta de acceso, para darle ese nombre, estaba clausurada, porque el señor Gambartes me explicó que desde muchos años los Ruiz habían tomado «el camino de Buenos Aires» y que el primero en irse fue Clodomiro. No desaproveché la ocasión para hacerme fotografiar por un chico, a quien le confié la máquina para que nos sacara, al hotelero y a mí, frente mismo a la casona. Pienso que esta auténtica foto constituirá otro mérito, y no de los menores, de mi libro, cuando la universidad lo entregue a la imprenta. Va adjunta una ampliación, que valora la firma de ambos modelos. Yo hubiera querido salir con un mate en la mano, pero invertir capital en el mismo no entraba dentro de mi plan de gastos.

Como Julio Camba estampase en *La rana viajera*, la vida del turista es una seguidilla de hoteles. En cuanto me regresé a Buenos Aires di en instalarme en un hotel de la Plaza Constitución, cosa de preparar mi próximo viaje a La Plata, que realicé por micro.

El señor colectivero, que estuvo a punto de chocar con un colega en sentido contrario, me facilitó la dirección de Clodomiro Ruiz, que resultó ser vecino suyo y que valoró con su firma de puño y letra. Una vez en la ciudad de Estudiantes de La Plata, poco tardé en ponerme en campaña. Llegué a 68 y Diagonal 74. Este dedo, que no se desanima tan fácil, presionó el timbre. A las cansadas me abrió la cocinera en persona. ¡El señor Clodomiro estaba en casa! Encima me faltaba atravesar el zaguán y el patio para encararme con el estimable poeta. Una frente, unos lentes, una nariz, la típica boca de los buzones; detrás,

la biblioteca del estudioso, con *El Jardinero Ilustrado* y con la colección Araluce. En primer plano, la silueta que propende a la esfera, con un saco de lustrina. El entrevistado no se incorporó del mullido asiento, donde se mantuvo como una plasta y me indicó el banquito de pinotea. Le mostré la carta de la Fundación, mi pasaporte, las instrucciones de Pantoja y —*not least*— el papel que había garabateado el señor del micro. Los cotejó con el mayor escrúpulo y me dijo que me podía quedar.

Al cabo de una charla informal para calentar el motor, le expuse el verdadero móvil de mi visita que no le cayó mal. Sin más ambages le aclaré como pude mi propósito de escribir una monografía tratante de él para que lo conocieran a todo lo ancho de Norteamérica, tan siquiera en el ambiente universitario. Pelé mi birome y la libreta con tapa de hule. Un minuto de búsqueda y localicé el cuestionario que preparara con Pantoja en Harvard. Sin más lancé la interrogante:

—¿Dónde nació y la fecha?

—El 8 de febrero de 1919, en Gualeguaychú, provincia de Entre Ríos.

—¿Sus padres?

—Un vigilante de la 17, que lo ascendieron a político, y una señora de Resistencia, que bajó por el Paraná.

—¿Su primer recuerdo?

—Una marina, en marco de terciopelo, con incrustaciones de nácar para copiar la espuma.

—¿Su primer recuerdo?

—Un ladrón de gallinas que me inició en los misterios de ese arte.

—¿Su primer libro?

—*Recado para don Martiniano Leguizamón.* Un éxito de estima en la zona y que rebasó la General Paz. Fuera de los recortes de práctica me quedan los laureles del Premio Iniciación para la clase del 19, que me di el gustazo de compartir con mi compañero de premio Carlos J. Lobatto, tempranamente hurtado a la gloria, cuando feneciese un lustro después de la publicación de *Huevo de tero.*

—¿Cómo vivió, Maestro, su galardón?

—Con el sano entusiasmo del bisoño que arriesga su primer

manotazo. La prensa se mostró deferente, aunque no siempre distinguiendo mi ensayo leguizamoniano, un perfil crítico, de las payadas y pavadas del extinto.

—¿Qué otra consideración le sugiere ése, su primer fruto?

—Ahora que me está haciendo la pregunta calculo que el asunto tiene más vueltas, que si usted no se agarra bien se marea. Ahí empezó de veras el embrollo. Nunca lo hablé con nadie, pero otra cosa es con usted, que viene de una zona tan alejada, que para mí no vige, qué le vamos a hacer. Le abro de par en par mi corazón, para que usted escarbe a su antojo.

—¿Está por darme una primicia? —le cuestioné.

—Usted será el primero y el último que oirá lo que hoy le digo. Alguna vez el hombre quiere desahogarse. Más vale hacerlo con un ave de paso, con un fulano que se disipará como el humo de la última pitada. Al fin y al cabo un ciudadano decente, aunque viva de la estafa y del peculado, quiere que triunfe la verdad.

—Dice bien, pero me atrevo a confortarle que ya son muchos los que calamos hondo en su producción y que amamos, de la manera más correcta, si usted me entiende, al hombre que ese fárrago nos revela.

—Merecidas. Pero mi deber es prevenirle que usted ha puesto el dedo hasta el sobaco en el ventilador. Mire, si no, lo que me vino a pasar con aquel libro. Por compartir el premio con el otro, ya quedé para siempre acollarado con el finado Lobatto y sus décimas, que eran de tesitura folklórica. Yo había usado la palabra *recado* en el sentido de mensaje o misiva, que tuvo su auge años atrás, pero los profesores y los críticos, todos a una, lo interpretaron como la típica montura de nuestro gaucho. Malicio para mí que los descaminó una confusión con las trovas nativistas de Lobatto. Para satisfacer la expectativa que esa auspiciosa recepción suscitara, escribí a todo vapor mi segundo aporte: *Querencias juidas.*

Con todo orgullo me animé a interrumpirlo.

—Hay veces que el discípulo conoce la obra del maestro más que el maestro. Usted se trabucó feo en el título. Con el transcurso de los años la memoria sinceramente se desgasta. Cierre los ojos y recuerde. Su

libro, su propio libro, se llama *Querencias judías.*

—Así dice la tapa. La verdad, la verdad que hasta ahora he sepultado en mi fuero interno, es que la trabucaron feo los de la imprenta. En vez de *Querencias juidas*, que es lo que yo había puesto en la papeleta, pusieron en la portada y en la cobertura *Querencias judías*, error que, en el apurón del momento, se me pasó por alto. Resultante: la crítica me embanderó como vate de las colonias israelitas del barón Hirsch. ¡Y yo que no los puedo ver a los rusos!

Pregunté lastimeramente:

—Pero ¿cómo? ¿El señor no es un gaucho judío?

—Es como hablar con la pared. ¿No acabo de aclararle el asunto? Le digo más: yo concebí mi libro como un mazazo contra esos chacareros y mercachifles que arriaron con el gaucho de ley, sin consentirle ni un resuello. Pero es matarse; nadie puede nadar contra la corriente. Acaté como un caballero el fallo del destino, que no voy a negarlo, me significó no pocas satisfacciones legítimas. Retribuí sin tardanza. Si usted coteja con su lupa la primera edición y la segunda, no tardará en percibir en la última algunos versos que ponderan a esos mismos labradores y comerciantes que mecanizasen el agro nacional. A todo esto, mi fama se incrementaba, pero escuché la campanilla estridente del llamado telúrico y no me hice de negar. Meses después la Casa Editorial Molly Glus me publicó el folleto conciliador *Claves del neo-jordanismo*, fruto de investigación y de celoso ardor revisionista. Sin menoscabo del respeto que nos merece la figura de Urquiza, me zambullí en las aguas del jordanismo, do ya braceara José Hernández, que se hiciese llamar por los familiares el Gaucho Martín Fierro.

—Bien me recuerdo de la lectura que dio el doctor Pantoja ponderando sin asco su trabajo sobre el Jordán, que no trepidó en igualar con la *Autobiografía del Nilo*, del no menos hebreo Emil Ludwig.

—Dale Juana con la canasta. Por lo visto ese doctor Pantoja le calzó las anteojeras y usted no se las saca ni a los tirones. Mi folletín se refería al crimen del Palacio San José y usted me viene con sus ríos foráneos. Como dijo el poeta: Cuando la suerte se inclina ya no hay nada que hacer. Hay veces que arrastrados por el vértigo nosotros

mismos le hacemos el juego a nuestra mala estrella. Sin darme cuenta, yo también coadyuvé. Con el prurito de clasificarme como crítico de fuste, di a luz un enfoque centrado y personal sobre *La Bambina* y *La mula* de Luis María Jordán. Este libro se interpretó como una continuación reforzada del anterior sobre el mismo río.

—Le capto, señor —exclamé golpeándome en los pechos—. Cuente conmigo. Me entregaré de lleno al trabajo de enano que exige la verdad. ¡Repondremos las cosas en su quicio!

Lo vi francamente fatigado. Casi me quedé estupefacto cuando me dijo:

—Piano, piano y no se me desmande. En su defecto le voy a aplicar una multa por exceso de velocidad. Le hablé como le hablé en la confianza de que llegada la hora usted pusiera los puntos sobre las íes, pero ni un minuto antes. Usted da un paso prematuro, difunde que no soy el que me toman y me deja en la estratósfera. Trátase de un asunto delicado. ¡Caminar sobre huevos es la consigna! La imagen que remonta la crítica —su doctor Pantoja, pongo por caso— siempre vige más que el autor, que es a gatas un *primum mobile.* Si derriba la imagen, me derriba. Soy hombre al agua. Ya me ven como el aeda de las colonias; o me ven así o no me ven. ¡Quítele el mito al hombre moderno y le quita el pan que mastica, el aire que respira y la yerba Napoleón que le recomiendo! Por consiguiente y por ahora, soy el cantor rusófilo que el profesorado supone. Tengo su palabra y retírese. Cuanto menos bulto, más claridad.

Salí como propelido a patadas. Análogo al que pierde la fe, busqué asilo en la ciencia. Exhibiendo el carnet de universitario me infiltré en el museo. Momentos hay que no se transmiten fácil. De pie ante el gliptodonte de Ameghino hice mi examen de conciencia, no en vano. Comprendí que Ruiz y Pantoja, que acaso nunca se confundirían jamás en un mismo abrazo fraterno, eran dos bocas de una sola verdad. La famosa cadena de malentendidos había resultado, en realidad, la gran confirmación. La imagen que proyecta el escritor vale más que su obra, que es una miserable basura, como todo lo humano. ¿A quién puede importarle en el mañana que el *recado* sea un juicio crítico y que el

neo-jordanismo tenga su fuente en *La Bambina*, de López Jordán?

Un caluroso abrazo a los merzunes. En cuanto a vos, paso a recomendarte de nuevo que Cayetano es buen amigo. Mis obsecuencias a Pantoja a quien le escribiré largo y tendido, no bien me despabile.

Hasta el retorno se despide.

Tulio Savastano (h.)[31]

El enemigo número 1 de la censura

(Semblanza de Ernesto Gomensoro para
hacer las veces de prólogo a su Antología*)*

Sobreponiéndome al sentimiento que el corazón me dicta, escribo con la Remington esta semblanza de Ernesto Gomensoro, para hacer las veces de prólogo a su *Antología.* Por un lado, me trabaja la grima de no poder cumplir de un modo cabal con el mandato de un difunto; por el otro, me doy el gustazo melancólico de retratar a ese hombre de valía que los pacíficos vecinos de Maschwitz aún hoy recuerdan bajo su nombre de Ernesto Gomensoro. No olvidaré fácil aquella tarde en que me acogiera, con mate y bizcochitos, bajo el alero de su quinta, no lejos de la vía del tren. La causante de que yo me costease hasta esos andurriales fue la natural conmoción de haber sido objeto de una tarjeta dirigida a mi domicilio, invitándome a figurar en la *Antología* que por entonces incubaba. El fino olfato de tan remarcable mecenas despertó mi siempre despabilado interés. Además quise tomarle al vuelo la palabra, no fuera a arrepentirse, y decidí llevar de mano propia la colaboración, para evitar las clásicas demoras que suelen imputarse a nuestro correo.[32]

El cráneo glabro, la mirada perdida en el horizonte rural, la anchurosa mejilla de pelambre gris, la boca por lo general provista de bombilla y mate, el pulcro pañuelo de mano bajo el mentón, el tórax de toro y un liviano traje de hilo a medio planchar, constituyeron mi primera instantánea. Desde el sillón de hamaca de mimbre, el conjunto

atractivo de nuestro anfitrión complementose presto con la voz campechana que me indicó el banquito de cocina para que me sentase. A efectos de pisar terreno firme, agité a su vista, ufano y tenaz, la tarjeta-invitación.

—Sí —articuló con displicencia—. Mandé la circular a todo el mundo.

Semejante sinceridad me entonó.

En tales casos la mejor política es congraciarse con el hombre que fuera nuestra suerte en las manos. Le declaré con suma franqueza que yo era el reportero de artes y letras de *Última Hora* y que mi verdadero propósito era el de consagrarle un reportaje. No se hizo de rogar. Escupió verde para aclarar el garguero y dijo con la llaneza que es ornato de las figuras próceres:

—Avalo su propósito de corazón. Le prevengo que no le voy a hablar de la censura, porque ya más de uno anda repitiendo que soy temático y que la guerra contra la censura se ha vuelto mi única idea fija. Usted me rebatirá con la objeción de que hoy por hoy son pocos los temas que apasionan como ése. No es para menos.

—Si lo sabré —suspiré—. El pornógrafo más desprejuiciado observa cada día una nueva traba en su campo de acción.

Su respuesta me dejó sin otro recurso que abrir la boca.

—Ya maliciaba yo que usted agarraría para ese lado. Le reconozco a toda velocidad que poner cortapisas al pornógrafo no tiene mucho de simpático que digamos. Pero ese caso tan cacareado no es más, qué azúcar y qué canela, que una faceta del asunto. Tanta saliva gastamos contra la censura moral y contra la censura política que pasamos por alto otras variedades que son, con mucho, más atentatorias. Mi vida, si usted me permite llamarla así, es un ejemplo aleccionante. Hijo y nieto de progenitores que fueron invariablemente bochados por la mesa de examen, me vi abocado desde niño a las más diversas tareas. Fue así que me arrastró la vorágine de la escuela primaria, del corretaje de valijas de cuero y, en ratos robados a la fajina, de la composición de uno que otro verso. Este último hecho, en sí carente de interés, avispó la curiosidad de los espíritus inquietos de Maschwitz y no tardó en

correr y agrandarse de boca en boca. Yo sentí, como quien ve subir la marea, que el consenso del pueblo, sin distinción de sexo ni edad, recibiría con alivio que yo comenzara a publicar en periódicos. Apoyo semejante me impelió a mandar por correo, a revistas especializadas, la oda *¡En camino!* Una conspiración del silencio fue la respuesta, con la excepción honrosa de un suplemento que me la devolvió sin más.

»Ahí puede ver el sobre, en un marco.

»No me dejé desanimar. Mi segunda carga asumió una naturaleza masiva; remití a no menos de cuarenta órganos simultáneos el soneto *En Belén* y después, continuando el bombardeo, las décimas *Yo alecciono.* A la silva *La alfombra de esmeralda* y al ovillejo *Pan de centeno* les cupo, usted no me va a creer, idéntica suerte. Tan extraña aventura fue seguida, con suspenso simpático, por las autoridades y personal de nuestra estafeta, que se apresuraron a divulgarla. La resultante fue previsible; el doctor Palau, ornato y fuste si los hay, me nombró director del director del suplemento literario de los jueves del diario *La Opinión.*

»Desarrollé esa magistratura civil durante casi un año, cuando me echaron. Fui, por sobre todo, imparcial. Nada, apreciable Bustos, me viene a intranquilizar la conciencia a las altas horas. Si una sola vez di cabida a un hijo de mi musa —el ovillejo *Pan de centeno*, que desató una persistente campaña de solicitadas y anónimos— lo hice bajo el socorrido seudónimo de *Alférez Nemo*, con alusión, que no todos captaron, a Julio Verne. No fue sólo por eso que me enseñaron el camino de la calle; no hubo bicho viviente que no me endilgara la culpa de que la hoja de los jueves era más bien el tarro de la basura o, si usted prefiere, la última roña. Aludían, a lo mejor, a la ínfima calidad de las colaboraciones expuestas. La inculpación, a no dudar, era justa; no así la comprensión del criterio que me oficiara de brújula. Más náusea que a los peores Aristarcos me sigue dando la retrospectiva lectura de aquellos papeluchos sin ton ni son, que yo sin tan siquiera hojearlos confiaba al señor regente de los talleres gráficos. Le hablo, como usted ve, con el corazón en la mano: pasar del sobre al linotipo era todo uno y yo ni me tomaba el trabajo de averiguar si eran en prosa

o verso. Le pido que me crea: mi archivo atesora un ejemplar en que se repite dos o tres veces la misma fábula, copiada de Iriarte y firmada de manera contradictoria. Avisos de Té Sol y de Yerba Gato alternaban gratuitamente con el resto de las colaboraciones, sin que faltara alguno de esos versitos que los desocupados dejan en el cuarto de baño. Figuraban también nombres femeninos de la mayor expectabilidad, con el número de teléfono.

»Como ya lo olfatease mi señora, el doctor Palau terminó por montar el picazo y me dijo dando la cara que la hoja literaria sanseacabó y que no me podía decir que me agradecía los servicios prestados, porque no estaba para bromas y que me fuera al trote.

»Le soy sincero; para mí el despido debe atribuirse, por increíble que parezca, a la publicación fortuita de la notable silva *El malón*, que revive un episodio muy querido en la zona, la devastadora incursión de los indios pampas, que no dejaron títere con cabeza. La historicidad del flagelo ha sido puesta en duda por más de un iconoclasta de Zárate; lo indiscutible es que insufló los gallardos versos de Lucas Palau, martillero y sobrino de nuestro director. Cuando usted, joven, esté por tomar el tren, que le falta poco, le mostraré la silva aludida, que la tengo en un marco. Yo la había publicado, según mi norma, sin fijarme en la firma ni en el texto. El bardo, me dijeron, arremetió con otras versadas que esperaron su turno y que no salieron, porque nunca dejé de respetar el orden de arribo. Adefesio sobre adefesio las iba postergando; el nepotismo y la impaciencia rebalsaron la copa y entonces fue que tuve que encontrar la puerta de salida. Retireme.

A lo largo de esta tirada, Gomensoro hablome sin amargura y con evidente sinceridad. En mi rostro se pintaba el recogimiento del que contempla un chancho volando y tardé mi buen rato en articular:

—Seré un obtuso, pero no lo capto de lleno. Quiero entender, quiero entender.

—Todavía no le sonó la hora —fue la respuesta—. A lo que veo, usted no es de esta zona entrañable de todos mis amores, pero por lo obtuso —para repetir su dictamen, no menos objetivo que severo— bien podría serlo, por no haber entendido ni jota de lo que le estoy

remachando. Un testimonio más de esa incomprensión difundida fue que la Comisión de Honor de los Juegos Florales, que tanto lustre dieron a nuestra pujante localidad, me ofreció ser jurado de los mismos. ¡No habían entendido ni jota! Como era mi deber decliné. La amenaza y el soborno se estrellaron contra mi decisión de hombre libre.

En este punto, como quien ha suministrado ya la clave del enigma, rechupó la bombilla y se encastilló en su fuero interior.

Cuando agotó el contenido de la pavita, me atreví a susurrar con voz de flauta:

—No termino, mi jefe, de comprenderlo.

—Bueno, se lo pondré en palabras a su nivel. Quienes socavan con la pluma las bases de las buenas costumbres o del Estado, no desconocen, quiero creerlo que expónense a pelarse la frente contra el rigor de la censura. El hecho es incalificable, pero comporta ciertas reglas de juego y el que las infringe sabe lo que hace. En cambio veamos lo que pasa cuando usted se apersona a una redacción con un original que es, por donde se lo quiera mirar, un verdadero fárrago. Lo leen, se lo devuelven y le dicen que se lo ponga donde quiera. Le apuesto que usted sale con la certeza de que lo han hecho víctima de la censura más despiadada. Supongamos ahora lo inverosímil. El texto sometido por usted no es una cretinada y el editor lo toma en consideración y lo manda a la imprenta. Quioscos y librerías lo pondrán al alcance de los incautos. Para usted, todo un éxito, pero la insoslayable verdad, mi estimable joven, es que su original, mamarracho o no, ha pasado por las horcas caudinas de la censura. Alguien lo recorrió, siquiera *de visu*; alguien lo juzgó, alguien lo depuso en el canasto o se lo enjaretó a la imprenta. Por oprobioso que parezca, el hecho se repite de continuo, en todo periódico, en toda revista. Siempre nos topamos con un censor que elige o descarta. Eso es lo que no aguanto ni aguantaré. ¿Comienza usted a comprender mi criterio cuando la dirección de los jueves? Nada revisé ni juzgué; todo halló su cabida en el Suplemento. En estos días el azar, en forma de una súbita herencia, permitirame al fin la confección de la *Primera Antología Abierta de la Literatura Nacional.* Asesorado por la guía del teléfono y otras, me he dirigido a todo bicho viviente,

inclusive a usted, solicitándole que me mande lo que le dé la real gana. Observaré, con la mayor equidad, el orden alfabético. Esté tranquilo: todo saldrá en letras de molde, por más mugre que sea. No lo retengo. Ya estoy oyendo, me parece, las pitadas del tren que lo reintegrará a la diaria fajina.

Salí tal vez pensando que quién me hubiera dicho que esa primera visita a Gomensoro resultaría, qué le vamos a hacer, la última. El diálogo cordial con el amigo y maestro no se reanudaría otra vuelta, por lo menos en este margen de la laguna Estigia. Meses después lo arrebató la Parca en su quinta de Maschwitz.

Repugnante a todo acto que involucrara un mínimo de elección, Gomensoro nos dicen barajó en una barrica los nombres de los colaboradores y en esa tómbola salí yo el agraciado. Me tocó una fortuna cuyo monto superaba mis más brillantes sueños de codicia, bajo la sola obligación de publicar a la brevedad la antología completa. Acepté con el apuro que es de suponer y me di traslado a la quinta, que antaño me acogiese, donde me cansé de contar galpones, atestados de manuscritos que ya orillaban la letra C.

Caí como herido del rayo cuando conversé con el imprentero. ¡La fortuna no alcanzaba para pasar, ni en papel serpentina y letra de lupa, más allá de *Añañ*!

Ya he publicado en rústica todo ese tendal de volúmenes. Los excluidos, de *Añañ* para adelante, me tienen medio loco a pleitos y querellas. Mi abogado, el doctor González Baralt, alega en vano, como prueba de rectitud, que yo también, que empiezo con B, he quedado afuera, para no decir nada de la imposibilidad material de incluir otras letras. Me aconseja, en el ínterin, que busque refugio en el Hotel El Nuevo Imparcial, bajo nombre supuesto.

Pujato, 1.º de noviembre de 1971

La salvación por las obras

I

Le doy mucha razón a mi colega de oficina don Tulio Savastano, que esta mañana estaba como fuera de sí con el entusiasmo de ponderar la fiesta ofrecida las otras noches por la señora Webster de Tejedor, a una vasta porción de sus amistades, en su residencia de Olivos. El que innegablemente asistió en persona a la fiesta fue José Carlos Pérez, figura de gran desplazamiento social con el apodo de Baulito. Escaso de cogote, fornido dentro de la ropa ajustada, bajo pero paquete y elástico, un patotero estilo guardia vieja, famoso por el mal genio y por las trompadas, el Baulito es por derecho propio un elemento popular y querido en todos los círculos, particularmente donde haya coristas y caballos.

Don Tulio, por el mismo hecho de llevarle los libros, goza de franco acceso a la casa de nuestro héroe, donde ha conseguido infiltrarse en las dependencias de servicio, sin perdonar la recepción ni el sótano de la bodega. Por el momento el Baulito le otorga toda su confianza y le revela, bajo forma de confidencia, entretelón que bueno, bueno. Hablo con fundamento; en cuanto lo diviso a don Tulio, me lo apestillo y no lo dejo en paz hasta sonsacarle los chismes de la víspera. Paso a la última hornada; esta mañana Savastano, para sacarme de algún modo de encima, puntualizó:

—Creer o reventar: el Baulito, que aunque parezca grupo se fatigó de la Tubiana Pasman, ahora le ha echado el ojo a la señorita Inés

Tejerina, que viene a ser sobrina carnal de la señora de Tejedor, que dio el baile. La Tejerina es una preciosura de gran desplazamiento social y es rica y es joven. Le hace caso al Baulito; a veces ganas no me faltan de ir al Instituto Pasteur para que me apliquen una inyección contra la envidia. Pero el Baulito sabe lo que hace; quiere que las mujeres sean esclavas del déspota que lleva en la sangre y para tenerla en línea se puso a festejar en el baile a María Esther Locarno, una pariente pobre de la Tubiana, que dejó en lontananza a una juventud que nunca fue agraciada. La murmuración general concuerda en sostener que tiene otros defectos y peores. Estas cosas las sé porque me las dijo el propio Baulito, mientras contestaba una carta al club de boxeo y yo le pasaba la lengua por el estampillado.

»Todo salió como una jugada del Gran Maestro ajedrecista Arlequín. La Tejerina estaba fula y el Baulito gozaba como si le hicieran cosquillas. Un detalle que le hizo gracia fue que la María Esther no le correspondió mayormente. Apreciá, si podés, el disparate: la mujer más desairada de la reunión haciéndole asco a ese candidato de lujo que es el Baulito. La Tejerina se aguantó como pudo, porque al fin y al cabo le han dado una educación esmerada; pero a las tres y quince de la mañana no resistió y la vieron salir corriendo y llorando. Hay quien alega que la culpa fue de empinar el codo, pero el consenso más generalizado es que lloraba por despecho, porque lo quiere.

»Cuando fui a verlo al otro día, me lo encontré radiante al Baulito, dele rebote y salto en el trampolín de su pileta. A usted le daba gusto.

II

El miércoles reanudamos el diálogo. Savastano llegó con algún atraso, pero un servidor ya le había marcado la tarjeta. El hombre se reía como un aviso y en la solapa destacaba un clavel que ni el señor Zamora. Confidencia va, confidencia viene, me dijo:

—El Baulito anoche me consignó en el bolsillo una fuerte suma, con

el objeto que adquiriera en la florería de la Avenida Alvear un ramo de claveles para la señorita Locarno y lo llevara en propia mano. Suerte que un familiar es florero en la Chacarita y que me hizo un precio; con la diferencia me aboné el viaje.

»La señorita vive en los altos de una casa en Mansilla, esquina Ecuador, que la planta baja es un relojero. Subido que hube la escalera de mármol con la lengua de fuera, la propia interesada me abrió la puerta. La reconocí de inmediato por corresponder en un todo a la descripción del Baulito. La cara era de pocos amigos. Le entregué los claveles con la tarjeta y me preguntó por qué el señor Baulito se había molestado. Agregó que para no fatigarme ella cargaría con la mitad y me encargó, sin darme cinco, que llevara el remanente, con su tarjeta, a la señorita Inés Tejerina, que se domicilia en Arroyo. No tuve más remedio que obedecer, no sin antes reservar algunos claveles para mi señora, que es tan afecta. En lo de Tejerina, el propio portero se hizo cargo del sobrante.

»Cuando le narré mi odisea, el Baulito dictaminó con una sencillez de alto vuelo, que me trajo a la memoria al señor Zarlenga: “Me gustan las mujeres que no se rinden al primer topetazo”. Acotó que la tal Locarno no tenía un pelo de sonsa y que la remisión de las flores era todo un acierto para hacerla rabiar y patalear a la Tejerina.

III

Hasta la semana que viene Savastano se encastilló en uno de esos grandes silencios que presagian el nubarrón. Al fin le sonsaqué, a trueque de un Salutaris, lo sucedido. Explicolo:

—No pasa un día que yo no me presente en el piso alto con los claveles. Como sabe repetir el Padre Carbone, la historia se repite. Más de media hora tarda la señorita en abrir; no bien me reconoce, me cierra en las narices la puerta, no sin antes pasarme una tarjeta, para que se la refriegue a la Tejerina y ya ni tan siquiera curiosea por qué el

señor Baulito se molestó.

»Hay más. Anteayer, en la mansión de Arroyo, el encargado de la librea me hizo pasar a la salita con un Figari, que era un verdadero candombe, y al rato la Tejerina me deslumbró con esos ojos enormes que derramaban lágrimas. Me dijo que por más que se golpeaba la cabeza contra las paredes del living, no acababa de entender lo que sucedía y que a veces pensaba que estaba a punto de perder la razón. Encima sentía el odio de esa mujer a la que nunca le hizo nada. Vez que telefoneaba al Baulito, vez que le colgaba el teléfono. Le contesté que si me remuneraba decorosamente, podía contar con un amigo desinteresado. Me adelantó una luca y salí. Qué distinta de la Locarno, reflexioné.

»Ayer, al atracarme a lo de Locarno con el ramo de práctica, una sorpresa me aguardaba. La señorita ni se comidió a abarajarlo y desde el escalón de más arriba me gritó que ya estaba harta de esos embelecos que hay que ponerlos en agua y que la mañana siguiente no me arriesgara a presentarme sin una oferta sólida, un anillo de oro con esmeralda, de esos que están en la vidriera de la Joyería Guermantes. A la tarde el Baulito en persona se emperró en efectuar él mismo la compra, con lo que me privó de la comisión. Entregué con todo éxito el donativo, que se lo enrosqué en el dedo anular de la uña cachaza. Antes de encaminarme a la oficina le di la fausta nueva al Baulito, que me recompensó con éstos de a mil. Andamos en la buena, como usted ve.

IV

En la tenida subsiguiente Savastano siguió con su folletín:

—Envalentonado por el suceso del anillo, el Baulito se prendió del teléfono. Desde la puerta oí su voz máscula, que parecía un caramelo que preguntaba si le había gustado el anillo. Trastabillé a continuación cuando reconocí los improperios de esa ingrata sin alma, que le aconsejaba que le diera alguna vez un descanso al tubo y en seguida se

lo colgó.

»El Baulito lanzó una carcajada que no le salió convincente y me zampó otro mil para despistar.

»Bien dicen que el porfiado saca mendrugo. Lejos de amilanarse en lo más mínimo, el Baulito, de punta en blanco, empuñó su temido bastón de varilla de ballena y me ordenó seguirlo para ver cómo un caballero arregla esas cosas. Como una sombra lo seguí con gran expectativa.

»Junto con el Baulito subió a lo de la Locarno el viejo relojero holandés, para entregar un despertador. Cosa de no congestionar el acceso, me mantuve en la base de la escalera, como quien campanea. La puerta abriose hospitalaria. Desfigurada por la ira asomó la Locarno. Un guiño de la dama y el vejete, que no sabía que tenía que habérselas con un tigre del cuadrilátero, lo tomó por los hombros al Baulito, lo sostuvo en el aire y lo tiró escaleras abajo, donde lo abarajé apurado, no fuera que nos cascaran a los dos. El vigilante que acudió se hizo humo con el bastón y el rancho. El Baulito se incorporó como pudo y nos perdimos de vista en el primer taxi. En la puerta de su relojería, el pobre viejo, con su cara de queso de bola, se reía como un bendito.

V

Nuestro moderno Shahrazade, Savastano, retomó así la crónica:

—El Baulito, por cuyas venas corre pasta de vencedor, me ordenó, desde la nueva cama ortopédica, la inmediata compra de un reloj pulsera, de oro catorce, para alhajar aún más a la Locarno. Las radiografías habían cantado bien claro: cuatro costillas rotas, amén de las magulladuras en la calvicie y del yeso hasta el fémur: pero, ya se ve, el Espíritu se sonríe de la Materia.

»Estaba dándome la plata cuando sonó el teléfono. “Ha de ser la Locarno, que se inquieta por mi accidente”, intuyó, seguro, el Baulito. Se equivocaba. En la otra punta del hilo estaba nada menos que el secretario de Deportes, para ofrecerle la presidencia del Círculo de Box.

No me creerán: el Baulito no se hizo de rogar.

»Una vez afuera me entró la comezón de reanudar mi vieja amistad con el Pardo Salivazo. ¡Cuántas queridas y olvidadas memorias del Nuevo Imparcial! El hombre sabía parar en la esquina de Sarmiento y Ombú; ahí lo encontré, unos toques tordillos en la melena, la cara ya surcada de arrugas y, como quien dice, más sucio, pero el gran muchacho de siempre. Para no andar con vueltas, le pregunté de entrada si no me acompañaría, mediante un estipendio a fijar, en una misión delicada. El Pardo, que para mí estaba mamado, dijo que sí.

»Ante la escalera fatal, el Pardo, que en el momento menos pensado se enfunda en su egoísmo abúlico, manifestó que hasta arriba no iría y se puso a charlar con un vecino, que resultó ser relojero y el de la última vez. Yo subí trepidante con la pulsera, que la había adquirido previamente en el Emporio Reducidor. El dedo aún hesitaba ante el timbre, cuando la Locarno se asomó por casualidad, con el propósito de baldear la escalera. Le indiqué el obsequio y lo recibió, remarcando que de hoy en adelante preferiría billetes en efectivo y procedió sin más al baldeo.

»El relojero me franqueó la entrada de su local, me convidó a secar la ropa contra la estufita de kerosén, para lo que me desvestí. De ínterin, charlamos. El relojero me confió que la señorita Locarno era de uso corriente en la parroquia, y que él y un negro eran los únicos que la habían desatendido, por ser hombres de hogar.

»A su debido tiempo nos fuimos. Salivazo, en la calle, me devolvió la cartera, previniéndome sin rodeos que él ya había cobrado. Me vi forzado a regresarme a patacón por cuadra.

VI

Esta mañana en lo del Baulito un enfoque nuevo. ¡La residencia, sin perdonar la fosa de engrase, iluminada a giorno! El ansia de saber me acució escaleras arriba. ¡Otra sorpresa! El Baulito, blandiendo el más

ufano cigarro de hoja, estaba levantado. Me dijo que tenía buenas noticias y, fraterno, me desafió a que las adivinara. «¿El sí de la Locarno?», susurré. «Todavía no, pero en cuanto se entere me da vía libre. Por obra y gracia de los intrigantes de siempre, la presidencia del Círculo de Box quedó en nada, pero en su reemplazo me han ofrecido algo de mayor jerarquía en el organigrama: la Subsecretaría de Cultura. ¡La dignidad, el sueldo, los negociados!»

Yo malicié que cuando llueve todos se mojan, y le hice la venia. El Baulito siguió: «Ni a usted se le escapará, Savastano, que yo no pesco mucho de cultura, pero por suerte cuento con un ladero que ha escarbado en estas macanas de pe a pa: hablo, como usted barrunta, del sargento Fonseca, domiciliado en una cochería de Tres Sargentos. Lo voy a nombrar mi brazo derecho y usted, para no perder posiciones, va a tener que esmerarse con la Locarno. Como primera cuota, yo había pensado en remitirle diez mil del ala; pero ¡qué embromar!, hay que ponerse a la altura del acontecimiento del día. Doblo la puesta».

Me entregó un sobre con el nombre y la cifra en letras y números. Tras una palmadita con la muleta, me dijo: ¡Abur!

A una mujer como la Locarno yo le saco el sombrero. Abrió sin más el sobre, contó bien la suma y me ordenó que al día siguiente pasara más temprano. Acto continuo vino el consabido portazo. Póngase, don Bustos, en mi lugar. Tuve que volver sin recibo. De haber sabido yo lo que iba a pasar, rompo el sobre y me quedo con diez lucas, que me hubieran venido como llovido del cielo.

VII

En la Dirección de Cultura la ceremonia fue suceso. El Baulito leyó a los tropezones la galana palabra que Fonseca y yo le redactamos entre los dos. El champagne y los sándwiches pululaban. Al ministro que es, como yo, de Independiente, le arranqué la promesa de una embajada. El Baulito, luego de la conferencia de prensa, tomó una decisión que lo

pinta de cuerpo entero: me delegó para llevarle el sobre a la Locarno y para anunciarle que esa misma tarde, a las seis p. m., arribaría en coche oficial para leerle el discurso que cosechara tanto aplauso. Partí hacia el deber, no sin lamentar que Fonseca se quedara dueño del campo y que captara, mediante la adulación, el favor del oficialismo presente. La Locarno, como era de esperar, se quedó con la plata, pero por mi interpósita persona le previno al Baulito que si se presentaba en su casa lo esperaría el viejo relojero sin compasión.

VIII

A las nueve hice mi acto de presencia en la Dirección de Cultura. Esa vuelta Fonseca me madrugó; el Baulito ya tenía a la firma el anteproyecto para la primera edición de Jornadas Folklóricas Provinciales, a celebrarse en ciudades capitales de nuestro interior. Yo, pisándole los talones, deslicé un borrador de nota para elevarle a la Intendencia, proponiendo, de acuerdo a un sentir más actualizado, cambiar de nombre algunas calles. El señor Baulito le echó un vistazo. La autopista Repatriación de los Restos y la Avenida Hormiga Negra merecieron su atención preferente. Tanta fajina hubiera dejado de cama a cualquiera, pero el señor Baulito no amainó y, cuando me silbaba el estómago, se entregó por entero a su tarea específica. Preparó, como un Napoleón, su plan de batalla. Empezó porque yo la llamara por teléfono a la señora de Tejedor y le dijera que hablaba desde la Comisión de Cultura. Después él mismo manoteó el tubo y le habló con esa llaneza que es monopolio de altas esferas. Le rogó interceder ante la señorita Locarno, mediante una comisión que iba a interesarle. No se otorgó un resuello. Inició un viraje de noventa grados y se puso al habla con Monseñor De Gubernatis. Le fue explicando a calzón quitado el asunto, lo fletó de visita a lo de Locarno, en compañía de su abogado, el doctor Kuno Fingermann y le prometió que, si había casorio, le encargaría la ceremonia, sin pedirle rebaja en el presupuesto. Rápido telefonazo al

ruso redondeó el laburo de la mañana. A Fonseca y a mí nos dio el coche oficial, para que attenti vigiláramos el cometido de esos dos figurones.

Nos encontramos en la puerta. Fingermann, el más ansioso del holocausto, personalmente tocó el timbre. Apenas entreabrió la señorita, Monseñor metió pierna por la rendija y bendijo la casa. Nos metimos adentro, yo cerrando la retaguardia. El tufo de la tallarinada, que Fonseca y un servidor portábamos en cazuela de barro y las botellas con canasta de Chianti, que Monseñor iba extrayendo de la sotana, medio la desarmaron a la Locarno, que nos convidó a la cocina. A nadie le faltó su banquito y el mantel de hule no tardó en exhibir toques de tuco y vino. Nos acodamos antes de la una y quedamos pegados hasta las cinco. La Locarno no soltó una sola palabra, pero comió como un reloj. Un silencio imponente, que destacaba la masticación de los cinco, hizo que nadie hablara. Saciada la barriga, Monseñor entró a perorar. Con la elocuencia que da el púlpito, le propuso a la Locarno la blanca mano de Baulito que, amén de una fortuna personal, ya considerable, estaba percibiendo un sueldazo en la Avenida Alvear. Los anillos correrían por cuenta del Baulito y él procedería a la santa unión de la nueva pareja, secundado por la radio en cadena y la T.V. El doctor Kuno Fingermann circuló fotocopias que eran la prueba de que Monseñor se había mantenido, *grosso modo*, dentro de la verdad; agregó que su cliente no era amarrete y que le pasaría antes de fin de mes la cifra que ella quisiera, sin perjuicio de un adelanto, para el que Savastano y Fonseca traían la chequera. La Locarno, que ya se había guardado mi sobre, aceptó una suma inicial que por poco nos da un espasmo. Cuando se declaró satisfecha con esas tratativas preliminares, la Locarno dijo que en un punto no daría su brazo a torcer. Nos previno bien alto que no le volviéramos a hablar en su perra vida del señor Pérez, que era un plomo y que ni loca lo esposaba. Monseñor y el Kuno se retiraron un ratito para deliberar sobre el inesperado giro del asunto. Cuando volvieron se confesaron vencidos por las razones de la dama. En la despedida no hubo amargura. Quedamos en reunirnos otra vez, para otra tallarinada con

Chianti.

IX

Al recorrer el diario, esta mañana, don Bustos, casi caigo redondo con la sorpresa. Después hice memoria. Ayer, de vuelta de la comilona, yo me había quedado dormido en la piecita, cuando sonó el teléfono. Era Pérez, que en la confianza de la amistad me puso como palo de gallinero, porque Fonseca ya le había contado lo que pasó. Me prometió que a Monseñor y al Kuno se les iban a acabar los cortes, con una reprimenda igual a la mía. Los amigos le habíamos fallado y él había tomado la decisión, por increíble que parezca, de tratar cara a cara con la Locarno. Yo seguía abotagado con el sueño y con los tallarines y lo escuché como quien escucha llover. Esta mañana, al ver la noticia en letra de molde, recordé la telefoneada y reviví con emoción la voz del energúmeno. En grandes ocasiones uno saca coraje quién sabe cómo. Sostenido por la casualidad, me largué solo a la calle Mansilla. La señorita Locarno me aseguró que, si ella hubiera sospechado lo que iba a suceder, se traga la lengua y no lo rechaza. Vamos a ver qué había ganado. Ya no recibiría el cheque de cada día y el Baulito, con el apuro de pegarse el balazo, a lo mejor no le dejaba nada en el testamento. En esas palabras sentidas, oí, con la consternación que es de suponer, mi propia sentencia. Un egoísta como Pérez, que se suicida porque un bagre no le lleva el apunte, es capaz de olvidar, en el supremo instante, a quienes lo han servido y lo han aguantado.

Pujato, 7 de diciembre de 1971

Deslindando responsabilidades

A instancias reiteradas del autor, que se llama Mejuto,
hago un lugarcito en mi boletín al curioso informe,
Vida y obras del Molinero*, que nos ha llegado por correo*
aéreo y marítimo.

H. B. D.

Vida y obras del Molinero

No sin un dejo de razón, algunos impulsivos, arrebatados por el más encomiable de los celos, han pretendido dar por tierra con el reciente opúsculo del doctor Puga y Calasanz: *Rebusco en torno a las composiciones que por lo común se atribuyen a Maese Pedro Zúñiga, apodado asimismo el Molinero.* Grande por cierto ha sido el escándalo de la prensa zaragozana, máxime en el *Pregón de Pretilla.* En hecho de verdad, no era para menos el caso. Apoyado en la erudición enjundiosa y en el acumen imparcial, el tesonero Puga acaba de probar que gruesa parte del querido volumen que la Casa Rivadeneyra consagrase ¡en pasta española! a nuestro Molinero es realmente obra de plumas menores, cuando no impertinentes. No hay tu tía. Fuerza es negarle al Molinero los sabrosos romances de recio sabor popular *Quesillos y requesones*, *De conejo el escabeche* y *Gran señora es la toronja* que hicieron las delicias de don Marcelino Menéndez y Pelayo y de tanto

otro crítico sagaz. Sin embargo, no arriemos demasiado pronto el pendón: tras la doliente merma se trasluce un fenómeno positivo, que nos robustece como el que más: ESTAMOS EN PRESENCIA DEL MOLINERO. Barrida la hojarasca, se erecta ante nuestros ojos el Hombre.

Bien es verdad que la discusión sigue en pie. Ningún iconoclasta, ni tan siquiera el mismo Calasanz, se atreverá a negar que, interrogado el Molinero sobre la presunta maternidad de *Quesillos y requesones*, replicó en tozudas palabras que ha eternizado el bronce: «¿No se trata acaso de versos? ¿No es el poeta el que hace versos? ¿No soy yo el poeta?».

Examinemos con ponderada flema la cosa. El diálogo, según lo testimonia el Padre Buitrago, tuvo lugar el 30 de abril de 1799; *Quesillos y requesones* ya figuraba en el *Cancionero baturro* del 2 de enero de 1721, vale decir unos treinta años antes del nacimiento de Zúñiga. Inútil prolongar el debate. Cabe no olvidar, sin embargo, que Garrido ha detectado en el episodio un rasgo platónico: el Molinero, generoso y abierto, ha visto en los poetas al Poeta y desinteresadamente ha anexado el romance de marras. Brava lección para nuestro desorbitado egoísmo.

Antes de acometer el escrutinio que la gravedad del caso requiere, sea nuestra primera diana un saludo al prócer que supo discernir y publicar la cuantiosa labor, dispersa entonces, de Maese Pedro Zúñiga, el Molinero. Nos referimos, claro está, al conde de Labata. Henos, pues, en 1805. El conde señorea las tierras de pan llevar que ciñen las roquedas de Guarra; Zúñiga, humilde, no desaprovecha las aguas que rotan su molino. En el silencio aldeano tañe. Algo que nunca desentrañaremos ocurre. Quizás la brama de un laúd, tal vez el canto de sirena de una zampoña, acaso el verso repetido al desgaire y que el eco prodiga. El torreón secular no ha sido óbice. Labata, embelesado, cede al reclamo. La voz plebeya le conmueve hasta las entrañas más íntimas. Desde esa hora, cuya fecha precisa el calendario avaro nos hurta, el prócer no tendrá más horizonte que divulgar las trovas emanadas del pecho del villano. La fama apresta sus coronas. La letra de molde pulula: *La Hoja de Alberuela* brinda al bisoño su más franca hospitalidad; *El Faro de Ballobar* no siempre le excluye. Decididamente

la cumbre del Parnaso corre a su encuentro. El conde, ufano, traslada a su protegido a la corte. Honores y saraos. Jovellanos dale un beso en la frente.

Tales bien merecidas alharacas no nos apartarán del tranco tranquilo que nos hemos fijado para este lance. Nadie, por singular que parezca, ha reparado hasta hoy en el más abultado de los rasgos del Molinero: su dominio ingénito de la lengua, su soberbio desdén de todas las leyes retóricas, aun de las promulgadas por él. Así en el pláceme que dirigiera al señor Larrañaga, elevado a suplente de la Academia:

Al que remude una voz...
le darás con la bastona.

En el primero de estos versos, ya clásicos, el apresurado lector columbrará una sinalefa, figura repudiada por el afinado oído de Zúñiga; en el segundo, la palabra *bastona* puede entorpecer el andar. Dos conjeturas tientan al estudioso. Una que la palabra *bastona*, de manejo ahora infrecuente, constituye una reliquia preciosa del habla de la época, siquiera en los más rústicos aledaños; otra, la que mejor se compadece a su recia índole, es que el Molinero quiso afirmar, de una vez por todas, que la lengua era suya y que él la acomodaba al arbitrio de su talante.

Cierta vez un dómine pedantesco, de esos que nunca faltan, le echó en cara algún verso que, si nos atenemos a la sinalefa, resultaría mal medido. Famosamente Zúñiga replicole: «¿Mal medido? ¿Mal medido? Le conté con las dedas». El comentario huelga.

Si bien católico castizo a macha martillo, el Molinero no desoyó los bocinazos democráticos que aturdían el siglo. Sintió la democracia profundamente, aunque la galicada palabra, si alguna vez la oyese, le asqueara *ad nauseam.* Desde el principio recabó para cada letra su plena independencia. Vaya este par de muestras del formidable aragonés. Trátase, según es patente, de versos que el estragado gusto de nuestro tiempo, insensible a su música, no entonará con plena eufonía. El primero, bajo el pseudónimo de Garduña, corresponde a la pieza que

intitulase *Aviso respetuoso al Señor Alcalde de Magallón.* Reza el octosílabo:

Se te huele, Manuel

que, por de contado debemos escandir:

Se/te/hu/e/le, /Ma/nú/el.

Otro ejemplo, aún más arrollador, es el que copiamos:

Acude, alada hembra
(El que zancuda).

El aleccionado lector escandirá de esta suerte:

A/cu/de/a/la/da/hem/brá.

¿Pensar que el modernismo de Rubén, tan cacareado por la crítica de ultramar, no se arriesgó jamás a tales bizarrías y alardes?

Aquí de un testimonio fehaciente. Campea en la segunda columna de la página decimonónica del boletín anónimo *El complutense*, año de 1795, que los eruditos más aplomados vacilan en atribuir a la pluma del Padre Terranova. Transcribimos el párrafo de la hoja arrancada al ejemplar que sin tardanza devolvimos a la Biblioteca Episcopal de Alicante.

«Hallándose en la corte el sujeto Zúñiga, que es de uso apellidar el Molinero, asistió este último a la lectura de un ovillejo del marqués de Montúfar, que juzgó defectuoso en la medida. El marqués, hombre de pocas pulgas, le endilgó: “Chitón, so animal”».

En llegando a este momento decisivo el texto queda trunco. Cuán tremenda habrá sido la reacción, cuando no las puñadas, de nuestro Molinero, que el cronista, aunque oculto en la anonimia, no se ha animado a registrarla ni tan siquiera a sugerirla en un leve guiño o

indicio. Ciertamente, no soñaré en suplir lo que falta; la carne se engallina.

Pasemos en el acto a un episodio marcial, que está a la altura de los *Disparates* de Goya. El general Hugo, durante el curso infausto de la vandálica invasión napoleónica, entró en el caserío de Labata, donde el conde de igual apodo recibiolo con suma hospitalidad, para dar al gabacho[33] una lección de rancia cortesía. Apenas el insólito caso tuvo cabida en los oídos de Zúñiga, éste halló modo de allegarse a la presencia del malhadado extranjero. Cuál no sería el asombro del mismo al columbrar al gigantesco gayán tratando de besarle el anillo y gritando, mientras bailoteaba una jota:

—*Oui, oui, musiú*. ¡Viva Napoleón!

Otro ejemplillo. A partir de mil ochocientos cuarenta y tantos, la estampa que nos hacemos de su figura es la de un gigantón que en la diestra empuña el garrote y en la zurda el pandero con sonajas. Según se sabe, la imaginación popular da siempre en el blanco. No embargante, la única vera efigie que suministra la *editio princeps* de sus obras, publicada en 1821 por su hermano de leche, Pedro Paniego, es la de un hombre de apocada estatura, ojos amodorrados, nariz roma y provista de una librea de tela basta, con botonería de bronce. ¡El artista, no menos que el Padre Terranova en su cronicón, hurta el cuerpo a la robusta verdad y apostata del pincel!

Nuestra pluma, en cambio, se regodea en entregar a la imprenta el lance que registra el *Acopio de pullas y de gracejos* (Madrid, 1934) de don Julio Mir y Baralt. Ni un adarme que añadir al saleroso texto que exhumamos; el hecho luce en su integridad más cabal:

«De paso el Molinero por Jaca, unos bribonazos le divisaron de palique en la calle con un sujeto de modales muy distinguidos y, para hacer burla de su simplicidad, le gritaron:

»—¿Hombre, con qué hombre estás?

»A lo que Zúñiga, sin demudarse ni perder la color, replicoles al punto:

»—Con *Rebajino*.

»Púdose luego averiguar que se trataba de un comisionista de quien

él esperaba, simple, obtener alguna *rebaja*».

Otra instancia de pro que nos alzaprima. Al propio Calasanz, que algunos tildasen de culpada y mal encubierta ojeriza, harto bien se le alcanza, según lo pone de relieve la pág. 414 del citado *Rebusco*, que el entremés *A buen toro mejor buey*, de Cornejo, atesora no pocas líneas de la propia dehesa del Molinero. *Primus inter pares*, el imponente endecasílabo, que aún ahora sobrecoge y espanta a los auditorios:

Saco la espapapapapapada

que los actores, arredrados por tamaña valentía, redujeron a:

Sasasaco la espapapapapapada

como en día de hoy retumba en las tablas. *Espapapapapapada* pinta en nuestro caletre la imagen descomunal del montante.[34]

Mencionaremos, para finiquitar, una hipérbole sugerida por el nombre plural de Behemot, que la Escritura (*Job*, XL, 10) da al hipopótamo y que vale por animales: el Molinero confiere al garañón, que endilgó una atrevida coz al conde de Jaca, el gallardo verso que le helaba la sangre a don Marcelino:

es más grande que dos o tres conejos.

¡Así rumiaba el Molinero La Palabra de Dios, unciéndola a su carro de vencedor, cuando lo reclamaba la Musa! ¡Y pensar que hay menguados que le niegan las credenciales de poeta!

Alberuela, 25 de mayo de 1972

JORGE LUIS BORGES
ADOLFO BIOY CASARES

Otros textos

La leche cuajada de La Martona[35]

Estudio dietético sobre las leches ácidas

ELÍAS METCHNIKOFF

Elías Metchnikoff nació en Ivanowca (Rusia) en 1845. Fue profesor de Zoología en Odesa en 1870. En 1890 entró al laboratorio de Pasteur, del que era subdirector en tiempos de su muerte. Conquistó celebridad universal por su teoría de la fagocitosis, que revolucionó la medicina, por su teoría de la vejez, según la cual esta última depende de causas fisiológicas y patógenas —intoxicaciones intestinales— y es, por tanto, evitable, por su fórmula para la preparación de la maravillosa leche cuajada que lleva su nombre. En 1908 obtuvo el premio Nobel.

Miembro de una familia perseguida por muertes anticipadas, vivió 85 años. Aunque no fue a la guerra, estuvo en el tributo de vidas que dio la Humanidad para su fiesta horriblemente misteriosa, del año 14. El grupo de sus discípulos se dispersó por el campo de batalla; para muchos de ellos fue como el Hades, sin retorno. Y su laboratorio, laboratorio de la vida, se convirtió en silenciosa y vacía antesala de la muerte. El corazón del sabio, atávicamente débil, se resintió. Elías Metchnikoff murió en el año 1916 en París.

Dejó las siguientes obras: *Leçons sur la Pathologie comparée de l'inflammation* (Paris, 1892), *L'immunité dans les maladies infectieuses*

(Paris, 1901), *La Vieillesse* (Paris, 1903), *Études sur la Nature humaine: essai de philosophie optimiste* (Paris, 1903), *Quelques Remarques sur le lait aigré* (Paris, 1905), *Bacterotherapie, vaccination, sérothérapie*, en colaboración con otros médicos. En italiano, publicó: *Le Desarmonie della natura e il problema della morte* (Bibe. Gen. Di cultura, Milano, 1906); en alemán: *Beiträge zu einer optimistischen Weltanschauung*, de B. Michailoski (1908).

La Leche Cuajada limpia el organismo del hombre; adentro de él, ensancha su vida. Los mayores arcanos suelen estar a nuestro alrededor; también algunas maravillas; la costumbre excusa la conciencia, miramos sin ver y, lo que es peor, creyendo que nada queda por ver y vamos a lo remoto, menos inalcanzable que lo inmediato, en busca de esfinges y de maravillas. El elixir de la larga vida, de los cuentos y de algunas débiles fallas de nuestra desesperanza, es por todos conocido: la Leche Cuajada, alimento de Matusalén.

La tan frecuente putrefacción de los alimentos en el aparato digestivo causa intoxicaciones; las intoxicaciones, como un aluvión de la vida, están edificando nuestra muerte. Marfan ha escrito: «El tubo digestivo es una fuente permanente de intoxicación». Rocasolano, el eminente químico aragonés, corrobora: «La muerte es un fenómeno de coagulación lenta de la albúmina, provocado por tóxicos». Los medios alcalinos favorecen las putrefacciones; para contrarrestarlas convienen, por consiguiente, los medios ácidos. La formulación de esta verdad se debe a la ciencia moderna, pero empíricamente la conocieron muchos pueblos y muchos años. Desde las más remotas edades los hombres eligieron como acidificante la Leche Cuajada. Hay pruebas de ello en la Biblia. Cuando Abraham, «sentado a la puerta de su tienda en el calor del día», vio que tres hombres o tres ángeles se le acercaban, les ofreció Leche Cuajada. Dios mismo incluye entre los alimentos concedidos al pueblo de Israel, la Leche Cuajada (Deuteronomio, capítulo 32, versículo 14).

No imaginemos, sin embargo, que se trata de un alimento relegado a los anaqueles de la Historia. A lo largo del tiempo la humanidad se ha mantenido fiel a este fiel defensor de su vida. Lo atestiguan los ejemplos siguientes:

La Leche Cuajada y la Geografía

En Rusia, existen dos variedades: la *prostokvasha*, leche cruda espontáneamente cuajada y agriada, y el *varenetz*, leche hervida preparada con levadura.

El alimento fundamental de diversos pueblos de Sud África es la leche cuajada. Los Mpseni la ingieren casi solidificada. El Doctor LIMA de Mossamedes (África Occidental) refiere que los indígenas de muchas regiones de Angola se alimentan casi exclusivamente con leche cuajada. El Doctor NOGUEIRA confirma esa observación.

En Armenia se consume el Mazun, leche de sabor ligeramente ácido y con olor a queso. Es un fermento láctico débil.

Quien tiene salud tiene esperanza y quien tiene esperanza tiene todo — dicen los árabes, esos musculosos halcones del desierto, pero ellos tienen detrás de la esperanza algo que lucha por su salud: la LECHE CUAJADA.

EL LEBEN RAIB DE EGIPTO

Inmemorialmente se toma en Egipto este manjar preparado con leche de cebú, de vaca o de cabra. Hace siglos que lo preparan del mismo modo. Hervida la leche, se pone a enfriar en vasijas y cuando está a 40° se añade *Lében* viejo. En el verano el coágulo se forma a las seis horas, algo más tarde en invierno. Contiene un poco de alcohol; el sabor es muy agradable.

Los Argelinos fabrican un *Lében* distinto del Egipcio.

EL ALIMENTO ESTIVAL DE LOS BRETONES

El *gross-lait* o leche gruesa es el alimento estival de los Bretones. A la leche recién ordeñada le agregan fermento y la agitan; a una temperatura de 25° la coagulación queda hecha a las 12 horas; entonces apartan la crema acumulada arriba y la destinan al consumo. Se trata

de una leche gelatinosa, de sabor ligeramente agrio y con olor a crema fermentada. Como el *kefir*, el *lében* tiene el inconveniente de estar preparado con fermentos impuros.

Un restaurador de la flora fisiológica

El *bubeurre* [sic] es un suero de manteca y que sufre, si antes no la esterilizaron, la fermentación láctica natural; en caso de haber sido esterilizada le añaden fermentos lácticos, hasta llegar al 7 por 1000 de ácido láctico. Contiene poca grasa. Con harina y azúcar sirve para preparar la sopa de *babeurre*.

Obra favorablemente en las afecciones gastrointestinales. Restaura la flora fisiológica y hace menguar y desaparecer los trastornos.

La cuajada criolla

Por regla general se prepara la cuajada criolla con elementos que hay en la flor del cardo: se obtiene así una cuajada alcalina y, con esto, la ausencia de todas las buenas cualidades que hacen a la leche cuajada implacable enemigo de las intoxicaciones intestinales...

El alimento de los grandes criadores de caballos

El *kumis* es el alimento principal de los Kirghises, Tártaros y Kalmukos, grandes criadores de caballos. Se prepara con leche de yegua o de burra y se hace fermentar en pellejos u odres agregando *kumis* viejo y removiéndolos a puntapiés o colocándolos bajo la montura del caballo.

En dosis pequeñas es ligeramente laxante. En dosis grandes, astringente.

El *kefir* ha sido durante siglos la bebida popular de los habitantes del Alto Cáucaso y de la Siberia. Su nombre deriva de una palabra que significa bienestar, aludiendo con ello a la sensación agradabilísima que produce. Una leyenda dice que es un don de los dioses.

Para su elaboración se emplean los granos de mijo o semilla de *kefir*, mijo del profeta, conservados por mucho tiempo en sitio fresco y seco. Al mezclarse con la leche de vaca recobran su actividad, parecen esponjitas, desprenden olor y se multiplican rápidamente.

A principios de siglo se pensó que beber *kefir* equivalía a tomar leche medio digerida: ahora esta opinión es insostenible. Los microbios lácticos del *kefir* impiden las putrefacciones intestinales. Sin embargo, estas no pueden combatirse con el *kefir* pues contiene alcohol. Además la absorción diaria de *kefir* es peligrosa porque las levaduras que lo producen se aclimatan en el tubo digestivo y pueden favorecer a algunos bacilos patógenos. Hayem prohíbe el *kefir* a las personas en cuyo estómago permanecen demasiado los alimentos. «Retenido en ese órgano, el *kefir* sigue fermentando y se desarrollan en él, así como en todo el contenido estomacal, fermentaciones butíricas que agravan los desórdenes digestivos». Ya que la utilidad del *kefir* reside en la fermentación láctica, no en la alcohólica, conviene reemplazarlo por la Leche Cuajada que no contiene alcohol.

Una leche a medio digerir

En la península Balcánica es muy popular otro alimento parecido: el *Yoghurt*.

Se esteriliza la leche. Cuando la temperatura baja a 35° se añade maya búlgara (mezcla de bacterias y levaduras). La coagulación tarda de 8 a 12 horas según las estaciones del año.

El *Yoghurt* es obra de una fermentación algo análoga a la digestión gástrica, que proporciona al aparato digestivo una leche a medio

digerir.

Es un alimento completo, algo laxante, diurético, antipútrido. Puede tomarse puro o diluido en agua.

Con todo hay otras leches cuajadas cuya elaboración obedece a principios más racionales y que por consiguiente la aventajan. Aludimos a la LECHE CUAJADA según el procedimiento de ELÍAS METCHNIKOFF. Antes de pasar a considerarla, conviene recordar a grandes rasgos algunos datos fundamentales para la comprensión de los misterios de la flora microbiana.

EL HOMBRE, PAÍS DE MICROBIOS

El aire entra a la boca con la primera inspiración y con el primer grito; el aire trae millones de seres que hacen su habitación en el hombre y que perduran más allá de su muerte. Esa vertiginosa invasión no es forzosamente maléfica; de las bacterias innumerables que nos pueblan, algunas son hostiles al organismo, otras lo defienden. Entran por múltiples vías: por la piel, por el conducto auditivo externo, por las fosas nasales y, sobre todo, por la cavidad bucal, con los alimentos.

¿PODEMOS GOBERNAR NUESTROS MICROBIOS?

El estudio de la flora intestinal de los niños establece que ésta varía según el régimen alimenticio. De ahí se desprende la posibilidad de una acción inteligente del hombre sobre su flora microbiana. Ya hemos indicado al principio que las putrefacciones intestinales son perpetuos enemigos de nuestra vida.

NUESTROS ALIADOS INVISIBLES

Los microbios lácticos impiden esas putrefacciones. Conviene ingerirlos

vivientes: encuentran materias azucaradas que los mantienen, continúan viviendo en los intestinos y producen ácido láctico.

El ácido láctico fue utilizado eficazmente por HAYEM, LESAGE, MARFAN, GRUNDZACH, SINGER, THALER, SCHMITZ, en el tratamiento de la diarrea verde de los niños, de las fiebres gástricas, de las tifoideas, de las enteritis tuberculosas, de la diabetes, de la difteria, de las úlceras, del lupus, del cáncer, de otras neopláceas malignas y de la infección puerperal.

SISTEMA METCHNIKOFF

Ahora se prefiere en general dar el ácido láctico en fermentos y en especial con el bacilo búlgaro y con el paraláctico.

El bacilo búlgaro se caracteriza por su gran poder acidificante (hasta 25 y 30 gramos por litro de leche), es el fermento láctico de mayor potencia. BELENOWSKY ha llegado a la conclusión de que el bacilo búlgaro vivo mantiene en buen estado los intestinos.

Sin embargo, el bacilo búlgaro ofrece el peligro de producir ácido butírico. Este riesgo se anula mediante el bacilo paraláctico o estreptobacilo, que no se encuentra en el *Yoghurt* y sí en la LECHE CUAJADA METCHNIKOFF. El bacilo paraláctico da a la leche un sabor más grato y no ataca a las grasas.

Los análisis realizados por FOUARD en el Instituto Pasteur, confirman las buenas cualidades de la LECHE CUAJADA preparada con cultivos puros de bacterias lácticas. Lo anterior evidencia la superioridad de la LECHE CUAJADA por el procedimiento de METCHNIKOFF sobre todas las otras.

EL CASO PERDIDO DEL ACIDÓFILO

Hace algunos años estuvo en boga en los Estados Unidos la leche acidófila.

Se había comprobado la acción benéfica del acidófilo en el aparato

digestivo de los niños. Ciertos facultativos lo incluyeron en el tratamiento de los adultos. Se argumentó que, a diferencia de los bacilos búlgaro y paraláctico, bastaba ingerirlo unas pocas veces para que perdurara en el organismo. Ese aparente mérito comporta, en realidad, una desventaja, ya que las leches fermentadas pueden llegar a producir acidez. En el caso de la LECHE CUAJADA por el sistema de Metchnikoff basta suspender por unos días el tratamiento; en el de la leche acidófila, hay que resignarse a un largo período de trastornos agravado por la aclimatación del acidófilo en el estómago.

VUELTA A MATUSALÉN

El término medio de la vida del hombre varía según el régimen alimenticio, asombrosamente. La creencia general de que los antiguos vivían más que nosotros es del todo infundada. En el siglo XI el promedio era de 20 años (los hombres eran más pequeños también: las armaduras medioevales que se conservan, nos quedarían chicas). En el siglo XVII el promedio ascendió a 26 años, a 34 en el XVIII, a 45 a fines del XIX.

No sólo hay diferencias cronológicas; las hay también geográficas. Los centenarios abundan en Bulgaria, donde la LECHE CUAJADA constituye el alimento esencial; en 1896 había cinco mil. Es clásico el ejemplo de los Petkof, once hermanos que rebasaron todos los 100 años, excepción hecha de María Petkof, que murió a los 91.

En Francia se registran, entre muchos otros, los casos de María Priou que murió en 1837 a la edad de 158 años, y de Ambrosio Jante que murió en 1751 a la edad de 111. El alimento principal de los dos era LECHE CUAJADA, pan de centeno, queso y agua.

Otro longevo memorable, GEORGE BERNARD SHAW, piensa que el promedio vital debe ascender a 300 años y que si la humanidad no alcanza esa cifra, «nunca llegaremos a adultos y moriremos puerilmente a los 80 años, con un palo de golf en la mano».

Cómo debe tomarse la Leche Cuajada

Los griegos tomaban la Leche Cuajada con miel de himeto. La miel sigue siendo el mejor complemento de la Cuajada. Pero, en términos generales, podemos decir que conviene tomarla con sustancias azucaradas pues el azúcar, en el aparato digestivo, se convierte en ácido láctico. Acompañándola unas veces con jaleas, otras con dulces, compotas de ciruelas, duraznos, se evitará la fatiga del paladar.

Se la puede ingerir con el almuerzo, a la hora del té o de la comida; también como desayuno pero conviene señalar que, así, es mal tolerada por algunas personas que a otras horas la digieren con suma facilidad.

Dosis

Puede empezar por tomarse 3 *cuajadas* por día; así se logrará infectar al organismo con los bacilos búlgaro y paraláctico, que es lo que se busca. Luego la ración diaria podrá rebajarse a dos cuajadas.

En los casos de intolerancia, muy raros por otra parte, habrá que seguir el método inverso: tomar una cuajada, o media si fuera necesario, durante los primeros días; luego ir aumentando la dosis, hasta llegar a 3; finalmente, estabilizarla en 2 cuajadas diarias.

Pan de maíz con leche cuajada

2 tazas de leche cuajada
2 tazas de harina de maíz
2 cucharadas de manteca
1 ½ cucharaditas de sal
2 cucharadas de miel
2 huevos
1 cucharadita de soda

Pásense por el tamiz los ingredientes secos. Agréguese leche cuajada y huevos batidos, cocínese durante 50 minutos en un horno de calor moderado.

Pan moreno

1 taza de leche cuajada
1 taza de leche fresca
2 tazas de harina integral
½ taza de harina blanca
½ taza de harina de maíz
½ taza de miel

Tamizar los ingredientes secos, mezclarlos con la leche. Cocer el todo en una cacerola untada con manteca, en horno de calor moderado.

Bollitos de harina de maíz

1 ½ taza de leche cuajada

1 taza de harina de maíz
1 taza de harina de trigo
1 cucharadita de sal
1 cucharada de miel
¾ cucharada de soda
2 huevos
1 cucharada de miel
1 cucharada de manteca

Tamícense los ingredientes secos, agrégueseles huevos batidos, leche, manteca derretida. Cocínese en una cacerola bien untada con manteca, durante 15 minutos.

Pasteles de arroz

2 tazas de leche cuajada
2 huevos
1 taza de arroz hervido
1 taza de harina de maíz
1 cucharada de manteca derretida
1 cucharadita de sal
1 cucharadita de soda

Batir los huevos, añadir y mezclar los demás componentes, cocer en horno moderado.

Dos argumentos[36]

Jorge Luis Borges redactó dos argumentos con Adolfo Bioy Casares para dos films: *Invasión* (1969) y *Los otros* (1974). En este último intervino también Hugo Santiago.

Invasión

Invasión es la leyenda de una ciudad, imaginaria o real, sitiada por fuertes enemigos y defendida por unos pocos hombres, que acaso no son héroes. Luchan hasta el fin, sin sospechar que su batalla es infinita.

Los otros

El hijo de un librero de París se suicida. Su padre, hombre de cincuenta y tantos años, que creía haberlo comprendido, ahora siente que nunca lo conoció, y lo busca entre los que fueron sus amigos.

Antes hubo un baile de máscaras, un film que estaba por hacerse, el simulacro de un duelo y una partida de poker que era realmente un duelo. Después, brusca, la muerte. Y después, cuando el librero avanza en la busca, hechos de más en más imprevisibles que empiezan a poblarla.

Hay un hombre que se asombra de ser alguien, un mago que dice llamarse Artajerjes, una mujer que el hijo había amado y un jugador abandonado. Hay un film que estaba por hacerse y no se hace, la

muchacha que no olvida el otro lado del mar y hay una aparición en una cabalgata. Hay otro hombre que arroja dinero al fuego y azota porque sí a la muchacha, hay el librero que reencuentra el amor en esa muchacha y esa muchacha que lo engaña con un desconocido que se parece al hijo muerto. Y hay un crimen en un observatorio y una revelación final:

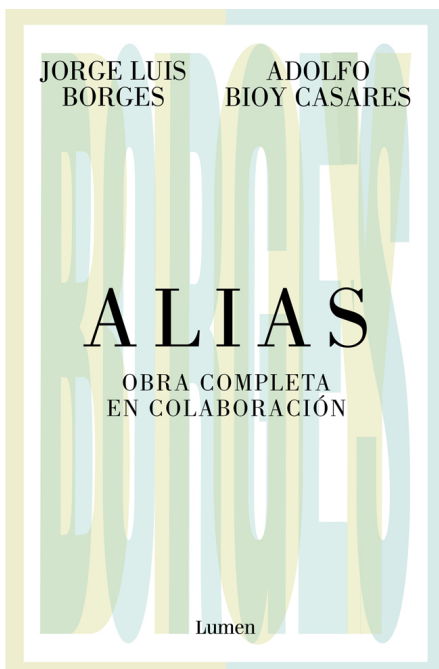
Después de la muerte del hijo, el librero pasó de ser un hombre a ser otro, y a ser otros después. Él no intervino en estos cambios, algo que no entendió le sucedía y lo arrastraba. Fue el que se asombra de ser alguien, el mago que aparece y desaparece, el violento que arrebató su dinero al jugador y lo golpeó, el desconocido que durante una noche le robó la mujer. Dejó de ser él mismo para ser tantos. Ahora puede ser todos y ya no sabe quién es.

UN ACONTECIMIENTO LITERARIO.

La obra completa que escribieron juntos dos de los autores latinoamericanos más influyentes del siglo XX, ganadores del Premio Cervantes y del Nacional de Literatura.

CON PRÓLOGO DE ALAN PAULS.

«Borges y Bioy me enseñaron no sólo a escribir y leer, sino también a mirar el mundo».
Antonio Muñoz Molina



No ha existido en la literatura en español una amistad literaria tan notable y fértil como la que mantuvieron a lo largo de cincuenta años dos de los escritores latinoamericanos más influyentes del siglo xx: Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares. Cuando se conocieron, Borges era un autor de éxito, quince años mayor que Bioy, un joven fascinado por el surrealismo. Éste fue el comienzo de una asociación excepcional en la que inicialmente Borges adoptó el papel de mentor, pero poco a poco empezó a darse un aprendizaje mutuo.

De esta colaboración surgieron una decena de títulos, entre los que se encuentran relatos fantásticos y novelas policíacas. El primero de sus libros en común, *Seis problemas para don Isidro Parodi*, está protagonizado por un singular detective que resuelve casos sin moverse de la cárcel. Todas estas obras extraordinarias, creadas no por Borges ni por Bioy sino por «un tercer escritor» que aúna las mejores cualidades de ambos, y publicadas bajo los alias de Bustos Domecq y Suárez Lynch o por sus identidades reales, se reúnen ahora después de mucho tiempo en un único volumen prologado por Alan Pauls.

La crítica ha dicho:

«Eran el mismo otro: un tercer escritor, inasimilable a uno tanto como al otro, profundamente excéntrico. De ahí que Bustos Domecq y Suárez Lynch sean algo más que seudónimos. Son escritores de derecho, tan autores como los autores que los inventaron».
Alan Pauls

«Empezamos a escribir de un modo que no se parecía ni a Bioy ni a Borges. Creamos de algún modo entre los dos un tercer personaje [...]. Ese personaje existe, de algún modo. Pero sólo existe cuando estamos conversando».
Jorge Luis Borges

«Borges y Bioy Casares: la fiesta de dos monstruos. [...] No hay

entretenimiento comparable al de descubrirlos».
Luis Chitarroni, *Clarín*

«Borges es el escritor en español más importante desde Cervantes».
Mario Vargas Llosa

«Me gustaría ser Adolfo Bioy Casares. Quisiera ser Bioy porque siempre lo admiré como escritor y lo estimé como persona».
Julio Cortázar

«Borges es uno de los autores más extraordinarios del siglo XX».
The New York Times

«Bioy Casares tiene un encanto, un siniestro ingenio y una tristeza repentina que sólo un gran maestro de las letras puede ofrecernos».
John Updike, *The New Yorker*

«Borges, visionario escéptico, nos fascina. [...] Cumple con nuestro anhelo esencial en cuanto a las razones por que leemos».
Harold Bloom

Jorge Luis Borges nació en Buenos Aires el 24 de agosto de 1899. Entre 1914 y 1921 vivió con su familia en Europa. A su regreso fundó las revistas *Prisma* y *Proa*, y publicó *Fervor de Buenos Aires* (1923) e *Historia universal de la infamia* (1935). Autor de poesía, cuento, ensayo y trabajos en colaboración, en las décadas siguientes su obra creció, fue traducida a más de veinticinco idiomas y alcanzó reconocimiento mundial. Lumen ha publicado *El Aleph*, *Ficciones*, *El tango*. *Cuatro conferencias, Borges profesor*. *Curso de literatura inglesa en la Universidad de Buenos Aires*, su *Poesía completa* y sus *Cuentos completos*. Obtuvo, entre otros galardones, el Premio Nacional de Literatura y el Premio Cervantes. Considerado uno de los escritores más importantes de la historia de la literatura, murió en Ginebra el 14 de junio de 1986.

Adolfo Bioy Casares nació en Buenos Aires el 15 de septiembre de 1914. Dedicado desde muy joven a la literatura, la publicación de *La invención de Morel*, en 1940, marca el inicio de una vasta carrera literaria que desplegó en el cuento, la novela, el ensayo, el diario y trabajos en colaboración con su esposa, la escritora Silvina Ocampo, y Jorge Luis Borges. Algunas de sus obras más destacadas son *Plan de evasión*, *El sueño de los héroes*, *Diario de la guerra del cerdo*, *Dormir al sol*, *La trama celeste*, *Historias desaforadas*, *Una muñeca rusa* y *Una magia modesta*. Condecorado como Caballero de la Legión de Honor, recibió, entre otros premios, el Municipal de Literatura, el Nacional de Literatura, el de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores, el Internacional Alfonso Reyes y el Cervantes. Murió en Buenos Aires el 8 de marzo de 1999.

Primera edición: enero de 2023

© 1995, 1996, María Kodama
All rights reserved
© 2022, Sara Josefina Demaría como única derechohabiente de Adolfo Bioy Casares
Seis problemas para don Isidro Parodi, © 1942
Dos fantasías memorables, © 1946
Un modelo para la muerte, © 1946
Los orilleros, © 1955
El paraíso de los creyentes, © 1955
Crónicas de Bustos Domecq, © 1967
Nuevos cuentos de Bustos Domecq, © 1977
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Agustín Ceretti

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-2570-6

Compuesto por: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: LumenEdit
Twitter: @LumenEdit
Instagram: @LumenEdit

Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

[1] Mote cariñoso de H. Bustos Domecq, en la intimidad. (Nota de H. B. D.)

[2] Véase la nota anterior. (Nota de H. B. D.)

[3] La ejemplar bibliografía de Carlos Anglada comprende también: la cruda novela naturalista *Carne de salón* (1914), la magnánima palinodia *Espíritu de salón* (1914), el ya superado manifiesto *Palabras a Pegaso* (1917), las notas de viaje de *En el principio fue el coche pullman* (1923) y los cuatro números numerados de la revista *Cero* (1924-1927).

[4] A veces Mario es atacante. (Nota cedida por doña Mariana Ruiz Villalba de Anglada.)

[5] *Entia non sunt multiplicanda praeter necessitate*. (Nota remitida por el doctor Guillermo Occam.)

[6] De ningún modo. Nosotros —contemporáneos de la ametralladora y del bíceps— repudiamos esta molicie retórica. Yo diría, inapelable como el estampido: «En el piso bajo instalo el salón de ventas y el *atelier*; en el superior, encierro a los chinos». (Nota de puño y letra de Carlos Anglada.)

[7] En efecto, el doctor sonrió y saludó. (Nota del autor.)

[8] El duelo está empeñado; el lector ya percibe el *cliquetis* de los floretes rivales. (Nota marginal de Gervasio Montenegro.)

[9] Toque bucólico. (Nota original de José Formento.)

[10] Valiente y oportuna sinécdoque, de donde se barrunta muy a las claras que el afortunado Sampaio no es de los afrancesados y gamilochos que ladronescamente alargan la mano al pequeño Larousse, sino que ha bebido de hinojos la leche de Cervantes, copiosa y varonil si las hay. (Nota evacuada por Mario Bonfanti, S. J.)*

* Por un motivo que escapa a la perspicacia de esta Mesa de Correctores, el padre Mario Bonfanti, nerviosamente secundado por el señor Bernardo Sampaio, pretendió a última hora retirar la nota anterior, abrumándonos con telegramas colacionados, cartas certificadas, mensajeros ciclistas, súplicas y amenazas.

[11] Trátase, a todas luces, del más rudimentario de los monóculos. Lo improvisó nuestro hombre con el pulgar y el índice, lo aplicó al ojo y, con un guiño, rió benévolamente. *Tout comprendre c'est tout pardonner.*

(Nota *griffonnée* por el doctor Gervasio Montenegro.)

[12] ¡El viejito las canta claro! (Nota del prologuista.)

[13] Lo dijo por el cuello. (Nota cedida por doña Mariana Ruiz Villalba de Anglada.)

[14] No, por cierto, el de Chesterton. (Nota de puño y letra de Gervasio Montenegro.)

[15] Mote cariñoso de H. Bustos Domecq en la intimidad. (Nota de H. Bustos Domecq.)

[16] Semejante palabra es un equívoco. Refresque la memoria, don Montenegro. Yo no le pedí nada; fue usted el que apareció con su exabrupto en el taller del imprentero. (Nota de H. Bustos Domecq.)

[17] A la postre de muchas explicaciones del doctor Montenegro, no hago hincapié y desisto del telegrama colacionado que a mi pedido redactase el doctor Baralt. (Nota de H. Bustos Domecq.)

[18] En un impronto que lo pinta de cuerpo entero, Paladión escogió, según parece, la traducción de Scio de San Miguel.

[19] Nadie ignora que un sexto volumen apareció póstumamente, en 1939.

[20] En francés quiere decir: Es el fin del mundo. (Nota conjunta de la Academia Francesa y Real Española.)

[21] Léase: Trepanémonos, pues*... (Nota del autor.)

* Sugerimos la lección *preparémonos.* (Nota del corrector de pruebas.)

[22] Léase: *H. Sienkiewicz.* (Nota del corrector de pruebas.)

[23] Dato importante. Aprovechamos la ocasión para remitir a los compradores a la adquisición inmediata de *Seis problemas para don Isidro Parodi*, de H. Bustos Domecq. (Nota de H. B. D.)

[24] Para la identidad del mismo, consúltese el estudio *Una tarde con Ramón Bonavena*, inserto en el indispensable vademécum *Crónicas de Bustos Domecq* (Buenos Aires, 1966), en venta en las buenas casas del ramo.

[25] Advertimos al estudioso que los tres puntos suspensivos fueron incorporados al manuscrito por la Sucesión de Félix Ubalde, que publica estas Cartas savoyardas. En cuanto a la verdadera causa del *fait divers*, como dicen en Francia, el velo del misterio la envuelve. (Nota

del señor Avelino Alessandri.)

H. Bustos Domecq

[26] Mientras nos reponíamos con ensaimadas, Nelly me manifestó* que en ese momento el pobre mufio sacó la lengua de referencia. (Nota donada por el joven Rabasco.)

**A mí me lo dijo antes.* (Nota suplementaria de Nano Battafuoco, peón de la Dirección de Limpieza.)

[27] El cantor más conocido de aquella temporada.

[28] *Ibid.*

[29] *Ibid.*

[30] *Ibid.*

[31] En abril de 1971 apareció, bajo el *nihil obstat* de Harvard, la bien fundada tesis doctoral de Tulio Savastano (h.): *Ruiz, el cantor de las colonias.* (N. del E.)

[32] El texto que le llevé fue «El hijo de su amigo», que el investigador hallará en el *corpus* de este volumen, de venta en las buenas librerías.

[33] Lo puso por *franchute.* (Nota de H. B. D.)

[34] Miro en el diccionario que el montante es un espadón. (Nota de H. B. D.)

[35] *La Leche Cuajada de La Martona. Estudio dietético sobre las leches ácidas.* Folleto con recetas, Pardo, provincia de Buenos Aires [invierno de 1935 o 1936]. Éste es el primer trabajo que Borges y Bioy realizaron en común, anterior a la publicación de *Destiempo*, octubre de 1936. En *L'Herne* (1964), Bioy da la fecha 1934-1935. En 1968, corrige por 1935-1936. Según Daniel Martino, el folleto tuvo dos ediciones y se repartió en la cadena de lecherías de La Martona (dato de Gastón Gallo). Tomado de Jorge Luis Borges - Adolfo Bioy Casares, *Museo. Textos inéditos*, edición al cuidado de Sara Luisa del Carril y Mercedes Rubio de Zocchi, Buenos Aires, Emecé, 2002.

[36] Tomado de Edgardo Cozarinsky, *Borges y el cine*, Buenos Aires, Sur, 1974.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Alias

Prólogo, por Alan Pauls

H. Bustos Domecq. Seis problemas para don Isidro Parodi (1942)

- H. Bustos Domecq
- Palabra liminar
- Las doce figuras del mundo
- Las noches de Goliadkin
- El dios de los toros
- Las previsiones de Sangiácomo
- La víctima de Tadeo Limardo
- La prolongada busca de Tai An

H. Bustos Domecq. Dos fantasías memorables (1946)

- El testigo
- El signo

B. Suárez Lynch. Un modelo para la muerte (1946)

- A manera de prólogo
- *Dramatis personae*

Jorge Luis Borges - Adolfo Bioy Casares. Los orilleros. El paraíso de los creyentes (1955)

- Prólogo
- Los orilleros
- El paraíso de los creyentes

Jorge Luis Borges - Adolfo Bioy Casares. Crónicas de Bustos Domecq

(1967)

Prólogo

Homenaje a César Paladión

Una tarde con Ramón Bonavena

En búsqueda del absoluto

Naturalismo al día

Catálogo y análisis de los diversos libros de Loomis

Un arte abstracto

El gremialista

El teatro universal

Eclosiona un arte

Gradus ad Parnasum

El ojo selectivo

Lo que falta no daña

Ese polifacético: Vilaseco

Un pincel nuestro: Tafas

Vestuario I

Vestuario II

Un enfoque flamante

Esse est percipi

Los ociosos

Los inmortales

De aporte positivo

Jorge Luis Borges - Adolfo Bioy Casares. Nuevos cuentos de Bustos Domecq (1977)

Una amistad hasta la muerte

Más allá del bien y del mal

La fiesta del monstruo
El hijo de su amigo
Penumbra y pompa
Las formas de la gloria
El enemigo número 1 de la censura
La salvación por las obras
Deslindando responsabilidades
Jorge Luis Borges - Adolfo Bioy Casares. Otros textos
La leche cuajada de La Martona
Dos argumentos
Sobre este libro
Sobre Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares
Créditos
Notas